



*El*  
*Eterno Legado*

Elisabet Castany











## La hija de la Sacerdotisa

# Libro I

Elisabet Castany





# Índice

[Portadilla](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Cita](#)  
[Primera parte](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Segunda parte](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)  
[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Epílogo](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Créditos](#)











La única posibilidad de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco más allá de ellos, hacia lo imposible.













## Capítulo 1

Otra vez aquel maldito sueño.

Casi instintivamente me llevé las manos a la garganta, me costaba respirar. Era cada vez más detallado. Parecía tan real que empezaba a creer que tal vez estuviese volviéndome loca.

Con manos temblorosas aparté el edredón, me calcé las zapatillas y busqué la bata a tuestas. La habitación estaba totalmente sumida en la oscuridad. Salí del dormitorio y continué a oscuras por el estrecho pasillo que conducía al baño.

Completamente cegada por la luz que había sobre el espejo, abrí el grifo del lavabo y me mojé la cara con el agua bien fría. Aquel frío me llevó de nuevo a la pesadilla que me acosaba día tras día. Me miré en el espejo mientras el agua corría por la pila del lavabo hasta desaparecer por el desagüe. Tenía la cara roja debido al esfuerzo, y las pupilas tan dilatadas por el miedo y la adrenalina liberada que prácticamente no se apreciaba el color gris de mis ojos. Aquella lucha por la supervivencia a la que me veía sometida prácticamente cada noche estaba empezando a desquiciarme.

—¿Otra pesadilla?

Sobresaltada miré a mi amiga a través del espejo, la cual permanecía apoyada en el marco de la puerta.

—La pesadilla. Siempre es la misma, Judit —respondí.

—Necesitas hablar de esto con alguien, y lo sabes.

—Ya lo estoy haciendo. —Me volví para encararla.

—Vale, pues hablemos, Amy. Cuéntamelo, deja que te ayude.

Bajé la mirada sintiéndome de repente agotada.

—No quería despertarte. Será mejor que te acuestes, todavía es de noche —dije a la vez que me encaminaba hacia mi habitación antes de darle siquiera tiempo a replicar.

Aquello era lo último que necesitaba. Sabía que ella tenía razón, como siempre, pero prefería continuar manteniendo encerradas bajo llave mis emociones algo más de tiempo porque en el momento que empezara ya no habría vuelta atrás.

Sentada en una hamaca de la terraza del piso de Judit, con una buena taza de té entre las manos y tapada hasta las orejas con una manta, pensaba en lo que había cambiado mi vida en tan solo unas pocas semanas. El sol acariciaba mi rostro mientras soplaban el contenido hirviendo de la taza. Aquello, junto con la hamaca y la manta, formaban parte de mi ritual matutino antes de internarme en el barullo de la ciudad y ponerme a trabajar como lo hacían la mayoría de los mortales.

El sonido de las pisadas de unos tacones se fue haciendo más intenso hasta que paró en algún punto muy cerca de donde me encontraba sentada. Abrí los ojos y vi unos zapatos Vuitton con unos tacones de vértigo, seguido de unas larguísimas piernas enfundadas en un pantalón de pitillo y un jersey rosa bastante escotado. Judit estaba plantada con los brazos en jarras delante de mí. Sus ojos verdes me escrutaban fijamente diciendo con la mirada lo que no expresaba con palabras.

—¿Sabes? Intento pensar —seguía sin apetecerme hablar de nada que tuviera que ver conmigo, así que opté por desviar el asunto—. ¿No te molesta tanto ruido?

La cara de Judit era todo un cuadro. Intenté contener la risa mientras veía cómo su expresión cambiaba de la indignación a la más absoluta irritación. Aquel piso era una maravilla en pleno Paseo de Gracia de Barcelona. Cualquier persona en su sano juicio estaría más que feliz de levantarse cada mañana y poder contemplar desde la acogedora terraza la impresionante Pedrera de Gaudí.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —dijo al fin.

Una risotada fue lo único que obtuvo por respuesta.

—Se supone que tienes que hacer que tus pacientes se sientan cómodos para que suelten la lengua durante la sesión —señalé divertida a la vez que hacía un gesto para referirme a su indumentaria, cambiando nuevamente de tema y probando la táctica del despiste número dos.

—¿Qué hay de malo en mi atuendo? —Una sonrisa triunfal se apoderó de mi rostro, había sido tan fácil desviar su atención como quitarle un caramelo a un niño—. Hoy voy bastante normalita —respondió guiñándome el ojo.

Reí al tiempo que asentía con la cabeza completamente de acuerdo. Era una esclava de la moda, compraba por deporte, y cuando se aburría de comprarse ropa a sí misma me obligaba a hacerlo a mí.

Judit era mi amiga de la infancia, de esas que rara vez se conservan durante tantos años. Habíamos ido juntas a la misma escuela, nuestros padres eran íntimos amigos y además, vivíamos bastante cerca la una de la otra. Todo eso junto con el hecho de que ambas éramos hijas únicas había propiciado que nuestra amistad fuera mucho más que eso; podría decirse que era como la hermana que nunca había tenido. Éramos como la noche y el día en lo que a caracteres y gustos se refería, pero puede que fuera precisamente aquel el motivo de que nos complementáramos tan bien.

—Escucha, tenemos que hablar.

—No vamos a darle más vueltas a lo de anoche, ¿vale? Es una pesadilla y punto. —Agradezco que te preocupes por mí, pero no soy uno de tus pacientes y no quiero hablar. Asunto zanjado.

—Mira, ahora mismo me voy a la clínica. Pero luego vamos a hablar y no solo de tus sueños. —Se estiró cuan larga que era hacia delante como una madre haría con una hija desobediente—. Más te vale que vuelvas derecha a casa cuando salgas de trabajar. ¿Te ha quedado claro? —Su dedo se iba moviendo de un lado a otro frente a mi cara hasta que finalmente se quedó parado delante de mis narices de forma amenazadora.

Dicho esto se dio media vuelta y tras unos buenos días cogió su enorme bolso de piel marrón y se marchó dando un portazo, dejándome allí plantada y con la palabra en la boca.

El día no siguió mucho mejor de lo que había empezado. Odiaba los martes, eran todavía demasiado lejanos al fin de semana.

Tras la discusión con Judit me dirigí al colegio donde daba clases. Me había licenciado en Bellas Artes hacía unos años y posteriormente había añadido la licenciatura de Historia del Arte a mi currículum. Dibujar era mi gran pasión desde el momento en que cogí un lápiz por primera vez. Pasarme las horas pintando o deleitándome con las maravillosas creaciones de otros era lo que mejor sabía hacer. Hasta hacía unos meses toda mi aspiración había sido precisamente esa: trabajar en grandes galerías, codearme con artistas e introducir mi obra en el mundillo. Y lo cierto era que no me había ido mal del todo; hasta ahora. Llevaba algunos años trabajando en una galería de arte, la cual prácticamente llevaba sola, pues sus dueños, un matrimonio parisino bastante excéntrico, tenían diversos negocios relacionados con el arte diseminados por Europa y viajaban constantemente. Después de ver durante un tiempo cómo trabajaba me habían dejado al cargo. También habían expuesto algunas de mis creaciones para vender en las diversas galerías, con bastante éxito; pero unos meses atrás, Dominique me había dado la terrible noticia de que cerraban la galería de

Barcelona porque el negocio del arte en España no estaba yendo todo lo bien que esperaban. La gran crisis económica también había dañado mucho el sector y no pensaban mantener un negocio que no generaba más que pérdidas. Me habían ofrecido el mismo trabajo en la galería de París, pero había rehusado porque simplemente no podía vivir tan lejos de mi padre.

Al poco tiempo había conseguido trabajo de profesora de dibujo en un colegio concertado sustituyendo a un profesor que estaba de baja por accidente. Dar clases a adolescentes no era lo mismo que ser gerente de una galería de arte, pero no estaba del todo mal. Era interesante, nunca me había planteado trabajar en educación y para mi sorpresa me gustaba bastante.

Hasta aquel maldito día.

Últimamente mi vida iba de mal en peor.

—Amy, querida, antes de marcharte pasa por mi despacho, tenemos que hablar.

Eso había sido a la hora del recreo. La directora era una mujer muy amable, entre los cien y los mil años, pero hasta ahora nunca había ido a su despacho, tan solo cuando hice la entrevista de trabajo, de eso hacía ya cinco meses.

En cuanto acabé las clases y me deshice de los cuatro chavales que me bombardeaban a preguntas sobre cómo sería el examen, me dirigí recelosa al despacho de la directora.

—Cierra la puerta y siéntate —me ordenó con una voz dulce, pero autoritaria.

Me senté en una de las dos mullidas sillas con brazos que había frente a su mesa. Marta, que así se llamaba, me miraba con una sonrisa en los labios de esas que no llegan a los ojos. Tenía las manos entrelazadas sobre la ordenada mesa. Rápidamente sentí cómo mis manos comenzaban a sudar, aquello no pintaba bien.

—Amy, estamos muy contentos contigo. No soy muy favorable a la contratación de profesores jóvenes e inexpertos como tú en nuestra institución, pero tu currículum me gustó ciertamente. Pensé que sería bueno para los chavales y efectivamente, están encantados contigo.

Definitivamente pintaba fatal. Seguro que no me había llamado para contarme lo contenta que estaba conmigo.

—Yo también estoy muy a gusto trabajando aquí —dije por educación.

—Lamentablemente tengo que comunicarte que al profesor al que estás sustituyendo le han dado el alta médica. Se incorpora la semana que viene.

Me quedé totalmente descolocada, al entrar en la escuela me habían comentado que la sustitución iba a ser bastante larga, desconocía el motivo exacto de la baja, pero lo que sí sabía era que no le esperaban para aquel curso. Incluso me habían llegado a comentar que tal vez la alargara y juntara con la jubilación. ¿Por qué este cambio de planes justo ahora?

Abrí y cerré la boca boqueando como un pez en un intento de decir algo inteligente, pero no se me ocurrió nada. Decir que me alegraba porque el inoportuno profesor estuviera bien como para coger el alta médica sería una mentira muy descarada. Que no pasaba nada, cuando me estaba aferrando a aquel trabajo como si se tratara de mi único salvavidas dentro del mar tormentoso que era mi desastrosa existencia que, para más inri, estaba totalmente patas arriba, sería igual o peor que la primera mentira.

—De verdad que lo siento, Amy. En cuanto tengamos otra vacante vamos a pensar en ti, te lo prometo.

—Yo también lo siento, Marta —respondí al fin—. Nada me gustaría más que seguir trabajando con vosotros.

Tras despedirme de la anciana mujer, salí del despacho con toda la dignidad que pude reunir y me precipité a la salida del colegio.

Tres días más y pasaría a formar parte del conjunto de cientos de desempleados del maldito país. Definitivamente mi vida estaba arruinada.





## Capítulo 2

—Creo que me han echado un mal de ojo.

Entré por la puerta del piso de Judit como una tromba de aire dando un portazo al cerrarla. Tiré el bolso en el sillón así como las llaves y la carpeta que llevaba de cualquier manera. Judit estaba de pie apoyada en la isla de la cocina con una infusión entre las manos cuando se vio interrumpida de aquella forma.

Caminé de arriba para abajo pasándome las manos por el cabello repetidas veces sin saber por dónde empezar hasta que finalmente la miré indignada.

—¿Es que no me piensas preguntar?

Judit tuvo el descaro de sonreír. Me obligó a sentarme en el sofá antes de regresar a la cocina para volver con una infusión de hierbas entre las manos. Tal vez pensara que con una tila iba a solucionar mis problemas. La acepté de buen grado mientras trataba de tranquilizarme.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Judit mientras se sentaba a mi lado.

—Mejor di: ¿y ahora qué te ha pasado? Voy de mal en peor, Judit. Simplemente estoy tocando fondo.

Mi mirada se perdió en las profundidades del líquido ambarino de la taza como si allí mismo pudiese encontrar alguna respuesta. Lo cierto era que algunos de mis problemas no tenían solución, nadie podría devolverme jamás lo que había perdido hacía tan solo unas semanas.

—¿Me lo vas a contar? —dijo Judit amablemente al tiempo que posaba una mano sobre mi rodilla.

Aquello me puso furiosa. Sabía que no tenía motivos para descargar mis frustraciones con ella, pero su poca empatía accionó el pistón para sacarme de mis casillas.

—No te hagas la psicóloga conmigo —le espeté—. Te lo cuento porque eres mi amiga y tengo que desahogarme, pero deja esos aires de loquera para tus pacientes.

Dejé la taza en la mesa y me levanté para pasearme nuevamente de un lado a otro del amplio salón.

—Me han echado del colegio. —Bien, había soltado la bomba, aunque no por ello me sentía mejor—. Parece que el maldito profesor al que estaba sustituyendo decidió coger el alta y se incorpora el lunes, de modo que me han puesto de patitas en la calle. Así sin más. —Dicho en voz alta me sonó como si se tratara de un complot para fastidiarme. Como si algo o alguien se hubiera propuesto apartarme de todo lo que realmente me importaba—. Debería ir y atropellarle con el coche, así se quedaría otra buena temporada en su casa. Sí, eso es lo que debería hacer, así se lo pensará dos veces la próxima vez que quiera joderme. ¿Cómo puede haber gente tan egoísta? ¿Sabes lo que va a costarme encontrar otro trabajo?

Judit me miraba con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Pero ¿tú estás bien de la cabeza?

—Pues no sé, dímelo tú. Se supone que eres la profesional —respondí tras parar en seco en medio del salón—. Realmente espero que no les hagas esa pregunta a tus pacientes.

Judit desencajó aún más la mandíbula. Casi podía ver reflejado en sus ojos lo que estaba pensando. Era probable que estuviera planteándose seriamente pasarme consulta, y también era probable que me fuera estupendamente, pero de momento no entraba en mis planes. No me apetecía desnudarme de ese modo ante nadie, al menos por el momento.

Por otro lado, yo siempre era así, ya debería estar acostumbrada. Lo peor de todo es que era consciente, pero no podía hacer nada por evitarlo. Una terapia no cambiaría mi forma de ser, ¿o sí?

—Siéntate —ordenó mi amiga. Abrí la boca para decir algo pero Judit añadió de forma tajante—: Ahora. —Accedí como la niña obediente que nunca había sido y me senté nuevamente en el sofá frente a mi exigente amiga.

—Mira Amy, siento lo de tu trabajo, pero creo que en estos momentos no es el mayor de tus problemas. Sé que te aferrabas a él como a un clavo ardiendo, pero teniendo en cuenta que no necesitas trabajar tampoco es tan grave.

—¿Y eso me lo dices tú que trabajas tratando a ricos que no saben qué ponerse o dónde invertir sus acciones, y que por eso piden tu ayuda? Tú tampoco necesitas trabajar si de cuestión de dinero estamos hablando.

—No me refería a eso, claro que necesitas trabajar. Quiero decir que ese trabajo no es imprescindible en tu vida. Lo tuyo es el arte, podrías dedicarte a pintar exclusivamente. Ese jefe tuyo, Dominique, ha vendido un par de cuadros tuyos en pocos meses. Amy, si quisieras podrías montar tu propia galería. Lo que pasa es que te estás aferrando a ello porque no quieres ocuparte de tus otros asuntos.

La miré con impotencia porque sabía que tenía razón. Siempre tenía razón. Era más cómodo seguir con la rutina que tener que pensar en el paso que debía de dar a continuación, pero poner del derecho mi vida iba a ser sumamente complicado.

—Tienes que hacer frente a la muerte de tu padre. Llorarle, echarle de menos y todo eso. Y pasar página. No vas a olvidarle Amy, pero tienes que seguir adelante. Es un proceso muy doloroso, pero si no sigues adelante con tu vida lo echarás todo a perder. Esos sueños que tienes no son más que el producto de ese malestar que te reconcome por dentro.

—Y una mierda —repliqué sintiéndome cada vez más perdida de lo que ya estaba—. Te crees que lo sabes todo, pero no es así. Tienes razón en lo de mi padre, murió hace un mes y todavía no he asimilado que no está. No he pasado por la primera fase del duelo, ¿es eso no? Simplemente dejé nuestro hogar y me vine contigo como si estuviera de vacaciones y él me esperara en casa. —Me quemaba la garganta y la visión de mi amiga empezó a tornarse un tanto borrosa—, pero no me digas que lo que sueño es porque no estoy bien porque yo sé que no es así.

Me levanté y dirigí mis pasos a la terraza, la cual se encontraba justo enfrente del salón. Me quedé allí plantada observando la majestuosidad de la Pedrera. Era bonito verla a esas horas toda iluminada con luces de colores. El frío de la tarde inundó mis pulmones adentrándose así en el resto de mi organismo. Poco a poco fui recobrando la calma y, por qué no decirlo, el sentido común. Regresé sobre mis pasos al salón donde había dejado a una Judit bastante preocupada y enfadada, dicho sea de paso. Me arrodillé junto al sofá y la abracé.

—Lo siento. —Me sentía fatal por haberle hablado de aquella manera, ella únicamente había estado tratando de ayudarme—. Sabes que te quiero, eres lo único que me queda. Me enfado porque tienes razón.

—Lo sé —respondió al tiempo que me devolvía el abrazo—. Que tengo razón, quiero decir. —Nuestras miradas se buscaron antes de estallar entre risas.

—Reconozco que a veces puedo resultar algo difícil, pero tú eres una prepotente. Mira, llamaré a Daniel y solucionaré lo del testamento. Es hora de empezar a ordenar mi vida.

—¡Esa es mi chica! —exclamó feliz de poder haber sacado algo en claro de todo aquello.

A la mañana siguiente llamé al socio de mi padre para reunirnos cuanto antes. Daniel además de ser su socio era su mejor amigo. Había arreglado todo el papeleo de

la herencia para mí y había esperado a que estuviera preparada para explicarme cómo quedaba todo el asunto. Quedamos en vernos aquella misma tarde en el bufete. Judit me acompañaría, había sido inflexible en cuanto a eso.

Respiré profundamente antes de entrar en el gran edificio de oficinas donde estaba el bufete del cual mi padre era el socio mayoritario. Armand Ribes i associats decía un elegante rótulo. Se trataba de un gran bufete de abogados en la mejor zona de Barcelona: Pedralbes. Los clientes eran gente de mucho dinero. Mi padre se había dedicado en cuerpo y alma a levantar la empresa, se había asociado con muy buenos abogados, y habían conseguido una amplia cartera de clientes de lujo. Tras veinticinco años de vida de dedicación casi exclusiva había conseguido montar un imperio con sus socios, un nivel de vida de lujo y todo lo necesario para que no me faltara de nada, aunque yo tan solo deseaba un padre y una madre al regresar de la escuela, pero aquello era otra cuestión.

Mientras subíamos por el ascensor a la última planta pensaba en la de veces que había ido a buscar a mi padre para comer juntos, algo que ya nunca volvería a hacer. Decidí que sería mejor no continuar con aquella línea de pensamientos, era contraproducente.

—¿Estás bien?

Miré a mi amiga del alma y la cogí de la mano afirmando con la cabeza. Judit me inspeccionó de arriba a abajo, como hacía siempre, una manía que tenía desde que éramos prácticamente unas niñas. Se aseguró de que mi vestido estuviera en perfecto estado, me arregló el pelo, pellizcó mis mejillas y me dedicó una mirada aprobadora. Aquello me arrancó una sonrisilla que supuse que era justo lo que pretendía.

Daniel nos hizo pasar a su despacho y nos invitó a sentarnos en las dos sillas que había delante de su mesa. Tras las presentaciones de Daniel y Judit, este ocupó su silla tras la gran mesa de madera.

—Me alegro que decidieras venir. Es un tema que no podía esperar mucho más tiempo. He retenido cierto papeleo todo lo que he podido y, como sabes, lo más urgente te fue enviado para que firmaras. De lo demás ya me he hecho cargo.

Sacó una carpeta marrón de uno de los cajones de la mesa. Se colocó las gafas y procedió a sacar toda la documentación referente a la herencia de mi padre.

—Tu padre había hecho los deberes —explicó mirándome desde sus gafas metálicas—, lo había dejado todo en orden. El problema es que al haber sido todo tan repentino he tenido que hacer un poco de trabajo de campo recopilando la documentación de su patrimonio.

Asentí pesarosa. Claro que lo había dejado todo en orden, era muy meticuloso y bastante previsor, pero ¿cómo iba a prever que una noche cualquiera, volviendo de una cena con un cliente, iba a sufrir un aparatoso accidente de tráfico que le quitaría la vida?

—Aparte de vuestra casa de Sarrià y la mitad de las acciones de esta empresa, lo cual ya te daría para vivir el resto de tu vida sin apuros, tu padre tenía unas cuantas propiedades, las cuales pasan todas a ser tuyas, por supuesto.

Asentí de nuevo. Mi padre había adquirido a lo largo de su vida un par de casas, para evadirse del estrés de su trabajo y el barullo de la ciudad.

—Una casa en Baqueira, una en Ibiza y otra en Llo. De esta última no tenía ni idea.

—¿En Llo? —pregunté sorprendida—. No tenía ni idea y yo tampoco, puede que la comprara recientemente.

Daniel negaba con la cabeza mientras buscaba la escritura de la propiedad.

—Verás, esa casa fue adquirida en 1983 —dijo señalando con el dedo algún punto de la escritura.

Pestañee repetidas veces sin saber qué pensar. Judit me miró con el mismo gesto de asombro que debía de tener yo misma pintado en el rostro.

—Eso fue un año antes de que yo naciera —añadí pensativa.

Judit carraspeó.

—A riesgo de parecer una ignorante —intervino Judit por primera vez—. ¿Dónde demonios está eso?

—En la Cerdaña francesa —respondió Daniel con una sonrisa en los labios.

—Ah, pues ya lo tienes —dijo volviéndose hacia mí—. A tu padre le encantaba esquiar. Se compró la casa por esa razón. Luego cuando se compró la de Baqueira, que menudo chalet por cierto, ¿para qué iba querer subir a la Cerdaña francesa?

Asentí pensativa para nada convencida.

—En cuanto al bufete —continuó Daniel—, ser dueña de la mitad de la empresa aporta buenas ventajas económicas, pero también serios inconvenientes. Tu padre se dejó la piel en este negocio y una dedicación al cien por cien. Teniendo en cuenta que él te alejó premeditadamente de este negocio, permitiendo que estudiaras lo que quisieras y eligieras tu propio camino, yo te recomendaría que vendieras. Él no quería esto para ti, si no hubiera insistido en que continuaras su legado.

De sobras sabía lo que opinaba mi padre al respecto. Él era feliz con su trabajo, pero prácticamente no tenía vida privada. Siempre decía que lo único que podía hacerte verdaderamente bueno en algo era el hecho de que disfrutaras haciéndolo. Por eso había insistido en que me dedicara a lo que realmente se me daba bien, que era pintar. Quería que fuera feliz haciendo lo que me gustaba, pues como decía, era lo más importante.

Lo cierto es que era un padre fuera de serie, totalmente diferente al de mis compañeros de colegio e instituto. El mundo en el que me había criado no tenía nada que ver con los valores que él me había inculcado. Me había llevado a las mejores escuelas de Barcelona donde la ambición y la competitividad eran un credo. Siempre sintiéndome un bicho raro por mi manera de ser y pensar. Pese a que formábamos parte de aquella élite, nada teníamos que ver con ellos. Se encargó de proveerme de todo lo mejor, pero nunca permitió que me convirtiera en una déspota malcriada. Cabía decir que no todo había sido frívolo, había conocido a gente maravillosa como mi amiga Judit y su familia, así como la de Daniel.

—Tienes toda la razón —respondí obligándome a regresar al tema que nos ocupaba—. Además, aunque quisiera no podría hacerme cargo. Aparte de cambiar la decoración tan odiosamente sería de los despachos y colgar mis cuadros en ellos por si surge algún comprador de entre los clientes, no sabría qué más hacer.

Daniel rió.

—Yo me hago cargo de eso, no te preocupes. Alguna vez lo habíamos hablado Armand y yo. Voy a sacar el máximo beneficio posible para ti. Todo esto es tuyo ahora, Amy —anunció el abogado mientras introducía todos los papeles en la carpeta y me la entregaba— Tendrás que echarme unas cuantas firmas aquí —añadió acercándose una serie de documentos—, y ya estará hecho.

Firmé donde me pedía. Luego guardó los documentos que eran para mí en la carpeta y me levanté dando por finalizado el maldito trámite.

—Daniel, te lo agradezco de veras. No sé qué hubiera hecho sin ti, ni siquiera habría sabido por dónde empezar.

Daniel se levantó, del mismo modo que hizo Judit.

—No tienes que agradecerme —dijo poniendo su mano sobre mi espalda—, tu padre era mi amigo, puedes contar conmigo para lo que sea. Lo sabes, ¿verdad? —Asentí a modo de respuesta—. No te recomiendo que vendas ninguna de las propiedades ahora mismo, no es buen momento. En cuanto al bufete no te preocupes por nada, tendrás noticias mías.

Agradecí de nuevo su gran ayuda y cuando estábamos a punto de salir por la puerta añadió:

—Una cosa más.

Tanto Judit como yo paramos en seco. Volví el rostro hacia el hombre que había sido el mejor amigo de mi padre que preguntó:

—¿Has hablado con Marc? Está muy preocupado por ti, dice que no contestas sus llamadas.

Durante unos segundos me quedé allí plantada sin saber qué responder a aquella simple pregunta. ¿Sabía realmente la respuesta?

—Eh... —balbucí—. Bueno... la verdad, he tenido unas semanas un tanto complicadas.

—Lo sé, y lo entiendo, pero habla con él. Deja que cuidemos de ti, pequeña.

Asentí con la cabeza sin saber qué contestar a eso y salí por la puerta seguida de una Judit totalmente desconcertada.

—¿A qué ha venido eso? —me increpó—, dijiste que estaba todo bien con Marc. ¿Y ahora me entero de que ni le coges el teléfono?, ¿desde cuándo?

—No lo sé, ¿vale? Simplemente no estoy de humor para un romance.

—¿Me mentiste? —La cara de Judit adquirió ciertos tonos púrpuras alrededor de las mejillas—. Tienes a un chico guapo, inteligente, encantador y con un futuro prometedor que se preocupa por ti, ¡qué digo!, que bebe los vientos por ti, ¿y tú no estás de humor? ¿Y encima me mientes?

Levanté la mano con la palma hacia mi amiga y añadí con cierto sarcasmo:

—Culpable.

Entré en el ascensor seguida de mi indignada amiga que me miraba con los ojos encendidos.

En el momento que la puerta del ascensor se abrió, nuestro objeto de discusión se materializó ante nosotras ocupando todo el espacio con sus anchos hombros.

Marc nos miró sorprendido, lo último que había esperado aquella tarde había sido verme por el bufete. Lo mismo que yo.

—Hola Marc —saludó Judit dándole un par de besos en las mejillas al tiempo que salía del ascensor a toda prisa—. Amy, nos vemos en casa esta noche, ya sabes, he quedado para cenar con mis padres. Qué casualidad Marc, acabamos de pasar por tu despacho, Amy quería quedar contigo para hablar y eso. ¿No es genial? —añadió con una sonrisa maliciosa que solo yo pude apreciar. Abrí los ojos estupefacta mientras veía cómo salía del edificio de forma apresurada y se perdía entre la multitud de transeúntes que caminaban por la calle.



## Capítulo 3

—No lo dice en serio, ¿verdad? No has venido hasta aquí para hablar conmigo, sobre todo si tenemos en cuenta que hace más de dos semanas que no me coges el teléfono.

Pestañee varias veces de forma nerviosa sin saber qué responder antes de salir del ascensor lentamente. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de encontrarme casualmente allí con él, lo cual debería haber tenido en cuenta porque precisamente aquel era su lugar de trabajo.

—Pues... lo cierto es que tienes razón. Vine a ver a tu padre por lo de mi herencia y todo eso —anuncié al tiempo que hacía un gesto con la mano para restarle importancia—. Hemos pasado por tu despacho para saludarte pero no estabas. —No atragantarme con mi propia mentira fue toda una hazaña, odiaba hacerlo. Ciertamente que a veces omitía información a mi amiga Judit, pero no era una mentirosa.

—Bien, pues aquí me tienes —me dijo desafiante.

—No me lo vas a poner fácil, ¿me equivoco?

—No recuerdo que tú a mí sí —respondió él—. Entiendo por todo lo que estás pasando, pero no estás siendo franca conmigo, no me merezco esto.

Lo miré sorprendida, era como si lo viera por primera vez. Marc era mi amigo desde hacía muchos años. Podría considerar a su familia como propia. Él había comenzado a trabajar en el bufete cuando acabó sus estudios, como debiera haber hecho yo. Marc siempre había esperado algo más de aquella amistad. Unos pocos meses atrás hizo lo que nunca creí que se atrevería a hacer: se me había declarado. No podía decirse que fuéramos novios, pero lo cierto es que éramos mucho más que amigos. Mi padre había estado encantado con la noticia, el cual había tenido que enterarse por Daniel de que sus hijos estaban saliendo. Marc había sido paciente y amable todo ese tiempo. Nunca me había exigido nada. ¿Qué le pasaba de repente?

—Marc, quizás no sea este el mejor lugar. —Miré alrededor, nos encontrábamos en un sitio de paso. Gente trajeada pasaba de aquí para allá luciendo trajes caros. Al fondo de todo, cerca de la salida, un hombre joven, pelirrojo y extremadamente grande, nos observaba mientras hablaba por teléfono. Era curioso, estaba totalmente fuera de lugar en aquel edificio. No parecía el típico picapleitos, y tampoco un cliente.

—¿Te parece si tomamos un café? —preguntó mirando su reloj—. Tranquila, no te ocuparé mucho tiempo, tengo que volver al trabajo.

No pude más que asentir mientras Marc me cogía del brazo y me dirigía a la cafetería que había enfrente de las oficinas.

Ocupamos una mesa justo al lado de la amplia ventana que daba a la calle. Fue a pedir a la barra mientras yo me sentaba en una silla a un lado del cristal. Desde allí podía observarse el movimiento de la gran ciudad: gente de un lado para otro como rebaños de ovejas y coches pasando a toda velocidad intentando que no les cogiera el semáforo en rojo nuevamente; era agobiante. Siempre había vivido allí, pero últimamente la sensación de ahogo iba en aumento. Puede que necesitara unas vacaciones y alejarme de todo por un tiempo.

—Te he pedido una Coca-Cola con hielo —dijo a la vez que me la colocaba delante. Sabía perfectamente cuales eran mis gustos.

Ocupó la silla que había justo enfrente sin decir palabra, simplemente se centró en mover el café a la espera de que me decidiera a hablar.

—Lo siento —admití finalmente—. No me he portado del todo bien contigo.

Marc levantó la cabeza, toda su atención estaba puesta en mis palabras.

—Ese es un buen comienzo. Sigue —dijo con una sonrisa en los labios.

Sonreí también. Marc me gustaba, de hecho me encantaba estar con él. Era muy divertido y nos compenetrábamos a la perfección, pero desde que habíamos cruzado la línea de la amistad todo había cambiado. No entendía del todo dónde radicaba el problema. Él era el tipo de hombre por el que las mujeres suspiran: cuerpo atlético, rubio, ojos bonitos, elegante, pero no había pasión. No podía decirse que fuera una persona muy experimentada en lo tocante al amor. Había tenido mis relaciones, pero todas habían sido bastante cortas y fácilmente olvidables. Puede que el problema radicara en mí, me gustaba mi vida tal y como estaba, sin complicaciones; o puede que simplemente aún no hubiera dado con la persona con la que realmente me apeteciera complicarme la vida de aquella forma.

Pestañee un par de veces antes de continuar, escogiendo cuidadosamente las palabras que diría a continuación.

—Verás, he estado muy liada. Mi vida está en estos momentos en el caos más absoluto. No sé qué hacer con ella...

—Excusas —me cortó él.

Eché la cabeza hacia atrás al tiempo que levantaba una ceja con incredulidad.

—No tienes ni idea...

—No, claro que no. Porque no me cuentas nada.

«Si esto fuera un debate me estaría machacando», pensé.

—Amy, si no quieres estar conmigo dilo. No quiero que te sientas obligada a nada. Ya sabía antes de tirarme de cabeza a la piscina que no iba a ser fácil, y que no iba a salir de rositas, pero aun así lo hice, corrí el riesgo porque merecía la pena. Yo te quiero. Quiero estar contigo, pero no así. —Puso su mano encima de la mía—. Eres demasiado complicada para mí.

Fruncí el ceño sin comprender lo que me estaba queriendo decir. Todo estaba yendo demasiado rápido.

—¿Me estás dejando? —pregunté desconcertada.

—No —respondió con una sonrisa triste en los labios—, eso te lo dejo a ti.

—¿Entonces?

—Solo señalo el hecho de que yo te quiero y de que tú seguramente no sabes ni lo que sientes por mí. Que tienes miedo al compromiso y que deberías ordenar tus ideas, tu vida o lo que sea porque ya tienes una edad para ir haciendo lo que te dé la gana con quien quieras y cuando quieras.

Abrí los ojos y la boca a la par.

—¿Qué le pasa a mi edad? —inquirí cada vez más confusa.

—Estás a punto de cumplir los treinta. No eres una niña. Es hora de que empieces a cambiar ciertas cosas, ¿no te parece?

Volví a pestañear como cien veces en un segundo sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas.

—¿Qué me estás queriendo decir exactamente? Para tu información ni siquiera he cumplido los veintinueve —observé indignada—. ¿Y a ti qué te pasa?, ¿ahora eres un hombre serio y responsable?

Marc sonrió.

—No, pero necesito algo más. ¿Qué clase de relación es esta? Salimos, lo pasamos bien, nos acostamos de vez en cuando y ya, para de contar. Hasta que quieras volver a verme. No me gusta —añadió negando con la cabeza y cambiando de postura en la incómoda silla—. No soy un adolescente.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunté vacilante. Esto estaba yendo por unos derroteros que no me gustaban nada.

—Todo. Lo quiero todo de ti, Amy. Quiero hacer lo que hacen las parejas normales. Quiero saber de ti, verte diariamente, que me hagas partícipe de lo haces. Irnos a vivir juntos, ya sabes.

Nos miramos fijamente como en un duelo de miradas en el que el más fuerte es el que aguanta imperturbable durante más tiempo. Después de lo que me pareció toda una vida la aparté para posarla en la gente que pasaba por la calle. Cómo decirle todo lo que pasaba por mi cabeza en aquel momento sin lastimarle. Imposible darle todo aquello que pedía. Ni siquiera tenía claro que pudiera dárselo a nadie jamás, no de aquella manera. Le quería, pero de otra forma. Era mi amigo, le necesitaba. No podía permitirme perderle a él también.

—No tienes que decidir nada ahora. Tómate tu tiempo.

—No necesito tiempo para saber lo que no puedo darte —musité apesadumbrada. Una gruesa lágrima rodó por mi mejilla.

Él sonrió de nuevo. Una sonrisa que se quedó en sus labios sin llegar al resto de su cara. Su rostro no reflejó contrariedad, ni siquiera decepción.

—Mentiría si dijera que no me lo esperaba —declaró con voz apagada. Miró su carísimo reloj y añadió—: Tengo que irme. Llámame si cambias de opinión. —Tras lo cual, se levantó de la silla y me besó en la mejilla. Un dulce y cálido beso de despedida que me quemó la garganta. Luego se marchó dejándome sola mientras sentía cómo todo a mi alrededor se derrumbaba.

De camino a casa de Judit decidí que, puesto a que iba estar igualmente sola, me pasaría por mi casa. Llevaba posponiéndolo desde el día del accidente. Cuando supe la terrible noticia, cogí una bolsa de viaje, metí algunas pocas cosas y huí a casa de mi amiga; aún no había regresado. No sabía cuánto tiempo seguiría viviendo con Judit, pero lo cierto era que necesitaba coger más cosas. Mi casa estaba ubicada en el barrio de Sarríà, no muy bien comunicada en cuanto a transporte público se refería, y bastante lejos del ático de mi amiga, en pleno centro. Así que fui a por mi moto, que estaba aparcada cerca de la casa de Judit. No me gustaba depender del metro y el autobús aunque a veces no me quedaba otra que utilizarlo, pero siempre que podía me movía por la ciudad con mi queridísima Vespa negra.

Remonté el Paseo de Gracia hacia la avenida Diagonal. El tráfico a esas horas era bastante denso. Hacía ya un buen rato que había caído la tarde y el frío de febrero se hizo más acuciante con la velocidad de la moto. Veinticinco minutos después, abrí con el mando la puerta de acceso para dejar la moto en el interior.

Era sencillamente una vivienda espectacular, toda líneas modernas. Se llegaba a la puerta principal siguiendo un iluminado camino de piedra. Todo lo demás era césped. Mi padre había sido un gran amante de la naturaleza, motivo por el cual toda la casa estaba rodeada de grandes árboles, plantas y flores de todo tipo. Cogí las llaves del bolso e introduje una de ellas en la cerradura de la puerta blindada. Con un rápido movimiento la abrí y desactivé la alarma. Paré vacilante en el umbral pensando si todavía no era demasiado tarde para dar la vuelta y regresar por donde había venido, pero el familiar olor del hogar acarició mis sentidos impidiéndome marchar. A tientas, busqué el interruptor para encender la luz al tiempo que cerraba la puerta introduciéndome en el interior de la casa.

«Hogar, dulce hogar», pensé apenada cuando se iluminó la estancia.

Dejé el bolso, la chaqueta y la bufanda colgados en un perchero de pared que había junto a la puerta. Todo estaba igual que cuando me había marchado. Dirigí mis pasos hacia la cocina con la intención de prepararme alguna infusión con la que entrar en calor. Me había quedado helada durante el trayecto. Una tila o algo así no me vendría mal. Cogí una taza del armario, le puse agua y la introduje en el microondas. Mientras se calentaba observé que había un par de vasos en el fregadero. Los metí en el lavavajillas, el cual estaba a medio llenar, con platos sucios de la última noche en que cené en casa antes de salir corriendo para no volver más.

El microondas pitó. Saqué la taza de agua hirviendo, le introduje un par de bolsitas de tila y me dirigí al salón. Me senté en la *chaise longue*, junto a la cristalera que daba al jardín. Era mi lugar favorito en invierno. Desde allí podía verse el frondoso jardín y la enorme piscina. Pasaba horas y horas allí tumbada leyendo. Ahora estaba totalmente a oscuras, tan solo las luces de la piscina estaban encendidas.

Un fuerte golpe se oyó en el piso de arriba haciéndome derramar parte del contenido de la taza del susto. Miré hacia arriba con el corazón martilleando dentro del pecho. Dejé la taza en una mesita que había cerca del sillón y me dirigí hacia las escaleras que llevaban a la segunda planta. Encendí la luz de las escaleras y procedí a subirlas haciendo el menor ruido posible. Me sentí tan estúpida que por un momento paré en medio de las escaleras. Qué más daba si hacía o no ruido, si acababa de encender la luz. Si había alguien arriba sabría perfectamente que yo estaba abajo y que al oír el ruido subiría, así que continué subiéndolas, esta vez sin preocuparme de si mis pisadas sonaban o no.

Todo estaba en orden en la planta superior. Allí estaban las habitaciones, un par de baños, el despacho de mi padre y mi estudio de pintura. Hice un rápido recorrido para comprobar que todo estuviera cerrado a la calle. Cuando llegué al estudio de mi padre observé un grueso volumen en el suelo. Me agaché a cogerlo, era un álbum de fotos. Miré el mueble que había justo al lado, era el último, o el primero, según se mirara, de una pila de álbumes y libros que se apoyaban unos en otros. Había debido de caerse por su propio peso. Abrí la portada mientras lo llevaba a su sitio. Eran fotos de familia, la primera página reveló dos fotos. En la primera, aparecía yo con dos o tres años subida a la espalda de mi padre, en la siguiente le tiraba de las orejas como si fuera un oso de peluche.

Dos lagrimones cayeron sobre las fotos.

Los limpié con la manga del vestido antes de cerrarlo suavemente como si se tratara de un delicado códice. Otras lágrimas siguieron a las anteriores y ya no pude parar; no quise parar. Me abracé al álbum como si fuese lo más preciado para mí y lloré.

Lloré desconsoladamente por la reciente pérdida que hacía sangrar mi corazón, consciente por primera vez de que ya nunca le volvería a ver. Ese pensamiento me desgarró el pecho dolorosamente antes de que un desconsolado sollozo saliera de lo más profundo de mi ser.

Estaba sola.

Totalmente sola.

Mi padre había sido hijo único, y los padres de él habían fallecido hacía muchos años. Mi madre había muerto al yo nacer, y su familia no había querido conocerme, mi padre simplemente no hablaba de ellos. Tan solo sabía que eran franceses, de aquí mi peculiar nombre.

Sin familia, sin trabajo, sin rumbo.

Me sentía tan desgraciada que no tuve ánimos para levantarme, de modo que seguí llorando ahogándome en mi propia pena.

Un rato después, cuando ya no me quedaban más lágrimas que derramar, coloqué el álbum en su sitio y me dirigí a la habitación de mi padre. Me senté en la amplia cama y observé las fotos de las mesitas. En todas salía yo. Mi padre me adoraba, del mismo modo que yo a él.

Nuevas lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos. Me estiré abrazando la almohada. El olor a él era tan abrumador que daba la sensación de que estaba a mi lado. Con ese único pensamiento me quedé dormida sintiéndome reconfortada por primera vez en mucho tiempo.



## Capítulo 4

Me costaba respirar.

Me llevaban a cuestras como si fuera saco de patatas. Mi cabeza iba golpeando la musculosa espalda de alguien.

Me sentía aturdida.

Un fuerte dolor me taladraba la cabeza. Mis miembros entumecidos protestaban ante las sacudidas recibidas. El olor a tierra mojada se introdujo en mis fosas nasales. Ningún sonido a mi alrededor, tan solo las pisadas sobre la tierra húmeda y la hierba.

Me habían golpeado. Eso podría explicar el fuerte dolor de cabeza. Había estado inconsciente y comenzaba a recuperar el conocimiento.

Un búho ululó en algún punto cerca de donde me encontraba. Empecé a forcejear. Por lo menos no pensaba ponérselo fácil.

Recibí un fuerte golpe en el trasero a modo de respuesta que me dejó sumamente dolorida. Miré a mi alrededor como pude. Estaba en un bosque o algo parecido y era noche cerrada.

El sonido de las pisadas cambió.

Miré hacia abajo aterrorizada. Agua.

Mi agresor se estaba metiendo en una especie de lago o pantano, o lo que fuera aquello. El pánico se apoderó de mí. Forcejeé con más fuerza, tenía que liberarme como fuera.

El tipo que me llevaba a cuestras me soltó de golpe. Sentí cómo me hundía en el agua gélida, el frío me golpeó dejándome sin respiración. Salí a la superficie buscando aire con el que llenar los pulmones. Intenté ponerme en pie, el agua no me llegaba ni a la cintura, pero mi agresor no me lo permitió; me agarró del cuello y me hundió de nuevo en el agua helada.

Me dolía el cuerpo del frío.

Pateé con todas las fuerzas que pude reunir al hombre que pretendía ahogarme. Eso me dio la oportunidad de salir de nuevo a coger aire. El hombre me cogió del pelo y volvió a sumergirme nuevamente. Busqué sus manos e intenté soltarme agarrando y arañando sus dedos.

Era demasiado fuerte.

Pataleé a sabiendas que me iba la vida en ello. Necesitaba aire, los pulmones me empezaban a arder. Decidí probar otra estrategia: poner los pies en el fondo para incorporarme y respirar, pero el tipo me lo impidió golpeándome violentamente en la espalda.

Caí de nuevo impotente.

Poco a poco dejé de luchar, ya no me quedaban fuerzas.

De repente mi ángulo de visión cambió. Podía ver la escena que estaba ocurriendo en el agua como si aquello fuera ahora una película. Un cuerpo grande y fuerte mantenía sumergido otro mucho más pequeño. Hacía unos segundos que había dejado de luchar, unas convulsiones sacudieron el pequeño cuerpo, signo de que el oxígeno había dejado de llegar al cerebro y el corazón finamente había dejado de latir.

El hombre la soltó. Había cumplido con su cometido.

No podía ver bien sus rasgos, pero sí el de la víctima.

Era una mujer.

Observé su cuerpo que yacía inerte en el agua y que comenzaba a hundirse. El negro cabello se ondulaba a su alrededor como algas a la deriva; su rostro era pálido como el blanco vestido que portaba y las pestañas muy largas.

Sus ojos se abrieron de golpe y me miraron fijamente.

El susto fue tan grande que me incorporé a medias intentando introducir aire en los pulmones. Me llevé la mano a la garganta como hacía siempre. Miré desorientada a mi alrededor, no estaba en casa de Judit. Poco a poco mi cerebro fue reconociendo los detalles de la habitación en la que me encontraba.

Otra vez el mismo sueño, solo que más completo.

Hasta ahora sentía cómo luchaba por salir a la superficie. Esta vez había ido mucho más allá. Después de muchas noches luchando por respirar finalmente había perdido la batalla, todo había acabado, pero lo más desconcertante era que no solamente había vivido cómo me ahogaban sino que una vez muerta había podido ver el rostro del cuerpo inerte.

Era yo.

Había sido tan vívido que más parecía un recuerdo reciente que un sueño.

El sonido del agua continuaba en mi cabeza. Me había acostado con zapatos y todo. Estaba aterida de frío, ni siquiera me había metido dentro del edredón. Miré el reloj digital de la mesita de noche; marcaba la una y veinte.

Busqué a tientas el interruptor de la lámpara de la mesita. Todo quedó iluminado tenuemente en un momento. Hice el ademán de levantarme cuando me di cuenta de que el sonido del agua cayendo no era un mero recuerdo del espantoso sueño vivido.

Venía del baño.

¿Me había dejado el grifo abierto? Ni siquiera había ido al baño, y ese grifo no era precisamente el del lavabo.

Era de la ducha.

Me levanté de la cama y me dirigí lentamente al baño del que procedía el sonido. No era el de la habitación de mi padre, era el que había justo al lado de su despacho.

«Genial. Ahora estoy haciendo justo lo que hacen en las películas de terror antes de que los maten —pensé—. Justo lo que no se debe hacer, lo que piensas que nunca harías.»

Con el corazón desbocado y la sangre latiendo en mis sienes empujé la puerta del baño, que estaba entornada. No recordaba que estuviera así cuando había pasado aquella tarde por cada una de las habitaciones. Apenas se podía ver, estaba totalmente llena de vaho. Abrí la puerta de par en par para que saliera hacia fuera y se despejara un poco.

Allí no había nadie.

Miré la ducha; estaba abierta y con el grifo del agua caliente a máxima potencia. Lo cerré intentando mojarme lo mínimo posible.



Miré a mi alrededor.

Nada. Allí no había nada, ni nadie.

—¿Qué me está pasando? —me pregunté en voz alta.

Me senté en la taza del váter, los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cara. Me sentía agotada, física y mentalmente. ¿Qué significaba ese maldito sueño?, ¿era premonitorio?, ¿iba a morir ahogada?, ¿o tal vez había pasado en otra vida?

De nuevo se oyó un golpe en la habitación de al lado. A punto estuve de caerme de donde me encontraba sentada.

Mi corazón amenazaba con estallar.

Miré al frente. Me quedé petrificada. Ya no solamente notaba las pulsaciones de mi acelerado corazón; ahora también podía oírlas.

En el ancho espejo del baño había un mensaje:

«Amy, ayúdanos»

Lo leí con ojos desorbitados. Toda mi piel se erizó. La temperatura del baño había descendido precipitadamente. Sentí un frío glacial a mi alrededor, como si hubiera dejado una ventana abierta de par en par en medio de una gélida noche.

Salí trastabillando del baño. De camino hacia las escaleras pasé por el despacho de mi padre. Algo no me cuadró.

Retrocedí sobre mis pasos para ver de qué se trataba.

Me apoyé en el marco de la puerta con una mano. El grueso álbum de fotos volvía a estar en el suelo. Ese debía de haber sido el golpe que había escuchado desde el baño. Lo cogí de nuevo para colocarlo encima de la mesa.

—Esta vez no vas a moverte de ahí —ordené al libro—. Estupendo, ahora hablo con objetos —pensé en voz alta.

Me llevé una mano al rostro, me sentía confusa.

Tenía que salir de aquella casa. Analizar lo que había sucedido desde otra perspectiva, necesitaba contárselo a alguien. Pero ¿a quién? Pensarían que estaba loca.

Con ese pensamiento en la cabeza me dirigí a la planta inferior apresuradamente. Me puse la chaqueta, la bufanda y me colgué el bolso. Conecté la alarma y salí al exterior de la vivienda. El frío de la noche hibernal era menor que el que acababa de sentir hacía unos minutos en el baño mientras leía el espejo. Saqué la moto por la puerta automática con el casco ya preparado. En cuanto esta se cerró subí a la Vespa y me dirigí a casa de mi amiga a toda velocidad.

No había ni un alma a aquellas horas intempestivas.

Enfilé la calle hacia abajo, callejeé por Sarrià dirección Vía Augusta y de ahí hacia el centro de la ciudad.

Necesitaba pensar. Me acababan de asesinar en un sueño y un fantasma me había dejado un mensaje pidiendo ayuda. Y creía que había tocado fondo un par de días atrás cuando me echaron del estúpido trabajo.

El destino estaba jugando conmigo, y estaba claro quién iba perdiendo.



## Capítulo 5

No había podido pegar ojo en toda la noche. Por la mañana había salido mucho antes de que Judit se levantara dejándole una nota en la que le decía que estaba bien y que había tenido que salir antes. Conociéndola como la conocía no habría parado hasta sacarme el último aliento. La cara que lucía aquella mañana era como un libro abierto, habría notado que algo no iba bien.

La noche sin dormir comenzaba a pasarme factura. Tan solo me quedaban dos días de trabajo en la escuela. El equipo directivo había decidido que no se lo comunicara a los alumnos hasta el último momento. Sabían que el viejo profesor no era muy querido entre los chavales debido a sus métodos de enseñanza un tanto a la antigua usanza. Temían algún tipo de iniciativa para exigir que me quedara, así que era mejor el factor sorpresa. Estaba cansada. Poco me importaba ya si me quedaba o me largaba. Lo sucedido la noche anterior me tenía completamente absorta.

Hacer una clase de dibujo técnico para un grupo de tercero de la ESO con la cabeza puesta en el mensaje del espejo que imploraba mi ayuda fue realmente toda una proeza.

Había decidido que en cuanto acabara las clases me iría directa a casa. A mi casa. Necesitaba saber. La noche anterior había huido aterrorizada, más por el hecho de pensar que me estaba volviendo loca que por lo inexplicable de todo aquello. Ahora, habiendo puesto distancia a lo sucedido, comenzaba a verlo desde otra perspectiva. No creía posible habérmelo imaginado, era demasiado real; aunque, por otra parte, el sueño también lo era y no estaba ahogada en un lago, al menos no de momento, ¿y si estaban relacionados? No. No tenía sentido. En realidad nada tenía sentido.

El esperado sonido del timbre anunció el fin de la clase. Recogí mis cosas y salí de la escuela apresuradamente, no tenía ganas de encontrarme con ninguno de mis compañeros para comentar lo penoso de mi situación laboral.

Los jueves no tenía clase por la tarde, así que me dirigí al aparcamiento donde tenía la moto con la única idea en mente de volver a mi casa.

El sonido seco de un tambor africano me indicó que me había llegado un mensaje por WhatsApp. Busqué el teléfono móvil dentro del bolso y leí:

«¿Estás enfadada conmigo?»

Inmediatamente otro mensaje:

«¿Comemos juntas?»

«Di que sí.»

Pensé en negarme pero necesitaba comer. Mi estómago rugió en aquel preciso instante tomando parte activa en la conversación mental que mantenía conmigo misma. Decidí que no era mala idea. Judit trabajaba no muy lejos de mi casa de modo que podíamos quedar por allí. No era cuestión de un par de horas.

«Ok», contesté.

«¿Dónde siempre?»

Quince minutos más tarde, entraba por la puerta de un restaurante japonés donde solíamos ir a comer juntas. Nos chiflaba aquel tipo de cocina. Judit había llegado antes y me esperaba sentada en la mesa del rincón. Siempre pedíamos la misma mesa, nos daba mayor intimidad para hablar de nuestras cosas. Me desprendí de la ropa de abrigo y del bolso, y lo coloqué en la silla situada al lado de la que iba a ocupar. Judit me miraba con una sonrisa en los labios.

—Anoche te lo tomaste con calma —comentó interesada.

Me senté en la silla que había justo enfrente de la de Judit al tiempo que le lanzaba una mirada de irritación.

—Me he tomado la libertad de pedir, así nos sirven antes —anunció despreocupada cambiando de tema.

—Eres igual que un novio de esos que no te dejan ni tener iniciativa propia.

Judit silbó.

—¿Tan mal fue? —inquirió mudando la expresión del rostro al modo preocupado y, tal vez, culpable.

Una pequeña camarera de rasgos orientales trajo los platos que había pedido Judit. Colocó una fuente que contenía *sushis* y *makis* en el centro de la mesa. Un plato, enfrente de mi amiga, de arroz frito con verduras y gambas. Y otro para mí de fideos de arroz con sepia a la plancha, verduras y setas. A continuación trajo una botella de vino blanco y lo sirvió en las copas que había en la mesa. Después de preguntar si estaba todo bien, se retiró con una simpática sonrisa de oreja a oreja.

—Aunque pensándolo bien, si fueras mi tipo no te dejaría escapar —admití al tiempo que me deleitaba con los humeantes platos que había sobre la mesa—. Una lástima.

—Soy un buen partido —respondió guiñándome el ojo.

Ambas reímos y comenzamos a dar cuenta del contenido de los platos. No podía haber amigas más diferentes que nosotras. Cualquier observador podría darse cuenta a simple vista. Judit parecía una modelo de alta costura, siempre iba a la última cuidando hasta el último detalle de su aspecto. En cambio, yo era más desenfadada, en todos los sentidos. Tanto me daba lo que opinaran los demás. Aquello no quería decir que no me gustara la ropa, todo lo contrario. Era una artista y eso incluía a mi propia persona, pero con un estilo un tanto más personal que el de mi amiga.

—¿Vas a contármelo?

Moví la cabeza en un gesto de indiferencia.

—Marc me dejó.

Judit abrió los ojos de par en par.

Asentí.

—Me dio un ultimátum: o todo o nada —añadí cogiendo la copa de vino y vaciando su contenido de un trago.

—Y le dijiste que todo no —adivinó Judit.

Asentí de nuevo. No me sentía cómoda con la conversación. Era demasiado reciente y, aunque no sentía nada romántico por él, era mi amigo. Las cosas no iban a volver a ser como antes y eso me entristecía enormemente.

Pasamos a hablar de cosas más triviales mientras comíamos hasta que ya no pude más y exploté soltando la frase que tantas ganas tenía de decirle a mi amiga desde que me había levantando aquella mañana:

—Ayer estuve en mi casa —anuncié mirándola con intención.

—¿En serio? —preguntó curiosa—. ¿Y?

—Pues... —empecé a decir. No sabía qué parte contarle. Miré mi plato medio vacío, de repente ya no tenía hambre. Cogí aire y lo solté con un gesto de derrota. Necesitaba contárselo, pero ¿por dónde empezar?

Judit levantó una ceja inquisidora. Apartó su plato vacío y cruzó los brazos, inclinándose hacia adelante, lista para escuchar mi confesión.

—Verás, no sé cómo explicarte esto. Ni siquiera sé si quiero contártelo, pero necesito tu opinión, y no la profesional. —Judit arrugó la frente extrañada—. Me desahogué. Hice como me dijiste, y después de eso me dormí en su cama. Entonces, volví a tener el maldito sueño, solo que esta vez fue más real. Ví cómo alguien me llevaba a cuestas hacia un lago y me ahogaba. Yo intentaba liberarme, pero él era más fuerte. Me faltaba el aire. Fue horrible.

—¿Y dices que siempre es el mismo?, ¿mismo lugar, mismo atacante?

—Sí. Primero unas pocas imágenes sin sentido, poco a poco se ha ido haciendo más revelador —dije pasándome una mano por la frente con gesto cansado—. Esta vez, además, vi mi rostro después de que me matara. Allí estaba yo, hundiéndome en el agua.

—Desde luego es siniestro.

—Eso no es todo —añadí mirando a mi amiga a los ojos—. Cuando me desperté, el grifo de la ducha estaba abierto. Te juro que yo no lo encendí, ni siquiera había entrado en el baño. Y entonces vi un mensaje en el espejo del lavabo.

Las cejas de Judit estaban a punto de juntarse con el nacimiento de su cabello.

—No te estás quedando conmigo, ¿verdad? —Negué con la cabeza—. Qué decía el mensaje?

—Me pedían ayuda. Exactamente decía: «Amy, ayúdanos».

Mi amiga se frotó los brazos con las manos en un intento de ahuyentar el repelús que le producía la imagen del espejo con el mensaje escrito.

En ese momento apareció la camarera que tras pedir permiso procedió a retirar los platos de la mesa. Preguntó si queríamos postre o alguna cosa más. Judit pidió un café solo y yo un té verde. A los pocos instantes regresó con lo que habíamos pedido, lo colocó sobre la mesa y se marchó de nuevo sonriente. Judit vertió el contenido del sobre de azúcar en el café pensativa.

—¿Estás segura de que no estabas soñando aún?

—Estaba bien despierta.

—¿Y si te lo has imaginado?

—Pues no sé, hubiera preferido imaginarme otras cosas. Que él se me aparecía y me hablaba; que me explicaba cómo le iba en el más allá y que se despedía de mí; y no un puto mensaje de vete a saber quién, que me pide ayuda —repliqué sintiéndome estúpida por habérselo contado, nadie en su sano juicio creería semejante historia—. No sé por qué te lo cuento, sabía que no me ibas a creer. No te culpo, supongo que yo tampoco lo hubiese hecho.

—No he dicho que no te crea. No dudo de ti, es solo que a veces nos suceden cosas que percibimos de forma diferente a lo que en realidad son.

—O sea que me lo he imaginado.

—No es eso... No sé. La verdad es que no sé qué decirte. Reconoce que es raro.

—¿Raro? Es demencial. Voy a ir otra vez. Ayer con las prisas por salir de allí no cogí ropa, ni mis pinturas; ni mi cuaderno de dibujo y demás cosas que me puedan hacer falta mientras decido qué hacer.

—Sabes que te puedes quedar en mi casa el tiempo que quieras. De hecho me encanta que vivamos juntas. Le das una chispa a mi día a día, nunca sé con qué vas a sorprenderme de nuevo, pero después de tantos años lo sigues haciendo —explicó poniendo su mano sobre mi brazo.

—Soy genial, lo sé —dije al tiempo que le guiñaba un ojo provocando una sonora carcajada de su parte.

Pagamos la cuenta a la camarera y salimos del restaurante. El sol de la tarde nos acarició el rostro nada más poner un pie en la calle. Después de hacer entender a Judit que no era necesario que me acompañara, nos despedimos hasta la noche, momento en el que volveríamos a vernos en casa.

De nuevo en mi casa, inspeccioné las habitaciones de arriba. Me había dejado algunas luces encendidas en mis prisas por salir de allí la noche anterior.

Entré en mi habitación. Todo estaba tal cual lo había dejado hacía un mes. Necesitaba llevarme ropa. Abrí el vestidor y cogí una maleta más decente que la bolsa de viaje que había llevado a casa de mi amiga hacía ya unas semanas. El problema era cómo llevarla hasta allí. La moto quedaba totalmente descartada. Estudié las posibilidades. Si cogía mi coche sería toda una odisea pues en el centro, donde vivía Judit, era imposible aparcar. Tendría que dejar la maleta y volver a por el coche para traerlo de nuevo a casa. La otra opción era llamar un taxi, pero entonces tendría que dejar la moto, o decirle al taxi que llevara la maleta mientras yo iba detrás con la moto. Menudo lío. Volví a meterla en el armario siendo consciente de que si de verdad quería llevarla a casa de Judit necesitaría su ayuda. Lo que sí hice fue hacerme con un gran bolso; metí en él las cuatro cosas que más echaba en falta, así como mi cuaderno de dibujos y los lápices. Más tarde me desahogaría con él.

Entré con cierta reticencia al baño en el que había encontrado el mensaje del espejo la madrugada anterior. Lo observé detenidamente por si quedaba alguna señal de lo que había leído aquella misma madrugada.

Nada.

Como si no hubiera sucedido. Como si hubiese sido producto de mi imaginación tal como había sugerido Judit. Tal vez fue parte del sueño, o puede que simplemente me estuviera volviendo paranoica. Cuanto más pensaba en ello, más absurdo me parecía. Simplemente aquello no ocurría. ¿Quién iba a escribirme un mensaje? Por un momento pensé en mi padre. Sería lo lógico, ¿no? Aun cuando todo aquello era absolutamente descabellado, podría tener cierto sentido que fuera él quien quisiera comunicarse conmigo. Pensar en ello me produjo cierto consuelo. Me agradaba la idea de que aquello fuera posible. Hablar al menos una última vez con él. Asegurarme de que estaba bien allá donde estuviera, decirle que le echaba de menos y despedirme de él.

Hice una reconstrucción mental de lo sucedido aquella misma madrugada paso a paso. Me senté en la taza del váter como había hecho la vez anterior. Apoyé la espalda en la cisterna, levanté las piernas apoyando los pies en la taza y me abracé las rodillas. Había una cosa que no me cuadraba. Aquel mensaje decía ayúdanos, no ayúdame. Entonces no podía ser mi padre. No tenía sentido. Lo cierto es que no era muy alentador, prefería que fueran otros y no mi padre quienes me escribieran aquello. Apoyé la cabeza sobre las rodillas. Por un lado eso me entristeció pero, por otro, pensé que era mejor que estuviera donde tuviese que estar, tal y como hacía todo el mundo, siguiendo el curso natural de las cosas. En las películas, siempre que había un fantasma que se comunicaba con los vivos era porque tenía alguna cuenta pendiente. Aquel hilo de pensamientos estaba empezando a producirme un intenso dolor de cabeza.

Un fuerte golpe me sacó de mis cavilaciones haciendo que mi cabeza saltara de donde la tenía apoyada. Mi corazón se aceleró dentro del pecho. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Sabía perfectamente de dónde provenía aquel ruido.

Me dirigí con paso inseguro al despacho de mi padre. Advertí que mis manos temblaban cuando me agarré al marco de la puerta antes de sacar la cabeza por el umbral de la habitación.

—Joder.

Me llevé las manos a la boca, más por lo inverosímil de la situación que por la imprecación que acababa de dejar escapar por ella. El grueso álbum de fotos volvía a estar en el suelo, pero esta vez no había caído del mueble por su propio peso, como las anteriores veces. De eso estaba segura puesto que unas horas atrás lo había colocado encima de la mesa para que dejara de caer dándome aquellos sustos.

La habitación estaba helada. Instintivamente miré las ventanas: estaban cerradas.

Me agaché al lado del álbum y lo abrí. Pasé sus páginas una a una analizando cada detalle. Había algo en aquel viejo tocho que querían que descubriera. Era curioso, pero nunca lo había tenido en mis manos pese a que no estaba especialmente escondido. Su contenido eran fotos mías de cuando era pequeña: con mi padre, mis amigas o en alguna fiesta del colegio. Lo revisé de arriba a abajo un par de veces sin encontrar nada que me llamara especialmente la atención.

—Ni si quiera sé lo que estoy buscando —señalé frustrada.

Me senté de manera más cómoda en el suelo con las piernas cruzadas. Apoyé los codos a los lados de las rodillas y me sujeté la cabeza con las manos. Miré el grueso álbum pensativa como si esperara alguna respuesta por parte de él. No estaba en el suelo por accidente. Había algo ahí que el fantasma quería que descubriera, pero ¿qué? Mi cerebro funcionaba a toda velocidad.

«¿Y si no son las fotos?», me pregunté.

Cogí de nuevo el tomo con las dos manos y lo inspeccioné con una nueva óptica. Las páginas eran todas iguales, tenían un film transparente que se abría para poder enganchar la foto en la parte de dentro. Nada fuera de lo normal. La portada y la contraportada eran de cartón forrado en papel, un papel muy bonito por cierto. Me centré en ambas y al instante advertí que esta última era un poco más gruesa que la portada. Todas las alarmas de mi cerebro se dispararon. Con el corazón acelerado arranqué el papel de la tapa del álbum. Nada. Arranqué, entonces, el papel de la contraportada. Fue algo dificultoso pues estaba bien enganchado. Con ojos desorbitados observé cómo tras el grueso papel había una llave pegada al cartón de la cubierta: era pequeña. La arranqué como pude y la estudié detenidamente. Era una llave del tipo que se usan en los candados, cajas fuertes o cajones.

Miré a mi alrededor. Las paredes de la habitación estaban revestidas de estanterías repletas de libros. Un amplio ventanal ocupaba la mayor parte de la pared que quedaba justo frente a la entrada y delante, una gran mesa de madera maciza que hacía de escritorio, donde mi padre se pasaba la mayor parte del tiempo que no estaba en la oficina.

Me dirigí hacia los cajones que había bajo la mesa de despacho. Tenían cerradura, pero ninguno estaba cerrado con llave. Fui probándola en cada uno de ellos, pero no hacía juego. Miré entonces a ambos lados de la habitación. Algunas de las estanterías tenían puertas o cajones en la parte inferior. Fue entonces cuando un pensamiento cruzó por mi mente como un raudo relámpago que ilumina el cielo en una noche de tormenta. El libro había aparecido las tres veces al lado de un cajón concreto. Ciertamente dos de las tres veces había caído justo ahí porque venía de unos estantes más arriba, pero la tercera vez venía de la mesa, la cual estaba a unos metros de allí. Me acerqué con el corazón en la boca. Metí la llave en el interior de la cerradura del cajón y la giré hasta escuchar un suave *click*; entonces, el cajón cedió y lo abrí lentamente para poder revelar su misterioso contenido.

Dentro había una caja rectangular bastante grande. La extraje con sumo cuidado y la coloqué en el suelo. Me arrodillé frente a ella al tiempo que la contemplaba expectante. Retiré la cubierta y examiné su interior. Lo primero que encontré fue una prenda de ropa muy bien doblada. La saqué para analizarla mejor, se trataba de un viejo jersey de mujer. Bajo él había una serie de objetos. Dejé la prenda en el suelo, a un lado de la caja. Un paquete de cartas atadas con un lazo, una caja que contenía fotos y un pañuelo negro que parecía envolver algún otro objeto: eso era todo.

Miré extrañada las cartas, no tenían remitente, pero los sellos eran de Francia. Mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad como accionado por el engranaje de una máquina para organizar las piezas del rompecabezas que tenía delante, antes incluso de que pudiera asimilar de qué se trataba. Las cartas estaban fechadas según los sellos desde los años ochenta. La más reciente la había recibido aquel mismo año. Mi padre llevaba más de dos décadas recibiendo cartas desde algún punto del país vecino: ninguna de ellas estaba abierta. Nunca habían sido leídas. Abrí la que tenía la fecha más antigua, pensé que mejor empezar por el principio. Decía así:

Querido Armand,

Tu marcha fue muy precipitada. Los sucesos de aquella noche nos sobrepasaron a todos. Entiendo que no quieras volver a saber de nosotros, pero comprende que eso no puede hacerse extensivo a la hija de Julie. No puedes negarle a su familia. Ella una de las nuestras. Tú más que nadie sabes lo que eso significa. Te ruego que recapacites para que podamos llegar a algún tipo de acuerdo.

Agnes

Releí aquellas palabras un par de veces sin comprender. La carta iba dirigida a mi padre por una tal Agnes: hasta ahí todo bien. La hija de Julie debía de ser yo. Mi padre me había explicado en alguna de las pocas ocasiones en que había hablado del tema que la familia de mi madre había roto la relación con su hija porque lo había elegido a él y se había venido a Barcelona a vivir. Abrí otra de las cartas, esta estaba fechada unos años más tarde. Me había dejado un par sin leer entremedio. Decía:

Querido Armand,

Te suplicamos que recapitules tu errónea decisión. No puedes mantenerla apartada de nosotros. Lo sabes. Eres un buen hombre y un mejor padre, pero no puedes culparnos por lo que otros hicieron. Recuerda que también somos víctimas del horror, igual que tú. Amy es una niña muy lista, igual que su madre. Tenemos nuestros propios métodos para saber de ella, comprenderás que es necesario. No podrás mantenerla apartada de esto por siempre. No la privas de su verdadera naturaleza.

Agnes

La música de mi teléfono móvil sonando desde la habitación de al lado me sobresaltó. No tenía fuerzas para levantarme a cogerlo de modo que la canción «Oceans» de Evanescence que tenía por señal de llamada fue sonando tal que si tuviera la radio puesta. Resoplé al oír la frase de la canción que decía «*I think i finally understand to be lost*», como si mi propio móvil se estuviera riendo de mí. El que alguien eligiera aquel preciso instante para llamarme era, cuanto menos, curioso, pero además siguió: «*Can't keep pretending everithing's gonna be alright. With the word whole falling around me...*», como si me leyera los pensamientos. «Qué mierda significa todo esto», pensé a la vez que observaba las cartas y el contenido de la caja.

Dejé a un lado el resto de cartas sin abrir. Saqué las fotos que había en una pequeña caja: no eran muchas. En ellas se veía a mi padre bastante joven, debía de tener mi edad aproximada cuando se las hizo. A su lado una mujer. Me quedé paralizada ante la visión de aquella imagen; la toqué cariñosamente con dedos temblorosos. Una

gruesa lágrima se deslizó por mi mejilla. No me cabía la menor duda de que se trataba de mi madre: era igual que yo. Una profunda tristeza me embargó como si de repente fuera consciente de todo cuanto me había sido arrebatado. Nunca antes había visto una imagen de ella. Mi padre me había privado de aquellas fotos y a saber de qué más.

—¿Por qué? —pregunté en voz alta a la figura de mi padre en la foto.

Eché un vistazo al resto de fotos, fotos de ellos dos. En muchas de ellas mi madre aparecía en un estado de embarazo visiblemente avanzado. Un pequeño tesoro que mi padre no había querido compartir conmigo, ¿por qué?

El móvil volvió a sonar de nuevo. Esta vez me levanté a cogerlo. Miré en la pantalla de quién se trataba: era Judit.

—Dime —respondí.

—¿Dónde estás?

—Sigo en mi casa.

—¿Sabes qué hora es? Dijiste que vendrías a cenar.

Miré mi reloj de pulsera, marcaba las 21:05 p.m.

—Mierda. No me había dado cuenta de que llevaba tanto rato aquí.

—¿Va todo bien?

—Pues la verdad es que no. Recojo las cosas y voy para allá. Verás cuando te cuente.

—Vale. No tardes.

Colgué el teléfono y lo metí en el bolso. Cogí el otro bolso grande que había preparado con algunas cosas para llevarme a casa de Judit y salí de la habitación apagando la luz. Cogí el paquete de cartas del despacho, también las fotos y el jersey. Al levantarme vislumbré dentro de la caja el pañuelo negro que había visto antes. Estaba cuidadosamente doblado, como formando un pequeño paquete. Lo cogí con cuidado y colocándolo sobre la gran mesa de madera lo desdoblé expectante. Un precioso medallón apareció en el interior de aquel hatillo negro de seda: parecía muy antiguo. Estaba formado por una larga cadena de plata y un magnífico colgante del mismo metal. Este último estaba elaboradamente trabajado. Unos intrincados nudos engarzaban un grueso trozo de ámbar. Era increíblemente hermoso. Lo coloqué de nuevo entre los pliegues del sedoso pañuelo con reverencia y lo introduje con mucho cuidado en el bolso.

Necesitaba airearme para poder pensar y entender por qué mi padre me había ocultado toda aquella información; por qué me mantenía alejada de aquellas personas y por qué me reclamaban de forma tan insistente.



## Capítulo 6

La tarde siguiente desperté totalmente desorientada en la habitación que ocupaba en casa de Judit. Poco a poco fui tomando conciencia de todo lo acaecido el día anterior. Después de pasarme la noche dando vueltas y más vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, me había levantado destrozada.

Por la mañana, había tenido que acudir a mi último día de trabajo en el colegio. Lo cierto es que poco me había importado. Mis compañeros habían pensado que la cara de agobio y las ojeras eran por mi fin de contrato. Habían querido hacer una cena de despedida o algo así, pero me había negado en redondo. Me había excusado en que necesitaba cambiar de aires unos días y me marchaba aquella misma tarde de fin de semana al pirineo; que ya quedaríamos cuando no lo tuviera tan reciente. Mentira. Un compañero incluso me había invitado a tomar alguna copa con el objetivo de seguir viéndonos fuera del ámbito laboral, cosa que en mi caso había finalizado. No podría haberme sorprendido más si además hubiese visto un unicornio pasar junto a nosotros. Nunca hubiera imaginado que el profesor de educación física tenía algún tipo de interés hacia mi persona fuera del estrictamente profesional. También era cierto que era bastante cándida para darme cuenta de esas cosas, aun cuando lo hicieran de la forma más descarada. Le había dado largas, de la misma manera que había hecho con los de la despedida. No tenía intención de hacer ninguna de las dos cosas. Otros asuntos más importantes ocupaban mi cabeza en aquellos momentos.

Había llegado al piso de Judit tan cansada que me había estirado en la cama para descansar unos segundos y habían pasado un par de horas en las que había estado completamente inconsciente.

Fui al baño a refrescarme la cara y, posteriormente, me dirigí a la cocina con la intención de prepararme algo de comer. Necesitaba energía que poder quemar pensando. La noche anterior le había contado a Judit lo que había descubierto: las cartas, las fotografías y el medallón. Mi amiga se había quedado a cuadros; igual que yo. Antes de acostarme había leído el resto de cartas. El contenido era más o menos siempre el mismo: «sugerían» a mi padre que no me mantuviera alejada de ellos. Advertí que a medida que las cartas iban cayendo en saco roto el tono de estas fue cambiando, había cierto matiz de amenaza velada y exasperación bastante inquietantes.

Me dirigí al dormitorio nuevamente con un sándwich en una mano y un zumo de naranja en la otra, y busqué la última de las cartas que mi padre había guardado. La saqué del sobre mientras me sentaba en la cama y la releía de nuevo:

Armand,

Hemos intentado respetar tu decisión todos estos años, pero los tiempos están cambiando y la situación requiere una reacción por tu parte. No puedes mantenerla apartada de todo esto, es peligroso. Por la amistad que un día tuvimos te ruego que recapacites, ella es sangre de mi sangre y, te guste o no, una de los nuestros. Si no actuamos pronto otros lo harán y entonces las cosas se pondrán muy mal.

Robert

El vello de los brazos se me erizó: era una amenaza en toda regla. Esta última carta, a diferencia de las demás, no llevaba sello de modo que había sido entregada en mano. Alguien la habría traído hasta mi casa. Además había sido abierta. Eso quería decir que mi padre la había leído.

Cuanto más pensaba en ello más surrealista me parecía todo.

Judit se asomó por la puerta de la habitación: acababa de llegar del trabajo.

—¿Cómo estás? —quiso saber. Su rostro denotaba preocupación.

Me encogí de hombros.

Se adentró en el dormitorio y se sentó en la cama.

—¿Has averiguado algo nuevo? Llevo todo el día dándole vueltas y más vueltas. —Se quitó la chaqueta y los zapatos, y se acomodó en la cama subiendo los pies.

Asentí con la cabeza a la vez que masticaba un bocado del sándwich.

—La última carta que fue enviada desde Francia la escribió esa tal Agnes: como todas las demás. El sello es del 2012. En cambio he encontrado esta que no tiene sello, y que, en cambio, sí que estaba abierta. No está escrita por la misma persona, sino por un tal Robert.

Judit la cogió y procedió a su lectura.

—Entonces esta se la hicieron llegar a tu padre de algún modo sin intermediarios, lo cual me hace pensar que saben mucho más de ti que tú de ellos. —Cambió de postura en la cama—. Lo que quiero decir es que seguramente han estado vigilandóos todos estos años.

—Cierto, lo dice en la primera carta; lo que me lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué si era tan importante han respetado siempre la decisión de mi padre?

—Pues esta última carta parece un aviso de que las cosas van a cambiar. —Asentí con la cabeza—. ¿Por qué tu padre no querría que se acercaran a ti?, parece que se trata de la familia de tu madre.

—No lo sé. En ninguna de ellas pone que sean su madre o hermano, o quienquiera que sean. Tan solo una de los nuestros. Parece una secta o algo así.

—Bueno, el contenido es un tanto confuso, Amy. Supongo que hay cosas que no se pueden contar por carta, por si cae en manos de quien no deben; pero recuerda que ese tal Robert dice que eres sangre de su sangre, y eso lo convierte en alguien de tu familia. Lo que me horroriza es el mensaje de esta carta.

Asentí completamente de acuerdo con ella. No podía dejar de pensar que se trataba de una especie de aviso. Corría peligro; pero ¿por qué? ¿De quién?

—¿Te das cuenta de que encima de la firma hay una fecha y de que es de unos días antes del accidente?

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Judit sorprendida al tiempo que se erguía sobre la cama.

—No sé, parece mucha casualidad. Igual lo es... No sé.

—¿En qué estás pensando?, ¿crees que ellos le mataron?

Me encogí de hombros sin saber ya qué pensar.

—Ellos; los otros... No sé. Es todo muy confuso —contesté ofuscada.

Nos quedamos sumidas cada una en nuestros propios pensamientos intentando comprender algo de aquellos inquietantes mensajes, cuando Judit se incorporó de un salto en la cama.



—¡El matasellos! —dijo exaltada a la vez que se golpeaba la frente—. Toda carta que se envía por correo cuando llega a la oficina de envío la sellan con un matasellos que invalida el sello para las siguientes ocasiones y en él aparece el lugar desde donde sale.

La miré abriendo los ojos desmesuradamente. Lo había pasado por alto, ni siquiera me había fijado en ellos. Rápidamente miramos las cartas para averiguar su procedencia.

—Saillagouse, Pyrénées Orientales —leyó Judit.

Ambas nos miramos sorprendidas. Nuestros cerebros comenzaron a atar cabos funcionando de manera similar. Hacía ya dos días de la visita al bufete; pero desde entonces los acontecimientos se habían ido sucediendo tan rápidamente que no habíamos vuelto a pensar en el testamento.

—La casa de Llo —dije en voz apenas audible.

En su momento no me había encajado que mi padre tuviera una casa allí y que yo no supiera nada, pero no me había dado tiempo a pensar más sobre el tema. La explicación de Judit me había parecido de algún modo no del todo imposible. Ahora comenzaba a comprender por qué mi padre no me había hablado nunca de ella, del mismo modo que nunca hablaba de la familia de mi madre: quería mantenerla alejada de allí, de ellos; pero ¿por qué?, ¿quién era esa gente?

—Entiendo que ambas poblaciones están cerca —inquirió mi amiga. Asentí pensativa—. Entonces tu padre mantenía una casa en secreto en un lugar en donde vive la familia de tu madre: tu familia; pero él nunca regresó y se aseguró de que tampoco tú lo hicieras —resolvió. Tras unos minutos de silencio añadió—: Algo muy gordo tuvieron que hacerle para que tu padre respondiera de ese modo, ¿no te parece?

—¿Y por qué no se deshizo de la casa? —quise saber. Había tantos interrogantes y tan pocas respuestas que resultaba frustrante. Me abracé las piernas apoyando la cabeza en las rodillas.

Me dolía la cabeza de tanto pensar.

—Escucha, ¿por qué no nos vamos de marcha?, ¿o al cine? —Negué con la cabeza, nada me apetecía menos—. Necesitas desconectar. Quedarnos aquí sentadas dándole vueltas y más vueltas no va a darnos las respuestas, al menos no esta noche.

—Lo sé, pero no me apetece.

—¿Y si pedimos unas pizzas y vemos una peli en casa? —añadió insistente con una gran sonrisa seductora en los labios. Sabía cuánto me gustaba ese plan.

No tuve más remedio que desenterrar la cabeza de mis rodillas, cual si fuera una avestruz, y aceptar la sugerencia pues de otro modo sabía que no iba a parar hasta conseguir alejarme de aquel condenado asunto.

Por la mañana, sentada en la hamaca de la terraza, como todas las mañanas, estudié mi cuaderno de dibujo. Era capaz de dibujar cualquier cosa que se me pasara por la cabeza. Según mi estado de ánimo podían salir las cosas más inverosímiles. Desde la muerte de mi padre los dibujos habían sido más escasos, también más oscuros: igual que mis sentimientos.

Había plasmado en el cuaderno diversas escenas del escalofriante sueño. El dibujo que tenía delante era de una belleza sobrecogedora, parecía sacado de una novela gótica. En él, se apercibía un paisaje invernal y siniestro en cuyo lago una joven de cabello largo y oscuro flotaba inerte; sin vida. El cabello ondulaba alrededor de su pálido cuerpo, el cual parecía iniciar su descenso al fondo de las gélidas aguas como si estas la reclamaran en su interior.

Judit se acercó para informarme de que ya estaba lista. La noche anterior me había convencido para ir al gimnasio, tal y como hacíamos normalmente los sábados, momento en que quedábamos con las chicas y aprovechábamos para desahogarnos las unas con las otras. Una especie de rutina que llevábamos bastante tiempo manteniendo y que se había visto interrumpida desde la muerte de mi padre. El resto de la semana solía ir un par de veces, pero difícilmente me encontraba con ellas.

Cogimos el coche del parking y nos dirigimos al barrio donde se encontraba el gimnasio, que era justamente cerca de mi casa. Decidimos no hablar más del asunto durante ese día. Trataríamos de desconectar y divertirnos sin que las cartas y los últimos descubrimientos sobre mi familia formaran parte de nuestra reunión semanal.

Con la atención puesta en la gente que veía pasar a través de la ventanilla del copiloto del coche de Judit, fuimos cruzando calles y avenidas mientras esta maldecía como un camionero a todo el que se le cruzaba por delante. Dejamos el coche en el aparcamiento privado, lo cual era de agradecer en Barcelona, cogimos las mochilas y nos dirigimos a la entrada del gimnasio.

No se trataba de un simple gimnasio, sino de un club exclusivo para mujeres. Tenía una parte dedicada al deporte y, además, un balneario, piscinas, restaurante, peluquería e incluso tiendas. Era sencillamente genial, el hecho de que solamente fuera de mujeres me libraba de tener que soportar al típico ligón de gimnasio así como sus antagonistas femeninas meneando trasero y luciendo modelito; no los podía soportar.

Sara y Carol se encontraban en los vestuarios enfrascadas en algún interesante cotilleo cuando llegamos. Habíamos sido compañeras en el instituto y Sara, además, trabajaba en la clínica de los padres de Judit. Juntas formábamos un envidiable grupo de amigas con las que hacíamos multitud de cosas, entre las que destacaban salir de marcha, compras y viajes.

Nos pusimos al día en la clase de *spinning* mientras pudimos hablar, después de un rato bastante teníamos con respirar y darle al pedal. Cuando acabó la clase me convencieron para añadirnos a una de *zumba* que estaba a punto de empezar; eso de bailar nos encantaba, aunque pocas fuerzas nos quedaban tras haberlo dado todo en las bicicletas. Después de todo aquel ejercicio me sentí con fuerzas renovadas para plantar cara a lo que fuera. Con el sudor había debido de liberar parte de mis preocupaciones, puede que fuesen las endorfinas las que le daban otra perspectiva al condenado asunto, en todo caso había sido una buena terapia. No estaba en mi naturaleza estar demasiado tiempo afectada por algo, aunque tuviera buenas razones para ello. Simplemente no permitía que las cosas me afectasen más de lo necesario, no formaba parte de mi forma de ser.

Un rato después, nos encontrábamos sentadas a la mesa del restaurante del mismo club, decididas a continuar recuperando el tiempo perdido de aquellas semanas atrás que llevábamos sin vernos. La conversación fue bastante refrescante y divertida: como siempre. Tras la comida decidimos vernos aquella misma noche para salir de copas, tiempo era de que recuperara mi vida normal pese a las circunstancias de los últimos días.

Ya en el coche, aproveché para pedir a Judit que me acercara a mi casa para coger la maleta de ropa que en principio había ido a buscar hacía tan solo un par de días. Judit aceptó animada. La casa quedaba a solo a unas manzanas de allí.

Aparcamos el coche en el vado de la puerta y entramos por la otra más pequeña. Seguimos el camino de piedras hasta la puerta principal. Metí la llave en la cerradura y esta cedió rápidamente. Algo al entrar en la casa me descuadró, pero no tuve tiempo de registrarlo. Me acerqué al aparato de la alarma y entonces comprendí. La sangre abandonó mi rostro antes incluso de que pudiera abrir la boca. Judit, que aún permanecía fuera mirando el jardín, cuando entró por la puerta y vio mi cara se alarmó.

—¿Dime qué pasa? —quise saber preocupada.

—Primero he pensado que me dejé la alarma sin conectar pues no hacía pitidos al entrar —respondí alterada—, ahora sé que sí lo hice —añadí señalando el aparato.

Judit miró rápidamente donde le señalaba. Estaba quemado; la pared de alrededor del aparato estaba chamuscada.

—No entiendo. Se supone que estos chismes están a prueba de todo. No es fácil desconectar una alarma.

—Es como si hubiese recibido una sobrecarga que lo ha quemado —comenté.

—Entonces la red eléctrica también debe de estar quemada —contestó mi amiga pulsando el interruptor de la luz.

Efectivamente tampoco había luz. Ambas nos miramos conmovidas.

Dirigí la mirada arriba pensando en el piso superior.

—Ni se te ocurra. Nos vamos ahora —ordenó Judit mientras buscaba su teléfono móvil en el interior de su gran bolso y añadía—: Voy a llamar a la policía.

—No. —Le quité el móvil de las manos—. No metas a la policía en esto. Si creen que van a intimidarme lo llevan claro. —Saqué un espray de pimienta que siempre llevaba en el bolso y la miré con la ceja izquierda alzada.

Judit me miró como si de repente me hubieran salido alas en la cabeza. Derrotada, miró alrededor y cogió una figura grande y pesada que había en el recibidor. Se trataba de un espectacular *moái* de piedra natural que había traído mi padre de unas vacaciones en la Isla de Pascua.

—Buena elección —señalé.

En la planta superior inspeccionamos cuidadosamente cada habitación: no había nadie; pero habían estado allí y lo habían dejado todo patas arriba. Habían registrado minuciosamente el despacho de mi padre así como su dormitorio.

Contemplé las cosas tiradas por el suelo con impotencia y rabia. Unos instantes después me dirigía a mi habitación llena de determinación. Saqué la maleta de viaje, la coloqué sobre la cama y comencé a llenarla de ropa.

—¿Qué haces?

—Lo que debería haber hecho ayer —respondí cegada por la ira.

—No te sigo.

—Pues que es hora de que deje de ser la parte pasiva de todo este maldito asunto —comuniqué a mi amiga—: Me voy a Llo.



## Capítulo 7

Judit contemplaba pasmada cómo metía las cosas en la maleta yendo de un lado para otro hecha una furia.

—No puedes hablar en serio. Esa gente puede ser peligrosa. Te estarías metiendo en la boca del lobo.

—¿Y no estoy en peligro aquí? —pregunté haciendo un gesto con las manos refiriéndome a lo que acababa de suceder—. Y lo que es peor aún: te estoy poniendo en peligro a ti. No sabemos qué es lo que quieren, pero desde luego que está relacionado con *mi* persona, no contigo. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras hacen daño a las personas que quiero.

—Sigues pensando que lo de tu padre no fue casual —susurró en un hilo de voz.

—No sé quién ni por qué, pero empiezo a pensar que no fue un simple accidente.

—Voy contigo. No voy a dejar que vayas sola.

—Estás loca si piensas que voy a permitir que me acompañes. Esto es un asunto familiar —añadí con acidez.

—¡No puedes ir sola!

—No voy a seguir hablando del tema: asunto zanjado. —Acompañé aquellas palabras con un gesto que dejaba claro que era mejor no seguir discutiendo.

Me dirigí al baño con el neceser en la mano a recoger algunos productos de higiene.

—Necesitaré algunas de las cosas que tengo en tu casa.

—Recuerda que vas al Pirineo, necesitarás ropa de abrigo.

Asentí con la cabeza distraída.

—Creo que lo tengo todo —anuncié echando un vistazo a mi alrededor.

Salimos de la casa apresuradamente, asegurándome de que quedaba todo cerrado pese a la imposibilidad de volver a conectar la alarma. Ya en la puerta nos despedimos, quedamos en que iríamos al piso de Judit cada una en su coche. Abrí la puerta del garaje con el mando, poco a poco fue revelando uno de los dos coches que normalmente permanecían allí aparcados: mi coche. El otro había quedado para el desguace después del accidente. Introduje la maleta en el interior de mi New Beetle, me senté en el asiento del conductor y, tras un largo suspiro para infundirme valor a mí misma, salí de la casa sin mirar una sola vez atrás.

En casa de Judit cogí el resto de cosas que necesitaba, la carpeta con la documentación relativa a mi herencia, el bolso que contenía los objetos encontrados en el despacho de mi padre, mi cuaderno de dibujo y el material de pintura; no podía irme sin él. Judit me observaba afligida. Había intentado de nuevo convencerme de que la dejara ir conmigo, pero me había negado en rotundo.

—Al menos podrías esperar hasta mañana. Son ya las cinco de la tarde, llegarás muy tarde.

—No hay más de dos horas y media de viaje —repliqué.

Nada de lo que pudiera decir me haría cambiar de opinión. La decisión estaba tomada.

—Necesitarás un mapa o algo. ¿Sabes ir acaso? —objetó de nuevo.

—Tengo uno en el coche, además voy con GPS. —Judit agachó la cabeza derrotada.

—Promete que me llamarás todos los días.

—Sí, mamá —canturreé de forma burlona.

Tras abrazar a mi amiga y prometer nuevamente que la llamaría en cuanto llegara, me despedí dejando a una Judit sumamente preocupada.

De nuevo en el coche marqué la dirección en el GPS, encendí la radio y arranqué dirigiéndome a la Gran Vía para salir de la gran ciudad. Comenzó a sonar «45» de Shinedown del CD que había dentro del equipo de música. Sonreí sin alegría ante lo oportuno de la canción. En ella, la cautivadora voz del cantante ponía en palabras algunos de mis propios sentimientos. Mi vida se había convertido en un completo desastre: había perdido a mi padre, mi trabajo, mi novio y amigo; habían entrado en mi casa y, para colmo, estaba en peligro de no saber quién ni por qué; pero una cosa tenía clara: iba a plantar cara a quien hiciera falta, no tenía ninguna intención de rendirme. La vida aún tenía muchas cosas que ofrecerme.

Sumida en mis propios pensamientos y ya mucho más relajada, llegué al túnel del Cadí. Poco antes de entrar había comenzado a ver algo de nieve en las copas de los árboles y en los márgenes de la carretera. Cinco kilómetros después salía de nuevo al aire libre; a tierras de la Cerdeña. Observé que el paisaje había cambiado radicalmente, ahora la nieve predominaba a mi alrededor y todo era blanco en medio de la oscura tarde. Después de pagar el peaje paré en el área de servicio a estirar las piernas e ir al lavabo. Llevaba conduciendo casi dos horas seguidas de modo que tenía las piernas entumecidas. Al abrir la puerta del conductor el frío me golpeó despejándome al instante. Rápidamente me puse el anorak negro, un gorro de lana rosa con un gran pompón en la punta, unas manoplas y la bufanda. Me dirigí a la zona de los servicios asombrada por la intensa nube de vaho que salía de mi boca al respirar.

Ningún otro coche había por allí aparcado. Me encontraba en la más absoluta soledad.

Al salir del lavabo, de nuevo en la calle, un cartel luminoso informaba de la temperatura que hacía: -6 °C. Aquello me produjo un escalofrío de forma automática. Subí la cremallera de la chaqueta hasta arriba y me cubrí con la capucha que esta llevaba incorporada, colocándola sobre el gorro de lana rosa para así protegerme mejor de aquel frío. Rápidamente me metí en el coche y continué mi camino.

Por el espejo retrovisor advertí que un coche deportivo gris antracita llegaba y estacionaba justo donde lo había hecho yo y hacía apenas unos instantes.

Continué dirección Puigcerdà. No sabía dónde pasaría la noche. Estando en Barcelona había pensado que cuando llegase improvisaría; ahora no me parecía tan buena idea. Tenía la dirección de la casa de mi padre, que ahora era mía, pero no sabía en qué situación la iba a encontrar teniendo en cuenta que se suponía que llevaba cerrada como unos veintiocho años. *Se suponía* porque ahora no estaba tan segura de que hubiese nacido en Barcelona tal y como mi padre me contara. Puede que hubiese nacido y vivido en aquella casa durante mi primera infancia hasta que pasó aquello que hizo que mi padre rompiera sus lazos con el lugar y nos marchásemos.

Crucé el pequeño puesto fronterizo, un par de furgonetas de la policía nacional permanecían aparcadas en la parte derecha, pero no había ni rastro de ninguna presencia humana. Ya en tierras francesas comenzó a nevar, observé que el indicador de la temperatura exterior marcaba -8 °C. Según el GPS quedaban 11 kilómetros para llegar a mi destino, lo cual me animó. El paisaje era precioso, muy diferente de lo que llevaba viendo todo el camino, especialmente si comparábamos con el área metropolitana de Barcelona: ciudades y más ciudades, carreteras y autopistas que enlazan unas con otras, y todo ello enmarcado por el esplendor de las fábricas. En cambio, todo lo que tenía a mi alrededor en aquellos momentos era naturaleza y la increíble sensación de estar sola, de hecho hacía rato que no me cruzaba con ningún coche.

Tras una gran recta se sucedieron una serie de curvas en las que el coche comenzó a patinar debido a la nieve que iba cayendo y congelándose en la carretera. Asustada, disminuí la velocidad considerablemente. Continué poco a poco con mucho cuidado durante un buen trecho hasta que en una curva un tanto más cerrada que las otras perdí totalmente el control del coche saliéndome un tanto de la carretera antes de poder parar su marcha. Con el corazón latiendo aceleradamente por el susto paré el motor y apoyé la cabeza en el volante para relajarme un poco. Me puse de nuevo la ropa de abrigo y salí del interior del New Beetle dando un portazo. Tal y como di el primer paso resbalé y caí de bruces contra el suelo. Maldije entre dientes mientras me daba cuenta del estado de la carretera completamente congelada.

«Estupendo: suelo helado y sin cadenas», pensé irritada conmigo misma.

Me levanté, no sin dificultad. Miré a mi alrededor valorando mis posibilidades. Estaba en medio de la nada, lo cual hacía unos instantes me había parecido fantástico. Me desahogué dándole un par de patadas a la rueda del coche cuando las luces de un todoterreno comenzaron a iluminar aquello que estaba golpeando. El vehículo pasó por mi lado deteniéndose unos metros por delante. Se trataba de un Jeep Wrangler escandalosamente grande y oscuro: inquietantemente amenazador. La puerta del conductor se abrió y este bajó ágilmente dirigiéndose hacia donde me encontraba.

Se trataba de un hombre de unos treinta y pocos años; muy alto y de cabello muy oscuro, ondulado y algo largo. Iba enfundado en unos pantalones de un gris muy oscuro con bolsillos laterales, unas botas de montaña y un anorak azul. Su manera de moverse me recordó a la de los grandes felinos: elegante y a la vez letal.

—¿Qué es lo que te ha hecho la rueda? —preguntó con una media sonrisa en los labios y una voz que produjo un colapso en mi sistema nervioso.

Tardé un par de segundos de más en darme cuenta de que hablaba un perfecto francés nativo. Afortunadamente conocía el idioma a la perfección, un Erasmus en la capital francesa durante mi último curso de carrera después de años de estudiarlo había sido el causante de ello; que mis jefes de la galería fueran franceses también había ayudado.

—Créeme, se lo merecía —contesté con el mismo tono mordaz que él había utilizado.

Me miró durante unos instantes en los que pareció que me analizara detenidamente mientras yo, por mi parte, me quedaba penosamente embozada contemplando el extraordinario azul zafiro de sus ojos que, aun en la oscuridad de la noche, destacaban sobre su rostro. Luego dirigió la vista de nuevo al New Beetle con una sonrisa mal disimulada en los labios mientras le daba un rodeo.

—Interesante coche. —No me gustó el matiz sarcástico que me pareció percibir detrás de aquella afirmación—. ¿Las cadenas?

«¿Eso ha sido una pregunta o una orden?»

—No tengo —respondí secamente.

Me miró alzando la ceja derecha a la vez que apoyaba las manos en las caderas. Luego dirigió su mirada azul hacia la carretera expulsando el aire que tenía en los pulmones de forma ruidosa; fastidiado. ¿Qué le pasaba? Había cruzado tan solo un par de frases con él y ya me caía mal.

—Será mejor que te lleve.

—No es necesario, gracias —repliqué malhumorada desviando la vista hacia la carretera deseando que apareciera otro tipo de ayuda más agradable.

Acerqué las manos enfundadas en las manoplas a la boca para calentarlas con mi propio aliento, el frío estaba empezando a calar mis huesos.

—Puede pasar un buen rato hasta que pase un coche de nuevo, y eso contando en que quiera parar a ayudarte con este condenado frío.

Miré mi coche pensativa, luego desvié la vista hacia el Jeep Wrangler que permanecía aparcado unos pocos metros por delante, tan oscuro e inquietante como su dueño. No podía fiarme de nadie, ¿y si no era casualidad que él se presentara cuando más lo necesitaba?

Ladeó la cabeza hacia un lado y entrecerró ligeramente los ojos a la espera de una respuesta. Empecé a dejar de sentir los pies y las manos. Pestañee rápidamente un par de veces antes de decidirme a no morir congelada y fiarme de aquel desconocido.

Derrotada, me dirigí con cuidado al asiento del copiloto y cogí mi bolso, así como el otro gran bolso que contenía mis valiosas pertenencias recientemente adquiridas. Luego abrí el maletero del coche para coger la maleta, pero él fue más rápido y la sacó como si no pesara lo más mínimo. Se dirigió con ella a la puerta del conductor, la abrió y sacó las llaves, tras lo cual, se las metió en el bolsillo. Posteriormente metió mi maleta en el maletero de su coche y se dirigió al asiento del copiloto buscándome con la mirada.

—Vas a congelarte de frío —anunció abriendo la puerta y haciendo un gesto con la cabeza para que entrara.

—¿Y mi coche?

—No le va a pasar nada aquí. Por la mañana habrá pasado el quitanieves y la carretera estará totalmente despejada.

Me apresuré a entrar en el Jeep intentando no resbalarme de nuevo con el hielo de la carretera. Calculé que debíamos de estar bastante cerca de Llo de modo que al día siguiente ya se pensaría la manera de venir a buscarlo. Él cerró la puerta en cuanto me acomodé en el asiento, dio la vuelta por delante del coche y se subió a la parte del conductor. Me sorprendió lo cuidado que estaba el Jeep por dentro. Era muy espacioso y, contrariamente a su aspecto exterior, increíblemente elegante. Quitó el freno y aceleró el motor internándose de nuevo en la carretera.

—Ni si quiera me has dicho tu nombre —espeté rompiendo el pesado silencio.

—Erwan —respondió secamente.

—Yo soy Amy; encantada. —Esto último lo dije mirando por la ventanilla sin poder ocultar el tono sarcástico. Advertí que Erwan me miraba de soslayo disimulando una sonrisa que amenazaba con salir de sus labios—. ¿No vas a preguntarme adónde me dirigía?, por el tema de que se supone que allí me vas a llevar y todo eso —añadí con el mismo tono haciendo un movimiento de mano como si quisiera restar importancia a lo que acababa de mencionar.

Erwan, finalmente, dejó escapar la sonrisa que intentaba disimular desde hacía rato. Puede que al final no fuera tan gilipollas como me había parecido al principio; aun así continuaba cayéndome fatal.

—¿Adónde te llevo? —preguntó mansamente.

—A Llo. —Asintió con la cabeza de un modo casi imperceptible como si, de algún modo, esperara aquella respuesta.

Llegamos a Saillagouse. De forma instantánea me acordé de las cartas que llevaba en el bolso, habían sido enviadas desde aquella población. Llegamos al desvío que anunciaba el pueblo de Llo. Observé fascinada el puente que quedaba a mano derecha, en medio del pueblo, el cual tenía una peculiar y simpática escultura a cada lado. Justo enfrente más esculturas, esta vez de niños con esquís y tablas de *snow*, daban un toque de color a la negra noche.

—¿Dónde vas a hospedarte?

—Aún no lo sé —respondí molesta conmigo misma.

Mi impulsividad me llevaba a hacer aquel tipo de cosas: primero actuar, luego pensar. No tenía ni idea de lo que me iba encontrar en aquel pueblo, era tarde y estaba nevando con fuerza. Noté que él me miraba de modo reprobador, del mismo modo que cuando declaré que no llevaba cadenas.

—Hoy es sábado y Llo un pueblo muy pequeño. Eso reduce notablemente tus posibilidades —anunció señalando algo que yo misma debería de haberme planteado antes de salir tan precipitadamente. Aquello me irritó; aquel hombre me hacía sentir torpe y estúpida.

Unos pocos minutos después de haber dejado Saillagouse vislumbré el pequeño pueblito respaldado por oscuras e imponentes montañas, atrás quedaba el gran valle.

—Conozco un sitio donde seguro que pueden ofrecerte una habitación.

—Te lo agradezco —me vi obligada a admitir.

El pueblo estaba situado en la ladera de la montaña de modo que era todo cuestas. Erwan condujo el Jeep diestramente por las estrechas callejuelas hasta llegar al extremo derecho del pueblo. Paró el todoterreno y se bajó tras decirme que esperara unos segundos. Se dirigió a una casa bastante curiosa siguiendo un pequeño camino situado por encima del nivel de la calle, el cual se encontraba cercado por una valla de madera pintada de azul, seguramente para evitar posibles caídas. El edificio parecía haber aprovechado una antigua muralla o pared del castillo. Era asombroso.

La figura alta y oscura de Erwan apareció nuevamente de vuelta por el camino, abrió la puerta del copiloto y me comentó que efectivamente podía quedarme allí. Sacó mi maleta del coche y me acompañó unos metros hasta la entrada de mi nuevo alojamiento.

—Gracias por todo —dije parando mi marcha frente a él.

—De nada. Mañana acercaré tu coche —comentó él dando un golpecito con la mano en el bolsillo del pantalón donde había guardado las llaves del New Beetle. Ni siquiera me había percatado de que no me las había devuelto.

Asentí agradecida sintiéndome nuevamente torpe y estúpida. Tras despedirme continué el camino hacia la puerta del alojamiento completamente consciente de la presencia intimidante que dejaba atrás.

—¡Aimée!

Paré en seco al oír mi nombre de sus labios; las dos primeras letras convertidas en una e y acabado en una i larga. El vello de los brazos se me erizó. Así sonaba mi nombre en su versión original; pero nadie me llamaba así, ni siquiera mi padre que era quien lo había elegido.

Me di la vuelta para poder verle la cara.

—Déjame darte un consejo —añadió secamente—, no vuelvas a subirte al coche de un desconocido: es peligroso.

Sin esperar respuesta de mi parte se dirigió al Jeep sin volver la vista atrás mientras yo me quedaba allí plantada con la boca abierta sintiéndome por tercera vez en un muy corto espacio de tiempo estúpida, torpe y, además, irritada.



## Capítulo 8

Desperté por la mañana exaltada, con el corazón desbocado, pero sin lograr recordar el motivo. Me levanté de la inmensa cama y me dirigí hacia la ventana de la habitación para abrirla y ver qué tal día hacía. La luz me dejó completamente cegada por unos instantes. Todo estaba blanco por la nieve, y la niebla cubría parte del paisaje. Las vistas de la habitación daban a la parte de la montaña: era sencillamente espectacular. La noche anterior una mujer extraordinariamente simpática me había dado la bienvenida, conducido a mi habitación e informado de los horarios del desayuno. Había dejado las cosas de cualquier manera esparcidas por la habitación y me había perdido entre las cálidas mantas prácticamente al minuto de meterme en ellas. Había dormido como hacía semanas que no lo hacía, sin recordar tan siquiera todas aquellas preocupaciones que me quitaban el sueño, incluidas las pesadillas que apenas me dejaban dormir.

Cogí de la maleta la ropa que pensaba ponerme y me dirigí al baño a darme una reparadora ducha de agua caliente. Después de secarme, procedí a ponerme todas y cada una de las prendas que había escogido, las cuales eran unas cuantas pues hacía bastante frío. Me coloqué una camiseta y unas mallas térmicas bajo la ropa, encima un jersey de cuello alto de lana de color azul y unos pantalones de montaña negros. Me sequé el pelo rápidamente, lavé mis dientes y, finalmente, apliqué algo de colorete a mis mejillas pues parecía un fantasma de tan blanca que era.

Ordené las cosas que tenía diseminadas por toda la habitación, no sabía cuántos días tendría que quedarme en aquel alojamiento, pero lo primero que pensaba hacer aquella mañana era ir a ver mi casa. Apunté la dirección que ponía en las escrituras y bajé a la primera planta a desayunar.

Me senté en una mesa situada junto al ventanal con vistas a la montaña. La mujer que me atendiera la noche anterior se acercó para darme los buenos días y preguntarme si quería café, té o zumo de naranja. No me atrevería a decir su edad aproximada por temor a equivocarme. Extremadamente cercana y agradable, lucía una simpática sonrisa con la que obsequiaba a cada uno de sus huéspedes. Su rostro redondeado estaba enmarcado por un espléndido cabello color cobre recogido en una gruesa trenza, lo cual, junto con su manera de vestir un tanto *hippie* le daba cierto aire juvenil.

El salón era muy acogedor y luminoso, aunque no demasiado grande. Se trataba de una casa de huéspedes que por lo que había podido observar debía de tener unas cuatro o cinco habitaciones. En aquellos momentos, una familia con niños entró al salón y se sentó en una mesa situada al otro extremo. La mujer se acercó con el zumo, tostadas, un plato con embutido, mantequilla y diversas mermeladas; me relamí hambrienta.

—Come pequeña, necesitarás todas estas calorías para aguantar este frío —dijo la mujer en tono maternal. Aquel comentario me hizo sonreír.

—Eso voy a hacer, desde luego. El aire de la montaña me ha abierto el apetito.

—Por cierto, soy Adèle —añadió sonriente llevándose una mano a la altura del corazón.

—Yo Amy —respondí de igual modo.

—Voy a atender a la familia, si no los niños puede que se coman mi mantel o algo peor —comentó guiñándome el ojo—, si necesitas cualquier cosa no dudes en pedirlo, preciosa. —Asentí riendo por el comentario malicioso. Lo cierto era que desde que habían aparecido por el salón no habían dejado de incordiar, tanto los niños como los padres.

Di buena cuenta del desayuno, estaba todo tan delicioso que no dejé absolutamente nada en el plato. La noche anterior Adèle me había ofrecido algo para cenar, pero estaba de tan mal humor que no había querido comer nada.

Pensé con impaciencia en cómo iba a encontrar la casa, le pediría un mapa del pueblo a Adèle, aunque debía de ser difícil perderse de tan pequeño como era. Puede que estuviera en ruinas, aquello me entristecería sumamente. Necesitaba respuestas y creía que la casa podría darme unas cuantas. Todo el asunto de las cartas me había cambiado, hasta ahora me había conformado con las escasas y evasivas explicaciones de mi padre sobre la familia de mi madre; pero ya no. Alguna cosa había pasado y averiguarlo, así como conocer quiénes eran aquellas personas que habían enviado aquellas misteriosas cartas tan insistentemente, se había convertido en mi principal cometido. Sabía que me aferraba a ello porque no tenía otra cosa a la cual hacerlo tal y como había dicho Judit; pero los sucesos de los últimos días apuntaban a que algo no andaba bien y para poder continuar con mi vida creía que primero debía de esclarecerlo. Decidí que de momento no le comentaría a Adèle lo de la casa, iría primero a echar un vistazo a ver qué me encontraba. Más tarde, en caso de necesitarlo acudiría en busca de su ayuda, aquella mujer me daba confianza y su amabilidad me parecía sincera.

Resuelta a encontrarme al fin con mi pasado, me levanté de la mesa. Estar allí sentada con aquella monstruosa familia me estaba poniendo de los nervios. No se veía a Adèle por ninguna parte. Me dirigí hacia la salida y allí la encontré, ordenando y colocando nuevos folletos en una mesa cercana a la entrada.

—¿Ya te vas, querida?

—Voy a dar una vuelta para conocer el pueblo, ¿tienes algún mapa?

Adèle me ofreció uno al tiempo que me regalaba otra de sus cálidas sonrisas.

—¿Piensas quedarte esta noche también? —Asentí con la cabeza—. ¿Cuento contigo para comer?

Tan solo necesité pensarlo unos segundos, la idea de comer algo caliente y casero me sedujo al instante.

—Por supuesto.

La mujer asintió sonriente.

—Será mejor que te abrigues, fuera hace bastante frío.

Me puse la chaqueta, el gorro y las manoplas, sin poder evitar sentirme como un rechoncho muñeco de nieve.

Caminaba con cuidado mirando bien por dónde pisaba, pues la cuesta por la que bajaba era bastante pronunciada y el suelo estaba resbaladizo debido a que en ciertas partes la nieve se había convertido en una peligrosa pista de patinaje. Tras recorrer el caminito que llevaba a la casa de huéspedes tuve que elegir entre continuar por la derecha o la izquierda. Hacia la derecha no había mucho más pueblo, puesto que me encontraba en lo más alto, así que decidí coger el de la izquierda, es decir, hacia abajo.

Por fin llegué a una calle cuya inclinación casi imperceptible me pareció segura como para no romperme la cabeza si sacaba el mapa para buscar mi destino. No me fue difícil encontrar mi destino en el plano, quedaba justo al otro extremo, aunque teniendo en cuenta que se trataba de un pueblo muy pequeño no debía de quedar muy lejos.

Recorrí las estrechas calles admirando las casitas, la mayoría de piedra con tejados de pizarra y contraventanas de madera para proteger del frío. Me sorprendió que el nombre de las calles estuviera puesto en catalán y no en francés. Sabía que aquella tierra había formado parte de Cataluña hasta la firma del Tratado de los Pirineos en 1659, en el que se ponía fin al conflicto iniciado entre España y Francia durante la Guerra de los Treinta Años, lo que desconocía era que se continuara utilizando el catalán, mi lengua paterna, junto con el francés; aunque ciertamente de una forma bastante minoritaria.

Pese a ser domingo no me crucé con ninguna otra alma por la calle. Aquel frío debía de haberles condicionado a hacer otras actividades menos gélidas.

Un ladrido sonó no muy lejos de donde me encontraba. Continué caminando por las congeladas calles hasta que estas comenzaron a volverse nuevamente inclinadas,



igual que antes, solo que ahora las tenía que subir y no al revés. Nuevos ladridos del mismo perro sonaron esta vez bastante más cerca. Por el tipo de ladrido debía de tratarse de un perro bastante grande. Sentí cómo me empezaba a faltar el aliento debido al esfuerzo de la subida. Miré hacia el final de la cuesta para saber cuánto más me quedaba por subir cuando vi aparecer por un extremo al probable dueño de aquellos ladridos. Este aulló en cuanto me vio, demostrándome que efectivamente se trataba de él. Ágilmente corrió en mi dirección. Nunca había tenido miedo a los animales, pero en aquel momento se me encogió el corazón. Aquel perro parecía un lobo y era bastante grande e imponente. Di un paso hacia atrás, pero él fue más rápido y cuando quise darme cuenta ya lo tenía encima. Con un grito sofocado me tapé la cara para protegerla de sus garras cuando sentí algo húmedo y caliente en la oreja. Oí que emitía una especie de chillidos como si estuviera contento. De forma inmediata me destapé la cara y observé de nuevo al animal que saltaba a mi alrededor deseoso de que le hiciera caso. Realmente parecía un lobo de pelaje blanco y gris, seguramente debía de tratarse de un magnífico ejemplar de husky siberiano, aunque para ser sincera no era una gran entendida en razas de perro. Acaricié su suave pelaje, lo cual agradó sumamente al gran can, pues se restregó gustoso en mis piernas.

—¡Hola precioso! Te gusta eso, ¿eh? —le dije en tono suave. El perro comenzó a saltar de un lado a otro alrededor mío totalmente eufórico. Aquello me arrancó una sonrisa—. ¿Dónde está tu amo? No debe de andar lejos. —Miré hacia el punto por donde este había aparecido hacia unos instantes sin ver a nadie más que nosotros dos.

El perro comenzó a subir la cuesta y a medio camino me miró y aulló acercándose de nuevo a mi lado en busca de nuevas caricias. De buena gana lo complacé. Nuevamente se separó de mi lado y, sin dejar de mirarme, se dirigió a lo alto de la cuesta.

—Quieres que te siga, ¿es eso? —El perro ladró a modo de respuesta—. ¡De acuerdo! Al fin y al cabo yo también voy para arriba.

El perro desapareció de mi vista unos instantes, cuando llegué al final de la calle él regresó a mi lado dando una vuelta a mi alrededor antes de lamerme la mano. Reí con ganas ante sus muestras de afecto. De nuevo se puso a caminar delante sin apartar nunca la vista de mi persona. Se adelantaba, emitía una especie de ladrido-aullido, y regresaba dando saltos. Llegamos a un punto de la calle en que esta se bifurcaba a la derecha en una fuerte pendiente. Paré en medio y saqué nuevamente el mapa del bolsillo, la casa no quedaba lejos, pero exactamente no tenía claro cuál de los dos caminos coger. El perro comenzó a empujarme con la cabeza hacia el camino de la derecha: el de la considerable pendiente.

—Está bien, quieres que vaya por ahí —dije acariciándole el morro.

Doblé el mapa, lo guardé en el bolsillo y cogí la ruta de la derecha tras mi nuevo amigo.

El camino era bastante corto de modo que en un momento llegué a la parte de arriba, donde el perro me esperaba. Desembocaba en una calle mucho más ancha, por la que los coches podían circular, y con apenas pendiente. Paré unos instantes para recuperar el aliento, de nuevo me encontraba en la parte alta del pueblo, desde allí tenía unas buenas vistas de Llo.

Recorrí con la mirada los alrededores, el perro esperaba ahora más relajado en un punto cercano. Vislumbré algo por el rabillo del ojo que me llamó la atención: la placa con el nombre de la calle. Precisamente la calle que andaba buscando. Me acerqué un poco más a la entrada de la casa y miré el número: mi corazón se aceleró de forma violenta y la sangre de la cabeza comenzó a palpar en mis sienes. Desplacé la vista hacia el perro, que me esperaba junto a la verja de la casa. Entrecerré los ojos hasta convertirlos en dos finas rendijas analizando al can desde una nueva perspectiva. Si no fuera porque me parecía absurdo habría jurado que me estaba sonriendo. ¿Era posible que un perro me hubiera conducido hasta la casa de mi padre?

Contemplé la espléndida construcción con fascinación. Se trataba de una casita de piedra no especialmente grande, de dos plantas y con el techo de pizarra a dos aguas. Toda la propiedad estaba rodeada de árboles de hoja caduca, cuyas ramas protegían de la vista su interior. Un riachuelo marcaba el límite del terreno en su parte derecha, regalando mis oídos con el relajante sonido del agua al chocar con las piedras.

Un jadeo me devolvió a la realidad; el perro me observaba con la cabeza ladeada y las orejas tiesas. La mirada inteligente del animal me puso el vello de punta.

—¿Cómo sabías... —comencé a preguntarle sin acabar la frase. «Una cosa es hablar con un perro y otra muy diferente preguntarle cosas esperando una respuesta», pensé negando con la cabeza.

El magnífico animal se levantó sobre sus dos patas traseras apoyando las delanteras sobre la puerta de la verja, señalando de ese modo la cerradura, y mirándome de forma significativa. Desconcertada, metí la mano por dentro de la verja y moví la palanca de la cerradura para abrirla, por suerte no tenía candado. Cuando esta quedó abierta el perro se precipitó al interior del terreno de la vivienda. Observé más de cerca la preciosa casa. Parecía que llevaba un tiempo sin que nadie entrara, pues las malas hierbas crecían por doquier bajo la nieve, pero aquella propiedad no llevaba deshabitada desde que mi padre se marchara de allí, ni mucho menos. Estaba en perfecto estado, y una casa abandonada no se conservaba de aquella forma. Las ventanas estaban cerradas con los postigos de madera, de modo que era imposible echar un vistazo a su interior. Pensé en que tendría que llamar a un cerrajero para poder acceder a la vivienda, ya que no había encontrado la llave por ninguna parte. Mi padre debió de guardarla bien para que nunca la encontrara. Seguramente no pensaba contarme jamás lo de la casa, y tampoco contó con morir antes de deshacerse de ella. Por qué la mantenía después de tantos años, aun cuando no quiso volver a saber nada de la vida que dejó atrás, era algo que no lograba entender.

En algún punto por detrás de la casa el perro ladró, y allí fue donde dirigí mis pasos. No disponía de un extenso terreno, pero podría decirse que era un jardín encantador. Las vistas de aquella parte eran magníficas, podía contemplarse desde una posición privilegiada el conjunto de la villa así como la magnífica torre de vigilancia situada en la cumbre de una pequeña montaña caliza que debió de controlar la llegada de enemigos en tiempos pretéritos. Más arriba, en la cima de otra montaña, esta vez mucho más alta, sobre la casa de huéspedes donde me alojaba, observé las ruinas de lo que parecía una ermita. El paisaje era de una belleza sobrecogedora. Pensé en mi cuaderno, y en que en la próxima visita a la casa lo traería conmigo. Necesitaba plasmarlo, tal vez pintarlo, había traído algunos óleos y materiales para la pintura, tan solo necesitaba el lienzo. No sabía el tiempo que me llevaría resolver el misterioso asunto que me había llevado hasta allí, pero no pensaba regresar sin haberlo hecho; tiempo era lo que más tenía en aquellos momentos.

Había una encantadora mesita con un par de sillas de hierro forjado de color negro a un lado del jardín. Me senté en una de ellas pensando en lo perfecto que sería si dispusiera de una taza de té. El sol me acariciaba el rostro, aquel rincón de la casa estaba protegido del viento de modo que, pese al frío, se estaba muy bien bajo la calidez del astro rey.

Contemplé la fachada de la casa desde aquella perspectiva. Ahora recordaba haberla visto en una de las fotos que había encontrado en el despacho de mi padre. Una en la que salía mi madre embarazada, con el aspecto de una mujer feliz y satisfecha con su vida. Observé que tenía un espléndido porche acristalado que daba a aquella parte del jardín. Desde donde me encontraba pude apreciar que tenía un moderno juego de sofá, sillones y mesa de *rattan*. En cuanto llegara a la casa de huéspedes pediría el teléfono de algún cerrajero: estaba deseando entrar en *mi* nueva propiedad.

Advertí que el perro se había estirado bajo mis pies. No tenía ni idea del tiempo que llevaba allí, a mi lado; pero estaba totalmente pendiente de cada uno de mis movimientos con las orejas puntiagudas, alerta a los sonidos que venían de fuera de la casa. Le acaricié la cabeza como si aquella relación entre nosotros no hubiese acabado de comenzar hacía tan solo un rato. Este se dejó con gusto, cerrando los ojos y emitiendo un suspiro de satisfacción. Aquel precioso animal me tenía totalmente desconcertada. Había visto bastantes huskys en mi vida pero aquel concretamente me recordaba más bien a su primo salvaje. De pelaje blanco y gris, morro alargado, un tanto más delgado y de rasgos más elegantes parecía un lobo o tal vez un perro de otra especie que no conocía. Me miró con unos ojos amarillos y brillantes llenos de devoción que me obligaron a sonreír totalmente enamorada de aquel gran can.

—Tu amo debe de estar muy preocupado por ti —le dije acariciándole entre las orejas.

El perro bajó los ojos y emitió un gemido lastimero como si quisiera decirme que estaba solo igual que yo. Lo miré asombrada conmigo misma por pensar aquellas cosas.

El sonido de la canción de Evanescence que llevaba de tono de llamada me apartó del hilo que comenzaba a devanar en mis pensamientos. Miré la pantalla antes de responder: era Judit.

—Dime —contesté colocándome el teléfono al lado de la oreja.

—¿Va todo bien? —preguntó su voz desde el otro lado del aparato—. Ayer no me llamaste —añadió con cierto tono de reproche.

—Te envié un mensaje.

—«Ya he llegado. Un beso» no es suficiente para mí.

—Estaba muy cansada —me excusé. Decidí omitir el problemilla del coche y el encuentro con el inquietante, a la vez que antipático, hombre que me trajo al pueblo.

—¿Alguna novedad?

—Pues sí. Ahora mismo estoy en el jardín de la casa. La buena noticia es que está en perfecto estado; la mala, que aún no he podido entrar: no tengo la llave.

—¡Eso es genial! —exclamó mi amiga—. Imaginé que estaría en un estado ruinoso.

—Alguien ha estado viviendo aquí.

El vello de mis brazos se erizó al escuchar en voz alta aquello que llevaba pensando desde que había puesto los pies en la propiedad.

Mientras hablaba con mi amiga me levanté de la silla para deambular de un lado para otro del jardín bajo la atenta mirada de mi nuevo amigo.

—¿En serio? Eso no puede ser, Amy. Tu padre era el propietario y no se hablaba con esa gente.

—Eso pensamos.

—¿Qué quieres decir?

—La casa era de mis padres, se marchó y aquí la dejó. Él la ha estado manteniendo en secreto todo este tiempo por alguna razón. Podría haberse deshecho de ella pero no lo hizo.

—Eso no quiere decir nada. Tal vez pensaba volver alguna vez cuando reuniera el valor para hacerlo. Piensa que se supone que es la casa en la que vivió con tu madre y en donde probablemente naciste. Tu padre no tenía necesidad económica de deshacerse de ella, así que ¿por qué iba a hacerlo?

—Tal vez, pero mientras tanto aquí ha estado viviendo alguien. No sé si con el conocimiento de mi padre o no.

El perro comenzó a empujarme con el hocico mojado de nieve. Unos instantes atrás lo había metido en una jardinera de madera que había en un extremo del jardín, toda cubierta de nieve.

—Ándate con mucho cuidado —pidió Judit—. Sabes que si me necesitas me planto allí en un periquete.

—No te preocupes, sé cuidar de mí misma.

—Eso es lo que más me preocupa —admitió—, la prudencia no es una de tus virtudes.

—Estoy trabajando en ello —repliqué burlándome de mi amiga. Era de reconocer que tenía algo de razón.

—Nada de tonterías. Te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Tras despedirme de Judit guardé el teléfono en el bolsillo. El perro había dejado de restregar su hocico lleno de nieve por mi mano libre y me miraba con la cabeza ladeada. Ambos nos miramos durante un tiempo que pareció interminable, ojos grises frente a ojos amarillos.

—¿Sabes qué? —pregunté al espléndido animal—. Voy a llamarte Llop, debes de admitir que te queda como un guante. —El gran can emitió un gemido y se tumbó sobre la nieve—. Te ha gustado, ¿eh? Tenemos gustos parecidos —confesé con una sonrisa mordaz en los labios. Miré el reloj que llevaba en la muñeca y añadí sin saber bien a quién se lo decía, si al perro o mí misma—: Hora de comer. Se ha hecho tarde.

Eché una última mirada a la casa mientras cerraba la cancela y me encaminaba hacia la casa de huéspedes. Más tarde hallaría la manera de acceder a *mi* casa.



## Capítulo 9

La comida de Adèle fue tan deliciosa como prometía.

Me había sentado en la misma mesa que había ocupado durante el desayuno, junto a la ventana, donde las vistas eran tan impresionantes como para no echar en falta a ningún acompañante con el que poder hablar durante el copioso ágape.

Nada más llegar le había comentado a la mujer el motivo de mi visita a Llo, dejando de lado los sueños, el mensaje en el espejo del cuarto de baño y, por supuesto, las misteriosas cartas. Me había limitado a explicarle que acababa de heredar una casa en el pueblo de la cual no sabía absolutamente nada y que no disponía de la llave. La simpática mujer se había ofrecido a llamar al cerrajero de la zona cuanto antes, deseosa de poder ayudar.

Le pregunté si conocía a la familia que había estado viviendo allí, no *mi* familia, no me había atrevido a preguntar sobre ellos, sino sobre los que habían estado viviendo antes de que quedara desalojada definitivamente. Al fin y al cabo, el pueblo no debía de llegar a los doscientos habitantes, debían de conocerse todos. Adèle me había explicado que aquella casa había estado casi siempre deshabitada, excepto un tiempo en el que estuvo viviendo una joven, la cual no se dejaba ver demasiado por allí, de modo que no la conocían. Había pasado toda la comida pensando en la identidad de aquella mujer y en por qué mi padre le dejaba vivir en su casa. Debía de ser alguien conocido. Un familiar, una amiga, o... tal vez una amante. No, aquello no tenía sentido. Los amantes viven cerca para poder verse, mi padre nunca subía a Llo, de eso estaba segura.

Saboreaba un excelente flan casero cuando apareció de nuevo Adèle con las llaves de mi coche.

—Han traído esto para ti —anunció guiñándome un ojo al tiempo que las colocaba sobre la mesa. Casi instintivamente miré en derredor—. Ya se ha ido —comentó —parecía tener bastante prisa, siempre anda ocupado con algún asunto —añadió moviendo cabeza en un gesto reprobador.

—¿Le conoces? —pregunté curiosa—. Quiero decir si le conoces bien. —Adèle me miró a los ojos unos cuantos segundos antes de decidirse a responder.

—Bastante. Erwan es muy buen amigo de mis hijos. —Asentí con la cabeza y formulé un «oh» con los labios mientras Adèle añadía—: Es un buen chico.

—¿Cuántos hijos tienes? —pregunté tratando de desviar el tema, la mirada de Adèle había comenzado a incomodarme.

—Dos: Álex y Gilles —respondió orgullosa, la cálida sonrisa que solía regalarme regresó a su redondeado rostro.

Un hombre entró por la puerta del salón justo en aquel momento, su sola presencia hacía parecer más pequeña la gran estancia. Durante unos instantes la sala se quedó completamente en silencio, como si todos los comensales hubieran dejado de hacer lo que estaban haciendo solo para poder observar mejor a aquel individuo. Unos pocos segundos, y todo volvió a la normalidad. Todas las mesas estaban ocupadas por huéspedes que disfrutaban del último día del fin de semana antes de volver a la estresante rutina. Adèle miró al hombre y le dedicó una sonrisa de devoción.

—Ese es mi marido —explicó la mujer—, más tarde te lo presentaré. Ahora acaba de comer tranquila —añadió. Giró sobre sus talones y se fue en su busca.

Lo observé atentamente; no podría decirse que fuese especialmente alto, pero me pareció enorme. De rostro y cabello moreno, lucía una cicatriz en la mejilla izquierda que le daba cierto aire amenazante. Debía de rondar los cincuenta y tantos. La mirada que lanzó a su esposa suavizó sus duras facciones haciendo que su rostro se iluminara solo para ella. Dio un romántico y fugaz beso en los labios a su esposa y se pusieron a hablar. Debía de ser maravilloso tener un compañero al que, después de tantos años de matrimonio y dos hijos, querer tanto y por supuesto ser correspondida de aquella manera. Era algo que no había vivido en casa con mi padres, por desgracia. Mi padre no había vuelto a rehacer su vida, no había mantenido ninguna relación con otra mujer, al menos que supiera. El simple hecho de mencionar a mi madre le rompía, eso lo sabía de sobras, razón por la que nunca hablábamos de ella por muchas ganas que tuviera de saber sobre mi madre.

Advertí que el marido de Adèle se volvía hacia mí para lanzarme una mirada escrutadora. Adèle ya no estaba al alcance de mi vista. Decidí que había llegado el momento de abandonar el salón, más tarde buscaría a la mujer para saber qué le había dicho el cerrajero. Subiría a mi habitación a hacer tiempo; tal vez descansar un poco. Mientras metía el teléfono y las llaves en el bolso, una mujer joven se acercó a la mesa y ocupó la silla que quedaba justo enfrente de mí. La miré extrañada mientras ella me devolvía la mirada con una deslumbrante sonrisa.

—Hola Amy, tenía ganas de venir a saludarte, pero es que no me han dejado hasta ahora. —Levanté una ceja desconcertada—. No es fácil ver gente de mi edad por aquí, ¿sabes? Casi siempre son familias cargadas de críos —comentó señalando con el pulgar por encima del hombro a las familias que tenía detrás—, lo cual es genial, no me malinterpretes, no me quejo.

Abrí la boca sin saber qué decir. La joven dirigió la mirada a una de las familias que se levantaba de la mesa. Tenía unos rasgos muy finos. La naricita pequeña, labios en forma de corazón y la cara surcada de pecas. Su cabello era de un precioso color cobre, largo y liso.

—Y bien, ¿cuánto tiempo piensas quedarte? —quiso saber apoyando la cabeza en la palma de la mano derecha.

—Em... No lo sé exactamente. Hay un asunto que me ha traído hasta aquí que necesito zanjar antes de volver a casa —me limité a decir.

—Ah, sí, lo de la casa —comentó la joven asintiendo con la cabeza. Frunci el ceño totalmente descolocada. ¿Qué sabía ella de mi casa?—. Oh, perdona. Ni siquiera me he presentado. Soy Álex —anunció avergonzada—, mi madre me pidió que te dijera que ha hablado con el cerrajero y que no podrá abrir tu casa hasta dentro de un par días mínimo.

—¿Un par de días? —espeté ofuscada—, pero si eso no le llevará más que un momento. No me puedo creer que tenga que esperar tanto —agregué sin poder contener mi disgusto.

—Parece que tiene mucho trabajo.

—Pues entonces llamemos a otro.

—Esto no es Barcelona, Amy. Aquí todo va más despacio. No te preocupes, lo importante es que pronto podrás entrar en tu casa. Mientras tanto disfruta de estas vacaciones, estás en un lugar mágico.

Miré a mi interlocutora unos instantes sin saber bien qué decir. Cuando Adèle me había dicho el nombre de sus hijos había dado por sentado que Álex era un chico, lo cual quedaba muy lejos de la realidad. La joven era extremadamente femenina y su aspecto resultaba de lo más delicado.

—La verdad es que este sitio me encanta —comenté— últimamente me he sentido como encerrada en la gran ciudad.

—No sé cómo podéis vivir allí: tanta gente, coches, ruido —replicó Álex—. Decís que es fantástico y luego a la que tenéis un par de días huís en rebaños igual que borregos, soportando interminables caravanas para salir, y luego también para entrar —sentenció poniendo los ojos en blanco a la vez que simulaba un escalofrío solo de pensar en ello.

Aquel comentario me hizo sonreír por lo acertado que era.

—Muchos de nosotros no hemos conocido otra cosa —aclaré—, otros no tienen más remedio.

—Ya, y a muchos otros les encanta vivir en medio del caos. Menos mal que hay gustos para todo tipo de colores, si no, todo el mundo viviría en el mismo sitio. —

No pude más que asentir totalmente de acuerdo.

—¿Trabajas aquí? —pregunté a la joven.

—Oh, no. De vez en cuando vengo y echo una mano a mis padres. Vivo justo en la casa de al lado —explicó—. Soy diseñadora gráfica y tengo la suerte de trabajar en casa.

—Eso debe de ser genial. A mí me encantaría poder hacer lo mismo.

—Bueno, también tiene sus inconvenientes. Además tengo un jefe que es gilipollas, no lo aguanto, aunque al menos no tengo que ver su engreída cara todos los días —declaró encogiéndose de hombros con una sonrisa traviesa en los labios—. ¿Tú a qué te dedicas?

—Ahora mismo a nada. Voy sin rumbo y a la deriva —confesé apática.

—Oye, ¿por qué no vas a relajarte a los baños termales? Es uno de los atractivos turísticos del pueblo, ¿sabes? Además esta tarde no habrá prácticamente nadie, la gente regresa a sus ciudades y nos quedamos prácticamente solos. —La idea me sedujo por completo—. Te acompañaría pero tengo trabajo que hacer, te prometo que en cuanto pueda pienso sacarte de marcha —añadió guiñándome un ojo—, aunque no lo creas por aquí también sabemos divertirnos.

—Me parece genial —respondí con una sincera sonrisa en los labios.

No había venido a hacer amigos, pero puede que de aquel modo obtuviese más información que preguntando a los lugareños.

Álex sonrió de oreja a oreja. Aquella joven me agradó desde el mismo instante en que abrió la boca. Era muy parecida a su madre, aunque poseía cierto toque de picardía que las diferenciaba por completo.

Ya en mi habitación preparé las cosas que necesitaría para ir a los baños termales. Por suerte, había guardado la maleta del gimnasio en el coche tal cual me la había dado Judit cuando nos despedimos en mi casa y cada una había cogido su coche. Llevaba siempre un bañador y unas chancletas por si utilizaba la piscina, lo cual solía ser siempre.

Al salir de la casa de huéspedes me encontré con Llop que permanecía allí plantado esperando que saliera. Aquello me sorprendió. En cuanto me vio, se acercó, me rozó con la cabeza las piernas al tiempo que me miraba con devoción y se colocaba a mi lado. No podía dar crédito al comportamiento del animal, nunca había tenido una mascota, debía de ser lo normal, pero en cualquier caso aquel no era mi perro.

Me dirigí a los baños termales con Llop de acompañante, Álex me había explicado dónde encontrarlos. No quedaba lejos, según la joven estaban situados a la entrada del pueblo. Me había dado como referencia la iglesia románica de Sant Fructuós, de hecho, la única que poseía la pequeña villa. Recordaba haberme fijado la noche anterior cuando Erwan me trajo en su coche. Puesto que el pueblo estaba situado en la falda de la montaña, todo lo que tenía que hacer era bajar calles, lo dificultoso sería la vuelta, que las encontraría cuesta arriba. Caminé cuidadosamente, vigilando dónde colocaba los pies, pues el suelo estaba bastante congelado. Pese al sol que ahora lucía en el cielo, había debido de caer una ingente cantidad de nieve los últimos días ya que esta era muy abundante a mi alrededor.

Por fin llegué a la altura de la iglesia, era increíblemente preciosa, muy sencilla, pero no menos encantadora por ello. La historiadora del arte que había en mí la contempló maravillada. Me encontraba situada justamente a su espalda, la entrada quedaba al otro lado. Anexa a ella había un pequeño muro que lo unía al edificio mediante una diminuta verja de hierro. Decidida a echar un vistazo antes de continuar, abrí la verja para acceder a la otra cara del santuario. Pasé por un estrecho caminito bordeando la pared de la iglesia. Pegado a ella, a ambos lados y en su parte frontal se hallaba el pequeño cementerio de la villa. Me situé en la parte de la entrada donde observé fascinada la puerta del templo: tenía cinco arcadas, dos de ellas apoyadas sobre columnas de granito y las otras tres sobre bases rectangulares. Los capiteles de las columnas estaban tallados con temas vegetales y uno de los arcos de la puerta se encontraba ornamentado con una serie de relieves. Me llamaron la atención los del centro: un murciélago y una cabeza humana a cada lado. La iglesia se encontraba cerrada de modo que me limité a observar los exteriores.

Continué mi camino poco tiempo después. La campana de la iglesia acababa de marcar las cuatro de la tarde. Aquel sonido me había hipnotizado transportándome a tiempos pretéritos donde los rugidos de las motos, coches, y demás molestias que nos envolvían en la actualidad no existían. Nada que ver con las campanas que sonaban en las modernas iglesias de las grandes ciudades; este había sido un sonido diferente, un sonido antiguo y envolvente.

Llegué a un cruce de caminos, en el que un letrero señalaba *Les Bains de Llo* a la izquierda. Continué en esa dirección unos minutos con Llop a mi lado, tuve que reconocer que me gustaba mucho su compañía y me infundía seguridad. No acababa de comprender a aquel animal, no me conocía de nada, pero se había convertido en mi sombra. Le acaricié la cabeza, entre las orejas, a lo que respondió con un gemido de satisfacción. Si nadie lo reclamaba en el tiempo que estuviese allí lo adoptaría, al fin y al cabo, mi casa era bastante grande, allí podría estar muy a gusto, y así no me sentiría tan sola.

—Tú y yo vamos a ser grandes amigos —le dije al animal. Este rozó su cabeza con mi pierna a modo de respuesta.

Llegué a la entrada del edificio donde se encontraban los baños. Un cartel señalaba que se trataba de aguas sulfurosas termales que se encontraban a una temperatura de entre 35 y 37 grados. Me despedí temporalmente de Llop, que se quedó en la puerta con la mirada triste haciendo que me sintiera culpable por dejarlo allí.

Después de cambiarme y dejar la bolsa en una taquilla, accedí a una sala interior que tenía una piscina y un *jacuzzi*, toda ella se encontraba acristalada con vistas a la montaña. Fuera, advertí que había tres piscinas más. Decidida a comenzar por las exteriores salí por la puerta de cristal que las comunicaba sintiendo cómo el frío cortante de la montaña me dejaba sin aliento, el bañador no era prenda suficiente. Álex tenía razón, apenas habría unas diez personas, contando con el vigilante. El suelo que había alrededor de las piscinas estaba completamente cubierto de nieve, suerte de las chancletas. Sin más preámbulos me metí en la que quedaba más cerca de la puerta no pudiendo soportar el intenso frío. El agua se encontraba a la temperatura perfecta. Dejé escapar un suspiro de placer al sumergirme por completo en las relajantes aguas. A ambos lados de la pequeña piscina había una especie de asientos en los que poder apoyarse, me coloqué en uno de ellos dejando que mi cuerpo se relajara por completo.

Después de un rato de no pensar en nada, tan solo observando la naturaleza que proliferaba a mi alrededor, sentí un fuerte aguijónazo en la cabeza. Pensé que podría ser el efecto del frío. La oscuridad había comenzado a caer y con ella la temperatura; aunque dentro de la piscina no lo notaba pues estaba extremadamente caliente y el vaho que salía de ella mantenía cálido todo lo que quedara fuera del agua. Recorriendo con la mirada el resto de piscinas me crucé con la de una mujer joven que me observaba desde el otro lado sin mostrar ningún reparo por haber sido sorprendida haciéndolo. No solo eso, continuó su escrutinio hasta que decidí cambiar a la piscina que había en el interior.

Tras un rato de relax en aquella otra piscina en la que se encontraban la mayoría de personas que había en los baños, decidí probar con la sauna. Tan solo aguanté unos pocos minutos, el calor sofocante me agobiaba de tal modo que me costaba respirar. Me metí nuevamente en la piscina interior en un intento de volver a relajarme, pero fue difícil pues mi corazón latía acelerado sin saber por qué. Poco rato después, ya incómoda y cansada de tanta agua, decidí que había llegado el momento de marcharse. El dolor de cabeza había vuelto en forma de fuertes pinchazos.

Me dirigí a los vestuarios donde me duché y cambié tranquilamente, tenía todo el espacio para mí sola. Mientras me secaba el pelo con uno de los secadores de pared apareció la joven que no me había quitado los ojos de encima mientras me bañaba en la zona exterior. Pasó por mi lado lanzándome una nueva mirada penetrante y continuó rumbo a las taquillas para sacar sus cosas. La observé con atención mientras me esforzaba por secar el pelo lo más rápidamente posible. En cuanto consideré que ya lo tenía lo suficientemente seco como para salir al frío de la calle me dirigí al lugar donde tenía apoyada la bolsa y la chaqueta para marcharme de allí. Al volverme me encontré de cara a la mujer que ya se había duchado y vestido, y me miraba de nuevo atenta y descaradamente. Aquello me puso de muy mal humor, el dolor de cabeza había ido en aumento de modo que no estaba para tonterías. Abrí la boca para soltarle alguna fresca cuando sentí de repente un frío a mi alrededor que me puso

los pelos de punta. No era un frío común, era del que entra por la piel y se instala en los huesos. La mujer que tenía delante abrió los ojos desmesuradamente con gesto de sorpresa. Miró a su alrededor y, tras dirigirme una última mirada con ojos entornados, se dio la vuelta y se marchó.

Salí rechinando los dientes a la calle en donde Llop me esperaba paciente. Agradecí la sensación de frío que me despejó la cabeza de forma inmediata. Acaricié la cabeza del precioso animal el cual, contento por mi regreso y la atención recibida, emitía gemidos de satisfacción. Noté cómo se ponía en guardia unos instantes después, los músculos tensos y las orejas de punta. Un gruñido salvaje salió de su interior al tiempo que enseñaba los colmillos. Levanté la vista, confusa, hacia aquello que puso al animal en posición de ataque: y entonces la vi de nuevo. Era bastante más alta que yo, morena, con el cabello algo rizado y recogido de cualquier forma. Sus ojos azules me escrutaron de nuevo brevemente, centrando toda su atención en el salvaje animal. Intenté apaciguar a Llop como pude, llegándolo incluso a sujetar para que no se tirara sobre la joven, la cual pasó rápidamente sin volver la vista atrás. Me hubiera gustado disponer de una correa para poder contenerlo mejor. En cuanto la joven desapareció de nuestro campo de visión el perro se relajó de nuevo.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí? —pregunté en voz alta, no sabía exactamente si la pregunta iba dirigida hacia mí misma o al animal—. Parece que en cuanto a gustos se refiere coincidimos completamente —añadí acariciándole la cabeza y poniéndome en marcha rumbo al alojamiento—, unos minutos antes estuve a punto de hacerle lo mismo a esa irritante mujer.

Caminamos apresuradamente sin cruzarnos con ningún alma por el camino. El último tramo hasta la casa de Adèle se convirtió en una fuerte pendiente que me dejó sin aliento. Cuando llegamos a la altura de la casa de huéspedes vi el gran Jeep negro aparcando a un lado de la calle. Su imponente ocupante se bajó justo en aquel instante y caminó en nuestra dirección. Esperé con las manos en los bolsillos pensando en lo extraño de la visita.

—Veo que has hecho un nuevo amigo —dijo mirando a Llop a modo de saludo.

—Sí, lo encontré ayer, o mejor dicho, él me encontró a mí. No se separa de mi lado, es un perro adorable. —Erwan me miró fijamente exhibiendo una media sonrisa.

—Eso no es un perro, Aimée. —Arrugué la frente sin comprender—. Es un lobo.

Miré al poderoso animal sorprendida, este me devolvió la mirada con cara de no haber roto nunca un plato.

—Oh —logré articular—. Tanto mejor le va a quedar entonces el nombre que le he puesto —añadí. —¿Por qué demonios te haces pasar por perro? —dije mirando al gran can pensativa. Erwan sonrió esta vez mostrando su perfecta dentadura—. Lo que no logro entender es qué hace un lobo rondando por el pueblo y por qué me ha adoptado. Se supone que no se acercan a los humanos.

—Debe de haber visto algo en ti —respondió Erwan encogiéndose de hombros.

Le miré con la ceja enarcada sin saber si sentirme ofendida por el comentario, como si hubiese querido decir que no sabía bien qué podría ser lo que alguien viese en mí, algo que por cierto el lobo sí había visto. «Igual estoy desvariando, y tan solo ha querido decir lo que ha dicho, ni más ni menos», pensé.

—Te dejaste esto en mi coche —anunció mostrándome el cuaderno de dibujo.

—Ah, debió de caerse del bolso —observé deseando que no hubiese mirado su contenido.

—Son extraordinarios —comentó. Ahora me tocó sorprenderme, ¿acababa de elogiar mi trabajo?—. Dime una cosa —añadió—, ¿por qué dibujas cosas tan siniestras?

Lo miré durante unos segundos en los que me planteé diferentes respuestas: ninguna de ellas me convenció. El cuaderno contenía entre otras cosas mi pesadilla hecha dibujos, me había dibujado en algunos de ellos a mí misma ahogada en las gélidas aguas de un lago. No era algo que dibujara con intención de mostrar a nadie, era íntimo y personal.

—Son sueños que tengo —solté sin más, ruborizada.

Erwan me escrutó con un gesto indescifrable en el rostro. Abrió la boca para preguntarme algo, pero justo en ese momento apareció Álex que salía de la casa de sus padres. La miré agradecida por aparecer justo a tiempo para no tener que responder a más preguntas incómodas.

—¡Hola chicos! —saludó acercándose a Erwan y propinándole un sonoro beso en la mejilla —cuántos días sin verte—le dijo—, no sabía que os conocíais —agregó con una sincera sonrisa en los labios mirándonos a ambos.

—Bueno, tampoco es que nos conozcamos exactamente —aclaré.

No se me escapó el gesto casi imperceptible de contrariedad que apareció en el apuesto rostro de Erwan.

Llop se levantó colocándose a cuatro patas y meneando el rabo.

—¡Pero mira quién tenemos aquí! —exclamó agachándose para hacerle mimos. El lobo encantado se dejaba tocar mientras meneaba la cabeza y la cola de contento.

—¿Lo conoces? —pregunté esperanzada de poder resolver el misterio que rodeaba aquel animal.

—Eh, no —contestó levantándose del suelo—, es solo que me encantan los animales, y este es muy simpático. Erwan le lanzó una mirada a la joven que no supe cómo interpretar.

—No con todo el mundo, ¿sabes? Ha estado a punto de abalanzarse sobre una joven a la salida de los baños. —Erwan y Álex se miraron brevemente— me ha costado contenerlo, por mucho que me hubiese gustado que acabara encima de ella y le hiciese una cara nueva.

—¿Por qué dices eso?, ¿qué ha pasado? —quiso saber Álex. Erwan se cruzó de brazos atento a mi respuesta.

—Pues exactamente no sabría decirte, aún tengo que analizarlo. Ha sido algo extraño. No dejaba de mirarme mientras me relajaba en una de las piscinas, ni siquiera lo hacía con disimulo. Y cuando nos hemos encontrado en las duchas vino a por mí, no sé si a hablarme o a qué. Solo sé que algo la disuadió y se largó. Lo cierto es que ahora que lo digo en voz alta me siento como una paranoica puesto que realmente no ha ocurrido nada —expliqué algo confusa—, pero cuando salió por la puerta Llop se puso en guardia dispuesto a atacarla.

—Déjame ver tu móvil —ordenó Erwan. Extrañada por la petición, lo saqué de la bolsa sin hacer preguntas.

—La verdad es que sí que suena un poco raro. Qué bien que tuvieras a Llop a tu lado, hace que uno se lo piense antes de hacerlo enfadar —observó Álex.

—Te he grabado mi número. Si vuelves a verla me llamas inmediatamente —exigió con una expresión que no admitía réplicas.

Me limité a asentir con la cabeza con un gesto de perplejidad pintado en el rostro. A continuación me despedí de ambos y continué por el camino que llevaba al alojamiento totalmente desconcertada. «Ahora no sé qué ha sido más extraño: lo ocurrido en los baños, descubrir que tengo un lobo por mascota o que aquel hombre inquietante se haya convertido en mi niñera», pensé mientras analizaba lo asombrosamente surrealista que empezaba a ser todo lo que ocurría a mi alrededor.



A la mañana siguiente me levanté temprano. Había pasado la noche dando vueltas y más vueltas en la cama en un estado permanente de duermevela en el que diferentes imágenes extrañas se me habían ido apareciendo sin orden ni sentido. Tras ducharme y vestirme, había bajado a desayunar. En el salón de desayunos había coincidido con diversos grupos de esquiadores, nada de niños correteando por las mesas. Había saludado a Adèle que andaba ocupada de arriba para abajo, y al terminar salí hacia mi casa con el cuaderno bajo el brazo con la intención de desahogarme dibujando algo en mi pintoresco jardín.

Me instalé en una de las sillas de hierro forjado que había ocupado el día anterior con Llop a mis pies. El sol calentaba fuertemente aquel día de modo que prescindí del anorak para poder así maniobrar mejor con el lápiz. Había venido con la idea de dibujar el paisaje que se veía desde el jardín de la casa, pero casi sin poder evitarlo, había comenzado a dibujar en el papel imágenes que rondaban por mi cabeza desde que había despertado. Secuencias sin sentido que mi mano plasmaba en el cuaderno como si se tratara de una autómatas. Me dejé llevar durante un buen rato sin pensar en nada, tan solo mi mano moviéndose con el lápiz en la mano.

Llop permanecía tumbado al lado de mis pies totalmente relajado, de vez en cuando movía las orejas al percibir algún sonido cercano.

El radiante sol desapareció repentinamente tras una gruesa y oscura nube. Dirigí una mirada al cielo así como también lo hizo el lobo que cambió de postura y se quedó sentado. Me puse la chaqueta rápidamente sintiendo cómo la temperatura bajaba de forma brusca sin previo aviso. Intenté continuar con el dibujo que tenía a medio acabar pero el frío cortante impidió mi concentración. Saqué del bolsillo de la chaqueta los guantes y me los coloqué: imposible continuar sin ellos. Llop se había levantado hacia unos instantes y ahora regresaba con el hocico cubierto de nieve para restregarlo sobre mi mano izquierda. Unos copos de nieve comenzaron a caer tímidamente a nuestro alrededor. El cielo se encontraba ahora cubierto de nubes negras amenazando con una buena tormenta.

Recogí mis cosas apresuradamente con la intención de regresar al alojamiento antes de que el tiempo empeorara. Llop me empujaba de forma insistente con la cabeza hacia la dirección contraria. Después se dirigió hacia la jardinera que había en un extremo del jardín cubierta de nieve y se apoyó en ella con las patas delanteras para escarbar con una de ellas en su interior. Extrañada por el comportamiento del animal, recordé que el día anterior había hecho lo mismo sin conseguir que le prestara la más mínima atención.

—¿Qué es lo que te pasa? —Llop emitió un corto pero contundente ladrido sin dejar de mirarme con atención—. Está bien, ¿qué tienes ahí escondido? —le pregunté acercándome a la jardinera.

Llop había conseguido cavar un pequeño agujero en la nieve con el morro y la pata. Con los guantes puestos procedí a quitar la nieve que había alrededor del lugar donde había comenzado a hacerlo el lobo hasta que llegué al nivel de tierra donde seguramente alguna vez habían crecido flores.

—Aquí no hay nada. Sea lo que sea que tuvieras aquí escondido ya no está —le dije acariciándole el lomo. Llop metió la pata en la tierra y comenzó a removerla—. Oh, quieres que siga.

Me saqué el guante de la mano derecha un tanto impaciente, la metí en la tierra y comencé a rebuscar en ella por complacer al animal. Dirigí la vista al cielo, el cual se había puesto más oscuro si aquello era posible, los copos de nieve se habían hecho más pesados por momentos. La tierra estaba helada, pronto sentí la mano aterida por el frío. Llop seguía el movimiento de mi mano atento a lo que pudiera encontrar en la jardinera. Rocé con los dedos algo duro y frío, lo saqué cuidadosamente y le retiré el barro que tenía pegado. Contemplé incrédula lo que acababa de rescatar de entre la tierra. Dirigí una mirada atónita al lobo, que me observaba con un gesto que parecía querer decir: «te lo dije».

—¿Esto no será lo que estoy pensando? —pregunté agarrando con la otra mano el objeto desenterrado.

Se trataba de una llave.

Rápidamente me levanté y me encaminé al otro lado de la casa donde estaba la puerta principal con el lobo pisándome los talones. Probé de meter la llave en la cerradura, la cual encajó perfectamente. Con el corazón a mil por hora la giré suavemente hacia la izquierda y esta se abrió produciendo un sonido seco. Empujé la puerta a continuación para poder acceder a su interior que estaba sumido en la más absoluta oscuridad. Busqué de forma automática, como hacía en casa, algún interruptor en la pared para encender la luz. Lo encontré justo al lado de la puerta, pulsé e inmediatamente se iluminó la zona de la entrada, revelando así un colgador pegado a la pared, un pequeño mueble de madera de estilo rústico con algunos cajones y un gran espejo encima, del mismo estilo. Entré expectante al interior de la vivienda, Llop se había quedado en la puerta sentado observando cada uno de mis movimientos. Fuera había comenzado a nevar fuertemente.

—No vas a quedarte fuera, ahora eres mi paladín, ¿recuerdas? —El lobo me miró inclinando la cabeza hacia un lado y entró sin más preámbulos.

Continué por un amplio corredor por el que accedí al salón encendiendo todas las luces. Empecé por abrir cada una de las contraventanas que iba encontrando a mi paso para substituir la luz artificial por la natural. La planta baja resultó estar perfectamente distribuida: había una cocina que daba al corredor, justo antes de llegar al salón; un baño al lado de las escaleras y un magnífico salón con chimenea que daba a la parte del jardín, es decir, la opuesta a la entrada de la casa.

—Esto es mucho mejor de lo que me esperaba —dije en voz alta mirando al lobo.

Había esperado encontrarme una casa medio en ruinas el día que llegué al pueblo. Poco después, al saber que había estado viviendo una mujer en ella, mis expectativas habían mejorado, pero de ningún modo había imaginado que me encontraría con una casa totalmente equipada, lista para entrar a vivir, y amueblada con tan buen gusto. Había pocos muebles, lo cual daba sensación de amplitud, pero los pocos que había eran de estilo provenzal de madera clara y envejecida. Era sencillamente encantadora. Subí a la planta superior, continuando con mi inspección. La parte de arriba estaba formada por dos grandes dormitorios y un baño. El suelo en esta parte de la casa era de madera y el techo quedaba cubierto por vigas del mismo material. Continué abriendo contraventanas apreciando la buena luminosidad que había en toda la casa pese al día oscuro y tormentoso.

Bajé de nuevo a la primera planta, Llop se había instalado en una alfombra situada en el porche acristalado que daba al jardín, observando los copos de nieve caer. Un escalofrío al ver la tormenta me recorrió por todo el cuerpo, dentro de la casa hacía bastante frío.

Sentí la necesidad imperiosa de tomar algo caliente, pero aquello sería pedir demasiado a una casa deshabitada. Me dirigí hacia la cocina, que era el único lugar que no había visitado aún: era encantadora. La persona que había decorado la casa tenía muy buen gusto, y de buen seguro no habían sido mis padres, pues ese estilo era demasiado moderno para llevar así desde principios de los años ochenta.

El frigorífico estaba desconectado de la corriente, de modo que no funcionaba. Busqué el cable como pude, separándolo poco a poco, lo justo como para poder meter la mano y enchufarlo de nuevo. Abrí el grifo del fregadero, pero no salió nada. Seguramente el agua que no circulaba por las cañerías acababa congelándose, por eso debía de estar cortada. Otro tema diferente era que no tuviese agua porque al no vivir nadie estuviese dada de baja del servicio. Busqué la llave de paso por la cocina hasta dar con ella; la giré y abrí de nuevo el grifo: rápidamente un chorro de agua comenzó a caer. Una sonrisa asomó por mis labios. Abrí el armario que quedaba justo encima del fregadero por si tenía la suerte de encontrar un vaso y me encontré con la sorpresa de que estaba repleta de vasos, tazas y platos colocados de manera ordenada, no podía dar crédito. Todo estaba perfectamente limpio. Abrí otros armarios por ver qué más podía encontrarme y hallé algunas latas de comida, café, una caja de galletas, y unas latitas que para mi sorpresa contenían todo tipo de hierbas para hacer infusiones.

Encantada con mi descubrimiento, busqué algo con lo que encender el fuego, puse agua a calentar y me hice una infusión con el té que encontré en una de las latas. Miré el paquete de galletas y para mi buena fortuna le quedaban aún tres meses para caducar.



Me dirigí con mi pequeño tesoro al porche donde se encontraba el lobo estirado y me senté en uno de los sofás que había vislumbrado el día anterior desde la parte exterior.

Me fascinó aquel rincón de la casa: era acogedor y las vistas asombrosas. Me bebí el té a sorbos y comí las galletas, observando pensativa el jardín y las montañas que se veían detrás. Un gatito negro pasó por delante de la cristalera, en el jardín, me miró durante unos instantes con unos enormes ojos amarillos y luego desapareció de mi vista tal y como había venido.

Cogí el teléfono móvil y marqué el número de Judit, aproveché que era la hora en que hacía la pausa para almorzar. Tras el segundo tono la voz de mi amiga respondió entusiasmada:

—¡Amy!, pensaba llamarte justo ahora

—¿Me echas de menos? —pregunté en tono de burla.

—Sabes que sí.

Reí como una niña.

—Yo también a ti pero dejemos eso, que parecemos un par de novios empalagosos. —La risa de Judit resonó a través del teléfono—. ¿Va todo bien por ahí?

—Claro. Como siempre, ya sabes.

—¿Sabes dónde estoy?

—¿Dónde? —preguntó mi amiga.

—Sentada en un confortable sofá de *mi* casa.

Decidí dejar los detalles de que había adoptado a un perro que resultó ser al final un lobo, el cual me había conducido hasta la llave, para otro día con más calma.

—¿Has conseguido entrar?, ¿y cómo te la has encontrado?

—Pues eso es lo más curioso. La casa está como si aquí hubiese estado viviendo alguien hasta hace bien poco. Conserva todos los muebles, hay sábanas y mantas en las habitaciones, toallas en el baño, etc.

—Qué extraño. ¿Y tiene luz y agua?

—Sí.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, pero en la casa de huéspedes me dijeron que ya no vivía nadie —expliqué—. Tampoco me dijeron mucho sobre el tema, tan solo que era una mujer joven a la que apenas conocían porque no se dejaba ver mucho por aquí. ¿No te parece un tanto sospechoso?

—Mucho —respondió. Nos quedamos en silencio unos segundos y luego añadió—: ¿Quién debía de ser esa mujer?

—No tengo ni idea, pero pienso averiguarlo. Alguna relación con mi familia debía de tener para vivir en esta casa.

—¿Y quién paga las facturas ahora? —preguntó Judit. Me quedé pensativa, no me había parado a pensar en ello.

—Mi padre debía de tener una cuenta para pagar los impuestos de la casa. Pero las facturas de esa mujer probablemente debía de pagarlas ella.

—Y entonces, ¿cómo explicas que sigas teniendo agua y luz? —inquirió mi amiga— si ya no vive allí, ¿por qué iba a seguir pagándolas?

—¿Qué quieres decir?, ¿acaso mi padre mantenía la casa y no sabía que alguien vivía en ella? —pregunté extrañada.

—Tal vez... No sé. Puede que tu padre tuviera una cuenta en algún banco de la zona donde ingresara eventualmente ciertas cantidades de dinero para el mantenimiento de la casa y alguien se hubiera aprovechado de ello. Tu padre no tenía por qué saber que alguien vivía ahí.

—Eso me parece imposible, Judit.

—Piénsalo, ¿tiene acaso más sentido que algún familiar tuyo, de los cuales tu padre no ha querido tener noticia desde que os vinisteis a Barcelona, haya estado viviendo ahí con su consentimiento? —cuestionó Judit—. Y si es así, ¿dónde está ahora?, ¿y por qué no dio de baja la luz y el agua, que cuestan dinero aun sin ser utilizadas? —Judit tenía razón, cuanto más sabía de todo el maldito asunto más perdida estaba—. Amy, ¿estás ahí? —preguntó mi amiga.

—Sí, sí. Estaba pensando.

—Escúchame bien —me ordenó la voz del otro lado del teléfono—. Ten mucho cuidado, todo esto me pone los pelos de punta. Me horroriza pensar que estás ahí sola, deja que vaya.

—De eso nada —la corté—. Además, no estoy del todo sola. He conocido algunas personas que son muy amables y se preocupan por mí. —Pensé en la maternal Adèle, su simpática hija Álex, Llop, y en el desconcertante e inquietante Erwan.

—No sabes quiénes son, Amy. No te fíes de nadie —me reprendió.

—Ya lo sé. No te preocupes, soy mayorcita. Lo tengo todo controlado —mentí para no preocuparla, mi vida estaba fuera de control—. Mañana dejaré la casa de huéspedes y me vendré aquí, necesito mi espacio. Hablamos mañana, ¿de acuerdo?

—Vale. Pero ve con cuidado.

Anduve reflexionado sobre lo que había dicho mi amiga hasta que el dolor de cabeza y el cansancio fueron más fuertes, y me dormí en el mullido sofá.

Desperté sobresaltada y aterida de frío. Llop estaba sentado sobre sus patas traseras al lado del cristal con la vista fija en algún punto del jardín enseñando los dientes. Con el corazón acelerado miré a mi alrededor en busca de algo con lo que taparme. Últimamente aquello se había vuelto demasiado habitual. Pesadillas y más pesadillas que no me dejaban descansar, lo peor de todo era que pocas veces recordaba lo que me había quitado de aquella manera el sueño.

Reparé en que debajo del cojín del sillón que tenía a mi derecha había una fina manta cuidadosamente doblada. La saqué y me cubrí con ella regresando de nuevo al sofá. No sabía cuánto tiempo había estado durmiendo, la tormenta mientras tanto había desaparecido. El cielo lucía ahora libre de nubes, totalmente despejado. La pesadilla me había dejado con mal cuerpo, no recordaba de qué se trataba esta vez, pero una sensación de malestar me presionaba el pecho como si de un gran peso se tratara.

Cogí el cuaderno de dibujo que se encontraba encima de la mesa que tenía delante. Lo abrí por las hojas que había dibujado aquella mañana por si podía recordar algo más de los últimos sueños. En la primera de ellas había dibujado un gran fuego, lo estudié atentamente y pasé página; en la siguiente había un retrato, reconocí el rostro de la mujer con la que había tenido el extraño encuentro en los baños termales, no tenía claro si había soñado también con ella o simplemente formaba parte de los recuerdos del día anterior. Pasé página de nuevo y encontré un dibujo a medio terminar: en él, un pequeño grupo de personas sin rostro se hallaban en medio de un frondoso bosque en torno a alguna cosa que había quedado por dibujar. Levanté la vista pensativa hacia el jardín, ni siquiera recordaba haberlo dibujado, tan solo me había dejado llevar.

De repente, mi mirada registró algo que no había estado ahí antes cuando me había sentado en el sofá a contemplar la vista exterior. Un extraño objeto colgaba de una de las ramas de un árbol del jardín. Lo observé con atención sin lograr distinguir exactamente de qué se trataba, pero tenía una forma que me produjo escalofríos. Me levanté del sofá llena de curiosidad, abrí la puerta de cristal corriéndola hacia un lado y salí al jardín. En cuanto abrí la puerta Llop salió disparado desapareciendo de mi vista. Me acerqué lentamente al árbol de cuya rama colgaba el insólito objeto y me quedé plantada a escasa distancia sin poder continuar. Totalmente perpleja, recorrí con la vista mi alrededor. Una sensación de miedo se posó en la base de mi columna vertebral como si de un gran peso se tratara. Asida del cuello por una fina cuerda colgaba una espeluznante muñeca hecha de paja y ramas. Era muy sencilla a la vez que aterradora; podía distinguirse la cabeza, el cuerpo y los brazos. Aquel objeto no había sido hecho para decorar o espantar pájaros, además lo habían colocado mientras dormía en el sofá.

Las alarmas empezaron a dispararse en mi interior cuanto más pensaba en ello.

Regresé de nuevo a la casa, asegurándome de cerrar con el pestillo la puerta corredera. Anduve inquieta sin saber muy bien qué hacer. El extraño fetiche colgaba del árbol sin que pudiera apartar la vista más de unos segundos. Pensé en el lobo y en su extraño comportamiento cuando había despertado. Estaba inquieto y mostraba los colmillos mientras miraba algún punto del exterior. No le había prestado atención concentrada como estaba en darle un sentido a los sueños que tenía últimamente. Puede que la persona que había colgado aquello en el árbol no anduviera lejos cuando abrí la puerta y por eso Llop había salido disparado.

Me senté en el sillón con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos.

«Saben que estoy aquí—fue el pensamiento que me vino a la mente—, quieren asustarme.»

—Pues hace falta algo más que un estúpido muñeco para amedrentarme —farfullé furiosa levantándome del sofá al tiempo que clavaba la vista en el árbol como si la persona que lo había colocado ahí continuara en el jardín—. No pienso entrar en ese ridículo juego.

Cogí mis cosas enfurecida, con la determinación de ir a comprar lo necesario para poder instalarme en mi nuevo hogar; ningún muñeco de paja, por más escalofriante que fuera, iba a impedírmelo.



## Capítulo 11

Me dirigí como alma que lleva el diablo hacia mi coche, que estaba aparcado cerca de la casa de huéspedes, donde Erwan lo había dejado el día anterior. Puesto que Llo no disponía de comercios debía de acercarme con el coche a la población que quedaba al lado, que era Saillagouse. Tardé tan solo unos pocos minutos en llegar al lugar donde se encontraba mi New Beetle. Entré y cerré de un portazo aún furiosa por lo sucedido en la casa. Me obligué a relajarme antes de arrancar el motor, no era muy inteligente conducir en ese estado de nervios.

Apoyé la cabeza sobre el volante y respiré profundamente un par de veces. Un poco más relajada recordé la última vez que había conducido mi coche y cómo había acabado todo. Lanzando una maldición salí de nuevo y eché un vistazo a mi alrededor. La nieve había cubierto nuevamente todo el terreno: estaba completamente atrapada en aquel pueblo. Tomé nota mental de comprar unas cadenas en cuanto tuviera oportunidad, pero para ello debía de encontrar el modo de acercarme al pueblo de al lado. En uno de mis paseos había visto una parada de autobús a la entrada de Llo, podría acercarme a mirar horarios y tal vez coger el primero que viniese.

Un anciano pasó por mi lado paseando con un perrito que correteaba suelto delante de él. Este se me acercó juguetón en busca de atención. Pensé en mi lobo; aún no había vuelto de su escapada.

—¡Hola pequeñín! —El perro encantado con mis muestras de afecto me chuperreteó toda la mano. Una sonrisa se formó en mi rostro—. Pero qué simpático eres tú —le dije al entusiasmado animal.

El dueño del perro me miró con un gesto simpático en el rostro.

—¡Brut! *No siguis pesat!* —le dijo al perro en un catalán ligeramente afrancesado.

No dejaba de sorprenderme cada vez que oía a alguien hablar catalán en aquella zona.

—¿Brut? —repetí mirando al anciano. La traducción de aquel nombre al castellano no era otra que la de sucio. ¿Había llamado sucio a su perro?

—Oh, sí. Tendrías que ver cómo se pone cada vez que lo saco de casa —explicó el hombre en la misma lengua. Aquel comentario me hizo reír—. ¿De Barcelona? —quiso saber haciéndome un gesto con la cabeza dando a entender que se refería a mí.

Asentí.

—He venido a pasar unos días de relax —mentí. El anciano asintió con la cabeza, habría debido de escuchar aquella explicación cientos de veces.

—Buenos neumáticos —comentó señalándolos con el bastón— con esto no tendrás problemas para moverte por aquí. La carretera en esta época se vuelve peligrosa —agregó mirando el cielo.

Me quedé mirando las ruedas sin comprender. El hombre se despidió de mí y continuó su camino lentamente. Advertí algo que no hubiera notado si el anciano no lo hubiese comentado: los neumáticos eran nuevos. No sabía si mejor o peor que los que ya tenía pero cualquiera podría darse cuenta de que apenas estaban usados.

«¿Cómo es posible? —me pregunté desconcertada para mis adentros. Pensé en la única persona que había tenido acceso a mi coche—, oh, no, eso no es posible...»

Decidí dejar el asunto para más tarde pues no quería encontrarme el supermercado cerrado, así que me monté en el coche y me dirigí a Saillagouse.

La distancia entre ambas poblaciones era mínima, se hallaban separadas por una estrecha carretera que discurría entre campos de pasto, ahora cubiertos de nieve. A diferencia de la última vez, no tuve ningún problema al conducir sobre el asfalto nevado para mi gran sorpresa. En un par de minutos me planté en mi destino y aparqué el coche en el parking del supermercado, el cual no me fue difícil de encontrar.

Hice una lista mental de las cosas que necesitaría mientras cogía un carro y entraba en la tienda. Básicamente necesitaba comestibles y artículos de higiene. Recorrí cada uno de los pasillos introduciendo los artículos necesarios en el carro con la extraña sensación de ser observada. Pensé que probablemente fuera porque era una extraña en un pueblo en el que se conocían todos, aquello no pasaba nunca en mi ciudad. Llegué al pasillo de la limpieza de hogar, el último que me quedaba por recorrer, con el vello erizado y la conciencia de que en realidad la gente ni siquiera me prestaba atención de tan acostumbrados a ver turistas como estaban.

Alguien me estaba vigilando.

Miré disimuladamente, mientras metía algunos de los artículos que necesitaría para limpiar la casa, pero no vi a nadie acechando. Me dirigí a la línea de cajas con una sensación de inquietud en el cuerpo que me hizo recordar mi experiencia en los baños termales con aquella mujer joven.

«No son paranoias mías —pensé—, ¿o sí?, ¿y si me estoy volviendo loca porque no puedo soportar haberme quedado sola?», me pregunté angustiada.

Pagué la compra y la introduje en el maletero del New Beetle. Me metí en el coche, arranqué el motor impaciente y salí del parking del supermercado.

A la altura del puente, donde se encontraban las enormes figuras y dibujos que viera el primer día, leí un letrero que señalaba *espace détente de la Prade* a la izquierda. Sin pensarlo dos veces giré en esa dirección: antes de regresar a Llo necesitaba reflexionar. Dejé el New Beetle a los pocos metros de tomar la curva, en un pequeño espacio donde cabían unos pocos coches. Me puse el anorak, el gorro y los guantes, y me encaminé hacia el parque o lo que fuera el espacio de la calma.

Crucé un pequeño puente de madera donde discurría el río por debajo, con las manos en los bolsillos. Levanté la vista hacia el cielo, la luna estaba creciente a punto de tornarse plena. Me fascinaba aquel astro, cada noche la buscaba con la mirada controlando sus diferentes fases.

La tarde hacía rato que había caído, de modo que la oscuridad había invadido las calles del pueblo. Continué por un estrecho camino sumida en mis propios pensamientos. Se trataba de un espacio rodeado de árboles, estanques, mesas de picnic, y bancos en los que descansar y relajarse.

Me encontraba totalmente sola, a aquellas horas de la tarde la gente se hallaba recogida al calor de sus hogares.

Continué mi paseo pensado en la de cosas extrañas y sin sentido que me estaban ocurriendo últimamente: los inquietantes sueños, las misteriosas cartas, el mensaje en el espejo, la casa y en la relación que podía haber entre todo ello, si es que había alguna relación. Era como un rompecabezas sin lógica alguna; imposible de montar. Estaba hecha un lío, si todo estaba relacionado, como pensaba, tan solo con resolver alguno de esos enigmas podría tirar del hilo y comprender el resto. Tal vez, si averiguaba quién había estado viviendo en la casa podría arrojar luz al resto de secretos que me estaban atormentando hasta el punto de haber roto con el equilibrio de mi vida. Incluso tenía ciertas dudas al respecto de la muerte de mi padre.

Paré a contemplar lo que tenía a mi alrededor. Tan solo se oía el sonido del viento al pasar por entre las ramas de los árboles y el sonido del agua al caer de un estanque a otro. Todo lo que abarcaba mi vista, tanto en la parte derecha como enfrente, era una frondosa arboleda rodeada de oscuridad. En el centro había un amplio y oscuro estanque de peces.

De pronto, una imagen me vino a la memoria como si se tratara del *flash* de una cámara. Se me secó la garganta; la sangre comenzó a palpar en mis sienas y mi pulso se aceleró. Di un paso atrás tambaleante, pero mis piernas no resistieron el peso de mi propio cuerpo haciéndome caer de culo sobre la húmeda hierba. Sentí que me faltaba el aire, intenté concentrarme en respirar, pero lo hacía demasiado rápido y el oxígeno no llegaba correctamente a mis pulmones. Con un fuerte dolor en el pecho miré de nuevo la masa de agua: una cosa era soñar con la propia muerte y otra muy distinta era ver el escenario en el que sucedía. Un lugar que, por cierto, me era totalmente desconocido, hasta ahora. No me cabía la más mínima duda de que se trataba del mismo lugar que aparecía en mis sueños.

El mismo lugar en el que me ahogaban cruelmente.

Con manos temblorosas me eché la negra melena hacia atrás. Necesitaba poner distancia del amenazador escenario de forma inmediata.

Me levanté torpemente ayudándome de las manos, y desandé el camino con pasos vacilantes, mientras intentaba recuperar el ritmo de la respiración. No pensaba en nada, tan solo en alejarme de aquel lugar. Callejé por el pueblo durante un tiempo indeterminado, sin dar con el aparcamiento en donde había dejado el coche. Paré unos instantes a pensar: había dejado el New Beetle cerca del paseo del estanque, pero era incapaz de ubicarme. Arrastré la mirada a mi alrededor, el miedo estaba comenzando a bloquearme, era de noche y no había ni un alma por la calle a la que poder preguntar.

Continué andando, sin tener idea de hacia adónde, con la esperanza de encontrar el dichoso parking y salir de allí. La calle por la que caminaba me condujo a un extremo del pueblo, donde ya solo había oscuridad. Unos metros hacia delante había un enorme edificio con coches aparcados a un lado. Tenía toda la pinta de ser un bar de copas o discoteca, un rótulo muy elegante en color azul tenía escrita la palabra «Adytum».

Reconocí el Jeep Wrangler de Erwan entre los coches que había aparcados en un lateral del edificio. Para mi sorpresa, un inmenso alivio me recorrió todo el cuerpo dejándome con una sensación de tranquilidad que acabó definitivamente con el ataque de pánico sufrido hacia unos minutos.

Entré en el Adytum decidida, sin dejar de advertir lo curioso del nombre y las casualidades de la vida. En la antigüedad el *adytum* era el lugar más sagrado dentro de los templos, una cámara secreta a la que solo los sacerdotes podían acceder, y allí estaba yo, accediendo a aquel *adytum* que me protegería de mí misma, comenzaba a pensar que algo en mí no estaba bien.

En su interior sonaba la canción «Angel» de Massive Attack. No había mucha gente, puede que aún fuera demasiado pronto, mi reloj de pulsera marcaba las ocho de la tarde. Me acerqué a la barra y me senté en uno de los taburetes. Un joven rubio con cresta se me acercó desde el interior de la barra para preguntarme qué quería tomar.

—Algo fuerte —respondí.

El joven sonrió y se alejó en busca de mi bebida.

Observé el local mientras tanto: se trataba de un lugar con mucho estilo; muy amplio y con diferentes ambientes. Había una zona apartada con mesas y sofás estilo *chill out*, y su propia barra. El suelo de aquella parte era de cristal transparente desde donde se podía ver un riachuelo discurrir por debajo. Un gigantesco árbol de grueso tronco separaba esa zona del resto, sus inmensas raíces quedaban por debajo del suelo de cristal, expuestas a la vista de cualquier observador por encima de la tierra antes de sumergirse en ella. Casi la totalidad del resto del local era una amplia pista de baile, altas mesas con taburetes se encontraban diseminadas en un extremo de la zona de baile. En el lateral de la pista, ocupando un puesto elevado se hallaba la garita del DJ, y a un lado podía verse un pequeño espacio más alto sobre el nivel del suelo, que seguramente haría las veces de escenario.

El camarero se acercó con una bebida y la dejó frente a mí. Levanté el vaso mirando al joven de la cresta que esperaba la confirmación de que lo que le había traído era lo suficientemente fuerte. Al acercarlo a la boca un fuerte olor inundó mi sentido olfativo, no sabía de qué se trataba, pero lo bebí en un par de tragos. Con una mueca de desagrado en el rostro dejé el vaso en la barra. Sentí cómo me quemaba la garganta y todo aquello que encontraba a su paso de camino al estómago. Con un gesto indiqué al camarero que me trajera otra copa de aquel repugnante mejunje.

Busqué con la mirada a Erwan entre la gente que había en el local, pero no le encontré.

«No importa —pensé— un par de copas más y habré olvidado lo que me trajo aquí. Luego ya veré cómo regreso, cada cosa a su tiempo.»

Con ese pensamiento en la cabeza me quité la chaqueta, un calor reconfortante me invadió desde el interior de mi cuerpo. Empezaba a sentirme muy a gusto en aquel local. Era completamente consciente de que se trataba del efecto del alcohol, no estaba acostumbrada a beber, pero no me importó. Aquello era justo lo que necesitaba: embotar mi mente para que dejara de buscar una lógica al hecho de que una parte de lo que se desvelaba en el sueño era real. Había conseguido reproducirlo en mi pesadilla con todo lujo de detalles sin haber pisado nunca aquel lugar. Aquello cambiaba por completo las cosas.

Me perdí en mis pensamientos observando el contenido ambarino del vaso. A cada paso que daba me encontraba más hundida, estaba claro que aquello me venía grande. Removí el vaso haciendo bailar el hielo que había en su interior y seguidamente bebí un trago. Era realmente asqueroso, pero me hizo sentir bien. Levanté la vista justo en el momento en que una puerta cercana a la barra se abrió. De su interior salieron Erwan seguido de otro hombre igual de alto que él. Quedaba justo enfrente de donde me encontraba sentada de modo que nuestras miradas se encontraron en el mismo instante en que él puso el pie en la sala. Advertí que arrugaba el ceño contrariado, se giró a decirle algo al hombre que venía tras él y se dirigió a la barra, justo donde estaba yo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin más.

Lo miré irritada, aquel hombre lograba sacarme de mis casillas con su descortés forma de ser.

—Creo que es evidente —respondí alzando el vaso.

Erwan me examinó de arriba a abajo con el semblante inescrutable.

—Tienes un aspecto horrible —señaló.

—Gracias. Eres encantador, ¿lo sabías? —A continuación bebí el contenido que quedaba en el vaso de un sorbo.

Erwan me cogió del codo y me condujo a la zona de sillones y sofás, algo más apartada y con la música menos fuerte. Intenté zafarme pero él me tenía firmemente agarrada. Me sentó en uno de los sillones tras lo cual se situó enfrente, separados ambos por una mesa.

—¿Qué es lo que ha pasado? —quiso saber mientras clavaba su penetrante mirada zafiro en mi persona—. ¿La has visto de nuevo?

Supé que se refería a la mujer de los baños termales, negué con la cabeza.

—Es algo largo y complicado —respondí llevándome las manos al rostro con gesto cansado.

—No tengo prisa —dijo él cruzándose de brazos al tiempo que se apoyaba en el respaldo de su asiento.

Lo miré sin saber qué contarle, él me mantuvo la mirada con sus insondables ojos azules, haciendo un gesto con la cabeza animándome a que comenzara a hablar.

—¿Recuerdas los dibujos del cuaderno que se quedó en tu coche? —comencé preguntando. Erwan asintió con la cabeza—. Se trata de una pesadilla que tengo desde hace semanas —continué.

Le expliqué lo de los extraños sueños que habían ido en aumento desde la muerte de mi padre, también le conté cómo había perdido este la vida en un trágico accidente de tráfico y que me había dejado en herencia una casa de la que no tenía conocimiento hasta hacía apenas unos días atrás. Finalmente le expliqué lo sucedido un rato antes en la zona del estanque, al reconocer el sitio. Erwan mantuvo durante mi relato una máscara indescifrable en el rostro que sería la envidia de cualquier jugador de póquer. Cuando finalicé la explicación maldijo por lo bajo para mi sorpresa, algo que no supe muy bien cómo interpretar.

—Mira, si te cuento esto es porque por alguna extraña razón confío en ti. —Enarcó una ceja—, sí, yo tampoco entiendo por qué —añadí interpretando su gesto erróneamente—, ni siquiera sé si me caes bien.

Una sonrisa torcida apareció en sus labios. El camarero de la cresta pasó cerca de nosotros y Erwan le hizo un gesto con la mano.

—¿Crees en los sueños premonitorios? —pregunté apartándome el pelo de la cara para colocarlo tras la oreja—, porque si el lugar donde según me ahogan en el

sueño es real cabe preguntarse si la otra parte también lo es.

El camarero regresó con dos copas como las que me había tomado en la barra hacía un rato y las depositó sobre la mesa. Erwan empujó una de ellas frente a mí.

—Será mejor que bebas un poco —ordenó al tiempo que se llevaba la suya a los labios y se la bebía de un trago mientras yo lo observaba enarcando una ceja.

—¿Acaso quieres emborracharme?

—¿Acaso eres incapaz de tomarte algo en serio? —preguntó él en el mismo tono.

Fruñí el ceño contrariada.

—Me cuesta bastante, la verdad. Mi amiga Judit dice que es un mecanismo de defensa —comenté—, es psicóloga —añadí a modo de explicación llevándome la copa a los labios para beberme todo su contenido.

Erwan me quitó el vaso de las manos impidiendo que me lo bebiera de golpe.

—Poco a poco, preciosa, o acabarás en el suelo.

Tenía razón, las piernas habían empezado a flojearme hacía rato, sentía la cabeza un poco espesa y puede que me notara un tanto desinhibida. Me costaba apartar la mirada de aquellos labios perfectos que me miraban formando una deslumbrante sonrisa lobuna. Movi la cabeza a ambos lados en un intento de sacar fuera ciertas imágenes que empezaban a tomar forma en mi mente. «Pero ¿qué me pasa? —me pregunté—. Alguien quiere ahogarme en un estanque y aquí estoy yo pensando en besos exuberantes con ese hombre imposible.»

Me disculpé un momento con mi acompañante para ir al baño a despejarme la cara con agua. A mi regreso, algo más centrada, me senté de nuevo para retomar el hilo de la conversación:

—Todo esto hace que me pregunte quién quiere hacerme daño. —Erwan mantenía el semblante muy serio mientras me escuchaba—. Y lo más importante: ¿por qué?

—No se trata de ti —afirmó Erwan. Lo miré sin comprender—. La víctima no eres tú, Aimée —añadió a modo de explicación con la vista clavada en sus manos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Lo que oyes. Hace poco más de un mes apareció una mujer muerta en extrañas circunstancias en el estanque —respondió sin más.

Abrí los ojos desmesuradamente sin poder creerlo.

—¿Lo dices en serio?

—No bromearía sobre algo así —contestó alzando la vista y mirándome a los ojos por fin.

—¿La conocías? —quise saber.

Erwan apretó la mandíbula tomándose unos segundos para responder. Me miró con una expresión indescifrable tan característica en él. Era imposible saber qué pasaba por su cabeza.

—No.

—Pero entonces... Eso querría decir que no fueron extrañas circunstancias —concluí— fue un asesinato en toda regla. Lo que no entiendo es por qué era mi rostro el que aparecía ahogado —comenté pensativa intentando atar cabos. Un oscuro pensamiento cruzó por mi mente—: ¿Y si el asesino vuelve a actuar? —formulé sin necesidad de añadir que esta vez sería yo la que acabaría bajo las aguas.

—Eso no va a ocurrir de nuevo —aclaró él con toda la seguridad de alguien que está acostumbrado a salirse con la suya. Abrió la boca para decir algo pero él se adelantó—: Permíteme un momento para solucionar un asunto y te llevo a casa—. Tras decir eso se levantó dejándome totalmente confusa.

Aquella revelación cambiaba de nuevo las cosas. Ya no tenía que preocuparme por una muerte inminente, pero eso me llevaba a otra cuestión: ¿por qué soñaba con ese trágico suceso? Intenté pensar en ello, pero lo cierto era que me encontraba bastante espesa debido al alcohol como para sacar algo en claro de todo el dichoso asunto.

Un hombre joven de cabello castaño se sentó frente a mí con una seductora sonrisa en el rostro. Se trataba del mismo hombre que había salido junto con Erwan de un acceso privado hacía un rato. Llevaba el cabello corto con la parte de delante bastante más larga peinada de cualquier manera y una barba de varios días asomando por su rostro. Tenía un estilo desenfadado pero muy cuidado al mismo tiempo.

—Whisky —anunció señalando mi vaso—. Te van las emociones fuertes.

Me encogí de hombros.

—Ni siquiera sabía lo que estaba bebiendo, pero es repugnante—. El hombre soltó una carcajada—. Tu cara me resulta familiar —comenté observando sus facciones.

—Puede que me parezca vagamente a mi hermana —explicó sonriente. Reconocí algunos de sus gestos en la pelirroja que había conocido el día anterior y que tan buena impresión me había causado.

—Álex —dije esbozando una sonrisa—, me recuerdas algo a ella, pero no os parecéis demasiado.

—Cierto —afirmó— yo soy más guapo —agregó haciéndome un guiño mientras una sonrisa burlona se escapaba por la comisura de sus labios.

Dejé escapar una sonora carcajada, no era mi tipo pero había que reconocer que era atractivo.

—Soy Gilles, encantado de conocerte —dijo estirando la mano para estrechar la mía.

—Amy.

En aquel preciso instante regresó Erwan chaqueta en la mano, con un ademán casi imperceptible saludó a su amigo, si se sorprendió de encontrarlo en la mesa conmigo no dio señales de ello.

—Ya podemos irnos —anunció—, voy a llevarla de regreso a casa de tus padres —explicó a Gilles.

—Yo voy hacia allí también —comentó el aludido mirándonos a ambos— si quieres puedo acercarla yo. Erwan me miró pensativo unos segundos antes de asentir con la cabeza.

—Puedo volver sola —repliqué— tan solo necesito encontrar mi coche. Además pensaba pasar la noche en *mi* casa —comenté recalcando el determinante posesivo.

Ambos hombres se miraron durante una fracción de segundo antes de prestarme toda su atención, gesto que no me pasó desapercibido.

—Aimée —comenzó a decir Erwan carraspeando—, ¿no te parece un poco imprudente instalarte en una casa cuya seguridad es nula? No sabes quién más tiene o ha tenido acceso a las llaves. —Pestañee contrariada varias veces de forma rápida, no había pensado en ello.

—¿Por qué no esperas a mañana? Yo puedo cambiarte la cerradura, soy muy habilidoso —comentó Gilles con una sonrisa pícaro en los labios.

No tuve más remedio que asentir, parecía lo más lógico.

—Perfecto, entonces la llevas tú —dijo Erwan mirando a su amigo—, yo llevaré su coche hasta el pueblo. Luego me acercas a por mi coche, ¿de acuerdo? —Gilles asintió conforme.

Me levanté sin hacer ningún comentario, tenía la sensación de que Erwan estaba evitando quedarse a solas conmigo por no tener que seguir hablando de la mujer ahogada en el estanque, motivo por el cual le había encomendado a su amigo acercarme a Llo.

Noté la palma de una mano grande y caliente en la parte baja de mi espalda conduciéndome hacia la salida del local: era la de Erwan. Por alguna extraña razón me gustó aquel inocente y cálido contacto.

## Capítulo 12

Una capa de bruma cubría las montañas, la humedad les envolvía hasta calarles los huesos. Hacía rato que había salido el sol, pero no había asomado ninguno de sus rayos en aquella oscura mañana. El reducido grupo de personas fue congregándose en el pequeño claro en medio del frondoso bosque. Sus caras eran tristes y el silencio reinaba entre ellos. Las nubes grises iban aumentando su tamaño y tomando fuerza a medida que pasaban los minutos, oscureciendo poco a poco la ya de por sí lúgubre mañana. Reconocí el rostro de Álex de entre aquel extraño grupo, su brillante cabello cobre destacaba dando una nota de color al tétrico espectáculo. Abrazada a un hombre de mediana edad lloraba desconsoladamente. Este le acariciaba el pelo en un vano intento de consolarla, sus ojos claros también derramaban lágrimas de dolor. Se trataba del padre de la joven. A su lado Gilles, igualmente destrozado, sujetaba a su madre que amenazaba con caer al suelo de un momento a otro. Tan solo los sollozos de algunos de los asistentes rompían el amargo silencio que reinaba en aquel lugar.

Un fuerte sonido me asustó dejándome momentáneamente desorientada. Me incorporé de la cama intentando recordar dónde me encontraba. Encendí la luz y apagué la alarma del móvil que me había despertado, recuperando poco a poco la plena consciencia. Sentí un fuerte dolor de cabeza al ponerme en pie, probablemente por la excesiva ingesta de alcohol de la noche anterior. Me dirigí al baño a lavarme la cara para despejarme un poco. La imagen que me devolvió el espejo era desalentadora.

Abrí las contraventanas para dejar pasar la luz natural a la habitación y ver el día que hacía: llovía. Unas inmensas nubes negras cubrían el cielo, lo que me hizo recordar el sueño que había estado teniendo hasta que el pitido del móvil me despertara. Lo cierto era que no tenía mucho sentido, como casi nada de lo que me ocurría últimamente. Escogí la ropa que me pondría aquel día y me dirigí a la ducha con la esperanza de eliminar el dolor de cabeza así como la sensación de malestar que tenía sin acabar de comprender el motivo.

Una hora más tarde salía por la puerta de la casa de huéspedes con mi maleta en la mano. Después de pagar la estancia me había despedido de Adèle tras prometerle que si necesitaba cualquier cosa contaría con ella y que pasaría de vez en cuando mientras durara mi estancia en aquel pueblo. Me parecía curioso que se preocupara tanto por sus huéspedes, lo cierto era que me resultó reconfortante saber que de precisarlo, estaría ahí.

Metí la maleta en el coche y conduje hacia mi nueva casa. Lo dejé justo delante de la verja, la cancela no era lo suficientemente ancha como para que entrara un coche. Llop me recibió contento al bajarme del New Beetle, me alegré mucho de encontrarlo allí, no había vuelto a saber de él desde que saliera disparado la tarde anterior tras encontrar la espantosa muñeca colgada del árbol.

—¿Dónde te habías metido? —le reprendí a la vez que le acariciaba entre las orejas.

Saqué las bolsas del coche y las llevé al interior de la vivienda haciendo un par de viajes. La compra que había hecho en el supermercado se había quedado en el maletero toda la noche, por suerte, había hecho tanto frío que se había mantenido todo en perfecto estado.

Horas más tarde descansaba en el sofá del porche con una taza de té caliente entre las manos, contenta de los resultados obtenidos. Había ordenado la cocina, limpiado la casa y, en definitiva, puesto a punto mi nuevo hogar para vivir en él temporalmente mientras daba algo de luz a mis oscuros orígenes. Llop se encontraba estirado a mis pies relajadamente. Aquella casa me gustaba mucho.

Había llamado a Judit para asegurarle que estaba bien y ponerla al día con mis pesquisas. Le había explicado lo sucedido en el estanque y lo que me contara a medias Erwan sobre la mujer hallada en aquel lugar hacía tan solo un mes atrás. Algo me decía que él sabía más de lo que me había contado, pero no pensaba dejarlo ahí. Volvería a interrogarle sobre el asunto en cuanto le viera de nuevo.

Aquel pensamiento hizo que el corazón me palpitara con más fuerza.

Por la tarde se presentó Gilles en casa, acompañado de su hermana, para cambiar la cerradura tal y como había dicho que haría el día anterior.

—Qué bonita, ¡me encanta esta casa! —había dicho Álex nada más entrar.

—Sí que lo es —coincidió—, ¿la conocías?

—No, qué va —respondió Álex dirigiéndose al salón observándolo todo atentamente.

Gilles dejó la caja de las herramientas en el recibidor al tiempo que me saludaba con una amplia sonrisa en el rostro. Caminamos por el pasillo tras los pasos de la pellerroja. Al llegar al salón Llop, que se encontraba junto a Álex dejándose hacer mimos, se abalanzó sobre Gilles jugueteando. Este lo saludó sin sorprenderse de que tuviera un lobo en casa.

—Hace un poco de frío, ¿has probado de encender la calefacción? —preguntó Gilles mientras acariciaba el pelaje del hermoso animal.

—Pues no. No he sabido cómo.

—Hazlo. Yo encenderé la chimenea —ordenó Álex a su hermano.

Gilles desapareció unos instantes mientras Álex iba escogiendo troncos de un pequeño leñero que había al lado de la chimenea y los iba colocando en su interior.

—Ya está. Luego te explico cómo encenderla —comentó Gilles de regreso al salón.

—¿No os parece extraño que una casa abandonada se encuentre en este estado?

—Mucho —respondió Álex dándose la vuelta, una llama pequeña empezó a bailotear dentro de la chimenea. Gilles se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Conocíais a la mujer que vivía en esta casa? —quise saber.

La madre de ambos ya me había dicho que no, pero quería asegurarme, tal vez alguno de ellos podría aportarme alguna información.

Álex negó con la cabeza, su mirada se centró en algún punto del suelo y Gilles no fue más explicativo que su hermana. El timbre de la puerta sonó en aquel instante sorprendiéndonos a todos. Extrañada, me dirigí a la puerta para ver de quién se trataba. Un hombre alto y moreno me recibió a otro lado, debía de tener treinta y tantos años. Me miró de arriba a abajo descaradamente, cosa que hizo que respondiera de igual modo. El hombre sonrió ante mi impertinencia antes de presentarse al fin:

—Hola, soy Ray —anunció con una cautivadora sonrisa, unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas—. El vecino de al lado —añadió señalando la casa que había a la izquierda.

Asomé la cabeza mirando en la dirección que señalaba sin fiarme de la veracidad de sus palabras. Antes de que pudiera decir nada apareció Gilles a mi lado, Ray abrió los ojos en un gesto de reconocimiento y ambos se saludaron afectuosamente como lo hacen los buenos amigos.

—¿Qué tal colega?, ¿ya conoces a la ninfa? —dijo Gilles a su amigo al tiempo que me pasaba un brazo por el hombro.

—¿Ninfa? —repetí frunciendo el ceño.

—Así es. Nunca he visto a nadie con esos ojos grises tan increíbles, en otro tiempo te habrían quemado por bruja. —Arrugé aún más el entrecejo si es que aquello era posible—. Es como si estuvieran pensados para distraer —añadió con un guiño de ojos—, si a eso le añadimos las pecas de tu naricilla y pongámosle punta a tus



orejas, ¿qué tenemos?

—Una ninfa —respondió su amigo desde el umbral de la puerta.

Resoplé de forma muy poco femenina antes de presentarme a mi nuevo vecino.

—Me llamo Amy —espeté ignorando las sonrisas impertinentes de ambos, al tiempo que le tendía una mano. Ray me la estrechó con la suya, mucho más grande y morena, estudiándome con la mirada.

—¡Vaya! —exclamó la voz de Álex desde el pasillo—, ¡si ya estamos todos! Qué bien que hayas venido —agregó con un deje sarcástico que no se me escapó.

La expresión del rostro de él cambió, pasando al modo serio de golpe.

—¿Y tú qué haces aquí? No recuerdo haberte dado la tarde libre —dijo Ray cortante.

—¿Este es tu jefe? —pregunté a Álex.

—Sí, el gilipollas del que te hablé.

—Qué interesante —comenté en tono de guasa—. Pasa, no te quedes fuera.

Me quedó claro al instante que detrás de aquella descortesía por parte de ambos había mucho más.

Gilles no pareció preocupado, todo lo contrario, mostraba una sonrisa traviesa mal disimulada en el rostro. Lo miré interrogante y este se encogió de hombros.

—Es siempre así, ya te acostumbrarás —susurró cerca de mi oído para que los demás no lo escucharan—. ¿Por qué no me ayudas con la cerradura, Ray? —le preguntó a su amigo.

Este asintió con la cabeza y se pusieron manos a la obra. Álex y yo nos dirigimos de nuevo al salón y ocupamos el sofá que había frente a la chimenea. Miré a la pelirroja a la espera de que dijese algo sobre mi nuevo vecino, pero no añadió más. Parecía cómoda incluso con el silencio que se había producido entre ambas con la mirada fija en las llamas que bailoteaban entre los troncos.

—No puedo entender cómo es posible que nunca supieras que tu padre tenía esta casa —comentó rompiendo el silencio.

—No. Yo tampoco —respondí—, pero es algo que vengo a averiguar. —Álex desvió la atención del fuego para centrarla en mí.

No conocía muy bien a aquella mujer, pero tampoco era un secreto que era la nueva dueña de la casa, y que no había sabido de su existencia hasta ahora. No había nada malo en contar aquello a una desconocida. Sabía que tenía que andar con ojo, las cartas me habían puesto sobre aviso. La familia de mi madre llevaba años reclamando poder estar cerca de mí, pero el mensaje de las cartas escondía mucho más de lo que decía. No confiaba en ellos, de hecho no podía fiarme de nadie, pero Álex era una joven muy agradable, igual que el resto de miembros de su familia, que se habían mostrado muy amables conmigo.

—Tal vez deberías empezar por averiguar la identidad de la persona que vivía en esta casa y qué relación tenía con tu padre —sugirió Álex.

—Eso mismo pensé yo, pero ¿cómo hago eso? —pregunté— vosotros vivís aquí y no la conocíais —añadí pensativa. De repente levanté la cabeza y comenté esperanzada—: Tal vez Ray, era su vecino. —Álex negó con la cabeza.

—No sigas por ahí porque será una pérdida de tiempo. Raymond te dirá lo mismo que nosotros —objetó mirando de nuevo las llamas. Tras unos instantes en los que ambas nos quedamos sumidas en nuestros propios pensamientos, Álex comentó cambiando de tema—: No me has enseñado el resto de la casa.

Me levanté entusiasmada con la idea, nos dirigimos a la planta de arriba en donde le fui enseñando cada una de las habitaciones.

—Tiene dos dormitorios —le expliqué al entrar en uno de ellos—. Me he instalado en el otro, no sabría explicarte por qué, pero me pareció más acogedor. —Álex hizo un gesto de asentimiento con la cabeza al tiempo que no perdía detalle de todo cuanto había a su alrededor.

—Vaya, se han dejado los esquís —anunció la pelirroja señalando un par de esquís situados detrás de la puerta.

—Y ropa —comenté—, la he pasado a este armario porque estaba toda en la otra habitación, y necesitaba mi espacio.

—¿No te parece raro?

—Todo lo relacionado con esta casa es raro.

—Pues lo de los esquís me va genial porque pensaba proponerte que fuéramos a esquiar, seguro que también se ha dejado las botas.

Asentí con la cabeza.

—Y la ropa de esquiar también.

—¿Te gusta esquiar?

—¿Lo dices en serio?, ¡me encanta esquiar! Estoy deseando que vayamos.

Acabé de enseñarle el piso de arriba y bajamos de nuevo a la planta de abajo.

—Esta es la parte de la casa que más me gusta —dije llevándola al porche acristalado. Álex admiró aquel espacio tan acogedor asintiendo con la cabeza hasta que sus ojos se quedaron fijos en algún punto del jardín. Un gemido salió de su garganta al tiempo que se llevaba la mano derecha al corazón.

—¿Te encuentras bien? —pregunté cogiéndola del brazo.

—¿Qué hace eso ahí?

Dirigí la vista hacia el punto que Álex miraba en el jardín.

—Ah, eso —contesté señalando la espeluznante muñeca que aún pendía del árbol—, parece que alguien me dejó un regalito ayer.

Álex salió al jardín y la arrancó de un rápido movimiento, regresó con ella en la mano y se dirigió hacia la chimenea donde la metió para que ardiera.

—¿Y dices que ayer lo pusieron ahí? —preguntó con la mirada perdida en las llamas —¿Estás segura?

—Segura, por la mañana no estaba —respondí alarmada— ¿Por qué?, ¿qué era eso? —Álex se giró y me miró con una extraña expresión en el rostro: parecía asustada.

—No es nada. La gente de por aquí es un tanto peculiar, seguro que es una broma de mal gusto —explicó quitándole importancia. Entrecerré los ojos formando dos rendijas grises. «Eso no te lo crees ni tú», pensé sintiendo cómo la frustración iba inundando mi cuerpo—. Por si acaso, ándate con ojo —añadió—, estas cosas no me gustan.

Gilles y Ray aparecieron en el salón satisfechos de su trabajo. El hermano de Álex me dio las nuevas llaves de la cerradura, al menos ahora podía tener la seguridad de que nadie más andaba por ahí con una copia pudiendo entrar en cualquier momento.

—Parece que hayas visto un fantasma —le dijo Ray a Álex con una expresión de mofa en el rostro.

Álex se recompuso y replicó:

—Has dado en el clavo.

Ray borró la sonrisa al darse cuenta de que se refería a él. Iba a replicarle cuando Gilles propuso ir a buscar unas pizzas para celebrar mi primera noche en la casa. La idea me pareció estupenda, lo último que necesitaba en aquellos momentos era quedarme sola con mis pensamientos y la imagen de la muñeca prendida del árbol.

Pasamos una fantástica velada que me sirvió para conocer un poco mejor a aquellas personas que tan desinteresadamente se habían ofrecido a ayudarme. Era evidente que se conocían de toda la vida y que eran muy buenos amigos, al menos Gilles y Ray. Decidí que por el momento podía fiarme de ellos, tal vez más adelante pudiera explicarles el motivo real que me había llevado hasta allí, aquello se me iba haciendo cada vez más grande, y cuanto más sabía, más perdida andaba.



Una ráfaga de aire helado pasó entre los presentes, haciendo una pequeña espiral y levantando hojas a su paso. Tan solo los sollozos desgarradores de Adèle rompían el silencio que reinaba en aquel claro del bosque. Recorrí con la mirada los rostros desconocidos de aquellas personas, sus caras reflejaban emociones que iban desde el dolor más profundo por la pérdida de un ser amado a la impotencia. Reconocí al moreno Ray que permanecía impertérrito con la mirada perdida cargada de dolor, de vez en cuando desviaba la vista hacia la pelirroja que lloraba desconsolada en brazos de su padre. A su lado, dos figuras imponentes captaron mi atención; me sorprendió lo diferentes y parecidos a la vez que me resultaron. La figura oscura y salvaje de Erwan se hallaba al lado de un hombre de su edad aproximada e idéntica complexión. Su cabello rubio llegaba casi a la altura de los hombros y una mueca de dolor atravesaba su bien parecido rostro. Gruesas lágrimas se derramaban por sus ojos anegados de la más profunda tristeza. A su lado, Erwan miraba un punto que quedaba frente a él con la mandíbula apretada. Había mucho dolor en su rostro, sus ojos azules estaban oscuros como el mar en plena tormenta y reflejaban una furia salvaje que apenas podía mantener controlada.

En el centro del claro, sobre un lecho de ramas se hallaba un cuerpo sin vida. Me acerqué para observarlo de cerca, nadie reparó en mi presencia, era como si fuese un fantasma, como si realmente no estuviese allí. Pude adivinar mientras me acercaba que se trataba de una mujer. Su cuerpo menudo estaba bellamente vestido de blanco, haciéndola parecer un hada con su magnífica melena azabache desparramada a su alrededor. Una gota de lluvia cayó en su pecosa nariz. Levanté la vista al cielo: las negras nubes habían acabado por cubrirlo todo. Una mujer alta, bastante mayor, y de porte solemne, hizo una señal de asentimiento con la cabeza a un hombre que sostenía una antorcha. El hombre la acercó al lecho de la joven y este empezó a arder. Adèle finalmente se derrumbó sin poder aguantar más aquella tortura. El hombre rubio avanzó con decisión hacia la joven sin vida que ahora yacía entre las llamas. Fue interceptado antes de llegar al fuego por Erwan que lo agarró con fuerza desde detrás envolviéndolo con sus fuertes brazos. El hombre lanzó un grito desgarrador al aire; estaba roto por el dolor. Sentí una gruesa lágrima resbalando por mi mejilla ante aquella desoladora escena, compartía su dolor, yo también acababa de perder una parte de mí misma.

Antes de que las llamas envolvieran totalmente el cuerpo de la joven, dirigí la mirada hacia su rostro. Un escalofrío me recorrió desde la columna vertebral. Di un paso atrás totalmente conmocionada.

¿Quién era aquella gente?, ¿por qué mi cuerpo yacía sin vida en medio de las llamas?

Desperté de golpe con un fuerte dolor en el pecho. Me incorporé en la cama intentado recuperar la respiración, mi corazón latía descontrolado a punto de salirse por la boca.

Era yo.

La mujer de la pira era yo.

Era incapaz de comprender el sentido que tenía todo aquello. Era la segunda vez que lo soñaba, al menos que pudiera recordar.

Me senté en la cama abrazándome a las piernas. ¿Por qué acababa siendo siempre la víctima en aquellos funestos sueños? Me levanté en busca de mi cuaderno de dibujo, necesitaba comprobar una cosa que creía haber dibujado sin tener consciencia de lo que significaba. Lo abrí por la última página dibujada y allí lo encontré: justo lo que pensaba. El último dibujo no estaba terminado. Se trataba de un grupo de personas sin rostro reunidas en torno a alguna cosa que no había dibujado, en un claro del bosque. El día anterior también había soñado con aquello, pero habían sido más veces solo que no las había podido recordar. ¿Por qué? Necesitaba continuar la conversación que quedó a medias con Erwan. Lo llamaría y le pediría que me diera una explicación un poco más esclarecedora de la que me había dado en el Aadytum.

Cogí el móvil con decisión hasta que vi la hora: aún no eran las seis de la mañana. Me sentí frustrada como un gato enjaulado moviéndome de un lado para otro por el salón. Llop me observaba desde su alfombra. Necesitaba hacer algo o me volvería loca. Me dirigí al piso superior de nuevo, y me puse la ropa de deporte que conservaba de la maleta del gimnasio. Me enfundé las mallas y un par de camisetas térmicas que había traído para el frío, una encima de la otra. Miré entre las pertenencias de la anterior ocupante de la casa por si encontraba alguna chaqueta que no fuera tan gruesa como el anorak. Encontré un magnífico cortavientos de mi misma talla que no dudé ni por un instante en utilizar. Me calcé las deportivas y salí de la casa con Llop tras mis pasos.

El frío cortante me heló el rostro nada más poner un pie en la calle. No me importó, estaba decidida a desahogar mis frustraciones corriendo, tenía demasiada adrenalina en el cuerpo que necesitaba eliminar.

Después de estirar un poco, cogí el camino de la derecha y comencé a correr con Llop a mi lado, el animal parecía encantado. Se había pasado todo el día en casa sin perderme de vista ni un segundo. Eso debía de suponer un gran esfuerzo para un animal de naturaleza salvaje. Lo que no entendía era por qué lo hacía, se había convertido en mi guardián desde el primer momento en que me viera. Tampoco comprendía lo de los sueños. Erwan me había dicho que no se trataba de mi persona, cosa que tenía sentido si aquello tenía relación con el siguiente sueño, porque si se trataba de mí no conocía a ninguno de los asistentes a mi propio funeral. Pero entonces ¿por qué me veía a mí misma? Y si era otra persona y no yo, si era la mujer que había muerto ahogada en el estanque de Saillagouse, ¿qué hacía Erwan en el sueño si se suponía que no la conocía? Eso confirmaría mis sospechas de que no me había dicho toda la verdad. Por otro lado solo era un maldito sueño, no había que tomarlos en serio, carecían de sentido. Eché de menos mi iPod, la música me habría ayudado a desconectar durante un buen rato.

De regreso por el camino que llevaba a mi casa, observé la de al lado; la de Ray. Era bastante más grande que la mía, también más nueva. La construcción había sido hecha de piedra y madera, como todas las que había a mi alrededor, sencillamente encantadora.

Dejé de correr y continué caminando los pocos metros que me quedaban hasta mi casa. Aún no había amanecido, pero la claridad de los rayos del sol comenzaba a asomar de forma tímida por detrás de las montañas. En la parte izquierda del camino, a un nivel mucho más elevado, había una casa magnífica, al estilo de la de Ray. Atisbé algo que me dejó enmudecida. El gran Jeep Wrangler negro de Erwan se encontraba allí aparcado, lo cual solo podía significar dos cosas: o esa era su casa o la de alguien a quien hubiera ido a hacer una visita. Teniendo en cuenta la hora, si se trataba de lo segundo debía de ser alguien con quien pasaba la noche. Aquel pensamiento me produjo un desagradable pinchazo en la boca del estómago que no acabé de comprender. No vi luz en el interior de modo que decidí que más tarde iría a hablar con él, así descubriría también si aquella era su residencia.

Después de ducharme y desayunar me sentí mucho mejor. Me estiré en el sofá del porche acristalado con intención de leer un rato hasta que se hiciera un poco más tarde, pero sin poder evitarlo me quedé dormida. Estaba tan cansada que desperté de nuevo en la misma posición en la que me había dormido un rato antes. Me levanté poco a poco del mullido sofá para dirigirme al baño. De camino, vislumbé por el rabillo del ojo un papel en el suelo, debajo de un mueble del salón. El día anterior, cuando había pasado la escoba por debajo del mueble, debería de haber salido, pero no fue así. Se trataba de una fotografía antigua, el papel estaba bastante envejecido. Le di la vuelta para ver la imagen dejándome estupefacta al contemplarla atentamente. Era una foto mía de cuando era pequeña, con unos cinco o seis años. Aparecía agarrada de la mano de una persona, pero esta no aparecía en la foto, tan solo su brazo. La mano era de mujer, y yo aparecía luciendo una simpática sonrisa de oreja a oreja. ¿Qué hacía una foto mía en aquella casa? Ya no sabía qué pensar, ¿era posible que mi padre me hubiera llevado allí alguna vez en mi infancia?

Las campanas de la iglesia marcaron las nueve. Desde luego que no entendía nada, pero una cosa tenía clara: necesitaba saber quién vivió en aquella casa.

Decidí seguir el consejo que me diera Álex la noche anterior y empezar a investigar sobre aquello. En ello pensaba mientras me dirigía a la cocina a beber agua cuando desde la ventana vi la casa de Ray. Pensé en lo útil que me sería disponer de un ordenador con conexión a internet y recordé que el guaperas de mi vecino era un auténtico gurú de la informática. Se dedicaba a diseñar programas para grandes empresas así como de su seguridad. También creaba páginas web, para lo cual se ayudaba de Álex. No comprendía cómo aquellos dos habían acabado trabajando juntos. Era más que probable que tuviera más de un ordenador, tal vez me dejara conectarme un

rato.

Me encaminé hacia la casa de al lado y piqué el timbre decidida. Observé que había un enorme Range Rover aparcado al lado, justo delante de la puerta del garaje. Aquello solo podía significar que mi vecino estaba en casa. Tras unos instantes un Ray bastante sorprendido por mi inesperada visita apareció al otro lado de la puerta.

—¿Te pilló en mal momento? —pregunté tras saludarlo.

—Para nada —respondió Ray haciéndose a un lado para dejarme pasar—, creí que habías quedado con Álex para ir a esquiar —comentó mientras nos dirigíamos al salón.

La casa por dentro era igual o más espléndida que por fuera. Como artista que era, no podía evitar fijarme en los diferentes estilos que tenía la gente a la hora de decorar su hogar cada vez que tenía oportunidad, era una manera de hacerse una idea de cómo era aquella persona. La casa de uno es un reflejo de la persona que la habita y aquella era de un estilo moderno y muy masculino, totalmente acorde al hombre que tenía delante esperando mi respuesta.

—Em... Sí. He quedado con ella en poco más de media hora —contesté obligándome a centrarme en el asunto que me había llevado hasta allí.

—¿Quieres tomar algo? Justo ahora iba a hacer café —me ofreció.

Llevaba el pelo mojado y despeinado, era probable que acabara de salir de la ducha.

—No, gracias. No es una visita de cortesía —respondí—. Verás, necesito conectarme a internet y he pensado que tal vez podrías dejarme, prometo no tardar mucho.

—Claro, un momento —dijo él desapareciendo unos instantes. Regresó al minuto con un portátil en la mano—. Toma, puedes quedártelo todo el tiempo que necesites, desde tu casa podrás conectarte a mi red, verás que lo hará automáticamente.

—¿En serio? Esto es mucho mejor de lo que esperaba —comenté asombrada por tan amable gesto.

—Tengo unos cuantos cacharros de esos —aseguró él guiñándome un ojo.

Ya en la puerta, con el portátil en la mano, pregunté:

—¿Esa casa de ahí es la de Erwan? —Señalé con la cabeza la casa que había a un nivel por encima de las nuestras.

Sabía, por comentarios que surgieron la noche anterior, que Ray también era muy amigo de este, igual que Gilles y Álex.

—Sí —respondió con una sonrisa traviesa en los labios—, también es vecino tuyo.

Asentí y me despedí antes de que pudiera decir nada más sobre el asunto, al parecer la pregunta le había resultado divertida.

Poco después abría la puerta a Álex que venía dispuesta a hacerme pasar una jornada agradable, lejos de problemas y situaciones inverosímiles. La pelirroja venía enfundada en un pantalón de esquí de color negro y una chaqueta de un tono verde pistacho muy llamativa.

—¿Estás lista? —me había preguntado luciendo una sonrisa que prometía diversión.

—Claro. Voy a por mis cosas.

Aparte de los esquís y las botas, había encontrado entre las ropas de la antigua inquilina un pantalón de esquiar rosa con tirantes y unos guantes del mismo color. No es que me gustara especialmente el dichoso color, pero tal y como se habían dado las circunstancias podía estar más que contenta de disponer de la indumentaria adecuada para esquiar y, además, de mi talla. También me había hecho con unas gafas y un *buff*. La chaqueta, en cambio, había preferido utilizar la mía negra que de hecho solía utilizar para el mismo cometido.

Cargamos el material en el Volkswagen Scirocco de Álex que esperaba aparcado justo al lado de mi coche y partimos rumbo a las pistas de Font Romeu. El día no podía ser mejor, un sol radiante lucía en el cielo, ninguna nube asomaba a su alrededor. Las pistas quedaban a poco más de veinte minutos, Álex me había explicado que había un par más cerca, pero que aquellas eran sus favoritas.

Me sumí en mis propios pensamientos mientras observaba la belleza primigenia del paisaje que nos rodeaba, no me cansaba de admirarlo. Llevaba cuatro días en aquellas tierras y ya estaba perdidamente enamorada, no echaba de menos la estresante y rutinaria vida de la gran ciudad. No me extrañaba que mi padre hubiese accedido a vivir en este lugar por mi madre; aunque por lo que sabía había sido un periodo bastante corto pues compraron la casa un año antes de que yo naciera y poco después de tenerme, tras la muerte de mi madre, habíamos regresado a Barcelona. No podía imaginarme cómo había conseguido mi padre sacar fuerzas para continuar adelante.

La foto que había encontrado aquella mañana me había desconcertado totalmente, se suponía que nosotros nunca habíamos regresado, ¿entonces por qué había una foto mía en la casa?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Álex sacándome de mis pensamientos.

—Sí —respondí de forma poco convincente. Álex me miró haciendo un gesto con la cara que indicaba que no me creía. Suspiré derrotada—. Esta mañana he encontrado una foto bajo un mueble.

—¿Y?

—Pues que salía yo. —Álex abrió los ojos de par en par pero no dijo nada. Tras una pausa silenciosa dejé salir lo que llevaba rondando por mi cabeza toda la mañana—: Es como si alguien me estuviera dando pistas indicando el camino que debo seguir a continuación.

—¿Alguien?

—No exactamente una persona. —Álex desvió la atención de la carretera nuevamente para escrutarne con la mirada.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—No sé... Da igual, creo que me estoy desquiciando últimamente —respondí mirando por la ventanilla.

—Vamos, no seas tonta. Cuéntamelo —me animó.

Volví a tomar aire y la hice partícipe de mis sospechas. Necesitaba una segunda opinión y Judit no estaba allí, por otro lado tampoco quería preocuparla más de lo que ya estaba explicándole todo lo que me había sucedido aquellos días porque sabía que entonces nada le impediría subir a buscarme, y aquello era precisamente lo que quería evitar. Judit era lo más parecido a la única familia que tenía, no podía permitirme ponerla en peligro, porque una cosa tenía clara: estaba jugando con fuego. A Álex la conocía de hacía muy poco, pero tanto ella como su familia eran buenas personas. Podía confiarme a ella como lo había hecho en cierto sentido con Erwan. No pensaba explicarlo todo, el tema de las cartas amenazantes era un asunto familiar que no pensaba compartir de momento con nadie.

—Desde la muerte de mi padre he empezado a tener sueños inquietantes en los que veo mi propia muerte —empecé—. Algo me dejó un mensaje en el espejo de mi baño pidiéndome ayuda y me dio pistas para que viniera aquí. Están pasando cosas extrañas que no sabría explicarte y que ni siquiera sé si son fruto del azar o es que me estoy volviendo loca —continué afectada—. Incluso tengo un lobo por mascota que no me pierde de vista y que me llevó hasta la llave de la casa para que pudiera entrar, ¿es eso normal?

Álex guardó silencio unos instantes en los que pensé que pararía el coche y me obligaría a bajar, dejándome en medio de la carretera sola con mi locura.

—Y crees que la foto que has encontrado hoy no estaba ahí por casualidad —afirmó.

Asentí con la cabeza. Álex se sumió en un nuevo silencio mientras conducía, su rostro pensativo permanecía clavado en la carretera. Miré por la ventanilla del coche sintiendo cómo la frustración crecía en mí una vez más, tenía la sensación de que empezaba a perder el control sobre mi vida. Una montaña de secretos sobre mi pasado se iba entretejiendo a mi alrededor haciéndose más y más grande, en un momento u otro acabaría explotándome en la cara; aún no acababa de comprender la gravedad de lo que se escondía detrás.

—¿Sabes que creo? —preguntó Álex—. Esos sueños llegan hasta ti por algún motivo. No tienes que tomarlos al pie de la letra. ¿No has pensado que puedan estar relacionados con la persona que te está pidiendo ayuda?

—Pues no, la verdad —respondí mirando a mi interlocutora como si la viese por primera vez. Había esperado una actitud escéptica, como la de Judit, como la que yo misma hubiese tenido de ser al revés.

—Deberías empezar a analizarlos desde esta otra perspectiva, quizá por eso habías acabado frustrada en un callejón sin salida. Mi opinión es que la foto tampoco la has encontrado por casualidad. Creo que es imperativo que empieces a indagar sobre la antigua ocupante de tu casa.

—Lo sé —contesté— de hecho esta mañana he empezado a hacer mis pesquisas. Ray me ha dejado un portátil con conexión a internet. He buscado y llamado a los bancos de Saillagouse por si alguno tenía una cuenta a nombre de mi padre, lo cual me parecía sumamente extraño porque si ese hubiese sido el caso tendría conocimiento puesto que soy la heredera de todos sus bienes —expliqué. Álex permanecía atenta asintiendo de vez en cuando sin perder la vista de la carretera—. No te puedes imaginar cuál ha sido mi sorpresa cuando en uno de ellos me han comentado que no existe ninguna cuenta a nombre de Armand Ribes, pero en cambio sí que tienen una a nombre de Julie Grau; mi madre. Y yo me pregunto: ¿cómo es posible que un banco tenga una cuenta corriente a nombre de una persona que lleva muerta casi treinta años? No me han querido dar información por teléfono pese a que les he dicho que se trataba de mi madre. Esta tarde o mañana me acercaré a preguntar. Alguien ha debido de mantener esa cuenta con dinero todos estos años de donde han ido cobrando los impuestos y facturas de la casa, porque mi padre desde luego no lo ha hecho —afirmé. Aquella mañana había mirado por internet las cuentas de mi padre y en ninguna de ellas aparecía ningún pago relacionado con la casa.

—Parece como si se hubiese desentendido totalmente —dijo Álex.

—Exacto, tanto le daba lo que fuera de ella. Por eso no entiendo qué hacía una foto mía en la casa.

—Pues eso es lo que tienes que averiguar —recalcó la pelirroja—, puede que ahí esté la clave.



## Capítulo 14

Sentada en una tumbona del pequeño restaurante observaba a los esquiadores que iban de una pista a otra. Habíamos hecho una pausa para llenar el estómago. Llevábamos toda la mañana sin parar, disfrutando como niñas de unas pistas que prácticamente eran para nosotras solas, nada que ver con las aglomeraciones de los fines de semana. El caso era que había bastantes coches en los parkings, pero la gente debía de estar bien repartida entre las cuarenta y tres pistas que formaban la totalidad de Font Romeu. Álex se había disculpado unos segundos para hacer una llamada alejándose unos metros, mientras yo esperaba que viniera algún camarero para pedir algo de comer. La canción de Gotye: «Somebody that I used to now», empezó a sonar por los altavoces del restaurante. Observé divertida a un niño rubio de rostro sonriente hacer tonterías al ritmo de la música mientras esperaba a que sus padres acabaran de tomarse la bebida que tenían sobre la mesa para lanzarse de nuevo a esquiar.

Permanecimos durante un buen rato relajadas en aquellas fantásticas tumbonas tomando el sol, charlando y comiendo. Me sentía muy a gusto con Álex, cuanto más la conocía mejor me caía, tuve que reconocer que éramos bastante parecidas. Advertí que la actitud de la pelirroja se había tornado algo inquieta, demasiado pendiente de todo cuanto sucedía a nuestro alrededor.

—¿Esperas encontrarte con alguien en concreto? —pregunté. Aquel comentario hizo que Álex se irguiera sobre su asiento—. ¿Tal vez un moreno de ojos verdes muy, muy guapo? —continué burlándome de ella.

—Si te refieres a Raymond puedes quedártelo —replicó airada.

—No estoy interesada, gracias —respondí riendo.

—No le soporto.

—Sí, ayer me quedó claro —comenté con malicia—, no me acabo de creer que te resulte indiferente, ¿sabes?, tampoco pienso que le seas indiferente a él.

—Es que no me resulta indiferente; le odio. —Intenté contener la risa, pero me fue imposible. Álex me lanzó una mirada penetrante de ojos entornados—. ¿Acabas de llegar y ya pretendes emparejarme con ese gañán? —preguntó divertida mientras yo trataba de ponerme seria sin éxito—. Pues escúchame bien para que te quede claro: Raymond fue un error de mi pasado que no volveré a cometer.

Ahora me tocó sorprenderme. Había creído que se gustaban y que luchaban contra eso lanzándose pullas y chanzas, lo que no esperaba era que aquello fuera fruto de alguna relación acabada en desastre. Hice una nota mental de mantener la boca cerrada en cuanto a aquel espinoso tema se refería.

Nos colocamos nuevamente los esquís y cogimos un telearrastre que nos acercó a una pista azul de largo recorrido. Me encantaba la libertad que me reportaba el simple hecho de deslizarme por la nieve a toda velocidad con los esquís, especialmente cuando podía hacerlo en días como aquel en que apenas había nadie. Casi podía imaginarme los primeros hombres que empezaron a utilizar aquellos artilugios para desplazarse por tierras escandinavas.

Álex iba delante de mí en aquel momento cuando un esquiador *kamikaze* se lanzó sin miramientos sobre ella cogiéndola por sorpresa y sin darle tiempo a reaccionar. Me dispuse a ayudar a mi nueva amiga, que había caído aparatosamente, cuando otro esquiador se interpuso en mi camino a toda velocidad sin apenas dejarme espacio para maniobrar. Tuve que hacer un giro brusco a la izquierda para no golpearle con él, yendo a parar a una pista negra que tenía su inicio justo allí. Sin poder tomar el control empecé a coger velocidad sabiendo que de un momento a otro iba a acabar por los suelos, y que a aquella velocidad iba a doler. Maldiciendo en voz alta al inútil que se me había cruzado de aquella manera hice el intento de recuperar el control, pero acabé saliéndome de la pista en vano. Me tiré a un lado para evitar continuar con mi descontrolado descenso, a sabiendas de que con la velocidad que llevaba seguiría deslizándome unos cuantos metros de más, y así fue hasta que choqué con un árbol que me frenó por completo.

El impacto me cortó la respiración por momentos. Algo aturdida observé que había perdido los esquís en la caída. Los busqué a mi alrededor con la mirada, los necesitaba para volver a bajar. Hice el amago de levantarme, pero un fuerte dolor me recorrió el costado derecho. Me quedé allí plantada, tal cual estaba, sopesando las diferentes opciones que tenía. Había ido a parar a una zona que no era visible desde la pista, nadie me vería de modo que no podía pedir ayuda. Saqué el teléfono móvil para mirar si desde allí tenía cobertura y llamar a Álex cuando advertí que un esquiador se acercaba. Debía de haberme visto perderme entre los árboles en mi loca carrera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó al tiempo que se iba acercando.

—Más o menos —respondí dolorida.

El tipo llegó hasta mí hábilmente, evitando los troncos de los árboles y las rocas, sin tener que desprenderse de sus esquís. Se trataba de un hombre cuya edad rondaría la segunda mitad de la treintena. Llevaba un gorro que le cubría el cabello, pero por el color de sus cejas adiviné que era rubio. Su sonrisa me produjo un escalofrío desagradable que me hizo dudar de sus intenciones.

—¿Puedes levantarte?

—No, creo que no.

—Te ayudaré —dijo el hombre—, voy a sacarte de aquí. —Por alguna razón aquella promesa me resultó inquietante, me hizo sentir vulnerable.

—Mejor no —me apresuré a responder— creo que me he roto el brazo y puede que alguna costilla. ¿Serías tan amable de dar el aviso?

El hombre me miró desde arriba con los brazos en jarras. Con una sonrisa glacial se agachó de nuevo y me agarró el mentón para observarme mejor cual si fuera una yegua que estuviera a punto de comprar.

—Eres igual que ella —afirmó. Un silbido puso en alerta al misterioso esquiador que salió disparado hacia abajo, no sin antes añadir—: Volveremos a vernos, princesa.

Me quedé mirando consternada durante un rato el punto por donde había desaparecido el tipo rubio cuando una mano se posó sobre mi brazo bueno. Del susto que me llevé estuve a punto de golpearle, ni siquiera le había oído llegar.

—Tranquila, Aimée. Soy yo —dijo el hombre quitándose las gafas de sol para que pudiera reconocerlo. Eso había sido innecesario; lo habría reconocido por su voz, como también por el hecho de que era el único que me llamaba así. Sentí un enorme alivio al verlo, lo cual me devolvió a la realidad y me recordó el fuerte dolor que me subía en oleadas por el brazo derecho hasta el hombro.

—Álex —fue lo único que logré articular señalando hacia arriba.

—Álex está bien, Gilles está con ella. —Asentí más tranquila—. ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí —respondí. Erwan me examinó de arriba a abajo, centrando toda su atención en mis piernas.

—¿Crees que podrías levantarte? —Asentí de nuevo antes de proceder a hacerlo ayudándome de él. Al llegar arriba me tambaleé debido al mareo que me produjo el dolor—. Será mejor que llame al puesto de socorro —dijo Erwan en un tono serio.



—No, puedo bajar poco a poco si me lo propongo. El dolor está en el brazo.

Me miró durante unos segundos considerando las diferentes opciones. Su teléfono sonó en aquel instante, descolgó con un rápido gesto y se lo puso a la oreja.

—Dime.

Permanecí atenta a la conversación que mantenía seguramente con Gilles o Álex.

—Sí, está aquí conmigo —respondió lanzándome una mirada. Apretó las mandíbulas al oír lo que le decían desde el otro lado del aparato y soltó una maldición en voz baja.

—De acuerdo, vamos para allá.

Colgó el teléfono móvil y lo metió en el bolsillo interno de su chaqueta azul.

—Será mejor que vayas caminando hasta la pista, esto no es esquiable.

Recogió mis esquís, que se habían quedado abandonados por el camino y se dirigió con ellos en brazos hacia la pista, en ningún momento se había quitado los suyos. Cojeé un poco, estaba magullada y dolorida por todas partes. Erwan me ayudó a ponerme de nuevo los esquís cuando hubimos llegado a la bajada de la pista.

—¿Estás segura? —preguntó—, podrías bajarla sentada, la pendiente es muy pronunciada.

—¿Estás de broma? Seguro que soy mejor esquiadora que tú.

—Lo dudo —respondió Erwan con una sonrisa lobuna en su rostro moreno.

Suspiré sonoramente dándole a entender que no merecía la pena contestarle.

—De todas maneras hoy no voy a poder demostrarlo porque estoy incapacitada —dije encogiéndome de hombros.

—Poco a poco, ¿de acuerdo? —dijo mirándome fijamente con aquellos penetrantes ojos azules.

Asentí con la cabeza.

Bajé todo lo despacio que pude, teniendo en cuenta de que se trataba de una pista negra. Al finalizar el descenso tendríamos que coger un telesilla que nos llevaría de nuevo a la pista azul y deslizarnos por aquella hasta llegar abajo donde estarían los otros esperándonos.

Al llegar al final de la pista apenas podía aguantar el dolor. Erwan permanecía a mi lado, pendiente de mí en todo momento. Una mueca de dolor cruzó mi rostro al sentarme en el telesilla. Tenía las articulaciones entumecidas y doloridas debido al sobreesfuerzo que estaba haciendo.

—No vayas a desmayarte ahora —me pinchó Erwan.

La bajada por la pista negra había sido muy dura, pero había aguantado estoica sin quejarme. Mi rostro debía de ser todo un poema pues Erwan me miraba preocupado, temiendo que no fuera capaz de llegar al parking.

—¿Eso te gustaría? —repliqué dejando asomar una sonrisilla, pronto la sonrisa se convirtió en una mueca, era consciente de que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por mantenerme erguida en el asiento.

Erwan levantó un brazo y me lo pasó por el hombro con cuidado de no lastimarme atrayéndome hacia sí para que me apoyara en él. Sin oponer resistencia, me arimé al calor de su cuerpo como si fuera algo natural aquella intimidad entre ambos.

Unos minutos más tarde me avisó de que me preparara para bajar. Hice un último esfuerzo y bajé la pista poco a poco. Comparada con la anterior, aquello fue un paseo, pero mis miembros doloridos clamaban a gritos un poco de atención. Al llegar abajo, Álex salió disparada en mi dirección para envolverme en sus brazos con cuidado.

—¿Estás entera? —preguntó dándome un repaso rápido—. Estaba muy preocupada.

—Un poco magullada, ¿y tú?

—También, me he lastimado la pierna y no puedo doblar la muñeca.

A su lado apareció Ray que procedió a quitarme los esquís rápidamente.

—Menudo susto nos habéis dado—dijo agachado mientras desenganchaba las botas de las fijaciones.

Me apoyé sobre su espalda porque era incapaz de mantener el equilibrio. Al levantarse lanzó una mirada furiosa a Álex que esta intentó devolver sin éxito pues ya le había dado la espalda y llevaba mis esquís hacia el coche de ella, en donde lo esperaba Gilles para ayudarlo a cargarlos en el porta esquís.

Erwan se acercó a Álex para preguntarle cómo se encontraba mientras se dirigían hacia los coches. No se me escapó la mirada plagada de culpabilidad que lucía la pelirroja. Al llegar junto al todoterreno de Ray, Gilles se me acercó con gesto muy preocupado y me abrazó igual que había hecho su hermana.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza azorada, tantas muestras de afecto y preocupación por parte de unas personas a las que apenas conocía de unos días me turbaron.

Alguien me ayudó a quitarme las botas de esquiar y a ponerme las de montaña. Me dolía todo el cuerpo de la caída y el golpe, pero lo más serio era el brazo, pues no lo podía mover.

—Será mejor que vayamos a hacer una visita a Gérard —dijo Ray. Erwan y Gilles asintieron.

—Id vosotros en tu coche, yo llevaré este —dispuso Gilles señalando el Scirocco de su hermana.

—Iré contigo —dijo Álex a su hermano mirando el Range Rover de Ray.

—Álex, no. Ve con ellos, llegarán mucho antes con ese coche. Yo tendré que coger el otro camino. —Ray abrió la puerta del copiloto y enarcó una ceja esperando que entrara, pero Álex abrió la puerta de atrás y se metió tras el asiento del conductor a regañadientes.

Me senté a su lado no sin hacer antes grandes esfuerzos por subir al coche. Erwan me cerró la puerta y fue a sentarse en el asiento del copiloto. Ray arrancó el motor y rápidamente nos pusimos en marcha a toda velocidad.

—¿Has avisado de que vamos? —preguntó Ray a Erwan.

—Prefiero no hacerlo —respondió secamente.

Permanecimos en silencio todo el trayecto. Nadie dijo nada sobre el desafortunado incidente; ninguna pregunta, ningún comentario. Nada. Ray había encendido la radio, pero no le presté atención. Hice una reconstrucción mental de lo sucedido en las pistas y al menos un par de cosas no encajaban. Hacía poco más de un mes, mi vida había estado regida por una rutina bastante sencilla ajena a toda clase de imprevistos. En cambio ahora me veía dentro de una espiral de mentiras y secretos que poco a poco me iba engullendo llevándose todo lo que para mí había formado parte de la normalidad hasta ahora.

Llegamos a un camino bastante accidentado, rodeado de bosque a ambos lados. El Range Rover empezó a dar tumbos de un lado a otro, suerte que se trataba de un

4x4, cualquier coche no podría circular por aquellos caminos.

—¿Puedo saber adónde vamos? —quise saber al fin.

—A que te atienda un médico. A las dos —respondió Erwan.

Miré por la ventanilla extrañada. Parecía que nos estábamos alejando de cualquier rastro de civilización en vez de dirigirnos a un consultorio médico.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me lo estáis contando todo?

—Porque así es —contestó Álex sin dejar de mirar por la ventanilla.

—¡Álex! —la reprendió Ray.

Erwan volvió la cabeza hacia la pelirroja y le dijo:

—No es el momento. —Álex lo miró furiosa pero se abstuvo de decir nada.

Justo cuando iba a manifestar lo poco conforme que estaba con aquella situación el coche se paró.

—Hemos llegado —anunció Ray.

Estábamos en medio de un frondoso bosque. Bajé del todoterreno dificultosamente y nada convencida. Advertí que delante de donde habíamos dejado el Range Rover había una casa bastante grande cercada por un alto muro de piedra. Armonizaba perfectamente con el paisaje que tenía a su alrededor de modo que no era fácil distinguirla a cierta distancia. Ray picó al timbre que había a un lado de la puerta de acceso. Una voz masculina contestó a los pocos segundos, Ray respondió un escueto «nosotros» y la puerta se abrió hacia un lado. Nos adentramos por el jardín siguiendo un camino de piedra que nos llevó a la entrada de la casa. Antes de que se abriera, Erwan me cogió de la mano. Sorprendida por aquel gesto, dirigí la mirada a nuestras manos entrelazadas frunciendo el ceño. La puerta se abrió mientras tanto, desplacé la mirada hacia el hombre que apareció en el umbral e instintivamente me llevé la otra mano al pecho pese al dolor, quedándome paralizada del mismo modo que él también lo hacía cuando reparó en mi presencia. Había soñado con él aquella misma noche, él se rompía en mil pedazos cuando prendieron fuego a mi cuerpo sin vida. El hombre dirigió una intensa mirada a Erwan entrecerrando los ojos ligeramente, luego desvió la vista al resto de los presentes reparando en el lamentable estado de Álex y mío.

—Será mejor que entréis —dijo al fin, tras unos instantes que a todos nos parecieron interminables.

Ray entró el primero dándole unas palmadas en la espalda al pasar. Álex, en cambio, lo abrazó en silencio, y le besó la mejilla. Erwan movió mi mano, que continuaba unida a la suya, para llamar mi atención.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con el ceño fruncido. Sin poder dejar de mirar el lugar por donde acababa de desaparecer el altísimo rubio asentí con la cabeza no muy convencida.

Llegamos al salón. La pared del extremo estaba acristalada de modo que se podía disfrutar de las formidables vistas del exterior desde cualquier punto de aquella magnífica sala. Continuamos por un pasillo hasta llegar a una habitación parecida a las de los centros médicos, pero bastante más amplia. A un lado había una mesa con unas sillas, material médico por todos lados, una camilla, etc.

—Gérard, ella es Amy —dijo Álex rompiendo el incómodo silencio que reinaba en la sala—. Amy, él es nuestro amigo Gérard —me explicó—, y es médico.

Asentí mirando al aludido.

—Un placer —respondí, ya repuesta de la sorpresa inicial.

—El placer es mío —dijo él con una sonrisa amable en los labios que no llegó a sus ojos. Su mirada celeste se detuvo en mi rostro más tiempo del que podría considerarse apropiado.

—Hemos tenido un pequeño contratiempo en las pistas de esquí, necesitan que les echéis un vistazo —explicó Erwan.

Gérard preguntó quién sería la primera y Álex se sentó en una silla señalándome para que me atendiera a mí en primer lugar. Gérard me condujo hasta la camilla y me hizo sentar en ella.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber sin preguntar a nadie en concreto.

Mientras esperaba una respuesta me ayudó a quitarme la chaqueta.

—Una caída esquiando —respondió Ray escueto.

—Y una mierda —repliqué. Gérard me miró sorprendido al tiempo que Álex dejaba escapar una risilla—. Nos atacaron. ¿Pensáis que soy lerda o qué? —pregunté a Erwan y a Ray que me miraban como si me hubiese vuelto de color naranja—. Pues resulta que no lo soy. Primero un esquiador se abalanzó sobre Álex por detrás haciéndola caer —comencé a explicar a Gérard—, cuando me disponía a acercarme para ayudarla otro malnacido se me cruzó por delante sin darme tiempo a maniobrar de modo que tuve que desviarme como pude, con tal mala suerte que fui a parar a una pista negra. Con la velocidad me caí y acabé golpeándome contra un árbol.

Álex asentía con la cabeza corroborando mi versión. Gérard escuchaba la explicación con el rostro serio y la mandíbula fuertemente apretada; gesto que me recordó a Erwan. Me agarró el brazo golpeado y lo estiró poco a poco. Un dolor atroz me recorrió desde la base del codo hasta la cabeza. Gérard palpó con manos expertas todo el recorrido del brazo deteniéndose cada pocos centímetros como si de ese modo pudiera reconocer el estado interno del miembro. Observé sus grandes manos moverse por mi brazo con extrema delicadeza provocándome una sensación de calor que poco a poco fue mitigando el dolor.

—Ha sido una contusión muy fuerte, pero no está roto —dijo al fin. Te daré unos calmantes para el dolor.

—¿Y ya está?, ¿no necesitas hacerme una radiografía para comprobarlo? —Gérard torció en gesto en una sonrisa negando con la cabeza.

—¿Quieres que le eche un vistazo a algo más? —inquirió el rubio.

Erwan cambió de posición desde el lugar en el que se encontraba cruzándose de brazos.

Negué con la cabeza, me sentía bastante dolorida por todas partes, pero era un dolor diferente al que había sentido en el brazo y en el hombro. Probablemente no eran más que magulladuras sufridas por la caída.

Intercambié el sitio con Álex, que fue a sentarse en la camilla para su reconocimiento. Noté que el brazo ya no me dolía como antes y que había recuperado la movilidad.

—¿Cómo supiste que estaba allí? —pregunté de repente con la vista clavada en Erwan.

—¿Cómo dices?

—Cuando me caí. ¿Cómo es que apareciste de repente?

—Álex nos llamó.

—Eso es imposible, no hacía ni dos minutos que aterricé contra el árbol cuando llegaste —repliqué. Entrecerré los ojos mirándoles fijamente cuando de repente supe la respuesta—: ¿Fue en el bar verdad? —Álex asintió con la cabeza—. Pero eso fue antes, ¿cómo sabías lo que iba a pasar?

—No lo sabía. Tuve la sensación de que nos estaban siguiendo, pero no esperaba que nos atacaran de aquella manera.

Pestañee unas cuantas veces totalmente desconcertada.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunté resentida—, y, ¿por qué les llamas a ellos? —agregué señalando con un dedo a nuestros rescatadores.

—Porque yo se lo pedí —respondió Erwan—. Dices que no estamos siendo sinceros contigo pero tú tampoco nos lo estás contando todo.

El timbre de la puerta sonó en aquel preciso instante.

—Debe de ser Gilles, voy a abrir —anunció Ray pasando por entre el duelo de miradas que manteníamos Erwan y yo.

Gérard acabó de reconocer a Álex y sacó de un cajón, que contenía todo tipo de medicamentos, una caja pequeña y azul. Nos llenó un vaso de agua a cada una allí mismo, y nos ofreció un comprimido para que nos lo tomáramos.

Gilles y Ray entraron en la habitación momentos después. Gilles se acercó a su amigo y le dio un cálido apretón de manos a modo de saludo.

—¿Cómo están mis chicas? —le preguntó.

—Algo magulladas, nada que no desaparezca en un par de días.

—Cómo me hubiese gustado hacerle una cara nueva al desgraciado ese —comentó Gilles juntando los puños.

—Desgraciados —puntalicé—, porque mínimo eran dos.

—¿Les viste la cara? —inquirió Erwan.

—No del todo. Al principio pensé que se trataba de alguien que venía a ayudarme, pero su manera de actuar me dio escalofríos así que le dije que no podía moverme. Momentos antes de que apareciera alguien silbó y el malnacido huyó rápidamente. Ese alguien controlaba desde la pista que nadie se acercara.

—Hijos de puta —maldijo Gilles. El rostro de Erwan se ensombreció.

—Eso no es todo —continuó—. Me dijo algo que no comprendí y se marchó con la promesa de que volveríamos a vernos.

—¿El qué? —preguntó Erwan.

—Sus palabras exactas fueron: «eres igual que ella».

Un profundo silencio cayó como una pesada losa en aquella habitación. La expresión del rostro de Erwan era de ira, parecía estar haciendo mayúsculos esfuerzos por contenerse. Gérard, en cambio, soltó una imprecación y salió disparado de la habitación.

—¿Qué vas a hacer? —le increpó Ray cuando estaba a punto de desaparecer por la puerta.

—Voy a hacer una llamada —respondió colérico sin detenerse—. No pienso seguir esperando.

Erwan hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, totalmente de acuerdo con él. Ray fue tras los pasos de su amigo. Observaba absorta aquella escena que se sucedía ante mis ojos a la vez que intentaba comprenderla sin mucho éxito.

—¿Qué es lo que pasa? —quise saber.

—Llévala a casa de tus padres, allí estará segura —ordenó Erwan a Gilles dirigiéndose a la puerta tras Ray.

—Ni hablar, no voy a permitir que organices mi vida sin ni siquiera darme una explicación —repliqué. Erwan paró en seco con una expresión en su semblante que no había visto hasta ahora, no debía de estar acostumbrado a que le llevaran la contraria—. Está claro que me he perdido un capítulo de esta historia y que no pensáis compartirla conmigo; pero por lo que a mí respecta, lo que ha pasado hoy no es motivo suficiente como para que no pueda seguir en mi casa, a no ser que haya algo que deba saber, claro; entonces tal vez sea el momento de decírmelo.

—No pienso discutir contigo sobre esto —dijo él sin levantar la voz.

—Perfecto, porque yo tampoco —respondí dando el tema por zanjado.



## Capítulo 15

Saqué mi móvil del bolsillo de la chaqueta y vi que tenía tres llamadas perdidas; todas de Judit. La llamaría más tarde, tendría que morderme la lengua para no contarle lo sucedido porque entonces nada le impediría plantarse en mi casa. La carretera tenía muy poca visibilidad puesto que alrededor no había más que bosque. Gilles me llevaba en el coche de su hermana, la cual se había quedado en casa de Gérard con los demás. Al parecer tenían un asunto privado que discutir que no pensaban compartir conmigo.

—Cambia esa cara, ninfa, cuando sonríes estás más guapa —me dijo Gilles tratando de desviar mi atención de lo que acababa de suceder en casa de su amigo.

—¿Te parece que tengo algún motivo para sonreír? —repliqué irritada.

Tenía mucho en qué pensar, a estas alturas debería de estar acostumbrada a sentirme frustrada por no entender nada de lo que sucedía a mi alrededor, pero lo de aquella tarde me superaba.

—Escucha Amy, voy a llevarte a casa de mis padres.

—Ya le he dicho al dictador de tu amigo que no pienso dormir en otra casa que no sea la mía, no se por qué piensas que contigo sí que iba acceder. No hay razón para ello.

Gilles permaneció en silencio debatiéndose con sus pensamientos. Parecía encontrarse entre la espada y la pared.

—No hemos sido del todo sinceros contigo —dijo al cabo de un rato.

—Dime algo que no sepa.

—Nada me gustaría más que contártelo todo, pero no depende de mí.

—No me gustan los secretos —respondí cansada—, ni las mentiras.

—A mí tampoco. Pero te juro que puedes confiar en mí —añadió mirándome con gesto serio—, y créeme cuando te digo que sí que hay razón para que no pases la noche sola en tu casa.

Sus palabras me produjeron un escalofrío, tal vez fuera lo mejor después de la amenaza velada de aquel desconocido en las pistas de esquí. El calmante estaba comenzando a hacer su efecto pues me sentía incapaz de sumar dos más dos.

—Está bien —respondí derrotada—, pero solo esta noche. Mañana por la mañana me vuelvo a casa. —Gilles asintió con una gran sonrisa en los labios contento de haberse salido con la suya.

Fue el padre de Gilles quien abrió la puerta. Al ver a su hijo conmigo la expresión de su rostro cambió. El minucioso examen al que me sometió el hombre hizo que reparara en el penoso estado de mi indumentaria. Llevaba el pantalón rasgado por diversas partes y era probable que el resto de mi aspecto no fuera mucho mejor.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber de inmediato mirando a su hijo. Su voz era exigente e intimidante, en cambio, su semblante denotaba preocupación.

—Alguien la atacó en las pistas de esquí —resumió Gilles. No pude evitar sorprenderme por aquella explicación. No esperaba una respuesta tan sincera—. Las atacaron a ella y a Álex, pero están bien. Pensamos que lo mejor es que pase aquí la noche. —Su padre asintió conforme haciéndose a un lado para dejarme pasar.

—Por supuesto.

Me sentía cada vez más pesada, mi cuerpo reclamaba a gritos un descanso.

—Aquí estarás segura —me dijo Gilles dándome un beso en la frente—. Mañana hablaremos.

Me adentré en el interior de la casa de huéspedes no muy conforme con el arreglo. Oí a los dos hombres murmurar algo a mis espaldas antes de despedirse. La puerta se cerró y esperé a que el padre de Gilles me indicara el camino a mi habitación. Advertí que no tenía ropa para cambiarme, pero estaba tan cansada que poco me importó en aquel momento. Tan solo necesitaba una cama para ser feliz.

—No nos han presentado como es debido —dijo el hombre en tono afable mientras me conducía escaleras arriba hacia las habitaciones— me llamo Robert. Cualquier cosa que necesites no tienes más que pedirla, a mí o a Adèle. Eres bienvenida en mi casa. —Asentí agradecida, ahora ya conocía la familia al completo y podía afirmar que se trataba de gente buena y amable.

Desperté a la mañana siguiente con la sensación de haber dormido muchísimas horas seguidas. El calmante había surtido su efecto. La ropa de esquiar formaba un pequeño montón en el suelo, ni siquiera recordaba habérmela quitado, simplemente me estiré en la cama y dejé que Morfeo me acunara en sus brazos. Advertí que había ropa limpia y cuidadosamente doblada encima de la cómoda. Me dirigí con ella al cuarto de baño, sin siquiera sorprenderme por haberla encontrado allí.

Examiné el estado de mi cuerpo delante del espejo: apenas tenía algún morado y el brazo no me dolía nada. Asombrada me metí bajo el agua caliente dando un suspiro de satisfacción al sentirla sobre mi piel. Poco a poco fui recordando lo ocurrido el día anterior, lo que más me fastidiaba de todo era el comportamiento extraño de mis nuevos «amigos». Habían demostrado en varias ocasiones que podía confiar en ellos, pero me ocultaban algo que, sospechaba, estaba relacionado conmigo, y puede que con mi pasado.

Instantes después, Adèle llamó a la habitación con una bandeja de desayuno en las manos preocupada como una madre por mi lamentable estado de la noche anterior. Me explicó que había pasado por la habitación al poco de llegar para ver cómo me encontraba, pero que ya dormía. La ropa era de Álex y la había subido la noche anterior para que tuviera algo limpio que ponerme cuando me levantara. La mujer se deshizo en atenciones y se quedó conmigo mientras desayunaba asegurándose así de que lo comía todo.

Decidí que había llegado el momento de ponerse las pilas e indagar sobre mi pasado de un modo más activo. Lo ocurrido en las pistas me había acabado de abrir los ojos. Después de leer las cartas y de que entraran en mi casa me había quedado claro, pero aquello no lo había vivido de manera tan directa. Una cosa era creer que algo extraño y peligroso se cernía sobre mí, y otra era ser atacada y amenazada por desconocidos. En ello pensaba mientras me dirigía a mi casa por las empedradas calles cubiertas de nieve. Me había despedido de los padres de Gilles, los cuales no se habían quedado muy conformes con mi marcha. Robert me había pedido que regresara por la noche, pero había rehusado educadamente. Cierto era que había estado muy a gusto con ellos, pero no quería abusar de su amabilidad. Aquella era mi rencilla personal y no pensaba poner a otros en medio del conflicto.

A medio camino, Llop acudió a mi lado dando saltos de alegría por verme de nuevo, haciéndome sentir culpable por no haber aparecido antes por casa.

Lo primero que hice al llegar fue llamar a Judit, que estaba enferma de preocupación, lo cual me llevó un buen rapapolvo por parte de mi amiga. Apenas le expliqué nada de lo sucedido, preferí mantenerla al margen de mis nuevas sospechas.

La casa estaba en orden, tal y como la había dejado antes de salir con Álex. Me preparé una taza de té y me senté en el sofá con el portátil delante. Mientras se encendía pensé en cuál debía de ser mi siguiente movimiento. El día anterior había descubierto que había una cuenta a nombre de mi madre en un banco de Saillagouse en

el que se cobraban las facturas de la casa. Decidí que más tarde iría a preguntar sobre dicha cuenta, y tratar de averiguar quién hacía los ingresos para el mantenimiento de la casa y por qué continuaba a nombre de mi madre. Eran muchas cosas las que no tenían sentido, pero que seguramente estaban relacionadas.

Álex me había animado a que investigara sobre la anterior ocupante de la casa, teniendo en cuenta que ella sabía algo más de lo que contaba puede que se tratara de una indirecta sobre el camino a seguir para averiguar la verdad. También me había dicho que no subestimara el poder de los sueños, por no mencionar el mensaje del espejo en mi casa de Barcelona. Alguien quería que yo llegara hasta allí, pero ¿por qué? Me estrujé las sienes intentando hallar la respuesta en vano.

Frustrada, me levanté del sofá y caminé de un lado para otro haciendo un esfuerzo por encajar las piezas y dar algo de luz a aquel sinsentido. Pensé en llamar a Álex, estaba segura de que si la apretaba un poco acabaría cantando, la tarde anterior había dejado ver en varias ocasiones lo disconforme que estaba por mantenerme al margen. Recordé que Ray y Erwan la habían reprendido por hacerlo tan abiertamente. También tenía una charla pendiente con Erwan. Al pensar en ello una idea me vino a la mente. Rápidamente me senté frente al portátil y tecleé en Google «mujer aparece muerta en Saillagouse», un sinfín de páginas aparecieron en la pantalla; ninguna de ellas tenían nada que ver con lo que buscaba. Erwan me había dicho que la mujer de mis sueños no era yo, que otra mujer había aparecido flotando en las aguas del estanque. Un suceso como aquel debió de causar sensación en un pueblo tan pequeño de poco más de mil habitantes. Tamborileé con el dedo sobre la mesa pensando en la manera de afinar la búsqueda. Me golpeé con la mano en la frente por no haber caído antes. Lo había escrito en castellano, volví a hacer la consulta en francés, pero afinando un poco más: «mujer ahogada Saillagouse».

Bingo.

Una página de un diario de la zona aparecía con dicha noticia. Con el corazón latiendo en un puño comencé a leer el artículo. Una joven había aparecido ahogada en el mismo lugar con el que había soñado, unos niños la habían encontrado por la mañana. La policía no había dado ningún tipo de información en el momento en que se escribió la crónica, pero se especulaba sobre la posibilidad de que se tratase de un asesinato debido a las extrañas circunstancias que rodeaban su muerte, ya que no era posible ahogarse en aquella masa de agua de apenas un metro de profundidad, y más teniendo en cuenta que no se trataba de una piscina. Fui bajando la pantalla a medida que iba leyendo hasta que llegué al final del artículo en que aparecía una fotografía de la joven en vida. Mi corazón dejó de latir y el tiempo se congeló. Nada de lo sucedido hasta ahora en toda mi vida podría haberme preparado para lo que estaba viendo con mis propios ojos en la pantalla del ordenador. Nada.

Sentí la sangre palpar por todo mi cuerpo y el corazón acelerarse desbocado. Cerré los ojos con la esperanza de que al abrirlos la imagen de la fotografía fuera diferente, pero no ocurrió. Émilie Grau era el nombre que ponía debajo de la foto, a continuación me fijé en la fecha de la noticia: hacía un mes del triste suceso.

Un grito desgarrador salió de lo más profundo de mi interior. Dos gruesas lágrimas se deslizaron por mis mejillas tímidamente, seguidas luego de otras muchas más atrevidas. Toda mi vida era una maldita mentira. Una farsa. Aquella joven que me devolvía la mirada era igual que yo, solo que esta vez sabía con seguridad que no lo era. Me derrumbé en el sofá y lloré como no lo había hecho nunca, ni siquiera tras la muerte de mi padre. El lobo gimio lastimeramente y se acercó colocando su cabeza junto a la mía compartiendo mi tristeza. Lo acaricié con ternura.

—Te recuerdo a ella, ¿verdad?, por eso me proteges —le dije al animal. Llop me miraba con ojos inteligentes.

El dolor y la rabia se apoderaron de mí.

Me sentí engañada.

Engañada por mi padre, por mi supuesta familia a la que no conocía, por la gente que acababa de conocer en aquel maldito pueblo y especialmente por Erwan. El muy miserable había tenido la oportunidad de contármelo cuando le hablé de mis sueños, había visto mis dibujos y, en cambio, lo ocultó.

Salí de la casa dando un portazo y me dirigí resuelta a la casa de arriba. El cuerpo me temblaba de la rabia que sentía. Aporreé su puerta insistentemente; unos instantes después aparecía la enorme figura de Erwan tras ella. Vestía ropa deportiva y llevaba una toalla en las manos. Al verme en aquel estado arrugó el entrecejo, ni siquiera le di tiempo a preguntar. Sin pensarlo dos veces me abalancé sobre él y le empujé; nada me importó que tuviese el doble de mi tamaño.

—¡Me mentiste! —grité. Nuevas lágrimas comenzaron a surcar mi rostro.

—Tranquilízate. ¿Por qué no entras y me cuentas lo que ha pasado? —respondió haciéndose a un lado para que pasara.

—¡Porque no quiero! No confío en ti —espeté iracunda—. Sabías que soñaba con ella una y otra vez, y dejaste que pensara que eran tonterías mías. ¡Pensaba que se trataba de mí!

—Eso no es del todo cierto. Te dije que no eras tú.

—Debiste contármelo —le increpé cegada por las lágrimas.

—¿Y qué querías que te dijese? —inquirió malhumorado—, ¿que era con tu hermana con la que soñabas?, ¿que era a ella a quien habían asesinado? —Lo miré sobrecogida por aquellas palabras—. Iba a contártelo pero no así, no de ese modo. Queríamos prepararte. Hay algunas cosas que debemos explicarte, pero no puedo hacerlo así sin más.

—Ya. «Quería contártelo pero no depende de mí.» —contesté haciendo alusión a las palabras que me dijera Gilles el día anterior—, ¿es eso? Ya lo he oído antes.

—Aimée —comenzó a decir.

—No me llates así, no tienes derecho —le corté—. No vuelvas a acercarte a mí.

Tras decir esto me marché hecha una furia de regreso a mi casa, dejando a Erwan con la palabra en la boca y completamente derrotado. Me daba igual. Ya podía sentirse culpable por lo que a mí respectaba, odiaba las mentiras por muy justificadas que estuviesen.

Cerré la puerta dando un portazo y me aseguré de cerrarla bien con el cerrojo que le colocara Gilles días atrás. Me adentré en el salón sin saber bien qué hacer con aquella nueva información. Llop se me acercó y me hizo una caricia con la cabeza.

—Hasta tú lo sabías —le dije en tono recriminador, este ladeó la cabeza y gimio.

Miré a mi alrededor como si viera por primera vez aquella casa; la casa de mi hermana. Aquel pensamiento me produjo un escozor en el corazón. Toda mi vida pensando que no tenía más familia que mi padre y ahora resultaba que tenía una hermana, y no una cualquiera, sino una gemela idéntica a mí. Cómo era posible que mi padre hubiese permitido aquella situación, que me hubiese privado de ella, ni siquiera había sabido de su existencia.

Reflexioné sobre el sentido de mis sueños. Llevaba soñando con el asesinato desde aproximadamente la muerte de mi padre, había llegado a pensar que eran producto del estrés y la depresión que tenía. Me acerqué a la pantalla del ordenador para corroborar la sospecha que empezaba a rondar por mi cabeza. Busqué la fecha de la muerte de Émilie y efectivamente encontré lo que esperaba. Su muerte había sucedido casi una semana antes que la de mi padre. No había sido la muerte de mi padre la que suscitara que soñara con aquello, sino la de mi hermana.

—Fuiste tú, ¿verdad? —pregunté en voz alta como si ella estuviera de cuerpo presente—. Querías que viniera; me enviaste esos sueños y me diste las pistas necesarias para que empezara a sospechar y viniera. —Las lágrimas se derramaban por mi rostro de manera incontrolada—. Tú escribiste el mensaje en el espejo pidiendo ayuda.

Un sollozo escapó de mi garganta, sentí que la pena me oprimía desde lo más profundo de mi cuerpo. Me derrumbé de nuevo rota de dolor en la alfombra del salón y lloré desconsoladamente por la pérdida de aquel ser amado al que ni siquiera había tenido la oportunidad de conocer.

Recobré la conciencia tiempo después, Llop estaba acurrucado junto a mí dándome calor. Miré la hora en mi reloj de pulsera pero advertí que no lo llevaba. Había

debido de perderlo. Me levanté entonces en busca del teléfono móvil. Había siete llamadas perdidas: una de Erwan, dos de Gilles y cuatro de Álex.

«Se sienten culpables —pensé—, pues que se fastidien.»

Era bien entrada la tarde. Me había pasado horas tirada en el suelo muerta de pena y se me había hecho tarde para acercarme al banco, aunque ahora ya tenía claro quién hacía los ingresos. Fui a la habitación en busca de los objetos que escondía mi padre en casa por si podía darles algún sentido ahora que ya sabía de la existencia de mi hermana.

Me senté sobre la cama con las piernas cruzadas y desparramé el contenido de la bolsa donde los guardaba sobre el edredón.

Un jersey, fotografías de mis padres, el medallón y las cartas. Eso era todo. Eché un nuevo vistazo a las fotos; lo único que podía sacarse en claro de ellas era que mis padres habían sido muy felices juntos. Las fotos habían sido hechas en aquella zona, no en Barcelona, lo cual quería decir que seguramente vivieron allí hasta que por alguna razón mi padre se marchó de regreso conmigo.

«¿Qué te hizo esta gente, papá?», me pregunté mirando una fotografía en la que salían los dos abrazándose sonrientes.

Mi padre me había explicado en alguna ocasión que mi madre dejó Francia por él, de ahí que no se hablara con la familia de ella. Estaba claro que había mentido. Pero ¿por qué se marchó dejando a una de sus hijas aquí? Una idea comenzó a tomar forma en mi mente: ¿y si mi madre no había muerto al nacer yo después de todo? Tal vez se pelearon y cada uno se quedó con una hija. Aquello explicaría por qué en el banco había una cuenta a nombre de mi madre. Rápidamente descarté aquella idea. Mi padre estaba enamorado de ella, siempre lo estuvo. No hablaba de ello porque le causaba un profundo sufrimiento, pero algo muy fuerte debió de pasar como para separar a los bebés, porque se supone que pasó al nacer nosotras, aunque ya no lo tenía tan claro. Mi padre ni siquiera me había puesto el apellido de mi madre, tenía los dos apellidos de él, como si no quisiera que llevara nada de ella o su familia.

Revisé de nuevo las cartas. La tal Agnes escribió una y otra vez pidiendo verme. Mi padre nunca se había molestado en leerlas, debió de estar muy enfadado como para no dignarse ni a echar un vistazo al contenido. Algunas hacían referencia a algo que había ocurrido, pero nada más. Cogí la última carta del montón, la única que había leído mi padre y que no llevaba matasellos, y la leí de nuevo:

Armand,

Hemos intentado respetar tu decisión todos estos años, pero los tiempos están cambiando y la situación requiere una reacción por tu parte. No puedes mantenerla apartada de todo esto, es peligroso. Por la amistad que un día tuvimos te ruego que recapacites, ella es sangre de mi sangre y, te guste o no, una de los nuestros. Si no actuamos pronto otros lo harán y entonces las cosas se pondrán muy mal.

Robert

Me quedé atónita con la carta en la mano mirando la firma como si no acabara de creer lo que estaba viendo. Me maldije a mí misma por ser tan estúpida y no haberme dado cuenta el día antes. El padre de Gilles y Álex también se llamaba Robert, pensé con el corazón acelerado. Tal vez solo fuera una coincidencia, pero eso explicaría por qué se habían portado tan bien conmigo. Según la carta éramos familia. La imagen de la madre de Álex llorando desconsoladamente por Émilie me vino a la mente en aquel instante, aquel sueño comenzaba a ser muy revelador.

—No es una casualidad —dije para mí misma en voz alta—, ha llegado la hora de quitarnos el disfraz.

Pensé en plantarme en la casa de huéspedes, pero de inmediato descarté la idea. Prefería hablar antes con Álex. Busqué su contacto en el teléfono móvil y llamé. Al primer tono contestó la voz de Álex presa de la ansiedad.

—¡Amy!

—¿Puedes venir a casa? —inquirí sin siquiera saludarla antes, aún estaba enfadada—. Necesito que me confirmes algo.





## Capítulo 16

—Siéntate —pedí a Álex cuando la tuve en el salón.

Apenas había tardado diez minutos en llegar a mi casa. Hizo lo que le pedía y se sentó en el sillón que había justo enfrente del que yo acababa de ocupar. Había depositado las cartas que le enviaran a mi padre sobre una pequeña mesa que había entre ambas. Cogí la que estaba firmada por el tal Robert y se la pasé a la pelirroja.

—¿Podrías explicarme esto? No más mentiras, por favor. —Álex asintió sin decir una palabra.

Desde que había llegado no había abierto la boca, su rostro era pesaroso y sus ojos reflejaban una tristeza profunda. Se tomó su tiempo en leer la carta, eran tan solo unas pocas frases, pero Álex la leyó una y otra vez bajo mi atenta mirada.

—¡Es mi padre! —dijo al fin con gesto de sorpresa—, ¿de dónde la has sacado?

—Mi padre las guardaba en una caja —respondí—, y no es la única que guardaba —añadí mostrándole las otras.

Álex cogió una y la leyó; a continuación otra, y así hasta que las leyó todas. Su rostro mostraba la perplejidad más absoluta.

—Ellos sabían de tu existencia —murmuró para sí misma.

—Empieza a cantar —exigí con la paciencia agotada.

—Yo no sabía nada de esto —explicó señalando las cartas—. Parece que no eres la única a la que le han ocultado cosas —añadió ofuscada.

—Por el principio, si no te importa: ¿quiénes sois?, ¿por qué tengo una hermana cuya existencia desconocía?, ¿por qué mi padre no quiso volver a saber de vosotros?... Ya sabes —dije haciendo un gesto con la mano evocando todas las cosas que me habían ocultado.

—Es algo largo y complicado de explicar.

—No tengo prisa —respondí con cierto sarcasmo acomodándome en el sofá—. Se me ha mantenido en la más absoluta ignorancia casi treinta años, no me viene de unas horas.

—Verás, no estoy autorizada para contártelo todo —empezó a decir la joven.

—No me jodas, Álex —la corté furiosa.

—Tranquilízate, ¿quieres? No me has dejado terminar la frase —replicó airada—. Esto es algo que está por encima de ti y de mí. Algo muy serio. Lo sucedido ayer ha precipitado las cosas, también tu reciente descubrimiento. Creemos que ya estás preparada, pero no depende de mí revelarte nada.

—¿Preparada para qué? —aullé iracunda.

—Para escuchar, Amy. —La miré como si de repente hubiese desplegado unas alas tras la espalda. Boqué un par de veces como un pez sin lograr emitir palabra alguna, todas se quedaban atropelladas en mi garganta produciéndome escozor. Antes de que pudiera decir nada, continuó—: Pero hay algunas cosas que sí voy explicarte, le pese a quien le pese. Antes tienes que calmarte.

—Y una mierda —respondí malhumorada.

Álex disimuló una sonrisa ante aquella contestación. Se dirigió a la cocina y preparó un par de tilas; bien mirado las íbamos necesitar. Yo para calmarme y ella para poder sobrellevar mi endemoniado carácter, cuando salía a la superficie no había manera de hacerlo callar. Regresó a los pocos minutos con una taza en cada mano, me ofreció una antes de sentarse en el sillón opuesto.

—Creo que necesito algo mas fuerte —comenté arrugando la nariz tras dar el primer sorbo.

—Eso luego —respondió Álex.

—¿Y bien?

—De acuerdo —comenzó—. Al morir tu madre, tu padre se marchó de aquí llevándote con él y desentendiéndose de nosotros. Desconozco el motivo por el que lo hizo, pero por lo que he leído en las cartas algo grave tuvo que pasar. Tampoco logro entender por qué dejó aquí a Émilie, separándoos. El caso es que, como has podido deducir en la carta de mi padre, somos familia. Tu madre y mi padre eran hermanos, lo que te convierte en mi prima. Mis padres se hicieron cargo de Em de modo que para Gilles y para mí era como nuestra hermana. Em no sabía de tu existencia, como tampoco sabía que tu padre seguía vivo. Ninguno de nosotros lo sabía, me refiero a Gilles, Ray, Gérard, Erwan y yo, nuestros padres nos lo ocultaron por motivos que desconozco. Hasta hoy pensaba que mi padre tampoco lo sabía —explicó con la mirada perdida—. Fue después de la muerte de Em que supimos que tenía una gemela y que vivía en Barcelona.

—¿Por qué la mataron? Eran los mismos que nos atacaron, ¿verdad? —quise saber.

Álex asintió.

—No lo sé exactamente, al parecer es algo que quieren de vosotras.

—¿Y qué es lo que quieren? —pregunté.

Álex se encogió de hombros.

—No sé, pero al no conseguirlo de Em pusieron sus miras en ti. Eso alertó a los nuestros y aquí estás.

Arrugué el ceño y negué con la cabeza.

—Estoy aquí porque yo he querido venir —afirmé.

—No estés tan segura de eso —murmuró la pelirroja.

—No entiendo —dije—. Acabas de decirme que los vuestros, quien quiera que sean, mantenían mi existencia en secreto. Llevan vigilándome toda la vida, ¿por qué está pasando todo esto ahora?

—No lo sé —respondió Álex frustrada—, no solo van a tener que darte explicaciones a ti, nos han estado tomando el pelo también a nosotros. Gérard está muy enfadado, no quiere saber nada de ellos. Y no te digo mi hermano y Erwan.

—¿Se trata de una secta? —pregunté tras un largo silencio.

—Claro que no —respondió Álex ofendida.

—Pero ¿cómo puede ser que no supierais que mi padre y yo vivíamos? No logro entenderlo —quise saber al tiempo que me llevaba las manos a la cabeza, confundida.

—Por algún motivo se decidió que Em no debía de saberlo. Gilles y yo éramos como sus hermanos, y Ray, Erwan y Gérard sus amigos. Mejor ocultarlo a todos para que ninguno se fuera de la lengua —contestó—, imagina nuestra sorpresa al enterarnos de lo que nos habían ocultado. La verdad es que no nos lo tomamos muy bien.

Ambas nos quedamos en silencio sumidas en nuestros propios pensamientos durante un buen rato. Yo intentando atar cabos y Álex, supongo, cavilando sobre el contenido de las cartas.

—Y, ¿qué me dices de ella?, ¿era feliz?

—Oh sí. Em era muy feliz, mis padres la adoraban. Ya has visto cómo es mi madre; la tenía totalmente consentida. Y a mi padre podía sacarle cualquier cosa, no tenía más que pedir por su linda boca.

—¿Eso no provocó vuestros celos?, al fin y al cabo eran vuestros padres. —Álex negó con una sonrisa triste en los labios.

—Em era tan buena que resultaba imposible no quererla. Gilles era el mayor y siempre íbamos tras él y sus amigos importunándolos. Los chicos se enfadaban porque no les dejábamos tranquilos, en cambio Gilles nos defendía y casi siempre nos permitía quedarnos con ellos —comentó con una sonrisa nostálgica y la mirada perdida.

—Está bien, pelirroja —sentencié—, vamos a dejarlo por hoy. No eres más que otra víctima de las circunstancias. Pero más vale que les digas a tu gente que empiecen a manifestarse y hablar, porque yo no soy como mi hermana. No soy buena ni paciente.

Aquel comentario hizo reír a Álex.

—No creas que no me he dado cuenta.

—Necesito algo fuerte para asimilar todo esto —dije levantándome del sofá y buscando entre los muebles del comedor alguna botella de alcohol.

—Dudo que encuentres alcohol en esta casa. Em no bebía —comentó Álex.

—Tampoco yo, pero la situación lo requiere, ¿no te parece? —La aludida asintió—. Así que nos vamos, necesito que me de el aire.

—No creo que sea una buena idea, recuerda lo que pasó en Font Romeu.

—¿Estoy bajo arresto domiciliario? —inquirí levantando el ceño.

—De ningún modo —respondió Álex indecisa.

—Perfecto porque no pensaba respetarlo.

—Está bien, conozco el sitio perfecto. —Sonreí de oreja a oreja—. Más vale que te pongas guapa.

Me miré reparando en mi indumentaria: llevaba unas mallas, una sudarera gris y unos calcetines gruesos por encima de las mallas. Posé entonces mi mirada en Álex que llevaba un vestido verde bastante corto, unas botas negras de tacón y una chaqueta de punto sobre el vestido.

—¿A qué te refieres con lo de guapa? —pregunté entrecerrando los ojos.

Álex soltó una carcajada.

—Pues igual que cuando sales de marcha por tu ciudad.

—No he traído esa clase de ropa.

—Pues busquemos algo entre la ropa de Em —respondió pragmática. Ladeé la cabeza algo indecisa—. Vamos no seas tonta, a ella no le habría importado.

—De acuerdo.

Subimos a la planta de arriba y de entre las prendas que Álex iba sacando, elegí un pantalón negro de pitillo y una camiseta del mismo color de encaje y manga muy corta. Me di una ducha rápida y me vestí con las prendas escogidas.

—Creo que es demasiado transparente —comenté mirándome en el espejo.

—Pero ¿qué dices?, estás guapísima. Nunca había visto a Em con esta camiseta. Seguro que la compró y no se la puso jamás.

—Normal, es de putón —respondí—, no pega con la imagen que me he hecho de ella.

Álex rió con ganas por la ocurrencia al tiempo que me daba la razón con la cabeza.

—Lo importante es que el sujetador que llevas es muy sexy y te queda muy bien —comentó guiñándome el ojo. Le lancé una mirada exasperada que la hizo reír de nuevo—. Toma, ponte esto encima —agregó dándome una preciosa chaqueta de lana corta color beige. A continuación me calcé unos zapatos de tacón y elegí un abrigo negro corto, también de Em—. Preciosa. Ahora deberías hacer algo con tu cara, estás pálida como un fantasma.

Minutos después salía del lavabo lista para olvidarme de los problemas durante un buen rato. Álex me observó de arriba a abajo con un gesto de satisfacción en la cara.

—No sois tan iguales, ¿sabes? —comentó—, físicamente quiero decir.

—Sí era mi gemela —repliqué contrariada.

—Sí, a primera vista sí. Y para alguien que no os conozca también —se explicó Álex—. No es solo que llevarais estilos diferentes; me refiero a la expresión de vuestros rostros. Ella tenía cara de ángel.

—Y a mí me tocó ser la mala de la película —continué sin dejarla acabar—. No me importa, siempre hay un hermano bueno y otro malo —dije encogiéndome de hombros.

Álex prorrumpió en carcajadas.

—No me refería a eso, tonta, pero ahora que lo mencionas sí que eres un poco bruja —añadió haciéndome un guiño.

Quince minutos después, buscábamos un lugar donde dejar el coche, cerca de la puerta del Adytum. Álex me había explicado que era el mejor local para salir de marcha de toda la zona. Al ver el Jeep negro de Erwan me erguí en el asiento, a su lado estaba aparcado el Range Rover de Ray.

—¿Este está siempre aquí metido? —pregunté con malicia señalando el coche de Erwan. Álex asintió con la cabeza mientras aparcaba.

—Casi siempre. Es el dueño de esto.

Me sorprendí ante aquella revelación, no lo tenía por un hombre de negocios, y mucho menos de ese tipo de negocios. Nada más entrar en el local advertí que el ambiente era completamente diferente al que había visto por la tarde un par de días atrás. Al parecer se convertía en una discoteca por las noches, en una de bastante éxito por cierto. La gente bailaba al ritmo de la música dance, que sonaba a toda potencia por los altavoces, completamente desinhibida. Nos hicimos un hueco en la

barra a la espera de que el camarero nos atendiera. Por el rabillo del ojo vislumbré las imponentes figuras de Erwan y Ray, al otro lado de la barra, que nos miraban exasperados.

—¿Y a esos qué les pasa?

—Umff —soltó al verlos—. Puedo hacerme una idea. Pídemelo de beber mientras voy a hablar con ellos.

La observé alejarse haciéndose paso entre el gentío, algunos hombres volvieron la cabeza para mirarla al pasar junto a ellos, era evidente que llamaba bastante la atención del género masculino. El camarero de la cresta se acercó y le pedí dos gin tonic.

—Hoy vas mucho más suave —comentó con una sonrisa traviesa en el rostro.

Hice una mueca con la cara simulando una falsa sonrisa.

—Esto es solo el calentamiento. —El joven rió y se fue a preparar las bebidas.

Observé la escena que tenía lugar al otro lado de la barra. Álex gesticulaba con cara de irritación mientras Erwan la escuchaba con los brazos cruzados en el pecho y Ray la miraba con gesto malhumorado.

Recorrí con la mirada el resto del local, estaba completamente abarrotado, desde luego que tenía bastante éxito. Vi dos chicas subir la garita donde pinchaba el DJ, probablemente a pedirle una canción. El tipo, un rubio con aspecto de surfero, sonreía a las muchachas que lo miraban embobadas sin saber qué más excusa poner para continuar allí observándolo por más tiempo.

—Aquí tienes, preciosa —dijo el camarero guiñándome el ojo al tiempo que dejaba las copas frente a mí.

—Gracias —respondí con una sonrisa maliciosa—, puedes decirle a tu jefe que no pensamos pagarle.

El camarero arrugó la frente en un gesto de sorpresa y dirigió la mirada al aludido, que nos observaba con el ceño fruncido desde el otro lado de la barra, lo que provocó que el tipo soltara una estruendosa carcajada mientras asentía con la cabeza.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Álex de nuevo a mi lado.

Hice un gesto con la cabeza quitándole importancia.

—¿Cómo te ha ido?

Álex se encogió de hombros con cara de enfado.

—Paso de ellos.

—Esa es la actitud —la apremié esbozando una sonrisa a la vez que le acercaba la copa, la tomó y se la bebió prácticamente de golpe dejándome con la boca abierta.

—Sabe horrible —comentó arrugando la cara.

—Tal vez si no lo bebieras como si se tratara de agua lo podrías saborear mejor.

—Me recuerda a los medicamentos para el dolor de cabeza —explicó Álex riendo.

Me atraganté con mi bebida por culpa del comentario. Álex estalló en carcajadas mientras yo trataba de no ahogarme con el líquido mal ingerido y las risas.

En aquel instante empezó a sonar «Single ladies» de Remady & Manu.

—*Single ladies!*, esas somos nosotras —exclamó Álex emocionada.

Se quitó la chaqueta de punto quedándose en tirantes y me despojó de la mía dejándome con la camiseta de manga corta. Hizo una bola con nuestras pertenencias y se las pasó al camarero que nos observaba atento con una sonrisa en los labios.

—Guárdanolas por ahí dentro, Alan —el aludido asintió con un guiño de ojos—. Gracias, eres un sol —añadió enviándole un beso—. Vamos —dijo arrastrándome hacia la pista de baile—, es hora de mover el esqueleto.

Me dejé guiar por la pelirroja que iba dando saltitos haciéndose hueco entre el gentío hasta que llegamos a un espacio un poco más abierto y empezamos a movernos al ritmo de la música, totalmente animadas. Atrás quedaron todas las preocupaciones y problemas que cargaba a las espaldas como una gran cruz de madera. Álex estaba fuera de sí bailando y riendo mientras yo meneaba las caderas y los brazos ajena a las miradas que nos lanzaban los hombres a nuestro alrededor. Lo que sí que advertí, en cambio, fue la mirada asesina de Ray fija en la pelirroja y los ojos azules de Erwan clavados en mi persona.

—Algún día tendrás que explicarme qué le hiciste al pobre Ray —dije acercándome al oído de mi compañera de baile. Ahora era mi prima y no pensaba tener miramientos, mi naturaleza curiosa me lo impedía.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó esta extrañada.

—Considero que es un hombre encantador, en cambio cuando tú estás cerca se transforma. Creo que sacas lo peor de él, me da que ahora mismo está haciendo verdaderos esfuerzos por no venir y sacarte a rastras—expliqué con una sonrisa maliciosa.

—¿Ah sí? Pues que se chinche porque fue él el malo de la película —soltó, tras lo cual me miró con picardía y se arrojó a mí meneando el trasero de una forma muy sexy al tiempo que me agarraba de las caderas.

El rostro de Ray adquirió un tono purpúreo al verla de esa guisa provocando las miradas de los hombres que había alrededor nuestro. Erwan le dijo algo para que se tranquilizara, pero no surtió mucho efecto. Se bebió la copa que tenía de un trago y pidió otra al camarero de la cresta sin apartar la mirada de Álex. Por detrás de ellos apareció Gilles, que se acercó a saludarlos, el cual, al ver la causante de aquel cabreo mayúsculo, prorrumpió en carcajadas sin solidarizarse para nada con su amigo.

—Creo que no está bien que lo pongas a prueba de ese modo —dije a la pelirroja que de nuevo bailaba frente a mí—, hasta yo creo que es cruel.

En aquel momento Álex se envaró dejando de bailar y mirando a su alrededor con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué pasa? —inquirí sabiendo que no había sido por mi comentario.

Antes de que esta tuviera tiempo de contestar, sentí unas manos grandes apoyadas en mis caderas y un calor por mi espalda provocado por la proximidad de alguien. Intenté girarme para encarar al tipo que se tomaba aquellas libertades, pero me fue imposible moverme, era como si me hubiese quedado paralizada. Álex fue a acercarse para apartar al tipo, pero alguien más grande que ella la cogió por detrás impidiéndolo. Esta se debatió como una leona lanzándole una patada, lo que hizo que el tipo bajara la guardia sorprendido, lo justo como para que ella pudiera liberar sus brazos y agarrar así uno de los del hombre por encima de su hombro para lanzarlo al suelo, haciendo gala de una destreza que no me hubiera imaginado que tenía. Erwan apareció en aquel momento situándose frente a mí, soltó un puñetazo al hombre que me tenía prisionada al tiempo que me cogía del brazo y me colocaba tras él. Todo se precipitó en aquel instante como en una batalla campal al ritmo de la música. Un hombre grande y calvo embistió a Erwan como si fuera un toro salvaje, golpeándolo contra la pared fuertemente y desorientándolo por momentos. Me llevé las manos a la boca horrorizada. Al instante este se levantó del suelo algo mareado y arremetió contra su atacante golpeándolo con la cabeza.

Alguien me cogió de nuevo desde detrás alejándome de mi protector con intención de sacarme de allí. El miedo me paralizó por momentos, la imagen de mi hermana

luchando por liberarse de su agresor momentos antes de acabar bajo las gélidas aguas del estanque acudió a mi mente. Me resistí como pude pateando como una loca al aire con la intención de que me soltara, no pensaba ponérselo fácil. Saqué las uñas como una gata y le arañé la mano con toda la rabia que sentía en aquel momento, el tipo lanzó una imprecación por detrás, soltándose y haciéndome caer al suelo tras golpearme en la cara. Al ver la sonrisa de su rostro mi vello se erizó, se trataba del mismo hombre que me había atacado en las pistas de esquí. Antes de que pudiera atraparme de nuevo, Gilles lo agarró por detrás tirándolo al suelo.

—Esa no es forma de tratar a una dama —dijo antes de arremeter de nuevo contra él.

Observé a Ray no muy lejos, machacando a un hombre y una mujer que habían intentado arrinconarlo y aprovecharse de su superioridad numérica. Todo a mi alrededor era un caos. Advertí que en la garita del DJ no había nadie, la música continuaba sonando, pero el tipo rubio que había visto hacia un rato pinchado ahora se encontraba en la pista de baile repartiendo golpes a todo aquel que se cruzara en su camino.

—¿Estás bien? —preguntó Álex ayudándome a levantarme. Asentí llevándome la mano a los labios doloridos por el golpe, un hilillo de sangre manaba de la herida —. Hay que salir de aquí.

Tan solo pudimos dar unos pocos pasos antes de que dos hombres nos lo impidieran. Álex lanzó una patada a uno de ellos en el pecho y, con un cuchillo que se sacó de la bota, le hizo un corte en la cara.

Me quedé pasmada al verla sacar el arma.

—Menuda gatita —dijo el otro agarrándola desde detrás.

Sin pensarlo dos veces me subí sobre la espalda del tipo que había agarrado a mi nueva prima y lo agarré del cuello fuertemente con intención de ahogarlo, mi instinto de supervivencia estaba al límite y tanto me daban las consecuencias para los demás. El hombre, inmediatamente soltó a Álex para intentar zafarse de mí, agarrándose de los brazos con fuerza y girando sobre sí mismo. Ray apareció al lado de Álex, a la que no le iba nada mal con aquella montaña de carne ya que sangraba por todas partes por las cuchilladas recibidas, y la apartó haciéndose cargo de la pelea. Álex lo miró encolerizada, pero se concentró en el hombre que trataba de deshacerse de mí, que en aquel momento salía despedida por los aires. Antes de impactar con el suelo choqué con un cuerpo fornido que me sujetó para evitar que cayera.

—¿Estás bien? —inquirió la voz de Erwan con una máscara indescifrable en el rostro.

—Perfectamente —respondí recomponiéndome.

—No te separes de mí —dijo cogiéndome del brazo.

Álex observaba atenta al tío que acababa de derribar por si volvía a levantarse. Todo había vuelto a la normalidad. Erwan hizo una señal con la mano a dos hombres con pintas de boxeadores que habían aparecido a mitad de la pelea a ayudar.

—Llévalos al almacén y asegúraos de que no salen de ahí —ordenó secamente.

Los dos hombres asintieron y se alejaron prestos a realizar la tarea.

Miré en derredor: apenas había un par de tipos en el suelo sin conocimiento, el resto de atacantes había desaparecido.

La gente que había sido testigo de lo ocurrido nos observaba desconcertada; el resto bailaba con total normalidad, ajenos a lo sucedido.

—Álex, ya sabes lo que tienes que hacer —dijo Erwan al pasar junto a ella.

Nos dirigimos hacia la zona opuesta de la discoteca, cerca de la barra. Tuve que correr para seguir sus enormes zancadas, pues me llevaba cogida del brazo. Paramos frente a una puerta de acceso privado, introdujo una clave en el teclado que había junto a esta y rápidamente se abrió haciéndome pasar a su interior. Bajamos unas escaleras metálicas que nos llevaron a una sala en la que había un despacho. Sin detenernos, continuamos por un largo pasillo hasta llegar a otra puerta, la cual funcionaba mediante la lectura de la huella dactilar.

—Dudo que en el CNI se tomen tantas molestias —comenté observando incrédula todo cuanto veía.

—Me cubro las espaldas —respondió dejándome aún más desconcertada, si es que aquello era posible.

Accedimos a una enorme sala acondicionada con sofás, mueble bar e incluso mesa de billar.

Erwan sacó su teléfono móvil y se lo llevó a la oreja mientras yo me dedicaba a pasear por la estancia sin prestarle atención.

Me abracé a mí misma mientras intentaba dar sentido a lo ocurrido arriba. Las cosas se iban poniendo cada vez más preocupantes; habían intentado sacarme de un lugar plagado de gente y a la vista de todos. Se trataba del segundo intento, aquella gente no se andaba con rodeos. Tenían claro su objetivo y al parecer ese era yo.



## Capítulo 17

—¿Te encuentras bien? —oí que decía la voz de Erwan.

Me limité a asentir con la cabeza sin devolverle la mirada.

Para nada me sentía bien, estaba muerta de miedo, pero no me apetecía hablar de mis sentimientos y mucho menos con él.

—Sigues enfadada conmigo —afirmó malinterpretando mi silencio.

Levanté la vista y la clavé en los ojos azules de él. Por un instante perdí el hilo de mis pensamientos para regresar después al momento en que cegada por la ira le decía que no volviera a acercarse a mí hacía tan solo unas horas atrás.

Ya no sabía cómo sentirme con respecto a su traición, si es que podía llamarlo así. Álex también me había ocultado cosas y ya la había perdonado. Al parecer tenían una buena razón para ocultármelo todo. Aun así me sentía dolida y no tenía claro si cuando supiera la verdad querría seguir cerca de ellos. Todo aquello era demasiado abrumador.

Erwan se acercó a mí y me levantó el mentón para examinarme la herida.

—Debiste mantenerte al margen —comentó con la mirada clavada en mis labios.

—Bueno, eso es algo difícil cuando es a ti a quien quieren —repliqué turbada por su proximidad.

Deslizó la vista hacia abajo, recorriendo con la mirada mi cuello para lentamente posarse en mi camiseta transparente, haciéndome ruborizar hasta la raíz del cabello. Finalmente, inspeccionó mi brazo con el ceño fruncido al ver unas marcas de dedos que empezaban a amaratar mi carne. Rápidamente examinó el otro brazo advirtiendo que también las tenía. Seguramente me las había hecho el hombre al que intenté ahogar con los brazos para que soltara a Álex.

La puerta de la estancia se abrió y entró una Álex preocupada seguida de Ray y Gilles.

—Amy, ¿cómo te encuentras? —preguntó nada más verme.

—Bien, supongo —me limité a responder al tiempo que observaba el estado de mis compañeros.

Ray y Gilles tenían el rostro magullado, con restos de sangre en la nariz y en los labios. Álex lucía un corte sangrante en el brazo, probablemente como resultado de alguna cuchillada.

—Gracias por quitarme a aquel tipejo de encima —dijo la pelirroja con media sonrisa en el rostro.

—¿Y a mí no piensas agradecerme que te quitara el otro? —le preguntó Ray con el semblante serio.

—Pues no —respondió fulminándolo con la mirada—. Amy me ayudó porque estaba en apuros, cuando tú apareciste tenía la situación bajo control.

—Oh, ya lo veo —replicó ahora enfadado—, ¡mírate el brazo! Ese tío te habría hecho mucho más que un simple corte si no llego a intervenir.

—Volvemos a lo de siempre —anunció fastidiada—. ¿Cómo puedes ser tan machista?

—No soy machista, Álex; soy realista, que es diferente. Él era el triple que tú, es una cuestión de fuerza, ¿cuándo vas a entenderlo? —contestó tan indignado como enfadado.

Observé atenta la discusión mientras Gilles se miraba las manos sin ninguna intención de intervenir, lo mismo que Erwan, que había desaparecido unos instantes para regresar con material para hacer curas.

Necesitaba salir de allí aunque fuera un momento. Aproveché que no era el centro de atención, pues Álex y Ray continuaban con su disputa, para preguntarle a Erwan por el baño. Este me indicó un pasillo que había justo delante de nosotros.

Con manos temblorosas abrí el grifo del lavabo mientras observaba mi desmadejado rostro en el espejo; el labio había comenzado a hincharse justo en el lugar que me habían golpeado. Me limpié la sangre de la herida con el agua fría, y me mojé el resto de la cara para despejarme; ahora que había pasado todo me sentía algo mareada. En mis casi veintinueve años de vida nunca me habían golpeado, y en tan solo una semana habían entrado en mi casa, me habían atacado, amenazado, golpeado e intentado secuestrar.

La imagen que me devolvía el espejo era un despojo de mí misma; el maquillaje negro de los ojos se había corrido por mi pálido rostro, dándole un aire de tétrico. La camiseta estaba completamente destrozada por el cuello y unas marcas de dedos habían empezado a aparecer por mis brazos, contrastando con el blanco de mi piel. Pensé en la mirada que me había echado Erwan tan solo unos instantes atrás y que tanto me había ruborizado. Lo había malinterpretado del todo, él simplemente examinaba mi maltrato estado mientras yo había creído ver cierto interés en su escrutinio.

Me limité a limpiar como pude los churretes negros de las mejillas antes de salir del baño, pues lo demás no tenía arreglo.

Justo cuando me disponía a regresar a la estancia donde se encontraban los demás, atisé algo que llamó mi atención tras una puerta entreabierta que había más al fondo del pasillo. Dirigí allí mis pasos de forma sigilosa, atenta al otro extremo del pasillo por si alguien me descubría. Me situé justo delante de la puerta, tan solo estaba unos centímetros entreabierta. La corrí hacia la derecha sin imaginarme jamás lo que iba encontrar al otro lado. Busqué el interruptor a tientas y encendí la luz y a sin importarme que alguien me descubriera.

De todas las cosas que podría haber encerrado aquella habitación aquello era lo último que había esperado encontrar al abrir la puerta. Me llevé las manos a la boca al tiempo que contemplaba el extraño espectáculo: armas de todo tipo colgaban de las paredes y estantes. Las había de fuego, cuchillos variados, munición, instrumentos que ni siquiera sabía que existían y otras tantas cosas de las que desconocía para que servían.

Un gemido femenino de dolor proveniente de la estancia donde estaban los demás hizo que me apresurara a salir de allí, probablemente se estarían preguntando por qué tardaba tanto.

Al entrar en la habitación principal vi a Erwan cosiéndole la herida a Álex, la cual permanecía sentada sobre la mesa de billar con la cara pálida. Debería haberme sorprendido por verle coser la herida con la destreza de quien lo hace habitualmente, sin embargo no lo hice. Demasiadas emociones en tan pocas horas que ya ni sabía cómo clasificar.

Gilles se había sentado en uno de los sillones y sujetaba un trapo con hielo a un lado de su cara, mientras Ray observaba atento la cura que le hacía su amigo a la pelirroja.

—Que te la vea Gérard mañana —dijo Erwan al tiempo que se la cubría. Tras decir esto giró la cabeza en mi dirección y añadió—: Te toca.

—Estoy bien, no es necesario —contesté ácidamente.

Álex se levantó de la mesa de billar con la cara aún pálida y se dirigió al sofá.

—¿No te fias de mí? —preguntó enarcando una ceja.

—¿En serio quieres que te responda? —dijo imitando su gesto.

Las risas de Ray y Gilles resonaron por la habitación. Erwan los miró exasperado al tiempo que daba dos zancadas para situarse junto a mí y me dirigía él mismo a la mesa de billar, en donde me sentó como haría como una niña desobediente.

—Te encanta dar órdenes y que todo el mundo te obedezca, ¿verdad? —comenté irritada.

—Y tú estás acostumbrada a hacer siempre lo que te da la gana, ¿me equivoco? —respondió con el mismo tono a la vez que me aplicaba una compresa en el labio previamente empapada de agua oxigenada.

Eché la cabeza hacia atrás en un acto reflejo debido al dolor que me causó aquel simple contacto.

—Habéis dado en el clavo con los puntos fuertes de cada uno —dijo Álex dirigiéndose hacia el sofá. Ambos la miramos airados y con el ceño fruncido—. Está bien que os vayáis conociendo, así será más fácil —añadió con cara inocente encogiéndose de hombros.

Ray preparó dos trapos con hielo en su interior, pasó uno a Erwan y el otro se lo aplicó a sí mismo sobre el labio. Erwan me limpió con extrema suavidad la herida bajo mi atenta mirada. Se había remangado la camiseta mostrando unos gruesos antebrazos completamente tatuados. Advertí que los nudillos los tenía ensangrentados y en carne viva. Cogió el trapo con el hielo y me lo aplicó sobre el golpe que empezaba a hincharse levemente.

—Lo que ha pasado ahí arriba es algo normal para vosotros, ¿verdad? —quise saber.

Todos me miraron algo sorprendidos por mi deducción.

—Bueno, normal, normal tampoco —respondió Gilles tras un largo silencio.

—¿Sois narcotraficantes o algo así?

Erwan me miró con el gesto torcido en una media sonrisa. Gilles en cambio frunció el ceño mientras Ray estallaba en carcajadas.

—A mí me preguntó hace unas horas si éramos una secta —comentó Álex.

Nuevas risas de Ray resonaron por la habitación.

Los fulminé con la mirada antes de levantarme de la mesa de billar furiosa.

—¡Que os den! —espeté antes de salir disparada con paso decidido hacia la puerta.

Además de ocultarme cosas se mofaban de mí. Mi paciencia había llegado a un límite, y mis emociones estaban fuera de control.

Casi sin creérmelo del todo llegué a la zona de la discoteca después de pasar por las dos puertas de seguridad que se abrieron por dentro sin dar problemas. Rápidamente me mezclé con la gente que bailaba y se divertía ajena al resto del mundo. Decidí evitar ir a la barra a por mis cosas, pues es donde primero me verían al salir por la puerta del reservado, así que tendría que prescindir de ellas. Iría a casa de mi supuesto tío Robert a exigir la verdad. Si era realmente como Álex lo había descrito no me la negaría, entonces ya pensaría qué hacer a continuación. Mejor ir paso a paso. Por lo pronto necesitaba hallar la manera de llegar a Llo, no quedaba lejos pero sin chaqueta, tal y como iba, no aguantaría mucho, aunque siempre era mejor que volver con aquellos cretinos mentirosos. Por otro lado estaba el tema de que corría peligro, eso no lo había olvidado. Frustrada e impotente fui pasando por entre la gente hasta cruzarme con un grupo de jóvenes que me piropearon al pasar. Paré de pronto con una idea en mente y me acerqué más a ellos.

—¿Quieres tomar algo con nosotros, preciosa? —dijo uno de ellos.

Se trataba de un hombre alto y bastante fornido. El típico ligón de gimnasio que tanto me desagradaba.

—¿Tienes coche? —pregunté impaciente mirando hacia la salida de la discoteca.

El joven me miró de arriba a abajo con una sonrisa lujuriosa en el rostro al tiempo que afirmaba con la cabeza. Ahora sí que la había liado bien, por lo pronto me serviría para salir de allí cuanto antes, luego ya pensaría cómo deshacerme de él.

El tipo cogió su chaqueta y, tras sonreír a sus amigos, me agarró la mano para llevarme hasta la salida. Cuando me dispuse a seguirle otra mano me cogió del brazo desde detrás haciéndome girar.

—¿Adónde te crees que vas? —inquirió Erwan con el semblante amenazador.

Furiosa por ver mis planes frustrados, di un tirón para liberar mi brazo.

—Eh tío, déjala en paz —dijo el tipo en tono desafiante— ella está conmigo.

—¿Y este quién es? —me preguntó Erwan con su máscara de jugador de póquer pintada en el rostro.

Fui a responder, pero mi defensor se adelantó tomándome de un brazo para hacerme a un lado y encararse a Erwan.

—Búscate a otra, ella se viene conmigo —anunció sacando pecho, al parecer no pensaba permitir que le fastidiaran el plan.

—Será mejor que la sueltes y te largues —amenazó Erwan sin apenas levantar la voz.

—¿O qué? —preguntó desafiante mirando a sus colegas de reojo con una sonrisa fría en el rostro. Erwan torció el gesto devolviéndole la sonrisa y, sin apartar la mirada de su interlocutor, le soltó un puñetazo derribándolo al suelo.

Me llevé las manos a la boca sin poder creer lo que veían mis ojos. Los amigos del tipo lo ayudaron a levantarse mientras otro de ellos se lanzaba sobre Erwan que lo animaba con las manos a que fuera a por él. El hombre intentó plantarle un puñetazo en la cara, pero Erwan interceptó su brazo antes de que llegara a su destino haciéndole una llave y derribándolo al suelo. Levantó la vista hacia los demás, pero ninguno se decidió a plantarle cara. Los miró con gesto desafiante al tiempo que se acercaba a mí y me cogía del brazo para llevarme de regreso a la zona que había bajo la discoteca.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —espeté soltándome de nuevo el brazo.

—¿No has tenido suficiente espectáculo? —dijo con fastidio al tiempo que me cargaba sobre su hombro cual si fuera un saco.

—¡No te atrevas! —exclamé ya sobre su espalda. Me tenía bien sujeta de las piernas de modo que me era imposible moverme—. ¡Bájame ahora mismo! —añadí al tiempo que le golpeaba la espalda con las manos en puño.

Indiferente a mis quejas me llevó de vuelta a la zona subterránea de la discoteca. Después de pasar la primera puerta nos topamos con Gilles que venía en nuestra busca.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó al vernos de esa guisa.

—Pregúntaselo a ella.

—¡Gilles! Dile que me suelte ahora mismo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Tu amigo es un patán sin modales —respondí.

—¡Y tú una insensata! —replicó él al tiempo que me bajaba bruscamente y a en la habitación del subterráneo.

Álex y Ray levantaron la vista asombrados. Lancé a Erwan una mirada ofendida cargada de odio.

—Amy, ¿se puede saber adónde ibas? —preguntó Gilles.

—¿En serio pensabas largarte con aquel tío? —inquirió Erwan con los brazos en jarras.

—¿Cómo? —quiso saber Gilles.

—Lo que oyes —contestó Erwan retándome con la mirada.

—Estoy harta de toda esta pantomima —respondí encrespada abarcándolos a ellos con las manos—. Necesito respuestas, y si este matón de discoteca no me lo hubiera impedido, a estas alturas estaría a punto de conseguirlas.

—He tenido que agredir a dos de *mis* clientes en *mi* local, créeme que no me ha gustado tener que hacerlo para impedir ese estúpido plan tuyo, cualquiera que fuese. Me parece mentira que puedas fiarte de un tío al que no conoces de nada y subirte a su coche.

—Es curioso que seas precisamente tú quien lo diga.

Erwan entrecerró los ojos comprendiendo que me refería a la tarde en que llegué a Llo y me llevara a casa de mis tíos.

—¿Acaso te has vuelto loca? —dijo Gilles visiblemente enfadado—. Sabes perfectamente que debes andarte con cuidado, que tu vida corre peligro.

—Ese es precisamente el problema, Gilles, que no sé absolutamente nada —repuse furiosa sin darle tiempo de acabar la frase—, no sé qué esperar de nadie, ni siquiera de vosotros. No sé quiénes sois, ni qué interés tenéis en todo este asunto. Lo que sí sé es que me habéis engañado una y otra vez; ocultado información sobre mi familia y que tenéis un amigo que posee un arsenal de armas ahí escondido, lo cual es seguro que ya sabéis —añadí señalando a Erwan—. ¿Por qué tengo que fiarme de vosotros?

—¿Es que acaso no te lo hemos demostrado? —preguntó Gilles dolido— Álex y yo somos de tu sangre, tan solo queremos protegerte.

—Amy tiene razón —señaló Álex levantándose del sofá—, ¿podéis haceros una idea de lo que ha sido su vida en este último mes?

Miré hacia otro lado en un intento de ocultar lo vulnerable que me sentía en aquellos momentos.

—Por supuesto que me hago cargo, yo estuve allí, ¿recuerdas? —respondió a su hermana.

Volví rápidamente la cabeza en su dirección mientras él se pasaba una mano por el cabello despeinado consciente de que el comentario no me había pasado desapercibido.

—¿Qué has querido decir con eso?

Un silencio tenso se extendió por la habitación, Gilles tenía la mirada clavada en el suelo meditando la conveniencia de revelarme lo que había sido para él el último mes.

—Si no lo haces tú lo haré yo —dijo Álex rompiendo el hielo—. Lo único que conseguimos con todo esto es ponerla en peligro porque no tiene ni idea de la situación. Ella ya sabe lo de Em, ¿hasta cuándo piensan mantenerla en la ignorancia?

—Hasta mañana que nos reunamos —contestó Erwan—, acaban de confirmármelo.

—¿Tenía que pasar esto para que despertaran? —preguntó Álex crispada.

Erwan asintió con la cabeza dando a entender que opinaba igual que ella.

—Quiero que sepas que nosotros no estábamos de acuerdo en ocultarte nada de todo esto —explicó Gilles—. Cuando Em apareció asesinada se nos reveló que tenía una hermana gemela que vivía en Barcelona con su padre, el cual dábamos por muerto. No puedes imaginarte la que se lió. Fui a buscarte, Amy, desobedeciendo órdenes explícitas. Mi padre estuvo de acuerdo en todo momento. Cuando di contigo tu padre acababa de fallecer, lo cual me pareció tremendamente coincidente e hizo saltar las alarmas a los nuestros. Pero entonces no pude traerte sin más, ¿cómo contarte quién era y lo de tu hermana con lo que se te venía encima? Así que me quedé allí contigo, durante un mes me convertí en tu sombra. —Escuché su declaración con la respiración contenida—. Unos días antes de que te decidieras a venir empecé a ver movimientos sospechosos. Empezaron a seguirte. Sabía que habías descubierto algo relacionado con tu madre pues entré en tu casa el día que pusiste patas arriba el despacho de tu padre y encontraste aquella caja que lo cambió todo, de modo que tuve que precipitar las cosas para que te decidieras a dar el paso simulando que habían entrado en tu casa.

Lo miré boquiabierto al tiempo que me sentaba sobre uno de los sillones que me quedaba más cerca pues no confiaba en mis piernas. Apoyé los codos sobre las piernas y con las manos me sujeté la cabeza sumiéndome en un profundo silencio.

—Te recuerdo —dije un rato después levantando la cabeza.

Me miraron expectantes como si esperaran que de un momento a otro arremetiera contra alguno de ellos igual que había hecho con Erwan unas horas antes. Parece que ya me iban conociendo, era muy fácil hacerme estallar, pero enseguida me aplacaba y volvía a la normalidad. El problema era que en aquellos momentos me sentía totalmente superada, ni siquiera sabía qué pensar.

—El día que fui al bufete de mi padre —añadí en una voz apenas audible como si hablara para mí misma.

Recordaba haberlo visto junto a la puerta hablando por teléfono. Me había llamado la atención su gran altura y el color de su cabello, que cambiaba de tonalidad bajo el sol directo, como sucedió en el bufete, tornándose cobrizo. Cuando volví a verlo en el bar inmediatamente me sonó su cara, pero lo atribuí a su parecido con Álex.

—Fui muy cuidadoso, pero a esas alturas andaba ya desesperado. Ese día descubrí que te seguían. Lo que viene después ya lo conoces.

Me quedé pensativa unos instantes hasta que algo pasó por mi mente haciendo que todos mis músculos se tensaran.

—¿Fuiste tú quien escribió el mensaje en el espejo?, ¿quien me dejó la pista para que buscara la caja?

—No —se apresuró a responder—. Álex me lo contó, creo que eso fue obra de Em.

—Mañana entenderás por qué nos hemos visto obligados a actuar así —explicó Erwan sentándose sobre una mesa baja de madera situada frente al sillón para quedar a mi altura.

—¿Por qué quieren hacerme daño? —pregunté en un hilo de voz.

Erwan cubrió mis manos con las suyas, mucho más grandes y morenas, al tiempo que clavaba su profunda mirada azul en la mía como si de aquel modo pudiera infundarme los ánimos que necesitaba. Nunca antes me había sentido tan vulnerable, ni siquiera cuando descubrí el escenario en el que supuestamente me ahogaba en mis sueños.

—No sabemos exactamente quiénes son ni por qué están tan interesados en ti —respondió Erwan.



—Nosotros no, pero tal vez mañana puedan explicarnos el motivo —dijo Álex.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su hermano.

—Pues que los nuestros han sabido desde siempre que el padre de Em no estaba muerto y que tenía una gemela.

—¿Cómo? —inquirió Ewan tratando de controlar su enfado.

—Eso no puede ser Álex, nos dijeron que lo habían sabido poco antes de la muerte de Em —replicó Gilles confuso.

—Papá también lo sabía —agregó Álex—, Amy tiene unas cartas que le fueron enviadas a su padre durante todos estos años en donde ponen de manifiesto la peligrosidad de mantenerla alejada de nosotros. Papá escribió una de ellas.

—Pero entonces eso quiere decir que sabían que esa gentuza suponía una amenaza directa para ellas —dedujo Ray.

Álex asintió pensativa.

—Si lo que dices es cierto la de mañana va a ser una reunión muy interesante —predijo Erwan con tono glacial.

—Cabrones mentirosos —maldijo Gilles con el rostro enrojecido por la rabia—, si han mentido en eso también es probable que sepan qué buscan de ellas los otros y nos lo han ocultado.

—Sí, pero con lo que no cuentan es con que tengo a dos de ellos en mi almacén esperando a que les saque algunas respuestas —afirmó Erwan levantándose de la mesita en la que estaba sentado—. Será mejor que vayáis a descansar, mañana va a ser un día muy largo.

—Voy contigo —anunció Ray.

—Vosotras dos os venís conmigo —dijo Gilles en un tono que no admitía réplica—, de momento esta noche dormiréis en mi casa, mañana ya se verá.

—Gilles —comenzó a decir Álex poco conforme con el arreglo.

—Han sido dos las veces que os han atacado, y las dos estabas con ella —la cortó su hermano— eso te pone en el punto de mira y no pienso correr ningún riesgo. Si lo prefieres puedo llevarte a casa de nuestros padres, pero sola no te quedas.

—De acuerdo —contestó con la cabeza gacha— voy con vosotros.

Ray los miró con cara de asombro ante la influencia que ejercía Gilles sobre la pelirroja; al parecer era el único capaz de convencerla para que hiciera algo contra su voluntad. Lo mismo sucedió conmigo, tampoco yo me atreví a poner ninguna objeción, lo último que necesitaba en aquellos momentos era quedarme sola con mis pensamientos.



## Capítulo 18

Hacia tan solo unos minutos que había salido el sol, pero el valle estaba cubierto de niebla. Observé las espléndidas vistas desde el sofá de la casa de Gilles con una taza de café en las manos. No es que me gustara especialmente, pero mi nuevo primo no disponía de hierbas para hacer infusión de modo que me había conformado con cualquier cosa caliente que pudiera llevarme a la boca. Me había pasado toda la noche en un estado de nervios que me habían hecho imposible conciliar el sueño, cansada, había decidido que era más productivo esperar la llegada del día en pie. Había hecho todo tipo de cálculas sobre lo que se me revelaría aquel día sobre mi familia, pero las posibilidades se me agotaban y rápidamente dejaban de tener sentido. Mejor esperar a que se explicaran personalmente.

—Eres muy madrugadora.

Me giré en dirección a la voz masculina que venía de la cocina para encontrarme con la alta figura de Gilles con el pelo alborotado y en pijama.

—No me digas que tú tampoco podías dormir —apunté en tono de burla.

—No hay nada que me quite el sueño, ninfa —respondió guiñándole un ojo. Buscó una taza y se echó café de la cafetera que había preparado un rato antes. La sombra oscura que había bajo sus ojos indicaba todo lo contrario, seguramente había pasado igual noche que yo—. No tienes muy buena cara —añadió sentándose en el sofá.

Me hice cargo del aspecto que debía de tener con el labio amoratado y la falta de sueño. Me había recogido el pelo en un moño alto y llevaba por ropa una camiseta de Gilles que me había dejado la noche anterior puesto que no tenía otra cosa que ponerme.

—No es que tú estés hoy de lo más seductor —repliqué encogiéndome de hombros.

Gilles rió haciendo una mueca de dolor. Tenía el lado derecho de la cara amoratado justo a la altura de la mejilla, pero eso no le quitaba atractivo; aun recién levantado parecía un modelo a punto para una sesión de fotos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó tras un largo silencio.

—Estoy muerta de miedo —reconocí sin dejar de mirar el valle—. No sé qué esperar de todo esto, y lo peor de todo es que no puedo largarme si no me interesa porque esa gentuza no va a olvidarse de mí, ¿verdad?

—No —respondió Gilles con pesar.

El silencio se instaló en la habitación mientras observábamos cómo la niebla iba haciéndose cada vez más débil.

—¡Buenos días! —saludó Álex canturreando al tiempo que se dirigía a la cocina a por algo de comer.

Miré a Gilles admirada por el buen humor de la pelirroja nada más levantarse. Él se encogió de hombros a la vez que hacía una mueca dando a entender que no preguntara. Apareció de nuevo con un vaso de zumo en una mano, mordisqueando una rebanada de pan de molde.

—¿Cuándo nos vamos?

—Pasaré Ray a recogerlos dentro de un rato —respondió su hermano. Nada más oír el nombre del moreno dejó de masticar borrando la sonrisa del rostro.

—¿Por qué tiene que venir con nosotros?

—Porque no pienso llevar mi TT por esos tortuosos caminos del infierno —respondió sin más.

Álex suspiró derrotada sabiendo que era mejor no discutir, al parecer cualquier asunto que pusiera en peligro la integridad de su coche tenía las de perder.

—Antes necesito pasar por casa para ducharme y cambiarme —anunció—, y estoy segura de que a Amy también le gustaría.

Asentí efusivamente con la cabeza.

—¿Qué tiene de malo mi ducha? —preguntó Gilles.

—¿Nos vas a dejar tú la ropa? —inquirió Álex—, ¿o nos presentamos con la de ayer?

—Mejor no —contestó con una sonrisa traviesa en el rostro mientras me lanzaba una mirada de reojo.

Unas finas gotas de lluvia empezaron a estamparse contra el cristal de la ventanilla del coche. El cielo estaba cubierto de negras nubes que flotaban a un nivel mucho más bajo de lo habitual. Parecía como si el tiempo se hubiese puesto acorde con mi estado de ánimo. Pensé que tal vez una ducha y ropa cómoda me sentarían de maravilla, pero ahora que nos dirigíamos al lugar de la cita me sentía como una colegiala a punto de hacer un examen importante.

Gilles me había acompañado a mi casa mientras Ray hacía lo mismo con Álex, para disgusto de esta. Al ver el coche de mi primo me vino a la mente la imagen de un coche igual que el suyo en el aparcamiento del área de servicio del túnel del Cadí. Me había estado siguiendo todo el camino, solo que unos cuantos kilómetros por detrás para no llamar mi atención.

Le había enseñado las cartas que enviaran a mi padre para que las leyese mientras me duchaba, desde entonces andaba meditabundo y con la mirada perdida.

Antes de salir del pueblo, el coche de Ray tomó el desvío a la izquierda que indicaba los baños termales. El paisaje estaba cubierto de nieve a ambos lados de la carretera. Pasamos de largo los baños y llegamos a un camino que prohibía la entrada a los coches pero, lejos de detenernos, Ray hizo caso omiso y nos adentramos por aquel agreste lugar. Unas montañas altas y escarpadas se elevaban a lado y lado del estrecho camino, a la izquierda del cual discurría el río Segre.

Llegamos a un carril rodeado de árboles y de dificultosa ascensión hasta que finalmente atisbamos una casa en medio de la nada. Otros coches habían sido aparcados a sus alrededores; los asistentes a la reunión habían ido llegando antes que nosotros. La mano grande y cálida de Gilles se posó sobre mi pierna en un vano intento de infundirme valor. Ray se apresuró a abrirme la puerta del coche con una amplia sonrisa en el rostro.

—¿Preparada?

Me limité a mirarle a los ojos para decirle sin palabras lo que sentía en aquellos momentos. Los padres de Gilles y Álex nos esperaban en la entrada de la casa. Adèle se acercó a mí y me abrazó con efusividad al tiempo que me besaba en las mejillas.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto —comentó.

La miré asombrada por aquella cálida muestra de afecto. Advertí que Robert me miraba con una expresión de ternura y una sonrisa apesadumbrada en el rostro.

—Amy, las circunstancias han sido las que nos han llevado a actuar de un modo del que no me siento nada orgulloso, pero ahora entenderás por qué no hemos podido formar parte de tu vida hasta este momento —explicó al tiempo que me estrechaba entre sus brazos.

Pestañeé algo emocionada por aquellas palabras. Aparte de mi padre, no compartía ningún lazo sanguíneo con nadie más, hasta ahora, y por alguna razón aquello me agradaba.

Entramos a la enorme vivienda. Se trataba de una masía típica pirenaica construida en piedra. Seguimos por un amplio corredor hasta llegar a unas escaleras. La vivienda parecía bastante antigua pues conservaba los suelos desgastados de piedra que debieron de ser los originales. Cruzamos la enorme puerta de madera que había al final de las escaleras y entramos en una enorme sala que me hizo recordar a las de las películas del Rey Arturo y sus caballeros de la mesa redonda. Habría unas cuarenta personas aproximadamente diseminadas en pequeños grupos de tertulia. Agradecí que mi tío Robert estuviera a mi lado con uno de sus enormes brazos descansando sobre mis hombros pues me sentía sumamente intimidada por aquella gente que me observaba sin disimulo.

Tan solo dos rostros conocidos había entre aquella multitud. Erwan, que conversaba con una mujer de mediana edad y una rubia despampanante que permanecía colgada de su brazo sin apartar la mirada de él como si el resto del mundo hubiese desaparecido; y Gérard que se encontraba justo en la parte opuesta. Al cruzarse nuestras miradas se disculpó con sus contertulios y se acercó a saludar.

—¿Cómo está ese brazo? —preguntó estudiando mi rostro con una mirada penetrante.

—Bien, gracias. No ha vuelto a dolerme —respondí algo incómoda por la intensidad de su mirada.

Una mujer mayor entró en la sala y con paso majestuoso se dirigió a la cabeza de la mesa haciendo que todos la imitaran y tomaran asiento.

Robert me acompañó haciendo gala de una gran empatía y se sentó junto a mí. Gilles ocupó el asiento que quedaba a mi izquierda haciéndome sentir reconfortada por su presencia. El silencio cayó como una losa en aquella enorme sala y todas las miradas se posaron en la mujer que permanecía en pie. Su rostro me resultó vagamente familiar. Se trataba de una mujer bastante alta para su edad, de aspecto imponente y mirada inteligente. Reconocí con cierta sorpresa que era la misma con la que había soñado días atrás.

—Queridas hermanas y hermanos —comenzó a decir—, como sabéis, el motivo de esta reunión es que tenemos al fin entre nosotros a la hija de Julie —explicó señalándome con la mano— y eso es una buena noticia pese a las trágicas circunstancias que todos conocéis.

Algunos asintieron con la cabeza apesadumbrados mientras otros me observaban llenos de curiosidad. Reconocí el rostro del guapo DJ que pinchaba la música en el Adytum la noche anterior. No me sorprendió que también estuviera en el ajo. Mis ojos se posaron sin querer en la morena figura de Erwan que enarcaba una ceja al tiempo que se cruzaba de brazos y apoyaba el peso de su cuerpo en el respaldo de la silla con la vista clavada en otra persona a la que parecía retar con la mirada. Seguí la dirección de su mirada hasta encontrarme con la de Gérard, el cual parecía lanzarle dardos envenenados con los ojos. Creía haber entendido, por lo que había explicado Álex, que eran amigos. Al parecer no estaban tan bien avenidos como había supuesto al principio.

—Aimée —dijo la voz de la mujer—, «la amada de tu padre»: muy apropiado. Armand era un hombre muy inteligente, pero tomó decisiones desacertadas, igual que nosotros—. Me envaré en el asiento al oír el nombre de mi padre—. Sé que tendrás muchas preguntas e incluso reproches, pero ahora entenderás de qué va todo esto. Mi nombre es Agnes y soy la que guía esta pequeña comunidad —comentó haciendo un gesto con las manos abarcando la totalidad de los asistentes.

Ni siquiera me sorprendí al oír su nombre, era la misma persona que había enviado todas aquellas cartas a mi padre.

—Hace miles de años, la Gran Diosa creó a todas las criaturas que habitan este planeta —comenzó a explicar—. Imagino que habrás oído hablar de ella, a lo largo de nuestra historia ha recibido cientos de nombres diferentes: Diosa Madre, Madre Tierra, Pachamama, Mari, Dana, Nerthus, Durga, Cibeles y así podría seguir durante un buen rato —continuó con paciencia gesticulando con las manos. Asentí con la cabeza sin acabar de comprender qué tenía que ver la mitología en todo aquello, de sobra conocía las diversas manifestaciones que se habían hecho de ella en las diferentes culturas a lo largo de la historia de la humanidad, en mi mente se formaron imágenes de las venus paleolíticas—. Junto a los humanos creó unas criaturas anatómicamente casi idénticas, dotadas de grandes dones. Estas tendrían un gran cometido para con la humanidad: por un lado, guiarlos en su camino evolutivo y, por otro, cuidar y atender a la Diosa con el fin de que el equilibrio de la naturaleza se mantenga intacto. Había una seria condición para que todo esto pudiera llevarse a cabo sin llamar la atención de los humanos y es que no podían utilizar su poder en beneficio propio —arguyó haciendo una pausa para asegurarse de que la seguía—. Pues bien —continuó—, esas criaturas de las que te hablo las tienes ante ti. —Abrí los ojos desmesuradamente sin comprender qué clase de broma era aquella—. Durante cientos de años cumplimos nuestro cometido, primero como brujos y chamanes, y luego formando parte de diversos consejos, siempre al lado del poder, pero en la sombra. Con el tiempo, el hombre comenzó a desoír nuestros consejos, sediento de poder como estaba; nunca era suficiente, siempre querían más. Algunos de los nuestros, cansados de aquella especie débil y corrupta a la que se nos había encomendado guiar, se revelaron pasando a formar parte activa del juego. Utilizaron sus dones para su propio beneficio. Esta ventaja les llevó a convertirse en seres muy poderosos. Afortunadamente, la Diosa, sabedora de que esto podría suceder, creó junto con el resto de seres vivos una casta que velaría por el buen funcionamiento de las cosas.

—De modo que vosotros controláis a los humanos y esta casta os controla a vosotros —interrumpí por primera vez—. ¿Y por qué crear a alguien para que os vigile si eso puede hacerlo ella?, la Diosa digo —añadí con cierto tono sarcástico.

No sé para qué me molestaba en intentar comprender toda aquella palabrería, aquella mujer estaba loca.

—Porque los dioses no están ahí para eso. Nos dan la vida y nos dejan a nuestro libre albedrío, del mismo modo que una madre hace con sus hijos. Los educan y los guían, pero no se puede intervenir siempre que se portan mal.

Bufé para mis adentros incapaz de replicar a eso. Reconocí que la tal Agnes era una buena oradora, como tantos otros charlatanes de las múltiples religiones y sectas que habían ido apareciendo a lo largo de la historia de la humanidad con el fin de convencer y controlar a las masas.

—Tres sumas sacerdotisas muy poderosas conformaban la casta de la que te he hablado. Ellas eran las únicas que tenían la capacidad de convocar a la Diosa para hacerla intervenir en asuntos mundanos. Y así lo hicieron cuando advirtieron que algunos de los nuestros habían perdido el norte y olvidado cuáles eran sus obligaciones para con la humanidad. La Diosa los castigó, pero no solamente pagaron ellos, el castigo fue ejemplar sin hacer distinciones entre culpables e inocentes. Aquello debía de servir para que futuras generaciones se lo pensarán antes de contradecir a su creadora. Eliminó los poderes de sus hijos dejándolos tan solo con un don, algo que los haría especiales situándolos por encima del ser humano para que pudieran seguir cumpliendo con el cometido para el cual habían sido creados. Algunos no se lo tomaron nada bien y la respuesta no se hizo esperar. La intervención de la Diosa había apagado el fuego, pero no había solucionado el problema porque una madre no espera que sus hijos se revelen contra ella y por ello actuó con desventaja. Acostumbrados a hacer siempre lo que les había venido en gana aquella afrenta supuso un antes y un después en nuestra raza. Los que se revelaron se tornaron más agresivos formándose de ese modo dos bandos: ellos y los que seguían los designios de la madre creadora. Para evitar futuras intervenciones acabaron con la vida de dos de las tres sumas sacerdotisas; la tercera logró escapar y ya nunca se supo de ella. Los nuestros se enfrentaban unos contra otros en la lucha de poder fratricida con total impunidad, atacando también a los que no estaban interesados en esas cuestiones mundanas y que seguían cumpliendo con su función como guías y protectores. Puedes imaginarte lo que sucedió a continuación. Como resultado, los seguidores de la Gran Madre tuvieron que organizarse pasando a vivir en pequeñas comunidades para no llamar la atención. De ese modo uno de sus dos cometidos quedaba sin poderse llevar a cabo: el de guiar a la raza humana. Se inició así una época bastante convulsa para el hombre en el que la inseguridad y la lucha de poderes era lo que movía a los diferentes pueblos; te hablo del medievo. Los nuestros tuvieron que protegerse formando guerreros de la propia raza que protegerían al resto de la comunidad. Posteriormente, tuvieron que protegerse de los propios humanos que iniciaron una guerra contra cualquier cosa que se alejara de las creencias de su nueva y, por llamarla de algún modo, rígida religión. Esta situación se ha mantenido hasta el día de hoy, pero ya no somos tan numerosos como antes pues nuestros enemigos, antes nuestros propios hermanos, han ido diezmando la existencia de nuestra raza—. Tras decir esto se quedó en silencio unos segundos con la mirada clavada en mi persona, atenta a mi reacción.

—Es una broma —dije tras unos instantes en un tono más afirmativo que interrogativo.

—No Amy, todo lo que te ha dicho Agnes es cierto —contestó mi tío Robert a su lado. Pestañee un par de veces seguidas sin dar crédito a la increíblemente absurda historia que acababa de oír. Paseé la mirada por los congregados, que permanecían en silencio mientras me observaban hasta toparme nuevamente con la azul celeste de Agnes.

Me levanté lo más dignamente que pude para el asombro de los presentes. Erwan, que había permanecido con la vista clavada en sus manos hasta ese momento, levantó la mirada y la posó en Gilles, que estaba a mi lado, en un gesto que no me pasó desapercibido.

—Encantada de haberos conocido —afirmé en tono de despedida.

Tras decir eso, separé la silla hacia atrás con la firme intención de alejarme de aquel excéntrico grupo con delirios de grandeza.

—No vas a ir a ninguna parte, jovencita —espetó la voz de Anges desde el otro lado de la extensa mesa.

—¿Y cómo me lo vas a impedir? —repliqué irritada—, ¿acaso piensas retenerme en contra de mi voluntad?

—Si es preciso lo haré —respondió la mujer sin perder la compostura mientras yo la miraba pasmada.

—Os dije que ella no era como Émilie —declaró Álex.

Aquel comentario captó toda mi atención, la miré sin comprender.

—No, ya veo que no —comentó Agnes acercándose a mí con la elegancia de la reina Cleopatra y tomándome de la barbilla como si no fuera otra cosa que su esclava—, tan parecidas y tan diferentes al mismo tiempo —manifestó pensativa mientras estudiaba mi rostro—, eres el vivo reflejo de tu madre: rebelde e impetuosa.

Hice un gesto con la cabeza hacia un lado para liberarme de la mano de la mujer. Esta sonrió con tristeza y regresó sobre sus pasos lentamente.

—Esto es lo que queda de la comunidad en la que creció y vivió tu madre.

—Hasta que conoció a mi padre y huyó de vosotros —repliqué con toda la malicia que pude reunir.

Agnes paró en seco y se volvió sorprendida.

—¿Eso te dijo él?

—Nunca me habló de vosotros, eso da que pensar, ¿no te parece?

—Lo hizo porque cumplió su promesa. —Esta vez me tocó a mí sorprenderme—. Tu madre murió días antes de dar a luz en un desgraciado accidente. Afortunadamente pudimos sacar a sus bebés a tiempo. Tu padre no soportó la idea de perderla y nos culpó de su muerte rompiendo toda relación con nosotros.

—Si eso que dices es cierto, ¿por qué iba a dejar a una de sus hijas en vuestras manos? —pregunté incrédula.

—Porque él no lo sabía.

Me senté de nuevo al oír aquella confesión, sintiéndome mareada de repente.

—¿Estás diciendo que el padre de Amy nunca supo que su esposa había dado a luz a gemelas? —preguntó Gilles tan desconcertado como yo—. ¿Tú lo sabías? —añadió mirando a su padre.

—No podíamos permitir que nos separara de ellas para siempre, quedarnos con una evitaría romper el vínculo —explicó Agnes.

—Y romper el vínculo que esa niña debería de tener con su única familia no importó, ¿verdad? —inquirí furiosa.

—Nosotros también éramos su familia —replicó Agnes—, y la tuya.

—¿Cómo pudiste permitir que eso sucediera? —dije en un hilo de voz mirando al hermano de mi madre.

Robert, que había permanecido hasta el momento con la cabeza gacha levantó la vista al oír mi recriminación.

—Yo nunca estuve de acuerdo, pero dadas las circunstancias no tuvimos muchas más opciones.

—Tu padre amenazó con revelar nuestro secreto al mundo si volvíamos a cruzarnos alguna vez —explicó Agnes.

—¿Y qué? —protesté—, ¿no podíais respetar su decisión y dejarnos en paz? —Una lágrima resbaló por mi mejilla—. Nos robasteis la vida de Émilie; y a ella un padre y algo más que una hermana.

—Comprendo tu enfado —dijo Agnes en un tono más dulce—, has sido educada entre humanos como uno más, pero no lo eres. ¿Crees que no hubiese sido más fácil para nosotros dejaros marchar? Durante años hemos cuidado de ti sin que tu padre sospechara, lo cual ha sido muy peligroso. Tienes que olvidar la vida que has tenido hasta ahora porque no es para ti. Tu lugar está aquí, entre nosotros, porque de otro modo nunca estarás segura.

—¿Y de qué le sirvió eso a mi hermana? —la corté elevando la voz, estaba empezando a perder la paciencia.

—¿Por qué no nos contáis qué es lo que quieren de ella que no encontraron en Em? —preguntó Erwan provocando que todas las miradas se posaran en él y en Agnes alternativamente.

Agnes emitió un profundo suspiro al tiempo que elegía las palabras adecuadas para explicar lo que tal vez debieran haber compartido con toda la comunidad mucho antes.

—Como bien sabéis las sumas sacerdotisas eran las únicas capaces de convocar a la Diosa. Si ellas morían nadie más podría hacerlo, de modo que los hermanos rebeldes decidieron matarlas para que nunca más pudiera ser convocada y poder actuar así con total impunidad. Asesinaron a dos de ellas y la tercera escapó: Enid. Nunca se supo de ella, se ocultó en algún lugar de la tierra pasando desapercibida, evitando a toda costa que su estirpe muriera con ella. Ella sola no logró reunirse con la Diosa pues no tenía suficiente poder, pero al parecer existe la esperanza de que esto pueda volver a ocurrir algún día ya que la sangre de Enid no desapareció. Desconocemos cuándo ocurrirá ni de qué modo. Pero sí que sabemos algo: Émilie y Aimée son descendientes de Enid.

Algunos de los asistentes a la reunión abrieron los ojos como platos; otros, los más mayores, no mostraron signos de sorpresa ante aquella revelación. Un murmullo general se instaló en la sala.

—¿Y cuándo pensabais contarnos ese detalle? —preguntó Erwan con el semblante amenazador—, ¿cómo vamos a protegerla si nos ocultáis ese tipo de información? —añadió alzando la voz.

—Esto no cambia las cosas —respondió un hombre de edad avanzada situado al lado derecho de Agnes—, vuestras órdenes eran no perderla de vista con el fin de protegerla.

—¡Eso lo cambia todo, maldita sea! —replicó Erwan dando un golpe con la palma de la mano en la mesa al tiempo que se ponía en pie—, quieren su muerte con el fin de evitar que pueda ponerse en contacto con la Diosa. Lo hicieron con Émilie y ahora van a por ella —dijo señalándome con el dedo. La crudeza de sus palabras me puso el vello de punta—. Es tan importante para ellos que están desesperados, se han vuelto temerarios y no pararán hasta conseguirlo si antes no les paramos los pies. Ayer entraron en mi local y delante de decenas de personas; de nuestras propias narices, pretendieron llevársela. Nunca antes habían actuado así.

—Para eso estabais allí, ¿no?; para evitar que ocurriera —respondió el hombre con la mirada dura clavada en él.

—Erwan tiene razón, Marcelle —intervino Agnes posando una mano sobre la del hombre.

—¿Sabías que Em corría peligro de muerte y no me lo dijiste? —inquirió Gérard con el rostro enrojado de la rabia.

Observé pasmada el curso de los acontecimientos mirando a unos y otros, confusa y sin saber cómo reaccionar.

—Gérard, querido, creímos que el secreto estaba a salvo, solo unos pocos de nosotros lo sabía. Desconocemos cómo lo han averiguado —explicó Agnes—. En cualquier caso, a partir de ahora tenemos que actuar con mucha precaución —añadió mirando a todos los asistentes—. Aimée, como has podido comprobar, continuamos llevando una existencia desapercibida. Vivimos en este pequeño pueblo, la mayoría de sus habitantes son los que ves aquí, y hemos tenido que vernos obligados a defendernos de nuestros propios hermanos de raza. Algunos de nuestros muchachos se dedican a proteger al resto de la comunidad, hay otros además de los que ya conoces—dijo refiriéndose a Gilles, Erwan, Álex, Ray y Gérard—; tu tío Robert es quien los lidera. Ellos no van a permitir que te ocurra nada.

—No es seguro que regrese a su casa sola —señaló Gilles.

Agnes asintió.

—Lo sabemos. Por eso pensamos que lo mejor es que de momento se quede con Gérard. Su casa es la que mejor protegida y apartada está. Aimée, te dejo en manos de mi nieto, él cuidará de ti —agregó con la vista clavada de forma significativa en el aludido que le devolvía la mirada con los ojos a punto de salirsele de las cuencas y la cara pálida.

No fue el único que mostró sorpresa, muchos de los presentes, entre ellos Erwan, miraban alternativamente a Gérard y Agnes con la incredulidad marcada en rostro.









El sonido de sus tacones sobre la fría piedra era lo único que se oía en aquel angosto pasillo situado en las profundidades de la tierra. Aquella era su guarida desde el día en que se organizaron como grupo, la sede donde llevaban a cabo sus reuniones, así como otras prácticas menos diplomáticas. Nadie sabía de su existencia, excepto un estrecho círculo de personas de la organización, y así debía seguir siendo.

El pequeño comité esperaba sentado alrededor de la gran mesa, a la espera de que ella llegara para iniciar la reunión. Era la máxima autoridad en aquel lugar, la cara visible, tan solo su poderoso aliado estaba por encima de ella. Su señor. Le había llevado muchos años granjearse su confianza y lo había conseguido gracias a su total falta de escrúpulos y su ilimitada ambición. La recompensa había tardado en llegar, pero había merecido la pena, ahora era el momento de demostrar que estaba a la altura de las circunstancias y nadie iba impedirle conseguir su objetivo.

—¿Por qué sigue ahí fuera? —preguntó en un tono de voz autoritario al entrar en la sala.

Las cinco personas que se encontraban allí sentadas se miraron los unos a los otros por ver quién sería el primero en hablar.

—La tienen bien vigilada.

—¡Y se supone que nosotros también! —le cortó furiosa dando un golpe con la palma de la mano sobre la mesa.

—Su gente se ha puesto en guardia y no nos lo va a poner fácil.

—Pues claro que no: ella es muy valiosa.

—Hay una mujer pelirroja que siempre va con ella —respondió un hombre joven de cabello rubio. Había estado tan cerca de atraparla en las pistas de esquí, que con solo pensarlo una rabia atroz lo embargaba—. Tal vez ella pueda darnos algunas de las respuestas que buscamos. —Una sonrisa de anticipación se instaló en la comisura derecha de sus labios.

—Pues ya tardáis en sacarle la información. Necesitamos saber cuántos son y hasta dónde piensan llegar para protegerla.

—Esos tipos son peligrosos, no se trata de aficionados, hemos perdido a dos de los nuestros.

—No sabemos dónde la tienen. Simplemente ha desaparecido del mapa —añadió otro de ellos.

—Encontradla —ordenó en un tono que no admitía réplica al tiempo que se apartaba el flequillo de su rubia y corta melena. Sus ojos gélidos como las aguas del ártico se posaron en cada uno de sus subordinados—. Esa mujer representa un gran peligro para nuestra especie, hay que acabar con ella antes de que lo haga con nosotros. Id a por la otra mujer y utilizadla para llegar hasta ella. No me importa cómo, pero la quiero viva, ¿entendido?

Todo lo que abarcaba mi vista era oscuridad. Desde la estrecha ventana de piedra de mi celda había una amplia panorámica del valle, pero aquella noche apenas podía distinguir los árboles del jardín. Pese a la quietud de la noche, una extraña desazón me impedía conciliar el sueño, como si mi cuerpo me impidiera bajar la guardia. Clavé la mirada en el oscuro infinito durante un buen rato, perdiéndome en mis propios pensamientos hasta que divisé un ligero resplandor en medio de la oscuridad. Con todos los sentidos puestos en aquella extraña luz, advertí que poco a poco iba creciendo a la vez que acercándose. Cambié de postura algo nerviosa sacando medio cuerpo por la ventana, en un intento de averiguar de qué se trataba. Unos instantes más tarde, un pequeño grupo de personas con antorchas hacía su aparición en la parte delantera del jardín. Algo me dijo que no venían a hacer una simple visita de cortesía.

Salí disparada de la habitación sin saber bien adónde dirigirme y a quién avisar. Nada más salir al pasillo, me crucé con diversas mujeres a las que no había visto nunca que corrian en la misma dirección. Decidí ir tras ellas sin que estas repararan en mi presencia, pese a que no era ese mi propósito. Fui a parar a una pequeña terraza que daba justo a la parte delantera del edificio donde un grupo de mujeres miraban aterrorizadas al gentío que se había congregado en la entrada. Una mujer de mediana edad y cabello claro, se adelantó de entre la camarilla de personas que acababan de llegar, y dirigiéndose a sus compañeros clamó a viva voz:

—¡Estas mujeres que hacen pasarse por hijas de Dios son en realidad unas adoradoras de Satán! —La chusma, que no superaría la veintena de personas, permanecía atenta a las palabras de la mujer—. Sacrifican niños; sus propios hijos, y beben de su sangre mientras bailan danzas demoníacas alrededor del cadáver. Yo he convivido con ellas y puedo aseguraros que lo que digo es tan cierto como que el sol saldrá por la mañana —agregó elevando los brazos para dar más dramatismo a su discurso. Tras decir eso, se giró en la dirección opuesta, clavando la vista en las mujeres que había en la terraza. Su mirada era fría y calculadora, una sonrisa cruel asomó por su rostro antes de añadir—: Hay una palabra que describe lo que son.

—¡Brujas! —dijo una voz de entre el gentío.

Una de las mujeres más jóvenes que había a mi lado se echó a llorar.

—¡Brujas!, ¡brujas! —empezaron a clamar enaltecidos por las palabras de la mujer.

Un ruido seco me despertó en aquel preciso instante, haciéndome incorporar de la cama del susto. Un sudor frío bañaba mi frente y el corazón me latía de forma descontrolada. Desorientada, pasé la vista por la habitación. Un tímido rayo de luz asomaba por una fina rendija entre las contraventanas revelando parte del mobiliario de la habitación. Los sucesos del día anterior vinieron a mi mente rápidamente, recordándome también el lugar en el que me encontraba.

Me levanté desganada a abrir los postigos para dejar entrar la luz del día. El sol acarició mi rostro y las vistas al bosque me hicieron recordar diversas imágenes con las que acababa de soñar cual si fuera una grabación de vídeo proyectándose en mi mente.

«Como si no tuviera suficiente con lo de ayer», pensé al recordar el funesto sueño.

Tras darme una reparadora ducha me dirigí a la habitación cubierta con la toalla para buscar entre mis cosas algo que ponerme. Advertí que el bolso que contenía las cartas y fotos que había encontrado en casa de mi padre había caído desparramándolo todo por el suelo. Pensé en que seguramente fuera aquello lo que me había despertado al caer de la silla.

Bajé a la primera planta en busca de algo que llevarme a la boca pues me sentía hambrienta. No divisé la presencia de Gérard por ningún lado.

La cocina era tan espléndida como el resto de la casa. Amplia y cuadrada, con una isla en el centro donde se podía preparar la comida a la vez que comer. Me senté en un taburete alto con un sándwich que me había preparado y un zumo de naranja que había encontrado en la nevera. Lo más asombroso de aquella casa era que formaba parte del bosque: dos de las cuatro paredes de la cocina eran acristaladas de modo que parecía que los árboles formaban parte de la vivienda, o al revés.

Pensé en los acontecimientos del día anterior con cierto fastidio. De todas las personas con las que me podría haber tocado compartir techo, Gérard era el que más me intimidaba. Su comportamiento conmigo había sido exquisito, pero ciertamente la noticia le había sorprendido tanto como a mí, de hecho me atrevería a afirmar que no estaba nada satisfecho con la idea de tenerme en casa.

Tras la extraña reunión me había llevado a mi casa a recoger mis cosas y luego me había traído a la suya donde prácticamente no nos habíamos cruzado el resto de día. Si al menos hubiera podido traerme a mi lobo me sentiría menos sola, pero el día anterior no lo había visto por la casa, de modo que tendría que encontrar el momento adecuado para pedirle a mi anfitrión si me permitía traerlo.

—Buenos días —dijo Gérard apareciendo por la puerta de la cocina con el semblante alegre.

—Hola —respondí impresionada de verlo tan contento, había dado por hecho que aquel día iba a ser similar al anterior e iba seguir evitándome.

—¿Cómo has pasado la noche? —preguntó al tiempo que se preparaba un café en una máquina de cápsulas.

—Mejor no te cuento.

—Entiendo que todo esto se te hace grande y parece inverosímil, pero es tan real como tú y como yo —comentó sentándose frente a mí.

Me quedé en silencio intentando ordenar las cientos de preguntas que pugnaban por salir a la vez de mis labios.

—¿Cuál es tu don? —pregunté finalmente. Gérard me miró entre sorprendido y divertido—. Agnes dijo que erais especiales, que teníais ciertos poderes o algo así.

¿Cuál es el tuyo?

—Sigues sin creer lo que te explicó ayer, ¿verdad? —quiso saber estudiando mi rostro atentamente. Me limité a encogerme de hombros, realmente no sabía qué creer de toda aquella historia—. Poseo el don de curar —admitió.

—Claro, eres médico —repliqué señalando lo obvio.

Aquella afirmación arrancó una sonrisa del apuesto rostro de mi interlocutor.

—Mucho antes de hacerme médico ya era capaz de curar a las personas. Con tan solo posar mis manos sobre el miembro lastimado el daño desaparecía. Estudié medicina porque era la única manera de que me dejaran acercarme a los enfermos. Imagínate la reacción de la gente si dijera que puedo curar con tan solo tocarles. Trabajo en el hospital de Osséja y me he ganado una buena reputación como cirujano, pero la realidad es que buena parte de las veces la medicina convencional no puede hacer nada por los pacientes o es demasiado lenta y dolorosa. En esas ocasiones es cuando actúo, no antes.

Sentí un escalofrío que me recorrió desde la espalda el resto del cuerpo. Sabía que lo que me explicaba Gérard era cierto. Recordé la sensación de calor y bienestar que me inundó cuando me curó el brazo, lo cual me llevaba a pensar que si aquello era verdad, el resto de la historia que me contara Agnes cobraba sentido.

—Tú lo sentiste, ¿verdad? —preguntó él—. Viniste con el brazo fracturado en dos partes; lo que no logro entender es de dónde sacaste las fuerzas para bajar la pista y llegar hasta aquí sin desmayarte.

—Estuve a punto de hacerlo varias veces, supongo que la adrenalina por sentirme en peligro me lo impidió. Suerte que Erwan estuvo todo el tiempo a mi lado.

No se me escapó la transformación que supuso la simple mención de aquel nombre en el rostro de Gérard. Parece que no eran tan buenos amigos al fin y al cabo.

—Eras la pareja de mi hermana, ¿no es cierto? —pregunté a bocajarro antes de perder la oportunidad de hacerlo.

Gérard me miró con tristeza antes de asentir con la cabeza.

—¿Cómo lo has sabido?

—Soñé contigo —respondí sin dar más explicaciones—. ¿Te recuerdo a ella?

—Mucho.

—Agnes debería haber tenido eso en cuenta antes de hacerme venir aquí. Entendería perfectamente que cambiáramos mi lugar de residencia temporal a otro sitio.

—Ni hablar —me cortó él—. Tengo que aprender a vivir con ello, y tu seguridad está por encima de todo.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Gérard se dirigió a un aparato que tenía una pequeña pantalla. Pulsó el botón y la cara de Ray apareció a todo color dentro de su Range Rover.

—Vienen los refuerzos —dijo este guiñando un ojo a la cámara de vídeo.

Gérard pulsó de nuevo el botón para permitir el paso a su amigo.

—Tengo que irme a trabajar. Es prácticamente imposible que alguien que yo no quiera entre en esta casa, pero por si acaso haremos turnos para que nunca estés sola.

Asentí sabiéndome segura.

Salí tras los pasos de mi anfitrión para recibir a Ray, que justo bajaba del coche cuando salimos al jardín. Este, con una sonrisa de oreja a oreja, abrió la puerta trasera de su todoterreno al tiempo que comentaba:

—Mira quién tenía muchas ganas de verte, no ha dejado de aullar en toda la noche.

—¡Llop! —exclamé al verlo precipitarse del coche en mi dirección.

El lobo se abalanzó sobre mí haciéndome perder el equilibrio, y llevándome contra el suelo.

—Gérard, ¿sería mucho pedirte que Llop se quedara aquí con nosotros? —pregunté desde el suelo abrazada al animal.

El aludido nos observaba con una mirada triste en el rostro, pensé que aquello sería pedir demasiado para él, aquella escena debía de haberla visto cientos de veces, pero con mi hermana de protagonista. Fui a abrir la boca para decirle que no importaba cuando asintió con la cabeza esbozando una media sonrisa. Feliz por la noticia, me lancé en sus brazos y le di un sonoro beso en la mejilla.

—¡Gracias! Te prometo que no notarás su presencia.

El rubor cubrió el rostro de Gérard que no debía de esperarse aquel efusivo gesto por mi parte, pero así era yo. Llop también se abalanzó sobre él, feliz por verle de nuevo.

—Quien ha traído a tu pequeño amigo he sido yo —se quejó Ray.

Sonreí al moreno antes de besarle la mejilla.

—Muchas gracias Ray. Prometo defenderte cada vez que Álex hable mal de ti —comenté con la mano en el corazón tratando de parecer seria.

—¿Eso hace? —inquirió frunciendo el ceño.

Sin poder aguantarme por más tiempo estallé en carcajadas.

Gérard se despidió de nosotros tras asegurarse de que todo estaba bien; las alarmas conectadas, las puertas de entrada cerradas y la promesa de que si pasaba cualquier cosa le avisaríamos de inmediato.

Mientras Ray se acomodaba en un sillón colocando los pies sobre la mesa como si de su casa se tratase, me dispuse a buscar algún recipiente que pudiera servir para poner agua al lobo, el cual andaba tras mis pasos sin perderme de vista.

—Alguien tendrá que ir a comprarte comida —señalé hablando con el animal.

Este ladeó la cabeza como si realmente pudiera entenderme.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Ray.

—Claro, necesitará comer. Como todos.

—Y qué le compras: ¿pienso para caniches?

—¿Se te ocurre algo mejor? —pregunté al tiempo que ponía los brazos en jarras.

—Es un lobo, no necesita que le pongas la comida. Si tiene hambre, caza —respondió—. Y hablando de hambre, ¿qué vas a prepararme para comer? —inquirió estirando los brazos sobre la cabeza entrelazando las manos en la nuca.

—¿Cómo dices?

—Yo vengo a protegerte y tú a cambio me haces la comida. Es un trato justo —respondió con una sonrisa lobuna en el rostro.

Me lo quedé mirando seriamente durante unos instantes antes de añadir:

—La verdad es que me lo pones muy difícil si quieres que interfiera por ti ante Álex.

—¿Y qué te hace pensar que eso me interesa?

Me encogí de hombros al tiempo que me sentaba en el sofá que quedaba justo al lado del suyo con gesto de interés.

—Teniendo en cuenta que el sentimiento es recíproco, ¿por qué trabajáis juntos?

—No te equivoques monada: ella trabaja para mí, que no es lo mismo. —Enarqué la ceja dejando entrever que para mí era más o menos la misma cosa—. Hay que saber separar lo personal de lo profesional; ella es la mejor en su campo y por eso la mantengo en mi empresa pese a sus impertinencias, del mismo modo que a ella le interesa conservar su trabajo pues le pago mejor de lo que lo haría la competencia.

—Y el único interés que tienes en la pelirroja es el estrictamente profesional —afirmé con incredulidad.

—Exacto. Pero basta de hablar de mí —contestó con cierto tono de mofa—, por qué no me hablas de tu novio: Marc, ¿verdad? ¿Has pensado ya cómo vas a romper con él?

Pestañee varias veces antes de responder.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Tuve que investigarlos a todos para descartar que colaboraran o formaran parte de las filas del enemigo —respondió. Al ver la perplejidad absoluta reflejada en mi cara se apresuró a añadir—: Estaban todos limpios.

—Pues claro que estaban limpios, ¿qué esperabas? —repliqué indignada de saber violada mi intimidad y la de los míos.

—Entiendo que no te resulte agradable, pero era necesario. Pese a que nosotros desconocíamos qué buscaban de Émilie, sabemos que tenemos enemigos jurados desde que mamamos el pecho de nuestras madres. Nos prepararon para defender al resto del grupo precisamente de ellos y, responsabilizarlos del asesinato de tu hermana fue como sumar dos más dos —explicó en un tono más serio.

—¿Y no es un poco coñazo? —pregunté curiosa—. Quiero decir: tú tienes tu vida, igual que mis primos; Gérard; Erwan y supongo que los otros, y tenéis que poner por encima de todo la seguridad del resto de la comunidad. Ahora mismo, por ejemplo, podrías estar jugando a pádel o qué sé yo y, en cambio, tienes que estar aquí conmigo. ¿Qué pasaría si vinieran ahora mismo?

—Que tendrían que matarme para poder acercarse a ti —respondió secamente.

—A eso me refiero, ¿es que acaso mi vida vale más que la tuya?

—No se trata de eso. Es lo que somos, nuestro sino, protegemos a los nuestros porque sin ellos todo esto no tendría sentido —explicó con paciencia—. Deja de pensar como una simple humana porque de otro modo nunca podrás comprenderlo —añadió tocándose la frente con el dedo índice.

Me quedé pensativa unos instantes intentando comprender lo que me decía. Necesitaría algo de tiempo, pero antes tendría que acabar de crearme la historia que me contara Agnes porque aún había muchas piezas sin encajar.

—¿Cuál es tu don? —pregunté al cabo de un rato.

—No siento el dolor.

—¿Qué clase de don es ese?

—De la clase que te hace letal en la lucha cuerpo a cuerpo. No hay distracciones porque no siento nada cuando me devuelven una estocada de modo que nada me impide acabar con mi presa.

—Visto de ese modo no está nada mal, pero eso también te impide apreciar la gravedad de una herida, ¿no es cierto? Podrías desangrarte y morirte sin apenas notarlo.

—Cierto. Es un arma de doble filo.

—Entonces, lo que pasó la otra noche en el Adytum, ¿es algo normal para vosotros? Álex se deshizo de aquel tío sin apenas pestañear y en un momento ahí estabais los tres repartiendo golpes. —Ray asintió con una sonrisa en los labios.

—Hay una comunidad cerca de aquí, no sabemos exactamente dónde. Hasta ahora han pasado bastante desapercibidos, pero de un tiempo a esta parte los enfrentamientos con ellos son cada vez más frecuentes. Creemos que están aumentando sus filas. Puede que sepan incluso dónde vivimos y por dónde nos movemos, y eso les da cierta ventaja sobre nosotros.

—Cuando dices enfrentamientos, ¿exactamente a qué te refieres?

—Pelean en las que alguien acaba muerto —contestó. Abrió los ojos desorbitadamente al tiempo que Ray se apresuraba a continuar con su explicación—: Aparte de nosotros, que hemos estado protegiéndote y vigilando tu casa, hay otros, aunque no los suficientes. Desde pequeños se nos prepara para esto. Debajo del Adytum hay una sala donde entrenamos diariamente y en donde podemos ser nosotros mismos sin llamar la atención de los humanos o de nuestros enemigos. Es muy difícil pescar a esos desgraciados porque hacen una vida completamente normal, lo único que los hace diferentes es que van a la caza de los nuestros cual si fueran cocodrilos. Nos vigilan, esperan al acecho y cuando pueden atacan, los muy cobardes. Pero lo que no saben es que tenemos un arma muy peligrosa para ellos —afirmó con media sonrisa en el rostro—: Y esa es tu prima Álex. La pelirroja es capaz de diferenciarlos con tan solo posar su mirada en ellos. Nosotros podemos distinguir a los de nuestra especie del mismo modo que podemos diferenciar una rata de un conejo. Pero Álex además puede ver qué tiene aquella persona en el alma. De ese modo podemos seguirles y cuando tenemos a unos cuantos preparados para atacarnos, ¡zas! —exclamó chocando el puño con la palma de la otra mano.

—¿Y por qué no les seguís hasta su guarida o comunidad?

—Porque tienen las espaldas muy bien guardadas. Trabajan en pequeños grupos y al parecer reciben órdenes de alguien que les lidera, pero ciertamente no viven

como nosotros. Estos grupos de guerreros tienen como única meta acabar con los nuestros, no hay una vida detrás de todo eso. Por lo tanto hasta que no acaban su misión no se ponen en contacto con los otros, ni cambian su lugar de residencia, así, si les pillamos, no ponen en peligro el resto de su comunidad.

Toda aquella historia me resultaba abrumadora, pensar que la raza humana había estado acompañada todo este tiempo por una especie que se situaba muy por encima dentro de la cadena de la evolución, era cuanto menos inquietante.

El resto del día lo pasamos sin apenas notarlo, entre chanzas y risas. Pasar tantas horas juntos me permitió conocer mejor al moreno, el cual resultó ser encantador. Debajo de aquella fachada de déspota engreído que utilizaba especialmente cuando Álex andaba cerca había un hombre tremendamente atento y divertido.

El tema de los dones me pareció sumamente interesante, no es que resultasen ser grandes poderes, pero hasta ahora lo que había descubierto no me resultaba tan inverosímil como había pensado en un principio.

«¿Y tú qué poderes tienes Amy?», me pregunté pensativa mirándome en el espejo del baño que había en mi habitación. Unos ojos penetrantes me devolvieron la mirada a través del cristal. Las palabras de Gilles vinieron a mi mente: «Nunca he visto a nadie con esos ojos grises tan increíbles, en otro tiempo te habrían quemado por bruja», aquella afirmación cobraba otro sentido en aquel momento, pero ¿qué había querido decir exactamente? Ciertamente eran algo singulares, el color del iris era de un gris azulado que no tendrían nada de peculiar si no fuera porque parecían estar perfilados con *kohol*, el círculo que lo delimitaba era de un gris tan oscuro que casi parecía negro, del mismo modo que las pupilas. Eran bonitos, no sabía de quién los había heredado, pero desde luego no de mi padres.

Coloqué de nuevo el cepillo de dientes en un vaso de porcelana que había a un lado del lavabo, cuando oí los pasos del que sin duda era Ray entrando en la habitación. Asomé la cabeza hacia el dormitorio y lo vi sacudiendo la almohada de mi cama.

—Estoy destrozado, ni si quiera me has dejado echar una cabezadita después de comer—dijo despreocupadamente al tiempo que se tumbaba sobre la cama—. Espero que no te importe que duerma desnudo, no he traído pijama.

—¿Cómo? —inquirí perpleja.

—Se me ha pedido que no te pierda de vista y eso voy a hacer.

—Ni lo sueñes —repliqué. Ray estalló en carcajadas mientras lo miraba con el ceño fruncido al tiempo que añadía—: Te encanta tomarme el pelo, ¿verdad?

—Es divertido —dijo levantándose de la cama—. Hay un sistema de seguridad infalible en esta casa que estamos instalando en todas las demás. Es imposible que alguien se acerque al perímetro de la vivienda sin que esta nos avise, de modo que puedes descansar tranquila —explicó en un tono más serio—. De todas formas, te pediría que no cerraras la puerta del dormitorio. Si necesitas cualquier cosa estaré abajo trabajando.

Asentí agradecida sabiendo que aquella iba a ser otra noche difícil en la que no habría sueño reparador para mí. Mis demonios aguardaban al acecho para deleitarme con nuevas pesadillas.



## Capítulo 20

El olor a pan tostado se introdujo por mis fosas nasales despejando la bruma de la inconsciencia. Me desperecé en la cama advirtiendo que el nórdico estaba enredado entre mis pies, haciéndome sentir de inmediato el gélido frío en todo el cuerpo. Abrí las contraventanas para dejar pasar la luz natural y rápidamente me dirigí al cuarto de baño en busca de una ducha bien caliente. Me detuve al pasar frente al espejo a estudiar el horrible aspecto que presentaba aquella mañana. Unas sombras oscuras asomaban bajo los ojos dándome un aspecto demacrado y enfermizo.

Aquella noche había sido igual de larga que la anterior; otra vez había tenido el mismo sueño. No es que careciera completamente de sentido, lo más probable era que las últimas revelaciones en cuanto a lo que a mi familia se refería me sugestionase a soñar con ese tipo de cosas, al fin y al cabo eso es lo que eran ellos, ¿no? Encaustrados en la tradición de la antigua religión, hombres y mujeres fueron acusados miles de años después de su aparición, de practicar la magia y adorar al Diablo simplemente por mantener unas creencias diferentes a la que preconizaba el cristianismo, pese a no hacer ningún mal con ello a nadie; aunque, bien mirado, si daba crédito a la historia de Agnes, era posible que detrás de aquellas acusaciones hubiese algo de verdad.

Al entrar en la cocina me topé con Adèle, que preparaba el desayuno, y mi tío Robert, que permanecía distraído leyendo un periódico.

—Buenos días, mi niña —dijo la mujer regalándome un tierno abrazo.

—Hola —respondí contenta de verlos—. ¿Dónde está Ray?

—Le pedí que se fuera —respondió Robert—, ha estado toda la noche de guardia.

—Gérard ha tenido un asunto urgente en el hospital y no sabemos cuándo vendrá —comentó Adèle.

Asentí, aunque no me tragué la excusa del rubio, tampoco es que pudiera reprocharle nada; solo él sabía lo duro que era tenerme en su propia casa compartiendo techo.

Llop se acercó a saludarme, había pasado parte de la noche fuera, como buen cazador, y en aquellos momentos se paseaba satisfecho por la cocina, encantado de formar parte de aquella escena tan familiar.

Adèle me hizo sentar en uno de los taburetes, poniéndome delante sendos platos repletos de comida, los cuales devoré con apetito. La verdad es que me sentí muy a gusto compartiendo desayuno con ellos como si lo hubiera hecho toda la vida y no los acabara prácticamente de conocer, decidí dejar las preguntas para más tarde con el fin de no estropear el momento.

—Álex nos pidió que te trajéramos tu bolso, lo olvidaste en el local de Erwan —explicó Adèle señalando el lugar que ocupaba en el sofá.

Prácticamente me abalancé sobre él en busca del móvil.

—Mierda —dije al ver las doce llamadas perdidas de mi amiga Judit.

—Oh. No te preocupes por tu amiga, esta mañana hablé con ella —comentó sonriente.

—¿De veras?, ¿y qué le has contado?

—Bueno, que soy tu tía y que estás perfectamente. Le dije que te habías dejado el móvil en casa. Es una chica encantadora.

Robert se levantó del taburete de la cocina y se sentó en un sillón enfrente del sofá en donde me encontraba.

—Supongo que tendrás cientos de preguntas —afirmó colocando los codos sobre las rodillas.

Asentí con la cabeza reparando por primera vez en que tenía los ojos algo parecidos a los míos.

—Háblame de mi madre —dije acomodándome en el sofá.

Robert se quedó pensativo unos instantes mirándose las manos antes de contestar.

—Ella era un alma libre —comenzó a explicar—, completamente impredecible. No te conozco demasiado, pero por lo que he visto y lo que me han explicado mis chicos puedo afirmar sin temor a equivocarme que eres igual que ella: y eso no es bueno. —Enarqué una ceja al oír aquel comentario—. No me malinterpretes, yo amaba a tu madre muchísimo; pero su carácter impetuoso nos dio muchísimos quebraderos de cabeza a mis padres y a mí. Ella no quería esto. Quería ver mundo. Se fue a estudiar a Barcelona y allí conoció a tu padre. Tu abuela, que fue la antecesora de Agnes, la convenció para que volviera con nosotros junto con tu padre. Los demás no vieron con buenos ojos la relación de tus padres pues él no era uno de los nuestros, pero Julie antes de que la obligaran a separarse de su amado se quedó embarazada prometiendo que si no podía tenerle se marcharía con él.

—¿Y desde cuándo es malo defender lo que quieres? —pregunté con el ceño fruncido sin comprender aún lo que quería decir mi tío.

Robert dibujó una sonrisa triste en su rostro antes de volver a hablar:

—Por fortuna, tu padre era un hombre muy cuerdo e inteligente que la supo llevar por buen camino. Él sabía cómo lidiar con ella y salir exitoso. Émilie se parecía mucho a él.

Ahora entendía por qué mi padre y yo nos llevábamos tan bien pese a lo diferentes que éramos. Si tanto me parecía a mi madre, debió de haber sido muy duro para él pues mi presencia debió de ser un recuerdo constante de lo que había perdido.

—¿Em también era como Álex?, me refiero a si también estaba metida en todo el asunto ese de proteger al resto del clan y eso.

—No. Em era muy buena con los números. Trabajaba con Gilles, y llevaba la contabilidad del negocio de Erwan. Álex es la única mujer entre nuestros guerreros.

—¿Guerreros? —Mi tío asintió. Aquella palabra me sonó de lo más arcaica—. Entonces, dentro de la comunidad están los guerreros y los que no lo son, y ¿estos últimos que hacen?

—Intentar llevar una vida normal sirviendo a la Diosa, para que el equilibrio de la naturaleza permanezca intacto pese a la época que nos ha tocado vivir, e intentar sobrevivir transmitiendo nuestros conocimientos a las generaciones que nos siguen —respondió Adèle.

—¿Quién decide quién va a ser un guerrero y quién no?

Realmente me llamaba la atención aquel tema, era como hacer un salto en el tiempo para aterrizar en épocas pretéritas en las que tan solo la ley del más fuerte podía asegurar la continuidad del clan.

—Yo. No todos los hombres tienen aptitudes para luchar y matar en caso de necesidad, no tengo muchos guerreros, pero los que hay son letales. Algunos tienen dones que les hacen muy poderosos.

—¿Por qué solo hay una chica?

—Ninguna otra ha mostrado interés, ni aptitudes para serlo. Reconozco que no me acaba de gustar la idea de tener a mi hija en primera línea, pero es ágil como una

serpiente y muy buena con los cuchillos. Además su don hace que sea indispensable en muchas operaciones.

—Me parece que no eres el único al que no le gusta la idea de que ella esté con los guerreros —murmuré, pensando en Ray y la extraña relación entre ambos.

Robert asintió con la cabeza.

—Pensamos que Álex iba a ser un chico—explicó mi tía—. Nosotros no vamos a los hospitales a tener a nuestros hijos, ni nos hacemos toda esa infinidad de pruebas. Siempre hemos sido autosuficientes en ese sentido. La sentía dentro con muchísima fuerza, hasta que salimos de nuestro error al verla por primera vez.

—Y entonces cambiamos el nombre de Alexandre por el femenino, Alexandra —añadió su marido con una sonrisa cómplice en los labios.

Me hablaron también del resto de la familia que no había conocido en un intento de recuperar el tiempo perdido y conocernos mejor. Reconocí que me habría gustado que aquellas personas hubieran formado parte de mi vida mucho antes, pues aparte de mi padre no había tenido más relaciones familiares. Al menos había tenido a Judit que era como una hermana para mí. Al pensar en ello me decidí a llamarla, aunque no pensaba informarle de todo lo que había descubierto, al menos no de momento.

Cogí mi bloc de dibujos y me fui al jardín a pintar. Necesitaba salir al aire libre y respirar su pureza pese al gélido frío. Robert no había estado muy conforme con la idea de que estuviera en el exterior pese a la seguridad y el muro que rodeaba el perímetro del jardín. Había accedido finalmente con la condición de que me mantuviese en todo momento a la vista desde el interior de la casa.

Tras llamar a mi amiga me senté en una butaca con el cuaderno sobre las piernas, sintiéndome aún alterada por la conversación telefónica. La bronca de Judit había sido mayúscula, había intentado calmar sus ánimos, pero sin éxito alguno.

Judit era unos meses mayor que yo, y por lo tanto se comportaba como si fuese mi hermana mayor, con todos los derechos que eso creía darle sobre mí. Cierto que su comportamiento era más maduro y su sentido común estaba mucho más desarrollado que el mío, pero ya era bastante mayorcita como para cuidarme sola.

Sonreí con tristeza al pensar en la poca confianza que mostraban los demás hacia mi persona. Así había sido siempre con mi padre, incluso ahora tenía la sensación de que mi nueva familia y amigos andaban con pies de plomo a mi alrededor como si esperaran que en cualquier momento pudiera cometer algún tipo de majadería que los pusiera a todos en peligro. No me habían pasado desapercibidas las alusiones a mi hermana y a lo diferentes que éramos, al parecer no estaba a la altura de las circunstancias, como tampoco lo estuvo mi madre por lo que había dejado entrever mi tío. Puede que no fuera la persona más fácil de tratar del mundo y que mis patrones de conducta fueran algo inestables, pero no era una irresponsable como pensaban lo demás. Reconocía que era algo más impulsiva de lo normal y que tenía dificultades para cerrar la boca en ciertas ocasiones, pero no por ello suponía una amenaza para mí misma. Simplemente actuaba según me parecía mejor en cada momento, sin pensar en posibles consecuencias ni en las normas impuestas por los demás.

Observé el dibujo que había realizado de forma semiautomática en el papel y me sorprendí de su realismo. Había fuego por todas partes y gente que intentaba ponerse a salvo. Se trataba del sueño que desde hacía dos noches me perturbaba de tal modo que me resultaba imposible descansar. Acaricié el suave pelaje de Llop, que permanecía sentado a mi lado, mientras intentaba darle algún sentido a todo aquello. Cabía la posibilidad de que no se tratara de una simple pesadilla, como había pensado al principio. Tal vez aquellos sueños estaban relacionados con mi propio don, porque suponía que debería de tener uno, ¿no?

La idea de que aquellos sueños fueran imágenes de algo que había ocurrido en el pasado y de que estuviera relacionado con mi familia me aterrorizó. Lo más probable era que viniesen a mí por algún motivo, igual que había pasado con la muerte de mi hermana, y si eso era así, no pensaba parar hasta llegar al fondo del asunto.



## Capítulo 21

Desde el lugar que ocupaba en la terraza podía ver lo que sucedía en el jardín. Las mujeres que había junto a mí compartiendo aquel pequeño espacio estaban muy nerviosas, algunas habían bajado para intentar convencerles de que se marcharan. El gentío gritaba con las antorchas en la mano animados por la mujer que los lideraba. De pronto todo quedó en silencio. Observé que la puerta principal se abrió y una mujer más mayor que la que guiaba al tumulto se plantó delante de esta con toda la gracia y la majestuosidad de una reina.

—¿Qué es lo que pretendes Grâce?

—Erradicar el mal —respondió con una sonrisa perversa.

—Tú eres la viva imagen del mal —respondió la mujer.

—¿Y qué vas a hacer?, ¿algún sortilegio para eliminarme? —preguntó de forma teatral para que la muchedumbre escuchara sus palabras—. No vamos a permitirlo. ¡Cogedla!

Dos hombres robustos se adelantaron y la sujetaron de los brazos. Las mujeres que había en la terraza exclamaron indignadas por el trato que estaban dando a la que seguramente era su mentora. Todo sucedió muy rápido a continuación. Arrastraron a la mujer hacia uno de los árboles que había a la entrada del jardín y la ataron con una cuerda. Colocaron ramas secas a sus pies bajo la mirada incrédula de todos. Otras mujeres salieron de la puerta principal para detener aquel abuso, el miedo se palpaba en el ambiente del mismo modo que el frío invernal. El gentío impidió que las mujeres se acercaran a la otra que ya tenían atada al árbol.

—Espero que sirva de lección a todas —dijo mirando a las mujeres que luchaban sin éxito por llegar hasta su compañera.

Y haciendo oídos sordos a las súplicas de estas alzó la mano en dirección a uno de los hombres que portaba la antorcha. Este se acercó a la mujer y prendió las ramas que había a sus pies.

Una llama cobró vida ante los ojos incrédulos de los espectadores. Un grito desgarró el aire en el momento en que comenzó a prender con fuerza.

—¡Madre! —bramó una joven estirando una mano en un intento de llegar hasta ella. Luchaba con todas sus fuerzas como una loba, pero otros brazos le impedían moverse de su sitio.

Las llamas prendieron rápidamente el vestido de la mujer, que se mantenía impassible con la mirada fija en aquella que la había sentenciado.

Ningún lamento salió de su boca.

El olor a carne quemada inundó mis fosas nasales. El horror se apoderó de mí atrapándome entre sus monstruosos brazos.

Incapaz de respirar sentí que me ahogaba, el aire no llegaba a mis pulmones por más que trataba de inspirar aquel oxígeno corrompido de dolor y muerte. Intenté liberarme de aquella opresión, pero cuanto más lo intentaba más atrapada me sentía.

Descubrí horrorizada que el dolor de la mujer atrapada por las llamas de la hoguera era mi dolor.

—Amy despierta, soy yo.

Enfoqué la vista hacia la figura que me sujetaba con cara de preocupación. Sentí las mejillas húmedas y aún respiraba con dificultad, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante un buen rato. Con manos temblorosas me abracé al hombre que intentaba consolarme al tiempo que nuevas lágrimas se deslizaban por mi rostro.

Gérard me acunó en sus brazos, una mano reconfortante me acariciaba la espalda.

—Ha sido una pesadilla —me dijo en un tono de voz suave.

—Era tan real —musité.

—Lo sé, cielo —respondió secándome las mejillas.

Su mirada celeste estudió mi rostro durante largo rato hasta que finalmente se levantó de la cama de forma brusca, como si de repente advirtiera que algo contagioso habitaba en mí. Aquel cambio de actitud me desconcertó, aunque procuré que no lo advirtiera.

—¿Por qué no te preparo algo caliente mientras me cuentas lo que ha pasado? —preguntó en un tono algo más distante.

Asentí mientras me ponía las zapatillas e iba tras sus pasos.

Advertí, mientras me acurrucaba en el sofá, que pronto amanecería. La suave luz que precede al gran astro empezaba a asomar tímidamente entre la negrura de la noche. Llop se subió junto a mí, rozándome el cuello con la cabeza. Aquella muestra de cariño me arrancó una sonrisa.

—Será mejor que bajas —le pedí empujándolo en vano con los brazos al ver que el dueño de la casa se acercaba.

—No importa, Em lo tenía muy mimado. Imposible que a estas alturas intentes obligarle a hacer algo que no quiere —dijo al tiempo que me ofrecía una taza de algo humeante.

—¿Ella vivía aquí? —pregunté sorprendida de que no se me hubiese ocurrido antes.

—No se había instalado del todo. Digamos que vivía en ambas casas. Cuando me tocaba trabajar de noches en el hospital se quedaba en la suya.

Me llevó la taza a los labios y sorbí su contenido. Un calor reconfortante entró por mi garganta hasta llegar al estómago.

Imágenes sueltas del funesto sueño empezaron a asaltar mi mente. En mi fuero interno sabía no había sido un producto de mi imaginación, un simple sueño sin sentido.

Era la tercera vez que soñaba con lo mismo; si tenía en cuenta que los anteriores sueños mostraban sucesos que ya habían ocurrido, aquel no debía de ser diferente.

Pensar en ello me erizó el vello del cuerpo.

—Ella también tenía pesadillas, ¿verdad?

Gérard asintió. La forma en que él me había calmado me había hecho sospechar que ya debía de haberlo hecho muchas otras veces.

—Era su don —respondió—. Podía ver pasado y futuro a través de los sueños. No siempre era algo malo como te ha pasado a ti. Has heredado el mismo que ella.

—No creo que sea un don. Lo que veo no me gusta.

—Puede que no sea exactamente como el de tu hermana.

—¿De qué sirve soñar con cosas horribles que ya han pasado?

—Tal vez para desenterrarlas.

—¿Para qué?

—Para que se sepa. —Lo miré comprendiendo adónde quería ir a parar—. Gilles me explicó que soñabas con lo que le pasó a Em. Gracias a eso pudiste saber qué estaba pasando a tu alrededor. Averiguaste lo de tu hermana antes de que te lo contásemos. Me dijiste que habías soñado conmigo y sabías lo que Em era para mí. Imagina si pudieras ver el rostro de su asesino. Hay cosas que no deben de ser enterradas y olvidadas Amy, y parece que tú tienes el poder de hacerlo.

Tenía razón, lo que me llevaba a pensar nuevamente en el sueño que todavía tenía fresco en la mente.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

El teléfono de Gérard sonó sobre la mesa de la cocina con un pitido que me sobresaltó. Desde el sofá le oí mantener una conversación que duró apenas unos instantes. Acto seguido su alta figura apareció en el salón con el semblante tenso.

—Amy, ha surgido algo, ¿quieres acompañarme?

—¿En serio?, ¿puedo? —pregunté entusiasmada ante la idea de poder salir al fin de aquella casa.

—No tengo tiempo de esperar a que venga alguien a sustituirme.

—Me cambio en un segundo —me apresuré a decir al tiempo que subía las escaleras antes de que cambiara de idea.

Cinco minutos después Gérard arrancaba el motor de su todoterreno, un Mercedes G cuyas salpicaduras de barro apenas dejaban entrever el color negro de la chapa. El camino era tan escarpado que tuve que agarrarme al asiento para no golpearme contra el cristal.

—¿Adónde vamos?

—A casa de mi madre. Ella está enferma —respondió escueto.

Lo miré, pero no hice ningún comentario. Si él no quería explicarme nada más estaba en su derecho.

El camino no mejoró en todo el trayecto. Me pareció curioso el lugar donde había ido a elegir su residencia. Más aún cuando tenía que bajar cada día a trabajar al mundo civilizado.

—¿Por qué vivir tan aislado de todo? —pregunté rompiendo el silencio reinante en el coche.

—¿Por qué no?

—Bueno, el hombre es un ser sociable. Necesita relacionarse con otros para desarrollar todas sus capacidades y ser feliz.

—¿Eso crees? —respondió desviando la atención del camino durante unos instantes para centrarla en mí—. ¿Sabes lo que veo cada día en el hospital? —Me abstuve a responder, sabía perfectamente a qué se refería—. Lo único que necesito al salir de allí es desconectar y alejarme de todo ese horror. Si en algún momento me apetece relacionarme con otras personas lo hago. Lo que no puedo entender es cómo has podido vivir tú durante tanto tiempo en un hormiguero —añadió con un amago de sonrisa en el rostro.

Pestañeeé un par de veces sin saber qué contestar, no se me escapó que había hecho referencia a mi hogar en pasado. Al parecer aquella parte de mi vida tenía que quedar atrás. Con un escalofrío me abracé a mí misma sintiéndome perdida, lo que significaba aquella revelación era algo que aún no había sido capaz de asimilar. Dejarlo todo atrás era algo para lo que no creía estar preparada.

—Hemos llegado.

Con un gesto impaciente puso el freno de mano antes de bajar del coche de forma apresurada. Salí tras él advirtiéndole que a nuestros pies quedaba el pueblo de Llo. La casa estaba ligeramente apartada del núcleo urbano, pero formaba parte del pequeño pueblo.

Se trataba de una vivienda sencilla, pero muy acogedora, rodeada de un pequeño jardín. Un perrito se acercó a mis pies meneando la cola. Tras olisquearme comenzó a dar saltitos en un intento de llamar mi atención. Sonreí al tiempo que me agachaba para saludarle.

Al entrar en la casa percibí el aroma de la enfermedad como un frío gélido instalado en las entrañas de aquellas paredes. Una mujer menuda de rubios cabellos se encontraba estirada en el sofá cubierta por una manta de lana de vivos colores. Gérard se había agachado frente a ella y la examinaba con mano experta. Al verme, la mujer se llevó una mano al corazón mientras su rostro se transformaba en algo que no pude determinar.

—¡Oh, Dios! ¿De verdad eres tú? —dijo estirando una mano para que me acercara. —Ven, deja que te vea. Mi nombre es Constance. —Me acerqué al sofá y me senté junto a ella—. Eres igual que tu madre —añadió tocándome el rostro y las manos.

Desde que estaba allí había oído muchas comparaciones en las que normalmente salía bastante mal parada, por eso sin querer me envaré sobre mi asiento al escuchar aquella. Miré algo desconcertada a Gérard y a la mujer que me estudiaba con tanto interés.

—Mi madre puede leer el interior de las personas.

—Y el tuyo es hermoso —añadió ella—. Julie y yo éramos amigas, ¿sabes? Era una muchacha increíble. —Tras decir aquello se quedó pensativa y unos instantes, después añadió con el ceño fruncido—: ¿Por qué está contigo?

Comprendí al momento la preocupación de su madre y el motivo de la pregunta. Al parecer nadie se había molestado en ponerla al día sobre lo sucedido en la reunión.

—La abuela me encomendó su cuidado.

El semblante de la mujer se tornó serio mientras yo cambiaba de postura en el sofá algo incómoda.

—No querida, no lo sientas. —Su mano suave se posó sobre la mía—. Mi madre tiene una forma muy extraña de cuidar de los suyos —continuó más para sí misma que para mí.

—¿Has tenido fiebre esta noche?

—No. Estoy perfectamente, el ataque ya ha pasado. No sé a qué viene tanto revuelo.

—¿No puedes curarla? —En el momento que acabé de decirlo me maldije por tener la boca tan grande como un buzón.

Gérard dejó entrever un gesto de dolor e impotencia que rápidamente ocultó tras una máscara de determinación.

—Hace todo lo que puede para paliar el dolor y mantenerla a raya, pero la causa de esta enfermedad es todavía desconocida.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—Un par de meses.

—Necesito saber qué lo provoca para poder deshacer el daño y curarla —me explicó—. Estoy muy cerca. Pronto te pondrás bien. —Acarició la mejilla de la mujer

con tal adoración que me sentí una intrusa por compartir aquel momento tan privado.

—Lo sé, cariño. Nunca he dudado de ti.

—¿Has desayunado?

—Sí. M'arie me lo preparó antes de llamarte y desaparecer con la excusa de la compra.

—No te enfades con ella. Le dije que me mantuviera informado y eso ha hecho. —Constance hizo una mueca con la cara dejando clara su postura al respecto.

Al parecer M'arie era la muchacha que vivía con ella y la cuidaba.

—Si vinieras a casa conmigo estarías mucho mejor, ya sabes lo que opinamos de que vivas sola —comentó mientras recogía los instrumentos médicos y los metía en el maletín. Una mueca de desagrado apareció en su cara como si no hubiese querido decir lo que había dicho.

—¿Has hablado con tu hermano? —inquirió la mujer esperanzada.

Mi gesto se transformó en sorpresa, no sabía que tuviera un hermano.

—No.

—¿Hasta cuándo piensas seguir sin hablarle? —Gérard no dijo nada, pero su mandíbula apretada reflejaba la ira que sentía bullir por dentro—. Es tu hermano, siempre os habéis llevado bien —añadió Constance con gesto preocupado.

—Porque confiaba en él. A veces crees que conoces a las personas hasta que te fallan.

—No digas eso. Él nunca te fallaría.

—Lo dices porque no le conoces como yo.

—¡Es mi hijo! —le cortó visiblemente enfadada.

Mi mirada se desplazaba con incomodidad y curiosidad de uno a otro, apenas me atrevía a respirar intentando parecer invisible.

—Un hijo mezquino y ruin.

—No tienes derecho a hablar así de él. Erwan siempre ha estado ahí cuando le has necesitado.

Abrí los ojos como platos ante aquella nueva revelación. Un calor inesperado me invadió al oír aquel nombre. Jamás habría imaginado que aquellos dos hombres tan diferentes pudieran ser hermanos.

—No pienso perdonarle así que te pido que por favor no le menciones en mi presencia.

El trayecto de vuelta a casa de Gérard lo hicimos en el más absoluto de los silencios. Nos habíamos despedido de Constance tras arrancarnos esta la promesa de que volvería a visitarla con más calma. Había muchas cosas de mi madre que quería explicarme. Acepté encantada, aquella mujer me pareció de lo más interesante. Puede que el hecho de que fuese la madre de Erwan tuviese algo que ver. Aún estaba impresionada por aquella revelación. ¿Qué podía haber pasado entre ambos hermanos como para hacer que dejaran de hablarse? Pese a no considerarme una persona que me caracterizara por tener pelos en la lengua, no me atreví a preguntar directamente a Gérard. Aquel tema le afectaba visiblemente y se trataba de algo muy personal. Había sido consciente de su enemistad en la reunión, aunque ahora que lo pensaba, el comportamiento de Erwan había sido algo extraño el día que me llevaran a casa de Gérard por primera vez para curarme el brazo. Me había cogido de la mano para que Gérard lo viera, no había sido para reconfortarme como había pensado. Lo cierto es que no tenía ningún sentido.

—Siento que hayas tenido que escuchar eso —dijo al fin sacándome de mis pensamientos.

—No tiene importancia.

Se mantuvo en silencio un largo rato, pensé que ya no iba a decir nada más cuando de pronto añadió:

—Yo no soy así. Antes era una persona completamente distinta, pero desde lo de Em... —No terminó la frase, pero no fue necesario. No podía ni imaginarme cómo debía de sentirse por haber perdido de aquella manera a su amada—. Tú haces que sienta cosas que no quiero.

Aquellas palabras me dejaron de piedra. Antes de que tuviera tiempo de analizar el significado de aquella confesión atisbé la casa de Gérard, así como el coche de Ray que esperaba junto a la puerta de entrada. Ví a Gilles caminando de un lado para otro como un león enjaulado, desde la distancia pude distinguir la arruga de preocupación que surcaba su ceño.

—Tío ¿dónde te habías metido? Nos estábamos poniendo en lo peor —dijo mi primo angustiado acercándose a la ventanilla del conductor.

—Lo siento, era una urgencia —respondió Gérard mientras la puerta de la entrada se abría para dejar pasar a los dos coches—. Tampoco esperaba vuestra visita.

Ya en el interior de la propiedad, Álex y Ray bajaron del coche, la tensión en sus rostros me pusieron en alerta; mucho me temía que algo grave había pasado, no me creía que aquellas caras se debiesen a nuestra pequeña ausencia.

—¿Seguro que estás bien? —pregunté a Álex poniéndole una tila humeante entre las manos.

Ray nos había puesto al día sobre lo ocurrido en casa de la pelirroja hacía apenas una hora. Dos tipos armados habían entrado con la firme intención de llevársela, pero Álex no se lo había puesto fácil pese a que la superaban en número. Ray, que había estado trabajando con ella justo en aquel preciso instante por videoconferencia, había visto lo que sucedía y acudido a los pocos minutos en su ayuda. La suerte había querido que Llo fuese un pueblito pequeño, de otro modo no habría llegado a tiempo de evitar que la metiesen en la furgoneta que tenían preparada en la misma puerta de su casa.

—No me puedo creer que se hayan vuelto tan osados —rezongó Gérard.

—Están desesperados —dijo Gilles mirando el exterior desde la gran cristalera del salón.

—No van a parar, ¿verdad? —La voz de Álex sonó como si por primera vez fuese consciente de la gravedad del asunto.

Sentí una fuerte opresión en el estómago, tal vez no estaban tan preparados como creían para protegerme.

—Claro que no van a parar —contestó Gérard— la existencia de Amy puede suponer su fin y harán lo imposible por eliminarla.

Me ovíllé casi de forma inconsciente en el sofá ante aquellas crudas palabras como si pudiera protegerme a mí misma del mundo exterior.

—No vamos a permitir eso —se apresuró a añadir Ray—. De momento Álex se quedará contigo —decretó mirando a Gérard—. Se ha convertido en un objetivo y un medio para llegar a Amy de modo que aunque su casa fuese impenetrable en el momento en que saliera de ella se pondría en peligro. ¿Eso lo entiendes verdad? —cambió el tono al dirigirse a la pelirroja que asintió cabizbaja.

La realidad cayó como una losa aplastante sobre mí. No solamente estaba en peligro yo, sino que todos ellos lo estaban debido a que intentaban protegerme.

—¿Y luego qué?, ¿vamos a estar aquí encerrados a la espera de que se les ocurra algún otro modo de llegar hasta mí? —Cuatro pares de ojos me miraron sin comprender adónde quería ir a parar.

—Esperaremos a ver cuál es el siguiente paso —explicó Ray.

—Esta gente es peligrosa. Mataron a mi hermana; la ahogaron sin contemplaciones. Han estado a punto de llevarse a Álex, podéis imaginaros hasta dónde habrían estado dispuestos a llegar para que cantara —repliqué cada vez más fuera de mí.

—No van a acercarse a ti, no tienes que preocuparte por eso —garantizó mi primo alejándose del ventanal.

—¿A costa de qué, Gilles?

—A costa de lo que sea necesario —sentenció Gérard.

—No podéis estar hablando en serio.

Me levanté del sofá incapaz de comprender su razonamiento.

—¿Te parece que estemos de guasa? —preguntó Gilles.

—Puede que sepan mucho más sobre vosotros de lo que creéis. Esta vez ha sido Álex, pero la próxima vez podéis ser uno de vosotros, o alguna de vuestras familias. Tu madre, Gérard —señalé mirándole significativamente— vive sola y está indefensa.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó este con una mirada recelosa.

—Lo sabes perfectamente. No podéis sacrificar...

—No quiero oírlo —me cortó, visiblemente furioso—. No se por quién nos estás tomando. Esto es lo que somos: un clan. Nosotros cuidamos de los nuestros y no vamos a permitir que esos bastardos se salgan con la suya. Si ellos quieren guerra la tendrán. No tienen ni idea de con quién se enfrentan, y tú tampoco.

—Amy —dijo Álex—, mi padre está organizando al clan. Estamos preparados para esto, llevamos toda la vida preparándonos.

—Eso lo entiendo, pero cualquier pérdida pesará sobre mi conciencia y eso es lo que no quiero. Si todo esto es por mi causa tal vez podríamos zanjarlo de otro modo.

—No —contestó mi primo. Gérard se paseaba de un lado a otro de la habitación hecho una furia—. Ni siquiera vuelvas a pensarlo. No solamente eres la única descendiente de la última sacerdotisa que salió con vida de la matanza, el rayo de esperanza para acabar con ese mal; sino que además eres de nuestra sangre, ¿crees que te venderíamos para salvarnos el culo?, ¿harías tú eso? —Bajé la mirada sintiéndome derrotada, tampoco yo lo haría—. Entonces, asunto zanjado —añadió dándose por contestado.

Tras varias horas de dar vueltas y más vueltas sobre el colchón decidí al fin levantarme. El lobo me observó adormilado mientras me calzaba las zapatillas. Mi reloj de pulsera marcaba las 4:00 a.m.

Bajé en silencio a la planta inferior con la idea de hacerme un vaso de leche caliente para relajarme.

Todo estaba en calma.

Encendí la luz de una pequeña lámpara que había sobre una mesita al lado del sofá con el fin de no despertar al resto de ocupantes de la casa. Tras preparar mi bebida me senté en el sofá con la taza entre las manos. No pude dejar de notar que estas me temblaban ligeramente. No entendía qué era exactamente lo que me pasaba. Mi corazón latía como si acabara de hacer una carrera y un sudor frío me recorría la espalda. Tal vez la situación empezaba a pasarme factura. Demasiadas emociones en muy poco tiempo. Me sentía agobiada de estar entre aquellas paredes y sin saber cuánto tiempo más iba a durar aquel confinamiento.

Un golpe seco en la planta superior hizo que perdiera el hilo de mis pensamientos. Miré hacia arriba intentando adivinar de qué habitación procedía. Conteniendo el aliento sin haber sido consciente de ello, dejé escapar el aire tras comprobar que después de unos segundos todo seguía en silencio. El lobo apareció por las escaleras y fue en mi busca hacia el sofá.

—Has sido tú, ¿verdad? —Acaricié su sedoso y largo pelaje, admirada por su belleza. Este se dirigió a la cristalera que daba al jardín y luego me miró con intención—. Quieres salir. —Comprendí al instante.

Dejé la taza en la mesita que había junto al sofá antes de levantarme a abrirle la puerta corredera. Observé cómo se alejaba corriendo entre la oscuridad de la noche. No sabía cómo lo haría, pero de algún modo salía de la propiedad durante unas horas para después regresar con las patas cubiertas de barro y nieve.

De vuelta al sofá fui a coger la taza de la mesita cuando advertí que algo no estaba bien. La mesa tenía un pequeño cajón en el que anteriormente no había reparado, pero que en aquellos momentos estaba ligeramente entreabierto. Estaba casi segura de que cuando dejé la taza estaba cerrado. Algo inquieta miré a mi alrededor sintiéndome al momento estúpida: allí no había nadie. Con el corazón acelerado abrí el cajón lo suficiente como para poder ver su contenido.

Un móvil.

Eso era todo. Un iPhone de última generación, para ser más exactos, con una funda de goma de color rosa. Ese teléfono no era de Gérard, de eso estaba segura. Con manos temblorosas extraje el objeto del pequeño cajón y me senté en el sofá, no sin antes volver a asegurarme de estar completamente sola en aquella parte de la casa. Intenté encenderlo pero al parecer tenía la batería descargada. Una sensación extraña me atenazó desde las manos recorriendo mi cuerpo, como suaves descargas acompañadas de un cosquilleo. Un zumbido extraño se apoderó de mi cabeza al tiempo que unas voces intentaban traspasar aquel molesto sonido.

«Tenemos que vernos» —dijo una voz suave de mujer.

«¿Dónde?» —respondió otra voz. Esta era sensual y masculina, a estas alturas podría reconocerla en cualquier parte.

«En tu casa. Gérard no debe saberlo, se sentiría traicionado.»

Sin querer oír más solté el teléfono como si estuviese en llamas. Me llevé las manos a la boca sin poder creer lo que escondían aquellas palabras.

No sabía si estaba más confundida por lo que acababa de descubrir o por el incomprensible hecho de haber oído aquello con solo tocar el objeto. Me quedé petrificada mirando el aparato presa de la más absoluta decepción; ahí tenía la causante de tanto odio entre ambos hermanos: la dulce Em.

## Capítulo 22

El resto de la noche la pasé en vela incapaz de pegar ojo después de la revelación que había tenido a través del móvil de Em. No podía creerme que la joven dulce y amable a la que todos adoraban fuese capaz de cometer ese tipo de traición a su compañero. No encajaba con la imagen que tenía de ella. Puede que hubiese engañado a todos con esa fachada de niña buena. Tampoco era comprensible ese tipo de deslealtad entre hermanos, y más concretamente entre unos que, por lo que tenía entendido, habían sido buenos amigos.

Mi cabeza estaba a punto de estallar de tanto dar vueltas al condenado asunto. Decidí aparcarlo durante un rato, pues no me llevaba a ninguna parte.

El reloj marcaba las ocho. Cogí ropa limpia y me metí en la ducha en un intento de desterrar toda aquella fastuosa información de mi cabeza.

Gérard ya estaba en la cocina cuando bajé. Sentado en la isla que hacía las veces de mesa con un pequeño portátil delante y la taza de café en mano, me recordó a mi padre.

Levantó la vista para saludarme, pero no dijo palabra.

Opté por tomarme un café bien cargado, me resultaba sumamente desagradable, pero aquella mañana necesitaba algo fuerte para poder despejarme y ya era inmune a cualquier tipo de té. Me senté frente a él en silencio taza en mano, sin dejar de observarle. La conversación telefónica me vino de nuevo a la mente. ¿Por qué mi hermana le había traicionado? Gérard era el tipo de hombre por el que toda mujer suspira. Increíblemente guapo, atento, cariñoso: simplemente perfecto, y además, la quería con locura; claro que su hermano no se quedaba corto. Una sensación extraña me retorció la boca del estómago. Erwan era capaz de derretirte con solo mirarte, pero no era como Gérard. No tenía los modales de este: era áspero como un alambre de pichos. Intratable. Podría decirse que Em se había emparejado con el hermano perfecto para ella, pero ¿por qué quedarse con uno si podía tener a los dos?; aunque por otro lado, no me imaginaba a Em en el papel de *femme fatale*.

—¿Qué hay en esa taza que parece tan interesante? —Levanté la vista como accionada por un resorte.

Su hermosa sonrisa hizo que sintiera una punzada de dolor en el estómago. Yo no era Em, no tenía la culpa de lo que le había hecho y sin embargo me sentía mal. «Maldita empatía», pensé

—Siento cómo me puse contigo ayer.

—No tiene importancia —respondí recordando los sucesos del día anterior. Se había enfadado mucho cuando dejé caer que no quería que siguieran protegiéndome a costa de poner en peligro sus vidas.

—Sacas lo peor de mí.

Lo miré desconcertada por unos instantes hasta que vi cómo su sonrisa se ampliaba. Estaba burlándose de mí. Aquella faceta bromista la desconocía; había muchas cosas de él que desconocía. Sonreí al tiempo que le lanzaba la servilleta de papel en forma de bola.

—¿Qué hacéis, niños? —preguntó una voz femenina a nuestras espaldas.

Me giré para encontrarme a una pelirroja despeinada y con ojeras que nos observaba divertida.

—Tu amigo, el rubito, es un impertinente —respondí simulando indignación.

Gérard soltó una carcajada al tiempo que me lanzaba la bola de papel que le había tirado segundos antes.

Álex sonreía mientras contemplaba la escena en silencio. Puede que también le sorprendiera ver reír a su amigo como me había pasado a mí.

—Es tarde —anunció mirándose el reloj— os dejo solas chicas. Ninguna de las dos va a poner un pie fuera de estas paredes, ¿estamos? —añadió señalándonos alternativamente con el índice, sin ningún rastro ya de humor. Ahora era el guerrero frío que cuidaba de los suyos.

—Sí, papá —respondió la pelirroja en tono cantarín mientras yo me limitaba a asentir intentando ocultar la sonrisa que pugnaba por salir de mis labios.

Gérard nos miró receloso como si no acabara de fiarse de dejarnos, debíamos de parecerle dos niñas traviesas deseosas de quedarse solas para hacer fechorías. Fue a abrir la boca para decir algo cuando Álex se le adelantó.

—No me ofendas, por favor —dijo levantando la mano con la palma en dirección a él. Gérard cerró la boca, tragándose lo que había estado a punto de decir. Tras plantarnos un beso en la mejilla a cada una cual si fuera nuestro hermano mayor, salió de la casa con una sonrisa pintada en los labios.

Más tarde, debajo del Adytum, se llevaba a cabo una reunión para decidir la estrategia a seguir a partir de aquel momento. Robert, el líder del grupo de guerreros, desplegaba un mapa sobre la amplia mesa mientras los demás iban tomando asiento.

—Ya estamos todos —señaló Erwan cerrando la puerta de la sala.

Había construido aquel subterráneo debajo de la discoteca con la idea de que sirviera de punto de encuentro entre ellos sin levantar la mínima sospecha. Había una sala de reuniones, gimnasio, armero, comedor y hasta una sauna. Nadie sospecharía jamás de las intenciones de un grupo de personas que van a divertirse a una discoteca.

La mayoría de hombres que formaba parte del clan eran guerreros entrenados para proteger el grupo. Tiempo atrás aquello no había sido necesario, en la actualidad era la única manera de sobrevivir. Apenas habían tenido algún que otro enfrentamiento accidental con miembros del grupo enemigo, pero sabían que andaban cerca y, al parecer, al acecho.

—Como sabéis, el enemigo ha cambiado de estrategia —empezó a decir Robert—. Tenían un plan magistral que por poco cumplen con éxito. Han permanecido en silencio porque sabían que teníamos la sangre de la última sacerdotisa entre nosotros haciéndonos creer que no había peligro.

—Hasta que han averiguado de quién se trataba —matizó Gilles.

—Exacto. Lo que ella representa puede suponer el fin de su existencia, de modo que no van a parar hasta que consigan matarla, como hicieron con Émilie —continuó Marcelle, predecesor del actual líder, y esposo de Agnes.

Había dejado el liderazgo en cuanto Robert estuvo preparado; como debía de ser. Tan solo el mejor de los estrategas podía ocupar aquel puesto cuya responsabilidad era máxime para la supervivencia del grupo.

—Si quisieran matarla ya lo habrían hecho. —El tono de Erwan era suave, nada que ver con la intencionalidad de sus palabras. El hecho de que hubiesen ocultado aquella información durante todos aquellos años le ponía furioso—. Han tenido cientos de oportunidades a lo largo de su vida.

—Ellos no sabían de Amy —contestó Marcelle visiblemente enfadado por el velado reproche.

—No, porque creyeron que Émilie era la persona que buscaban —replicó Gérard sin apenas contenerse.

—Si lo mantuvimos en secreto fue precisamente para protegerla —explicó dando un golpe en la mesa—, a ambas. Nadie tenía que saberlo, ¡y mucho menos ellos! No comprendemos cómo han podido averiguarlo, solo un círculo muy reducido de personas lo sabía.

—Pues, o son muy poderosos y han conseguido entrar en vuestras cabezas... —empezó a decir uno de los guerreros de nombre Max.

—O alguien tiene la lengua suelta —terminó Ray.

—En cualquier caso —dijo Robert— lo importante ahora es estar preparados para lo que pueda pasar a continuación. Ayer fueron a por mi hija para llegar a Amy, no sabemos qué paso darán mañana. Nuestro objetivo será evitar riesgos innecesarios. Desconocemos lo que saben de nosotros y eso es peligroso. He puesto un vigía en cada uno de estos puntos, a partir de ahora nadie entra y sale de nuestro territorio sin que lo sepamos. Os enviaré a continuación los turnos de vigilancia para cada uno de vosotros. —Hizo una pausa para asegurarse de que todo había quedado claro—. ¿Cómo va la instalación de los sistemas de seguridad en nuestros hogares? —preguntó mirando a Ray.

—Hecho. Cuando un desconocido se acerque al perímetro de seguridad de vuestras casas, activará la alarma, y os llegará además un aviso al teléfono móvil con el rostro de la persona. También me llegará a mí para proceder a dar aviso en caso necesario y activar el protocolo acordado.

Según dicho protocolo, en cuanto Ray diera el aviso, un grupo de guerreros armados hasta los dientes acudiría a la casa en cuestión, en su defensa.

—Los quiero vivos —insistió Robert— tarde o temprano uno de esos cabrones hablará.

—¿Qué hay de los que cogisteis la otra noche? Tengo entendido que se lió una buena en tu local —quiso saber uno de los guerreros.

—Los maté. —El rostro frío de Erwan no mostró el más mínimo arrepentimiento—. No estaban dispuestos a cantar.

—¿Y ayer qué pasó? —preguntó el hombre de más edad, Marcelle ya no era el líder pero seguía siendo una figura que emanaba autoridad—. ¿Por qué no hubo rehenes? Tú llegaste el primero a la casa de Álex, ¿no es cierto?

Ray asintió, no se le escapó el tono recriminatorio del hombre.

—No hubo tiempo. El tipo que me cargué estaba vigilando la entrada de la casa preparado para la huida mientras los otros dos intentaban reducir a Álex. No iba a quedarme a charlar con él mientras tanto —respondió molesto por la pregunta—. Ella mató a los otros dos —continuó encogiéndose de hombros, si no, los hubiera matado él mismo con sus propias manos, pensó mientras la rabia le recorría como un torrente sanguíneo.

Una hora más tarde los guerreros salían del Adytum para continuar con sus obligaciones con el clan o seguir con sus vidas aparentemente normales hasta que les tocara el turno de cumplir con sus obligaciones.

Erwan se dirigió a la barra donde estaba su hombre de confianza para comunicarle el fin de la reunión. Alan no era un simple trabajador del local nocturno, sino su mano derecha. El joven rubio de la cresta conocía cada uno de los entresijos del negocio y se hacía cargo de las riendas cuando Erwan y su socio tenían trabajo que hacer para el clan. Pese a su condición de humano estaba al tanto de lo que eran sus jefes y lo que realmente era el Adytum: una tapadera que por ende generaba bastante dinero. Además de punto de encuentro, era un buen lugar para conocer gente y obtener información. Llevaban años intentando dar con el grupo enemigo que sabían no debía de andar lejos y el local era un buen sitio para sonsacar información, la gente parecía más que dispuesta a contar todo tipo de cosas después de un par de copas. Hasta el momento no habían dado con el nido de aquellas ratas, en cambio, habían podido cazar a unos pocos de ellos gracias a ese sistema de espionaje. Cualquier movimiento sospechoso era interceptado por la gente del Adytum, que eran leales a la causa de Erwan, aunque tan solo Alan conocía la realidad de lo que había tras todo aquello. El resto de trabajadores eran todo oídos, pero no hacían preguntas.

—No tienes muy buena cara. —La mano de Gilles le dio un suave golpe en la espalda a modo de saludo—. Deberías aprender de mí y tomarte unas vacaciones.

—Eso me gustaría —respondió Erwan con gesto cansado.

Gilles trabajaba desde casa como *broker* y gestor financiero para algunas empresas. No le iba nada mal, tenía mucha demanda de empresas que querían contratar sus servicios debido a su buen olfato para las buenas inversiones pero él tan solo trabajaba con unas pocas. Ganaba bastante con ello y no sentía la necesidad de desaprovechar su maravilloso tiempo con tanto trabajo.

En aquel instante Gérard pasó junto a ellos hablando con Ray. Al advertir la presencia de su hermano su rostro se transformó en furia apenas contenida, se despidió de sus dos amigos y, tras lanzar una última mirada de odio a su hermano, se marchó sin decir nada.

—No me puedo creer que todavía esté con esas —comentó Gilles fastidiado—, deberías hablar con él.

—Ya lo hice y no sirvió de nada. —Su mirada siguió la alta figura hasta que desapareció del local—. Fue como intentar razonar con una roca.

—Dadle tiempo —dijo Ray.

—No creo que el tiempo solucione nada. Está roto y encima tu abuela le planta a Amy en casa. Alguien debería de explicarle la mala idea que supone que ella se quede allí.

—Mi madre lo hizo, pero Agnes no lo ve de ese modo.

—Pues lo es —dijo Gilles cambiando de posición—. Tendrías que ver cómo se puso anoche con ella cuando mencionó la posibilidad de entregarse antes de que nadie más sufriera por su causa. —Erwan levantó una ceja al tiempo que Ray asentía corroborando la explicación de su amigo—. Me preocupa. Temo que la presencia de Amy pueda llegar a confundirlo.

—No sé por qué dices eso. —El moreno había alcanzado un bol de cacahuetes que había dejado Alan hacía unos segundos en la barra y daba buena cuenta de ellos con aire despreocupado—. Si hay dos mujeres más diferentes en la tierra esas son Amy y Em. Lo único que conseguirá tu prima es sacarlo de sus casillas, no creo que sea su tipo —dijo encogiéndose de hombros—. Ella es como un huracán mientras que Em era más del tipo lago en calma.

Los otros lo miraron como si le hubiesen salido antenas, antes de estallar en carcajadas.

—Eres todo un poeta, colega. —La mano de Gilles se estampó en su espalda—. Esperemos que tengas razón.

Contemplé mi cuaderno de dibujos al tiempo que intentaba recordar los últimos sueños que había tenido. Puede que Gérard tuviera razón y los sueños viniesen a mí por algún motivo. El vello del cuerpo se me erizó al pensar que aquello pudiese haber pasado de verdad. Las escenas que había dibujado eran sobrecogedoras. Gracias a los bocetos era capaz de recordar partes del sueño que iba olvidando.

Miré a mi compañera de reclusión, situada en un extremo del sofá, que trabajaba con su portátil. Afortunadamente para ella mientras tuviera su ordenador y acceso a internet podía desarrollar su trabajo. Recordé con tristeza que yo y no tenía; aunque eso no era lo único que había perdido en cuestión de meses.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —respondió Álex sin apartar la vista del ordenador.

—¿Cómo llegó a ti tu don? —La pelirroja levantó la vista del portátil para posarla en mí.

—Siempre ha estado ahí. —Se recostó en el respaldo del sofá subiendo las piernas para estar más cómoda—. Pero he tenido que trabajarlos y perfeccionarlos. —La expresión de mi rostro debió de animarla a explicarse mejor, pues prácticamente me había quedado igual que antes de que respondiera—. Verás, es una extraña empatía. Puedo sentir qué intenciones tiene la gente o qué tipo de personas son, pero para ello tengo que concentrarme en el individuo y leer sus gestos, movimientos, etc. También puedo percibir lo que sienten, pero esto es algo que no puedo hacer con todas las personas. En cambio, el otro don es mucho más complejo. Lo descubrí accidentalmente con mi hermano cuando era muy joven. —Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro—. Tenía catorce años. Salí de marcha con unas chicas del pueblo de al lado que eran algo más mayores que yo, habiéndole dicho a mis padres la típica excusa de que iba a dormir a casa de una amiga. Fuimos a un local con unos amigos de ellas que ya tenían coche. Puedes imaginarte cómo iba vestida para que ni siquiera sospecharan mi verdadera edad en la entrada de la discoteca. Te prometo que era la primera vez que lo hacía. Me lo estaba pasando estupendamente hasta que me encontré de cara con mi hermano y los chicos.

Abrí los ojos de par en par.

—¡No! —exclamé al tiempo que la pelirroja asentía con la cabeza entre risas.

—¿Te imaginas sus caras? Gilles se puso hecho una fiera, detrás de esa fachada encantadora hay un hombre al que no te gustaría hacer enfadar. Es extremadamente sobreprotector. Encima no iba solo así que tuve que lidiar no solo con mi hermano, sino con Erwan, Raymond, Gérard y Max. A este último creo que no lo conoces aún, es el mejor amigo de Erwan. —Negué con la cabeza sin poder dejar de reír imaginando la incómoda escena—. Me llevó prácticamente a rastras a casa con sermón incluido. Me dijo que pensaba decirles a nuestros padres que me castigaran hasta que cumpliera los dieciocho. Y entonces yo le grité: «Tú no vas a contarles nada, ¿entendido? No me has visto». Dicho esto me marché a mi habitación a la espera de que llegaran mis padres para echarme la bronca y castigarme; pero ¿sabes qué? —preguntó sin esperar a que respondiera—: Eso nunca llegó a ocurrir. Al parecer borré precisamente ese recuerdo.

—Eso sí que es un buen don —dije entre risas—. Prácticamente puedes hacer lo que te dé la gana.

—Eso me encantaría —contestó con una sonrisa soñadora—. Alguien debió de comentar el asunto al día siguiente y así se descubrió el pastel. Tengo totalmente prohibido utilizar ese don con la gente del clan —añadió resignada—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, quería saber por qué yo no he notado nada extraño hasta este momento.

—Amy, yo creo que tu don está en los sueños.

—¿Y por qué no los había tenido hasta ahora?

—¿Estás segura de eso? —preguntó alzando una ceja cobriza—. Porque lo que yo pienso es que nunca antes les habías prestado atención. Muchos de nuestros dones pueden pasar desapercibidos si la persona no es receptiva a ellos. Nadie en tu mundo presta la menor atención a los sueños, casi nadie se acuerda de ellos. Tú los recordabas porque eran pesadillas que no te permitían dormir, pero no creo que tu don se centre solo en cosas malas. —Me quedé pensativa dándome cuenta de que probablemente tenía razón—. Tu hermana gemela también podía ver cosas a través de los sueños. Casi siempre eran cosas que ya habían sucedido y que además estaban vinculadas de algún modo a ella. Creo que es un don muy poderoso. Tienes que aprender a comprenderlo y verlo como algo que puede ayudarnos a dar con los que mataron a Em.

Algo similar me había dicho Gérard, pero aún era incapaz de ver la relación que podía haber entre mis últimos sueños y la muerte de mi hermana.

Necesitaba su ayuda.

Ella me había dejado pistas anteriormente. ¿Por qué ya no lo hacía?

Desvié la mirada hacia la oscura tarde percibiendo las siluetas de los árboles mecerse de un lado a otro. Un escalofrío me recorrió desde la espina dorsal. Percibiendo cómo mi cuerpo se ponía rígido, desvié la vista hacia la mesita que había entre los dos sofás. La misma que guardaba su teléfono en el pequeño cajón y que la noche anterior se había abierto para mí. Mi mente empezó a trabajar a toda velocidad:

—Álex. —La llamé sin apartar la mirada del cajón—. ¿Por qué Erwan no ha venido aún?

—Tiene mucho trabajo en su local —respondió distraída con la vista clavada en el ordenador. Desvié la mirada hacia su rostro sin creermelo una sola palabra. Dándose cuenta de ello la pelirroja añadió—: Él y Gérard no están en su mejor momento. No se hablan desde la muerte de Émilie. No sé qué paso. Ellos eran muy amigos, nada de envidias ni malos rollos entre hermanos, pero algo los ha separado. Solo espero no sea irreparable. —Ya no escuchaba. Lo que fuera que hubiese ocurrido entre ambos hermanos estaba relacionado con Em y al parecer mi hermana quería que yo lo descubriera.





## Capítulo 23

Los días fueron pasando sin que nada sucediese y mi encierro había comenzado a pasarme factura. La falta de actividad me estaba matando; me sentía agobiada, triste y de mal humor. Tampoco había avanzado en el asunto de los sueños. Cada noche la misma historia. La misma pesadilla sin sentido alguno para mí. Había completado el cuaderno y le había pedido a Gérard si me podía conseguir otro para poder continuar con los bocetos de aquellos misteriosos sueños. La única cosa que cambiaba en aquella aburrida rutina diaria era la persona que venía a hacer la vigilancia de la casa. Gracias a ello había tenido la oportunidad de conocer a buena parte de la comunidad, lo cual no estaba mal si con ello conseguía matar algo de tiempo.

Era ya tarde cuando llegó Gérard de trabajar y se hizo cargo de su turno. Realmente era innecesario, y además Álex se había visto obligada a compartir encierro, por lo que estaba más que vigilada; pero al parecer toda precaución era insuficiente.

—¿Cómo ha ido el día, chicas? —preguntó al tiempo que se quitaba el abrigo y se acercaba a la pelirroja para ponerse al día sobre las novedades.

Dejé de prestarles atención sin ser consciente de ello. Me encontraba apoyada en el marco de la puerta de cristal que daba al jardín por donde hacía unos instantes había salido Llop como alma que lleva el diablo. Probablemente también estaba harto del encierro, aunque él podía gozar de su libertad cuando quisiera.

Miré las sombras del atardecer con nostalgia. Las ramas de los árboles se mecían acompasadamente por el viento gélido. Pensé en mi amiga sintiendo un nudo en el estómago. Había hablado con ella aquella misma mañana, pero apenas habíamos tenido tiempo de charlar, pues el descanso del almuerzo no daba para mucho. Echaba de menos mi vida, mis amigos y a mi padre, especialmente a mi padre.

Algo que colgaba de la rama de uno de los árboles del jardín llamó mi atención. Enfoqué la vista en el objeto al tiempo que una náusea se apoderaba de mí. No necesité acercarme más para reconocerlo, no era la primera vez que veía aquella horrible figura.

—Han estado aquí —anuncié en un tono vacío sin apartar la mirada de la pequeña cosa, temiendo que si dejaba de mirarla esta desapareciera.

Gérard se acercó a mi lado en dos zancadas barriendo con la mirada el exterior mientras le señalaba la figura que colgaba del árbol.

—No me lo puedo creer. —La voz de Álex sonó a mis espaldas.

—¿Qué mierda es esto? —preguntó colocando la muñeca de paja encima de la mesa tras haberla arrancado del árbol.

Me encogí de hombros sin querer acercarme demasiado.

—Colgaron uno como este en mi casa el día que me instalé. Primero no estaba, y luego... —No terminé la frase, no hizo falta.

Gérard desvió la mirada a la pelirroja que permanecía en silencio estudiando el extraño objeto. Se trataba de la misma muñeca de paja. Un hilo prendía su cuello a modo de horca.

—No sé cuál es su finalidad: si es simplemente la de asustar o si hay algún tipo de mal tras ella. El caso es que no me gusta nada —comentó.

La cara de Gérard era una máscara de furia mientras observaba la figura.

—¡Cómo cojones han podido entrar aquí! —profirió al tiempo que sacaba el teléfono móvil del bolsillo y se lo colocaba en la oreja tras marcar. Me agarré los brazos en un intento de infundarme valor a sí misma—. Robert, tenemos un problema.

Con el corazón latiendo aceleradamente en mi pecho miré incrédula cómo la antorcha bajaba a cámara lenta y prendía a los pies de la mujer. Las mujeres que compartían espacio conmigo en la terraza exclamaron horrorizadas al tiempo que se apresuraban a bajar a la primera planta para salir en auxilio de la que parecía la abadesa de aquel convento. Un grito desgarrador surgió de una joven que luchaba por acercarse a ella.

—¡Madre!

Las mujeres salieron en tropel a parar aquel horror pero la muchedumbre allí congregada se lo impidió. Las llamas alcanzaron el vestido de la mujer al tiempo que una risa helada se elevaba sobre las voces del gentío. La muchacha luchaba con todas sus fuerzas hasta que al fin se liberó de las manos que le impedían acercarse a su objetivo.

—Mamá —sollozó desconsoladamente mientras buscaba la manera de liberarla.

Un hombre alto y fornido la golpeó con fuerza tirándola al suelo. Fue entonces cuando advertí que estaba en un estado avanzado de gestación. Deslicé la mirada hacia su rostro y me congelé.

—¡No! —exclamó una fuerte voz masculina que luchaba por acercarse a la joven.

No necesité verle para saber de quién se trataba pero de todas formas lo hice. Todo se volvió oscuro de repente. Aún sentía el hedor de la carne quemada cuando desperté de golpe en la oscuridad de mi habitación.

Tenía los ojos arrasados por las lágrimas y el corazón desbocado. Con manos temblorosas encendí la luz. Eran las cinco y diez de la mañana. Me calcé las zapatillas y bajé las escaleras a la primera planta en busca de un poco de agua.

Ningún ruido.

Decidí no encender las luces para no advertir de mi presencia. Necesitaba estar sola. Aquella misma noche mi tío Robert había reforzado la vigilancia de la casa tras recibir la llamada de Gérard, por lo que había varios hombres fuera además de Álex y el mismo dueño de la casa. La luz de la luna se filtraba a través de la cristalera de modo que tenía más que suficiente para ver sin ser vista.

Cogí un vaso del armario que había justo encima del fregadero y lo llené con agua del grifo. Con manos temblorosas me lo llevé a los labios y bebí el agua helada en un intento de eliminar el regusto a carne quemada que se había instalado en mi garganta.

Apenas podía creerme lo que acababa de soñar. No comprendía qué significaba todo aquello ni si podía fiarme de que hubiera ocurrido de verdad. ¿Cómo podía diferenciar los sueños que estaban relacionados con mi supuesto don, con los sueños normales sin sentido? Había sido tan real que mi corazón amenazaba aún con salirse del pecho.

Por el rabillo del ojo vislumbré la horrible muñeca de paja en el mismo lugar que la dejara Gérard unas horas antes. Me acerqué poco a poco con una idea en mente. Pensé que del mismo modo que al tocar el teléfono de mi hermana había sentido un retazo de una conversación, tal vez tocando aquello podría averiguar algo. Posé una mano en la figura con mucho cuidado al principio, como si su solo contacto pudiera tener algún efecto negativo sobre mí.

Nada.

No sentí absolutamente nada.

Tan solo un escalofrío al imaginar cómo debía de haber llegado hasta allí. Tarde o temprano encontrarían la manera de llegar hasta mí, y entonces todo habría

acabado.

La canción de Evanescence que tenía por señal de llamada comenzó a sonar dándome un susto de muerte. Inmediatamente busqué con la mirada el origen del sonido. Estaba sobre la mesa del comedor, la luz parpadeante era como un faro en una oscura tormenta. Extrañada por lo intempestivo de la hora me dispuse a cogerlo antes de que despertara a nadie. Justo en el momento en que iba a descolgar dejó de sonar.

—Mierda —susurré.

Se trataba de un número desconocido. Automáticamente pulsé el botón de llamada. Era algo que siempre hacía. Miré hacia los amplios ventanales al tiempo que me colocaba el teléfono en la oreja. Aún era noche cerrada. Tan solo las siluetas de los árboles podían vislumbrarse a través de estos.

El pitido de un teléfono que no era el de mí rompió el silencio de la noche nuevamente. Completamente desconcertada miré en derredor en busca de aquel sonido repetitivo. Con el corazón a punto de salirse por la boca posé la mirada en el cajón de la mesita que había entre los dos sofás.

—Eso no es posible —murmuré para mí misma.

Al abrir el cajón encontré el teléfono de mi hermana sonando y con mi propio número en la pantalla. Rápidamente colgué para que dejara de sonar y automáticamente este se apagó. Mi pulso eran tan acelerado que empezaba a costarme respirar.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —susurré mirando a mi alrededor.

Nada. Esperé con el corazón en la boca, pero no ocurrió nada.

Con un móvil en cada mano me derrumbé en el sofá derrotada. Me quedé plantada mirando los teléfonos como si ahí pudiera encontrar la respuesta hasta que una sospecha comenzó a ocupar mis pensamientos con más fuerza cada vez. Sin tan siquiera pensarlo dos veces marqué el número de teléfono de la segunda persona implicada en la llamada misteriosa, tal vez él pudiera ayudarme. Tan solo fueron necesarios dos tonos para que su voz sonara al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado.

—Yo... —titubeé— necesito hablar contigo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente —mentí.

Silencio al otro lado.

—¿Sabes qué hora es?

—Créeme si te digo que es importante —repliqué irritada—. Ahora mismo no estás en mi lista de amigos con los que tengo conversaciones telefónicas a las cinco de la mañana.

Otro silencio.

—Te escucho.

—No por teléfono.

Erwan se mantuvo nuevamente en silencio lo que me pareció una eternidad hasta que por fin contestó:

—Me paso en unas horas.

Tras despedirme secamente de él colgué exasperada. Aquel hombre era capaz de sacarme de mis casillas sin tan siquiera proponérselo.

Oí el timbre de la puerta desde el dormitorio. Podría ser cualquiera de los que venían a custodiar la propiedad, pero algo en mi interior me dijo que se trataba de Erwan. Bajé apresuradamente las escaleras con el fin de evitar un enfrentamiento en caso de estar Gérard en casa. La noche anterior no había tenido tiempo de plantearme tal posibilidad, la reticencia de Erwan a presentarse en casa de su hermano había sido palpable desde el teléfono, pero yo no había sido consciente de ello hasta ahora.

—Te dije que no quería volver a verte por aquí —escuché que decía la voz de Gérard fuera, en el exterior.

No necesité verles para comprender que mis temores acababan de hacerse realidad. La sorpresa de Gérard debía de haber sido mayúscula al ver a su hermano llamar a su puerta. Le había abierto la reja de la entrada a la propiedad, y ahora ambos se encontraban frente a frente en el jardín anterior de la casa.

—Es evidente que no he venido a verte a ti —respondió este en el mismo tono distante al tiempo que cerraba la puerta del Jeep.

—Será mejor que te largues.

—En cuanto haya hablado con ella.

Y allí estaba yo, tras el umbral de la puerta, viendo sin ser vista, sin acertar con el mejor momento para interrumpir aquella conversación. Fui a poner un pie en los adoquines cuando escuché la respuesta de Gérard:

—No puedes mantenerte alejado de ellas, ¿verdad? Primero Em y ahora Amy.

Ví a Erwan cambiar de postura y cruzarse de brazos sin que ninguna emoción se reflejara en su rostro.

—No sabes lo que dices —su tono era suave, no así su mirada.

—Mantente alejado de ella.

—Tú no puedes pedirme eso. Ella no es Em.

—¿Te crees que no lo sé? —le cortó—. ¿Acaso te importó entonces?

Erwan abrió la boca para responderle, pero entonces decidí que había llegado el momento de acabar con aquel enfrentamiento y dar la cara. Salí de la vivienda con la mirada fija en Erwan y los labios apretados. Gérard debió de advertir mi presencia por la mirada que su hermano posó en mí, puesto que se volvió en mi dirección. Cuando llegué a su lado le agarré del brazo alejándolo unos metros de Erwan para que este no escuchara lo que tenía que decirle.

—Le he llamado yo, Gérard. —Puso los brazos en jarras al tiempo que desviaba su atención al bosque mientras soltaba el aire en un gesto impotencia—. Sé que ahora mismo no puedes ni verle, pero necesito hablar con él. Necesito respuestas y él es el único que me las puede dar.

Por el raballo del ojo advertí la mueca de fastidio que había en el rostro de Erwan mientras nos observaba apoyado en el capó de su todoterreno.

—No quiero que ande cerca de ti, no es quien crees que es.

—Lo sé —respondí al tiempo que le acariciaba la mejilla en un intento de calmar a su bestia interior. Podía ponerme en su piel y sentir aquella traición como propia, Gérard no se merecía eso, pero tampoco me acababa de creer que aquello hubiese ocurrido de verdad—. Aun así necesito hacerlo.

Me habría encantado contarle mis sospechas, pero no pude hacerlo por si andaba equivocada. Remover toda aquella historia solo le haría más daño. Me puse de

puntillas y le besé la mejilla antes de volverme hacia Erwan directa hacia su todoterreno.

Me subí al Jeep de inmediato colocando en el asiento de atrás mi bolso y el cuaderno de dibujo.

—Dijiste que querías hablar —dijo Erwan asomándose por la ventanilla del conductor.

—Y eso vamos a hacer. Pero no aquí.

Se metió en el coche y rápidamente arrancó el motor poniendo distancia entre la casa de su hermano y nosotros. Desde el espejo retrovisor pude ver aún su alta figura vigilante.

—¿Adónde? Sabes que esto es peligroso.

—A tu casa. —Él me miró alzando una ceja—. No importa adónde, tarde o temprano conseguirán lo que quieren. No creo que mantenerme escondida como una rata vaya a solucionar nada.

—¿Acaso tienes alguna idea mejor?

Hice un gesto de negación con la cabeza antes de sumirme en mi propio silencio mirando por la ventanilla. Por supuesto que tenía una idea mejor, pero no habían querido escucharme. No soportaba la idea de poner en peligro a nadie por mi culpa y aquello me hacía sentir culpable.

La casa de Erwan era todo lo que nunca había esperado de él. Era del tipo de casas que aparecen en revistas de decoración. Los muebles que me iba encontrando a mi paso eran de estilo colonial color madera sin demasiados adornos.

Tras pasar por un amplio recibidor, en el que dejamos las chaquetas, continuamos por un magnífico pasillo enormemente ancho. La pared derecha era de cristal de modo que la luz y las vistas eran increíbles. La de la izquierda estaba formada por una librería que iba desde el suelo hasta el techo, ocupando toda la largura del pasillo. Me quedé anonadada pasando las manos con reverencia por el lomo de los libros, al tiempo que leía sus títulos. Por un momento me sentí transportada a mi casa imaginándome a mi padre agachado, buscando algún ejemplar de su extensa biblioteca. El amor que profesaba a sus libros me había sido transmitido a mí. Recordé horas incontables horas que pasábamos juntos cada uno perdido en su propia historia delante de la chimenea.

—¿Sorprendida de que este matón de discoteca sepa leer?

Me giré para encontrarme con su intensa mirada azul zafiro. Su cuerpo permanecía apoyado sobre un hombro en la cristalera de enfrente. Los brazos cruzados en una postura que era bastante frecuente en él dejaban entrever parte de los tatuajes de sus antebrazos. En ese momento me di cuenta que sabía bien poco de él, puede que hubiera sacado conclusiones precipitadas dejándome llevar por su amenazante fachada.

—¿Quién eres realmente? —pregunté entonando los ojos hasta convertirlos en dos finas rendijas.

Erwan se encogió de hombros al tiempo que cambiaba de postura y una sonrisa asomaba por sus labios.

—¿Te refieres aparte de lo obvio?

Sonreí.

—Siento haberte llamado matón de discoteca —reconocí—, aunque a veces actúes como uno no quiere decir que lo seas —añadí con malicia.

—¿Qué clase de disculpa es esa? —Su sonrisa se amplió mostrando una hilera de dientes perfectos que provocó que mi corazón se disparara.

—No has respondido a mi pregunta.

—Soy historiador —respondió sorprendiéndome nuevamente—. Llevo años investigando a los nuestros a través de diversas fuentes escritas, pero hay muy poca cosa útil y la mayoría de las veces desde un punto de vista ajeno. Puedes imaginarte lo que se dice de nosotros.

—¿Crees que podrías dar con la Sacerdotisa?

—Eso me gustaría, pero ella se aseguró de que nunca nadie lo hiciera. A quien busco es a los que hicieron desaparecer a tu hermana; a los que han puesto en jaque a nuestra comunidad. —Asentí con una punzada de dolor en el pecho.

Mientras continuamos recorriendo el pasillo le pregunté:

—¿Por qué una discoteca?

—¿Por qué no? —respondió al tiempo que llegábamos al salón. Definitivamente tenía un gusto exquisito. Nos dirigimos a los sofás, que estaban situados en torno a una chimenea de piedra y nos sentamos cada uno en un sofá diferente—. No podría vivir de la historia, y mucho menos así —añadió haciendo un gesto con las manos abarcando su espectacular casa—. Además lo que estoy investigando no puede ser publicado de modo que es como un *hobby* por así decirlo. —A continuación apoyó los brazos sobre las rodillas y con el semblante algo más serio preguntó—: ¿Vas a decirme qué hacemos aquí?

Decidí no andarme con rodeos.

—¿Qué había entre mi hermana y tú? —El rostro de Erwan perdió todo rastro de diversión, sus ojos se oscurecieron como un mar en plena tormenta. Era evidente que aquella pregunta le había molestado—. Necesito saberlo porque creo que Em me está dando pistas y estas me han conducido a ti —me apresuré a decir.

Él me miró con la mandíbula apretada hasta que se decidió a contestar.

—Si lo que quieres saber es si me acostaba con ella, la respuesta es no —respondió en tono glacial.

Advertí que había estado conteniendo el aliento.

—¿Y por qué no se lo dices a Gérard? Él está como loco.

—¿Te crees que no lo he hecho ya? Conozco a Em desde que nació, éramos amigos y además trabajaba para mí. Ella era la mujer de mi hermano y aunque no lo creáis, ni tú, ni él, tengo sentido del honor y la lealtad. —Pestañee varias veces algo avergonzada.

—Él no me ha contado nada. Yo simplemente até cabos.

—Pues no sé qué tipo de cabos os habéis encontrado para llegar a la misma maldita conclusión. Jamás la miré de ese modo. Aunque Émilie hubiese sido mi tipo, que no lo era, me la hubiera cortado antes que hacerle eso a mi hermano.

—Te creo —dije sintiéndome incomprensiblemente molesta.

No, claro que no. Sus gustos eran más del tipo rubias pechugonas y curvilíneas como la que viera enganchada de su brazo el día de la reunión.

Saqué del bolso el teléfono móvil de mi hermana y se lo mostré. Erwan arrugó el ceño al reconocerlo.

—Es el móvil de Em.

—Estaba guardado en un cajón en casa de Gérard. Por alguna extraña razón lo encontré. Estaba apagado, aún lo está. Cuando lo cogí sentí algo muy extraño y oí un retazo de una conversación que tuvisteis.

—¿Nunca antes te había ocurrido? —Negué con la cabeza—. ¿Y dices que estaba apagado?

—Exacto.

—Probablemente todo esto ha provocado que seas más sensible a tus dones.

—¿Dones? Mi hermana solo tenía uno, que es el mismo que el mío. —Erwan asintió.

—Podría ser que tuvieras más de uno. La psicometría no es fácil de detectar accidentalmente.

—¿Psicometría?

—Adivinación a través del tacto. Puedes obtener información de un objeto o de las personas que lo tocaron con solo tocarlo.

Ya había pensado en eso, pero solo había ocurrido con el teléfono móvil. Cuando toqué la horrible figura de paja que habían colgado en el jardín no ocurrió nada. Puede que tuviera que aprender a utilizarla como le pasó a Álex con su don.

—El caso es que en la conversación que sentí, mi hermana te pedía que te reunieras con ella. Erwan frunció el ceño.

—Eso mismo me pediste tú anoche y no vamos a acostarnos, ¿me equivoco?

—No —respondí inmediatamente—. Pero ella dijo que Gérard no debía de enterarse. Dijo algo sobre que se sentiría traicionado.

Erwan arrugó aún más el ceño si aquello era posible. Apoyó la cabeza en las manos unos instantes antes de responder:

—Esa fue la última vez que hablé con ella. No sé por qué dijo eso de mi hermano, jamás tuvo lugar esa cita; desapareció ese mismo día.

Abrí los ojos desmesuradamente.

—Crees que...

—No. Pienso que fue una coincidencia. Ellos no se la llevaron por lo que pudiera saber sino por quién era. Ella me pidió ayuda con unos sueños que estaba teniendo. Estaban todos relacionados con vuestra familia, empecé a sospechar del supuesto accidente de tus padres. Estaba obsesionada. Estuve investigando para ella sobre un suceso que aparecía en sus sueños, pero si realmente ocurrió se encargaron de no dejar rastro —explicó encogiéndose de hombros con impotencia—. Imagino que había averiguado algo nuevo cuando me llamó.

Mi mente iba más rápida que nunca comprendiendo al fin por qué mi hermana había querido que acudiera a él.

—¿Podrías echar un vistazo a esto? —dije acercándole el cuaderno de dibujos donde había representado cual si fuera un cómic las diversas escenas de los últimos sueños. Erwan empezó a pasar las páginas absorto en los dibujos y en la historia que contaban—. Se trata del mismo sueño, ¿verdad? —logré articular con voz trémula casi deseando una negativa de su parte.

Erwan asintió con la cabeza sin apartar la vista de aquellos dibujos.

—Ella me pidió que investigara cuándo pudo haber ocurrido esto, pero fue imposible con los pocos datos que me dio, y eso contando que hubiese sucedido en esta zona.

—Yo sé cuándo tuvo lugar esa pesadilla —afirmé en un susurro dándome cuenta de lo que aquello significaba. Hasta aquel momento no había acabado de dar crédito a la veracidad del sueño. No había querido hacerlo; pero ya no había lugar a las dudas. Erwan levantó la vista del cuaderno para posarla en mí—. La mujer a la que quemar viva es mi abuela.



—¿Cómo sabes que era ella? No la conociste.

—No, pero vi a mis padres en medio de la reyerta.

Los ojos me escocían por intentar contener las lágrimas. Sentí mi garganta cerrarse poco a poco. Erwan se situó frente a mí consciente de la marea de sentimientos que empezaban a enfrentarse en mi interior.

—Pobre Aimée —susurró al tiempo que me colocaba un mechón de pelo cuidadosamente detrás de la oreja sin apartar su intensa mirada de mi rostro.

Me cogió de las manos en un vano intento de darme su apoyo, pero algo se hizo añicos en mi interior y las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Erwan cubrió mi mejilla con su mano derecha y con el pulgar intentó secarme las lágrimas. Aquel tierno gesto derribó todas mis defensas, odiaba sentirme tan vulnerable, pero que la Diosa me ayudara porque ansiaba su consuelo como el aire para respirar. Un sollozo surgió de mi garganta a continuación, y un instante después me vi envuelta en la calidez de sus brazos.

Toda mi vida se desmoronaba por momentos. Cuando creía que no podía ser peor sucedía algo que me arrastraba aún más profundo. No había fuerza en mí para soportar tanto dolor. Todos los miembros de mi familia habían acabado sus días de una forma trágica, mi corazón sangraba por ellos. El dolor era tan lacerante que lo sentía físicamente, y lloré. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas por derramar.

—Lo siento. —Avergonzada, miraba el interior de la taza que Erwan me acababa de poner en las manos como si buscara la manera de ahogarme dentro.

—No lo sientas —respondió sentándose de nuevo en el sofá que quedaba de manera perpendicular junto al mío.

—Normalmente no soy así. Siempre he sabido esconder bien mis emociones en lo más profundo de mí misma, pero desde que descubrí las malditas cartas, una rabia incontrolable ha ido creciendo dentro de mí y ya apenas me reconozco.

—Ni siquiera puedo imaginarme por lo que estás pasando. El infierno se ha desatado poniendo tu vida del revés y una nueva Aimée ha aparecido para hacerle frente.

—Pues no me gusta esta nueva Aimée —afirmé levantando la mirada de la taza para posarla en él—. Ni esta vida que me espera tampoco, estoy cansada de permanecer encerrada, ¿cuánto tiempo más voy a tener que soportarlo? Nunca he formado parte de todo esto, y creo que preferiría haber seguido en la ignorancia. De verdad que odio toda esta mierda.

Erwan enarcó una ceja mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Ahora me está hablando la Aimée que conocí una tarde fría y oscura, hace poco más de dos semanas. Puede que después de todo la nueva Aimée no tenga mucho que hacer con la anterior —comentó burlándose de mí.

—Eso espero, ya era perfecta como estaba. No necesito añadir toda esa carga emocional negativa. Bastante tengo con mi ya de por sí complicada forma de ser.

Erwan soltó una carcajada dándome la razón. Me sorprendí pensando en lo a gusto que me sentía hablando con él cuando escondía su intratable carácter.

—¿Por qué no me cuentas lo que viste en el sueño? —preguntó volviendo al peliagudo tema.

Le expliqué cómo habían apresado a mi abuela para quemarla. Le hablé de la malvada mujer que dirigía al siniestro grupo y de cómo mi madre, que estaba en un estado muy avanzado de embarazo, había intentado ayudar a mi abuela sin éxito alguno.

—No vi lo que ocurrió al final. Mi madre fue golpeada por uno de ellos y cayó al suelo. Cuando oí el grito de mi padre intentando hacerse sitio para ir tras ella me desperté.

Erwan soltó una maldición al tiempo que se pasaba las manos por el cabello; estaba furioso, sus gestos lo delataban. A medida que escuchaba mi historia su semblante había ido adquiriendo un aspecto cada vez más salvaje.

—Espero que tenga una buena razón para haber ocultado esa bomba.

—¿Te refieres a Agnes?

Él asintió levemente.

—Escucha. Voy a hablar con ella y a exigirle que sea totalmente sincera. Mereces saber la verdad de lo ocurrido a tu familia. —Puso su mano sobre la mía clavando su oscura mirada azul sobre mí—. Joder, yo también necesito saber —añadió frustrado—. Se acabaron las mentiras.

Poco después me llevaba a casa de Gérard con la promesa de que hablaría con su abuela aquella misma tarde para pedirle que se reuniera con nosotros cuanto antes. Aquello me llenaba de inquietud, por un lado deseaba saber lo ocurrido, pero por otro, temía escuchar la verdad.

Desperté con el corazón en la boca completamente desorientada. El pequeño resquicio de luz que se colaba por las contraventanas me permitió reconocer la habitación en la que me encontraba. Me incorporé en la cama sintiendo un potente latido en las sienes. Poco a poco fui recuperando la conciencia, no recordaba haber soñado nada.

Encendí la luz de la mesita, vi que eran las siete de la mañana.

Me dirigía al cuarto de baño cuando tropecé con mi bolso haciéndome trastabillar.

—Mierda —pronuncié con fastidio llevándome el pie dolorido a la mano, al tiempo que daba saltitos con el otro pie.

Otra vez el maldito bolso. Las cartas se encontraban desparramadas sobre el suelo, así como también las fotos.

—No me lo puedo creer —murmuré.

No era la primera vez que me encontraba el bolso de forma extraña por el suelo. Cansada, lo había guardado en el interior del armario, y ahí estaba otra vez. Sintiendo una fuerte opresión en la boca del estómago me agaché cuidadosamente junto a las cartas. Intenté encontrarle un sentido: estaba segura de que se trataba de Em, quería mostrarme algo; pero por más que me esforzara no comprendía qué pretendía. Había leído cada una de las cartas cientos de veces y recordaba las fotos de memoria.

—¿Qué es lo que se me está escapando, Em? —inquirí mirando al techo de la habitación como si ella estuviese allí en aquellos momentos.

Posé de nuevo la mirada en las cartas y fotos esparcidas por el suelo. Después de un buen rato de observación minuciosa comencé a recogerlas. Por más que me estrujara la cabeza no daría con la solución, al menos no aquel día. Cuando abrí el bolso para meterlas en su interior atisé el hatillo de seda negro cuyo contenido no

había vuelto a ver desde la noche en que descubriera el pequeño tesoro en el despacho de mi padre. Lo saqué cuidadosamente colocándolo en el suelo y lo desarrollé. Era magnífico y, por el tipo de manufactura, muy antiguo. Lo cogí con casi reverencia para estudiar más de cerca los elaborados nudos que engarzaban el ámbar, cuando un extraño hormigueo empezó a recorrerme las puntas de los dedos que estaban en contacto con el precioso mineral. Poco a poco fue extendiéndose por las manos hasta llegar a los brazos. Un zumbido se introdujo en mi cabeza mientras mi corazón se aceleraba por las extrañas sensaciones.

La canción de Evanescence que tenía por tono de llamada del teléfono móvil empezó a sonar por encima del zumbido, provocando que casi tirara el precioso objeto del susto. Con el corazón desbocado lo coloqué sobre la seda negra y me dirigí a por el teléfono pensando que se trataría de Erwan con nuevas noticias sobre la reunión con Agnes. Al ver el nombre de Judit en la pantalla frunci el ceño extrañada, había hablado con ella la tarde anterior.

Me puse el teléfono en la oreja y antes de poder decir una palabra escuché la voz de mi amiga que me decía:

—Escúchame Amy. No hagas caso de lo que te digan, estaré bien. Promételo.

El sonido de un golpe al otro lado, seguido de un gemido, me puso el vello de punta.

—¡Judit!

Una náusea se apoderó de mí en el momento en que fui consciente de lo que estaba pasando.

—Hola Amy. Qué grato poder hablar contigo de nuevo —dijo una voz que reconocí al instante como la del hombre que me atacó en las pistas de esquí y luego en el Adytum.

—Escúchame cerdo arrogante, como le hagas daño a mi amiga iré a por ti y te mataré. —La cólera hervía en mis venas.

—No, escúchame tú, bonita —me cortó—. Si no haces lo que te digo mataré a tu amiguita. No estás en condiciones de amenazar a nadie.

—¿Qué quieres?

—A ti. —Silencio. Las manos me temblaban de la rabia—. Has sido muy escurridiza, pero ya sabes: si Mahoma no va a la montaña...

—¿Qué tengo que hacer?

—Chica lista. Quiero que salgas de esa casa y te dirijas a Eyne, es el pueblo que está al lado, detrás de la montaña. Tus amigos tienen la zona estrechamente vigilada así que tu trabajo será que no te vean.

—¿Cómo voy a salir de la casa si está controlada las veinticuatro horas del día?

—Ese es tu problema. Tienes doce horas para conseguirlo. Si cuentas algo de esto a los tuyos la rubita morirá —añadió antes de colgar.

Me quedé horrorizada unos instantes mirando el teléfono.

Doce horas. Eso quería decir que tenía hasta las siete de la tarde para salir de allí sin que nadie me viera y ponerme en manos del enemigo.

Todo habría acabado a las siete de la tarde.

Un suave golpe en la puerta de la habitación me obligó a recuperar el control de mis nervios.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Álex asomando la cabeza.

Su cabello despeinado recogido de cualquier forma y la expresión de su rostro evidenciaban el poco tiempo que hacía que se había levantando.

—Sola.

Una sonrisa nerviosa apareció en mi cara. Álex entrecerró los ojos escrutándome con la mirada.

—¿Te encuentras bien?

—Estupendamente.

—Muy bien —continuó sin acabar de creérselo—. Voy a la ducha antes de que venga mi adorable jefe a trabajar conmigo en este magnífico día y me pille en bragas —añadió con sarcasmo.

—Eso te gustaría a ti —respondí algo más controlada intentando aparentar normalidad. Álex me sacó la lengua y se marchó dejando la puerta cerrada.

Mientras mareaba los cereales de forma inconsciente dentro del cuenco de leche con la cucharilla, meditaba sobre cómo me las apañaría para salir de aquella casa con tantas personas como había velando por mí. Aparte de los dos vigías que permanecían fuera las veinticuatro horas del día, estaban Álex y Ray. Aún no había visto a Gérard, pero era seguro que no se quedaría puesto que lo había hecho el día anterior. Birlar su estrecha vigilancia no iba a ser tarea fácil.

Necesitaba un mapa. No tenía ni idea de dónde quedaba el punto de encuentro, apenas me había dado tiempo de hacer turismo por los alrededores. Me levanté con esa idea en mente, y comencé a rebuscar por los cajones del salón. Después de mirar todos y cada uno de los rincones sin éxito, regresé a la cocina por si tenía más suerte.

—¿Qué estás buscando? —Oí que decía la voz de Gérard a mis espaldas.

—Azúcar —respondí poniéndome en pie instantáneamente.

Gérard la sacó de un mueble que había encima de mi cabeza y me la ofreció.

—Oh. Gracias.

—¿Has podido descansar?

Le había explicado la tarde anterior los motivos por los que había acudido a Erwan y lo que allí habíamos hablado sin dejarme absolutamente nada.

—No mucho. —Una idea me vino a la cabeza en el mismo momento que respondía. Odiaba tener que hacerlo, pero de algún modo tenía que deshacerme de su vigilancia por momentos—. Tal vez podrías darme algo para dormir.

—Mejor no. ¿Por qué no te das un buen baño y luego te acuestas? —propuso al tiempo que se sentaba frente a mí con una taza de café en la mano.

—Para ser médico no eres muy amigo de los medicamentos. —Gérard esbozó una sonrisa torcida—. Necesito dormir al menos unas horas sin que las pesadillas me asalten. No voy a hacerme adicta a los somníferos si es lo que temes —comenté haciendo ver que me sentía más cansada de lo que realmente estaba—. Solo será esta vez, por favor.

—Está bien. Tendrás que tomarla unos veinte minutos antes de acostarte. —Accedió poniéndose en pie y llevando la taza de café al lavavajillas mientras yo sonreía agradecida y triunfal—. Tengo que irme al hospital, volveré tarde.

—¿Prometes que hablarás con Erwan? —Él asintió—. Eres el hombre perfecto, Gérard. Mi hermana tuvo mucha suerte de tenerte, ella debía de quererte muchísimo. —Su atractivo rostro se puso tenso al escuchar mis palabras—. Lo que había entre vosotros nos convierte en familia, ¿verdad? Déjame que te de un abrazo de cuñada —dije enterrándome en su pecho. Él me envolvió en un reconfortante abrazo que me hizo desear confesarle toda la artimaña, pero no podía hacer eso. Odiaba tener que mentirle, pero la vida de Judit estaba en juego y no podía fallarle—. Eso es genial porque a penas tengo familia —añadí con tristeza pensando que aquella sería la última

vez que le vería.

—¿Seguro que estás bien?

—Muy bien. —«Genial. Ya son dos las veces que me lo preguntan, definitivamente no sirvo para esto», pensé—. Es solo que estoy en esa época del mes, ya sabes, y tengo las hormonas disparadas y actúo de un modo un tanto volátil —repuse maldiciéndome a mí misma por poner una excusa tan estúpida.

Gérard me miró divertido antes de soltar una carcajada.

—Amy, tú eres volátil siempre. Uno nunca sabe por dónde vas a salir.

Le puse mala cara haciéndome la ofendida. No era la primera vez que me describían de aquel modo, no ser tan predecible como el resto de los mortales no era tan malo, ¿o sí?

—Será mejor que vaya a ducharme. Acuérdate de mis pastillas para dormir —añadí antes de despedirme de él.

Cuanto menos hablara, menos posibilidades de meter la pata y de que me descubrieran tenía, así que decidí quitarme del medio.

Después de la ducha me vestí con una camiseta negra y un pantalón de yoga gris claro. Dejé preparada la ropa que necesitaría para la excursión y recogí mis cosas lo mejor que pude para que nadie tuviera que hacerlo cuando ya no estuviera.

Lo sentía profundamente por Gérard ahora que nos habíamos hecho amigos, otra pérdida de esas características iba a ser un duro golpe para él, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Pensaba en la necesidad de idear un plan mientras me dirigía a la cocina a por mis sedantes para dormir. Sedantes que por otra parte no pensaba utilizar en mi propia persona. La única solución que se me ocurría era dormir a todos los miembros de la casa. Era un plan algo simple y puede que estúpido, pero no había otra manera de birlar la seguridad de cuatro personas. Al llegar a la cocina busqué con la mirada el bote de pastillas sin poder creerme lo que veía encima de la encimera: una pastilla. Gérard me había dejado tan solo una pastilla.

«¿Acaso cree que soy tan inconsciente como para tomármelas todas?», pensé mirándola incrédula sobre la palma de mi mano.

—¿Qué tal, pecosa?

Me giré en dirección a la voz al tiempo que escondía la mano con su contenido en la espalda.

—¿Pecosa?

—¿Es que acaso no tienes pecas? —dijo Ray mofándose.

—¿Y te preguntas por qué sigues soltero?

—Oh, venga ya. Gilles te llama duende, eso es mucho peor.

—Es ninfa.

—¿Y no es lo mismo?

—No. Además Gilles es mi primo, le están permitidas ciertas licencias que a ti no —contesté airada.

Ray soltó una carcajada, definitivamente disfrutaba con mis pullas.

—¿Sabes si va a tardar mucho la pelirroja?

—Seguro que está esperando a que te vayas. No le caes muy bien.

—¿Te crees muy graciosa? —Le guiñé un ojo mientras salía de la cocina riendo para mis adentros.

Ya en el pasillo, lejos de miradas curiosas, intenté leer el envoltorio de la pastilla, pero me faltaba la parte final del nombre. Gérard la había recortado del blíster para no dármelo entero. De acuerdo, ahora tendría meterme en su despacho-consulta y buscar el paquete pues iba a necesitar unas cuantas para lo que tenía en mente. Miré a ambos lados del pasillo antes de mover el pomo para asegurarme de que ni Álex ni Ray me descubrieran, pero este no hizo juego.

—Mierda—mascullé con fastidio. «¿Por qué cierra en su propia casa?, ¿acaso cree que alguien va a entrar a robarle pastillas o algo así?», me pregunté al tiempo que alzaba una ceja al darme cuenta de que eso era justamente lo que estaba haciendo.

Fui en busca de una horquilla para el pelo a mi habitación y de nuevo, frente a la puerta del despacho de Gérard, la metí dentro del agujero del pomo. Tras varios intentos oí el *click* que me permitiría acceder al interior.

Cerrando la puerta de nuevo, busqué dentro de los armarios alguna caja cuyo nombre comenzara de igual modo que la pastilla que llevaba en el bolsillo. Justo en ese momento sentí una vibración en el bolsillo derecho y antes de que el móvil empezara a sonar descolgué y me lo llevé a la oreja sintiendo un nudo en el estómago al ver que era Erwan.

—He hablado con Agnes. Ha accedido a vernos esta tarde.

—Eso es genial —respondí con una risa nerviosa.

—Pasaré a buscarte a las cuatro.

—¿A las cuatro? —gemí.

—¿Tienes otros planes? —preguntó con cierto tono sarcástico.

—Oh, no no. Me va perfecto.

Colgué antes de que pudiera meter la pata más aún. No sabía si reír o llorar. Antes de las cuatro tenía que sacar mi culo de aquella casa. No me llevó mucho tiempo encontrar la maldita caja de pastillas, cogí un blíster entero y la receta, no estaba de más leer las contraindicaciones antes de drogar a mis amigos.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Eh? —Me obligué a prestar atención. Había preparado la comida y disuelto el medicamento en las bebidas. No había vuelta atrás. Los vigías deberían de estar a punto de caer en un profundo sueño, pues les había llevado un refrigerio antes de sentarme a la mesa con Álex y Ray. En cuanto estos dieran señales de cansancio saldría disparada a mi dormitorio a cambiarme.

—Estás como ausente —señaló Álex.

—Es solo que estoy muy cansada.

—Otra noche sin pegar ojo. —Fue una afirmación más que una pregunta. Asentí sin necesidad de agregar nada—. ¿Por qué no subes a descansar un rato? Nosotros recogeremos.



—¿Por qué me metes en esto? —se quejó Ray.

—Cállate.

Sonreí y me marché a mi habitación sin volver la vista atrás para que no vieran la profunda tristeza que embargaba mi rostro. Les echaría de menos, solo esperaba que aquellos dos resolvieran lo que fuera que les impedía estar juntos.

Calculé veinte minutos para volver a salir. Me cambié de ropa mientras tanto, poniéndome las prendas de abrigo que había preparado aquella mañana. Mis manos temblaban mientras trataba de atarme los cordones de las botas. Metí el teléfono móvil en el bolsillo interno del anorak y salí sigilosamente de la habitación.

Todo estaba en silencio.

Al llegar al final de las escaleras eché un vistazo a las dos personas que permanecían en el salón. Ambos estaban en el sofá aparentemente dormidos. Comprobé que realmente lo estaban al acercarme a ellos y sentir su respiración relajada.

Abrí la ventana que daba acceso al jardín y busqué con la mirada a los dos hombres que permanecían en el exterior vigilando la casa.

Dormidos.

Perfecto.

Mientras me dirigía a la puerta de la calle pensé en la suerte que era que Llop no estuviese allí, no tenía claro que el animal me hubiese facilitado mucho las cosas. Al salir de la casa me dirigí al oeste, había memorizado el camino que tenía que seguir, mirando en Google Maps la ubicación del pueblo. Rápidamente me interné en el bosque, el tipo que tenía a Judit me había dicho que los nuestros tenían toda la zona vigilada, lo último que quería era toparme con alguno de los hombres de mi tío Robert.

Ascendí por un estrecho camino junto a un riachuelo. Hacía mucho frío. Sentía que me ahogaba debido al esfuerzo de caminar tan rápido en aquella altitud, pero no podía permitirme parar a descansar. Llevaba casi una hora caminando a un ritmo rápido. En cuanto descubrieran mi huida no tendrían más que seguir mis pasos por la nieve para dar conmigo y eso no podía permitírmelo. Si algo le pasaba a Judit por mi culpa, moriría de tristeza.

Sentí un pinchazo de dolor al golpearme la mejilla con una rama baja. Estaba tan pendiente de dónde ponía los pies que apenas podía fijarme en nada más, tampoco me importó. Eso no era nada comparado con lo que iban a hacer conmigo en un rato. Había sentido la angustia y el miedo de mi hermana como mío propio mientras luchaba por su vida momentos antes de morir. Aquel hilo de pensamiento definitivamente no era el más conveniente en aquellos momentos.

El móvil empezó a vibrar cerca de mi pecho. Rápidamente lo alcancé, pero el nombre que vi en la pantalla puso todos mis sentidos en alerta. Era Álex, acababan de descubrirme. Miré el reloj en el teléfono, aún faltaban quince minutos para mi cita con Erwan. Pronto lanzarían toda la caballería tras de mí. Apresuré el paso mientras buscaba el maldito número desconocido que me había llamado aquella mañana y pulsaba el botón de llamada.

—¿Has salido de tu madriguera?

—Estoy en el camino que desemboca en la carretera que lleva a Eyne —respondí sin hacer caso de su impertinencia—. Acaban de descubrir que no estoy en casa así que más vale que estéis ahí antes de que ellos vengan a por mí.

—Cinco minutos —contestó antes de colgar.

El miedo me recorrió todo el cuerpo, había llegado mi momento. Pronto toda esta pesadilla llegaría a su fin.



## Capítulo 25

Al llegar a la carretera divisé el coche negro aparcado en un pequeño tramo adyacente donde no molestaba a la circulación. Dos hombres salieron del vehículo al verme. Mientras me acercaba pude reconocer al tipo con el que había hablado por teléfono. Este hizo una señal a uno de sus secuaces que inmediatamente abrió la puerta trasera del coche haciendo salir a mi amiga de forma brusca. Judit se retorció para liberarse de su agarre y en cuanto me vio salió corriendo en mi dirección. Percibí el ademán de uno de los hombres de ir tras ella, pero el rubio de rostro malvado le hizo un gesto para impedirselo.

Ambas nos fundimos en un abrazo entre lágrimas.

—Escúchame bien. Tienes que llegar a Llo y preguntar por Gilles. Él sabrá qué hacer —le dije al oído.

Gilles me había estado vigilando desde la muerte de mi padre y, por lo tanto, sabía quién era Judit. Él la protegería.

—No pienso dejarte con esos desalmados.

—Ni hablar. Esto no va contigo —repliqué rompiendo el abrazo.

—¿No es enternecedor? —dijo una voz masculina que reconocí al instante. Era alto y rubio, con el cabello corto y despeinado. De no ser por esa mirada cruel podría incluso considerársele atractivo, pero aquellos ojos reflejaban una oscura maldad que me producía rechazo.

—Ahora ya me tienes. Deja que se marche.

—No me iré, no puedo hacerlo —dijo mi amiga entre lágrimas.

El hombre apuntó con la pistola a la cabeza de Judit para sorpresa de todos.

—Tienes diez segundos para desaparecer de mi vista. Si no lo haces dispararé.

—¿Estás loco? Ese no era el trato.

—Uno... —empezó a contar ignorándome.

—¡Empieza a correr! —la urgí en tono desesperado.

Judit negaba con la cabeza sin saber qué hacer, estaba en *shock*. Con el pelo alborotado, los ojos y mejillas manchados de rimel por las lágrimas, y la ropa desarreglada parecía que acababa de salir del mismo infierno.

—Dos...

—¡Judit, por favor!

—Tres, cuatro...

Judit nos miró a uno y a otro alternativamente hasta que finalmente optó por la única opción que podía ayudarme. Giró sobre sus talones y corrió como nunca antes había hecho. Solo esperaba que el lunático que la apuntaba con la pistola cumpliera su palabra porque en caso contrario le mataría con mis propias manos.

—¿Qué quieres decir con que «no está»?

—Pues que ha desaparecido —respondió Álex con el rostro desencajado—. Hemos puesto patas arriba la casa y no está.

Un tic apareció en la mandíbula de Erwan. Rápidamente sacó el teléfono móvil, pero Álex lo desalentó.

—Ya la hemos llamado y no contesta. También hemos llamado a mi padre y a Gérard, están de camino.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo con una calma que estaba muy lejos de sentir—. ¿Alguien ha entrado en esta casa y se la ha llevado mientras cuatro personas la custodiaban, y ni siquiera os habéis dado cuenta?

Álex miró hacia otro lado incapaz de sostenerle la mirada.

—No amigo —contestó Ray hablando por primera vez desde que entrara en la casa—. Amy fue la que salió de la casa sin que ninguno nos diéramos cuenta.

—¿Y cómo ha hecho eso?

—Nos drogó. —Los ojos de Erwan se abrieron de par en par, incapaz de creerse lo que estaba oyendo.

En ese momento apareció por la puerta Gérard seguido de Robert y Gilles.

—Hola chicos —dijo Robert—. Acabo de poner a tres rastreadores tras su pista. Parece que se dirigió hacia Eyne. No debe de andar lejos.

—Maldita sea —renegó Gérard al tiempo que andaba de un lado para otro como un animal enjaulado—. ¿Cómo no me di cuenta? Se estaba despidiendo de mí —dijo indignado. Su mirada era una mezcla de cólera y culpabilidad—. Y encima fui tan estúpido de darle un somnífero.

—Pues se necesita más de uno para dormir a cuatro personas —replicó Ray en un tono de voz que dejaba entrever lo furioso que se sentía.

—Te aseguro que solo le di uno.

—Ella debió de hacerse con la caja entera —les cortó Robert antes de que saltaran las chispas—. No os culpéis. La idea era protegerla de una amenaza exterior no de ella misma.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Erwan.

Un teléfono móvil sonó en aquel instante. Rápidamente Gilles se lo llevó a la oreja sintiendo cinco pares de ojos clavándose en él.

—Dime, Roland —respondió posando una mirada significativa en su padre.

Roland era uno de los guerreros del clan, también era muy amigo suyo puesto que tenían la misma edad y vivían puerta con puerta.

—¿Cómo se llama?

—Tráela para aquí. —Tras decir eso colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo, mientras la cólera ardía en sus venas.

—Creo que tengo tu respuesta —le dijo a Erwan con el rostro encendido.

Estaba paralizada por el miedo. No sabía cuánto tiempo llevaba allí encerrada, pero parecía una eternidad. Sentía que hacía días que no hablaba con nadie. Aquellos tipos me habían encerrado en aquel lugar privándome de casi todos mis sentidos. Estaba totalmente oscuro y no se oía absolutamente nada. Presentía que estaba bajo

tierra, pues el olor a humedad inundaba mis fosas nasales.

Me había acurrucado en un rincón abrazándome a mí misma aterida por el frío y había permanecido en esa posición desde entonces, pero aquello no era tan terrorífico como el desconocimiento de lo que iba a ocurrir a continuación. El estado permanente de alerta me estaba destrozando los nervios.

No supe cuánto tiempo más me tuvieron así hasta que finalmente oí unos pasos acercarse. La puerta se abrió segundos después poniéndome en guardia. Alguien encendió una luz cegadora dañando mis ojos acostumbrados a la oscuridad. Me cogieron del brazo obligándome a levantarme y me condujeron fuera de la celda.

Poco a poco acostumbré mi vista a la luz artificial que nos iluminaba. Me llevaron por un largo y angosto pasillo de piedra. Ahora estaba segura de que nos encontrábamos bajo tierra, por eso había sido imposible dar con ellos. Me hicieron entrar en una habitación que me recordó a las salas de interrogatorios que salen en las películas y me sentaron con pocos miramientos en una de las sillas. Los dos hombres que me acompañaban salieron a esperar fuera a quienquiera que viniese a continuación. La habitación estaba pintada de blanco y era tan fría como la celda que había ocupado minutos antes. Una mesa metálica ocupaba el centro, junto con otra silla que quedaba justo enfrente de mí.

Después de esperar lo que me pareció una eternidad, la puerta se abrió dando paso a mi secuestrador que precedía a otras dos personas. Mi corazón dejó de latir en cuanto posé la mirada en la mujer rubia que iba tras él.

—Tú —logré articular de manera acusadora.

La mujer alzó una ceja, por una fracción de segundo pareció algo confusa, aunque rápidamente lo enmascaró con una mueca de desprecio.

—¿Me conoces?

Se trataba de una versión más mayor de la mujer con la que había soñado, pero era la misma; no tenía ninguna duda al respecto.

—Quemaste viva a mi abuela.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Sé muchas cosas Grâce—contesté tirándome un farol. Usé su nombre tal y como se lo había oído decir a mi abuela en el sueño, deseando no equivocarme.

En realidad no entendía nada y estaba aterrorizada, pero no iba a permitir que fueran ellos los únicos que jugaran a aquel macabro juego.

—Entonces ya sabrás lo que queremos de ti. —Silencio. No respondí a eso simplemente porque no me atreví a decirlo en voz alta—. ¿Dónde está el medallón?

—¿Cómo?

—No te hagas la tonta conmigo, niña. Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando. —Sentí cómo la cabeza me daba vueltas y un dolor atroz amenazaba con hacerme estallar.

—¿No se supone que lo que pretendéis es matarme?

—Estás bien informada, pero necesito el maldito medallón.

—¿Sin él no sirve de nada? —pregunté con un leve resquicio de esperanza que se apagó en cuanto la mujer soltó una carcajada.

—De cualquier forma vamos a matarte —contestó lanzándome una perversa mirada—. Y ahora contesta a la pregunta.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Voy a morir igualmente —dije con una calma que estaba lejos de sentir.

Grâce sonrió de un modo que hizo que mis tripas se retorrieran.

—Hay muchas formas de morir, jovencita. Ya conoces a Adrien, él estaría encantado de sacártelo por la fuerza. —El aludido sonrió con una mirada anhelante, estaba más que segura de que el Psicópata disfrutaría con ello—; aunque puede que mi nieta nos facilite las cosas. ¿Qué dices tú, Sophie? —preguntó a la tercera persona que había entrado en la habitación y que se había mantenido discretamente aparte hasta aquel momento.

Desplacé la mirada hacia ella y me quedé helada por no haberla reconocido antes. Era la joven alta y morena que me había encontrado en los baños de Llo.

—Ella sabe del medallón —dijo sin apartar la mirada de mí.

Fruncí el ceño. Sus ojos me resultaron vagamente familiares, pero lo que más me llamó la atención era lo que sabía ella de mi medallón.

—¿Sorprendida? Parece que al fin y al cabo no lo sabes todo. Sophie puede leer y manipular las mentes.

—¿Ella es la que me provoca este terrible dolor de cabeza?

Recordé nuestro anterior encuentro y la angustiada sensación que me produjo todo el tiempo.

—¿Dónde está? —preguntó a su nieta ignorando mi pregunta.

—No lo sé. No me deja entrar en su mente. Cuando mencionaste el medallón ella lo visualizó, pero también detectó mi intrusión y levantó sus defensas contra mí, igual que la otra vez.

—Parece que tú tampoco lo sabes todo sobre mí —respondí con el mismo tono que había utilizado conmigo segundos antes.

No tenía ni idea de a lo que se refería la tal Sophie con lo de las defensas, pero sea lo que fuere no iba a dejarla entrar. Puede que finalmente fuese una digna rival y no iba a ponerles las cosas fáciles.

—No importa. Utilizaremos el método tradicional. —Tragué saliva sin querer mirar al sádico que tenía a mi izquierda—. El mismo que utiliza nuestro querido Erwan para sacar información a los nuestros.

—¿Erwan? —repetí con el corazón en la boca. Se suponía que ellos solo sabían de Álex, y porque la habían visto conmigo.

—Vaya, de nuevo sorprendida —dijo Grâce sonriendo. Aquello parecía una competición, empezaba a estar harta de la pedantería de aquella mujer—. Erwan y Sophie son hermanos. Eso no quiere decir que sea mi nieto. Tienen el mismo padre. Curioso, ¿verdad? —No pude abrir más los ojos porque no me daban de sí—. Se trata del mismo hombre que dirige todo esto y que va a acabar con tu vida. Ya le conocerás. Te cuento todo esto porque estás muerta, dudo que tu amigo sepa nada. Todo forma parte de un plan laboriosamente intrincado que pondrá a los tuyos nuevamente en jaque mate.

—Estáis enfermos.

Grâce elevó los labios en una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Ahora te dejaré con Adrien, tal vez quieras contarle a él dónde está el medallón —dijo sin abandonar aquella sonrisa perversa del rostro mientras se dirigía hacia la puerta para dejarme a solas con el Psicópata.

—No me puedo creer que no contáramos con esa posibilidad —prorrumpió Erwan. La ira había saltado en él como una chispa en un reguero de pólvora arrasando con la acostumbrada calma de la que solía hacer gala incluso en los peores momentos—. Hemos estado tan ciegos protegiéndola que hemos dado por sentado que ellos

atacarían tarde o temprano cometiendo un error.

Aquella noticia cambiaba completamente las cosas. Ahora tenían la certeza de que Amy estaba en manos del enemigo y si no actuaban rápido todo estaba perdido. La situación no podía ser peor y los ánimos iban desde el abatimiento a la cólera profunda. No solamente por lo que suponía para los de su especie si perdían la posibilidad de volver a convocar a la Diosa, sino porque Amy se había instalado en el corazón de todos ellos y perderla no estaba entre sus opciones.

—Pero ¿por qué no nos lo contó? —preguntó Álex en un murmullo cercano a las lágrimas.

—Porque sabía que no íbamos a aceptar el cambio de ninguna manera. Y ellos contaron con eso —respondió su padre.

En ese momento apareció por la puerta Roland junto con Judit. Ninguno de ellos la había visto jamás, exceptuando a Gilles que la había conocido durante el tiempo que estuvo vigilando a Amy en Barcelona, pese a que nunca se había dejado ver por ninguna de las dos mujeres, al menos no de forma consciente. Con los labios amoratados y tiritando de frío se paró en seco al entrar en el salón y ver aquellos desconocidos de aspecto tan intimidatorio.

—¿Gilles? —preguntó sin acabar de fiarse de ellos.

El aludido, que ya iba de camino hacia ella cuando la vio entrar, la cogió del brazo suavemente cuando esta dio un paso atrás.

—Ese es mi nombre —dijo en un tono tranquilizador. La mujer estaba en un estado de nerviosismo rayando el *shock*.

Su ropa, completamente fuera de lugar en aquella zona tan fría, estaba salpicada de barro, y uno de sus zapatos había perdido un tacón.

—No temas, estás entre amigos. Amy es mi prima.

Judit se abalanzó sobre él agarrándole de la camiseta con desesperación.

—Ella me dijo que acudiera a ti. Tienes que ayudarla, por favor. Ellos se la han llevado por mi culpa —farfulló entre sollozos.

—De acuerdo, pero antes vas a tener que tranquilizarte y explicarnos lo que ha pasado. —La condujo al sofá y la hizo sentar mientras Álex colocaba una manta sobre sus hombros para que entrara en calor.

Judit les explicó el horror que había vivido las últimas veinticuatro horas. La habían secuestrado mientras se dirigía a casa después de su jornada laboral. Afortunadamente no le habían hecho nada, aparte de mantenerla encerrada en una habitación oscura en contra de su voluntad y obligado a llamar a su amiga para hacer el intercambio. Lo que más le dolía era haber tenido que huir corriendo y dejarla con ellos.

—¿Podrías describirnos el lugar al que te llevaron? —inquirió Robert.

Judit negó con la cabeza incapaz de contener las lágrimas.

—Escúchame —dijo Erwan sentándose frente a ella—, es muy importante que recuerdes porque es allí adonde seguramente la han llevado.

—Me taparon los ojos todo el camino. Solo puedo decirte que la habitación en la que estuve encerrada no tenía luz y olía a humedad.

—¿Dónde tuvo lugar el intercambio?

—En la carretera. Justo donde acaba el camino en el que me encontraron ellos —contestó señalando a Roland.

—Poco antes de llegar a Eyne —añadió este.

—¿Sabrías decirme cuánto duró el trayecto hasta ahí? —Judit levantó la cabeza esperanzada.

—No mucho. Algo así como veinte minutos. Hay que llamar a la policía para que pongan en marcha un dispositivo de búsqueda.

Erwan dirigió una mirada impaciente a Robert. Había que empezar a actuar antes de que fuera demasiado tarde. Reprimiendo la necesidad de salir por la puerta a buscarla, se obligó a permanecer allí sentado, pensando en cómo demonios iban a traerla de vuelta si ni siquiera sabían adónde la habían llevado.

Gilles se ofreció a llevar a Judit a la casa de huéspedes donde estaría bien cuidada por su madre. La habitación quedó extrañamente en silencio cuando Roland, Gilles y Judit abandonaron la casa. Cada uno pensaba en las posibilidades que tenían y la mejor manera de proceder.

El sol había abandonado hacía rato su lugar en el cielo dando paso a la oscuridad propia del atardecer. Un teléfono móvil sonó sacándolos de sus pensamientos.

—Es Agnes —anunció Robert mirando la pantalla de su teléfono—, ella debe de haberse enterado.

Llevándose el teléfono a la oreja se retiró un tanto para tener cierta intimidad mientras le explicaba lo sucedido. Gérard continuaba paseando por el salón fuera de sí, mientras Álex buscaba en el ordenador un mapa satélite con la idea de hacer una repartición del territorio circundante a Eyne para peinarlo en busca de Amy.

—Esto va a ser como buscar una aguja en un pajar —sentenció Ray—. Podría llevarnos días dar con ella de este modo e incluso no encontrarla nunca. Si han sabido mantenerse escondidos tantos años viviendo tan cerca...

—Estoy abierta a cualquier otra sugerencia mejor —le cortó Álex—, mientras tanto, esto es lo mínimo que podemos hacer. Si tan solo tuviésemos a alguien entre los nuestros con la capacidad de rastrearla —añadió pensando en voz alta—. Para qué mierda sirve tener todos esos poderes si a la hora de la verdad no hay ninguno que sea efectivo para defendernos de ellos.

Gérard dejó de pasearse en aquel momento para encontrarse con la mirada azul de su hermano. Él conocía bien los dones de la gente del clan, llevaba años tratando a su gente. Entre ellos había telépatas, diferentes tipos de clarividentes, empáticos, algún telequinético y diversas habilidades curiosas.

—¿Por qué nadie predijo esto? —preguntó Ray con fastidio.

—La precognición no es omnipotente. Nadie es tan poderoso como para saber lo que va a suceder todo el tiempo —argumentó Gérard.

—Necesitamos un psicométrico —dijo Erwan levantándose de la silla.

Una persona con aquella capacidad podría saber de Amy tocando una de sus pertenencias. Recordó que ella misma había comenzado a desarrollarla. A veces se manifestaba de modo que la persona podía conocer la historia del objeto que estaba tocando, u obtener información de la persona a la cual pertenecía.

—Eso es.

—Candice puede hacerlo —anunció Gérard sacando el teléfono móvil del bolsillo—, ella es una psicométrica muy poderosa.

—¿No hay nadie más? —preguntó Álex con gesto de desagrado. Gérard negó con la cabeza mientras se ponía el teléfono en la oreja y hablaba con Gilles pidiéndole que pasara a buscar a la joven de regreso a su casa.

—¿Qué te pasa con Candice? —quiso saber Erwan.

—No me gusta.

—Supongo que el hecho de que sea rubia, alta y esté tan increíblemente bien formada no tiene nada que ver —dijo Ray.

—¿Sabes? Realmente no estoy de humor para tus estupideces en estos momentos. Si tanto te gusta hazle un favor a tu madre y cástate con ella. Oh, espera, que no es por tí por quien bebe los vientos —contestó con malicia. Ray apretó la mandíbula con enojo.

—Ella no me interesa.

Candice era una de las mujeres solteras del clan por la que muchos suspiraban, pero ella solo tenía ojos para Erwan. Había decidido que iba a ser para ella y no iba a parar hasta conseguirlo. Álex no la conocía demasiado, tampoco es que se relacionara mucho con el resto de las mujeres de la pequeña comunidad, estaba cansada de que la censuraran por hacer lo que hacía. A ella le gustaba luchar, no compartía la necesidad que tenían todas por buscar un hombre y esperar que las protegieran el resto de sus vidas mientras ellas se dedicaban a criar niños. Eso era lo que había estipulado la Diosa al concederles un cuerpo más débil físicamente con la capacidad de procrear. Pero ella no estaba hecha de esa pasta. Eran muy pocos los que la comprendían. Ni siquiera Ray había respetado eso de ella. Pero por increíble que pareciera, eran sus compañeros de armas los que más la respetaban y apoyaban. Más de uno se había alegrado de que su relación con Ray terminara, la joven pelirroja era un codicioso bocado entre algunos de los guerreros.

—Es lo único que tenemos de momento, Álex. Ella puede ayudarnos. —Asintió ante las palabras de Gérard. Nadie más que ella quería traer de vuelta a su miembro más nuevo de la familia sana y salva. Si para ello era necesario agarrarse a ese clavo ardiendo pues que así fuera.

## Capítulo 26

La rabia que sentía pugnaba por salir en forma de lágrimas por mis ojos. Nunca antes me había sentido tan impotente respecto a mí misma. Lo único que quería era gritar para poder desahogarme, era todo cuanto podía hacer, pero ni siquiera les iba a dar tal satisfacción. Adrien me había estado interrogando sin conseguir nada durante un largo espacio de tiempo. Cuando al fin se dio cuenta de que la intimidación no sería suficiente me encerró de nuevo en la oscura y fría celda, no sin antes hacerme una descripción detallada de cómo iba a ser nuestro próximo encuentro. No confiaba en poder mantener la boca cerrada bajo tanta presión. Lo peor de todo era que el maldito medallón estaba en casa de Gérard, si hablaba estaría condenando a mi amigo. Estaba convencida que de algún modo lograrían la manera de entrar en su casa, al parecer el extraño objeto bien valía la pena.

Aterida de frío me ovíllé en un rincón de la celda a la espera de que el Psicópata regresara con sus juguetes. Si tan solo pudiera contar con un arma acabaría allí mismo lo que ellos pensaban hacerme después de sacarme toda la información que necesitaban. El único consuelo que me quedaba era que pronto me reuniría con mis padres y hermana. No es que lo deseara ciertamente, pero al menos saldría algo bueno de todo aquello, si es que podía considerarse así. Tal vez me encontrara con la responsable de toda aquella situación y pudiera decirle en persona lo inútiles que habían sido sus planes para proteger su maldita creación.

Para cuando Adrien entró en la habitación acompañado de otro hombre, me encontraba tan aterrorizada que todo mi cuerpo temblaba por dentro, aunque hice todo lo posible por aparentar una calma que no sentía. Habían pasado horas desde que me dejaran allí. Horas que había pasado pensando en lo que iban a hacerme. El otro hombre me lanzó una mirada lasciva que provocó que el vello de mi nuca se erizara. Ya lo había visto antes, el día que me atacaron en el Adytum. Había embestido a Erwan como si de un búfalo se tratase. Alto y calvo, tenía una fea cicatriz en el labio que le daba un aire siniestro y peligroso. Me sentaron en una silla y me ataron sin ningún tipo de miramientos. Sus caras mostraban cuánto estaban disfrutando con todo aquello.

—Muy bien, princesa, es hora de que tú y yo continuemos nuestra charla pendiente. Necesito saber algunas cosas del grupo que te protege y el paradero del amuleto. Será mejor para ti si respondes a mis preguntas por las buenas —dijo acercando su rostro al mío.

—¿Por qué no te mueres?

Antes de que pudiera darme cuenta me golpeó con el dorso de la mano. Un dolor agudo me atravesó el rostro, centrándose en los labios. Al sentir el regusto metálico de la sangre en la boca le escupí con rabia, antes incluso de poder pensar en lo que hacía. Me maldije a mí misma en cuanto lo hice, pero no dejé entrever mis emociones al rubio psicópata. Ese siempre había sido mi problema: primero actuaba y luego pensaba en las consecuencias de mis actos. Casi esperaba que me golpeará de nuevo, en cambio, Adrien se limitó a limpiarse la saliva de la cara con una sonrisa en el rostro.

—Ella me gusta realmente —dijo mirando al otro tipo—, tiene agallas. Me va encantar doblegar a esa fiera que tienes dentro —añadió con una mirada perversa que me encogió el corazón.

—Se me ocurren varios modos de hacerlo —comentó el otro hombre recorriendo mi cuerpo con la mirada.

El asco, la repulsa y el miedo me embargaron como si fueran olas del mar.

—Hazlo y serás pasto para gusanos. Marlon no quiere su mercancía usada.

No supe si alegrarme por ello o sentirme más horrorizada de lo que ya estaba. Adrien acercó una mesa justo a mi lado y a continuación se colocó en una silla frente a mí. Desató mi mano izquierda para ponerla sobre la mesa. Alzó la suya sin dejar de mirarme mientras el otro hombre colocaba en ella un martillo. Una sonrisa de diversión se dibujó en sus labios como si se tratara de un niño con un juguete nuevo. Contuve el aliento al darme cuenta de lo que pretendía hacer con él.

—Es muy sencillo, princesa. Yo hago una pregunta y tú respondes. En caso de que no me guste la respuesta te lo haré saber.

El corazón martilleaba en mi garganta con tanta fuerza que pensaba que de un momento a otro me ahogaría.

—Primera pregunta: ¿cuántas personas hay en tu comunidad y quién los lidera? —Miré alternativamente al rostro de Adrien y el objeto que sostenía en alto preparado para usar, antes de contestar.

—No lo sé.

Ví cómo el martillo bajaba hacia mi mano como a cámara lenta instantes antes de que un dolor indescriptible me atravesara el dedo meñique extendiéndose por toda la mano. Un grito desgarrador surgió de mi garganta como respuesta automática. Jamás había sentido tantísimo dolor. Las lágrimas comenzaron a desbordarse por mis ojos sin que pudiera hacer nada por contenerlas.

—Tal vez ahora quieras pensarte mejor la respuesta.

No podía pensar, tan solo quería acunar mi mano dolorida contra mi cuerpo y acurrucarme en un rincón a lamerme las heridas. Adrien ladeó la cabeza mientras me taladraba con una mirada que no tenía fondo, completamente vacía y desprovista de sentimientos. A continuación desvió la atención hacia mi mano levantando de nuevo el martillo con intención de golpearme otra vez.

—¡Te he dicho la verdad! —me apresuré a responder—. No conozco a todos los miembros del clan.

—¿Sabes? No te creo.

—La única vez que los vi reunidos había unas cuarenta personas.

—¿Y?

—Y el nombre de la mujer que los lidera es Agnes —murmuré odiándome a mí misma.

Una fría sonrisa empezó a formarse en el rostro del Psicópata.

—Respuesta correcta. No ha sido tan difícil, ¿verdad? Esta pregunta era simplemente una prueba, sospechábamos del pequeño número de miembros de tu comunidad y de la bruja que la dirige. —Tuve que tragarme lo que verdaderamente pensaba, por miedo a que me golpeará de nuevo—. Vamos a la siguiente pregunta, esta me interesa mucho: ¿cuántos hombres protegen tu clan?

Lo miré aterrorizada. Realmente desconocía la respuesta, ¿sería tan malo decirle lo poco que sabía? No quería ni imaginarme volviendo a sentir aquel objeto cayendo sobre mi mano. El dedo meñique palpitaba y el dolor era tan atroz como nada que hubiera sentido jamás.

—Mi paciencia se agota.

—¡No lo sé! —contesté desesperada porque me creyera—. No es mi clan, yo apenas les conozco.

Antes de finalizar la frase oí el golpe seco del martillo golpear mi carne y romper el hueso. Un alarido ronco desgarró mi garganta. Aquello era más de lo que podía soportar. Intenté moverme, pero las cuerdas con las que estaba atada me lo impidieron. Sintiéndome atrapada y completamente vulnerable luché con todas mis fuerzas por desasirme de lo que me tenía sujeta a la silla. Grité de rabia. Lo único que conseguía con todo aquello era lastimarme a mí misma mientras los dos hombres me

observaban entretenidos.

—Parece una gata salvaje.

—Me encantaría poder domarla —dijo el Hombre-Búfalo con una sonrisa lujuriosa pintada en la cara.

—Será mejor que contestes.

—¡Te he dicho que no lo sé! He visto a unos cuantos de ellos, pero sé que hay más, no sé cuántos, ¡maldita sea! —contesté entre sollozos.

—¿Son miembros del clan? —Asentí rápidamente—. Entonces no deben de ser muchos, teniendo en cuenta el número de miembros que lo forman —concluyó mirando hacia su compañero.

—Pero están bien preparados, el hecho de que sean del clan los hace mucho más peligrosos —apreció el otro hombre mientras Adrien asentía con la cabeza.

—Háblame del Adytum.

Mi corazón dejó de latir por unos instantes. Aquello era peor que la peor de las pesadillas. El rostro de Erwan se formó en mi cabeza haciéndome sentir un estremecimiento. La realidad de no volverlo a ver nunca más rompió algo en mi interior, y en ese momento supe que jamás podría traicionarle. Por mucho que Adrien se esforzara, no diría nada que pudiera perjudicarlo lo más mínimo.

—¿Qué quieres que te diga? La única vez que estuve intentasteis secuestrarme, puedes imaginarte que no he vuelto por allí.

—¡Mientes! —espetó al tiempo que dejaba caer de nuevo el martillo sobre el siguiente dedo. Aullé de dolor. Mareada, me incliné hacia delante para vomitar, pero no había nada en mi cuerpo para echar—. Lo preguntaré de otro modo —dijo en un tono falsamente calmo—. Ese negocio es vuestro, ¿verdad?

Apreté las mandíbulas a la espera de que me golpeará de nuevo. Me sentía aturdida a causa del dolor recibido. Mi mano palpitante era una masa de carne sanguinolenta, era incapaz de mirarla sin que el horror de lo que estaba ocurriéndome se apoderara de mí.

—Tan solo conozco a uno de ellos que sería capaz de hacer eso —afirmó Adrien mirando a su compañero—. Es lo suficientemente arrogante como para regentar un local de moda mientras que la mayoría lleva un tipo de vida bastante discreto por temor a que demos con ellos.

—El hijo de Marlon —dijo el otro hombre asintiendo con la cabeza.

Tragué saliva evitando mirar a la cara de mi torturador por miedo a delatarme. Marlon debía de ser el padre de Erwan y Sophie, y también el que lideraba aquel pérfido grupo de matones sedientos de poder.

—¿Es así, Amy? —preguntó acercando su rostro al mío—. ¿Es tu amigo Erwan el propietario del Adytum? —Cerré los ojos a la espera de una nueva oleada de dolor—. ¿Qué crees que vas a conseguir protegiéndole? Tarde o temprano le daré caza —sentenció al tiempo que se levantaba y se quitaba la camiseta. Una enorme cicatriz cruzaba su pecho musculoso—. El me hizo esto. Me dio por muerto, pero por desgracia para él no fue así. Ahora es algo personal. —Una sonrisa siniestra se formó en su rostro—. De nada sirve que le protejas. Lo único que vas a conseguir es vivir un maldito infierno. Así que mejor será que contestes.

—Haz lo que tengas que hacer conmigo. No pienso decir nada más —dije con una calma que estaba lejos de sentir.

El rostro de Adrien se ensombreció de un modo que me dio escalofríos.

—Muy bien. Veremos si eres tan insolente cuando veas lo que hemos preparado para ti. Para cuando acabe contigo no quedará nada de ese estúpido orgullo.

Las horas pasaban y la tensión podía palpase en el ambiente. Gilles había llamado diciendo que tardaría un rato en traer a Candice, pues la mujer no se encontraba en casa y no contestaba las llamadas. Mientras tanto, Robert había llegado con el grupo de guerreros que no estaba vigilando el perímetro de Llo para elaborar un plan de acción. Gérard estaba tan fuera de sí que se subía por las paredes, en tanto que Erwan intentaba parecer calmado cuando por dentro una furia ardía tan intensamente que lo único que deseaba era ver la sangre de sus enemigos despedazados por sus propias manos. Si algo le ocurría a Amy no habría nada en este mundo que pudiera contenerle.

Sin poder aguantar más el encierro se dirigió al jardín a respirar aire fresco. Esperar de brazos cruzados mientras las horas pasaban sin saber lo que podrían estar haciéndole era lo más duro que había hecho en su vida. El frío invernal lo abrazó en el instante que puso un pie sobre la nieve del jardín. Tan solo el ulular de los búhos rompía la inmensidad de aquel silencio que tanto amaba. La oscuridad lo envolvía todo. Miró el cielo, apesadumbrado, perdiéndose por un momento en la belleza de su inmensidad salpicada de estrellas. Ni siquiera aquello lo apaciguó, Amy llevaba casi siete horas fuera en manos de su peor enemigo.

Un aullido profundamente desgarrador sonó cerca del jardín instantes antes de escuchar un leve movimiento detrás de los árboles que estaban junto a la valla. Se puso alerta hasta vislumbrar la figura de un lobo gris. Imposible distinguirlo en la oscuridad, pero sabía que se trataba de Llop, ningún otro sería tan osado como para meterse en una casa plagada de gente. Agachándose para ponerse a su altura advirtió que el animal estaba exhausto y que parecía apesadumbrado. Acercó el morro a su mano al tiempo que le palmeaba con la otra. Él sabía que Amy no estaba, seguramente había pasado horas intentado rastrearla sin conseguir nada. Nadie sabía de dónde había salido el lobo pero una cosa era clara, se había convertido en una sombra, primero de Em y luego de Amy.

—Te debo una disculpa, hermano. —Erwan apretó la mandíbula al escuchar la voz de Gérard a sus espaldas.

—¿Por qué ahora?

—Amy me contó la verdad.

—También yo lo hice y no me creíste —prorrumpió enfadado dándose la vuelta para encarar a su hermano.

—¿Cómo podía creerte? —inquirió con impotencia—. Escuché que ella te decía que quería verte y que no podía enterarme. Ponte en mi lugar, ¿qué habrías hecho tú? —Erwan apretó la mandíbula aún más fuerte. Él en su lugar lo habría matado.

—No sé por qué ella dijo eso. Yo nunca miré a tu chica de ese modo —dijo en un tono más calmado.

—Lo sé. Ahora lo sé. Una parte de mí no creía que tú y Em pudieseis hacerme eso, pero me cegaron los celos. Ella me contó lo de sus sueños y me pidió que hablara con la abuela. Lo hice, y ¿sabes qué me dijo? —preguntó con incredulidad—, que olvidara el asunto, que eso nunca había ocurrido y que Em se estaba obsesionando por nada. Y la creí. Me maldigo a mí mismo por ser tan estúpido. —Sus ojos reflejaban una profunda tristeza—. Ella se levantaba todos los días gritando y llorando por las pesadillas y yo le pedí que lo olvidara. No la apoyé, por eso te pidió ayuda a ti sin que yo lo supiera. No quería hacerme daño.

—No debes culparte por eso, Agnes es una gran manipuladora y una maldita mentirosa.

Gérard asintió. Por primera vez estaba de acuerdo con eso, ella tenía muchas cosas que explicar y más le valía tener una buena razón para haberles ocultado tantas cosas porque si no, no respondería de sus actos. Tanto le daba que por sus venas corriera la misma sangre, había cosas que no podían ser perdonadas.

—De veras, siento haber dudado de ti.

Erwan asintió dando por terminado el asunto. Gérard había estado ciego por la ira y los celos, pero no podía reprochárselo. Ella era su compañera, entendía perfectamente lo que era ser víctima de una traición y comprendía, por tanto, el infierno que estaba viviendo su hermano. Este se acercó a él y le dio un abrazo reconciliador.



—Será mejor que dejes esa mierda. —Gérard sonrió ante la incomodidad de Erwan. Siempre había podido contar con él para lo que fuera, había sido un excelente hermano mayor, pero las muestras de afecto no eran para él.

—Te he echado de menos —dijo solo para fastidiarlo un poco más.

—Ya.

—Ella me hizo prometer esta mañana que hablaría contigo —dijo con el semblante apesadumbrado—. Maldita sea, ella quería asegurarse de que arregláramos las cosas antes de marcharse.

—Es una mujer de armas tomar.

—No lo sabes bien. En poco más de una semana ha puesto mi vida patas arriba —confesó con una sonrisa triste en el rostro.

Erwan miró a su hermano enarcando una ceja. Aquello no era precisamente lo que había querido escuchar. Lo último que necesitaba su hermano era enamorarse de la gemela de su amada.

—Gérard, ella no es...

—Lo sé —le cortó—. Ella me ha devuelto las ganas de vivir, pero no es lo que crees. A veces la miro y creo ver a Em, pero entonces abre la boca y su imagen desaparece completamente de mis pensamientos —explicó con una media sonrisa—. Confieso que me tiene confundido, no es algo que pueda evitar, pero estoy trabajando en ello. Verla todos los días y no poder abrazarla porque realmente no es ella es lo más difícil que he hecho en mi vida.

—La abuela tiene una manera muy extraña de echarte un cable, ¿eh? —Gérard asintió.

—No puedo perderla de nuevo. Ella es parte de Em y cuando está cerca siento que todo está bien porque un pedacito de ella está conmigo. Si algo le ocurre...

—No vamos a permitir que eso pase —le cortó antes de que terminara la frase, bastante incómodo con la confesión de su hermano.

Inexplicablemente se sentía molesto por los sentimientos que abrigaba su hermano hacia Amy.

Un sollozo desgarrador se oyó en la planta de arriba a través de la ventana que daba justo a aquel lado del jardín. Gérard levantó la cabeza siguiendo la dirección del sonido antes de cruzar la mirada con Erwan. Ambos se precipitaron al interior de la casa y subieron las escaleras de tres en tres para encontrarse con la fuente de tanta angustia. Álex yacía ovillada en el suelo abrazada a una sudadera oscura con la que se tapaba la cara mientras sollozaba amargamente. Ray, que estaba agachado a su lado intentando consolarla, levantó la cabeza al verlos entrar.

—Ella subió a buscar alguna pertenencia de Amy para que Candice pueda rastrearla a través de esta —explicó preocupado por la actitud de la pelirroja—. Estaba en la cocina cuando la escuché llorar y subí para encontrármela así.

Gérard se agachó junto a ella y le apartó la sudadera de la cara.

—¿Qué es lo que pasa, pequeña?

—Ella está sufriendo —respondió con un gemido mientras las lágrimas no cesaban de caer por sus mejillas.

Los tres se quedaron helados ante aquella confesión. Álex era una poderosa empática. Podía incluso sentir a través de los objetos de según qué personas lo que aquellas estaban sintiendo. Para ello tenía que haber un vínculo emocional, no podía hacerlo con cualquier persona, en el caso de Amy la sensación era muy fuerte pues se sentía de algún modo vinculada a ella.

—Claro cariño, ella está sola y debe de estar aterrorizada —dijo Ray pasándole la mano por el pelo en un vano intento de reconfortarla. Ella negó con la cabeza mientras otro sollozo escapaba de su boca.

—No. Está sufriendo un dolor terrible a nivel físico. —Un tic comenzó a palpar en la mandíbula de Erwan—. La están torturando —añadió con los ojos anegados por las lágrimas.

—Hijos de puta —blasfemó Ray.

—Están intentando sacarle información —afirmó Gérard mirando a sus compañeros.

Erwan desapareció del marco de la puerta donde había estado apoyado y se dirigió con paso decidido hacia la planta inferior.

—¿Adónde vas? —dijo su hermano tras él.

—No pienso permanecer aquí encerrado ni un minuto más.

—Voy contigo.

## Capítulo 27

Sentí el calor del sol acariciando mi rostro mientras atravesaba las brumas del sueño, para despertar en un lugar completamente desconocido. Un dolor atroz recorrió mi cuerpo como si se tratara de una onda expansiva. Ni siquiera podía identificar de dónde venía, era tan intenso como nunca había sentido antes. A mi memoria llegaron retazos de lo que habían hecho conmigo horas antes, hasta que me había desmayado. Conteniendo la respiración por miedo a lo que me esperaba, levanté el edredón que me cubría. Había sangre por todas partes manchando las sábanas. Mi mano izquierda era un trozo de carne cubierto de sangre seca. Lágrimas de dolor acudieron a mis ojos. El brazo izquierdo tenía marcas de quemaduras y la espalda me ardía por los golpes recibidos. La rabia y la impotencia hicieron hervir mi sangre. Habían continuado con sus interminables preguntas hasta hacerme perder el sentido, pero no había abierto la boca nada más que para gritar. Había sido más fuerte de lo que esperaba y ahora sufría las consecuencias de un dolor tan insoportable que poco a poco hizo que perdiera la conciencia de nuevo.

Desperté nuevamente, horas más tarde, bañada en sudor. Mi cuerpo ardía. Alguien había retirado las cortinas hacia un lado para que entrara más luz a la pequeña habitación. Sentí una oleada de angustia al recordar dónde me encontraba. Tenía que salir de allí o encontrar una manera de acabar con todo aquello, no podría soportar otra sesión con Adrien sin contárselo todo. Si no me hubiese desmayado, a estas alturas él tendría toda la información que necesitaba. En cuanto descubrieran que estaba despierta vendrían a por más y luego me matarían.

Me incorporé en la cama trabajosamente, advirtiendo que mis brazos habían sido vendados. Una oleada de náuseas me sobrevino debido al esfuerzo.

En ese momento la puerta del dormitorio se abrió dando paso a una mujer rubia de mediana edad. Sentí cómo el corazón saltaba en mi pecho atemorizada. La mujer cerró la puerta con un pie, pues las manos las tenía ocupadas llevando una bandeja con comida y medicamentos. Sin decir palabra se sentó en la cama junto a mí, depositando la bandeja en la mesita que había justo al lado. Me tomó la temperatura y examinó mis heridas. Si no fuese porque había sentido en carne propia de qué pasta estaba hecha aquella gente habría jurado que en el rostro de aquella mujer había un leve resquicio de lástima.

Después de cambiarme el vendaje del brazo, me acercó una taza que desprendía un olor amargo para que bebiera.

—¿Realmente esperas que me beba esto?

—Créeme si te digo que el veneno sería lo mejor que podría pasarte —dijo la mujer mirándome por primera vez a los ojos.

—Bien podría ser un brebaje para hacerme hablar.

—¿Y no crees que de existir ya lo habrían usado antes de llegar a esto?

—No lo sé, tal vez estáis locos y disfrutáis haciendo daño. —La mujer entrecerró los ojos sin dejar de mirarme.

—Esto calmará tu dolor y bajará la fiebre. No tienes que tomarlo si no quieres. También he traído comida. Necesitas comer y descansar para reponerte.

—Y para qué quería reponerme, no soy el ave Fénix. Preferiría que acabásemos con esto cuanto antes.

La mujer se levantó y se dirigió a la ventana para atusar las cortinas tomándose su tiempo. La observé en silencio mientras me debatía entre tomar el mejunje o no. El dolor era tan fuerte que me sentía mareada, si realmente aquello podía calmarlo lo tomaría a riesgo de que se tratara de otra cosa.

—Nadie va a volver a torturarte —dijo la mujer clavando la vista en mí nuevamente—. Marlon ha prohibido a Adrien volver a acercarse a ti en vista de la poca información que te ha sacado y el daño que te ha hecho.

—Qué amable —bufé sin poder contener el sarcasmo.

—Esta tarde vendré a prepararte para el ritual.

La sangre empezó a palpar en mis sienes al oír aquella palabra de connotaciones tan inquietantes mientras observaba a la mujer abandonar la habitación. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo al tiempo que un mal presentimiento se instalaba en la boca de mi estómago. Mis problemas estaban lejos de terminar como había deseado, todo lo contrario: no habían hecho más que empezar.

Justo en el momento en que llegaba al salón con Gérard pisándole los talones, la puerta de la entrada se abrió dando paso a Gilles y Candice. La expresión del rostro de Gilles era de crispación mientras que Candice le seguía con nerviosismo al centro del salón. Agnes y Marcelle también se encontraban en aquella misma sala de la casa, el rostro de la mujer que los había guiado todos aquellos años reflejaba desesperación y un profundo pesar.

—¿Dónde te habías metido, niña? —espetó sin paciencia mirando a Candice—. Amy lleva horas ahí fuera en manos de nuestro enemigo y aquí estamos sin poder hacer nada por tu culpa.

Toda la diplomacia de la que solía hacer gala se había esfumado, necesitaban saber dónde tenían a Amy y lo necesitaban ahora.

—Bueno, yo no lo sabía —respondió con voz trémula.

—Tu obligación como miembro de este clan es estar localizable en todo momento. Hay una amenaza que pesa sobre todos nosotros y tú desapareces durante horas sin decir nada a nadie. Ese comportamiento no voy a tolerarlo, si perdemos a Amy por culpa de tu incompetencia lo pagarás caro.

Candice bajó la mirada al suelo mientras asentía sin decir palabra. Nadie se enfrentaba a Agnes, y menos a una tan furiosa como lo estaba en aquellos momentos ella. Nunca su existencia había estado tan amenazada, con la desaparición de la última hija de la Sacerdotisa sus posibilidades contra el poderoso enemigo eran nulas, y de ahí a la desaparición de los clanes que sirven a la Diosa tan solo habría un paso.

Robert hizo sentar a Candice en el sofá mientras el resto de personas allí congregadas permanecían en el más absoluto de los silencios. Álex le dio a su padre la sudadera que había cogido de la habitación de Amy, y se abrazó a su hermano a la espera de que la rubia obrara el milagro.

—Candice —dijo amablemente—, dinos dónde está, por favor.

La joven cogió la sudadera y cerró los ojos para poder ver dónde se encontraba la propietaria de la prenda. Nadie se atrevió a abrir la boca mientras esperaban esperanzados para acudir en su rescate. Agnes se paseaba de un lado para otro por el salón como un tigre enjaulado al tiempo que se frotaba las manos con nerviosismo.

—Lo siento, no puedo —dijo la muchacha en una voz apenas audible.

Sus manos temblaban seguramente por la presión a la que estaba siendo sometida.

—Tonterías —farfulló Agnes—. Eres la psicómetra más poderosa que he conocido nunca. Vuelve a intentarlo.

Perdiendo la poca paciencia que le quedaba, Erwan decidió actuar. La intimidación no era la mejor manera de hacer que una persona colaborara y el tiempo se escapaba como arena en sus manos. Sentándose en la mesa pequeña que había frente al sofá se colocó frente a la joven. Odiaba las artimañas, pero la situación era desesperada.

—Candice, yo sé que tú puedes hacerlo —dijo al tiempo que cubría una mano de ella con las suyas—, eres la única que puede hacernos llegar hasta ella. —Los ojos de la joven se iluminaron mientras le devolvía la mirada, un ligero rubor cubrió sus mejillas—. ¿Lo intentarías de nuevo para mí?

Por el rabllo del ojo advirtió el gesto de Álex. Candice asintió. No había nada que ella no hiciera por él, aunque eso supusiera meterse de cabeza en el mismo infierno. Cualquiera cosa con tal de que reparara en ella y dejara de verla como a una más del redil de mujeres que suspiraban por él cada noche en el maldito local que regentaba.

Cogió de nuevo la sudadera de Amy y volvió a concentrarse en su paradero.

Conteniendo el aliento observó a la mujer mientras se concentraba en la prenda que tenía entre las manos. Detestaba manipular a las personas, pero la vida de Amy dependía de ello. Sabía que con las palabras adecuadas podía ser capaz de darle el empujón que necesitaba para que se tomara en serio la búsqueda. Él no era tonto, ni ciego, sabía perfectamente que ella iba tras él como un cazador tras su presa. Una persecución que lo cansaba e irritaba de igual modo que lo hacían las mujeres que se le ofrecían en bandeja cada noche en el Adytum. No estaba interesado en las relaciones de pareja, su vida era perfecta como estaba, ya lo había intentado una vez y había salido bastante escaldado con la experiencia.

—Ella está encerrada en una habitación, pero no hay nada que me indique su paradero —dijo al fin.

—¿Podrías conducirnos hasta allí? —quiso saber Robert.

Candice asintió con la cabeza no del todo convencida.

Se levantaron inmediatamente tras esas palabras, decididos a no perder ni un minuto más, cuando se vieron interrumpidos por la voz de Agnes.

—Id, pero pensad que la tendrán estrechamente vigilada. Ella es muy valiosa para ellos.

—¿Y qué propones? —inquirió Robert.

—Esta noche es luna nueva. Si van a sacrificarla lo harán de espaldas a la Diosa aprovechando el predominio de la oscuridad sobre el reino de la luz.

—¿Estás segura? —Agnes asintió.

—Ellos no son tan diferentes de nosotros. No lo harán de cualquier manera. Sea lo que sea lo que tienen pensado para la hija de la Sacerdotisa lo harán esta noche. Será entonces cuando estén más vulnerables y tengamos una oportunidad de recuperarla.

Las sombras de la tarde comenzaron a dar paso poco a poco a la oscuridad del anochecer. Observé desde la ventana el lúgubre paisaje exterior. Las ramas sin hojas de los árboles se extendían cual si fueran brazos esqueléticos y las montañas del fondo se elevaban oscuras, cubiertas por una intensa bruma que no dejaba entrever su altura. No había ni asomo de ninguna presencia humana por los alrededores; bien podría haberse tratado de un paisaje ancestral pues tampoco había rastro de nada creado por el hombre, a excepción de la casa en la que me encontraba. Tal vez simplemente se tratase de una vista despejada desde aquel punto de la casa, y el pueblo se encontrase en la otra orientación. De cualquier forma, nadie podía ayudarme.

Por mi mente pasaron las últimas semanas vividas como si se tratara de una película, desde luego podría servir de argumento para una buena novela de ficción pues aún me parecía que en cualquier momento despertaría en mi casa de Barcelona y todo habría sido un mal sueño. Esperaba, al menos, que Judit hubiera llegado al pueblo y conseguido la ayuda de Gilles y mis tíos. Necesitaba creer que había sido por una buena causa, Judit era como la hermana que no había tenido, la que no había conocido, pues la realidad era que sí que había tenido una.

Sentí el escozor de las lágrimas en los ojos, pero apenas me quedaban ya por derramar. Toda una vida privada de lo que más había deseado siempre porque aquellas personas me lo habían arrebatado, y ahora iban a acabar con lo único que me quedaba.

Todo terminaría en unas horas.

La puerta se abrió y la mujer que me había atendido la vez anterior entró en la habitación con unas toallas. Dirigió la mirada ceñuda a la comida sin tocar que había traído hacía un rato, pero no hizo ningún comentario. Esperé con los brazos cruzados y gesto desafiante a que la mujer me reprendiera de algún modo. Al parecer iban a sacrificarme aquella noche, pero querían que estuviera en perfectas condiciones para el espectáculo; pues no iba a ser así, aunque me lo propusiera sería incapaz de retener la comida en el estómago por más de unos minutos.

—He venido a prepararte —anunció la mujer apremiándome a que la acompañara.

La seguí fuera de la habitación, me guió por un amplio pasillo hasta llegar a unas escaleras de madera. Las paredes de piedra estaban decoradas con tapices. Fuera lo que fuese aquella casa parecía un lujoso y antiguo palacio. Bajamos las escaleras y continuamos por un estrecho pasillo, mucho más austero que el anterior, hasta llegar a otras escaleras. A medida que bajábamos la temperatura cambió. Me sorprendió no habernos cruzado con ninguna otra persona durante el trayecto a donde quiera que me llevara. Llegamos a una estancia extremadamente cálida y tenuemente iluminada. La humedad de aquel lugar podía apreciarse por el vapor de agua que lo inundaba todo. Un olor agradable acarició mis fosas nasales. Todo el espacio era de piedra, parecía como si estuviéramos dentro de una gruta subterránea. Advertí que eran velas lo que iluminaba aquel lugar, no había ni rastro de energía eléctrica.

La mujer dejó las toallas en un banco que había incrustado en la pared y se acercó para desvestirme. Me agarré la camiseta, que ya había llegado a la altura de mis pechos, y me aparté de la mujer antes de que me la quitara.

—Tranquila muchacha, no tienes nada que yo no tenga —dijo con una sonrisa que intentaba ser amable.

—¿Por qué tendría que desprenderme de mi ropa? —pregunté desconfiada.

—Para bañarte.

—En la habitación había una ducha estupenda.

La mujer suspiró con paciencia antes de responder.

—Esto te irá mejor. Son aguas termales, te curará las heridas y purificará para el ritual.

Enarqué una ceja, pero no hice ningún comentario al respecto. Realmente no sabía si quería oír lo que quería decir con aquello de purificarme para el ritual, pero la idea de meterme en agua caliente como si fuera una bolsita de té me sedujo completamente.

Me desvestí yo misma bajo el atento escrutinio de la mujer y la seguí unos pasos hasta quedar ante la magnífica maravilla de la naturaleza que era aquella pequeña gruta natural. Me quitó las vendas que cubrían los brazos, a excepción de la que protegía mi mano izquierda, así como las gasas de la espalda.

Una oleada de placer recorrió todo mi maltrecho cuerpo a medida que el agua caliente acariciaba mi piel. Se trataba de una especie de piscina natural. Descubrí, para mi mayor deleite, que tenía una profundidad en la parte más alejada que me permitía nadar. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en mis labios. Por unos momentos me obligué a olvidarme de dónde estaba y por qué me permitían aquel lujo. Simplemente me relajé mirando el techo de la gruta mientras movía los pies ligeramente y extendía las manos para mantenerme a flote. Si levantaba la mano casi podía tocarlo. El aroma que había percibido al entrar se introdujo completamente en mis sentidos proporcionándome una sensación de paz muy agradable.

Con la vista clavada en el techo dejé de mover las piernas. Casi sin pensar en lo que hacía, expulsé todo el aire de los pulmones al tiempo que cerraba los ojos. Percibí cómo mi cuerpo se hundía hacia el interior de aquella masa de agua, como si unas manos invisibles me atrajeran hacia las profundidades. Sería tan fácil acabar con

aquel tormento, tan solo unos minutos y todo habría terminado. Mi cuerpo se recostó sobre la dura piedra del fondo cual si se tratara de un lecho.

Mi último lecho.

No habría vuelta atrás. No me consideraba una persona cobarde, pero tampoco era estúpida. Habría luchado una vez más y todas las que hiciesen falta para salir airoso, era una luchadora que no me rendía fácilmente, pero aquello me venía grande y nadie podía ayudarme.

Estaba sentenciada.

Lo único que podía hacer era acabar yo misma con lo que aquellos malnacidos se habían reservado para su sádico disfrute personal. Aquella sería simplemente mi pequeña victoria. Tan solo esperaba poder ver desde el otro lado la cara del tal Marlon cuando viera que no podía llevar a cabo su maldito ritual.

Una sonrisa apareció en mi rostro antes de que mis pulmones empezaran a arder pidiendo oxígeno. Me obligué a permanecer en el fondo, unos pocos segundos más y perdería la conciencia; al menos eso esperaba. Sentía la cabeza a punto de estallar. De cualquier modo, aquello seguramente sería mucho menos doloroso que lo que me tenían preparado aquellos enfermos sedientos de poder.

La imagen de mi hermana cruzó por mi mente. Era curioso que finalmente acabásemos nuestras vidas de la misma forma. Había sentido su sufrimiento como propio en los sueños que ella me había enviado. Había fracasado totalmente en lo que fuese que ella quería que hiciera. Tan solo me pesaba lo que acarrearía mi muerte, ya que entonces la Diosa no podría volver a ser convocada, pero era algo que inevitablemente iba a suceder. Tal vez así se diera cuenta de lo que sucedía en su creación y hallara el modo de erradicar el mal que acechaba en ella.

Una mano fuerte, como una garra, me apretó el brazo tirándome hacia arriba. El aire inundó mis pulmones de nuevo, al tiempo que el agua entraba por mi boca. Unos brazos me sacaron sin miramientos. Me puse boca abajo apoyada sobre las manos tosiendo e intentando respirar mientras el agua salía de nuevo por mi boca y nariz.

—¿Qué es lo que pretendías, muchacha estúpida? —oí que decía la mujer tras de mí—. No tengas tanta prisa en encontrarte con la creadora, todo será a su debido tiempo.

No contesté, ni siquiera tenía fuerzas para defender mis intereses, no supe en qué momento había dejado de importarme. Aquello último lo había hecho más por un acto de rebeldía que por temor. ¿Qué podrían hacerme que no me hubiese hecho ya el maldito psicópata?

Poco rato más tarde me subieron en un coche con los ojos vendados. Me sentía aturdida por los calmantes que me había dado la mujer rubia después de colocarme de nuevo las vendas y gasas. Me había peinado y untado en aceites como si fuera una esclava antes de ser ofrecida a mi amo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al sentir la calefacción del coche: estaba aterida de frío. Me habían vestido con una fina túnica de color blanco. La mujer me había dado una manta del mismo color para que me colocara por encima, y ese era todo mi vestuario, complementado con un par de botas de montaña.

El trayecto se volvió cada vez más complicado, tuve que agarrarme al asiento para no golpearme con el cristal de la ventanilla. Después de un largo recorrido en silencio, el coche paró su complicada carrera. Escuché cómo las puertas de delante se abrían justo antes de que lo hiciera la mía, percibiendo el gélido frío de manera instantánea. Me quitaron la tela que cubría mis ojos y me ayudaron a bajarme del coche.

—Seguimos a pie, muñequita —dijo una voz que identifiqué antes de levantar la mirada hacia él.

El Hombre-Búfalo que me había humillado y torturado, junto con el psicópata rubio, estaba plantado justo delante de mí con una mano sujetándome fuertemente por el brazo. Me deshice de su contacto apartándome con una mueca de asco que no le pasó inadvertida. Lejos de sentirse ofendido rió al tiempo que me devoraba con la mirada como si no fuese más que un jugoso bocado.

—Es una verdadera lástima que después de esta noche no quedará nada de ese fuego tuyo —comentó relamiéndose los labios.

—Vamos, no hay tiempo para juegos —dijo otro hombre acercándose a mí—. Empieza a caminar. —Me asió del brazo y me dirigió por un estrecho sendero medio oculto entre los árboles.

Me desasí nuevamente del agarre sin dejar de caminar: no soportaba el contacto de aquella gentuza enferma. Nos internamos por el camino en el más absoluto silencio. La noche era tan oscura que resultaba casi imposible distinguir dónde pisaba. El Hombre-Búfalo caminaba tras de mí mientras que el otro captor lo hacía delante. Apenas podía distinguir su alta figura a pesar de que si alargaba la mano podría tocarlo. Agradecí que no fuera Adrien el que me acompañara a donde fuera que me llevaran; la simple idea de volver a verle me producía escalofríos.

Poco a poco, el estrecho camino fue haciéndose más empinado y escarpado. Al sonido de mi respiración agitada se le unía el canto de algunas especies de insectos, el ulular de algún búho y el lúgubre siseo de una lechuzca. Mi aliento se convertía en una nube de vaho al salir de mi boca y los dientes me castañeaban debido al frío.

Tropecé con una gruesa raíz que me hizo trastabillar hacia delante, tan solo la cercanía con el hombre que caminaba delante impidió que cayera de bruces sobre el suelo nevado.

—Mira por dónde pisas —me reprendió al notar mi cuerpo abalanzándose sobre su espalda mientras yo trataba de evitar continuar con mi trayectoria hasta el suelo.

El viento trajo un sonido a mis oídos que en un principio no supe identificar, pero que erizó el vello de todo mi cuerpo. Poco a poco, a medida que subíamos, se fue haciendo más intenso y aterrador. Eran unos golpes secos, como salidos de algún tipo de instrumento de percusión. Un sonido ancestral cuya candencia me recordó a los latidos de un corazón.

Una mujer nos esperaba a unos veinte pasos por encima de nosotros. Iba completamente vestida de negro, cubierta por lo que parecía ser una capa del mismo color. Lo único que se podía apreciar de ella era su cabello claro y sus ojos en medio de aquella oscuridad. Cuando llegamos a su altura me quitó la manta que me cubría, así como los zapatos, dejándome con la túnica como única prenda que me protegiera del frío.

Aterida y descalza, seguí los pasos de la mujer que me conducía a través de la intensa arboleda hacia una zona cada vez más iluminada. Me sentí como una pequeña e insignificante polilla atraída por la luz. Percibí el aroma a leña quemada mucho antes de atisbar el reflejo danzante de las llamas sobre los árboles. Capté unas extrañas notas cantadas junto al sonido de los toques del instrumento que cada vez era más intenso.

Pese al frío, tenía las palmas de las manos sudadas. El corazón brincaba dentro de mi pecho como si quisiera huir de aquel horror que me ponía el vello de punta.

Por fin dejamos de caminar cuando llegamos al claro. Mis pies descalzos agradecieron de forma inmediata cuando se posaron sobre la hierba húmeda, pero libre de nieve. Sentía las plantas de los pies arder como si me hubiesen arrancado la piel a tiras, aunque rápidamente dejó de tener importancia en cuanto posé mi mirada en el centro de aquel claro del bosque.

Nada de lo que hubiese imaginado estaría jamás a la altura de lo que allí acontecía. Sentí cómo la sangre abandonaba mi rostro mientras mi corazón se aceleraba aún más si aquello era posible. Aquella escena parecía sacada de los albores de la historia, pero no había nada en ella que me recordara a los ancestros reunidos en torno al fuego para demandar a los seres divinos protección y asegurar su sustento alimenticio. No, aquella escenificación exudaba el mal la mirase por donde la mirase.

Había una serie de pequeñas hogueras diseminadas a lo largo de aquel espacio protegido por la inmensidad del bosque. En el centro, un grupo de personas arrodilladas formando un círculo perfecto entonaban una suave letanía mientras sus cuerpos se contorsionaban al ritmo de un primitivo instrumento de percusión. Sus cuerpos quedaban completamente cubiertos por una capa negra, igual que la que llevaba la mujer situada a mi lado. De manera inconsciente di un paso atrás amedrentada, pero la mujer me empujó, obligándome a caminar hacia aquel esperpéntico grupo de personas.

Al llegar a la altura del círculo dejaron de cantar y se sumieron en el más absoluto de los silencios mientras sentía cómo todas las miradas se centraban en mí. Llevaban las cabezas cubiertas por una amplia capucha haciendo que sus rostros quedaran ocultos a mi vista. Dos figuras se me acercaron para sujetarme de las muñecas como si se trataran de las garras de una gran ave rapaz. El terror se apoderó de mí fulminándome de forma descontrolada. Me retorcí con todas mis fuerzas para liberarme mientras me arrastraban a través del círculo de personas. No sabía de dónde me salieron las fuerzas para acercar la boca a una de las manos que me sostenían y morderle, arrancando un grito de dolor de mi presa mientras aprovechaba el imprevisto para golpear al otro con la cabeza y deshacerme de ellos por unos segundos antes de que volvieran a apresarme; debía de ser el instinto de supervivencia. Había creído erróneamente que esperaría a que me sobreviniera la muerte sin hacer nada, pues no tenía nada a hacer contra ellos. Había asimilado que aquella noche todo acabaría y me había resignado a ello, pero no podía estar más equivocada.

No quería morir.

Simplemente no podía creerme que aquella fuera a ser mi última noche después de que aquel grupo de fanáticos me hicieran Dios sabe qué. O Diosa, porque todo era por culpa de su diosa.

Nunca había creído en ningún ser todopoderoso. Siempre había pensado que las religiones no eran más que un lastre para la evolución de la humanidad, una invención para controlar a las masas y hacerse con el poder. Resulta que al final había algo de cierto en todo aquello. Yo, que no creía en nada que no pudiera ver y tocar, me encontraba en medio de un conflicto religioso de primera magnitud que me iba a costar la vida.

Me amarraron a una estaca con los brazos en alto y las piernas separadas mientras el resto continuaba en silencio, atentos a cada uno de mis movimientos. Me encontraba en un extremo del círculo, de modo que podía ver a todos los miembros de este a mi alrededor. En el centro, una piedra plana y alargada, que me recordó a un antiguo sarcófago, presidía la reunión, dejando bien a las claras su funcionalidad.

Una figura que destacaba sobre todas las demás por su altura se acercó mientras los que me habían atado regresaban a su lugar. Al situarse frente a mí se echó la capucha hacia atrás dejando a la vista su rostro. Supe de quién se trataba antes incluso de las presentaciones. Sus ojos eran tan hermosos como los de su hijo. Era alto, moreno y sumamente apuesto. Se trataba de una versión mayor de Erwan, la diferencia radicaba en que su rostro destilaba una frialdad que hizo helar la sangre de mis venas. Tenía el aspecto de un hombre que acabara de entrar en la cincuentena, algo que en principio parecía difícil teniendo en cuenta que su hijo debía de haber entrado en la treintena hacía unos cuantos años; aunque por otro lado no era cosa imposible, podría haber engendrado a su hijo siendo bastante joven.

—Es un placer conocerte al fin, Amy. —Sus ojos azul cobalto se clavaron en los míos haciéndome sentir oleadas de vértigo—, mi nombre es Marlon.

Luché contra las cuerdas que me sujetaban, en un intento de liberarme, pero solo conseguí hacerme más daño. Una mueca cruzó mi rostro al sentir un pinchazo de dolor en mi maltratada mano izquierda. Me habían quitado todas las vendas y gasas al vestirme para el ritual. Afortunadamente, me habían dado una fuerte dosis de calmante, aun así notaba los pinchazos al mover la mano, la cual debía de estar rota en más de un punto.

—Será mejor que te estés quieta y disfrutes de lo que tengo preparado para ti. —Levantó la comisura derecha de los labios en una perversa sonrisa—. Esta noche con tu ayuda pondremos en jaque a la Diosa. —Emití un lastimero gemido—. No temas, voy a tratarte bien si cooperas —dijo al tiempo que me acariciaba el pelo con suavidad.

Me revolví rompiendo así su péfido contacto. Marlon se volvió hacia el resto del grupo que continuaba pendiente de nosotros, y a una señal suya, una de las figuras negras del círculo se levantó, regresando al cabo de un instante con un cuenco del que bebió un sorbo y pasó a la persona que había al lado. Mientras que el cuenco rodaba entre los presentes, Marlon se dirigió a ellos.

—Hijos de las tinieblas, por fin el día que hemos estado esperando desde hace tantos cientos de años ha llegado. La Elegida está entre nosotros —anunció al tiempo que me señalaba con una mano—. Ha llegado la hora de acabar con el reino de una diosa egocéntrica que nos creó con el simple fin de adorarla día y noche cual si fuésemos sus siervos. —Voces de asentimiento surgieron de entre los congregados—. Una vez fuimos sus hijos, pero ella nos dio la espalda y nos castigó como si no fuésemos otra cosa que sus enemigos. —Tras una breve pausa, en la que dirigió la mirada a todos y cada uno de los presentes, añadió—: Ella nos puso en su contra y pronto recibirá su justo trato.

Bebió del cuenco cuando llegó a sus manos antes de girarse y ponerlo en mis labios, obligándome a beber de él. Sin poder evitarlo bebí un par de sorbos antes de girar la cara. El líquido, de gusto amargo, pasó a través de mi garganta haciéndola arder. Los toques del antiguo instrumento volvieron a sonar de nuevo haciendo que un frío intenso se instalara en la boca de mi estómago.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que soy yo la Elegida? —pregunté antes de que se diera la vuelta de nuevo— ¿Cómo supiste que no era Émilie?

—Tu hermana era como un campo yermo. Por sus venas corría la sangre de la Sacerdotisa, pero no era la elegida para continuar con su stirpe.

Me quedé boquiabierta sin acabar de comprender lo que quería decir con aquella afirmación. Antes de que pudiera añadir nada, Marlon se giró y clamó con los brazos extendidos:

—¡Dios cazador! A ti te invocamos. Tú, que estás obligado a vagar a su sombra porque ella todo lo controla. Te ofrecemos una vida a cambio de otra. —Me encogí al oír esto último—. Ayúdanos y serás compensado con nuestra lealtad.

Ni siquiera era una súplica. Era una demanda a un dios, ¿se suponía que pedían ayuda? Tragué saliva cuando todos clavaron la vista en un punto tras de mí. En un principio pensé que era yo el objeto de las miradas, pero pronto me di cuenta de mi error. Sentí los sollozos femeninos justo antes de ver dos figuras de negro arrastrar a una joven que se debatía entre sus manos. La llevaron a la parte central del círculo y la colocaron sobre la piedra alta y plana. Me quedé helada al ver su rostro. Se trataba de la joven que cuidaba a la madre de Gérard y Erwan. Me había cruzado con ella el día que conocí a Constance, justo cuando salíamos de la casa y ella regresaba de hacer las compras.

Márie.

Una sonrisa despiadada apareció en los labios de Marlon al ver el reconocimiento en mis ojos.

La ataron de pies y manos con una cuerda tras tenderla sobre la piedra, la cual ya no tenía dudas de que se trataba de un altar de sacrificios. Forcejeé contra mis ataduras en un vano intento de soltarme. Frustrada y dolorida, reconocí que no podía ayudarla.

Nadie podía ayudarnos.

Nuestra suerte estaba echada.



## Capítulo 28

Los miembros del círculo entonaron de nuevo el pérfido cántico al tiempo que movían el cuerpo al ritmo de las pulsaciones del tambor. Márie sollozaba y luchaba por soltarse de las cuerdas que la sujetaban mientras Marlon se situaba a su lado. Observé la escena como si no formara parte de ella; me sentía algo mareada. Cerré los ojos en un vano intento de despejarme, con la esperanza de que al abrirlos de nuevo todo aquello no fuera más que el producto de una pesadilla.

El sonido de las voces repitiendo lo que bien parecía una invocación a su dios malvado se fue haciendo más intenso. Sus cuerpos, arrodillados sobre la hierba, se convulsionaban llevados por el fervor del momento. Mi corazón latía tan aceleradamente que me costaba respirar. En aquel momento supe con certeza que me habían drogado; las voces resonaban en mi cabeza y todo daba vueltas a mi alrededor.

El grito de Márie me devolvió parcialmente a la realidad. Marlon sostenía una daga de manufactura antigua y hermosa por encima de su cabeza al tiempo que clamaba de nuevo al dios que se suponía que iba a ayudarlo en su diabólico propósito. Debía de ser alguien realmente maligno como para formar parte de aquella barbarie.

Las voces se metieron en mi cabeza mientras observaba con ojos desorbitados cómo la daga bajaba lentamente hacia el pecho descubierto de la joven y se deslizaba desde poco más abajo del cuello hasta la altura del estómago. Un grito desgarrador proveniente de la muchacha, al que se unió el mío propio, se hizo eco a través de la espesura de la noche. Sentí su horror como propio, pues aquello era lo que me esperaba también a mí. La sangre comenzó a manar por el cuerpo de Márie hacia la superficie de la piedra. La cara de Marlon era una pesadilla que aun muerta recordaría por toda la eternidad. La sonrisa de sus labios era un reflejo de lo que estaba disfrutando con toda aquella atrocidad.

Los miembros del círculo contorsionaban sus cuerpos llevándolos al límite cual si estuvieran poseídos. Dentro de mi cabeza oía sus risas despiadadas. Eran monstruos sin alma disfrutando de aquel sanguinario festín. Todo daba vueltas a mi alrededor; aun en aquellos momentos me costaba creer que fuera real, mi educación me hacía dudar de mi buen juicio.

Sin poder apartar la vista del sádico que ocupaba el centro del círculo, vi cómo abría el pecho de la joven para sacar su corazón y lo alzaba sobre su cabeza como si lo ofreciera a la oscura deidad al tiempo que recitaba una letanía de palabras que no pude comprender. La sangre brotaba a través de la piedra en pequeños regueros hacia la tierra húmeda. La bilis subió por mi garganta haciendo contraer mi cuerpo en una dolorosa arcada. Aquello era más de lo que podía soportar. Me obligué a apartar la mirada de aquella barbarie, a la espera de que llegara mi turno. Solo deseaba perder la conciencia y desangrarme, antes de sentir las manos del Monstruo hurgar por mi cuerpo para sacarme el corazón.

Un aullido al que se le unieron unos pocos más atrajeron mi atención sacándome por momentos de aquella cruel pesadilla. Era un sonido hermoso que nunca antes había tenido el placer de escuchar. Pensé con tristeza en Llop, la idea de que él pudiera estar cerca me reconfortó en cierto modo.

Ví por el rabillo del ojo que Marlon se acercaba hasta situarse delante de mí. Todo mi cuerpo temblaba de forma violenta, mi pulso era tan acelerado que con suerte moriría de un ataque al corazón.

—Ha llegado tu turno —dijo al tiempo que me recorría de arriba a abajo con la mirada—, voy a disfrutar con ello —añadió.

Una sensación extraña, como un hielo deslizándose por mi espalda, me puso en alerta. Luché de nuevo contra mis ataduras consiguiendo así hacerme más daño del que ya sentía en mis doloridos miembros. El Monstruo se acercó aún más posando sus manos manchadas de la sangre de Márie sobre mis pechos. Una sonrisa se dibujó en su malvado rostro mientras agarraba la túnica con la clara intención de rasgarla.

—Yo que tú no haría eso.

Creí desmayarme al escuchar aquella voz. Por un momento pensé que había sido producto de mi imaginación, pero la cara de Marlon me indicó que él también lo había oído. Un gemido salió de mi garganta mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos haciendo que todo se volviera borroso por momentos. De repente todo quedó en silencio, tan solo el sonido de los árboles meciéndose al son del viento y el de mi propio corazón rompían aquella violenta calma.

—Vaya, pero si es el hijo pródigo —dijo Marlon dándose la vuelta para encararlo. Como yo, lo había reconocido sin necesidad de verle. Rápidamente lo busqué con la mirada hasta dar con él. El cansancio y algo más que no supe reconocer se reflejaban en su rostro; si se sorprendió por el comentario de Marlon no dio muestras de ello—. ¿Has pensado en lo que hablamos la última vez que nos vimos? —continuó el Monstruo con una sonrisa fría—. ¿Quieres acabar tú la faena?

Dejé escapar otro gemido sintiendo que mi corazón dejaba de latir por momentos.

Ellos se conocían.

Erwan sabía lo de su padre.

—Apártate de ella —respondió haciendo que la sonrisa de Marlon desapareciera de su cara. Llevaba un arma en la mano derecha y apuntaba a su cabeza.

—Piensa bien con quién está tu lealtad, hijo. Después de esto no habrá vuelta atrás, no se me conoce por mi clemencia.

—Ni a mí por mi estupidez —contestó al tiempo que hacía un gesto impaciente con el arma para que se alejara de mí.

—Te arrepentirás de esto —afirmó con un tono que me produjo un profundo estremecimiento, era una promesa en toda regla.

—Tal vez, pero para entonces estaréis todos muertos. —Una comisura de sus labios se curvó en una media sonrisa.

Aquel comentario hizo que Marlon se encendiera.

—Cogedlo.

El infierno se desató tras aquella simple palabra.

El círculo se deshizo para atrapar al intruso. Observé aterrada mientras Erwan les apuntaba con una sonrisa petulante invitándoles con gestos a avanzar hacia él. Ninguno dio un paso por temor a ser disparado. Un tic apareció en la mandíbula del Monstruo al ver la indecisión en los rostros de sus aliados.

—He dicho que lo cojáis. Me da igual si vivo o muerto —ladró. Cerré los ojos temerosa de ver lo que sucedería a continuación—. No va a dispararos, recordad en qué bando está. Tienen demasiados escrúpulos —añadió antes de escupir mostrando el desprecio que sentía hacia los que seguían a su odiada Diosa.

—Vuelves a equivocarte conmigo, *padre* —dijo remarcando esta última palabra al tiempo que le disparaba en la pierna—. No tengo ningún reparo a la hora de apretar el gatillo. La muerte no me es ajena.

Marlon se miró incrédulo el muslo que comenzaba a sangrar abundantemente. La cólera le recorrió todo el cuerpo hasta llegar a su rostro. No hizo falta que dijera nada, rápidamente sus secuaces se abalanzaron sobre Erwan, que comenzó a disparar a todo el que se le acercaba. Un sonido que cortó el aire empezó a caer de los árboles para dar en los cuerpos de los enemigos derribándolos de forma inmediata.

De entre los árboles aparecieron Ray y Gilles armados hasta los dientes, así como otros hombres que había conocido en casa de Gérard. Ahora no me cabía la menor duda, eran guerreros letales dispuestos a defender a los suyos a toda costa.

—Ya era hora que aparecierais —oí que decía Erwan guardándose el arma descargada en la parte trasera del pantalón con una mano mientras que con la otra lanzaba un puñetazo al estómago de uno de sus atacantes.

—¿Y perdernos este interesante melodrama familiar tuyo? —respondió Ray al tiempo que se encargaba de uno de los atacantes de su amigo.

Escuché signos de lucha fuera del claro del bosque, seguramente los hombres de Marlon rodeaban el perímetro para evitar interrupciones como aquella.

Marlon levantó las manos al cielo con la mirada perdida en la inmensidad de la noche. De forma inmediata el viento empezó a soplar cada vez con más fuerza. Adrien apareció justo al lado del Monstruo con la respiración agitada, provocándome un escalofrío que me recorrió la columna vertebral. No iba vestido como los otros y tenía sangre en el rostro. Debía de venir de la espesura del bosque donde se estaba llevando a cabo la mayor parte de la refriega.

Unos relámpagos iluminaron el cielo instantes antes de que hiciera su aparición un rayo muy cercano a nuestras cabezas. Levanté la mirada cuando comencé a sentir unas pequeñas gotas heladas como agujas en el rostro. Tras hablar con el psicópata rubio, Marlon sacó la daga con la que había matado a Marie y se acercó a mí. Miré desesperada a mi alrededor en busca de ayuda, pero solo pude ver a mi primo Gilles luchando con un tipo alto y fornido antes de que el Monstruo se me pusiera delante tapándome la vista. Eché el cuerpo hacia atrás, como si quisiera fundirme con la madera de la estaca, al tiempo que cerraba los ojos aterrorizada. La lluvia empapaba mi rostro ocultando las lágrimas que rodaban por mis mejillas. El frío era tan intenso ahora que el agua helada había calado la túnica pegándola a mi cuerpo, que apenas podía moverme.

Sentí el frío metal cortando las cuerdas que me ataban manos y pies. Con un gesto de dolor cogí mi destrozada mano izquierda y la llevé al pecho para protegerla. Advertí por el rabillo del ojo que Erwan venía hacia nosotros. Con un movimiento rápido Marlon me agarró colocándose tras de mí con la daga apretando mi cuello. En ese momento Erwan se detuvo alzando las manos en un gesto conciliador.

—Si das un paso más le corto el cuello —dijo apretando la afilada arma dolorosamente contra mi piel. Noté como un pequeño reguero de sangre se deslizaba por mi cuello hasta mezclarse con la lluvia.

La mandíbula de Erwan se tensó al posar su mirada en mí.

—No vas a matarla —afirmó—. La necesitas viva para llevar a cabo tu plan, ¿no es cierto?

Percibí el titubeo de Marlon hasta que vi a Adrien acercarse sigilosamente a Erwan por detrás. La expresión de este indicaba que sabía perfectamente que lo estaban acechando por la espalda, pero no hizo ningún movimiento al respecto. Abrí la boca para alertarlo, pero antes de que una palabra saliera de mis labios me vi violentamente lanzada al suelo.

—Tienes razón. En cambio tú no eres imprescindible en esta ecuación —dijo abalanzándose sobre su hijo con el puñal en mano.

Grité al ver las intenciones del Monstruo. Erwan echó su cuerpo hacia atrás en un acto reflejo que impidió que la daga se hundiera en su abdomen. Adrien lo sujetó por los brazos dejándolo completamente expuesto a su padre. Me miró de forma significativa para que huyera mientras estaban entretenidos con su persona, pero no pude moverme de donde estaba.

No podía abandonarlo.

—No eres tan diferente a mí, ¿sabes? —le dijo a su hijo.

—Me gusta pensar que sí —respondió desafiándolo con la mirada.

Una risa fría escapó de los labios del Monstruo ante aquel comentario.

—Por tus venas corre la misma sangre que por las mías. No te engañes, no eres como ellos aunque lo pretendas. Lo que me sorprende es que confíen en ti —comentó señalándole con la daga—; aunque por otro lado tampoco debería de extrañarme. Los sentimentalismos os hacen débiles, por eso estáis a punto de perderlo todo. —Busqué con la vista cualquier cosa que pudiera ayudarnos, haciendo caso omiso a las miradas que me lanzaba Erwan exigiéndome que saliera de allí. Marlon estaba tan concentrado en su presa que no prestaba atención a otra cosa que no fuera él mientras que Adrien, situado a la espalda de Erwan, no tenía una visión de mí pues el cuerpo de este era más alto que el suyo—. Es una verdadera lástima —continuó—, tenía grandes planes para ti. Juntos podríamos haber dominado el mundo.

Erwan resopló divertido.

—Realmente eres original —se burló.

—Sin la Diosa de por medio nadie impedirá que siga sumando poderes a los míos. La raza humana será un títere en mis manos.

—Debe de ser frustrante entonces.

—¿El qué? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Estar tan cerca de conseguirlo y ver todos tus planes arruinados porque tu arrogancia te impidió valorar correctamente a tu enemigo —respondió al tiempo que golpeaba con la cabeza la de Adrien.

Aproveché el momento para golpear la pierna herida de Marlon, que sangraba profusamente, con una rama que había encontrado. Erwan le pateó el estómago, con Adrien aún sujetándolo de los brazos, derribándolo al suelo. Posteriormente se agachó haciendo gala de unas habilidades que lo convertían en un contrincante letal, haciendo que su enemigo, desprevenido, volara sobre su espalda y acabara en el suelo. Adrien se levantó ágilmente para hacerle frente mientras Erwan se movía al acecho, como si se tratara de una pantera a punto de atacar. Me agarró con una mano situándome tras él mientras evaluaba al enemigo con la mirada. Adrien se abalanzó sobre él, asestándole un puñetazo en la cara al tiempo que este se lo devolvía y lo lanzaba al suelo nuevamente. Erwan se limpió la sangre que manaba del labio con la mano sin despegar la vista de su rival.

Una mujer se acercó corriendo a Marlon, que hacía grandes esfuerzos por ponerse en pie, y le susurró algo cerca del oído. La lluvia caía a raudales y el viento soplaba con fuerza. A mi alrededor se estaba llevando a cabo una salvaje enfrentamiento entre ambas partes.

Reconocí el rostro de Grâce tras la capucha negra. Marlon se puso en pie con su ayuda, estaba perdiendo mucha sangre debido a la herida de bala de su pierna. Tras una leve discusión entre ambos ella le agarró del brazo después de ordenar a Adrien que se encargara de Erwan y me trajera de vuelta mientras ellos ponían a salvo al maestro.

Observé impotente cómo mis amigos se enfrentaban a aquellos fanáticos mientras yo me mantenía indefensa y sin poder hacer nada tras la espalda de Erwan. Vi a mi tío golpear a dos tipos a la vez al tiempo que estos hacían redomados esfuerzos por reducirlo. Adrien consiguió derribar a Erwan al suelo haciendo que mi estómago se encogiera de temor. Rápidamente se colocó sobre él para golpearlo en la cara repetidas veces. Cogí de nuevo la rama, con la intención de asestarle un golpe en la cabeza al rubio psicópata, pero antes de dar siquiera un paso, Erwan se dio la vuelta para quitárselo de encima y derribarlo. Le golpeó la cabeza con el puño dejándolo instantáneamente aturdido, momento que aproveché para levantarse y patearlo. Se agachó para cogerlo de la pechera de la camisa cuando Ray lo interrumpió.

—Hay que salir de aquí cuanto antes. Gilles ha interceptado un aviso telepático donde pedían refuerzos. Deben de estar de camino.

Golpeó por última vez a su víctima dejándola inconsciente y se encaminó hacia mí, que observaba conmovida el cuerpo inerte de Adrien, tendido sobre el suelo.

Me abalancé sobre él antes de que tuviera tiempo de decirme nada. Enterré la cara en su cuello en un desesperado abrazo mientras sollozaba agradecida y sin acabar de creerme que estuviera por fin a salvo de las manos de aquellos enfermos. Erwan me devolvió el abrazo con una dulzura que no sabía que tenía. Le oí maldecir entre



dientes mientras me acariciaba el cabello y me besaba la frente.

—Ya te tengo, preciosa. Ahora estás a salvo —me susurró cerca del oído.

—No dejes que vuelvan a cogerme —imploré entre sollozos, recordándome a la Amy que fui de niña.

—Eso no va volver a suceder —me aseguró poniendo las manos a ambos lados de mi rostro para asegurarse que lo miraba a los ojos antes de añadir—: Lo prometo.

—Asentí con la cabeza sabiendo que cumpliría su promesa pasara lo que pasase—. Tenemos que sacarte de aquí, Aimée. ¿Puedes caminar?

Asentí con la cabeza, deseosa de salir de aquel infierno, mientras Erwan lanzaba una imprecación al ver mis pies desnudos.

—Tengo las botas tras esos árboles. Me las quitaron cuando llegamos aquí.

Me agarró de la mano y me dirigió adonde decía, al tiempo que algunos de los guerreros se nos unían.

Me apresuré a ponerme las botas empapadas por la lluvia, mientras Erwan y los suyos se ponían al día, atentos a cualquier movimiento tras la espesura del bosque. Me maldije a mí misma por mi inutilidad mientras luchaba con el calzado y sus cordones con una sola mano. Levanté la cabeza impotente para demandar ayuda cuando me crucé con la mirada azul oscura de Erwan que me observaba ceñudo. Sin decir palabra se agachó a atarme los cordones, un músculo en su mandíbula palpitó al advertir el estado de mi maltrecha mano izquierda.

Tras ayudarme a ponerme en pie, me cubrió con la manta blanca que yacía en el suelo junto a las botas, la cual había tenido que abandonar antes de entrar en el claro. Estaba tan empapada que goteaba.

—Mejor la dejamos aquí —dije al tiempo que me la quitaba—. Voy a tener el mismo frío que con ella puesta, además pesa demasiado ahora que está mojada.

Erwan deslizó la vista hacia los guerreros que esperaban un tanto más alejados observándonos, los cuales rápidamente centraron su atención en cualquier otra cosa cuando se cruzaron con la dura mirada de Erwan. Fruncí el ceño si comprender absolutamente nada, aún me sentía mareada por el brebaje que me había obligado a beber el Monstruo.

—Tu vestido empieza a transparentar, Aimée —comentó fastidiado al tiempo que escurría la manta cual si fuera una bayeta y me la ofrecía de nuevo—. Necesito todos sus sentidos puestos en el maldito bosque —añadió haciendo un gesto con la mano refiriéndose a sus compañeros de armas.

Cogí la manta de sus manos de forma brusca y me arrebujé en ella mortificada por la vergüenza antes de comenzar a caminar tras sus pasos. Era incapaz de comprender cómo podía ser tan dulce y atento un momento para convertirse en alguien con tan poco tacto al siguiente. Desde luego que para ser una persona que representaba un local de moda tenía cero habilidades sociales. Era completamente desconcertante. ¿Acaso había elegido yo ese estúpido atuendo para subir una montaña en pleno marzo con ese condenado frío?

Ofuscada conmigo misma, caminé durante un buen rato tras él, sin prestar atención a otra cosa que no fueran mis pies y el lugar por donde pisaba hasta que choqué con su dura espalda. Erwan me hizo una señal para que guardara silencio con la atención puesta en la oscuridad que nos rodeaba, preparándose para atacar. Miré en derredor sin comprender su alarma, pero advertí que los otros guerreros que nos acompañaban hacían lo mismo. Sentí el cálido contacto de la mano de Erwan sobre mi brazo en un gesto que pretendía ser tranquilizador, mientras escrutaba con la mirada la oscura inmensidad del frondoso bosque. Instantes después aparecieron tras los árboles cuatro personas listas para atacarnos. La expresión de sus rostros cambió al reconocernos. Advertí que había estado conteniendo el aliento hasta que reconocí a mi tío Robert entre ellos. Su rostro reflejó el gran alivio que sentía al verme sana y salva. En dos zancadas se plantó frente a mí y me envolvió en sus brazos.

—Mi pequeña, he tenido tanto miedo por ti —susurró con la cabeza enterrada en mi pelo.

Tragué saliva para evitar que las lágrimas salieran de nuevo.

—Yo también —me limité a decir.

—¿Dónde están los demás? —quiso saber Erwan.

—Vienen por otro camino.

—Ray venía tras nosotros cubriéndonos las espaldas —anunció uno de los guerreros llamado Serge después de guiñarme un ojo a modo de saludo. No era especialmente alto pero sí robusto como un armario. Me recordaba a uno de esos muñecos *Gi Joe*, pues además lucía el mismo peinado estilo militar.

Continuamos el descenso en una silenciosa y veloz marcha hasta desembocar en un sendero convertido en un enfangado torrente. Estaba aterida de frío, los dientes me castañecaban de tal modo que dudaba que no lo oyeran nuestros perseguidores entre aquel profundo silencio. El camino se había vuelto más escarpado y resbaladizo, haciendo que necesitara las manos para agarrarme a las rocas, algo bastante complicado con la incómoda manta que me había visto obligada a llevar. La túnica empapada se pegaba a mi cuerpo dificultándome el movimiento. Tuve que subírmela un poco más arriba de las rodillas y amarrarla con un nudo para poder seguir el paso de mis compañeros. Maldije entre dientes la escasa funcionalidad de mi indumentaria segundos antes de resbalar y caer de culo sobre una roca que intentaba sortear. Erwan, que iba tras de mí, me ayudó a ponerme en pie. Rápidamente se quitó la chaqueta y me sacó la manta de encima para que me la colocara de modo que pudiera agarrarme con más soltura. Hizo una pelota con ella y la escondió tras unos arbustos. Agradecí el confortable calor de él en su chaqueta, aunque no fuera suficiente para restablecer mi temperatura corporal, al menos era más cómoda y caliente que la manta.

Abandonamos el torrente para internarnos en la espesura del bosque hasta que mi tío, que encabezaba el pequeño grupo, detuvo la marcha. Con un gesto de la mano señaló detrás de unos árboles mientras sacaba la pistola del cinturón. Antes de que pudiera mirar en la dirección señalada unos tipos se abalanzaron sobre nosotros formándose un completo caos. Me vi arrastrada hacia la parte más alejada, mientras observaba con el corazón encogido cómo mis defensores eran atacados por el pequeño grupo de hombres que esperaban al acecho. Uno de ellos sacó algo similar a una katana de su espalda y la volteó hiriendo a dos de los guerreros en el brazo antes de que pudieran apartarse. El espacio era estrecho para moverse libremente y el arma le daba una seria ventaja sobre sus adversarios. Advertí presa de un profundo temor que nos superaban en número. En cuanto el hombre vio a Erwan fue directo a él dirigiendo el arma hacia su cuello. Este se agachó esquivándola mientras su adversario lanzaba una serie de diestros movimientos contra su objetivo. Me hice con una piedra grande como mi puño para asestarla al primero que se me acercara. Por el rabillo del ojo vi cómo mi tío se defendió de su atacante utilizando la pistola ya descargada, golpeándolo con ella en la cabeza y dejándolo inconsciente antes de ir a por otro tipo alto y moreno que arremetió contra él cuchillo en mano. Erwan se movía ágilmente completamente desarmado esquivando una y otra vez la hoja de la katana sin posibilidad de acercarse a su agresor, los movimientos de este, cada vez más rápidos e imprecisos, indicaban que estaba perdiendo la paciencia.

Crucé la mirada con un hombre de cabello castaño rapado que en dos zancadas se situó frente a mí con una sonrisa triunfal. Antes de que pudiera agarrarme le golpeé con la piedra que mantenía oculta en la mano. El tipo se tambaleó hacia atrás llevándose las manos a la herida que rápidamente empezó a sangrar. Me dirigió una mirada colérica antes de abalanzarse sobre mí. Me vi arrastrada por detrás por unos fuertes brazos que me sostuvieron mientras me cambiaba de posición para evitar la trayectoria de mi atacante. El tipo abrió los ojos de forma desorbitada al sentir un cuchillo clavándose profundamente en su abdomen. Reconocí con alivio el rostro de Ray que me había desplazado a un lado para colocarse justo frente al hombre, cuchillo en mano. Vi cómo este se desplomaba en el suelo sin sentir un ápice de compasión; ya no había nada de eso en mí. De haber tenido el cuchillo, yo misma se lo habría hundido en las entrañas sin pestañear.

—¿Todo bien? —preguntó.

Su cara estaba manchada de sangre y barro, haciendo que sus ojos destacaran como dos brillantes esmeraldas.

—He estado mejor, ciertamente.

Los labios de él se elevaron formando una sonrisa divertida.

—Te eché de menos, dulzura —anunció al tiempo que me cogía de los hombros y me estrechaba. Sonreí abrumada por la lealtad de aquellas personas que apenas habían entrado en mi vida y ya formaban parte de ella como si fuéramos una gran familia—. Si vuelves a drogarme me ensañaré contigo —añadió poniéndose serio de repente.

Asentí sintiéndome culpable por lo que había tenido que hacerles para poder salir de la casa sin que ellos me detuviesen. De no ser porque tenían a mi amiga y burlé su cuidado, no habrían podido llegar tan lejos. El hecho de que me hubiesen rescatado era una clara muestra de cuan poderosos eran.

—Hay que ponerse en marcha —dijo al tiempo que se guardaba el cuchillo en el cinturón.

—Pero ¿ellos?

—Erwan y Serge me han visto. Saben que estás conmigo.

—Ya, pero ¿no deberíamos ayudarles?

—Tengo que ponerte a salvo, Amy —explicó al tiempo que me cogía de la mano y me arrastraba camino abajo—. Tú eres el objetivo. Es el peso que tienes que llevar por ser quien eres.

Lo seguí a disgusto. Sabía que tenía razón, pero no por eso me sentía mejor por dejarlos allí.

Unos pocos pasos más adelante apareció de entre los árboles una figura gris y peluda que se acercó a olisquear mi mano moviendo alegremente la cola.

—¡Llop!

—Ha venido con nosotros. —Le palmeó el lomo sin detener la marcha—. Él nos llevó hacia ti. Tuvimos que atarlo para evitar que se lanzara directo a la yugular de sádico ese. No es que no hubiese estado bien, pero nos habría jodido la sorpresa.

Lo miré incrédula mientras el lobo se situaba tras de mí cerrando la marcha. Aquel fiel animal era toda una caja de sorpresas.

No supe realmente qué estaba mal en mí, pero pronto las fuerzas empezaron a fallarme. El frío que sentía era tan profundo que llegaba hasta mis huesos. Una oleada de vértigo invadió mi cuerpo, haciéndome trastabillar y caer hacia delante. Atiné a poner las manos en el suelo quedando de rodillas. Un dolor atroz recorrió mi destrozada mano izquierda provocándome náuseas. Ray me ayudó a levantarme, pero apenas era capaz de mantenerme en pie.

—Vamos Amy, tan solo quedan unos metros.

Apenas tuve tiempo de darme la vuelta y vomitar, apoyándome con la mano buena en el tronco de un árbol. Ray me sostuvo hasta que cesaron las arcadas.

—Esto es tan humillante —murmuré tratando de mantenerme en pie por mí misma con poco éxito.

Me sujetó de la cintura para evitar que cayera de nuevo. Maldijo entre dientes al ver que comenzaba a temblar de forma violenta pese a que mi piel ardía.

—Maldita sea, Amy ¿qué te han hecho?

—No sabría por dónde empezar —respondí en un débil susurro.

—Ni se te ocurra desmayarte ahora —me ordenó en un tono desesperado.

El lobo desvió su atención hacia un lado sin alterarse hasta que aparecieron Gilles, Álex, Gérard y el tipo rubio que había visto pinchando música en el Adytum.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la pelirroja corriendo hacia nosotros seguida de los tres hombres que la acompañaban.

—No lo sé. Está enferma.

Me depositó cuidadosamente en el suelo para que Gérard pudiera examinarme. Gilles y el otro tipo permanecieron con los sentidos alerta cerca de donde habían venido, vigilando que nadie les siguiera.

—Gérard..

—Ey, pequeña.

—¿Me voy a morir? —bromeé al ver su rostro marcado por la preocupación.

—No esta noche —respondió con una perfecta sonrisa que no llegó a sus ojos—. Tienes una reacción adversa a las diferentes drogas que deambulan por tu organismo. Puede que sean incompatibles entre ellas, o tal vez con tu sistema.

—Hay que sacarla de aquí —anunció Gilles.

Gérard asintió antes de cogerme y llevarme en brazos el resto del camino. Me abracé a su cuello con las pocas fuerzas que logré reunir hasta que poco a poco me fui perdiendo en las brumas de la inconsciencia.



—¿Cómo está? —preguntó Gilles nada más entrar por la puerta de la casa de Gérard.

Judit, la amiga de Amy venía tras él. Su desmejorado aspecto reflejaba que no lo había pasado mucho mejor que ellos en los últimos días.

Sentado en uno de los sillones con los codos apoyados en las rodillas se encontraba Erwan. Ray pasaba rápidamente sus dedos sobre las teclas de un ordenador portátil sentado cerca de este en un extremo del sofá, y Robert permanecía con el teléfono pegado a la oreja al tiempo que caminaba de un lado para otro haciendo gestos con la mano libre.

—Mejor —respondió Gérard con el rostro ojeroso.

—¿Ha dicho algo? —inquirió de nuevo.

Gérard le lanzó una mirada de advertencia antes de desplazarla a la rubia que le acompañaba.

—Tranquilo, puedes hablar. Ella lo sabe todo.

Tres pares de ojos a punto de salirse de sus órbitas se clavaron en él.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Qué querías que hiciera? —se defendió—. Iba a meter a la policía en todo esto. Además conocía el contenido de las malditas cartas.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —le recriminó sin dar crédito a lo que había hecho su amigo.

—Podéis estar tranquilos—intervino Judit—. No soy estúpida. Ninguna palabra va a salir de mis labios sobre todo este asunto. Jamás haría nada que pudiera poner en peligro a Amy.

Si la creyeron o no, ninguno dijo nada. Si aquello salía a la luz se desataría un gran caos. Cualquiera sabía cómo reaccionarían los humanos sabiendo que otras personas vivían entre ellos con ciertos poderes para controlarlos.

—Tenemos toda la zona vigilada —anunció Robert al tiempo que guardaba su móvil en el bolsillo—. No pueden acercarse sin que nos enteremos. Es una suerte que este pueblo sea tan condenadamente pequeño.

Gérard enarcó una ceja al darse cuenta de que hablaba sin ningún tipo de tapujos estando la amiga de Amy delante, lo cual quería decir que estaba al corriente de lo que le había contado su hijo.

—¿Qué tal estás, Judit? —preguntó con una sonrisa amable. La joven asintió al tiempo que se la devolvía visiblemente incómoda por la situación que se había creado en aquel salón—. ¿Ya conoces a mis chicos?

Judit enarcó la ceja mirándolos sin saber qué responder. Ciertamente el segundo contacto tampoco había sido de lo más agradable.

—Ellos dos son Ray y Erwan —anunció al tiempo que se colocaba junto a ella y los señalaba. Erwan hizo un gesto de asentimiento con la cabeza en tanto que Ray le guiñaba el ojo regalándole una deslumbrante sonrisa—, dos de mis mejores guerreros. Este de aquí es Gérard, es médico y va curar Amy.

Gérard la miró sin hacer ningún movimiento, incapaz aún de comprender por qué la habían metido en todo aquello.

—¿Habéis podido averiguar algo? —quiso saber Gilles de nuevo.

Gérard negó con la cabeza.

—Le pedí que me contara lo que le hicieron, pero se niega a hablar de ello —comentó Robert con la tristeza reflejada en los ojos—. Dijo que no le habían sacado información relevante, pero créeme si te digo que ahora mismo es lo que menos me importa.

—Le rompieron tres dedos de una mano, presentaba diversas quemaduras en los brazos y su espalda estaba gravemente dañada, como si le hubieran dado latigazos —explicó—. Tuvo que sufrir el infierno. Después, la drogaron repetidas veces para que apenas sintiera el dolor y pudiera asistir a la fiesta que le tenían preparada en el bosque.

Judit se llevó una mano a la boca encogiéndose por dentro al sentir lo que le habían hecho a su amiga.

—Mataré a ese sádico por esto —dijo Gilles.

—Marlon es mío —anunció Erwan en un tono de voz suave que nada tenía que ver con la ira que le recorría las entrañas cada vez que pensaba en lo que había sufrido Amy en sus manos.

—¿Ella está bien? —preguntó Judit en un murmullo haciendo redomados esfuerzos por contener las lágrimas que se formaron en sus ojos sin éxito.

—Ya reparé el daño y no quedará ninguna marca que le haga recordar lo que le hicieron —explicó Gérard mostrándose más amable, solidarizado con su dolor—. Lo que realmente me preocupa es que le hayan hecho algo que no podamos reparar.

Judit se tragó el nudo que tenía en la garganta al comprender a qué se refería el médico. Había muchas maneras de lastimar a las personas y no todas las heridas podían ser curadas. De eso ella era una experta puesto que lidiaba con ello cada mañana en su consulta.

Álex bajó un rato más tarde con una bandeja de comida sin tocar que depositó en el mármol de la cocina. Había estado con Amy desde que despertara el día anterior. Ella y su madre se habían ocupado de ella con la ayuda de Gérard, y tratado de que se sintiera cómoda de nuevo en casa. Habían intentado convencerla para que les hablara sobre lo ocurrido. También su padre había tratado de hablar con ella, pero se había cerrado en banda y no consiguió más que otra negativa. Ni siquiera su amiga Judit le había sacado más que un par de palabras. Se había alegrado enormemente de tenerla con ella, pero cuando le preguntó sobre lo sucedido se retrajo de nuevo limitándose a cambiar de tema perdiendo el interés por la compañía. Por lo menos había alguien con quien sí quería hablar. Extrañada por su demanda, se limitó a asentir con la esperanza de que se abriera a él y dejara salir toda la pesadilla vivida. Ella sabía gracias a su don empático que Amy lloraba furiosa por dentro. Nadie debería sufrir de aquel modo y mucho menos guardarlo dentro de sí para que la consumiera lentamente.

—Erwan, ella quiere verte

Si alguien se extrañó por aquella demanda nadie lo manifestó, tan solo el aludido, aunque se levantó del sillón inmediatamente.

—Hijo —lo llamó Robert—, convéncela para que hable contigo. Puede que la información nos sea de gran utilidad, al fin y al cabo es la única que ha estado con ellos, en su guarida, y ha vivido para contarlo.

—Intenta no presionarla —le advirtió Judit—. Conozco a mi amiga desde que apenas se tenía en pie por sí misma, y la Amy que está ahí arriba está rota. Nunca comparte sus miedos con nadie, sus sentimientos son eso: suyos. Aunque te pueda parecer que todo en ella está siempre bien porque incluso en los peores momentos es capaz de hacer broma con ese aire despreocupado que la hace única, también sufre por dentro, pero difícilmente lo advertirás. Cualquier persona en su situación se

sentiría superada, y no me refiero solo a lo que ha pasado estos días, sino a lo que ha venido sucediendo desde el accidente de su padre. —Erwan asintió—. Ella no se merece nada de esto —añadió limpiándose una lágrima que rodó por su mejilla.

—Lo sé —contestó Erwan—. No la conozco tanto como tú, pero si de algo me doy cuenta es de su fortaleza.

—Verás como en unos días la tienes por aquí de nuevo tomándote el pelo —intervino Gilles arrancando una pequeña sonrisa en la mujer.

—Que no lo hiciera sería altamente preocupante —confirmó—, el problema es que esa es la cara que te deja ver cuando a lo mejor por dentro está gritando de pena.

—Nos ocuparemos de que no sea así —dijo Robert—, ahora tiene una gran familia en la que apoyarse que no va a parar hasta que esos malnacidos paguen por su atrevimiento.

—¿Por qué no me contaste que fue tu padre el que mató a mi hermana y que es el causante de todo lo que está pasando? —pregunté al fin.

No había dejado de darle vueltas a la historia de Erwan y su padre desde que había despertado la tarde anterior. La ira me hervía por dentro como si tuviera una úlcera. Sentía rabia por todo lo que aquella gente le había hecho a mi familia, por lo que habían estado a punto de hacerme a mí y, como consecuencia, lo que podría haber sucedido con el resto de personas que habrían sacrificado sus vidas por sacarme de allí. La impotencia de no saber y de no poder hacer nada era lo peor de todo. Sentirme como un ratoncillo indefenso a la espera del momento en que la cobra abriera sus fauces de nuevo para engullirme me ponía enferma.

—Porque no lo sabía —respondió.

Se había sentado en una silla que había colocado junto a la cama donde aún permanecía convaleciente, bastante despreocupada por mi aspecto. Alguien me había lavado y cambiado de ropa poniéndome un cómodo pijama de colores oscuros con la figura de Mafalda estampada en la camiseta. Lo cierto era que poco me importaba; ahora mismo pocas cosas lo hacían.

—Pero tú le conocías.

Erwan asintió con la cabeza.

—Vino a mí hace unos meses. Antes de que toda esta pesadilla comenzara. Intentó convencerme para que me uniera a su causa, pero yo no sabía que era la cabeza pensante de ese grupo de chiflados.

—¿Y qué hiciste?

Erwan enarcó una ceja dándome a entender lo absurda que le parecía la pregunta.

—Le dije que desapareciera de mi vista y que la próxima vez que nos viéramos le mataría como a la sabandija que era.

Arrugué la frente contrariada, aquella no era una de las posibles respuestas que había esperado.

—Es tu padre.

—Yo no tengo padre. Él simplemente dejó embarazada a mi madre y con el corazón roto. No puedes pretender que yo le acepte aun en el supuesto de que no fuese quien es. El hecho de que además forme parte de las filas del enemigo lo empeora todo. No puedes imaginarte lo que esa gente lleva haciéndole a los nuestros desde que decidieron seguir por su cuenta.

—Créeme, puedo hacerme una idea —respondí recordando la pesadilla vivida los últimos días.

Erwan hizo una mueca como si se arrepintiera de lo que acababa de decir antes de añadir:

—Por eso mismo entenderás mi postura al respecto.

Asentí desviando la mirada hacia la ventana.

—No quería contar lo que he averiguado a los demás sin antes hablar contigo porque es a ti es a quien más concierne —anuncié sin apartar la vista de la inmensidad del bosque que se vislumbraba a través de la ventana.

—Te lo agradezco, pero no guardo ese tipo de secretos con el clan. Ellos saben que el hombre que sedujo a mi madre lo único que pretendía era sacar información, y empiezo a sospechar qué buscaba concretamente.

Aquello tenía sentido. Lo más probable era que Marlon se hubiese acercado al clan con el único fin de dar con la sangre de la Sacerdotisa, y que para ello hubiese tratado de ganarse la confianza de sus miembros uniéndose a una de ellos.

—¿Sabías que tienes una hermana? —pregunté rompiendo el silencio que se había instalado en la habitación. La cara de Erwan confirmó mis sospechas: era la primera noticia que tenía al respecto. Asentí sin esperar respuesta—. ¿Recuerdas el sueño que estuvo obsesionando a Em antes de morir? —Erwan asintió desconcertado—. La mujer responsable de que quemaran a mi abuela está viva y trabaja con el Monstruo.

—¿Por qué no me sorprende?

—Se llama Grâce y es la abuela de tu hermana. —Erwan abrió los ojos desmesuradamente—. ¿Te imaginas? Hija de un monstruo y nieta de una sádica —añadió negando con la cabeza al tiempo que una sonrisa se iba formando en mis labios—, definitivamente no hay esperanzas para ella: es la hija del mal.

Erwan rió divertido ante mi ocurrencia.

—¿Y eso en qué me convierte a mí?

—Uff, en alguien sumamente complicado —contesté poniendo los ojos en blanco haciéndole sonreír de nuevo.

Y era cierto, me parecía un hombre tremendamente complicado, pero por alguna razón inexplicable me gustaba su compañía. Su sola presencia hacía que me sintiera mejor.

—Adrien estaba muy interesado en ti —expliqué haciendo desaparecer todo rastro de humor de mi rostro.

—¿Adrien?

—El psicópata que me torturó. Se trataba de la misma persona que me atacó en las pistas de esquí y estaba entre los que intentaron secuestrarme en el Adytum.

Percibí cómo se tensaba al oír aquellas palabras. Centró toda su atención en sus propias manos unos instantes hasta que finalmente preguntó:

—¿Qué te hicieron?

—Querían información sobre la comunidad que me protegía y especialmente sobre ti —respondí encogiéndome de hombros—. Al parecer tuvisteis un enfrentamiento en el que heriste su orgullo de macho, porque ahora te quiere muerto.

—Eso no me importa —contestó—. Lo que quiero saber es lo que pasó mientras estuviste allí —añadió con una máscara indescifrable en el rostro.

—¿Y qué más da? —espeté tratando de ocultar cuánto me afectaba con solo recordarlo—. ¿Acaso va a cambiar algo?

—Desgraciadamente no, pero necesito saberlo —respondió clavando sus ojos azul zafiro en los míos—. ¿Cómo crees que nos sentimos después de fracasar tan estrepitosamente en lo que a tu seguridad se refiere? Tu familia está ahí abajo subiéndose por las paredes imaginando cosas y poniéndose en lo peor.

—¿Y qué quieres que haga? —le corté furiosa. Era perfectamente consciente de que no era con él con quien tenía que descargar mis frustraciones, aun así no pude evitar responder con rabia—. ¿Acaso crees que la verdad les va hacer sentir mejor? Me torturaron y humillaron. Tuve la suerte de perder el conocimiento cuando no pude soportarlo más, porque de otro modo no sé si podría haber aguantado mucho más tiempo mordiéndome la lengua. Solo tienen que preguntarle a Gérard y se harán una idea bien acertada de lo que hicieron conmigo.

Un músculo empezó a palpar en la mandíbula de Erwan.

—¿Abusaron de ti?

—¿No te lo acabo de decir? Mientras hacían todo eso yo estaba atada y ellos... —respondí dejando la frase sin terminar al darme cuenta del sentido de la pregunta—. No te refieres a eso, ¿verdad? —Erwan negó con la cabeza—. ¿Acaso importa? —pregunté sintiéndome algo incómoda.

—Por supuesto que importa —contestó manifiestamente enfadado—. De cualquier modo ellos van a pagar por esto, pero saber que no te tocaron de ese modo hace que me sienta malditamente mejor.

Lo miré con los ojos desmesuradamente abiertos sin acabar de creerme lo que acababa de oír. Realmente no sabía qué me sorprendía más: lo que había dicho o cómo lo había dicho. Estaba furioso; no conmigo, por supuesto. El hecho de que compartiera mi rabia era reconfortante, quería decir que se preocupaba por mí y que, por lo tanto, no le era tan indiferente como me hacía creer; aunque por otro lado era algo lógico, ahora era un miembro de su clan, éramos algo así como una gran familia, ninguno de ellos quería que me ocurriese nada malo.

—Amy —me llamó, haciéndome regresar de entre mis pensamientos para que contestara a la pregunta. No se me escapó el hecho de que había utilizado la versión de mi nombre que todos utilizaban en vez de la forma francesa como hacía siempre. Me apresuré a negar con la cabeza incapaz de soportar por más tiempo la presión de su mirada inquisidora. El rostro de él pareció aliviado por unos instantes antes de ocultarlo con la máscara inexpresiva que era tan característica en él.

—Por alguna razón Marlon dejó claro que no podían tocarme.

—Claro que no —respondió como confirmando sus sospechas—, quería reservarse ese derecho para él.

Desencajé la mandíbula al tiempo que un escalofrío me recorría la columna desde la espina dorsal. Por una fracción de segundo había temido precisamente eso cuando el Monstruo comenzó a manosearme los pechos instantes antes de la interrupción de Erwan. No había vuelto a pensar en ello hasta ese momento.

—¿Crees que quería forzarme delante de todos antes de matarme?

—Tengo una ligera sospecha de sus verdaderas intenciones, espero que Agnes me lo confirme —respondió—. Mañana te llevaré para hablar con ella tal y como habíamos quedado antes de que desaparecieras, tiene que explicarnos unas cuantas cosas. —Asentí conforme. Había cosas de mi sueño que necesitaba entender y al parecer ella tenía las claves para ello, claves que había estado escondiendo deliberadamente demasiado tiempo—. Será mejor que descanses —continuó—. Mañana será un día largo.

—Ve con cuidado —dije al tiempo que le agarraba del brazo cuando él empezó a levantarse—. Saben muchas más cosas de las que crees. Sospechan que el Adytum es tuyo.

Erwan deslizó la mirada hacia la parte de su cuerpo que yo sujetaba antes de contestar.

—No tienes que preocuparte por mí —contestó con una sonrisa calculadora en el rostro dirigiéndose a la puerta del dormitorio—. Nos vemos mañana.



## Capítulo 30

Desperté a la mañana siguiente, después de haber dormido más de ocho horas seguidas sin que una terrible pesadilla invadiera mis sueños. Había estado reviviendo escenas de los últimos días mientras dormía, pero era algo normal que le sucedía a todo el mundo. Cierto que no era agradable, pero era algo con lo que tendría que vivir el resto de mi vida. Mía era la decisión de si permitiría que todo aquello me sobrepasara, amargándome la existencia, o si buscaría la parte positiva de todo aquello; al fin y al cabo estaba viva, y con una nueva familia que se deshacía en cuidados por mí. Mientras buscaba las zapatillas con los pies, decidí que era hora de pasar página. Retozar en la miseria no iba conmigo, la vida era demasiado corta para eso y me sentía preparada para continuar adelante. Aquella gentuza no iba a quebrarme como a un pajarillo indefenso.

Me metí en la ducha sintiéndome infinitamente mejor cuando el agua caliente entró en contacto con mis tensos músculos, relajándolos de inmediato. El suave aroma almendrado del champú se introdujo en mis fosas nasales, provocándome una sensación agradable y de bienestar.

—Buenos días —canturreé al llegar a la cocina.

Gérard se dio la vuelta sorprendido de verme de tan buen humor, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Estaba a punto de subirte el desayuno —dijo con una encantadora sonrisa—, ahora que estás aquí podemos comerlo juntos.

—Eres demasiado bueno para ser real.

Se limitó a sonreír mientras ponía la comida sobre la mesa y se sentaba frente a mí.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó al tiempo que me llenaba el vaso con zumo de naranja.

—Genial. No me duele nada. —Gérard asintió absteniéndose a reformular la pregunta, ya sabía que no me dolería nada, de eso ya se había encargado él. Lo que realmente quería saber era cómo me sentía después de lo ocurrido, pero no me apetecía hablar de ello.

—Acaba de llamar mi hermano pidiéndome que te lleve a casa de nuestra madre —anunció—. Agnes también estará allí. Ellas quieren hablar contigo.

Asentí conforme.

—¿Cómo está tu madre? —pregunté al tiempo que diversas imágenes de Mária en el altar de sacrificios acudían a mi mente con un realismo que me sobrecogió.

—Bien. Inexplicablemente se ha recuperado. Aún está un poco débil, pero en un par de días estará como nueva.

Un pensamiento cruzó por mi mente como un relámpago, cogiendo forma y mucho sentido.

—Gérard, él asesinó a Mária delante de mí.

—Lo sé. No llegamos a tiempo para impedirlo, pero vi su cuerpo sin vida sobre aquella piedra.

—¿Tú crees que ella podía haber estado provocándole de algún modo la enfermedad a tu madre?

—No creas que no lo he pensado, pero no cuadra con la imagen que tengo de ella.

—Eso explicaría por qué tu madre de repente no está enferma.

Gérard asintió.

—Pero no tiene ningún sentido para mí —respondió pensativo con la mirada perdida en algún punto de tu taza de café.

—Será mejor que vaya a cambiarme —dije al terminar el desayuno. Me levanté de la silla y llevé los platos al lavavajillas—. Espero que Agnes pueda arrojar algo de luz sobre todo este asunto porque de lo contrario voy a volverme loca.

Después de enfundarme un par de tejanos estrechos, ponerme un jersey de lana de cuello alto color morado y calzarme mis abrigadas botas australianas, busqué entre mis cosas el amuleto. Con mucho cuidado lo guardé en el bolso con la esperanza de que Agnes supiera de qué se trataba.

Gérard, que me esperaba en la planta de abajo, me ayudó a ponerme el anorak antes de salir al exterior. Los copos de nieve aterizaron en mi cara en el mismo instante en que puse un pie fuera de la casa. Una bola de pelo saltó sobre mí, derribándome sobre la nieve. Sin poder quitármelo de encima, reí a carcajadas al sentir su lengua caliente sobre la cara.

—¡Oh, venga ya! —exclamé empujándolo hacia un lado sin éxito—, eres un lobo malo.

Gérard me ayudó a levantarme mientras el lobo hacía lo imposible para seguir jugando conmigo, que reía sin parar al ver los intentos del animal por tirarme de nuevo al suelo.

—Vamos a tener que comprarle una correa y atarlo.

—Ya lo creo —respondí entre risas.

Me condujo hacia el coche evitando soltarme, con Llop tras nuestros pasos. Para cuando abrió la puerta del copiloto este se introdujo en el interior del coche dejando claro que no pensaba quedarse en casa. Lo miré intentando contener la risa y luego rodé la vista a mi acompañante que observaba al animal con los ojos entornados. Estallé en carcajadas de nuevo antes de meterme en el todoterreno. Gérard cerró la puerta del copiloto con una sonrisa en los labios antes de dirigirse a la otra parte del coche.

—¿De dónde sacó mi hermana esta preciosidad? —pregunté al sentir la cabeza de Llop en mi cuello.

—No lo sé. Un día apareció en su casa, siendo cachorro, y ya nunca se alejó de su lado. Cuando Émilie desapareció, se volvió como loco y no le volvimos a ver. —Acaricié el morro del animal compartiendo su dolor, el de ambos, Llop no había sido el único en volverse loco de rabia, yo misma lo había visto en mis sueños—. Luego llegaste tú —continuó—, y él regresó de donde quiera que hubiese estado todo este tiempo.

Al llegar a nuestro destino, vimos el Jeep Wrangler de Erwan aparcado en la puerta, el cual salía del coche justo en aquel momento. Lo observé bajarse con elegantes movimientos mientras Gérard estacionaba el suyo al lado. Al abrir la puerta el lobo salió veloz en su dirección a saludarlo, este le devolvió el saludo palmeándole el cogote. Para cuando me vio dirigirme hacia ellos, el animal se lanzó nuevamente en una carrera que me llevó directamente al suelo.

—¡Otra vez no! —me quejé entre risas.

Gérard se acercó a su hermano, que observaba la escena con asombro, haciendo caso omiso del gran cánido y su ama.

—¿Por qué hace eso? —oí que preguntaba Erwan.

—Porque está contento de tenerla de vuelta —dijo señalando lo que para él parecía algo obvio—. No sabes lo que me ha costado meterla en el coche.

—¿Y por qué lo has traído?



—Porque él hace lo que le da la gana —respondió encogiéndose de hombros—, ya se encargó Em de malcriarlo y Amy no lo está haciendo mucho mejor.

—¿Cómo pretendes que domestique a un lobo adulto? —me quejé desde el suelo a la vez que hacía vanos intentos de ponerme en pie entre risas—. Podrías ayudarme en vez de quedaros ahí plantados viendo cómo este animal me ataca una y otra vez.

Al entrar por la puerta de la casa el perrito de Constance comenzó a ladrar al lobo inconsciente de su menor tamaño. Llop, en cambio, ni se dignó a prestarle atención. Su ama cogió al pequeño animal en brazos para que se tranquilizara. En cuanto los tuvo en casa abrazó y besó a cada uno de sus hijos, centrando después toda su atención en mi persona.

—Amy cielo, no sabes lo preocupada que nos has tenido —dijo envolviéndome en sus brazos—. Estoy tan contenta de verte.

Me fascinaba la naturalidad y confianza con la que me trataban desde que llegué a sus vidas.

—Me alegra mucho que estés tan bien —comenté.

—Oh, sí. Yo también —contestó con una gran sonrisa que me recordó a su hijo Gérard.

Nos hizo sentar alrededor de la mesa del salón, antes de desaparecer por la cocina para traer una bandeja con café y pastas. Agnes me saludó visiblemente feliz de tenerme allí. La mujer observó con asombro al lobo que no se despegaba de mi lado mientras tomaban asiento. Agnes se sentó a la cabecera de la mesa, mientras yo lo hacía a su derecha y Erwan a su izquierda. A mi lado se colocó Gérard en tanto que su madre lo hacía al lado de su otro hijo.

—Supongo que ahora que no tienes a Marie podrías venirte a casa un tiempo —dijo Gérard rompiendo el silencio que se había instalado por momentos.

Una sombra de tristeza asomó por los azules ojos de la mujer. Advertí que eran del mismo color claro que los de Gérard, en cambio Erwan los tenía de un azul más oscuro, igual que los de su padre.

—De eso ni hablar. No soy una vieja tullida que no pueda valerse por sí misma. Ahora ya no estoy enferma.

—¿No os parece curioso? —preguntó Agnes después de soplar el contenido de la taza que tenía entre manos.

Gérard y yo asentimos a la vez. Constance negó con la cabeza.

—Si Marie trabajaba para ellos provocándote la extraña enfermedad explicaría por qué Gérard no tenía manera de curarte —dijo Erwan.

—No, ella era buena. Me habría dado cuenta.

—Estabas enferma, puede que tus poderes estuvieran mermados —comentó Agnes. Constance continuó negando con la cabeza incapaz de creerse que su joven amiga hubiese sido capaz de ello.

—Tal vez Marie era otra víctima en este juego —me aventuré a decir—, puede que no tuviera otra opción. Ella era una humana, nada podría hacer si la estaban amenazando.

—Pero ¿qué sentido tiene todo esto?, ¿por qué envenenar a mi madre?

—Habrá que preguntarles a ellos —contestó Erwan.

La mirada calculadora de Erwan me preocupó, tan solo esperaba que no hiciera ninguna locura por vengarse de lo que le habían estado haciendo a su madre.

—Bueno, lo que realmente importa es que ahora estás bien y Amy está de vuelta con nosotros —dijo Agnes cambiando de tema al tiempo que cogía una pasta y la mojaba en el café.

—Y que mis chicos por fin pueden estar en una misma habitación sin que los puñales vuelen sobre ellos —añadió Constance medio en broma—. Eso me parece que debo de agradeceréte a ti, jovencita.

Me sonrojé ligeramente mientras los aludidos sonreían ante la pulla de su madre.

—Sabía que serías como el soplo de aire fresco que tanta falta hacía a esta familia —reconoció la mujer más mayor posando su mano sobre la mía—. Quiero que sepas que no tuve la intención de ocultarte todo lo que voy a contarte, ya aprendí la lección con tu hermana. Pensé que sería demasiada información para ti si te explicaba lo que le ocurrió a tus padres el día que nos conocimos. Primero tenías que asimilar lo de nuestros orígenes para comprender por qué actuamos de una forma tan cauta. Además, no es algo que sepan muchos miembros de la comunidad. Tan solo un reducido círculo de personas, los más mayores, saben lo que ocurrió aquella noche —explicó con pesar en los ojos—. La razón de tanto secretismo no fue otra que la de protegeros.

—Lo que soñé ocurrió de verdad, ¿no es cierto? —Agnes asintió con la cabeza.

—¿Hablamos del mismo sueño que atormentaba a Émilie? —quiso saber Gérard algo desconcertado. Erwan miró a su hermano significativamente al tiempo que asentía—. Me dijiste que no sabías nada del asunto, que se olvidara del tema —le reprochó a su abuela—. Me mentiste.

—Lo sé, y lo siento. Si no lo hubiera hecho tarde o temprano habría dado con Amy.

—¿Eso hubiese sido tan malo? —pregunté.

—Imaginate. Tu padre no sabía que tenía otra hija, ¿cómo crees que habría reaccionado al saber que le habíamos robado a una de sus gemelas? —respondió—. Sé que esto puede parecerte horrible —continuó—, no me enorgullezco de ello, pero era la única manera de continuar manteniendo la estirpe de la Sacerdotisa bajo nuestra protección. Pensamos que cualquiera de vosotras era válida para ello, así que simplemente nos quedamos con una. Parece que nos equivocamos en eso. Igualmente te mantuvimos vigilada todo el tiempo. Intentamos razonar con tu padre, pero, como sabes, fue imposible.

Centré la mirada en un punto sobre la mesa haciendo acopio de valor para hacer la pregunta que llevaba días obsesionándome. Había venido con la mente más abierta que la vez anterior en que conocí a Agnes, aun así sabía que iba a ser difícil de digerir.

—¿Por qué mataron a mi abuela de aquella manera tan horrible?

—Verás, nuestra comunidad lleva protegiendo a tu estirpe desde hace cientos de años. Tu abuela fue mi antecesora. Ella guió al clan durante muchos años, hasta su muerte. Por aquel entonces vivíamos apartadas en un pequeño conventículo haciendo vida ermitaña. Nos hacíamos pasar por religiosas sin ser monjas.

—¿Como las beguinas?

—Exactamente. Era la única manera de no llamar la atención sobre nosotras.

—¿Y los hombres? —pregunté extrañada.

—Ellos no compartían el día a día con nosotras. Puedes imaginarte la de problemas que ha tenido nuestra gente a lo largo de la historia. Hemos sido perseguidas injustamente en parte por lo que gente como Marlon hacía con la raza humana, pero también por la ignorancia, el fanatismo y el oportunismo de otros. La caza de brujas hizo estragos en los nuestros de modo que cuando las aguas se calmaron pasamos a vivir de la forma más discreta posible. —Cambié de postura en la silla antes de añadir—. Nuestros hombres, que por aquel entonces eran menos que ahora, nos protegían, pero vivían fuera de la gran casa. Tu abuelo los lideraba, como ahora hace tu tío. Nuestra comunidad era la mitad que ahora. Vivíamos con el miedo de que nuestros enemigos dieran con nosotros de modo que apenas teníamos contacto con el exterior, especialmente después de que algunos de nuestros hombres perdieran la vida en un encuentro fatal con un grupo de hermanos renegados. Fue cuando tu abuelo

perdió la vida, y el detonante para que todo empezase a ir mal.

—Pero ¿cómo podáis soportar vivir así? —inquirí incapaz de comprenderlo—. Sin contacto con el resto del mundo, sin vuestras parejas... ¿qué hay de los niños?

Agnes esbozó una sonrisa triste. La cara de Gérard y Erwan denotaba que era la primera vez que oían aquella historia.

—Eso mismo opinaba tu madre. A diferencia de tu tío, ella se reveló contra todo aquel sistema de vida que le habían impuesto. Durante años intentó convencer a sus padres de que la dejaran salir y ver mundo. Tus abuelos creyeron que eran cosas de adolescente, pero cuando cumplió la mayoría de edad dio su ultimátum: o la dejaban salir a estudiar fuera o se escaparía y nunca más volverían a saber de ella. Tu abuela, que acababa de perder a su esposo, no tuvo el valor de impedirle nada, de modo que tu madre hizo las pruebas para acceder a la universidad y se aseguró de alejarse lo suficiente de nosotros.

Escuché perpleja, intentando hacerme una idea de lo dura que había tenido que ser la vida de mi madre. Comprendía perfectamente lo que era sentirse como un perro en una manada de lobos.

—Eso suena muy tú —bromeó Gérard en un intento de liberar parte de la tensión que se iba asentando alrededor de nosotros a medida que su abuela explicaba la historia—. Ya veo de quién has heredado ese genio tuyo.

Me volví hacia él con el ceño fruncido y le golpeé el hombro a modo de respuesta.

—Auh —se quejó entre risas.

El resto del grupo nos miró como si les asombrara la complicidad que se había creado entre ambos.

—Julie era como tú, efectivamente —comentó Constance con una sonrisa nostálgica en el rostro—. La vida a su lado era tan estimulante que no me di cuenta de lo que ella realmente sentía hasta que se marchó y pude ponerme en su piel. La eché tanto de menos que de buena gana me hubiese ido tras sus pasos, pero yo no tenía su arrojo para plantarle cara a mi madre.

—¿Qué paso después? —quiso saber Erwan.

—Algunos miembros de la comunidad no vieron con buenos ojos la permisividad de Blanche, pues Julie era descendiente de la Sacerdotisa y ella más que nadie debería de estar custodiada bajo la protección de nuestro hogar. Pese a todo, respetaron la decisión de la abuela de Amy, pero hubo una persona sedienta de poder que intentó por todos sus medios desacreditarla para ocupar su lugar.

—Grâce —la interrumpí.

Agnes asintió con la cabeza antes de continuar.

—Desde hacía un tiempo veníamos observando ciertos comportamientos por su parte que se alejaban un tanto de nuestra manera de hacer las cosas, pero aquel intento de traición fue el detonante para que nadie confiara en ella. Tu madre regresó tiempo después con tu padre. Estaba embarazada de vosotras, y se había casado con Armand dejando claro que no renunciaría a él para vivir nuevamente encerrada en la comunidad. Tu abuela, consciente de que eran nuevos tiempos y de que el sistema de vida que habíamos llevado hasta ese momento empezaba a hacer mella entre los más jóvenes, consintió.

—¿Qué hay de la mezcla sangre? —preguntó Gérard—. ¿No se supone que los hijos de la Diosa no deben mezclarse con los humanos si quieren que sus descendientes conserven sus poderes?

—Eso creímos, pero Em y Aimée son un claro ejemplo de que no es así.

—Tal vez es porque por sus venas corre la sangre de una sacerdotisa y eso las hace más puras —comentó Erwan.

—No lo sabemos. Julie fue la primera de la que tuve conocimiento, pero bien te aseguro que no es la única. Grâce intentó de nuevo desacreditar a Blanche diciendo que el linaje de la Sacerdotisa desaparecería si no hacía algo, pues la sangre del marido de Julie no serviría para continuarla —continuó explicando—. Por aquel entonces hubo un personaje que empezó a rondar entre nosotros y que no hizo más que sembrar lo que finalmente nos estalló en la cara poco tiempo después.

—Marlon —dijo Erwan con desprecio.

—Era como nosotros y por eso confiamos en él —continuó Constance—. Yo era joven e impresionable, y me enamoré perdidamente de él. ¿Te imaginas? —preguntó dirigiéndose a mí—, era casi tan guapo como lo es ahora mi Erwan, además poseía un encanto especial que ocultaba lo que había debajo de esa fachada que había creado para nosotros —explicó cogiendo la mano de su hijo mayor y poniéndola entre las suyas. Me solidaricé con ella comprendiendo perfectamente que una mujer tan joven pudiera ser engatusada por alguien como Marlon—. Me engañó —añadió con tristeza.

—Nos engañó a todos —replicó su madre.

—Creí que se quedaría con nosotros, pero sus planes iban mucho más allá. Para cuando me di cuenta de quién era realmente fue demasiado tarde, sin embargo no puedo arrepentirme porque de otro modo no te tendría —le dijo a su hijo—. Te quise desde el momento en que supe que estaba embarazada de ti, pese al odio tan inconmensurable que albergué hacia él. —Erwan miraba a su madre con una expresión que no había visto nunca en su hermoso rostro.

—Al parecer no era su primera vez. Se mezclaba con cada comunidad que encontraba a su paso buscando la sangre de la Sacerdotisa y destruyéndolas desde dentro —adujo la mujer más mayor—. Aproveché la situación para enrolar a Grâce en su causa, la cual le conté quién era Blanche en realidad.

—Grâce no tenía un pelo de estúpida, así que para asegurarse de que su alianza con él no terminaría cuando consiguiera de ella lo que buscaba, le ofreció a su propia hija para que la dejara embarazada, puesto que ella misma ya no podría hacerlo —explicó Constance—. Gisèle nunca se lo perdonó.

—¿Gisèle es la madre de Sophie? —inquirí asombrada por la falta de escrúpulos de Grâce.

—Ella no era como Grâce —respondió al tiempo que asentía—. Su madre pretendía marcharse con Marlon y llevársela a ella, pero Gisèle no lo consintió. Poco después de dar a luz, Grâce se puso en contacto con su hija diciendo que estaba arrepentida y que quería conocer a su nieta sin que el resto de nosotras supiera nada. Gisèle la creyó, pero su madre, haciendo gala de toda su mezquindad, le quitó a la niña. Días después se quitó la vida superada por la traición de su propia madre.

—La ira de Grâce al enterarse cayó sobre nuestra comunidad —continuó Agnes.

—Pero si la única responsable fue ella misma.

—No para ella. Si su hija no se hubiese quedado con nosotras no se habría visto obligada a quitarle al bebé.

—Tuvo la excusa perfecta para emprender su venganza contra Blanche —dedujo Erwan que miraba a su abuela.

—Exactamente. La siguiente vez que la vimos fue la trágica noche en que tu madre y tu abuela murieron. La misma noche en la que tú naciste.

La miré con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Por más que había tratado de hacerme una idea de lo ocurrido aquella nefasta noche y entender por qué mi padre se había marchado sin siquiera mirar atrás, nunca habría imaginado la magnitud de la atrocidad de la que fueron víctimas.

—¿Qué es lo que pasó realmente? —preguntó Gérard a su abuela al tiempo que ponía una mano sobre las mías en un tierno gesto de apoyo.

—Grâce contaminó los oídos de la gente del pueblo diciendo cosas horribles sobre nosotras. Es un pueblo pequeño donde todo el mundo se conoce y se ayuda, pero en nuestro caso vivíamos apartadas de ellos sin mantener ningún tipo de contacto, lo cual fue determinante para creer las palabras de la mujer que tanto nos odiaba. No les culpo —explicó al ver la expresión de horror en mi rostro—. En estas zonas donde la madre naturaleza tiene una presencia tan relevante, la superstición y las

creencias populares, que vienen heredadas por la tradición oral desde los albores de los tiempos, tienen un peso muy importante en su día a día. Muy diferente a las gentes de las ciudades, como la tuya, en la que ya nadie cree en nada.

—Cierto, no vamos quemando a la gente por ahí por miedo a que pueda envenenar nuestro ganado —repliqué con resentimiento.

—No, pero la gente se mata bajo cualquier otro pretexto y nadie respeta a nadie, ¿me equivoco? —Tuve que darle la razón, ciertamente y a nadie estaba seguro en ninguna parte—. Date cuenta que la gente del pueblo no iba desencaminada. Grâce había causado algunos estragos sobre la población durante aquel año. Habían aparecido caballos muertos sin causa aparente, la hija pequeña de un vecino del pueblo había desaparecido, hubo rebaños arruinados, y un largo etcétera. Cada vez que algo terrible sucedía, una muñeca de paja aparecía cerca del lugar. ¿Qué habrías pensado tú?

—¿Muñecas de paja? —interrumpió Gérard—, ¿de modo que fue ella la que la colocó en mi casa?

Lo miré asombrada, recordando las muñecas que habían sido colgadas para que las encontrara.

—¿De qué hablas, hijo? —inquirió Constance alarmada.

—Amy encontró una de esas muñecas colgada de un árbol del jardín de su casa, luego en la mía encontramos otra.

—¿Para qué sirven? —preguntó Erwan.

—No lo sabemos —respondió su madre—. Puede que se trate de su firma o simplemente para infundir miedo.

—Tal vez, pero teniendo en cuenta de quién estamos hablando bien podría tratarse de algo mucho peor. Grâce era muy poderosa, no quiero pensar lo que ha estado aprendiendo al lado de ese loco —explicó Agnes.

—¿Cuál es su don?

—Es una hechicera.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Gérard—. No sabía que aún existían.

—No hay muchos hermanos que dominen esta práctica. Todos los que la tienen es a un nivel limitado, como en el caso de Grâce. Ella es capaz de controlar ciertos elementos, con las palabras o acciones adecuadas puede hacer mucho daño. Es por eso que Marlon la tomó en serio, ella debe de resultarles muy útil.

Miré el fondo de mi taza de café sin apenas tocar, tratando de asimilar toda aquella información. Era de locos. Si no fuese porque yo misma había visto aquella gente en acción sería incapaz de creer ni una sola palabra. ¿Cómo era posible que aquello pudiese ser cierto?, que hubiese una raza de personas con ciertos poderes, viviendo entre la gente corriente y que nadie tuviera la más mínima sospecha de cuanto pasaba a su alrededor. Antes de acabar de formularme la pregunta, la respuesta vino a mi mente como si hubiese estado ahí todo el tiempo. Siempre habían sabido de ellos: primero con respeto y temor; luego vino el odio y la persecución; y finalmente la negación y el olvido. En la actualidad, cualquiera que afirmase tener uno de esos poderes era tachado de tarado e inmediatamente excluido por la sociedad.

—Lo que sucedió aquella noche es exactamente lo que has estado viendo en tus sueños —continuó la mujer—. No toda la población participó de aquella barbarie, tan solo algunos se dejaron convencer por Grâce. Los trajo a las puertas de nuestro hogar y la quemaron al más puro estilo de la época de las persecuciones, ni siquiera pudo defenderse. Ninguna de las que estuvimos allí pudimos —afirmó con la tristeza asomando por sus ojos—. Fue todo tan rápido que no supimos reaccionar; la sorpresa y la incredulidad estalló sobre nosotras cuando comprendimos lo que aquella mujer se proponía. Tu madre había tenido un sueño premonitorio y venía a prevenirnos cuando se encontró que ya era tarde. Cuando vio a su madre atada se volvió como loca. Intentó llegar a ella por todos sus medios sin éxito. La golpearon mientras tu abuela ardía en llamas y tu padre luchaba por protegerla —explicó haciendo un gesto de negación con la cabeza como si quisiera alejar el doloroso recuerdo de su mente.

Sentí la cálida mano de Gérard acariciar mi espalda, un gesto que era sumamente consolador y reconfortante. Tragué saliva varias veces para que el nudo que se había formado en mi garganta desapareciera. Con gran esfuerzo aparté aquellas imágenes de mi cabeza para no derrumbarme delante de aquellas personas. Al levantar la vista de nuevo para formular la siguiente pregunta, me crucé con la penetrante mirada azul de Ewan, que permanecía clavada sobre mí como si fuese capaz de ver más allá de lo que los demás veían. Sintiéndome intimidada y con ganas de salir corriendo, me concentré para que toda aquella miriada de sentimientos que pugnaban por hacerme estallar se mantuvieran bajo control y ocultos al resto del mundo. Era algo que sabía hacer bien, pero cada vez me costaba mucha más energía mantener todo aquello bajo la superficie.

—Si también la mataron aquella noche, ¿cómo es que estoy aquí? —pregunté con toda la entereza que pude reunir.

—Tu madre estaba a punto de salir de cuentas, así que hicimos lo imposible por sacaros de su cuerpo con vida —respondió afligida.

Constance se sorbió la nariz al tiempo que se limpiaba las lágrimas que asomaban por sus ojos.

—Lo siento —dijo al sentirse objeto de todas las miradas—. Yo amaba a Julie como a una hermana. Era mi mejor amiga. Estábamos tan contentas de volver a estar cerca —explicó limpiándose las lágrimas que no dejaban de caer por sus mejillas—. Yo tenía a mis pequeñines, a los que ella mimaba como si fueran parte de su familia, y esperábamos con tanta ilusión el nacimiento de su pequeña. Incluso habíamos fantaseado con la idea de que se uniera a uno de vosotros cuando se hiciese mayor —continuó con una sonrisa triste.

La mano de Gérard se congeló en mi espalda. Miré hacia otro lado consumida por el dolor. El daño que habían causado a mi familia era irreparable, pero no iba a permitir que la pena y el dolor me arrastraran; ese no era mi estilo. Viviría con ello por siempre, pero aún tenían cuentas pendientes conmigo y no iba a ponérselo fácil. La necesidad de vengarme de aquellas dos personas que me lo habían arrebatado todo empezó a aflorar en mi interior. No tenía la menor idea de cómo, pero hallaría la manera de darles donde más les doliese sin importar el coste ni las consecuencias.

## Capítulo 31

—¿Por qué Marlon no me mató en cuanto tuvo oportunidad?

—Eso me gustaría saber a mí —respondió Agnes pensativa—. Llevo mucho tiempo dándole vueltas. Ciertamente posee información sobre vuestra estirpe que nosotros desconocemos, de modo que juega con ventaja. Aún no termino de comprender por qué se deshizo de tu hermana. Primero pensamos que la mató por lo que ella suponía para ellos y que cuando supo que había otra heredera con la sangre de la Sacerdotisa fue a por ti con el mismo fin.

—¿Y no es así? —quiso saber Gérard con un tono de voz gélido.

Erwan negó con la cabeza.

—Quiere algo de ella —contestó a su hermano. Constance miraba a unos y otros desconcertada mientras Agnes asentía.

—Em no pudo dárselo de modo que fue así como dedujo que no era ella la elegida para lo que sea que pretende llevar a cabo.

—¿Y como ya no le servía la mató? —La rabia y el dolor rezumaban por los todos poros de la piel del rubio.

Agnes asintió de nuevo al tiempo que observaba compungida el dolor reflejado en el rostros de su nieto y también en el mío.

—¿Y qué es lo que quieren? —preguntó Constance.

Erwan y Agnes se miraron durante unos instantes antes de responder.

—No estoy del todo segura. Hay algo que no me cuadra en todo esto, pero creo que la intención de Marlon es la de mezclar su sangre con la de la Sacerdotisa.

Erwan asintió dando por confirmadas sus sospechas. Mi mandíbula se desencajó mientras que Gérard los miraba con los ojos a punto de salirse de las órbitas y su rostro adquiría un tono escarlata de pura rabia contenida.

—Creo que por eso sacrificó a Marie —añadió Erwan.

—Una vida por otra —logré articular haciendo referencia a las palabras de Marlon justo antes de asesinarla—. Él la ofreció a ese dios sangriento a cambio de una vida nueva —deduje sintiéndome asqueada.

—Ese dios sangriento no es otro que el esposo de la Diosa. Con quien ella se complementa. Él representa el sol mientras que ella la luna. Uno no podría existir sin el otro —explicó la mujer—. La Diosa fue adorada por todas las sociedades desde tiempos remotos. Ella era la creadora, la madre de todos los seres vivos. Mientras el hombre rendía culto a la Diosa Madre todo fue bien, los pueblos coexistían en armonía con la naturaleza, pero al parecer no era suficiente para el hombre. Otros pueblos más sanguinarios se impusieron sobre estas pacíficas sociedades trayendo sus propios dioses guerreros. Y a la cabeza de todos ellos encontramos al que será su consorte, llegando incluso a ser co-creador. Poco a poco este matrimonio sagrado fue desapareciendo para dar paso a un Dios Padre que se estableció sobre la Diosa, relegándola a un papel secundario. Este nuevo Dios, que se convirtió en único creador que ya no necesitaba consorte, se transformó paulatinamente en el Dios supremo de las tres religiones patriarcales que han llegado a nuestros días: el judaísmo, el cristianismo y el islam.

Asentí con la cabeza sin sorprenderme, igual que el hombre sometió a la mujer posicionándose sobre ella desde la antigüedad, lo hicieron también con la Diosa. El hombre no podía menos que pasar a segundo plano a quien les había dado la vida por el simple hecho de aquello daba demasiado poder a la mujer. Eran las únicas que podían engendrar a sus hijos y asegurar su estirpe, y aquello sencillamente las volvía poderosas, de ahí que desde tiempos remotos el hombre se haya asegurado de tenerlas bajo su control.

—¿Estáis diciendo que el fin de Marlon es el de tener un hijo con una de ellas? —preguntó la madre de Gérard consternada.

—Una hija para ser exactos. Tiene que tener el mismo sexo que la Diosa, igual que las sacerdotisas, para poder convocarla —respondió su madre—. Lo que no encaja en toda esta historia es por qué te escoge a ti —continuó dirigiéndose a mí—. Ambas sois de su misma sangre. ¿Qué le hizo descartar a tu hermana?

Gérard se llevó las manos al rostro con consternación después de lanzar una maldición que escandalizó a su madre. Todos los ojos estaban fijos en él cuando levantó la cabeza y anunció:

—Em no podía tener hijos. —La expresión de su cara era dura y estaba plagada de dolor. Su madre, que estaba situada justo enfrente de él, alargó un brazo posando su mano sobre las suyas, solidarizándose con su desconsuelo.

Me erguí sobre mi asiento al recordar la respuesta de Marlon cuando le pregunté por mi hermana.

—Tenéis razón —anuncié turbada, dándome cuenta de que al fin obtenía información que me ayudaría a comprender al enemigo e incluso darnos cierta ventaja—. El me lo dijo, puede que ahora esté maldiciéndose por ello. Cuando le pregunté por mi hermana me dijo algo así como que ella era un campo yermo. Se estaba refiriendo precisamente a eso, ¿cómo no me di cuenta?

—No te culpes cariño —dijo Constance—, eso no cambia el hecho de que mientras haya gente como Marlon, tú y los de tu sangre estáis en peligro.

—Lo sé, pero ahora sabemos qué es lo que quiere.

—No veo en qué nos favorece eso —respondió Erwan.

—¿Y si yo tampoco pudiera tener hijos? Dejaría de ser una amenaza, puede que entonces me dejaran en paz. —Erwan enarcó una ceja mientras su hermano negaba con la cabeza.

—Tú eres fértil y él lo sabe.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Soy un sanador, ¿recuerdas? —contestó—. Te curé, y para ello tuve que examinar tu cuerpo y conocer su funcionamiento.

—¿Y si dejara de serlo?

—Entonces todas nuestras esperanzas de erradicar ese mal desaparecerían para siempre —sentenció Agnes—. La Elegida para convocar de nuevo a la Diosa será de tu sangre y para ello deberás continuar con el legado de tus antepasadas asegurándote de continuar con la estirpe de la Sacerdotisa.

—¿Cómo sabemos que no es Aimée la Elegida? —inquirió Erwan.

—No lo sabemos.

Me sentí saturada por momentos. Me masajeeé la frente con los dedos intentando contener las ganas de gritar. Tener la sangre que corría por mis venas era la peor de las maldiciones. Mi familia bien había pagado por ello, y por si no fuera suficiente, aquella misma gente que había asesinado a mis seres queridos ahora iba tras de mí para que el monstruo que los lideraba me dejara embarazada y así cruzar su sangre con la de la Sacerdotisa a saber con qué fin.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la dulce voz de Constance situándose a mi lado.

—No, claro que no —respondió Gérard por mí—. Esto es de locos. —Se levantó de la mesa y empezó a caminar de un lado para otro bajo la atenta mirada de Llop que yacía tumbado a mis pies—. Juro que no voy a parar hasta ver muerto a ese bastardo.

Madre e hija se miraron de forma significativa después de observar a Gérard sin decir palabra. Era evidente que todo aquello le estaba haciendo revivir la pesadilla sufrida por su amada.

—¿Por qué ella no hace nada? —quise saber—. ¿Cómo puede permitir que esa gente campe libremente haciendo barbaridades mientras que sus hijos sufren impotentes?

—Porque no puede, por eso creó a las sacerdotisas —explicó Agnes—. Ella es la fuente de energía que fluye para que el equilibrio de la naturaleza se mantenga intacto. Cada vez es más débil porque ese equilibrio está perdiendo fuerza, solo tienes que ver lo que el hombre está haciendo con la Madre Tierra. Ella no interviene en nuestro libre albedrío, la única que puede hacerla actuar es la Elegida. Y esa eres tú o una de tus descendientes.

Me levanté haciendo que el lobo se incorporara inmediatamente, preparado para ir tras de mí. Caminé hacia el ventanal intentando asumir aquellas palabras mientras me perdía en las profundidades de la tormenta de nieve que se sucedía en el exterior. Grandes copos revoloteaban en todas direcciones cubriéndolo absolutamente todo con un grueso manto blanco. Sentí el frío sobre mi piel como si también me encontrase en el exterior, bajo la tormenta. Me abracé a mí misma sin saber realmente si era para darme calor o reconfortarme al comprender lo que me deparaba el futuro.

Cierto era que mi vida no había sido todo lo ordenada que me hubiera gustado; aunque pudiera regresar no había nada que me atara, pues era todo un desastre. Había perdido el trabajo en la galería con el que tanto disfrutaba, no tenía pareja y tampoco otra familia que la recién conocida. Tenía amigas de mi misma edad casadas y con hijos. No es que las envidiara, pues ni siquiera me había planteado nunca tenerlos, jamás había tenido una pareja con la que aquella posibilidad fuera ni remotamente planteable, pero tampoco me gustaba sentirme así de presionada por ser quien era.

—Cuando decida continuar con el legado de mis antepasadas será con quien yo elija —anuncié dándome la vuelta para encarar al pequeño grupo que permanecía atento a cada uno de mis movimientos.

—Por supuesto, querida —aseguró Agnes tras lanzar una mirada a su hija que me hizo recelar—. No esperábamos otra cosa de la hija de Julie.

No se me escapó cómo Erwan miraba a una y otra con el ceño fruncido, sospechando de la conducta de su progenitora y muy especialmente de su abuela que, a diferencia de la Diosa a la cual servía fielmente, no dejaba ningún hilo suelto al azar.

—Lo que sí te pedimos es que lo hagas con alguien de nuestra especie. —Abrí la boca para decir algo pero Agnes continuó—: Sé que tu madre escogió a alguien ajeno a los nuestros, fue algo sumamente inconsciente por su parte. Estoy segura de que comprenderás que no podemos arriesgarnos nuevamente, tal y como están las cosas.

—Mi madre ha organizado una pequeña fiesta para darte la bienvenida a la comunidad y presentarte a todos los miembros de nuestro clan. —Una amplia sonrisa comenzó a dibujarse en el rostro de la mujer—. Hay bastantes hombres de tu edad, verás como encuentras a más de uno interesante—añadió guiñándome un ojo—. Los hay muy guapos, ¿no es cierto? —preguntó dirigiéndose a sus dos hijos que la miraban con cara de estupefacción.

Noté cómo mi mandíbula se desenchajaba al oír aquellas palabras.

—¿Habéis montado una fiesta para que busque un padre para mi sucesora? —logré articular con la incredulidad marcada en el rostro.

—Queremos que conozcas a la comunidad de la que formas parte y que te relaciones con otras personas. Te irá bien, llevas demasiado tiempo encerrada en casa de mi nieto.

—Es una oportunidad para que el clan te conozca y hagas nuevos amigos —añadió Constance con una encantadora e inocente sonrisa.

—No están hablando en serio, ¿verdad? —pregunté dirigiéndome a los descendientes de aquellas dos mujeres.

Erwan asintió con la cabeza sin decir palabra, con una chispa de diversión en los ojos.

—¿De qué va todo esto? —estalló al fin Gérard—. ¿Os estáis oyendo?, ¿realmente estáis diciendo lo que creo que estáis diciendo?

Asentí aliviada al escuchar en boca de otra persona las preguntas que yo misma hubiera hecho de poder razonar con normalidad.

—Sabes perfectamente por qué es tan importante. Aimée ya no es tan joven y va siendo hora de que empiece a plantearse que tiene una gran responsabilidad por delante. Tú eres médico, deberías comprender a qué me refiero.

Abrí los ojos desmesuradamente cada vez más apabullada por el camino que estaba llevando aquella conversación. Lo último que había esperado aquella mañana al despertar era que acabaría hablando con aquellas personas sobre la imperiosa necesidad de buscar una pareja para proveer al mundo de una nueva heredera de la Sacerdotisa, asegurando así la continuación de su maldita estirpe.

Por el rabillo del ojo advertí con frustración cómo Erwan movía la cabeza disimuladamente hacia el lado contrario al que se encontraba su abuela intentando contener una sonrisa que pugnaba por salir de sus labios.

—¿Te parece divertido? —inquirí con fastidio mientras él me devolvía la mirada con fingida inocencia sin poder contener ya la sonrisa que se había formado en su rostro—. Tú eres mucho mayor que yo así que cierra el pico.

—Sí no he dicho nada.

—Tu cara lo dice todo. No me parece para nada gracioso. Y, para que os quede claro, no pienso aparearme con nadie para daros el gusto. Será cuando quiera y con quien yo quiera.

Erwan dejó escapar la risa divertido mientras le tocaba el turno a su madre y abuela escandalizarse por mis palabras.

—Por supuesto, querida —contestó Agnes—. Es solo una fiesta, verás qué bien lo pasamos. Solo digo que estés receptiva, ¿de acuerdo? —Enarqué la ceja, pero decidí que no valía la pena llevarle la contraria—. Cualquier hombre estaría más que contento de ser objeto de tu atención.

Bufé a modo de respuesta, dando a entender que no estaba de acuerdo. Mi vida amorosa había sido y era un completo desastre.

—¿No continuarás enamorada de ese chico? —inquirió Agnes. Advertí que su hija le hacía una mueca de disgusto que no me pasó inadvertida.

—¿Qué chico? —pregunté entrecerrando los ojos.

—El que trabajaba para tu padre.

Mis ojos se abrieron de par en par, al tiempo que recordaba la conversación mantenida con Ray en la que me contaba que me habían estado investigando. Recorrí con la mirada el resto de miembros de aquella familia mientras sentía la irritación aumentar a niveles que pronto me harían estallar. El gesto confuso en el rostro de Gérard y el ceño fruncido de Erwan indicaban que nada sabían del tema.

—Marc era mi mejor amigo.

—Desde luego que erais mucho más que simples amigos.

—¡Madre! —la reprendió Constance.

—Lo que pasara entre Marc y yo forma parte de mi vida privada —repliqué indignada.

—Te equivocas, jovencita. Forma parte de tu pasado, pero lo que hagas en tu vida privada puede tener muchísimas consecuencias desastrosas que no solo te afecten a ti, de modo que cuanto antes entiendas y aceptes tus responsabilidades tanto mejor.

—Suficiente —la cortó Gérard mientras me la quedaba mirando incapaz de rebatir su argumento.

Por un momento tuve ganas de salir por la puerta dando un portazo sabiendo que nada conseguiría con ello, por no mencionar el hecho de que no tenía adónde ir. Dependía de ellos absolutamente para todo y aquello me ponía en una situación de total vulnerabilidad.

El lobo emitió un gemido como si estuviera dotado de una empatía que le hiciese comprender mis sentimientos, pues se restregó contra mis piernas en una muestra de afecto que no pasó desapercibida para ninguno de los integrantes de aquel grupo.

—Si esto es todo, nos vamos —anunció Gérard visiblemente irritado al tiempo que cogía su chaqueta y la mía—, me gustaría llegar a casa antes de que la tormenta empeore y haga intransitables los caminos.

Erwan se levantó dispuesto a marcharse con nosotros mientras su abuela y su madre hacían lo mismo. Tras ponerme el anorak que me ofrecía el rubio, Constance se despidió de mí dándome un afectuoso abrazo después de abrocharme la chaqueta y la bufanda como una madre haría con su hija pequeña. Agnes también se despidió de mí cogiéndome las manos al tiempo que dulcificaba su rostro.

—Sé que todo esto debe de ser difícil para ti, pero necesito que comprendas lo importante que eres para todos nosotros, que no estás sola y que ahora eres parte de nuestra familia.

Asentí sin decir palabra, en aquellos momentos me encontraba desbordada, tenía mucho en qué pensar.

Después de despedirse de sus vástagos y asegurarse de que el mayor de ellos asistiría a la fiesta que tendría lugar dos días más tarde, salimos al exterior, en donde todo era en su mayoría de color blanco. Tuve que hacer redomados esfuerzos para llegar hasta el coche sin caer, pues la superficie del porche, ahora nevada, estaba completamente congelada bajo el manto blanco. Ambos hermanos se despidieron al llegar a los coches. Sin decir palabra abrí la puerta del copiloto para dejar pasar al lobo. Aquella reunión había agotado mi energía renovada con la que me había levantado aquella misma mañana.

Erwan me agarró la barbilla antes de que tuviera tiempo de entrar en el coche, de modo que quedara cara a cara frente a él.

—No dejes que te intimide, eres más fuerte que todo eso.

—Como si fuera tan fácil.

—No, sé que no lo es —contestó sin apartar sus preciosos ojos azules de los míos, haciendo que mis piernas flaquearan.

Sentí cómo mi boca se secaba y el corazón se disparaba dentro de mi pecho mientras la intensa mirada de Erwan se perdía en el interior de mis ojos, como si pudiera leer mis secretos más ocultos. Una parte mí se derritió por dentro provocando una sensación hasta ahora desconocida. El coche se puso en marcha poniendo fin a aquel momento tan maravilloso y extraño.

Por el espejo retrovisor observé la alta figura de Erwan hacerse cada vez más pequeña, mientras me preguntaba por lo que acababa de suceder. Aquel hombre despertaba unos sentimientos en mí que ni siquiera sabía que existían.



La tormenta se prolongó durante el resto del día y parte del siguiente, provocando mi completo aislamiento en casa de Gérard. Muy pocos coches estaban preparados para transitar por aquellos caminos de montaña intensamente nevados. Apenas había cruzado unas pocas palabras con mi anfitrión pues el humor de ambos no estaba en su mejor momento. Lo que se había hablado en la reunión del día anterior había afectado notablemente al rubio. Saber que su amada, de haber servido a los propósitos del enemigo, a estas alturas llevaría la semilla de aquel despojo en su interior, en vez de estar muerta, no debía de ser nada fácil de sobrellevar. Tampoco había sido mucho mejor para mí, que había pasado la noche en un fatídico duermevela plagado de imágenes desagradables en las que el Monstruo me atrapaba de nuevo una y otra vez.

Las pesadillas me habían dejado en un estado lamentable, de modo que había decidido ocupar mi tiempo en cosas más productivas como dibujar todo lo que había visto mientras estuve en manos de mi enemigo. A petición de mi tío, había dibujado cada una de las caras que pude recordar, así como las vistas de la ventana de la habitación en la que había estado encerrada. Habían comenzado a investigar por los alrededores a sabiendas de que su guarida no debía de andar lejos. El hecho de que su mayor parte se encontrara bajo tierra dificultaba sumamente las cosas, por eso toda la información que pudiera aportar era de gran importancia.

También había tenido mucho tiempo para meditar sobre lo que había descubierto el día anterior en casa de Constance. Aquella información daba un nuevo enfoque fundamental para comprender mi papel en todo el condenado asunto, pero también suponía una gran carga sobre mis hombros. Las palabras de Agnes me habían hecho pensar largo y tendido sobre la vida que me esperaba a partir de ahora. Todas las esperanzas e ilusiones que había construido a lo largo de mi vida habían quedado relegadas a un segundo plano para poder llevar a cabo lo que se esperaba de mí. Ahora comprendía por qué mi padre había tratado de alejarme de ellos manteniéndome en la más absoluta ignorancia. No quería que su hija formara parte de todo aquello, pero los había subestimado por completo. Nunca permitirían que uno de los suyos viviera alejado de las pequeñas comunidades que les protegían y mucho menos una de mi estirpe. Tan solo habían respetado temporalmente su decisión porque tenían a una de sus gemelas, y mantenido bajo estrecha vigilancia a la otra. Era lo suficientemente inteligente como para darme cuenta de que era mejor no luchar contra mi destino y aceptar lo que era, aunque lo que realmente me gustaría hacer sería alejarme y dar la espalda a todo ese mundo; pero sabía que en ningún lugar volvería a estar segura como allí y que necesitaba a esas personas que ahora eran mi familia, del mismo modo que ellos me necesitaban a mí.

Con una sensación de vértigo en la boca del estómago pensé en Erwan. Aquel hombre me tenía totalmente desconcertada, pero si algo tenía claro eran mis sentimientos hacia él: estaba perdidamente enamorada. Se trataba de una sensación completamente nueva para mí, tal vez por eso había tardado tanto en advertirla. No sabría decir desde cuándo albergaba aquellos sentimientos, pero el momento en que lo vi plantarle cara a su mismísimo padre, poniendo en riesgo su propia vida para sacarme de allí, marcó un antes y un después. Tampoco es que realmente importara, pues sabía que no era correspondido. Él me protegería siempre pues su lealtad estaba fuera de toda duda, pero nunca tendría su corazón. Decidí apartar aquellos pensamientos y, en el futuro, mantenerme alejada lo máximo posible de él. Bastante triste era enamorarse de verdad tan peligrosamente cerca de la treintena como para encima no ser correspondida.

El sonido del timbre me sacó de mi ensimismamiento. Me dirigí al videoportero que había junto a la puerta de la entrada donde vi a Gilles en el todoterreno de su padre junto con Judit. Rápidamente accioné el botón que abría la puerta del jardín para que pudieran entrar con el coche. Mi amiga prácticamente saltó del vehículo en marcha al verme en la puerta, y salió disparada en mi dirección para estrujarme con un abrazo.

—Tenía tantas ganas de verte que casi me ha traído a rastras —dijo Gilles con una de sus devastadoras sonrisas pintada en el rostro al tiempo que me guiñaba el ojo.

—Eso no es cierto, has sido tú quien me ha venido a buscar para darle una sorpresa.

Me puse de puntillas para abrazar a mi adorable primo mientras él se agachaba ligeramente para plantarme un sonoro beso en la mejilla.

—De cualquier forma me alegro de que hayáis decidido venir a verme. Este encierro me está matando.

—Entonces te encantarán las noticias que traigo —anunció frotándose las manos.

Gérard hizo acto de presencia justo en aquel momento, prácticamente no había salido de su despacho en todo el día. Una sonrisa apareció en su rostro al ver a su amigo, también para él debía de ser agradable recibir ese tipo de visitas. Me sorprendí al verlo tan informal, pues siempre iba impecablemente vestido. Llevaba unos cómodos pantalones de deporte oscuros y una camiseta azul celeste bastante ceñida. Además se había recogido el cabello en una coleta que le daba un aire desenfadado, haciéndole parecer más joven de lo que realmente era. Había que reconocer que era espectacularmente guapo. En cierto modo me recordó a Erwan, ambos hermanos tenían cierto parecido, solo que la belleza de Gérard era algo más llamativa mientras que la de Erwan le hacía parecer un hermoso príncipe de las tinieblas.

—¿Cómo te has atrevido a aventurarte con la que está cayendo? —preguntó a su amigo haciendo un gesto con la mano señalando el jardín.

—Estaba harto de estar en casa y esta preciosidad se moría de ganas por venir a ver a Amy —respondió encogiéndose de hombros al tiempo que se quitaba la chaqueta.

El rostro de Judit adquirió un ligero rubor que no me pasó inadvertido.

—¿Cuáles son esas noticias que traes? —pregunté con impaciencia.

—He conseguido captar tu atención, ¿verdad, ninfa? —Puse los ojos en blanco mientras Gérard se cruzaba de brazos mostrándose interesado—. ¿Qué tal si me preparas algo calentito mientras te lo cuento? Nada de hierbas —añadió en tono rotundo.

Nos dirigimos a la cocina donde Gérard preparó chocolate caliente instantáneo para todos, mientras cada uno ocupaba un banco de la enorme isla que había en el centro de la cocina.

—Erwan me ha puesto al día de todo. —Gérard asintió con el semblante serio mientras yo me limitaba a hundir la mirada en el interior de la taza—. Ahora comprendo el porqué de tanto secretismo. Cuando un miembro de tu propio clan te traiciona de ese modo, es difícil volver a confiar.

—Lo de Grâce fue algo más que una traición —dije con rabia.

—Lo sé —afirmó poniendo una mano sobre la mía—. Él no va a vivir para ver cumplido su objetivo —dijo con una seguridad que me hubiera gustado compartir.

Quise creerle, pero no tenía la misma confianza que ellos respecto a eso. Marlon no iba a parar hasta conseguir tenerme de nuevo a su merced, de eso estaba segura.

—Tenemos que ser precavidos —dijo Gérard—, es posible que alguien les esté dando información.

—Seguramente, pero ese alguien está muerto.

—No me refiero a Marie, es imposible que ella supiera nada de Amy.

—¿Estás diciendo que alguien del clan nos está traicionando? —Gérard asintió—. ¿Te das cuenta de que muy pocas personas sabían que Em tenía una hermana gemela?

Aquella información había sido mantenida en secreto por un reducido círculo de personas, tal y como les explicara Agnes. La mayor parte de los miembros del clan que lo sabían habían muerto y las nuevas generaciones desconocían todo lo relativo a la traición de Grâce.

—¿De qué otro modo podrían haber dado con ella? Ni siquiera vivía por aquí. No había nada que la relacionara con nosotros.



—Gérard tiene razón —intervino Judit por primera vez—. Alguien está ayudando a vuestro enemigo desde dentro y esa persona debe de sacar algún tipo de beneficio con la muerte de Amy y su gemela como para ser tan temerario. Teniendo en cuenta que todas las personas que integran vuestra comunidad lo llevan haciendo desde antes de nacer deberíais de haceros la siguiente pregunta: ¿quién las odia tanto como para querer su muerte?

Los tres clavamos nuestras miradas estupefactas en ella, no solamente no formaba parte del clan, sino que además hacía apenas un par de días que habían tenido que contarle la verdad sobre mi familia, y en un momento había dado con la que probablemente era la clave para hallar al supuesto topo.

—Vaya Judit, voy a empezar a pensar que quizá no es tan mala idea que me psicoanalices de vez en cuando. Ahora entiendo por qué te pagan tanto.

—¿Y quién dijo que las rubias eran tontas? —preguntó Gilles en tono provocador haciendo que Judit le golpeará en el brazo.

—Cuéntales lo de la fiesta de una vez —dijo Judit.

—Agnes ha convencido a Erwan y Max para que transformen la parte del subterráneo de la gran casa en una sala de fiestas.

—Qué emocionante —rezongué con sarcasmo.

—Pensé que te alegraría —dijo mi amiga sin comprender—. Te encanta salir a divertirme, la Amy que yo conozco estaría dando saltos. Yo también estoy invitada.

—¿Sabes lo que realmente es esa fiesta? —pregunté. Judit me miró desconcertada al tiempo que negaba con la cabeza—. Una encerrona.

—Creo que me he perdido —dijo Gilles.

—Parece que mi abuela tiene cierta prisa porque la heredera de la Sacerdotisa asegure la continuidad de su estirpe. Así que ha organizado esa fiesta para que Amy conozca a todos los hombres del clan bajo el pretexto de que se trata de una celebración de bienvenida.

Gilles y Judit abrieron los ojos de par en par mientras escuchaban aquella declaración.

—No lo dices en serio —dijo Gilles conteniendo la risa. Gérard asintió con la cabeza haciéndole estallar en carcajadas.

Resoplé indignada al tiempo que le lanzaba una mirada de odio.

—Vamos, ninfa, tienes que reconocer que es gracioso.

—Mira cómo me parto de la risa.

—Si cree tu abuela que va a ser tan sencillo como montar una simple fiesta lo tiene claro —anunció Judit con una sonrisilla en los labios—. Llevo años intentando encontrar el hombre perfecto para ella sin éxito alguno.

—Tampoco va a ser una simple fiesta, preciosidades. Los hombres deberán ir con traje y las mujeres con vestido largo.

—¡Me encantan las fiestas de etiqueta! —exclamó Judit emocionada.

Me limité a mirarla con cara de fastidio. Ya podían ir como les diera la gana, por lo que a mí respectaba no tenía ningún vestido largo, ni tampoco ganas de lucirme así que podían meterse el protocolo donde mejor les pareciera. Decidí dejar de lado el maldito tema junto con el resto de pensamientos desagradables y preocupantes que mantenía encerrados en un rincón de mi mente, cuya lista había ido en aumento las últimas semanas.

Mientras Gérard y Gilles se ponían al día sobre las últimas novedades con respecto a las pesquisas que estaban siguiendo, cogí a mi amiga y la llevé al sofá para poder hablar con más libertad. Después del secuestro apenas nos habíamos visto una vez y lo cierto era que no había estado muy habladora con mi preocupada amiga. Estaba más que contenta de tenerla allí y muy especialmente de que la hubieran hecho participe sobre lo que realmente estaba ocurriendo pese a las terribles circunstancias, ya que ahora se veía obligada a permanecer bajo la protección del clan.

—Hay tantas cosas que quiero decirte que no sé por dónde empezar.

—Tranquila, como ves lo sé todo.

—Te lo has tomado mejor que yo.

—No creas, aún lo estoy digiriendo, pero de repente todo tiene sentido.

Asentí.

—Siento que te hayas tenido que ver metida en todo esto —declaré sintiéndome culpable por separarla temporalmente de su vida.

—¿Estás de broma? Esto es tan emocionante —anunció con gesto soñador haciendo que mi mandíbula se desencajara por completo—, nuestra vida era aburrida Amy. Tienes que ver la parte positiva.

—¿Cuál es?

—Bueno, vives con el hombre más sexy del planeta, tienes una nueva familia que te adora, estás rodeada de gente que se preocupa por ti, por tus venas corre la sangre de una diosa y me tienes a mí.

Lancé una carcajada haciendo que los dos hombres se giraran para mirarnos. Visto de aquel modo no pintaba tan mal. Ciertamente mi vida era un desastre antes de llegar a Llo, pero tampoco había que olvidar que precisamente lo era por culpa de ser quien era.

—¿Qué pasa con tu trabajo?, ¿y tus padres?

—Me he cogido una pequeña excedencia. Les dije a mis padres que necesitaba unas largas vacaciones, y alejarme de los pacientes y sus incontables problemas durante un tiempo —explicó haciendo un gesto con la mano restándole importancia—. Lo han entendido perfectamente, ya sabes lo consentida que me tienen —admitió con una sonrisa traviesa—. No sabes lo que me alegra la obsesión que tenía mi padre porque aprendiera idiomas.

Sonreí asombrada por lo bien que se estaba tomando aquella situación, más si teníamos en cuenta que había sido secuestrada y traído a la fuerza unos días antes para ser intercambiada por mí, y obligado a permanecer temporalmente con unos desconocidos por su propia seguridad, alejándola de su vida. La observé entrecerrando los ojos sospechando de tal actitud. Normalmente Judit era, de las dos, la que tenía el sentido común, la voz de la razón. Aquella actitud tan despreocupada no casaba para nada con su forma de ser.

—¿De modo que te gusta el pelirrojo? —solté a bocajarro con la vista clavada en el aludido.

—¿Qué? —Los ojos de mi amiga se abrieron de par en par sorprendida por el cambio de tema—. No es pelirrojo —respondió bajando la voz.

Aquella única respuesta me produjo otra carcajada y confirmó mis sospechas. Los dos hombres volvieron a girarse mientras Judit me hacía una señal con los ojos para que mantuviera la boca cerrada.

—¿Qué es tan divertido? —quiso saber Gilles acercándose. La cara de mi amiga era todo un poema épico.

—Te encantaría saberlo, pero como reírse de las damiselas no está bien, te quedas con las ganas —respondí aludiendo a lo bien que se lo había pasado al saber el objetivo de Agnes con respecto a la fiesta.

—Tú no eres una damisela en apuros, mi preciosa ninfa —replicó agarrándome de los hombros—, ambos sabemos que antes caerían las estrellas del cielo a que te

sometieras a las «sugerencias» de alguien sin rechistar —añadió haciendo el gesto con los dedos de entrecornillar la palabra sugerencias.

Todos rieron dándole la razón a excepción de mí, que le lancé una mirada acompañada de dardos envenenados. Después de darle el cuaderno con los dibujos que había estado haciendo aquella mañana, nos despedimos hasta el día siguiente en que tendría lugar el fastuoso evento.

Desperté feliz de haber podido dormir toda la noche de un tirón; nada de sueños de ninguna clase. Me desperecé en la cama sintiéndome tentada de no abandonarla en todo el día bajo cualquier pretexto. La idea de tener que alejarme de la seguridad de aquella casa para asistir a la maldita fiesta no era nada tentadora. Gérard podría ser mi cómplice y respaldar cualquier síntoma gripal, al fin y al cabo era médico. Tampoco él estaba muy feliz de asistir al evento de modo que podría ser una buena idea.

Rápidamente me vestí con un pantalón deportivo y una sudadera que me había dejado Gérard. La falta de ropa estaba empezando a causar estragos. Mi equipaje estaba pensado para pasar unos pocos días, y ya llevaba casi un mes. Necesitaba urgentemente comprar algunas prendas de ropa, más teniendo en cuenta que por el momento no iba a regresar a mi antigua residencia. Ni siquiera me había parado a pensar en lo que me pondría aquella noche para la fiesta de Agnes, se suponía que era en mi honor y ni siquiera tenía algo decente que vestir. La única opción que tenía era acercarme a mi casa, la que fuera de Em, y buscar entre sus ropas algo apropiado. Tan solo esperaba que aquello no molestara a Gérard, bastante tenía con hacerme de niñera como para encima tener que ver a la gemela de su novia asesinada con su misma ropa. Por lo menos había conseguido hacer regresar al Gérard que conocí la noche anterior. Prácticamente le había obligado a que viera una película conmigo mientras devorábamos unas pizzas que yo misma había preparado. Sentados uno junto al otro en el sofá compartiendo manta me había olvidado de todo y sentido como en casa, como tantas otras veces lo había hecho con mi queridísima Judit.

Me disponía a bajar a la planta inferior a desayunar cuando tropecé de nuevo con el bolso, el cual me hizo trastabillar y caer de bruces contra el suelo, llevándome conmigo una mesa auxiliar y la lámpara que había encima, que también se precipitó impactando junto a mí y haciendo un horroroso estruendo al romperse en mil pedazos. Antes de que me diera cuenta de lo que había sucedido la puerta del dormitorio se abrió dando paso a un Gérard alarmado.

—Estoy bien —dije para tranquilizarlo—, o eso creo.

Se agachó a mi lado para ayudarme a levantarme mientras me observaba con el ceño fruncido. Coloqué la mano sin darme cuenta sobre uno de los cristales de la bombilla, sintiendo al instante cómo se clavaba en mi piel, cortándola y atravesándola dolorosamente. Siseé al tiempo que levantaba mi miembro dolorido, apartándolo de forma instantánea del contacto afilado. Lancé una mirada de odio al maldito bolso y antes de que pudiera darle una buena patada a modo de venganza fui interceptada por los brazos de Gérard que, agarrándome de la cintura, me levantó por los aires evitando así que pisara con los pies descalzos los fragmentos de la lámpara rota.

—Tranquila fiero, no creo que patear el bolso sirva de algo.

—Sí que sirve —repliqué soltándome de su agarre—. Ya son dos las veces que se pone en mi camino. Si lo tiro por la ventana me aseguro que no habrá una tercera.

Gérard rió mientras me quedaba de repente en silencio mirando el bolso como si este pudiera hablarme. Desde donde estaba podía ver la brillante cadena del amuleto que había guardado para enseñárselo a Agnes, pero que finalmente olvidé debido a que la reunión no salió como había esperado.

—¿Te encuentras bien?

Volví la cabeza en su dirección regresando al presente.

—No lo sé —respondí con sinceridad.

Al ver la sangre de mi mano derecha la cogió para examinarla más de cerca. Tenía un buen corte y pequeños fragmentos de cristal en la herida. Sin darme ninguna otra opción me condujo a la habitación que hacía de consulta, en la que tenía todo su material médico. Le seguí en silencio mientras él sujetaba mi mano manteniéndola alzada para que sangrara menos. Me sentó en la camilla cual si fuera una niña antes de dirigirse a uno de los armarios y sacar el material necesario para hacer la cura. Abrí los ojos de forma desorbitada cuando le vi sacar las pinzas, lo que hizo que casi de forma instantánea escondiera la mano tras la espalda.

—No voy a hacerte daño —anunció con paciencia al tiempo que alzaba su propia mano con la palma hacia arriba para que colocara la mía encima.

Negué con la cabeza provocando una sonrisa en su bello rostro.

—La mano —insistió de nuevo.

Volví a negarme. La idea de que hurgara con aquel artilugio dentro de mi herida, que por cierto dolía bastante, me producía escalofríos. Gérard intentó coger mi mano, pero me incliné hacia atrás en un último intento de protegerla haciendo que él también se inclinara sobre mí quedando apenas separados por unos centímetros. Su mirada se posó en mis labios durante unos segundos que me parecieron sucederse a cámara lenta hasta que percibí la tensión instalándose en todo su cuerpo. Aprovechando mi desconcierto, se hizo con mi mano sin decir palabra, y se concentró en lo que mejor sabía hacer, que era curar. Procuré actuar con normalidad y fingir que lo que fuera que acababa de pasar no había ocurrido, pero resultó más fácil de decir que de hacer, su mirada celeste no se despegó de mi herida en todo el proceso mientras yo le observaba llena de confusión.

Tras quitarme los cristales me limpió la herida, pero no sentí el más mínimo dolor, apenas podía concentrarme en lo que me estaba haciendo. Juraría que había estado a punto de besarme. Esperaba que simplemente fuesen imaginaciones mías porque en lo que a mí respectaba aquel hombre estaba prohibido. Hubiese sido fácil perder la cabeza por él en cualquier otra circunstancia, pero jamás sabiendo lo que había significado para mi hermana. Además mi corazón se encontraba ocupado por un hombre exasperante que me sacaba de quicio y que, para más inri, no me correspondía, pero el amor no entendía de conveniencias.

Después de limpiarme el corte, lo cubrió con sus manos haciendo que la mía, al lado de la suya, pareciese diminuta. Un suave hormigueo me recorrió la zona lastimada provocándome un leve escozor. Instantes después me miraba la herida mientras él recogía el material que había utilizado para hacerme la cura.

—¿Ya está?

El corte continuaba en mi palma, ya no sangraba y parecía como si me lo hubiese hecho hacía días, pero ahí estaba. Gérard se volvió para mirarme dándose cuenta de a lo que me refería.

—Está casi completamente curada. Acelero el proceso de curación en los tejidos, pero no puedo hacer como si nunca te hubieses cortado.

—¿Ah, no?

—No, desaparecerá para siempre, pero necesita algo más de tiempo —respondió con una sonrisa jugando en las comisuras de su boca—. Deberías de tener más cuidado.

—Creo que me duele mucho —fingí levantándome de la camilla—. Tal vez podrías disculparme con tu abuela y los demás esta noche, no me siento bien.

Gérard lanzó una carcajada.

—De eso nada. Si has armado todo eso para librarte de tu fiesta y a te puedes ir olvidando. Nada impedirá a mi abuela llevarte a rastras si no te presentas. —Hice un mohín que provocó más risas en el sanador—. Esta mañana temprano ha venido mi madre a traer un vestido que ha elegido para ti.

—Genial —contesté poniendo los ojos en blanco. Al menos lo había intentado.

Después de ducharme y embadurnarme en crema me acerqué a la cama donde yacía el vestido que me había traído Constance, protegido aún por una bolsa porta trajes. Ni siquiera me había molestado en abrirla para ver su contenido. Daba igual cómo fuera, tenía que ponérmelo de todos modos, nadie me había pedido opinión.

Sentía cómo el control de mi vida empezaba a escapar de mis manos y era una sensación que no me gustaba en absoluto.

Decidida a hacer de tripas corazón y pasarlo lo mejor posible en la fiesta, bajé la cremallera para sacar el vestido. Era de gasa de color aguamarina oscuro, un color realmente bonito. Con mucho cuidado lo saqué del porta trajes quedándome maravillada al contemplarlo de cuerpo entero. Sin más preámbulos me lo pasé por la cabeza con cierta impaciencia por ver cómo quedaba puesto.

Sencillamente precioso.

El color del vestido hacía resaltar el negro azabache de mi pelo. Tenía una manga larga de fina gasa transparente en un brazo, y el otro quedaba desnudo con tan solo un fino tirante. Era ligeramente escotado por delante y de forma muy pronunciada por detrás, dejando la espalda completamente al descubierto. Una abertura lateral exponía mi pierna derecha hasta casi la altura de la ingle. Había que reconocer el gusto exquisito de la madre de Gérard, aunque ciertamente cumpliría bien su propósito para la fiesta pues dejaba bien poco a la imaginación.

Después de maquillarme un poco y hacerme un sencillo recogido en el pelo, me dispuse a bajar a la planta inferior donde me esperaba Gérard. Unos zapatos plateados de tacón alto complementaban el fantástico vestido, acompañándome con su repiqueteo mientras bajaba las escaleras. Gérard, que aguardaba en el salón, se giró al oír las pisadas de mis tacones quedándose mudo de asombro al verme. Sonreí al detenerme frente a él. Llevaba un traje de chaqueta de color gris y una camisa negra con corbata de igual color. Estaba tan guapo que sentí una punzada de dolor al pensar en mi hermana y en que ya no podría verlo más.

—Estás muy elegante.

—Tú estás preciosa —dijo regalándome una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Tu madre y tu abuela se están tomando muchas molestias. —Gérard asintió apretando los labios pensativo.

Sin decir nada más, me ayudó a ponerme el abrigo que había traído su madre junto con el vestido aquella mañana, mientras se sumía en un profundo silencio. Me preparé mentalmente para lo que vendría a continuación, conociendo como conocía a Agnes, era seguro que no había dejado ningún cabo suelto al azar. Como había dicho a Gérard, se había tomado demasiadas molestias, incluida la del vestido, como para que nada ni nadie se atreviese a desbaratar sus planes y eso me incluía a mí misma.



Llegamos a la espléndida residencia de los abuelos de Gérard guiados por un sinfín de lucecitas que iluminaban el sendero que conducía a la gran casa. Una multitud de coches permanecían aparcados a ambos lados del camino. Reconocí el de mis tíos y el de Ray, que habían llegado antes que nosotros. Gérard me ayudó a salir del coche y me alzó en brazos para que no pisara la nieve con los finos zapatos de tacón. Definitivamente aquella indumentaria no era la más apropiada para aquella época del año y aquella zona. Le obsequié con una sonrisa de agradecimiento que él me devolvió, aunque rápidamente la borró de su rostro.

Un hombre vestido de esmoquin nos abrió la puerta antes de que tuviéramos tiempo de pulsar el timbre. La calidez del hogar nos invadió al instante. El hombre nos guió a través de un inmenso pasillo tenuemente iluminado. El sonido amortiguado de voces y música suave llegó a mis oídos poco antes de parar ante dos grandes puertas de madera que permanecían cerradas. El hombre del esmoquin me invitó con una amable sonrisa a que le diera el abrigo. Me recordó a un eficiente mayordomo inglés con aquellos ademanes elegantes y totalmente controlados. Me apresuré a desabotonar el abrigo con dedos temblorosos. La conciencia de saber que tan solo aquellas enormes puertas nos separaban de las miradas curiosas del resto del clan me puso de los nervios. Gérard se apresuró a ayudarme como si intuyera el estado de nervios en que me encontraba y, cogiendo mi mano, me precedió por un gigantesco salón cuyas puertas habían sido abiertas sin que lo notara.

Las miradas se posaron en nosotros en el momento que hicimos nuestra aparición cogidos de la mano. Algunos arrugaron el ceño al ver aquella actitud tan claramente sobreprotectora por parte de Gérard, otros simplemente observaron con curiosidad. Casi podía oír sus mentes pensando en si me convertiría en la sustituta de mi hermana, tan solo esperaba que Gérard no llegara a la misma conclusión que yo al ver sus miradas inquisidoras.

Se trataba de la misma sala en la que nos habíamos reunido la vez anterior que visitara aquella enorme casa, solo que la mesa había desaparecido haciéndola parecer aún más grande si aquello era posible. La gente se encontraba diseminada en pequeños grupos, conversando y riendo, al tiempo que me observaban con cierto disimulo mal encubierto. Un camarero que paseaba por entre los invitados portando una bandeja cargada de copas de champán nos ofreció una a cada uno antes de desaparecer de nuevo. Me bebí de un trago el contenido burbujeante, presa de la ansiedad que me producía sentirme tan observada.

Algunas de las caras me resultaban gratamente conocidas, de hecho advertí que conocía a casi todos los hombres que había en aquella sala. Algunos de ellos me saludaron con un guiño o una inclinación de cabeza cuando nuestras miradas se cruzaban. Habían hecho vigilancia en casa de Gérard y también habían acudido en mi rescate unos días atrás. Sentí una mirada fija sobre mi nuca que me produjo un cosquilleo helado, me volví para encontrarme con los ojos castaños de una mujer rubia que me observaba como si pretendiera fulminarme allí mismo. Era la misma rubia que había visto con Erwan en mi anterior contacto con el clan.

Cómo olvidarla.

Llevaba un vestido rojo que se pegaba a su cuerpo acentuado todas y cada una de sus curvas, y un escote que dejaba bien poco a la imaginación. Sus labios carnosos pintados de rojo a juego con el vestido formaban un rictus de desagrado mientras me observaba, dejándome claro que no le agradaba mi presencia. Me di la vuelta para darle la espalda al tiempo que le quitaba la copa de champán apenas tocada a Gérard y me la bebía de un trago.

—Si sigues a ese ritmo vas a acabar en el suelo antes de que empiece la cena. —Una sonrisa torcida asomó por sus labios.

—Entonces tendríamos una excusa para marcharnos, ¿no te parece?

Gérard rió al tiempo que se hacía con dos nuevas copas y me ofrecía una.

—No seré yo quien te detenga entonces. —Chocó su copa con la mía antes de darle un buen trago mientras me observaba por encima de su copa hacer lo mismo.

—¡Amy! —sonó una voz a mis espaldas.

Constance me tomó de las manos con una amplia sonrisa dibujada en el rostro para darme una vuelta y verme desde todos los ángulos posibles.

—Estás preciosa. Sabía que el azul era tu color.

Antes de que me diera tiempo a decir nada me vi envuelta en su abrazo quedando cara a cara de nuevo con la rubia que continuaba observándome, destilando odio por todos los poros de su piel.

—Ven, tengo que presentarte a algunas personas —dijo agarrándome del brazo y llevándome de un lado para otro como si fuera una hija que hacía años que la familia no veía.

Poco a poco fueron dejando de observarme con tanto interés, momento en que empecé a relajarme y sentirme más a gusto entre aquellas personas que se mostraban de lo más amable. Mi tía Adèle apareció a mi lado para hacerle el relevo a la madre de Erwan y Gérard, y seguir presentándome al resto de miembros del clan, haciendo hincapié en los miembros más jóvenes del género masculino quedándome claro que aquellas dos mujeres estaban disfrutando de lo lindo con todo aquello.

Metí las manos en el agua fría observando mi propio reflejo que me devolvía la mirada a través del espejo. Yo no era como mi amiga Judit que cuidaba hasta el más mínimo detalle de su indumentaria. Por el contrario, no era una esclava de la moda, y tampoco me gustaba enseñar más de lo imprescindible, pero tenía que reconocer que pese a no ser mi estilo y de enseñar casi tanto como escondía, el vestido era perfecto para mí. Tomé aire un par de veces infundiéndome valor a mí misma para continuar sonriendo al tiempo que relegaba a un rincón oscuro de mi cabeza el objetivo real de aquella fiesta.

Al salir del baño me topé con un camarero que portaba en una mano una bandeja de canapés y en la otra champán. Cogiendo una copa, decliné la comida con una sonrisa mientras me quedaba allí plantada observando el trabajo que se había tomado la abuela de Gérard. Un servicio de catering vestido con esmoquin se paseaba de un lado para otro con desbordantes bandejas de canapés y bebidas. Había una barra de bar a un lado de la pared toda llena de botellas de diferentes licores. Advertí que habían colocado un escenario justo al otro lado y grandes altavoces en diferentes puntos de la sala, y justo a la derecha del escenario, una gran tabla de mezclas para el DJ.

Tomé un sorbo de champán decidida a que me durara más que las anteriores copas, pues ya me sentía un tanto achispada. Barrí con la mirada la multitud que tenía delante hasta que mis ojos se detuvieron en la figura de Erwan como si supiesen que estaba allí. Mi corazón dio un vuelco al reconocerlo, haciendo que se acelerara de forma inmediata. Hablaba con varias personas de modo que no era consciente de mi escrutinio. Era tan devastadoramente guapo que dolía mirarlo. Llevaba un traje negro con una camisa del mismo color. Su cabello completamente negro caía en suaves ondas haciendo destacar sus ojos claros por encima de todo lo demás.

—Se te caerá la baba si no cierras la boca —susurró una voz conocida cerca de mi oído. La cerré al instante, desviando la vista con la esperanza de que nadie más, aparte de mi entrometida amiga, se hubiera dado cuenta de que casi babeaba por aquel hombre maravilloso.

—No sabes cómo me alegra tenerte aquí. —Abracé a Judit sintiéndome al fin en mi salsa—. Estás despampanante.

Llevaba un vestido de color dorado de tirantes que se ajustaba en su cadera para luego caer suelto hasta los pies.

—Amy, tú estás despampanante. Nunca te había visto enseñar tanta carne— dijo al tiempo que señalaba la raja del vestido y el escote de la espalda—. Me encanta.

—No ha sido elección mía.

—De eso estoy segura —respondió guiñándome el ojo—. Ni siquiera tu Dios Pagano va a permanecer indiferente a tus encantos.

—¿Mi Dios Pagano?

La sonrisa de Judit se amplió de oreja a oreja mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección a Erwan.

—Tengo que reconocer que me impone, pero es guapo hasta decir basta.

—No estoy interesada en él.

—Vamos Amy, te conozco desde que eras niña, no puedes decirme eso cuando te he pillado babeando hace menos de un minuto.

El rubor subió a mi rostro provocando una carcajada en mi amiga. Varias cabezas se giraron en nuestra dirección, y entre ellas la del Dios Pagano, como lo había llamado Judit. Una de las comisuras de sus labios se elevó cuando nuestras miradas se cruzaron haciendo que mi corazón saltara dentro del pecho. Incliné la cabeza a modo de saludo antes de volver a centrar su atención en las dos personas que charlaban con él. Apuré de un trago lo que quedaba de mi bebida con la idea en mente de no tomar nada más en toda la noche. Lo último que necesitaba era ponerme a decir estupideces.

—¿Lo vas a seguir negando?

—¿Qué más da, Judit? No tengo nada que hacer con él —admití.

Era una estupidez mentir a mi amiga, podría decir sin temor a equivocarme que me conocía mejor que yo misma.

—Yo no diría eso —afirmó con una sonrisa pícaro en el rostro.

—No le intereso. ¿Acaso no has visto a su *amiga*? —señalé recalcando la palabra amiga para referirme a la rubia que no se movía de su lado.

—No me dice nada —respondió al tiempo que la observaba por encima de su copa.

—No es a ti a quien tiene que gustarle, Judit.

—Yo te elegiría a ti.

Una carcajada escapó de mis labios.

—Eres mi mejor amiga, tu opinión no cuenta.

Judit puso los ojos en blanco al tiempo que negaba con la cabeza. En ese momento anunciaron que la cena estaba lista para ser servida de modo que los invitados se dirigieron a un salón contiguo en el que habían sido instaladas una serie de mesas redondas diseminadas por toda la sala para dar cabida a sus invitados. Con gran desencanto descubrí que mi amiga no iba a compartir cena conmigo, la habían sentado entre mi tía y mi primo Gilles; al menos iba a estar en muy buena compañía. Miré desorientada a mi alrededor preguntándome dónde me habrían colocado cuando un camarero acudió a mi lado para conducirme a mi mesa. Solo esperaba que no me hubieran puesto en una mesa de hombres solteros porque entonces me moriría de vergüenza ante la evidencia.

Antes de poder seguir dándole vueltas a aquella idea llegamos a la que sería mi mesa, donde el camarero con gesto amable me ayudó a sentar separándome la silla. Gérard se encontraba situado justo a mi derecha para mi gran alivio, y el hombre rubio que había visto pinchado en el Adytum, y la noche del rescate, se encontraba a mi izquierda. Álex estaba justo a la derecha de Gérard y Ray a la izquierda del hombre que estaba sentado junto a mí, quedando justo enfrente de la pelirroja. Al lado de Álex estaba sentado Roland, uno de los guerreros que más había visto hasta el momento, y justo en aquel momento llegaban los dos últimos comensales que no eran otros que Erwan y su inseparable rubia.

—Parece que ya estamos todos —dijo Ray apartando la servilleta a un lado del plato.

Álex sonrió alegremente en mi dirección después de lanzar una mirada de desprecio Ray.

—Qué bien que te hayan sentado con nosotros. Desde luego que quien ha hecho la distribución de las mesas se ha lucido. —Su mirada se dirigió a la zona que ocupaban Ray y la rubia que estaba justo a su izquierda, entre este y Erwan.

Intenté contener la risa sin éxito alguno compartiendo su opinión con respecto a la rubia. ¿Por qué habían tenido que ponerla frente a mí? Y ya puestos, ¿por qué al lado de Erwan?, ¿quién era esa mujer que me miraba con tanto odio?, ¿y por qué no se despegaba de él?, ¿acaso era su novia?

—No estoy segura de que conozcas a todos. —Ante mi negativa, Álex se dispuso a presentarnos—: Él es Max —dijo señalando al rubio con pintas de surfista que había sentado justo a su lado—. Es el socio de Erwan.

—Un placer —dijo obsequiándome con una sonrisa de las que causan estragos en las mujeres, haciendo que se formara un pequeño hoyuelo en su mejilla derecha.

—A Roland ya le conoces —continuó Álex—, y ella es Candice. —La aludida hizo un gesto con la cabeza al tiempo que forzaba una sonrisa. Estaba segura que le debía de haber costado un gran esfuerzo teniendo en cuenta las miradas de odio con las que me había obsequiado un rato antes.

—No sabía que el Adytum tuviera más de un dueño.

—Bueno, Erwan es la cara pública —explicó Max guiñándole un ojo a su socio y amigo—. Yo me dedico a pinchar la música.

—Mientras yo me vuelvo loco con todo el papeleo —continuó Erwan.

Max soltó una carcajada al tiempo que asentía con la cabeza.

—Parece que me llevé la parte divertida del negocio.

Los camareros fueron pasando por las mesas llenando de vino las copas de los comensales. Música jazz sonaba de forma suave acompañando las conversaciones que tenían lugar entre los invitados. Había que reconocer que Agnes era una muy buena anfitriona.

Trajeron el primer plato consistente en hojaldre de setas con *foie* y gelatina de pato. No me sentía especialmente hambrienta, pero tenía una pinta deliciosa, así que me puse manos a la obra mientras escuchaba silenciosa la conversación que mantenían Ray y Max en su lado de la mesa. Pronto dejé de prestarles atención y me concentré en masticar y tragar, sintiéndome en todo momento observada por la mujer que tenía delante. Después de la segunda copa de vino dejaron de importarme las miradas de la rubia y todas las reservas que había tenido con respecto a la fiesta. Me había prometido no beber más, pero la situación lo requería.

Después de llevarse los platos vacíos, trajeron de segundo lubina al horno con salsa de cava. Roland y Erwan hablaban animadamente mientras Candice intentaba parecer interesada en los ratos que no me taladraba con la mirada. La situación me parecía tan estúpida que me dieron ganas de preguntarle cuál era su problema. Aburrida de darle vueltas al pescado, me llevé de nuevo la copa de vino a los labios. Me crucé con la mirada de mi prima que vivía una situación similar con cierta persona que justo tenía enfrente. Dándonos cuenta de ello a la vez, estallamos en carcajadas. A punto estuve de atragantarme con mi bebida mientras veía a la pelirroja reír y al resto de comensales mirarnos como si hubiéramos perdido la razón de repente.

—Ese vestido es increíble, Amy. Estás deslumbrante —dijo Álex al tiempo que se limpiaba una lágrima con la servilleta.

—Gracias. Lo cierto es que el mérito no es mío, ha sido Constance quien lo eligió.

La rubia entornó los ojos antes de intervenir:

—Tu hermana debe de estar contentísima de ver cómo la que iba a ser su suegra y su novio te tratan como si de ella misma se tratase —comentó con una falsa sonrisa antes de llevarse su copa a los labios.

Sentí cómo todo a mi alrededor se congelaba. Por el raballo del ojo vi a Gérard levantar la cabeza de su plato con ojos desorbitados. Álex la miraba de modo similar

mientras que el resto de comensales permanecían silenciosos. A nadie se le había escapado el contenido malicioso que había tras aquellas palabras. Por mi mente pasaron imágenes de mi persona subiéndose a la mesa para estamparle su preciosa cabecita contra el plato de pescado: ahora tenía claro que odiaba a aquella arpía.

—Por supuesto —contesté con una sonrisa petulante en el rostro—. Fue mi hermana la que me condujo hasta ellos.

—¿Puedes hablar con ella? —preguntó Max interesado.

Los camareros aparecieron en aquel instante llevándose el segundo plato y proceder así con el postre. Negué con la cabeza inclinándome ligeramente hacia un lado para facilitar el acceso del camarero que me colocó delante un plato de *coulant* con natilla y frutos rojos.

—Ella ha estado dándome pistas para traerme a Llo, incluso me escribió un mensaje en un espejo.

Partí un pequeño trozo del delicioso pastelito con la cuchara haciendo que el chocolate caliente de su interior se precipitara hacia fuera mezclándose con la natilla.

—Entonces, ella sabía que tenía una gemela.

Asentí.

—Debí de descubrirlo poco antes de morir y tener siquiera tiempo de buscarme. Fue por entonces que empecé a tener pesadillas con lo que le sucedió. Émile quería que yo lo supiera. Incluso cuando todos os mantuvisteis al margen después de mi llegada, ella continuó ayudándome para que descubriera quién era.

—Yo también te di pistas —replicó Álex haciendo una mueca—, te dije que deberías investigar sobre la propiedad de la casa y lo extraño que parecía que tu padre nunca te hubiese hablado de ella. No sabes lo que nos costó a Gilles y a mí mantener la boca cerrada.

Asentí con una sonrisa al recordar la actitud tan abierta y amistosa de mis primos nada más conocerlos así como el talante maternal de mi tía, el cual era de lo más extraño si teníamos en cuenta que para mí no era más que una desconocida que regentaba la casa de huéspedes en la que me hospedaba.

Después de devorar el delicioso postre y contenerme de lamer el chocolate que quedaba en el plato me sentí de mucho mejor humor. Haber cerrado la boca de aquella arpía había ayudado a mejorar la situación. Al ver el plato de Gérard intacto sentí una punzada de rabia al darme cuenta de que lo que había dicho la muy bruja no solo iba destinado a hacerme daño a mí.

—¿Te encuentras bien? —pregunté acercándome a él para que nadie más advirtiera lo que le habían afectado las palabras malintencionadas de aquella mujer. Gérard asintió sin levantar la vista del plato—. Oh vamos, no puedes tomarte en serio lo que ha dicho esa estúpida. Está claro que no le caigo bien.

Gérard se giró para enfrentar mi mirada. Sus ojos celestes eran tristes, sentí la necesidad de consolarlo al tiempo que luchaba por no levantarme y pegarle una bofetada a la mujer que había provocado aquello. Fue a decir algo, pero se vio interrumpido por el golpeteo de una copa de cristal que reclamaba la atención de los invitados. Todos se giraron en dirección a Agnes, que se había levantado haciendo que todas las conversaciones se apagaran para prestarle atención.

—Hermanas y hermanos, agradezco de corazón que hayáis venido —empezó a decir—. No son buenos tiempos para nosotros, pero hoy podemos celebrar que tenemos de nuevo a la nieta de Blanche entre nosotros y que hemos dado un duro golpe a nuestro enemigo. —Gestos de asentimiento y de alegría afloraron entre los asistentes—. Quería brindaros la oportunidad de que conocierais a esta estupenda joven. —Señaló en mi dirección, provocando que todas las miradas se posaran en mí—, y a ella la de conocer a su nueva familia. —Alguien levantó una copa de champán y brindó por mí suscitando que el resto de invitados le imitara. Sonreí abrumada, sintiéndome enrojecer hasta la raíz del cabello—. Ha sido una gran victoria para nosotros, pero eso no va a parar a Marlon. Tenemos que redoblar nuestros esfuerzos en proteger la sangre de la Sacerdotisa, ella no puede volver a caer en sus garras. Es por eso a partir de este momento ella quedará bajo la protección de mi otro nieto.

—¿Qué? —graznó una voz femenina que ya empezaba a odiar.

Mi corazón dejó de latir al comprender lo que estaba diciendo Agnes. Advertí cómo Erwan se erguía sobre su asiento con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Un murmullo se extendió por la sala antes de que la mujer retomara la palabra.

—Ellos saben dónde la manteníamos oculta, la casa de Gérard queda demasiado apartada, lo que hace que gastemos el doble de energía en protegerla. Ahora que todo el pueblo está bajo nuestro control es más seguro tenerla aquí, entre nosotros.

Los miembros del clan asintieron comprendiendo la lógica que había en ello. La música sonó nuevamente y los camareros hicieron su aparición para recoger los platos y tomar nota de los cafés. La tensión en la mesa podía cortarse con cuchillo. Agnes se acercó a nosotros y, apoyándose en el respaldo de mi silla, añadió:

—Erwan, ella se quedará en tu casa desde esta noche. No le quitarás ojo y la protegerás con tu vida.

—Sabes que no es buena idea. —Su rostro, que no solía dejar entrever sus emociones, se había convertido en piedra y un tic palpitaba en su mandíbula.

—Tonterías. Nadie mejor que tú para mantenerla alejada de tu padre —respondió en un tono que no admitía réplica antes de darse la vuelta y regresar a su mesa dejando a Erwan con la palabra en la boca.

Gérard mantenía la cabeza gacha concentrado en su café, mientras yo no sabía adónde meterme. Me hubiese gustado decir algo al respecto, quedarme en mi propia casa y no tener que ser una carga para nadie, porque estaba claro que eso es lo que era para Erwan, pero tampoco me dejaban más opciones.

—¿Soy la única que ve lo que realmente planea vuestra abuela? —preguntó Candice convirtiéndose en el centro de atención de la mesa—. Primero lleva la sangre de la Sacerdotisa a casa de uno de sus nietos, una sustituta perfecta para sus planes fallidos una vez muerta la anterior heredera. Y ahora, «por motivos de seguridad» —continuó haciendo un gesto con los dedos de entrecomillar esto último—, la envía a casa de su otro nieto pese a la negativa de este de no querer hacerse cargo de ella.

—No sabes lo que dices —la cortó Gérard.

La miré con ojos desorbitados entre dolida y ofendida, sin atreverme a mirar a Erwan.

—No, claro que no. Nadie sabe lo que hay realmente detrás de las maquinaciones de esa mujer, pero apuesto a que no voy muy desencaminada. —Se llevó la copa a los labios y tras beber un sorbo añadió—: Lo que no acabo de comprender es por qué separarla de ti, contigo tenía muchas más probabilidades de ver cumplido su sueño que con Erwan.

—Porque yo se lo he pedido —soltó para que se callara de una vez, poniendo cara de arrepentimiento de inmediato. Me giré en su dirección con los ojos abiertos de par en par.

Se levantó sin dirigirme la mirada y sin decir una palabra se largó, dejando a casi todos sus compañeros de mesa con la boca abierta.

—Parece que ninguno de los dos quiere tener nada que ver contigo.

—¿Por qué no cierras la maldita boca de una puñetera vez? —espetó Álex sin poder contenerse por más tiempo.

Permanecí con la vista clavada en el punto por donde había desaparecido mi cuñado durante largo rato sin acabar de entender lo que acababa de suceder. Desvíe la atención hacia mis compañeros, y tras una disculpa me levanté dirigiéndome justo en sentido contrario al que se había ido Gérard. Antes de irme vi por el rabillo del ojo que Erwan aún permanecía ajeno a todo lo ocurrido en la mesa con la mirada perdida en el punto por el que había desaparecido su hermano. Pude oír mientras me alejaba las palabras que Ray le dirigió a la maldita zorra:

—Deberías tener cuidado de no morderte esa lengua, encanto. Podrías envenenarte con ella.

Debí de levantarse a continuación, pues también oí una silla arrastrarse contra el suelo, pero no volví mi vista atrás pese a que me hubiera gustado ver su cara de

aparía ofendida después de que Ray la pusiera en su sitio.

Ni siquiera sabía hacia adónde me dirigía, necesitaba tomar el aire para poder pensar con claridad. Caminé por un pasillo que me condujo por unas escaleras hacia la planta superior. Hasta allí llegaban los amortiguados sonidos de la cocina. Continué caminando sin rumbo hasta llegar a una amplia sala con grandes ventanales y una terraza rectangular. Abrí una de las ventanas para salir al exterior sin importarme el cambio de temperatura y lo inapropiado de mi atuendo. El silencio me abrazó en el instante en que corrí la ventana que me separaba del interior de la casa. Casi podía oír mis propios pensamientos como si los estuviera diciendo en voz alta. Intenté tragar el nudo que sentía en la garganta que amenazaba con ahogarme, pero solo sirvió para darme cuenta de lo vulnerable que era en aquellos momentos. Había luchado duro para ser una persona independiente, pero estaba completamente a merced de los demás. Con manos temblorosas me apoyé en la balastrada cubierta de nieve. El rechazo de Erwan dolía, pero la traición de Gérard la sentía como una herida abierta en el pecho que no me dejaba respirar. ¿Por qué me rechazaba de aquel modo? Una gruesa lágrima rodó por mi mejilla dejando un rastro húmedo. Inspiré profundamente varias bocanadas de aire helado al tiempo que me prohibía a mí misma desmoronarme y perder el control. No había llegado hasta allí para derrumbarme ahora.

—Se me ocurren otras formas más rápidas de morir que de una pulmonía —dijo una voz a mis espaldas.

Me giré sobresaltada para encontrarme con la inmensa figura de Ray apoyada en el marco de la ventana.

—Pensaba tirarme al vacío —respondí mirando hacia abajo.

Ray sonrió.

—Sabes que no puedo permitírtelo.

Me encogí de hombros.

—Entonces lo haré cuando sea Erwan el que me haga de niñera. —Una sonrisa maliciosa acudió a mi rostro con tan solo pensarlo. Si no fuera porque era yo la que más saldría perdiendo merecería la pena probarlo.

Ray soltó una carcajada.

Me abracé a mí misma empezando a sentir el frío de forma casi dolorosa sobre mi piel. Ray alargó la mano para atraerme hacia él y me frotó los brazos para darme calor.

—Nunca fue buena idea que te quedaras en casa de Gérard.

Agrandé los ojos creyendo comprender a qué se refería.

—¿Es por Émilie? —Ray asintió—. ¿Y por qué no habló conmigo? Creí que éramos amigos.

—Dale tiempo. Es todo lo que necesita.

Sabía que lo estaba pasando mal, pero no me imaginaba que mi presencia en su casa solo empeorara las cosas. ¿Quién mejor que yo para comprender su dolor? Ella era mi hermana, se suponía que la familia estaba para apoyarse mutuamente. Sintiéndome triste y decepcionada conmigo misma por esperar más de las personas de lo que realmente estaban dispuestas a dar, me obligué a reforzar la coraza que protegía mi corazón del resto del mundo.

—Erwan no es una opción tan mala como parece.

Lo miré con un gesto que dejaba claro que no compartía su opinión.

—Ya has visto la ilusión que le ha hecho. ¿Por qué tengo que irme con él?, ¿por qué sencillamente no me puedo quedar en mi casa o irme con mis tíos?

—No puedes quedarte sola y la casa de tus tíos es un hostel en la que entra y sale gente que no conocemos. —La expresión desoladora de mi rostro debió de darle pena, pues rápidamente añadió—: Hagamos una cosa. Sabes que vivo justo en la casa de delante de Erwan, ¿verdad? —Asentí esperanzada—. Me encargaré personalmente de que todo vaya bien y estés a gusto, y si no es así hablamos con Agnes para que te quedes conmigo.

—¿Harías eso por mí?

—Pues claro, somos amigos, ¿no es así? —preguntó con una sonrisa asomando por su rostro.

—En estos momentos creo que te adoro —afirmé al tiempo que me colgaba de su cuello sintiéndome de muchísimo mejor humor—. Ray soltó una carcajada al tiempo que me cogía el brazo y tiraba de mí al interior de la casa.

—Vamos dulzura. Hay una fiesta en tu honor que requiere tu presencia.





El salón había quedado prácticamente vacío a excepción de unos cuantos hombres y mujeres de mayor edad que compartían las últimas copas mientras se entretenían charlando totalmente indiferentes a lo que sucedía en la sala contigua. Me agarré del brazo de Ray intentando dar una imagen de normalidad después de haber abandonado a mis compañeros de mesa de aquel modo. La iluminación se había atenuado como en una discoteca y luces de colores iban danzando al ritmo de la música. Un par de camareros preparaban cócteles tras la barra al tiempo que atendían prestos las solicitudes de los invitados que se arrimaban en busca de un trago.

—¿Dónde te habías metido, Raymond? —dijo una mujer morena de mediana edad que me habían presentado hacía un rato como la madre de Ray. El rostro se le iluminó al verme agarrada del brazo de su hijo.

—Dando un paseo —respondió ignorando la mirada esperanzada de su madre.

—Me alegra ver que sois *tan* buenos amigos —comentó posando la mirada en la parte de la anatomía de su hijo en que se posaba mi mano.

La aparté de forma inmediata al tiempo que negaba con la cabeza.

—Oh, no. No somos *esa* clase de amigos —aclaré antes de que se hiciera una idea equivocada.

La sonrisa de Ray se amplió provocando una mirada de advertencia por mi parte. Debía de estar más que acostumbrado a las indirectas de su madre de modo que le causaban la más absoluta de las indiferencias.

—¿De verdad? —preguntó mirando a su hijo como si necesitara su confirmación—. Tendríais unos preciosos retoños juntos.

Ray soltó una carcajada mientras sentía que me ruborizaba hasta la raíz del cabello.

—Amy es mi amiga y no vamos a tener retoños para ti, mamá —explicó con paciencia después de que le lanzara una mirada de odio por reírse.

—Oh. —Sonó decepcionada—. En ese caso quiero que conozcas a alguien.

—Ya conozco a todo el mundo —replicó irritado.

Miré a uno y a otro decidida a no intervenir, aquella situación me recordaba bastante al motivo real de la fiesta, ¿qué les pasaba a aquellas mujeres? Se habían tomado muy en serio su papel de asegurar la supervivencia de su especie.

—Luego me lo agradecerás —declaró la mujer—. Es una preciosidad y está coladita por ti.

Se lo llevé prácticamente a rastras mientras él le dirigía una mirada de fastidio al tiempo que negaba con la cabeza.

Un hombre joven se subió al escenario micrófono en mano y empezó a cantar una canción de Black Eyed Peas mientras sus amigos le coreaban desde abajo entre risas. Barrí con la mirada a la multitud en busca de Álex o Judit, pero no vi ni rastro de ellas. La gente bailaba y se divertía a mi alrededor, haciéndome sentir como un bicho raro allí en medio de tanta gente y completamente sola.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la voz de Max cerca de mi oído.

—Perfectamente.

Una sonrisa que no llegó a sus magníficos ojos color ámbar me indicó que no se lo había tragado.

—No deberías de hacer caso de los comentarios de una mujer celosa.

Arrugué la frente al darme cuenta de que se estaba refiriendo a Candice.

—Celosa de quién, ¿de mí? —pregunté haciendo un gesto de negación con la cabeza al tiempo que reía—. Lo dudo.

Candice era una mujer físicamente espectacular, no tenía nada que envidiar a nadie, y mucho menos a mí, en cuanto a lo demás, no la conocía. No comprendía por qué me odiaba de aquella manera, pero dudaba que los celos fuesen el móvil.

—Tiene sobrados motivos —afirmó posando sus ojos en los míos, luego levantó la cabeza en dirección a la barra y añadió—: Vamos, te invito a una copa.

—¿Me invitas? —Enarqué una ceja mirando a los camareros que había contratado Agnes para servir a sus invitados lo que ellos quisieran. Max esbozó una matadora sonrisa al tiempo que posaba una mano en mi espalda desnuda para conducirme hacia la barra.

—Es una forma de hablar. —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Está usted intentando ligar conmigo señor Max? —bromeé.

El aludido soltó una carcajada.

—No tienes pelos en la lengua, ¿verdad?

Negué con la cabeza y reí con él. Era otro de mis defectos, pero a estas alturas de mi vida no podía corregirse.

El camarero nos sirvió dos copas de un fuerte color rojizo antes de que tuviéramos tiempo de pedir nada. Al parecer habían preparado uno de aquellos para todos los invitados, pues advertí que muchos aún lo llevaban en las manos. Choqué con la intimidante mirada de Erwan observándome al dirigir la vista hacia la multitud que nos rodeaba. Tenía la espalda apoyada de forma despreocupada en la pared mientras que un tipo a su lado le hablaba. Con el corazón acelerado me concentré en mi bebida y le di un buen trago, recordando su negativa ante la imposición de Agnes de llevarme a su casa, así como la traición de Gérard. No muy lejos de él, como si fuera su sombra, y sin quitarle los ojos de encima, se encontraba Candice con sus escandalosas curvas al acecho.

Decidí que no valía la pena pensar más en ello. Ninguno de los dos iba a aguarme la maldita noche más de lo que ya lo habían hecho. Por la mañana hablaría con Agnes, ella lo entendería. Ray se había ofrecido de forma sincera, se había convertido en un buen amigo, y una de mis personas favoritas pese a nuestras pequeñas chanzas, y si no, cualquier otro que ella dispusiera, cualquiera menos él.

Max resultó ser un tipo de lo más divertido. En cierto modo me recordó a Gilles con aquel aire despreocupado y bromista que hacía que me sintiera de lo más a gusto con él. Álex se acercó acompañada de una chica. Cada una llevaba dos chupitos en cada mano con un licor anaranjado en su interior.

—¡Por fin te encuentro! —exclamó al verme al tiempo que dejaba las bebidas en la barra—. Amy, te presento a Lorie, mi mejor amiga.

—Podemos dejarlo en tu única amiga —dijo la aludida con una gran sonrisa.

Reí sintiendo que me caía bien al instante. Llevaba un corte de pelo que me recordó al París de los años veinte. Sus ojos, al igual que su cabello, eran de color chocolate y su sonrisa pintada de rojo era deslumbrante.

—Eso es porque ser amiga mía requiere tener muchas cualidades que por aquí no abundan —arguyó la pelirroja haciendo un ademán con la mano que abarcaba toda la sala.

—Me haces sentir muy especial —comentó Lorie llevándose una mano al pecho con gesto dramático.

Todos reímos mientras Álex repartía un chupito para cada uno.

—Esto merece un brindis.

—Por las nuevas amistades —dijo Max levantando su vaso. Las chicas repitieron el brindis antes de llevarse el contenido anaranjado a los labios y bebérselo de un trago.

Sentí la garganta en llamas, hice una mueca desagradable al paladear el sabor amargo que me había quedado en la lengua. Era de lo más asqueroso que había probado nunca, pero de inmediato empecé a sentirme extraordinariamente bien. Notando las piernas algo flojas decidí no volver a tomar uno de esos en toda la noche. Esperaba no tener que volver a repetir el brindis.

—Argg. Esto es alcohol en estado puro —dijo Lorie arrugando la cara en una mueca de asco.

Asentí riendo, completamente de acuerdo. Álex se puso serio de repente borrando todo rastro de diversión de su rostro mientras Lorie reía con las bromas de Max. Seguí la dirección de la mirada de la pelirroja hasta encontrarme con la estampa causante de aquel cambio de actitud. Una preciosa morena reía de algo que había dicho su acompañante, que no era otro que Ray, mientras su mano descansaba en el brazo de este manteniéndose todo lo cerca que podía de su musculoso cuerpo. Ray sonreía mientras hablaba con la mujer ajeno al escrutinio de la pelirroja.

—¿Conoces la canción «Tonight» de Inna? —preguntó dirigiéndose a mí.

—Claro.

—¿Podrías pincharla? —preguntó esta vez a Max.

—Por supuesto, ¿no es lo segundo que mejor sé hacer? —Una sonrisa juguetona asomó por sus labios haciendo que pareciera un encantador hoyuelo en su mejilla.

—No quiero saber qué es lo primero —respondió Álex riendo.

Max se encogió de hombros dando a entender que ella se lo perdía mientras Lorie y yo reíamos a carcajadas.

—¿Vas a hacer lo que creo? —quiso saber Lorie mirándome de reojo.

Álex asintió con una mirada calculadora en el rostro mientras Max se frotaba las manos y añadía:

—Esto se pone interesante.

Miré a unos y otros con la sensación de que me había perdido algo. Antes de tener tiempo de abrir la boca para preguntar Max se dirigió a la zona donde habían colocado su tabla de mezclas, justo al lado del escenario, con Álex pisándole los talones. Esta se subió al escenario micrófono en mano provocando que la mayoría de los presentes desviara la atención hacia su persona. Llevaba un vestido de corte helénico con un solo tirante de un precioso tono grisáceo. Una cinta se entrecruzaba bajo el pecho hasta casi llegar a la cintura, para luego dejarlo caer de forma vaporosa hasta el suelo. Un fantástico recogido complementaba su atuendo haciéndola parecer la mismísima Helena de Troya.

Hizo un gesto con el dedo en mi dirección para que subiera con ella justo en el momento en que la música empezaba a sonar. Abrí los ojos desmesuradamente dándome cuenta de la intención de la pelirroja. Negué con la cabeza de forma efusiva para dejar clara mi postura al respecto segundos antes de que empezara a cantar y me señalara con la mano.

*Cause it's all over inside  
I'm waiting for love again  
Saying to myself  
What I feel about you...*

(Porque todo terminó por dentro  
Estoy esperando el amor otra vez  
Diciéndome a mí misma  
Lo que siento por ti)

Con todas las alarmas sonando en mi cabeza decidí emprender la huida hasta que choqué con el duro pecho de Roland que me cortó el paso mientras una sonrisa torcida se iba ampliando en su rostro al ver mis intentos por eludirlo.

—Necesito salir de aquí —admití sintiéndome mareada de repente.

—Y a mí me parece que te necesitan en el escenario. —Sin más preámbulos me cogió sobre su hombro y me llevó hasta allí mientras le golpeaba la espalda soltando amenazas.

En cuanto puse los pies en el escenario la multitud comenzó a vitorearnos y a aplaudir. Álex me ofreció el micrófono sin dejar de cantar a lo que respondí con una mirada envenenada a la vez que le quitaba el micro de un manotazo para cantar al unísono el estribillo:

*So baby tonight  
I'm letting you know  
I'm letting you go  
Baby tonight  
I already to know  
I'm letting you go...*

(Así que cariño esta noche  
Estoy haciéndote saber  
Te voy a dejar ir  
Cariño esta noche)

Ya lo sé  
Te voy a dejar ir)

Tal vez fuera el efecto del chupito que me había tomado minutos antes, pero empecé a disfrutar de mis minutos de gloria. Poco me importaba que la rubia pareciera que quisiera matarme allí mismo, estaba convencida que de poder hacerlo con la mirada lo habría hecho en aquel momento. Solo esperaba que tuviera un don inofensivo, de no ser así tendría que empezar a temerla.

Los hombres que había situados debajo del escenario lanzaban vítores y silbidos haciendo que por un momento olvidara el pasado y el futuro para centrarme y disfrutar del presente. Nunca había hecho una locura semejante, exponerme delante de tanta gente y cantar era algo que no habría hecho jamás; siempre había una primera vez para todo.

La música de la canción cambió de ritmo y los focos empezaron a moverse como en una discoteca. Max me guiñó un ojo mientras toqueteaba el equipo con mano experta a la vez que se movía al ritmo de la música. Reparé en la mueca de disgusto con la que Ray observaba a Álex. Todo su cuerpo estaba en tensión como si de un momento a otro fuese a explotar. Álex me hizo un pequeño gesto para que cantara la siguiente estrofa mientras ella se retiraba ligeramente hacia atrás y continuaba bailando.

*See it's all in my eyes  
Can't hide, so why pretend?  
Wanna tell de world how I feel about you  
It's builiding inside...*

(Veo que todo está en mis ojos  
No se puede ocultar, ¿por qué fingir?  
Quiero decirle al mundo lo que siento por ti  
Se está construyendo en mi interior)

Evité en todo momento el lugar donde sabía que se encontraba Erwan pues sabía que si lo miraba a los ojos mientras cantaba aquello sabía que lo decía en serio y lo último que quería era que supiera lo que sentía por él. Ya me sentía bastante vulnerable sin que lo supiera, no necesitaba añadir sentimentalismos.

Una pequeña trifulca se sucedió al fondo de la sala. Poca gente reparó en ello pues nosotras continuábamos con nuestra actuación, pero desde donde estaba advertí que se trataba de Gilles que cogía por la camisa a otro tipo que apenas puede reconocer. Su actitud agresiva me sorprendió, a su lado estaba Erwan, que lejos de intentar separarlos parecía querer apartar a Gilles para meterle una buena tunda al otro hombre. La aparición de Agnes disolvió la pequeña reyerta como si no hubiese pasado nada.

Entre aplausos y vítores bajamos del escenario sintiéndonos como dos grandes estrellas entre nuestros fans. Nos abrimos paso como pudimos hasta llegar a Lorie que no se había movido del sitio.

—No me lo puedo creer —dijo nada más vernos—. ¡Menudo espectáculo habéis montado!

—No, yo tampoco me lo creo —contesté. Cogí mi copa de cóctel a medio terminar de la barra y me la bebí en dos tragos. Tenía la boca seca y la adrenalina disparada—. Si vuelves a hacerme algo parecido te mataré, sin importarme que por tus venas corra mi misma sangre —amenacé a mi prima.

Álex soltó una carcajada.

—¡Pero si ha sido genial!

—Sí, lo ha sido, pero no me gusta lo que le haces a Ray.

La cara de Álex se puso seria de golpe.

—¿Por qué te pones de su parte?

—Porque es mi amigo.

—Ah, es tu amigo —bufó—. No tienes ni idea de por lo que me ha hecho pasar ese cabrón así que ni se te ocurra defenderle.

—Tienes razón, no tengo ni idea de lo que pasó, pero tengo ojos en la cara para darme cuenta de que lo que hubiera entre vosotros aún no ha muerto y no os dais cuenta porque no dejáis de haceros daño. No tienes más que verlo con tus propios ojos pero no prestas atención.

Álex abrió los ojos de par en par ante mi reprimenda mientras yo señalaba a Ray. Este permanecía sentado en un taburete a un lado de la sala. Junto a él, la joven beldad que le había presentado su madre no dejaba de hablar y sonreírle mientras él parecía estar a kilómetros de distancia.

Sintiéndome repentinamente mareada me dirigí al baño; tenía mucho calor. Cerré la puerta con pestillo y, bajando la tapa del váter, me senté apoyando la cabeza entre las manos. Mi corazón palpitaba de forma acelerada y un extraño calor recorría mi cuerpo como si la sangre se hubiera calentado unos grados de más. No había bebido tanto como para sentirme de aquella manera. Una copa de cóctel y un chupito no eran suficientes para llevarme a aquel estado. Todo lo ingerido antes y durante la cena había desaparecido junto con Gérard. El disgusto que me había llevado había sido como un jarro de agua fría.

Me levanté con cierta dificultad de mi improvisado asiento y me dirigí al lavabo, me apoyé con una mano en el frío mármol mientras abría el grifo con la otra. Metí los dedos bajo el agua helada para llevarlos a la frente. Me mojé la nuca, las muñecas y las enrojecidas mejillas. Mis ojos brillaban y las pupilas estaban tan dilatadas que casi parecía que los tuviera negros. Me sequé las manos en la suave toalla blanca que reposaba sobre el mármol, echándome un último vistazo en el espejo. Tenía el rostro arrebolado, pero por lo demás nada parecía ir mal.

Algo más despejada me dirigí hacia donde estaban Álex y Lorie. La transformación de salón a discoteca había sido formidable, nadie diría que aquello era la sala de reuniones de una casa perdida en la montaña. La música, pinchada por Max, sonaba a todo trapo mientras los miembros de aquella comunidad bailaban y se divertían.

Me senté en un taburete libre que había junto a Lorie mientras observaba aquellas personas. Había gente de todas las edades, incluso niños; aunque la mayoría de los que se encontraban allí en medio de la improvisada pista de baile moviendo el cuerpo al ritmo de la música eran jóvenes. Hombres y mujeres que se divertían y lanzaban miraditas cargadas de significado igual que hacía el resto de los mortales. Era poco y a la vez tanto lo que los diferenciaba de la raza humana que resultaba desconcertante.

Algunos hombres se acercaban animándonos a bailar, decliné en varias ocasiones sintiéndome cada vez más extraña conmigo misma. Tenía los sentidos embotados y, por más que me pasara la botella de agua que había pedido por la frente y las mejillas, el calor me abrasaba por dentro. Sonréí al ver a Lorie bailar divertida mientras los

hombres se la iban pasando quitándosela de las manos unos a otros. Ella reía encantada de ser el centro de tanta atención masculina. Álex en cambio, permanecía a su lado algo silenciosa con la mirada perdida haciendo caso omiso de los intentos de algunos de los guerreros por ligar con ella.

Los primeros acordes de guitarra española de la canción «Bailando» de Enrique Iglesias empezaron sonar haciéndome recordar mi vida antes del accidente de mi padre, cuando salía con mis amigas como una persona normal hasta quedar exhausta de tanto bailar. Judit apareció haciéndose paso entre la gente que bailaba y me arrastró hacia la pista. Haciéndonos hueco comenzamos a movernos al ritmo de la canción haciendo que muchas miradas masculinas se posaran en nosotras, algo a lo que estaba sumamente acostumbrada pues mi amiga era lo que se decía una mujer que no pasaba desapercibida donde quiera que fuésemos.

Dando una vuelta con la mano de Judit entrelazada a la mía me crucé con la penetrante mirada de Erwan. Su rostro era de piedra, no reflejaba ninguna emoción, pero sus ojos me taladraban de una forma que me incomodó. Decidida a ignorarlo seguí dando vueltas sintiéndome cada vez más mareada. Sabía que estaba enfadado, pero yo no tenía la culpa de que su abuela le endosara la responsabilidad de protegerme. Era algo que iba a remediar al día siguiente, aun así su reacción me ofendía y dolía a partes iguales.

Unas manos me separaron de mi amiga haciéndome girar en la dirección contraria para encontrarme con Roland.

—Cambio de pareja —anunció guiñándome un ojo.

Se movía estupendamente siguiéndome el ritmo. Por el rabillo del ojo vi a Judit bailando con Gilles más que encantada con el cambio.

—Eres un traidor, lo sabes, ¿verdad?

Roland soltó una carcajada.

—Podría decir que lo siento, pero mentiría. Me ha encantado vuestra actuación.

Hice una mueca de disgusto que provocó más risas en mi compañero de baile.

Mi corazón galopaba en el interior del pecho dificultando la respiración. Tenía los sentidos cada vez más embotados y el calor que sentía en mi interior era como fuego líquido recorriendo mis venas. En una de las vueltas vi a Álex sentada en el taburete con una media sonrisa en los labios mientras nos observaba bailar. Tras decirle a Roland que esperara un momento, me dirigí hacia ella con la intención de sacarla a la pista, pero antes de tener tiempo de llegar me vi alzada de la cintura por unos musculosos brazos que me impidieron llegar a mi objetivo.

—No tan rápido, muñeca —dijo el hombre que me tenía agarrada de la cintura dándome la vuelta—. Aún tienes que bailar conmigo.

Lo miré cada vez menos consciente de lo que pasaba a mi alrededor. El hombre que tenía delante era alto y bastante corpulento. Su cabello castaño dorado hacía juego con sus ojos, sus sugerentes labios se estiraron en una torcida sonrisa de anticipación. Recordaba haberlo visto en casa de Gérard haciendo turnos de vigilancia, si no recordaba mal se llamaba Romain.

Asentí incapaz de responder, tenía la boca tan seca que me costaba tragar. Mi aturdimiento era tal, que me sentía completamente ajena a lo que ocurría, como si se tratara de un sueño. Las manos de Romain se movían por mi cuerpo de un modo más atrevido cada vez sin que yo pudiera hacer o decir nada. Casi podría decirse que no me importaba. Invalentado por mi falta de respuesta me agarró del trasero apretándome fuertemente contra él mientras yo me dejaba llevar como una muñeca.

Recostando mi peso ligeramente sobre mi compañero de baile y volviéndome más torpe cada vez, noté una mano aventurarse por el interior de la raja de mi vestido. Todo daba vueltas a mi alrededor. Romain me cantaba el sugerente estribillo cerca del oído, pero era incapaz de prestarle atención. Segundos después sus labios se posaban en mi cuello mientras yo cerraba los ojos asqueada. Intenté apartarme de él, haciendo uso de la poca fuerza de voluntad que me quedaba, pero este me apretó con más fuerza.

Unas manos me arrancaron de sus brazos haciéndome trastabillar. Mis piernas apenas me aguantaban. La música continuaba sonando y todo era confuso a mi alrededor. Un fuerte brazo me sujetó de la cintura para evitar que cayera al suelo.

—Nos vamos —dijo una voz con dureza.

Levanté la vista para encontrarme con la persona que me sujetaba intuyendo de quién se trataba antes de encontrarme con su rostro encolerizado.

—Eh, tío —le increpó Romain agarrándolo del brazo—. Si no te importa, estábamos bailando.

Erwan se giró sosteniéndome con el brazo derecho. Romain dio un paso atrás de forma instintiva al ver la expresión de su rostro, hasta yo lo habría hecho de haber podido con mi cuerpo.

—Se te ha advertido que no te acerques a ella —siseó—. Ahora te lo advierto yo: si vuelves a tocarla atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando? —inquirió envalentonado por la atención que empezábamos a recibir a nuestro alrededor.

—Tómalo como quieras. —contestó dándose la vuelta.

—¿Y quién eres tú para prohibirme tal cosa?, ¿acaso le has preguntado a ella?

Noté cómo Erwan se envaraba al oírlo, pero continuó caminando sin añadir palabra alguna. Me vi arrastrada por el largo pasillo hasta la salida. La mano de Erwan se clavaba en mi brazo haciéndome daño, pero era incapaz de quejarme o hacer nada. Mi cuerpo no respondía, era como si mi entendimiento me hubiese abandonado dejando aquel cascarón vacío. Con movimientos bruscos me puso el abrigo y me sacó a la calle. Un frío helado inundó mis pies al hundirme en la nieve con aquellos zapatos finos de tacón, despejando ligeramente mis embotados sentidos. Me condujo hasta el coche con la mandíbula fuertemente apretada y ademanes rudos.

—Sube al coche —espetó tras abrirme la puerta para que entrara.

Un silencio cargado de tensión se instaló entre nosotros mientras conducía hacia su casa. De vez en cuando sentía su mirada fría como el hielo clavada en mí, pero ninguna palabra salió de sus labios. Conducía de forma brusca, muy diferente a las otras veces que me había llevado en su coche, los nudillos se habían vuelto blancos de tan fuerte como apretaba el volante.

Estaba muy enfadado.

El frío de mis pies mojados se extendió por todo mi cuerpo devolviéndome en parte algo de cordura, pero haciéndome sentir cada vez peor. Se me puso la piel de gallina minutos antes de empezar a temblar. Los dientes comenzaron a castañearme a la vez que mis temblores se volvían cada vez más incontrolados. Una náusea se formó en la boca de mi estómago provocándome calambres que me hicieron estremecer y llevarme las manos al vientre.

—Para el coche —ordené al tiempo que buscaba la manilla de la puerta.

Erwan me miró dando un frenazo al ver que abría la puerta del copiloto. Sin esperar a que se detuviera por completo, salí del Jeep yendo a parar contra el suelo. Con el corazón descontrolado y la respiración agitada vomité todo el contenido de mi estómago.

—¿Estás loca? —rugió bajando del Wrangler—, ¿acaso quieres matarte?

Metiéndome un puñado de nieve en la boca para quitarme el mal sabor y sintiéndome completamente abochornada me levanté como pude.

—Lo siento —dije segundos más tarde apoyando ambas manos en el coche y sintiéndome exhausta.

—¿Y qué es lo que sientes, Aimée? —Sus ojos fríos se clavaron en mí cual si fueran témpanos de hielo— ¿Lanzarte a la cuneta con el coche en marcha, beber hasta

casi perder el sentido, o comportarte como una calentabraguetas?

Estaba fuera de sí. Nunca lo había visto de aquel modo.

—Que tengas que hacerme de niñera —murmuré avergonzada sin levantar la vista del suelo.

Erwan se pasó la mano por el pelo con frustración mirando hacia la oscuridad. Intenté trasladar mi cuerpo hacia el interior del coche, pero mis miembros no respondieron. Sintiéndome cada vez más pesada y sin poder evitarlo me dejé llevar hacia el abismo, notando cómo mi cuerpo se deslizaba hacia el suelo. Antes de cerrar los ojos vi el apuesto rostro de Erwan abalanzarse sobre mí y con aquella imagen en la retina me perdí en la inconsciencia.

## Capítulo 35

Abrí los ojos con dificultad viéndome cegada al instante por la luz que entraba por un amplio ventanal que había a mi derecha. Confundida, miré a mi alrededor. Aquella no era mi habitación, ni ninguna de las que había ocupado últimamente.

La sangre empezó a bombear con fuerza en mi cabeza a la vez que mi corazón se aceleraba de forma violenta en el pecho, presionado los pulmones. Inspiré una bocanada de aire sintiéndome completamente aterrorizada al recordar la última vez que había despertado en un lugar extraño.

—Tranquila, Amy —dijo una voz femenina a mi lado—. Estás bien. Estás a salvo.

Álex se encontraba a mi izquierda sujetándome la mano, con el semblante preocupado. A mi derecha Erwan levantaba la cabeza de sus manos apoyadas en las rodillas al escuchar la voz de la pelirroja.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa —respondió Erwan.

Su rostro estaba marcado por la preocupación y el cansancio.

—¿Qué me ha pasado? —pregunté llevándome la mano a mi dolorida cabeza—. ¿Por qué estoy aquí?

—¿No recuerdas nada? —inquirió Álex a mi lado.

Negué con la cabeza intentando hacer memoria. Lo último que recordaba era la fiesta de Agnes, aunque las imágenes que tenía eran confusas.

—Antes de que me contéis nada necesito ir al baño.

Álex asintió. Aparté el edredón hacia un lado y llevé las piernas hacia un lateral de la cama para levantarme.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté al ver que llevaba puesta una camiseta que me venía enorme en lugar del vestido azul.

—Mojada —dijo él.

Un calor empezó a subirme por el cuerpo hasta llegar a mi rostro. Prefería no pensar en quién me había cambiado la ropa y dejado solo con aquella camiseta de hombre, ni por qué. Estirándola lo más que pude hasta los muslos, apoyé los pies en el suelo y, con dificultad, me levanté sin dejar de apoyarme en la cama. Álex me sujetó evitando con ello que acabara en el suelo.

—Aún estás muy débil —comentó mi prima sin soltarme.

Erwan hizo el ademán de acercarse para ayudar, pero antes de que tuviera tiempo de moverse del sitio les reprendí:

—Puedo hacerlo sola. —Me solté del abrazo de mi prima que me miraba con el ceño fruncido—. De verdad; no sé a qué viene tanto revuelo.

Me dirigí al baño que había en aquella misma habitación y, tras cerrar la puerta con pestillo, me apoyé en ella dando un suspiro. ¿Por qué estaban aquellos dos en mi habitación velando por mí mientras dormía? Levanté la tapa del retrete y me senté para vaciar la vejiga mientras intentaba hacer memoria de lo ocurrido la noche anterior. Imágenes de la fiesta comenzaron a inundar mi mente. Recordaba perfectamente la cena, pero no tanto lo que ocurrió después. Me vi cantando con Álex encima del escenario y pasarlo genial, pero después de aquello todo era confuso.

Apoyándome en el lavabo observé mi propio reflejo a través del espejo. Estaba hecha un asco. El maquillaje de los ojos se me había corrido, y bajo ellos unas ojeras remataban mi aspecto dándome un aire siniestro. Me lavé la cara con agua fría y, como pude, me quité el rimel aunque sin mucho éxito. Tras enjuagarme la boca seca con agua fresca eché mano de un enjuague bucal que encontré dentro de un pequeño armario, sin preocuparme por el hecho de andar rebuscando entre las cosas de Erwan. Aquel no era el baño que solía utilizar pues apenas había encontrado cuatro artículos de primera necesidad. Estirándome de nuevo la camiseta hacia abajo, abrí la puerta en busca de explicaciones. No recordar cómo había llegado a aquella casa era desconcertante, pero más aún lo había sido ver las caras preocupadas de Álex y Erwan cuando había despertado.

Ray, que acababa de entrar en la habitación cuando yo salía del baño, al verme silbó:

—Vaya, si es la novia de Drácula.

Le hice una mueca simulando una falsa sonrisa al pasar por su lado y me senté de nuevo en la cama cubriéndome con el edredón.

—¿Qué ha ocurrido?

Tres pares de ojos me miraron durante unos instantes hasta que por fin Álex contestó:

—Nos diste un buen susto anoche.

—No recuerdo nada.

—Te desmayaste y perdiste el conocimiento.

Pestañee varias veces desconcertada.

—Realmente no bebí tanto como para caer redonda.

—Has estado inconsciente casi diez horas —masculló Erwan con cierto tono de reproche.

—Pues siento si os he dado la noche —repliqué irritada recordando cómo Gérard se había deshecho de mí y el rechazo de Erwan—. Siento ser una carga para todos y siento toda esta mierda de situación.

—Amy —me cortó Álex—, estábamos preocupados por ti.

—Pues dejad de hacerlo. Estoy perfectamente.

En aquel instante llamaron al timbre de la puerta. Fue Ray el que se apresuró a abrir regresando instantes después acompañado de Gérard y Gilles que cargaba con mis cosas.

Ni siquiera había esperado a que yo misma fuese a buscarlas.

Gilles se acercó al lado izquierdo de la cama y dándome un beso en la mejilla bromeó:

—Al fin te has despertado, Bella Durmiente, ¿cómo te encuentras?

Me encogí de hombros sin saber qué contestar. Estaba enfadada y me sentía mal, muy mal. No me gustaba que me sermonearan, ni tampoco depender de nadie como si fuera una niña y mucho menos de Erwan y su hermano. Estaba cansada de jugar a las casitas, en cuanto me vistiera cogería mis cosas y me marcharía a mi casa.

—¿Recuerdas qué pasó ayer? —preguntó Gérard.

—No —respondí de manera contundente sin mirarle dejando claro a todos que estaba muy dolida por lo que me había hecho.

Gérard bajó la mirada probablemente sintiéndose culpable por cómo habían acabado las cosas entre nosotros. Debería haber hablado conmigo antes y no haberlo hecho de aquel modo.

—Después de que cayeras inconsciente Erwan me llamó. —Fulminé al aludido con la mirada dándole a entender que se lo podía haber ahorrado—. Se trataba del mismo cuadro que presentabas cuando te rescatamos —continuó. Alcé una ceja sin acabar de comprender adónde quería ir a parar—. Traigo los resultados del análisis de sangre.

—¿Y qué ha sido el causante del colapso? —quiso saber Gilles.

Los miré confundida, había dicho ¿colapso? Todos los ojos permanecían atentos a las palabras de Gérard.

—Había restos de escolopamina en su sangre.

—¿Qué? —rugió Erwan fuera de sí.

Advertí que los demás se quedaban pasmados ante aquella noticia.

—Yo no tomo drogas —me apresuré a aclarar antes de que llegaran a conclusiones precipitadas. No tenía ni idea de qué era aquello pero no sonaba bien.

—Lo sé, pequeña —dijo Gérard.

—¿Eso es lo que creo que es? —inquirió Álex con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Gérard asintió.

—Me cago en la puta —bramó Ray pasándose las manos por la cabeza.

—Vale, ahora me estáis asustando —dije totalmente desconcertada.

—Se trata de una droga que anula la voluntad de la persona que la ingiere —explicó Gilles—. Estando bajo sus efectos cualquiera puede hacerte lo que desee sin encontrar resistencia y además luego no recuerdas nada.

Mi mandíbula se desenchajó al oír aquellas palabras.

—Es la droga que usan violadores y ladrones con sus víctimas —agregó Álex disipando del todo mis dudas.

—¿Qué es lo último que recuerdas con claridad? —inquirió Gérard.

Hice de nuevo memoria de los acontecimientos de la noche anterior. Si alguien me había echado algo en la bebida debió de ser en mis últimas bebidas y esas solo fueron dos. Un cóctel y un chupito que me tajo Álex que me dejó algo afectada.

—Después de nuestra bochornosa actuación todo se vuelve confuso —comenté mirando directamente a mi prima.

—¿Qué actuación?

—Un espectáculo de lo más insinuante para calentar al personal —aclaró Ray.

—No te pases, capullo —siseó la pelirroja—. Ahora dirás que nos lo estábamos buscando. Serás cavernícola —bufó.

Ray la fulminó con la mirada.

—No pienso eso, pero desde luego fue una invitación en toda regla para quien la drogó.

—¿Perdiste de vista tu bebida en algún momento? —preguntó Gérard.

Asentí pensativa.

—La dejé en la barra para ir a cantar y cuando regresé me la bebí de un trago.

Gilles y Erwan se miraron comunicándose sin necesidad de pronunciar palabra. Ambos debían de estar pensando lo mismo. Las aletas de la nariz de Erwan se dilataron con ferocidad al tiempo que todo su cuerpo se tensaba.

—No pudo ser él —lo tranquilizó Gilles—. Estuvo delante de nosotros todo ese rato.

—¿De quién habláis? —quiso saber Gérard.

—Romain —contestó Gilles—. El muy gilipollas hizo un comentario sobre ellas que no me gustó nada. De no ser por Agnes le habría sacado los ojos a golpes.

—¿Por qué iba alguien del clan a querer drogarme? —Por más que me estrujara la cabeza no comprendía lo ocurrido—. ¿Os dais cuenta de que carece de sentido?

—Amy tiene razón —afirmó Ray—. Nadie en su sano juicio arriesgaría tanto por echar un polvo, por muy buen polvo que sea. Las consecuencias son demasiado elevadas.

—Entonces, si no la drogaron para tirársela, ¿para qué entonces? —masculló Erwan.

Miré a unos y otros sin saber qué decir, consternada aún por el hecho de que me hubiesen drogado.

—Tal vez uno de los nuestros es un topo que trabaja con el enemigo —murmuró Gilles pensativo.

—Demasiado arriesgado —arguyó Ray negando con la cabeza—. Aunque Amy no hubiese opuesto resistencia para sacarla de la fiesta no habría llegado muy lejos. Si alguien que no es Erwan o tal vez alguno de nosotros, hubiese salido con ella por la puerta, ¿no os parece que habría levantado sospechas? Además se supone que era Mérie la que espía para ellos y ya está muerta.

La habitación quedó en silencio unos instantes, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Traté de calmar el miedo que empezaba a atenazarme sabiéndome en peligro incluso entre aquella gente que se suponía que eran de confianza.

—¿Qué hay de vuestra abuela? —preguntó Ray levantando la vista del suelo. Su espalda permanecía apoyada en la pared y los brazos cruzados sobre el pecho.

Erwan lo miró con los ojos abiertos de par en par dándose cuenta de que aquella posibilidad no era tan descabellada tratándose de su abuela y sus propósitos, ni siquiera a mí me sorprendería a estas alturas.

—Pero ¿qué estás diciendo? —espetó Gilles incapaz de creer que Agnes fuese capaz de tamaña locura.

—No. Ella no ha sido —anunció Gérard cambiando de posición desde su lugar cerca de la puerta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Ray le dirigió una mirada de ceño fruncido—. Tal vez haya decidido que no es buena idea seguir esperando a que Amy tome la iniciativa de asegurar su estirpe. ¿No era para eso la fiesta? Cualquiera de los que estábamos allí éramos mejor opción que Marlon.

Mi sangre comenzó a palpar en mis oídos de forma estruendosa mientras el significado de las palabras de Ray se abría paso por mi mente. Todo aquello era una locura. Mi vida se había convertido en una auténtica locura surrealista. No tenía pensado formar una familia en un futuro próximo antes de mi conversación con Agnes



días atrás, aquella idea ni siquiera estaba en mi lista de tareas pendientes, y ahora pretendían embarazarme como si fuese una buena yegua de cría para asegurar que mi sangre no desapareciese conmigo.

Gérard negó con la cabeza antes de añadir:

—Fue lo primero que pensé al ver los análisis. Se puso hecha una furia cuando le pregunté directamente. Me ha asegurado que no va a parar hasta encontrar al responsable.

—¿Y si se trata de una *vendetta*? —Los ojos de Álex brillaban mientras miraba a cada uno de nosotros—. Lo fácil sería llegar a las conclusiones que habéis llegado, pero a nadie se le ocurriría pensar que la drogaron para ponerla en su sitio.

—Tal vez porque tampoco tiene sentido, ¿acaso he tenido tiempo de granjearme algún enemigo? Si apenas les conozco —respondí con el ceño fruncido—. Vale que no puedo caer bien a todo el mundo, pero eso es exagerado.

En cuanto acabé de hablar abrí los ojos desmesuradamente cayendo en la cuenta de a lo que se refería Álex. Ray entornó los ojos mientras miraba a la pelirroja llegando a la misma conclusión que yo.

—Pensadlo —dijo Álex—. Te tiene celos porque te ve como a una rival y después del anuncio de Agnes debió de ponerse enferma.

—¿De quién estáis hablando? —quiso saber su hermano.

—De Candice.

—Venga Álex, no será para tanto.

—Tú no estuviste en la mesa con nosotros. La odia. Todos sabemos que está loca por Erwan.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —pregunté ofuscada al tiempo que intentaba incorporarme de la cama; la mano de Gilles sobre mi brazo me lo impidió.

—Te considera una amenaza —fue la respuesta de la pelirroja.

Bufé de forma muy poco femenina. Erwan se había puesto de nuevo la máscara de jugador de póquer mientras permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en algún punto de la cama, era imposible saber lo que pasaba por su cabeza.

—Suponiendo que lo que dices es cierto —dijo Gilles a su hermana— ¿por qué drogarla con escolopamina? Eso podría facilitarle las cosas a Erwan en caso de querer acostarse con ella.

—No si se la administra en plena fiesta. Sabía perfectamente que los chicos bailarían con ella y así se dejaría hacer todo lo que ellos quisieran creyendo en su buena disposición, condicionando de ese modo la imagen que Erwan pueda tener de ella.

—¿Eso no es muy retorcido? —preguntó Gérard.

—Lo es —contestó Ray por la pelirroja—, pero ¿no es eso justamente lo que pasó anoche?

Me erguí en la cama incorporando medio cuerpo al tiempo que veía Erwan pasarse las manos por el pelo a la vez que soltaba una maldición entre dientes.

—Qué... ¿qué fue lo que pasó anoche? —pregunté en un murmullo sin estar del todo segura de querer escucharlo.

El silencio que se hizo me puso en estado de alerta haciendo que mi corazón bombeara más rápido de lo que debería.

—¿Qué me he perdido? —Los ojos de Gérard se clavaron en su amigo Ray que no tuvo más remedio contestar.

—Romain hizo mucho más que bailar con Amy anoche. De no ser por que Erwan le paró los pies a tiempo Candice habría conseguido su objetivo.

Las aletas de la nariz de Gérard se dilataron y su rostro se tensó. Desvió la mirada hacia Erwan, abochornada por lo que acababa de oír, pero este no me la devolvió aun sabiéndose observado por mí.

—Genial, ahora tendré que cuidarme las espaldas no solo de Marlon sino también de su novia —sentencié haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Erwan.

—Candice no es mi novia.

—Lo que sea —repliqué encogiéndome de hombros—. No veo por qué la ha tenido que tomar conmigo.

—No te preocupes por ella, voy a hablar con Agnes a ver qué podemos hacer —dijo la pelirroja.

—No tenemos nada, Álex —repliqué frustrada—. Aunque tus sospechas sean ciertas no tenemos pruebas.

—Eso no es del todo cierto. No olvides que es mi don el que ha apuntado hacia ella. Agnes no se va a tomar a la ligera mis sospechas, de hecho voy a hablar con ella ahora mismo. Esa mala bruja no va a quedar impune por lo que te ha hecho.

—Voy contigo —dije pasando los pies hacia un lado de la cama.

—De eso nada, estás convaleciente. —Gilles me obligó a sentarme de nuevo en la cama—. Yo iré con ella.

Tras propinarme un beso en la frente, salieron de la habitación seguidos de Gérard que los acompañó hasta la puerta. Erwan apenas se había movido, permanecía apoyado en el ventanal con actitud pensativa y la vista clavada en algún punto del fabuloso suelo de madera mientras Ray dirigía su mirada hacia mí.

—Me cambio y nos vamos.

Erwan levantó la vista del suelo en aquel momento para posarla en mí.

—Ese no fue nuestro trato y lo sabes —respondió Ray entornando los ojos.

La ceja derecha de Erwan se alzó mientras miraba a uno y a otro con desconcierto. Mis labios se tensaron hasta formar una fina línea al tiempo que asentía sin apartar la mirada de mi amigo.

Ray maldijo entre dientes al contemplar la decepción en mis ojos, nunca se me había dado bien ocultar mis pensamientos.

—Amy... —empezó a decir.

—Necesito cambiarme —le corté—. Si no os importa... —añadí haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta.

Erwan nos dirigió una última mirada a ambos antes de salir por la puerta. Ray fue el último en abandonar la habitación sin saber qué decir. Erwan no había dicho ni hecho nada para incomodarme. De hecho había cuidado de mí sin separarse de mi lado en toda la noche. Aparentemente no había ninguna razón para que Ray me llevara a su casa. Estaba molesta con él por lo que dijo en la mesa la noche anterior, pero aquello no era motivo suficiente para Ray.

Me levanté de la cama sintiendo la rabia crecer en mi interior. Con ademanes bruscos busqué en mi maleta algo que ponerme. Ni siquiera tenía palabras para describir cómo me sentía. El rechazo de Gérard había sido un duro golpe a mi autoestima. Creía que éramos amigos, peor aún, había creído que me consideraba de su familia por su relación con mi hermana. Estaba claro que me equivocaba. Prefería estar solo con su dolor sin mi molesta presencia rondando por su casa. Perfecto, pero no iba a permitir que pasara de nuevo lo mismo. Erwan tampoco se había mostrado encantado con la situación, todo lo contrario. Y Raymond se había echado para atrás

a la hora de la verdad.

Una espina clavada en un costado. Así era como me sentía, como un lastre con el que nadie quería cargar. Y lo entendía. Era yo la que ya no tenía vida propia, no ellos. Tener que adaptar su vida a la mía porque Agnes así lo dispusiera debía de ser como mínimo inquietante.

Cogí un par de tejanos y un jersey azul medianoche de cuello alto y, tras darme una rápida ducha, me vestí sintiendo la ira ir en aumento. Mi enfado había traspasado a las personas que en principio lo habían desencadenado para tener como objeto el mundo y la entidad que lo había creado. Tras calzarme las botas cogí la maleta y salí de la habitación con paso decidido.

No conocía la casa, al menos aquella parte de la casa, pero al ver las escaleras me dirigí hacia la planta de abajo. Todo era de madera, si no hubiese estado tan enfadada con el mundo habría apreciado el gusto exquisito de aquella magnífica casa, pero no tenía tiempo para tales banalidades. Necesitaba salir de allí cuanto antes. Necesitaba tener mi propio espacio y dejar de sentirme como una basura; nada ni nadie iba a impedírmelo. Ni siquiera iba a despedirse de mi anfitrión y su amigo, tan solo esperaba no tener que encontrármelos por el camino.

Después de cruzar el salón continué por el amplio pasillo que recordaba de la vez que estuve en aquella casa. La parte que daba al exterior estaba cubierta por un ventanal maravilloso que llenaba de luz aquella estancia y ofrecía unas vistas espectaculares. Desde allí podía ver mi propia casa junto con la de Ray, una al lado de la otra delimitadas por un pequeño riachuelo y una abundante arboleda. Ambas estaban justo por debajo de la de Erwan, una estrecha carretera las separaba así como también el pronunciado desnivel de la montaña.

—¿Adónde crees que vas? —inquirió la voz de Erwan a mis espaldas.

Me volví para enfrentar a los tres hombres que me observaban de forma inquisitiva.

—A mi casa.

Erwan entrecerró los ojos evaluándome con la mirada.

—De eso nada.

—Impídemelo.

Giré sobre mis talones y continué caminando hacia la puerta de salida. Su mano me agarró del brazo de forma brusca haciéndome girar para encararme a él.

—Ni se te ocurra —siseé soltándome de su agarre.

Erwan frunció el ceño al ver la ira que destilaban mis ojos.

—No vas a ir a ninguna parte.

Sonreí; no era una sonrisa divertida. Desvié la vista hacia los dos hombres que se acercaban por el pasillo de forma discreta.

—Dijiste que todo el pueblo estaba vigilado, que todas las casas disponían de un sistema de seguridad imposible de burlar —dije mirando a Ray—. ¿Eso incluye mi casa?

Su falta de respuesta y la tensión de sus músculos fue lo que me dio la certeza de que también lo habían instalado en mi casa. Asentí con suficiencia.

—Maldita sea Amy, no lo instalé para que pudieras vivir allí de forma segura —se apresuró a contestar al ver que había obtenido mi respuesta—. Lo hice para asegurarme de que tampoco tuvieran acceso a tu casa.

—Si no tienen acceso a mi casa quiere decir que es segura.

—No vas a salir de aquí —me advirtió Erwan con voz gélida.

—¿Hasta cuándo, Erwan? —pregunté encendida por la ira—. ¿Hasta que me des la patada como hizo Gérard? ¿O hasta que ya no sirva a los propósitos de Marlon?

Erwan me miró sorprendido mientras que Gérard se tensaba al oír aquellas palabras. Girándome de nuevo, abrí la puerta y salí en dirección a mi casa aprovechando aquel momento de desconcierto.

Mis pies se hundían ligeramente en la nieve a cada paso que daba, por suerte para mí llevaba puestas las botas, aunque eso no me protegería mucho tiempo en aquellas condiciones. Escuché mi nombre varias veces por detrás de mí, pero hice caso omiso hasta que tuve que detenerme frente a la pequeña verja de mi casa para poder abrirla. Fue entonces cuando de nuevo me vi interrumpida en mi huida, porque eso era lo que estaba haciendo; mi pobre autoestima no soportaría otro rechazo, el de Gérard había sido suficiente.

—Amy, para, vamos a hablarlo, ¿de acuerdo? —dijo Erwan en una actitud más conciliadora.

—No hay nada de qué hablar —contesté al tiempo que traspasaba la verja—. Tú no me quieres en tu casa y yo tampoco. Punto.

—Quedarte en esta casa no es una opción.

—Me da igual cómo lo veas.

Saqué del bolso la llave y la metí en la cerradura.

—¿Por qué eres tan testaruda? —dijo Ray, que acababa de llegar unos pasos por detrás de Erwan. Me giré para fulminarlo con la mirada—. Ven a mi casa, aquí no puedes quedarte.

—¿Ahora quieres que vaya a tu casa? —espeté negando con la cabeza—. Hablaré con Agnes, no os preocupéis, nadie va a echaros la culpa si me pasa algo.

—Amy —empezó a decir Gérard situándose delante de su hermano.

—No digas nada —le interrumpí—. Lo entiendo. Me ha dolido mucho cómo lo has hecho pero entiendo que necesites tu espacio y que yo estaba de más.

—Te equivocas del todo.

Negué con la cabeza sin querer oír más.

—Maldita sea, Amy —rugió Erwan con la paciencia agotada—. Ahora estás bajo mi responsabilidad así que ya puedes ir volviendo por donde has venido.

Tuve que levantar la cabeza para hacerle frente, el cuerpo me temblaba de rabia ante su despotismo.

—Pues te eximo —respondí con voz gélida conteniendo la ira que sentía—. Harías mejor en vigilar a la arpía de tu novia. —Erwan arrugó la frente en un gesto de sorpresa mientras yo entraba en mi casa ante las miradas circunspectas de los tres hombres—. Simplemente olvidaos de que existo —añadí dando un portazo en sus narices.



## Capítulo 36

Después de un buen rato en pie tras la puerta, me permití sentarme unos instantes en el sofá a saborear la victoria. Había creído que entrarían por la fuerza echando la puerta abajo. Habían tratado de convencerme para que abriera y hablara con ellos, hasta que agotada su paciencia habían comenzado las amenazas. Sabía que aquella paz no duraría mucho y que buscarían otra manera de hacerme entrar en razón por las buenas o por las malas, pero nada ni nadie impedirían que me quedara en mi casa, al menos por ahora.

Fui abriendo contraventanas a medida que pasaba por cada una de las habitaciones de la casa. Todo estaba en orden, tal y como lo había dejado el día que vine a recoger mis cosas para ir a casa de Gérard. De eso hacía apenas unas semanas y parecía que hubiese pasado una eternidad.

Subí la maleta a la habitación que había sido de mi hermana y me decidí a guardar la ropa en el armario. Prácticamente estaba vacío pues había trasladado su contenido al ropero de la habitación contigua. Al abrir la cómoda para meter los jerséis me encontré con que ya estaba ocupada por prendas de ropa; su ropa.

Había liberado espacio del armario la vez anterior, pero no había tocado aquel mueble. La ropa de Émilie estaba cuidadosamente doblada y su esencia se extendía a través de los cajones. Una caja sin tapa llena de fotos ocupaba su lugar arrinconada en el primer cajón de la cómoda. Cogí una con manos temblorosas y la observé casi con reverencia mientras notaba un gran nudo formarse en mi garganta.

La imagen de mi hermana me miraba sonriente mientras la luz del sol bañaba su pelo azabache. Una punzada de dolor me oprimió el pecho al contemplar aquel rostro tan parecido al mío.

—Hubiera dado cualquier cosa por conocerte —musité con voz temblorosa—, por formar parte de tu vida, Émilie.

Una lágrima rodó por mi mejilla hasta perderse por el interior del cuello alto del jersey. Era la primera foto que veía de ella, si no contaba la del periódico el día que descubrí lo que le pasó. La había visto en mis sueños, pero entonces había pensado que se trataba de mí misma.

Cogí otra foto en la que aparecía también Gérard abrazándola y levantándola del suelo mientras reían felices por el simple hecho de estar juntos. El parecido era tan asombroso a primera vista que sentí el dolor de Gérard como mío propio. En aquel instante comprendí cómo debían de haber sido para él las últimas semanas en mi compañía. Tenerme en su casa recordándole constantemente lo que acababa de perder hacía tan solo un par de meses debió de ser un infierno. ¿Por qué no hablé conmigo?, ¿por qué no me explicó cómo le hacía sentir mi presencia?

Con las lágrimas inundando mis ojos, abrí el resto de cajones sobrecogida por ver su ropa cuidadosamente colocada esperando a ser de nuevo utilizada. Pasé las manos por encima de uno de los jerséis como si se tratara de la cosa más maravillosa del mundo. Cuidadosamente lo saqué del cajón y me lo llevé a la cara sabiendo que la última persona que lo había tocado había sido ella. Notando cómo mis lágrimas se desbordaban por mis ojos aspiré su aroma a limpio sintiéndome por primera vez cerca de ella.

Coloqué mis escasas pertenencias junto a las de mi hermana dándome cuenta de que allí tenía justo lo que necesitaba. Había traído ropa para unos pocos días que se habían convertido en semanas y, ahora, la situación se había vuelto permanente. Traer mis cosas de Barcelona era algo que tendría que hacer, pero de momento toda aquella ropa podría hacerme el apañó, al fin y al cabo era mi hermana. A ella no le importaría, ¿o sí?

—Si pudieras hacerme una señal dándome permiso para usar tus cosas... —pedí al tiempo que recorría con la mirada la habitación.

Me senté en la cama pensativa a la vez que me abrazaba al jersey que había sacado anteriormente de la cómoda. Después de un rato de espera me ovillé sosteniendo la prenda alrededor de mi cara cual si fuera un bebé sintiendo los párpados cada vez más pesados hasta que finalmente me dormí.

El sonido del agua me arrancó poco a poco de los brazos del sueño. Agudicé el oído sin dejar la cómoda posición en la que me encontraba, tratando de encontrar el origen del mismo. Por un momento pensé que era la lluvia al chocar con el techo de pizarra, pronto lo descarté pues sonaba demasiado fuerte para ser eso.

Me levanté de la cama con todos los sentidos en alerta, advirtiéndome que había oscurecido. No sabía el tiempo que llevaba durmiendo, pero a juzgar por la falta de luz exterior debían de haber sido horas. Empujé la puerta del baño que permanecía entreabierta para dar con la fuente del sonido. El grifo del lavabo permanecía abierto dejando correr grandes cantidades de agua. Con el ceño fruncido me apresuré a cerrarlo mientras trataba de hacer memoria sobre lo sucedido antes de quedarme dormida. Ni siquiera había entrado en el baño. Deslicé la mirada a mi alrededor con ojos entornados.

—¿Esa es tu manera de decirme que sí? —pregunté sin saber bien adónde mirar.

Ningún movimiento.

Nada.

Me encaminé hacia la puerta cuando de nuevo oí el grifo del agua. Con una sonrisa en los labios lo cerré de nuevo sintiendo que mi corazón saltaba de alegría. Poder comunicarme con Émilie, aunque fuera de aquella manera, me llenó de gozo.

De regreso a la habitación algo captó mi atención. Un extraño ruidito que no supe identificar sonaba en la planta de abajo. Un escalofrío se formó bajo los omoplatos recorriéndome el resto del cuerpo.

Sigilosamente, me dirigí hacia las escaleras para bajarlas muy despacio mientras trataba de adivinar de dónde provenía. Parecía como si algo o alguien estuviese arañando una puerta. Sin encender la luz continué hacia el salón donde el ruido se hacía más intenso. Puede que fuese Émilie tratando de darme algún otro mensaje.

La luz de la luna se filtraba a través de los ventanales iluminando parcialmente aquella estancia. Por el raballo del ojo advertí un movimiento en el exterior a través de la puerta corredera de cristal que daba acceso al jardín. Mi corazón dio un vuelco, pero esta vez fue de alegría y sorpresa. Sin perder un segundo encendí la luz y me apresuré a correr el ventanal para dar paso a la bola de pelo que se lanzó sobre mí en cuanto puso un pie en el interior. Entre risas y lametones nos fusionamos en un abrazo que me llevó, como siempre, contra el suelo.

—Parece que me has echado de menos.

El lobo movía la cola mientras se achuchaba contra mi cuello buscando mi contacto.

La música del teléfono móvil sonó sobre la mesa rompiendo el agradable encuentro. Corrí de nuevo el ventanal asegurándome que quedaba bien cerrado antes de contestar a la llamada.

—¡Amy! —dijo la voz de Judit algo preocupada—. Me agrada saber que a mí sí que me coges el teléfono.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con el ceño fruncido.

—Pues que han estado tratando de hablar contigo durante todo el día y no contestas.

—La verdad es que no lo había oído, pero tampoco es que me interese mucho lo que tengan que decirme.

La risa de mi amiga sonó al otro lado.

Oí también una voz masculina que no supe identificar, antes de que se pusiera al teléfono.

—¿Se puede saber a qué estás jugando? —inquirió Gilles que al parecer le había quitado el teléfono móvil a Judit de las manos. Parpadeé varias veces sin saber muy bien qué contestar, sorprendida de que aquella pregunta ladrada proviniera de mi primo—. ¡Amy!

—Sí, sí, estoy aquí. No hace falta que grites.

—Coge ahora mismo tus cosas. Voy a avisar a Erwan y te irás con él.

—No pienso hacer eso —repliqué indignada.

—Por supuesto que lo harás.

—Voy a colgar.

—Ni se te ocurra, pequeña descarada. Ahora mismo...

Algo interrumpió su amenaza. Con la boca abierta aparté el teléfono de mi oído para ver si se había cortado la llamada, pero vi que continuaba en línea. Levándomelo de nuevo a la oreja, oí lo que parecía una discusión apagada, aunque no entendía más que medias palabras. Escuché una maldición proveniente de Gilles que sí entendí perfectamente antes de que de nuevo la voz se dirigiera a mí.

—¡Amy! Soy Álex —se apresuró a decir—. No cuelgues.

—Qué quieres. No pienso ir a casa del Señor Imposible.

—¿Te refieres a Erwan? —preguntó con diversión.

—Sí.

La risa de Álex sonó al otro lado.

—Mejor que no vayas, ahora mismo debe de estar echando fuego por los ojos. —Enarqué una ceja al escuchar aquello—. Estábamos en casa de Agnes cuando recibí su llamada. Desde donde estaba podía oír sus rugidos al otro lado del aparato.

Una sonrisa escapó por mis labios al imaginarme la escena.

—¿Qué dijo Agnes?

—Dijo que tuviera paciencia contigo. Casi me lo imaginé echando espumarajos por la boca y a punto de darle una apoplejía. —Reí con ganas. Escuché de nuevo la voz de Gilles y a mi prima gritarle algo. Estaba segura que trataba de hacerse con el teléfono mientras Álex lo defendía manteniéndolo alejado de él—. Escucha Amy, Agnes ha dicho que de momento no hay problema de que te quedes en tu casa. Entiende que necesitas tu espacio.

—Genial. No iba a ser de otro modo, aunque hubiese dicho otra cosa. Estoy harta de ir de casa en casa, eso se acabó.

—Lo sé, pero no cantes victoria. Sigues bajo la responsabilidad de Erwan y no está muy feliz con el apaño.

—¿Qué? Pero ¿por qué? —gimoteé—. De todos los hombres insufribles del planeta me tenía que tocar él.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No. Estoy bien.

—De acuerdo. Si cambias de idea házmelo saber.

Me despedí de mi prima sintiendo el sabor agrisado de aquella victoria. Me había salido con la mía, pero la idea de seguir bajo la custodia de Erwan no me gustaba en absoluto. No me agradaba la idea de tener que depender de nadie de aquella manera y mucho menos de él, su más que evidente rechazo me resultaba doloroso. Él acataría las órdenes de Agnes porque así era como funcionaban las cosas en su mundo, pero sabía que no estaba feliz con la solución de su abuela.

Advertí que tenía doce llamadas perdidas y un sinfín de mensajes. La mayor parte de las llamadas eran de Gilles, aunque también había de Álex, Ray y Erwan. Ninguna de Gérard.

Puede que hubiese sido demasiado dura. Sin duda tendría que hablar con él. Bajo ningún concepto quería perderlo, era demasiado valioso para mí y ahora que había entrado en mi vida no quería que saliera por una falta tan grande de comunicación. Se había hecho cargo de mí pese a las circunstancias, me había tratado como a un miembro más de su familia y me había hecho sentir como en casa. Tal vez por eso me había afectado tanto su decisión, había estado muy a gusto en su compañía y no me había dado cuenta de lo que sufría por dentro concentrada como había estado en mis propios demonios.

Un rato más tarde el timbre de la puerta sonaba dándome un susto de muerte. Me acerqué sigilosamente dudando entre abrir o ignorarlo. No dudaba que de ser Gilles me llevaría a rastras a casa de Erwan independientemente de lo que hubiese dicho Agnes.

—Sé que estás ahí, pequeña —dijo la voz de mi tío al otro lado de la puerta—. Casi puedo oírte pensar.

Sin tener muchas más alternativas abrí la puerta para dejarlo pasar. Su figura imponente ocupó todo el marco de la puerta. Se quitó la chaqueta, que dejó en el colgador de la entrada, y juntos no dirigimos al salón. Me refregué las manos nerviosa, a la espera de que empezara a sermonearme como habría hecho mi padre.

Llop lo recibió meneando la cola cual si fuera un dócil perrito al verlo entrar en el salón.

—Hola campeón. —Le palmeó el lomo con una sonrisa—. Me alegra que estés aquí cuidando de mi chica.

Solté el aire de los pulmones agradecida de que no tuviera el volátil carácter de su hijo, el cual también se refería a Álex y a mí en los mismos términos.

Tras un largo silencio, que puso mis los nervios a flor de piel, mientras él inspeccionaba la casa preguntó:

—¿No puedo convencerte para que cambies de idea? —Negué con la cabeza—. Me gustaría poder llevarte a casa. Si la cerramos al público, ¿vendrías?

—Por supuesto que no —dije horrorizada ante la idea de que estuviesen dispuestos a cerrar su negocio para que yo me saliese con la mía—. No se trata de eso.

Robert asintió con la cabeza como si ya supiese de antemano la respuesta.

—Tenía que intentarlo. Te parece tanto a ella que me duele solo de pensarlo.

—¿Te refieres a Émilie?

Mi tío negó con la cabeza.

—Me refiero a tu madre. Eres igual de testaruda. Cuando se le metía algo en su alocada cabecita no había nadie que la hiciera entrar en razón.

—Eso no debió de gustar mucho en el clan dado su nivel de tolerancia a lo imprevisible. —Sin dejar de mirarle me senté en el sofá invitándole a que hiciera lo mismo.

—No lo sabes bien —respondió divertido—. He reforzado la vigilancia de esta zona —anunció cambiando de tema—. Quiero que tengas el teléfono siempre a mano y que llames a Erwan si percibes cualquier movimiento sospechoso. Nadie que no sea del clan puede acercarse al perímetro de esta casa sin que lo sepamos, Ray es quien recibe la alerta y por suerte vive al lado. Tanto él como Erwan estarán pendientes de ti en todo momento.

—¿Eso quiere decir que tendré que permanecer aquí encerrada el resto de mis días? —Mi tío sonrió ante mi mirada cargada de ansiedad.

—No —respondió—. Ahora que sabemos que te necesitan con vida no es lo mismo. Es una amenaza diferente, y sería imposible que logaran salir del pueblo contigo, sobre todo a pleno día, pero eso no va a impedir que tomemos nuestras precauciones. Ya he perdido a tu hermana y no voy a permitir perderte a ti también.

Asentí haciéndome cargo de lo que debía de haber supuesto para él la muerte de Émilie. Un rugido salió de mi estómago haciendo que mi mano saliera disparada de forma automática hacia aquella parte de mi cuerpo.

—Amy, ¿has comido? —inquirió alzando una de sus pobladas cejas.

Sentí que me ponía roja como la grana sin quererlo.

—Lo olvidé.

Mi tío emitió un hondo suspiro antes de hablar:

—Te he traído comida de casa para esta noche. Como sabes, Llo no tiene tiendas, así que si me haces una lista haré que te traigan todo lo que necesites.

Asentí antes de levantarme dispuesta a hacer lo que me pedía. Había comprado comida cuando me instalé en la casa la vez anterior, de eso hacía semanas y prácticamente no había tenido tiempo de comer nada. Aún no había pasado por la cocina, pero era seguro que tendría que hacer una buena limpieza pues casi todo lo de la nevera estaría caducado.

Un rato más tarde me despedía de Robert en la puerta, tras asegurarle que estaría localizable las veinticuatro horas del día y de que no me separaría del teléfono móvil bajo ninguna circunstancia.

Me desperecé en la cama consciente de que hacía más de nueve horas desde que me metí en ella la noche anterior. Contenta de haberme salido al fin con la mía, dirigí mis pasos directa a la ducha. Mientras el agua caliente caía por mi espalda pensé en las extrañas imágenes que rondaban por mi mente. Recordaba vagamente haber soñado algo, pero no conseguía recordar qué. Hacía días que no me despertaban mis pesadillas habituales, pero no tenía claro si aquello era bueno o malo. Hasta ahora todo lo que había visto en sueños había ocurrido en el pasado, habían sacado a la luz oscuros secretos que habían quedado relegados al olvido. Lo que no acababa de entender era ¿por qué ahora? Justo cuando más necesitaba respuestas aparecieron en sueños. ¿Era posible que aquella necesidad hubiese provocado que mi don se manifestara al fin?

Rápidamente me vestí mientras los restos de mi último sueño acudían a mi mente una y otra vez. Decidida a no dejarlos escapar me apresuré a buscar mi cuaderno de dibujo para plasmarlos en papel. Más tarde trataría de encontrarle algún sentido.

Bajé las escaleras en busca del bloc y los lápices seguida de Llop, que no se había despegado de mí ni cuando había entrado en el baño a ducharme. Me senté en un sillón del porche acristalado y tras abrir el cuaderno en la siguiente hoja en blanco empecé a dibujar.

El lápiz se deslizaba por el papel como si tuviera vida propia, como si se tratase de un autómatas. «Este es mi don», pensé mientras pasaba página y continuaba con mis dibujos. Si había algo que se me daba bien era plasmar cualquier cosa que me propusiera sobre el papel o el lienzo, y disfrutaba con ello. Me habían dicho que tenía mucho talento, pero incluso así había sido difícil hacerme un hueco en el complicado mundo del arte y vivir tan solo de mi pintura. Había vendido bastantes de mis obras, pero no era suficiente. Había escogido una carrera con la que difícilmente hubiera podido subsistir de no ser por el trabajo en la galería, pero ahora no me quedaba ni eso. Afortunadamente el dinero nunca había sido un problema, mi padre se había encargado de ello, pero aquello me frustraba gravemente. ¿Cómo pretendía ser una mujer libre e independiente si ni siquiera era capaz de mantenerme por mí misma? Una sonrisa carente de todo humor apareció en mis labios. Ni siquiera era una mujer libre; no era nada de lo que había pretendido ser.

Un rato después observaba mi obra con el ceño fruncido, más desconcertada cada vez. Se trataba de personas. No parecía haber ningún tipo de conexión entre las diferentes figuras que había dibujado. Lo único que tenían en común era que iban desnudas. En la primera de ellas, una mujer parecía correr llevándose las manos al pelo. Era realmente curiosa porque no parecía tener prisa ni estar apurada, parecía una figura estática, como si aquella fuese su posición natural. En otra un niño alzaba las manos con gesto de enfado.

El sonido del timbre me sacó de mis desconcertantes dibujos. Me encaminé hacia la puerta sin soltar el cuaderno, esperando que no se tratara de cierta persona intratable con la que no tenía ganas de lidiar a aquellas horas de la mañana.

—Buenos días, vecina.

La sonrisa burlona de Ray me recibió al abrir la puerta.

Lo miré de arriba a bajo con cara de pocos amigos.

—Si vienes a darme la monserga ya puedes irte.

—Tranquila, pecosa, vengo en son de paz —respondió acentuando su magnífica sonrisa—. ¿Hay café? —preguntó haciendo un gesto con la muñeca que me hizo reparar en la taza que llevaba en la mano.

—¿Es que no tienes casa?

—¿Por qué tienes que ser siempre tan desagradable? —inquirió al tiempo que se adentraba por el pasillo sin esperar a que lo invitara.

—Es lo que me inspiras —respondí a sus espaldas esbozando una sonrisa traviesa sabedora de que él no la veía.

—¿Y qué hay de «ahora mismo creo que te adoro»? —Se dio la vuelta antes de llegar a la cocina a la vez que hacía un gesto con los dedos para entrecomillar las palabras textuales que le había dicho la noche de la fiesta.

—Eso fue antes de que te pusieras de parte del Señor Imposible y cambiaras de bando.

—Sabes que eso no fue exactamente así —repuso clavando sus verdes ojos en mí, poniéndose serio de repente. Me encogí de hombros sin un ápice de remordimiento por hacerle sentir mal.

—Has venido a vigilarme, ¿verdad?

—No —contestó al tiempo que continuaba su camino hacia la cocina conmigo pisándole los talones—. No voy a mentirte diciéndote que no me han pedido mantener un ojo en tu casa, pero realmente he venido porque me quedé sin café.

—¿Y por qué no vas a casa de tu amigo?, vive justo enfrente —quise saber mientras él rebuscaba entre los armarios como si se tratara de su propia casa en busca de la cafetera y del café. Ni siquiera me había acordado de desayunar. Me senté sobre la encimera mientras observaba a mi amigo moverse por mi cocina.

—Digamos que prefiero la compañía femenina. —Una sonrisa pícaras apareció en su rostro mientras me guiñaba el ojo. Resoplé al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Además —continuó—, no creo que Erwan esté de humor para un desayuno de colegas.

—¿Y crees que yo sí? —repuse fastidiada corroborando lo que ya sabía. Erwan no quería tener que ocuparse de mí y, aunque se había librado de tenerme en su casa todos los días, continuaba siendo responsable de mi seguridad.

—No veo por qué no. Te has salido con la tuya, deberías de estar contenta.

—Pues si es tan imperativo que tenga una niñera, que hable con Agnes y le explique lo tedioso que le resulta el trabajo —repliqué cada vez más irritada ante la

mirada ojiplática de Ray—. Es su abuela, seguro que lo entiende.

—No creo que eso solucione su problema —murmuró al tiempo que ponía la cafetera al fuego.

—¿Qué quieres decir?

Ray se limitó a negar con la cabeza sin prestarme atención. Preparó una taza para cada uno y me la ofreció.

—¿Tienes algo para acompañar?

Entorné los ojos lanzándole una mirada que pretendía ser de fastidio al tiempo que él ponía cara inocente.

Le indiqué el armario donde encontraría diversos tipos de comida basura. Poco después de que se fuera mi tío dos hombres del clan aparecieron cargados de bolsas del supermercado. Ni siquiera me sentí culpable porque tuvieran que hacerme la compra, no era mi culpa que no me dejaran ni tan solo ir a hacerme con mi propia comida.

Le observé coger una bolsa de brioches mientras se llevaba la taza de café a los labios. Si era franca conmigo misma me costaba mucho seguir enfadada con él. No importaba lo que hiciera, de hecho conseguía sacarme de quicio frecuentemente, pero rápidamente se me olvidaba. Estaba convencida que la mitad de las cosas que decía lo hacía sencillamente para fastidiarme, y la otra mitad las decía porque él era así. Y era precisamente por eso que me gustaba, porque tal vez era la persona más sincera que había conocido nunca, decía las cosas tal como las veía, sin disfrazar la verdad y sin importarle las consecuencias. Álex era la única cosa con la que no era sincero, porque resultaba evidente para cualquiera que tuviera ojos en la cara que estaba loco por ella, pero tal vez el problema residía en que se mentía a sí mismo no reconociéndolo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó con la boca llena señalando el cuaderno que había dejado sobre la encimera justo a mi lado.

—Mi cuaderno de dibujos.

Tras mojar un último brioche en el café provocando una mirada de repulsión por mi parte, se limpió las manos en los pantalones y se dispuso a mirar el contenido del bloc.

—Son mis sueños —expliqué mientras le observaba pasar las páginas con fascinación.

—Eres realmente buena.

Me sonrojé ligeramente ante el cumplido. Con el ceño fruncido estudió atentamente el último dibujo, el último que había hecho hacía apenas un rato. Un grupo de gente se abrazaba formando una masa de cuerpos desnudos creando una especie de montaña humana.

—¿Y esto qué es?, ¿una orgía? —Desplazó su mirada chispeante de diversión hacia mí esbozando una sonrisa pícar—. ¿Sueñas con hacer una orgía?

Abrí los ojos como platos después de mirar el dibujo del cuaderno al tiempo que intentaba aguantar la risa.

—No es lo que piensas.

—¿Ah no?, ¿y entonces qué es? —preguntó dándole la vuelta al dibujo para mirarlo desde todos los ángulos posibles.

Sin poder contener la risa por más tiempo reí a carcajadas mientras Ray me miraba divertido.

—Es que no lo sé —respondí provocando nuevas risas de ambos.

—Entonces será mejor que yo te lo explique.

—Sé lo que es una orgía y no, no se trata de un sueño erótico —le corté secándome una lágrima con la manga del jersey—, o eso creo. Se supone que esos sueños ya han pasado. O tal vez me están dando pistas para dar con el siguiente paso. Desde que murió Émilie no han dejado de asaltarme cada vez que dormía para conducirme hasta aquí. Y continúa pasando, pero realmente no sé qué significan estos últimos.

Ray estudió de nuevo el dibujo del cuaderno con el rostro serio hasta que finalmente una comisura de sus labios se elevó formando una media sonrisa.

—Si se trata de una pista espero encontrarme también ahí —dijo al fin—. No me gustaría perdermelo por nada del mundo.

Solté una nueva carcajada al tiempo que le propinaba un puñetazo en el hombro haciendo que se uniera a mí. No tenía ni idea de lo que significaban aquellos dibujos, pero al menos habían servido para alegrarme la mañana durante un rato.

Por la tarde, cansada de permanecer encerrada entre paredes, me decidí a dar un paseo por los alrededores con Llop. Mi tío me había dicho que era imposible que alguien se me llevara del pueblo pues tan solo había dos maneras de entrar o salir y ambas estaban vigiladas, de modo que después de calzarme las botas, colocarme la chaqueta y la bufanda, cogí el teléfono móvil y el cuaderno de dibujos con la intención de dibujar algo que tuviera algo más de sentido que mis últimas creaciones.

Llop me seguía expectante por toda la casa hasta que abrí la puerta y salí escopeteado desapareciendo de mi vista por momentos. Cerré sin importarme lo más mínimo su deserción, no pensaba volver a meterme en casa, aunque ciertamente me sentía más segura con él a mi lado.

El sol acarició mi cara agradablemente llenándome de paz y vitalidad como si se tratase de una recarga que necesitara de forma urgente. Eran demasiados los días que había permanecido encerrada. Desde la noche que me explicaran la verdad sobre mi familia apenas había salido a la calle, y de aquello hacía semanas. En parte, echaba de menos el bullicio de mi amada ciudad. El estrés, las calles llenas de gente con prisas, el sonido de los coches, las tiendas y el tener algo que hacer; una razón para levantarme cada mañana. Aquel paisaje era realmente bonito, pero necesitaba relacionarme con el resto del mundo, sentir que formaba parte de la sociedad y aquella soledad empezaba a agobiarme de una forma más acusada cada vez.

El lobo apareció minutos después a mi lado, encantado de corretear y jugar con la nieve. También él estaba fuera de lugar encerrado conmigo en casa. Sonreí al verlo retozar en el manto blanco como si fuera un pequeño cachorro.

Continuamos por un camino hasta llegar al otro extremo del pueblo, casi me sorprendí de no haberme cruzado con nadie. Debía de tratarse de un día entre semana. Ni siquiera sabía en qué día estaba, había perdido la cuenta cuando dejó de ser relevante. La población aumentaba considerablemente en vacaciones y los fines de semana. Mucha gente tenía una casa de domingo pues se trataba de un lugar magnífico para descansar.

Llegados a un camino que conducía a la capilla de Saint Feliu, decidí detenerme. Me encantaba caminar, pero tal vez no fuese la mejor de las ideas alejarse tanto. Me senté sobre una gran roca con vistas a la torre de vigilancia que se alzaba poderosa sobre un promontorio, mientras el lobo correteaba de un lado para otro haciendo cabriolas como si de un niño feliz se tratase. Cogí mi lápiz y el cuaderno, y abstrayéndome completamente de todo lo que me rodeaba excepto la hermosa torre, empecé a dibujar. Se trataba de un cuaderno diferente al que plasmaba mis sueños, poco utilizado pues últimamente le había dedicado muy poco tiempo a mi gran pasión.

Contenta con mi creación y sintiendo el trasero helado y dolorido de estar tanto tiempo sentada sobre la dura superficie de la roca, me levanté dispuesta a dar por finalizado mi paseo vespertino. Había perdido de vista al lobo nuevamente. Una ráfaga de aire helado me recorrió trayendo consigo pequeñas hojas caídas formando un remolino a mi alrededor. Un susurro proveniente del círculo de aire me puso el vello de punta. Habría jurado que había pronunciado mi nombre. Llop apareció de nuevo a mi lado y el remolino se deshizo como si nunca hubiese estado ahí. Inspirando profundamente continué mi camino a casa, puede que el encierro y el escaso contacto humano al que me había visto sometida últimamente empezaran a afectarme más de lo que había creído.





## Capítulo 37

Un golpe me despertó de mi profundo sueño, aunque mi cerebro aún adormilado no fue capaz de procesarlo. Llop, que dormía a los pies de la cama, levantó la cabeza mirando hacia la puerta con las orejas en punta pendiente de nuevos ruidos. Me desperecé con calma antes de levantarme y encaminarme hacia la ventana para abrir los postigos de madera con el fin de dejar entrar la luz. Los rayos del sol inundaban todo el valle, rayos que rápidamente se adentraron en la habitación dándole el toque alegre que tanto necesitaba.

Después de asearme me dirigí a la cocina a hacerme el desayuno. Advertí que era bastante tarde lo cual me extrañó pues nunca había sido perezosa. Me gustaba levantarme temprano cuando la mañana aún era oscura. Me decidí por unas tostadas y un café para despejarme. Observé por la ventana, mientras esperaba que se tostara el pan, la casa de Ray. Casi me extrañó que no se dejara caer por allí como el día anterior. Después de engullir con hambre el desayuno fregué la taza y el plato utilizados en el agua fría del fregadero. Tendría que poner al día la casa con respecto al banco, facturas e impuestos, y ponerlos a mi nombre antes de que me viera sin agua o luz, o algún otro problema mayor.

En esas estaba con el teléfono pegado a la oreja hablando con mi tío cuando entré en el salón y vi una de las sillas de la mesa tirada sobre su respaldo en el suelo.

—No tienes que preocuparte por nada —dijo la voz de Robert al otro lado del aparato—. Ya me encargué yo de ponerlo todo a tu nombre. Me conocen de toda la vida. —No hizo falta más explicación. Cuán diferente funcionaban las cosas en aquellos pueblecitos—. Lo único que no pude hacer por ti fue abrir una cuenta en el banco, podemos acercarnos un día de estos. Cuanto antes mejor.

Asentí mientras levantaba la silla del suelo sin entender cómo había podido caerse sola cuando mi mirada se topó con el bolso que por una razón u otra siempre acababa por los suelos.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí —contesté atropelladamente cayendo en la cuenta de que mi tío aún esperaba una respuesta—. Me parece genial. Cuando quieras, no es como si tuviera algo más importante que hacer.

—Perfecto. Hoy es viernes, lo dejamos para el lunes, ¿te parece bien?

—De acuerdo.

Me agaché para recoger el bolso y devolver parte de su contenido al interior. Me levanté de nuevo mientras me despedía de mi tío, cuando mis ojos se posaron en el objeto que permanecía en el suelo unos cuantos pasos más alejado del bolso.

—Pero qué... —empecé a pronunciar cuando me vi interrumpida por el timbre de la puerta.

Lo recogí del suelo y lo deposité sobre la mesa antes de dirigirme hacia la puerta con cara de estupefacción.

De nuevo el medallón había conseguido salir del bolso.

Con aquella idea ridícula en la cabeza abrí casi esperando que se tratara de Ray cuando me encontré con los rostros sonrientes de Álex y Judit.

—Sorpresa —canturreó la pelirroja.

Judit me dio un efusivo abrazo. Reí ante los besuqueos de mi amiga mientras Álex ponía los ojos en blanco y se adentraba en el interior de la vivienda.

—¿Nos has echado de menos? —preguntó Judit.

—La verdad es que aún no he tenido tiempo.

—¿Han venido a molestarte? —quiso saber Álex de camino al salón.

No fue necesario que especificara a quiénes se refería. Negué con la cabeza ya en el salón.

—Ray se pasó ayer por aquí, pero el Señor Imposible no ha dado muestras de vida.

—¿Señor Imposible? —repitió Judit en tono de pregunta alzando una ceja.

—Imposible de aguantar —contesté afirmando con la cabeza como si señalara lo obvio.

Judit y Álex se miraron antes de estallar en carcajadas a las que me uní divertida.

—¿Tienes planes?

—¿A ti qué te parece?

—Vamos a sacarte de casa —anunció Álex con una sonrisa traviesa.

—Como una noche de chicas pero sin ser de noche —continuó Judit.

—Y qué vamos a hacer, ¿un muñeco de nieve? —contesté enarcando la ceja.

Álex y Judit rieron.

—No le hagas caso —dijo Judit a Álex haciendo un gesto con la mano para restarle importancia—, a veces se pone en plan desagradable, pero enseguida se le pasa.

—Deja de hacer eso.

—El qué —respondió mi amiga.

—Hablar de mí como si no estuviera aquí.

Álex miró a una y otra con una sonrisa cada vez más amplia antes de decir:

—Esto promete ser divertido.

Puse los ojos en blanco al tiempo que le pedía a la Diosa que me diera fuerzas.

—Coge tu bañador, nos vamos a los baños termales.

La expresión de mi rostro cambió de pura dicha.

—¿Podemos?

—Por supuesto —respondió Álex—, están dentro de Llo y por lo tanto bajo control. Ayer se lo comenté a mi padre y le pareció una buena idea.

Sin detenerme a pensar un segundo, subí escaleras arriba a prepararme una bolsa con lo necesario. Maldije entre dientes al darme cuenta de que mi bañador estaba en

la maleta del gimnasio, la cual probablemente debía de estar en casa de Gérard. Rebusqué entre las cosas de mi hermana para hacerme con un bañador, chancas, toalla y una mochila donde meter todo eso. Por nada del mundo iba a perderme la salida con las chicas, la necesitaba más que el aire para respirar.

Abrí uno por uno los cajones de la cómoda hasta dar con la ropa de baño, después de asegurarme de que no había ningún bañador no tuve otra opción que elegir alguno de sus bikinis. Me decidí por la discreción de uno negro con el sujetador de triángulo y un lazo a cada lado de las braguitas. Después de colocarlo todo en una mochila bajé las escaleras de dos en dos.

Tras asegurarme de cerrar la puerta con llave, caminamos hasta el bonito Volkswagen de Álex que nos esperaba a un lado del camino.

—¿Vamos a ir en coche? —pregunté enarcando una ceja—, si no debe de haber ni quince minutos caminando.

—Lo sé, pero es más seguro; nunca se sabe.

Miré hacia la casa de Erwan con incomodidad y me apresuré a meterme en el Scirocco. Lo único que faltaba era que nos viera salir, era más que probable de que tratara de boicotearme la excursión.

Álex puso el motor en marcha mientras Judit encendía la radio con total confianza. Las voces de Icona Pop empezaron a cantar a lo que mi amiga respondió con un aplauso antes de subir el volumen unos cuantos decibelios de más. Estaba convencida de que en el pueblo de al lado también se oiría la música del coche de Álex. Judit empezó a cantar a voz en grito, a la que rápidamente me uní entusiasmada por no perder la costumbre.

*I don't care, I love it  
I don't care, I love it, I love it  
I don't care, I love it, I don't care*

Álex nos miró con el semblante divertido mientras las dos berreábamos a la vez que tratábamos de contener las risas.

Dejamos el coche justo enfrente de la puerta, prácticamente no había nadie a esas horas. Pagamos las entradas y nos dirigimos al vestuario a cambiarnos. No acababa de dar crédito al hecho de haber llegado hasta allí sin que nada ni nadie me lo impidiera. Aún no me creía que fuera a disfrutar de una mañana de relax con las chicas después de todo lo que había pasado y en lo que se había convertido mi vida.

—¿De dónde has sacado ese bikini tan pequeño? —preguntó mi amiga dándome un repaso de arriba a abajo.

Me miré dándome cuenta por primera vez de que Judit tenía razón.

—Era de mi hermana, pensé que si a ella le iba bien, a mi también —respondí encogiéndome de hombros. Ya no tenía remedio. Me metería en aquellas piscinas de agua caliente aunque fuese con una bolsa de la compra.

Álex rió al reconocer el bikini.

—Se lo regalé yo. Y no te está pequeño, es así. No tenéis ni idea de moda de baño, chicas.

—Lo que tú digas —replicó Judit mientras caminaba hacia las piscinas—, solo espero que me regales uno de esos también a mí.

Álex y yo reímos tras los pasos de la rubia. Llegamos a la piscina interior, donde dejamos las chancas y nos dirigimos a la zona exterior en donde había dos piscinas pequeñas y una grande. El aire gélido me vació los pulmones en el momento que abrimos la puerta. Hacía un día brillante y soleado, pero el frío del invierno en aquellas montañas era insostenible en ropa de baño. Rápidamente nos metimos en la que teníamos más cerca. Con un gesto de placer me apoyé en los bancos que había sumergidos a ambos lados, pese a la dificultad por que no saliese el cuerpo a flote. Estábamos completamente solas en aquella pequeña piscina. Un par de familias con hijos nadaban sin hacer mucho ruido en la más grande que quedaba por debajo de la que ocupábamos, y otros cuantos se relajaban en la de al lado que tenía burbujas como en los *jacuzzis*.

—Esto sí que es vida —suspiré de placer al tiempo que me reclinaba hacia atrás apoyando la cabeza en el borde de la piscina sintiendo la calidez del sol acariciarme el rostro.

—Oh, sí —estuvo de acuerdo Judit—, no sé si voy a querer volver a mi vida después de esto.

—Podrías abrir una consulta aquí, ya te digo yo que a más de uno le vendría bien un poco de ayuda —respondí haciendo un gesto circular con el índice al lado de la sien.

Álex soltó una carcajada al tiempo que asentía con la cabeza.

—No me importaría echar una mano a más de uno. —Una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios—. No tendría por dónde empezar. Nunca había visto a tantos hombres sexys reunidos en una misma sala.

Abrí los ojos para encontrarme con la mirada de mi amiga que sonreía tontamente.

—¿No quedamos en que te gustaba el pelirrojo?

El color subió de inmediato al rostro de Judit.

—No quedamos en nada, tú lo dijiste. Además, no es pelirrojo.

Álex pestañeó varias veces mirándonos a una y a otra.

—¿Te gusta mi hermano? —inquirió poniendo cara de repulsión.

—Es ideal para ti, te doy mi bendición. Seríamos familia oficialmente y vosotras seríais cuñadas —dije con una sonrisa traviesa—. Además, es evidente que él no es inmune a tus encantos —añadí encogiéndome de hombros antes de volver a recostar la cabeza sobre el borde de la piscina como si tal cosa.

Judit me miraba boquiabierta sin saber dónde meterse mientras una sonrisa empezaba a dibujarse en el rostro de Álex.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó con malicia la muy bruja con ganas de devolvérmela—, porque es evidente para mí que tú tampoco eres inmune a los encantos de cierto «hombre imposible».

Levanté la cabeza de golpe al tiempo que Álex desencajaba la mandíbula. Aquella salida de chicas debía de estar resultándole de lo más reveladora.

—¿Por qué tienes que ser tan bocazas? —rezongué lanzando una mirada asesina a mi interlocutora.

—¿Y eso lo dices tú?

Álex emitió un silbido ante aquella nueva información.

—No me lo puedo creer, ¿Erwan? Pero si os lleváis fatal.

—No os equivoquéis —siseé señalándolas con el dedo—. El hecho de que sea escandalosamente guapo no quiere decir que me guste. Puede que haya confundido

sentimientos después de que me rescatara, pero lo cierto es que no le soporto y está más que claro que él a mí tampoco, así que dejaos de decir memeces. —Y en parte era cierto, pero solo la última mitad de mi discurso, para mi desgracia.

No podía evitar sentir cómo mi estómago daba la vuelta cada vez que lo veía, pero era algo que no pensaba compartir con nadie porque no pensaba ir más allá. Más me valía poner mis miras en otro que tuviera un carácter más tratable.

—Es curioso que digas eso —intervino Álex— Erwan es atento y encantador, un poco mandón, pero es cierto que tú consigues sacarlo de sus casillas como nadie.

—¿Un poco mandón? Es un tirano. Espero que le vaya genial con la arpía de su novia porque son tal para cual. —Tras decir aquello, me acordé de lo sucedido en la fiesta y mirando a la pelirroja pregunté—: ¿Qué dijo Agnes de tus sospechas?

—No se sorprendió demasiado, pero sí que se enfadó mucho. No la soporta y no le gusta que ronde a su nieto. Dijo que no podía hacer nada sin pruebas, su familia es de las más antiguas del clan, pero la vigilará de cerca —respondió—. Si ella te hizo eso, tarde o temprano lo pagará.

Unos minutos después nos introducíamos en la piscina burbujeante de al lado. Ya no estábamos tan solas como al principio. Un grupo de amigos acababa de meterse en la piscina adyacente haciendo bromas y algo de más ruido. Empezaba a notarse que había llegado el fin de semana y con él los esquiadores deseosos de desconectar de su estresante vida.

Me estiré aprovechando que no había nadie más que nosotras tres en aquella piscina, disfrutando como hacía tiempo que no lo hacía. Las burbujas salpicaban mi rostro, pero no me importó en absoluto. Me concentré en la belleza del paisaje que había a mi alrededor. Se me hacía extraño estar con tan poca ropa al aire libre cuando los árboles que rodeaban los baños estaban completamente nevados.

Álex y Judit cotorreaban a mi lado encantadas la una con la otra mientras me limitaba a escuchar a ratos concentrada en mantenerme a flote.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos tú y Ray? —Oí que preguntaba la voz de mi amiga.

Mis pulmones se vaciaron provocando que me hundiera inmediatamente bajo la superficie burbujeante. Escupiendo agua me apoyé en el banco sumergido mientras Judit me miraba con gesto preocupado.

—¿Qué te hace pensar que estamos juntos?

La mirada de Judit se desplazó entonces hacia el rostro de la pelirroja al tiempo que su expresión demudaba.

—¿No lo estáis? —Álex negó con la cabeza—. He metido la pata, ¿verdad? —preguntó mirándome tras lo cual asentí con la cabeza—. Lo siento. Me parecía más que obvio por la forma en que os miráis.

—Eso es porque solo te has fijado en su comunicación no verbal —repuse con una sonrisa insolente—. Si vieras lo que se dicen no pensarías así.

—Muy graciosa, Amy —espetó mi prima fulminándome con la mirada.

—Mira Álex, de verdad que no quiero meterme en tu vida sentimental, pero deberías de plantearte si lo que pasó entre vosotros es un obstáculo tan grande como para impedir que dos personas que se quieren no puedan estar juntas.

—Pues ciertamente se trata de un gran obstáculo, sí. Y se llama Violette —arguyó Álex.

—Ay, Dios. Hubo otra —dedujo Judit negando con la cabeza.

—Violette es su madre; y menuda una. Se interpuso en nuestra relación desde el primer momento. Nunca le gusté por hacer lo que hago. Ella quería para su hijo alguien tipo Candice. Una pánfila que se quede en casa cuidando de su maridito y sus hijos mientras él saca la familia adelante y protege el clan. Igual que ella. Como sabía que yo nunca haría eso empezó a envenenar los oídos de su hijo con respecto a mí —explicó dejándome con la boca abierta.

—¿Cómo pudo Ray hacer caso de tamaña tontería?

—Al principio no lo hizo, cuando empezamos a salir, yo era un guerrero más. Pero con el tiempo empezó a molestarle cada vez más mi presencia entre ellos, hasta que me dijo que aquel no era mi lugar —continuó—. Una noche en que salimos tras la pista de la gente de Marlon tuvimos una refriega en la que salí bastante malherida. Fue entonces cuando me dio el ultimátum. Si realmente le quería tenía que dejar de luchar por el clan.

—Se preocupaba por ti —dijo Judit conciliadora.

—¡Será egoísta! —prorrumpí casi a la vez que mi amiga.

Álex asintió de acuerdo.

—Íbamos a casarnos —prosiguió con tristeza—. Aquella petición, por llamarla de alguna manera, vino dos semanas antes de la boda. Podéis imaginaros cuál fue mi respuesta dado que sigo soltera. —Levantó la mano moviendo los dedos para mostrar la ausencia del anillo de casada.

—Asco de hombres —concluyó Judit pensativa solidarizándose con la pelirroja.

—Pero ¡cómo puede ser tan cavernícola! —exclamé con una mueca de fastidio. Sabía que algo grave había pasado entre ambos como para romper la relación, pero no me imaginaba que hubiese sido el propio Ray el responsable, cuando era más que evidente que seguía enamorado de ella.

—Ahora ya sabéis por qué lo nuestro no puede ser. Yo no soy la mujer que él necesita y está visto que él no es para mí.

Asentí pensando en lo triste que era aquello cuando advertí cómo Álex se ponía tensa mirando un punto por detrás de mi espalda. Me volví para dar con el motivo de aquella reacción para toparme con la fría mirada de Erwan viniendo hacia nosotras. Iba completamente vestido, y por la expresión de su rostro no había venido a pasar un rato de relax. Había venido a dar por finalizado el mío.

—Hablando de cavernícolas —siseé sin apartar la vista del duro gesto de él.

—Será mejor que vaya a hablar con él —dijo Álex poniéndose en pie para ir a su encuentro.

Los jóvenes de la piscina de al lado lanzaron algún que otro disimulado silbido al ver a la hermosa pelirroja salir de la piscina, a lo que Erwan respondió con una mirada reprobadora. Desde donde estábamos Judit y yo no podíamos escuchar la conversación entre ambos amigos pero dada la gesticulación por ambas partes no estaba yendo del todo bien. El ceño fruncido de él y el gesto de irritación de ella se iban acrecentando a medida que la conversación avanzaba.

—Parece que está muy enfadado —dijo Judit rompiendo el silencio que se había impuesto entre nosotras desde que irrumpiera Erwan unos minutos atrás.

—Eso parece —estuve de acuerdo—. Será mejor que vaya a echar una mano a la pelirroja.

La mirada de furia que me lanzó en cuanto me vio salir de la piscina casi hizo que me diera la vuelta para seguir en sentido contrario. En cuanto llegué a su lado me agarró del brazo y empezó a arrastrarme hacia el interior del complejo sin haberme dado tiempo a decir nada.

—Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? —inquirí al tiempo que intentaba desasirme de su agarre. Me giré para ver a Álex, que negaba con la cabeza en un gesto de impotencia y a mi amiga que nos observaba con la mandíbula desencajada—. ¿Por qué tienes que montar siempre un espectáculo?

Erwan me miró de arriba a abajo sin dejar de caminar.

—Eso mismo pienso de ti.

«¿Qué quiere decir con eso?», pensé.

Era él quien me llevaba prácticamente a rastras ante las miradas curiosas de los bañistas y no al revés. Estaba empezando a sentirme furiosa.

—¿Por qué me haces esto? —pregunté abochornada cuando llegamos a los vestuarios.

—Te lo haces todo tú solita.

Me sacó la pulsera de la mano que contenía la llave de la taquilla y rápidamente se hizo con mis cosas.

—¿Por qué tenías que venir a fastidiarme el día? —inquirí incapaz de contener la rabia que sentía—. Mi tío sabía que íbamos a venir. Además estaba con Álex.

—Estás bajo mi responsabilidad, señorita —contestó visiblemente enfadado—. Me informarás cada vez que salgas y yo te diré si puedes ir.

Abrí los ojos de par en par hasta que ya no me dieron de sí.

—Y una mierda —respondí tras unos segundos en los que tardé en asimilar lo que estaba diciendo.

Erwan movió ligeramente la cabeza hacia atrás al parecer sorprendido de aquella contestación mientras yo sacaba mi ropa de la mochila.

—No es una sugerencia —afirmó en tono glacial.

—Tú no me das órdenes, ¿te enteras? —exploté apuntándole con el dedo—. Soy mayorcita y no necesito una maldita niñera.

—¿Adónde vas? —ladró Erwan al ver que me alejaba de él.

—A cambiarme, ¿o también necesito tu permiso? —Antes de que tuviera tiempo de contestar me encerré en uno de los cambiadores dando un portazo.

Incluso desde donde estaba pude oírle soltar el aire de los pulmones se forma sonora, de haber estado de humor habría sonreído. Al parecer le sacaba de sus casillas tanto como él a mí.

Me puse la ropa como pude dentro del estrecho cubículo tratando de contener las ganas que tenía de gritar. Salí de forma brusca y, sin dirigirle la palabra, introduje el bikini mojado en el interior de la bolsa junto con la toalla y las chanclas.

Ya en el exterior me condujo hacia su coche llevándome fuertemente agarrada del codo como si no fuera otra cosa que una delincuente a la que habían pillado haciendo alguna fechoría. Con gesto de disgusto y las mandíbulas apretadas abrió la puerta del copiloto haciéndome sentar en su interior de forma brusca. Lo fulminé con la mirada cuando al fin me soltó para cerrar la puerta.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —pregunté mientras él ponía el coche en marcha—. ¿Me has puesto un localizador? —añadí con sarcasmo sin dejar de mirar por la ventana. El silencio fue tan espeso que tuve que desviar mi atención hacia él para hacer que contestara, pero la expresión de su rostro me dio la respuesta—. ¿Me has puesto un localizador? —aullé con ojos desorbitados.

Erwan se llevó la mano al oído arrugando el gesto.

—Estoy aquí a tu lado, no hace falta que grites.

—¿Dónde? —Mis manos volaron sobre la chaqueta sin éxito alguno. Rebusqué en la mochila sacando cada una de las cosas de su interior y lanzándolas por doquier sin saber exactamente qué buscaba. Entrecerré los ojos al ver el teléfono móvil al fondo de la bolsa. Si me habían puesto un localizador era seguro que tenía que estar ahí —¿Cuándo? —pregunté a voz en grito mostrándole el objeto.

—Tranquilízate, ¿quieres?

—¿Que me tranquilice? —Mi indignación a la par que mi cabreo habían llegado a su límite—. ¿Que yo me tranquilice? Has sido tú quien me ha sacado de una piscina prácticamente a rastras delante de toda la gente que allí había. Ni se te ocurra decirme que me tranquilice.

Erwan desvió un momento su atención de la carretera para posar su mirada azul en mí.

—Era necesario. Después de lo que pasó toda medida es insuficiente. Si no puedo tenerte controlada en mi casa necesito al menos saber dónde estás en todo momento.

—¿Cuándo? —aullé de nuevo cortándole.

Los motivos los entendía perfectamente, aunque no los compartía. Era como estar bajo arresto domiciliario y libertad vigilada a la vez; pero lo que realmente me ponía furiosa era que hubiesen actuado a mis espaldas nuevamente.

—Ayer —dijo Erwan respondiendo a mi pregunta—. Le pedí a Ray...

—¿Raymond! —le corté de nuevo—. Debí imaginar que esa rata traidora no venía con un buen propósito a mi casa. —La ira hacía que mis manos temblaran y mi rostro adquiriera un tono rojizo.

—¿Quieres hacer el favor de relajarte? —espetó— No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? —repetí a su perfil—. Entonces, ¿por qué me entero de casualidad?, ¿por qué no me dijiste simplemente que ibas a ponerme un localizador para controlarme?

—Porque sabía que te pondrías así.

—Y eso lo justifica todo, ¿verdad? —La forma en que lo dije debió de ponerle en alerta porque volvió a desviar la vista de la carretera para mirarme. Bajé la ventanilla del copiloto ligeramente antes de continuar—. Tal vez pienses que me conoces pero no es así, no tienes ni idea de lo que lo que pasa por mi cabeza en estos momentos —añadí al tiempo que lanzaba el teléfono móvil por la ventana.

Erwan pisó a fondo el freno parando en seco la marcha del vehículo. Me miró furioso antes de bajarse del coche para recuperar el teléfono. Le observé por el espejo retrovisor pasarse las manos por el cabello varias veces en un gesto de total crispación. Había conseguido sacarlo de sus casillas nuevamente, lo cual no era fácil de ver en un hombre que guardaba sus emociones de forma tan hermética como lo hacía él.

Borré de inmediato la sonrisa maliciosa en cuanto lo vi regresar al coche. Le estaba bien empleado, así sabría cómo me sentía la mayor parte de las veces, y casi siempre por su culpa.

Tras un fuerte portazo arrancó sin decir palabra, ni siquiera me dirigió una mirada. Nos mantuvimos en silencio el resto del trayecto hasta que se detuvo enfrente de mi casa.

—Me informarás de todos y cada uno de tus movimientos que impliquen salir de esta casa —anunció con un tono frío que no admitía réplica—. Te estaré vigilando. Si no haces lo que te digo te encerraré en la mía aunque tenga que llevarte a rastras, ¿te ha quedado claro?

—Clarísimo —respondí de mala gana al tiempo que metía de nuevo en la mochila todo el contenido que había sacado minutos atrás en busca del localizador. Abrí la puerta con ademanes bruscos sin poder ocultar la rabia—. Será mejor que soluciones esto cuanto antes —espeté una vez fuera del coche.

—¿El qué?

Señalé con el dedo índice a ambos.

—Somos incompatibles. Habla con tu abuela de una vez. Cualquier otro me sirve, no soy muy exigente con las niñas —respondí antes de cerrar de un portazo dejando a Erwan con la boca abierta mientras me observaba alejarme soltando una serie de imprecaciones que hubiesen hecho sonrojar a un camionero.

De haberme girado hubiese visto una sonrisa dibujarse en sus labios mientras ponía de nuevo en marcha el Jeep. En cambio, dirigí mis pasos hacia la casa sin volver la vista atrás, presa de la más absoluta exasperación. Aquel hombre me estaba volviendo loca.



Los primeros acordes de la canción «All I need» de Within Temptation empezaron a sonar en el equipo de música a todo trapo. La música era mi terapia para evadirme de la realidad. Eso y pintar, pero en aquel momento no confiaba en mi capacidad artística para limitarme a hacerlo sobre un lienzo o papel, cuando lo que verdaderamente me gustaría sería pintar la palabra «gilipollas» en la puerta de varias personas que vivían bastante cerca.

El agua caliente resbalaba por mi cuerpo mientras me abrazaba a mí misma sin hacer otra cosa que dejarme llevar por la magia de la canción. ¿Cómo era posible que una misma persona me despertase sentimientos tan contradictorios a la vez? Cerré el grifo y agarré una toalla mientras pensaba en lo compleja que era mi relación con Erwan. Sacaba lo peor de mí y empezaba a cuestionarme si realmente sentía algo hacia él que no fuese antipatía, pues lo cierto era que últimamente nuestra relación había caído en picado. Tal vez hubiese confundido la gratitud por haberme salvado de Marlon con el amor. Ni siquiera me caía bien. Era arrogante, déspota y estaba acostumbrado a salirse con la suya. Yo no era así y él no era mi tipo. Ciertamente era que sus ojos tenían la capacidad de desarmarme por completo, pero el hecho de ser tan ridículamente guapo no cambiaba lo que había dentro de él.

Tras ponerme un pantalón negro de hacer yoga y un jersey de lana de color gris procedí a secarme el pelo con el secador. Por supuesto que había confundido sentimientos. La alegría que había sentido al oír su voz justo en el momento en que pensé que Marlon me clavaría la daga había sido tan inmensa que me había trastornado por completo. Lo había visto como un héroe, me había sacado de allí tras prometerme que no volverían a tocarme. Simplemente había hecho su trabajo y continuaba haciéndolo, aunque sus métodos eran cuestionables.

Bajé las escaleras más animada creyendo comprender la marejada de sentimientos que bullían en mi interior. Busqué algo en la nevera que llevarme a la boca pues mi estómago empezaba a rugir. Al ver la casa de Ray por la ventana de la cocina entorné los ojos con rencor. Raymond era algo más sociable que su amigo Erwan, pero igual de déspota y arrogante. Definitivamente Erwan se salía de mi prototipo. No era que tuviera un prototipo de hombre ideal, pero desde luego aquel tipo de carácter chocaba con el mío propio. Ciertamente era que mi forma de ser tampoco era del todo convencional, pero lo último que necesitaba era a alguien recordándome qué debía hacer en todo momento.

Con un sándwich en la mano me senté en el sofá mientras que con la otra sostenía el cuaderno de dibujo. Antes incluso de poder abrirlo, Llop se tumbó encima de mí intentando hacerse con mi comida. Intenté apartarlo entre risas mientras el cuaderno caía al suelo. Era bastante más fuerte que yo así que no tardó en conseguir llegar hasta su objetivo y arrancármelo de un bocado.

—Perro malo —lo reñí apuntándole con el dedo.

El lobo me devolvió la mirada con cara de no haber roto un plato e inmediatamente trató de ganarse de nuevo mi amor rozando su cabeza peluda por mi pierna. Incapaz de permanecer enfadada con aquel animal que me daba más alegrías que disgustos lo acaricié mientras él subía de nuevo al sofá y se colocaba junto a mí, estirado cuan largo era. Abrazada a mi fiel amigo me deshice de toda la tensión que aún me atenazaba sintiendo que poco a poco me deslizaba en los plácidos brazos del sueño.

Fue el sonido del teléfono lo que me despertó bastante rato después, pues había empezado a caer la tarde y la luz era cada vez más escasa. Tenía una llamada perdida de Álex. Me llevé el teléfono a la oreja para devolverle la llamada cuando el objeto que había dejado aquella misma mañana sobre la mesa llamó mi atención. Antes de que sonara el primer tono colgué, ya le informaría más tarde sobre lo ocurrido con el imposible de su amigo.

Cogí el medallón con cuidado y lo llevé hasta el sofá en donde me senté nuevamente estudiando el extraño objeto. Había salido de mi bolso en incontables ocasiones desde que lo encontrara en una caja en el despacho de mi padre. Aquel objeto era importante para la gente de Marlon, pero ¿por qué lo tenía mi padre en su poder?, y más importante aún: ¿para qué servía?

Centré mi mirada en el ámbar mientras lo sujetaba con las dos manos recordando lo sucedido la vez anterior. Erwan me había explicado que lo ocurrido con el móvil de mi hermana debía de formar parte de mi don, pero también había intentado extraer información de la muñeca de paja y no había ocurrido nada, de hecho no había ocurrido nada con ningún otro objeto que hubiese tocado desde entonces; aunque había que reconocer que mi anterior experiencia con aquel medallón era algo desconcertante.

Sentí cómo el calor aumentaba poco a poco en mis manos. El objeto estaba cada vez más caliente y un extraño zumbido empezó a sonar en mi cabeza. Era como si cientos de abejas volaran a mi alrededor. El vértigo se instaló en la boca de mi estómago, dándome una sensación de velocidad, era como si volara. Las pupilas se movían tras mis párpados como en un sueño. La imágenes aparecieron de forma borrosa, todo era azul como el mar, poco a poco adquirieron la nitidez suficiente como para reconocer el agua bajo mis pies. Todo sucedía de forma muy rápida. Volaba. Mis alas planeaban sobre el agua a gran velocidad, a ambos lados todo eran densos bosques de coníferas y altas montañas. Viré ligeramente hacia un lado alejándome del agua para sobrevolar un grupo de casas de madera que se adentraban hacia un pequeño valle. Los animales pastaban aquella tierra cubierta de verde primaveral mientras unos niños correteaban tras un pequeño can de patas cortas.

El calor del amuleto se hizo tan intenso como insoportable. En un acto reflejo aparté las manos rompiendo todo contacto. Con el corazón bombeando fuertemente en el pecho observé el objeto con asombro y fascinación. ¿Qué había sido aquello? ¿Qué se suponía que tenía que hacer a continuación?

Me paseé de un lado para otro por el salón sin dejar de lanzar miradas de reojo al extraño objeto mientras trataba de pensar.

—He sido una estúpida —me dije en voz alta—. Ha estado ahí todo el tiempo tratando de enviarme señales y no le he hecho caso. —Me pasé la mano por el pelo con frustración deteniéndome frente al medallón—. Has sido tú, ¿verdad, Émilie? Los golpes para llamar mi atención, el bolso en el suelo y el amuleto siempre a la vista.

Puse los brazos en jarras sin saber qué hacer. Me sentía perdida. Las pistas estaban ahí, pero no comprendía qué era lo que tenía que hacer.

Necesitaba ayuda. Por un momento pensé en llamar a Agnes, pero otra persona apareció en mi mente. Él había estado ayudando a mi hermana; era historiador, puede que supiera decirme algo sobre el objeto.

Me puse la chaqueta y salí decidida, seguida de Llop. Mi determinación fue disminuyendo a medida que me acercaba a la casa de Erwan. La fuerte discusión de aquella mañana acudía a mi mente una y otra vez. Me detuve ante la puerta sin acabar de decidirme cuando el aullido del lobo rompió el silencio que me rodeaba. Lo observé con el ceño fruncido unos instantes antes de que se abriera la puerta.

—¿Has venido a disculparte? —dijo Erwan apoyando el cuerpo fornido sobre el marco de la puerta mientras me evaluaba alzando una ceja.

Bufé volviendo la vista hacia mi casa planteándome la posibilidad de regresar por donde había venido.

Tarde.

Tendría que tragarme mi orgullo y tratar de descubrir lo que había detrás de aquel amuleto.

—Necesito tu ayuda.

—Creí que éramos incompatibles.

—Y lo somos —respondí pasando junto a él decidida a ignorar ciertos comentarios como aquel—. Quiero que veas algo.

Erwan me siguió hasta la cocina donde dejé el cuaderno y el bolso mientras me quitaba la chaqueta. Me observó sacar el pañuelo negro del bolso y tomar asiento en

uno de los taburetes de la isla del centro de la cocina. Con algo más que curiosidad se colocó a mi lado mientras yo desenvolvía con delicadeza la tela para dejar al descubierto el extraño medallón. Las cejas de Erwan se elevaron en un gesto de sorpresa ante lo que le mostraban sus ojos, había captado su total atención.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó desplazando la mirada del amuleto hacia mi rostro.

—Un té, por favor.

Me llevé las manos a la cara con gesto de cansancio mientras Erwan trajinaba a mis espaldas por la cocina.

—¿Azúcar?

Asentí con la cabeza al tiempo que cogía el cuaderno y lo abría por las últimas páginas dibujadas. Aquella noche había vuelto a soñar con las mismas personas. No recordaba el contenido del sueño, tan solo aquellas imágenes permanecían en mis recuerdos cual fotografías.

Erwan colocó la taza humeante a mi lado antes de tomar asiento delante del medallón. Mi teléfono empezó a sonar dentro del bolso. Era Álex. Le envié un mensaje diciéndole que luego la llamaría mientras Erwan estudiaba el objeto sin poder ocultar su fascinación.

—¿De dónde lo has sacado? —Sin apartar los ojos del amuleto lo cogió con sumo cuidado para observarlo más de cerca.

—Estaba en casa de mi padre —respondí al tiempo que depositaba el teléfono móvil sobre la mesa—, junto con las cartas de Agnes y algunas fotografías. Creo que es importante. Grâce me preguntó por él. Le dije que no sabía de lo que me hablaba, pero tu hermana sabía que mentía, de alguna forma pudo ver que lo tenía en mi poder. Adrien intentó sacarme su paradero a golpes, pero entonces me desmayé y Marlon impidió que volvieran a torturarme.

Erwan me miraba con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Su rostro había ido transformándose a medida que escuchaba mi explicación pasando del desconcierto a la furia.

—¿Hablas en serio? —Asentí advirtiendo cómo mi corazón se aceleraba por momentos, aquel tono de voz solo significaba problemas—. ¿Y se puede saber por qué me entero ahora?

—Bueno..., lo cierto es que lo olvidé. —Y en gran parte era cierto.

—¿Que lo olvidaste? —Su rostro empezó a adquirir un tono carmesí. Estaba furioso. Casi echaba de menos el enigmático Erwan que conocí semanas atrás con cara de jugador de póquer. Últimamente era capaz de sacarlo de sus casillas en cada ocasión que nos veíamos.

—Lo siento —murmuré con la vista clavada en mi propio regazo. Me sentía avergonzada pues sabía que tenía razón.

Advertí por el rabillo del ojo que Erwan se pasaba las manos por el pelo en un gesto que hacía cada vez que se sentía frustrado conmigo, cosa que últimamente se daba con bastante frecuencia.

—¿Hay algo más que hayas olvidado contarme? —Su tono de voz era más calmado, aunque la expresión de su rostro indicaba lo contrario—. Creo que este es un buen momento para que me expliques lo que ocurrió.

—No hay nada más que decir —Mi mirada se encontró con la azul de Erwan que me escrutaba como si así pudiese saber la verdad—. Ya te lo expliqué todo. Llevé el medallón a casa de tu madre el día que nos reunimos con tu abuela, pero entenderás que después de la bomba que me soltó lo olvidara —añadi refiriéndome a la reunión que tuvimos con Agnes días después de que regresara del secuestro. Agnes me había explicado lo que sospechaba que buscaba Marlon de mí, y me había dejado claro cual era mi obligación con respecto a mi papel en el clan como heredera de la sangre de la Sacerdotisa.

Erwan asintió al comprender a qué me refería.

—Está bien, continúa. —Me apremió para que prosiguiera con la explicación.

—Segundos antes de recibir la llamada de mis secuestradores tuve una experiencia extraña al tocar el amuleto. No le di más importancia pues apenas tuve tiempo para ello. Creo que mi hermana ha estado dándome pistas para que volviera a tocarlo de nuevo, puede que quiera decirme algo a través de él como hizo con su teléfono móvil.

—¿Y lo has tocado?

Asentí con la cabeza.

—Ha sido bastante confuso —expliqué—. He visto a través de los ojos de un águila que volaba sobre el mar. Era extraño porque a mi alrededor todo era bosque como si se tratase de un río, pero mucho más amplio. También vi un pequeño grupo de casas en un extremo, nada que tenga especial sentido para mí.

Erwan desplazó su atención nuevamente hacia el amuleto sin decir una palabra mientras yo tomaba a sorbos la bebida preparada por él. Su mirada se deslizó hacia los dibujos de mi cuaderno. Sintiendo mi corazón acelerarse me lo acerqué para observarlos de cerca. Los engranajes de mi cerebro empezaron a rodar. No era la primera vez que veía aquellas figuras, fueran lo que fuesen. Al pasar la página me encontré con la imagen dibujada de un niño en plena rabieta. El reconocimiento hizo que mi sangre palpitará en las sienes. Lo recordaba vagamente, pero no sabía identificarlo.

La canción «Oceans» empezó a sonar de nuevo a través de mi teléfono rompiendo el hilo de mis pensamientos. Erwan levantó la mirada del amuleto para posarla en el teléfono y después en mí. Alargué la mano con la intención de golgarlo pensando que se trataría de Álex cuando advertí que en la pantalla ponía «Marc». Me planteé durante una fracción de segundo la posibilidad de ignorar la llamada, pero finalmente pulsé la tecla de contestar algo preocupada. Puede que hubiese sucedido algo grave, desde que nos vimos la última vez nuestra relación de amistad se había ido al garete y no me había vuelto a llamar o puede que me llamara por algo relacionado con el bufete; al fin y al cabo aún era socia.

—Hola mocosa.

Sentí unas repentinas ganas de llorar al oír aquella voz tan querida, y el mote con el que se había referido a mí desde que éramos niños.

—¿Ha pasado algo? —pregunté sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Es que tiene que pasar algo para que te llame?

—No... claro que no.

—¿Cómo estás?

—Bien —contesté no muy segura de haber sonado convincente—, ¿y tú?

—Hago lo que puedo —respondió con voz apagada—. Me dijo Judit que te estabas tomando unas vacaciones para ordenar tu vida.

—Eh... sí. Es una especie de terapia, me está yendo genial.

Carraspeé al sentir la mentira quemarme la garganta.

—Me alegra oírlo. En parte también te llamo por eso. Verás —sonó algo indeciso—, quería esperar a hablar contigo en persona, es referente al bufete. Antes de que tomes una decisión al respecto me gustaría hablar contigo.

—Tranquilo, dime.



—Me gustaría comprar la parte de tu padre, siempre y cuando te parezca bien.

—Eso sería genial, Marc. Mi padre estaría encantado de que fuera así, siempre fue una empresa familiar y de ese modo seguirá siéndolo.

Ninguno de los dos dijo nada al respecto de que nuestros padres habían abrigado la idea de que la unión de ambos haría que Marc se hiciese cargo del bufete en un futuro. Él había estado encantado con la idea, aunque de sobras sabía que no era lo único que le interesaba de mí. Su amistad y amor habían sido sinceros todo el tiempo.

—Te echo de menos —dijo él.

Parpadeé varias veces sorprendida por el drástico cambio de tema.

—Yo también —me apresuré a contestar. Y era cierto, echaba de menos mi vida.

—Me gustaría verte.

En ese momento fui consciente de dónde me encontraba. Dirigí una fugaz mirada hacia Erwan que permanecía con la vista clavada en los dibujos del cuaderno que había acercado a él. Un músculo palpitaba fuertemente en su mandíbula.

—Ahora no puedo hablar, ¿te parece si te llamo otro día?

—De acuerdo. Si no lo haces pronto, te llamaré yo —respondió—. No voy a ser tan estúpido como la última vez, Amy, no voy a dejarte marchar tan fácilmente.

Abrí los ojos de forma desmesurada. Había creído finiquitada nuestra relación. Aquel giro inesperado me dejó sin palabras. Sin saber muy bien qué decir me despedí como pude y colgué. Durante unos segundos me quedé pasmada mirando la pantalla del teléfono mientras me preguntaba cuánto más podían complicarse las cosas en mi vida.

—No vas a volver a hablar con él. —Oí que decía la voz de Erwan.

—¿Perdona? —pregunté casi segura de no haber escuchado bien.

—Lo que has oído. —Mis ojos se abrieron de par en par, algo que últimamente hacía repetidas veces, si continuaba por esa línea acabaría dándolos de sí—. Es peligroso para él y por lo tanto peligroso para ti. ¿Qué crees que sucederá si la gente de Marlon se entera?

Asentí pensativa. Tenía toda la razón.

—Pero he quedado en llamarle. No puedo desaparecer así sin más, es mi amigo.

—Pues lo harás —respondió zanjando el asunto.

—No es tan fácil —repliqué—. Además tenemos un asunto pendiente que tratar.

—No vas a volver con él —afirmó con contundencia—, no creo que sea necesario que te explique los motivos. Cuando antes asumas que tu vida pasada quedó atrás mejor para todos.

Lo miré con la mandíbula desencajada. Había estado escuchando toda la conversación mantenida con Marc.

—Sé perfectamente cuáles son mis obligaciones a partir de ahora —espeté—. Pero no me estaba refiriendo a eso. Marc se ha ofrecido a comprar la parte del negocio que pertenecía a mi padre.

—Lo arreglaremos de modo que no tengas que ir. Déjame a mí.

—Las cosas no funcionan así, Erwan.

Él suspiró sabiendo que esta vez era yo la que tenía razón.

—Está bien. Le llamarás una última vez desde mi teléfono y entonces me lo pasarás. Yo me haré cargo. Tienes que entender que es la única forma de mantenerte a salvo y también a él. No pueden relacionaros de ningún modo.

—¿Y qué le digo?, ¿que me he fugado con un francés medio loco que no me deja hablar con nadie?

Erwan me observó durante unos instantes antes de que una sonrisa empezara a dibujarse en sus labios.

—Por ejemplo —respondió encogiéndose de hombros—. La creatividad es lo tuyo.

Resoplé de forma ruidosa completamente ofuscada. Sabía que tenía razón, pero no había forma razonable de hacer frente a aquella situación con Marc. Era mi amigo, podría alargar las supuestas vacaciones por un tiempo, pero tarde o temprano tendría que dar explicaciones. Puede que la excusa de que deshacerme de la empresa de mi padre en persona era algo doloroso serviría para no tener que hacerlo de forma presencial, pero el otro motivo de la llamada era algo más peliagudo de resolver.

—¿Estás segura de que lo que viste no era un lago o un río? —preguntó Erwan sin dejar de mirar el objeto.

—¿Cómo?

—Al tocar el amuleto —explicó con paciencia volviendo su atención hacia mí—. Has dicho que parecía como un gran río rodeado de vegetación por ambos lados.

Asentí regresando al tema que me había llevado a su casa.

—Estoy completamente segura de que se trataba del mar. Pude olerlo. —Erwan asintió con la cabeza como confirmando sus sospechas—. ¿Eso tiene algún sentido?

—Lo que viste es un fiordo.

—¿Y?

—Pues que este medallón procede de allí —respondió—. No sé por qué lo tenía tu madre, tendremos que preguntar a Agnes, pero lo que sí que puedo decirte es que su estilo es claramente nórdico. Su manufactura es muy antigua, pero no me atrevería a asegurar que fuese de aquella misma época, podría tratarse de una copia posterior.

—De no tratarse de una copia, ¿de qué antigüedad estaríamos hablando?

—Entre el siglo VIII y el XII, aunque por la forma de la filigrana podríamos estrechar un poco la datación. Es algo complicado, nunca había visto nada igual. No es que sea una pieza típica que digamos.

Observé de nuevo el objeto con creciente fascinación.

—¿Cómo estás tan seguro?

Erwan se remangó la camiseta dejando al descubierto sus antebrazos tatuados. No era la primera vez que los veía, pero sí la primera que prestaba atención. Ambos presentaban extraños dibujos con filigranas similares a las del medallón. Una figura zoomorfa, algo parecida a un dragón o una serpiente, se enroscaba en el antebrazo derecho mientras que el izquierdo era una maraña de nudos alrededor de lo que parecían las raíces de un árbol. Ambos se perdían bajo las mangas de la camiseta que permanecía remangada a la altura del codo.

—Dime que se trata de una casualidad —murmuré completamente desconcertada. Erwan sonrió al tiempo que asentía.

—La era vikinga es mi especialidad.

—Y eso ¿qué tiene que ver con los nuestros?

—Que yo sepa nada. —Se cruzó de brazos en un gesto tan característico suyo que provocó que la serpiente-dragón se moviera como si cobrara vida propia—. Te dije que seguía los pasos de nuestra gente a través de las fuentes históricas que nos han legado nuestros antepasados, pero no fue ese el único motivo por el cual estudié historia.

—¿Y entonces?

—Simplemente me gusta —respondió encogiéndose de hombros—. Me especialicé en la Edad Media porque fue al principio de esa etapa en la que tus antepasadas convocaron a la Diosa por primera y última vez. Ya sabes lo que ocurrió después —explicó refiriéndose a la venganza de la Gran Madre y la respuesta de algunos de sus hijos para con las sacerdotisas—. Nuestra gente se dividió en dos bandos, lo cual supuso una gran amenaza para los seguidores de la Diosa. Imagínate, hermanos contra hermanos, pero lo peor estaba por llegar. Con la expansión del cristianismo nuestra raza pasó de tener un papel relevante junto a la clase dirigente, a mantenerse completamente al margen sin llamar la atención. Es en esta época que se fragua lo que pasará años después, ya en época moderna, con la caza de brujas.

—¿Y los vikingos?

—Son paganos, pese a los esfuerzos de la iglesia por cristianizarlos nunca lo consiguieron del todo. Es por eso que tienen mi admiración —respondió con una sonrisa en los labios—. En cuanto a qué tienen que ver con nuestra gente, ya te lo he dicho: nada.

Observé nuevamente el amuleto que permanecía apoyado sobre el bloc de dibujos.

—Pues está claro que algo tiene que ver, si no, ¿por qué tenía ese objeto mi madre?

—Eso es lo que vamos a averiguar. —Su mirada recayó en el amuleto y posteriormente en el dibujo que había debajo. Con sumo cuidado lo depositó sobre el pañuelo negro para tener una vista completa de la página del bloc—. Estos dibujos son nuevos —afirmó estudiándolos con detenimiento.

—He soñado con ellos, pero no recuerdo el qué.

Erwan frunció el ceño mientras observaba más de cerca el dibujo en el que aparecían diversas personas entrelazadas formando una maraña de cuerpos desnudos.

—Es extraño —murmuró como si pensara en voz alta.

Desplacé la mirada hacia el cuaderno para ver a qué se refería.

—No preguntes. —Negué con la cabeza al tiempo que la comisura de mis labios se estiraba formando una sonrisa torcida—. No quieras saber lo que dijo Ray al verlo.

—Puedo imaginármelo perfectamente —dijo riendo. Cualquier cosa tratándose de su amigo—. Pero no me refería a eso. Esta gente no es muy natural, ¿no te parece? Tus dibujos captan perfectamente la esencia de las personas, pero estos son algo artificiales. Como si sobreactuaran.

Pestañee varias veces de forma veloz mientras centraba mi atención en los dibujos. Tenía toda la razón. De nuevo sentí los engranajes de mi cerebro moverse a toda máquina mientras pasaba las páginas de mi cuaderno hasta llegar al dibujo que me había llamado la atención antes de que el teléfono me interrumpiera: un niño en plena rabieta con los brazos medio alzados y una pierna levantada. Erwan estaba en lo cierto, era como si estuviese posando.

De repente todo cobró sentido. Como si de un *flash* se tratase, la imagen a todo color de ese niño vino a mi mente. Volví a pasar una a una las páginas del cuaderno reconociendo algunas de ellas en la vida real. No todas las había visto antes, pero estaba completamente segura de qué se trataba.

—Son esculturas —murmuré levantando la cabeza del cuaderno.

—¿Estás segura?

Asentí al tiempo que buscaba a través de Google, en el móvil, dichas figuras y se las mostraba.

—Es el parque Vigeland. —Se trataba de un parque lleno de esculturas, algunas de las cuales habían sido retratadas en mi cuaderno sin dejar lugar a dudas de que eran las mismas—. ¿A que no sabes dónde está? —pregunté llevándome las manos a la frente incapaz de creerlo.

—Sorpréndeme.

—En Oslo.

## Capítulo 39

El olor a tierra inundó sus fosas nasales en cuanto accedió a la red de cámaras y túneles subterráneos que ocultaban su centro de operaciones a los ojos del mundo. El sonido seco de sus pasos le acompañaba a través del silencio del túnel. Ayudándose de un bastón caminó en dirección a la sala en que se llevaría a cabo la reunión.

Aquella maldita noche había estado a punto de conseguir lo que tantos años llevaba esperando. Toda una vida buscando la forma de plantar cara a la Diosa para sucumbir estando tan cerca. El bastardo tenía razón; los había subestimado a todos, pero sabía aprender de los errores.

Abrió la puerta de la gran sala donde sus discípulos esperaban sentados alrededor de la mesa. Grâce, su mano derecha, se apresuró a ofrecerle asiento mientras hacía que todos los allí presentes guardaran silencio con una simple mirada.

—Gracias querida.

Se sentó con disimulado esfuerzo maldiciendo una vez más a su hijo por haberle destrozado la pierna, jamás pensó que tuviera agallas para hacer semejante cosa a sangre fría. Había que reconocer que era digno hijo de su padre. Hubiese sido más fácil si se hubiera ceñido a los planes que tenía para él. Era un rival digno, pero estaba en el bando equivocado y eso le iba a costar la vida.

—¿Alguna novedad? —preguntó mirando a Grâce y Adrien.

—Han triplicado las medidas de seguridad —respondió Adrien—. Es imposible acercarse a ella.

—La buena noticia es que en contra de lo que dispuso Agnes se ha trasladado a casa de su hermana en donde vive sola —explicó Grâce.

—Qué interesante e insensato. —Una de las comisuras de sus labios se elevó formando una fría sonrisa.

—Al parecer Agnes decidió que era mejor que viviese en el pueblo, más controlado ahora, que en la casa del sanador —prosiguió la mujer—. La encomendó al cuidado de tu hijo, pero parece ser que no se llevan demasiado bien y ha decidido hacer oídos sordos a la vieja bruja.

—No me pareció eso la noche del ritual.

—Ni a mí tampoco —estuvo de acuerdo Adrien.

Grâce se encogió de hombros dando a entender lo poco que le importaba el asunto.

—Eso es todo lo que sabemos.

Marlon asintió con la cabeza.

—Hay que seguir con el plan. ¿Qué hay del amuleto?

—No ha podido acceder a la casa.

—Pues que lo haga. Necesitamos el amuleto y la necesitamos a ella. Empiezo a perder la paciencia.

—Me reuniré con mi informante hoy mismo.

El sol besó mi rostro en cuanto abrí la contraventana. La vista desde mi dormitorio era tan preciosa como la de una postal. El cielo azul contrastaba con el brillo de la nieve predominante en aquella estampa. Había nevado buena parte de la noche pues las ramas de los árboles estaban cargadas de blanco. Me encantaría poder pintarlo. Con una sonrisa en el rostro decidí hablarlo con Álex o Gilles, necesitaba hacerme con unos lienzos de forma inmediata. Era hora de regresar a ciertas rutinas y aquella mañana empezaría con una de ellas.

Había quedado con Max en poco más de diez minutos. La tarde en que saliera a pasear con Llop, de regreso a casa, me lo había cruzado mientras él hacía estiramientos en un cruce de caminos. Habíamos charlado un rato y quedado para correr juntos la próxima vez. La idea de retomar algunos de mis antiguos hábitos me llenaba de júbilo. Por fin podría salir a liberar el exceso de energía y tensión acumulada, tantos días sin hacer nada le habían pasado factura a mi equilibrio emocional. Necesitaba poner algo de normalidad en mi vida, pese a que las circunstancias eran de todo menos normales.

Tras recogerme el pelo en una coleta, observé mi imagen en el espejo. No estaba mal si teníamos en cuenta que mi ropa de deporte permanecía en una pequeña maleta que debía de estar en casa de Gérard, de modo que había tenido que buscar entre las cosas de Émilie. Había encontrado unas mallas de correr en uno de los cajones de la cómoda, como siempre, eran de mi misma talla. También me había hecho con una camiseta térmica y un cortavientos rosa a juego con las zapatillas. Era increíble la fascinación que tenía mi hermana por dicho color. Me había decidido por las zapatillas de Émilie, pese a tener las mías propias, pues eran para correr por montaña mientras que las mías tenían la suela completamente plana.

Mi buen humor se congeló en el momento en que vislumbré el teléfono móvil sobre la mesa de la cocina. La imagen de Erwan sacándome prácticamente a rastras de los baños termales hizo que se me revolviere el estómago. Me había amenazado con encerrarme en su propia casa si volvía a salir sin decírselo antes, y le conocía lo suficiente para saber que sería perfectamente capaz de hacerlo sin titubear. Cogí el teléfono planteándome la posibilidad de dejarlo en casa, aunque sabía que era un error no avisarle pues tarde o temprano se enteraría. Empecé a escribirle un mensaje con la esperanza de que no lo leyera en aquel momento. ¿Y si me decía que no? El muy cretino me había dicho que si me movía de casa le avisara y que entonces él decidiría si me daba permiso o no. Con el ceño fruncido borré lo que había escrito revelándome contra aquella estúpida imposición. No iba sola y Max me había dicho que no saldríamos de Llo, ¿qué problema había?

Rápidamente tecleé un nuevo mensaje:

«Te informo de que salgo a correr con Max».

A continuación pulsé enviar. Con una sonrisa ladeada tecleé de nuevo:

«No te estoy pidiendo permiso».

Guardé el teléfono en el bolsillo trasero de las mallas y salí a estirar mientras esperaba a Max. Llop aguardaba en la puerta ansioso, como si supiera lo que le esperaba a continuación.

—Que conste que estoy un poco oxidada —dije a mi compañero mientras emprendíamos la marcha minutos después.

—¿Ya empiezas con excusas?

—No son excusas. En un par de días podré dejarte atrás sin problemas.

La risa de Max resonó a nuestro alrededor.

—Eso ya lo veremos, listilla.

Sentí el peso del oxígeno en los pulmones a los pocos minutos de empezar. Tal como me sucediera la vez anterior, la fuerte presión hacía que me sintiera mucho más

pesada provocando que mi cuerpo trabajase por triplicado.

El aire helado golpeaba mi rostro poco acostumbrado al frío, pero por primera vez en mucho tiempo sentí que podría sobrellevar todo aquello sin acabar volviéndome loca. Tan solo necesitaba ciertas dosis de normalidad en mi día a día.

Llop corría delante de ambos, adelantándose de vez en cuando para regresar a los pocos minutos con el pelaje cubierto de nieve. Estaba claro que a mi querido amigo le gustaba darse homenajes sobre la nieve y que estaba disfrutando de lo lindo.

Descubrí en Max a un tipo de lo más interesante. Era un apasionado de la montaña y cualquier deporte que pudiera practicar en ella. Se había definido a sí mismo como un vividor y verdaderamente me había gustado su filosofía de vida. Era una de esas raras personas con las que a uno le gusta estar simplemente por la gran cantidad de energía positiva que desprende.

—¿Cuál es tu don? —le había preguntado llevada por la curiosidad.

Max me dirigió una pícaro sonrisa acompañada de sus dos fabulosos hoyuelos.

—Soy increíblemente guapo —respondió guiñándome el ojo como si fuese lo más obvio del mundo.

Reí a carcajadas lo que provocó que tuviera que parar a tomar aire bajo la mirada divertida de mi compañero de fatigas. Llevábamos casi una hora corriendo y estábamos a unos metros de llegar al punto de partida.

—Tengo flato —anuncié tras limpiarme las lágrimas al tiempo que colocaba la mano derecha bajo las costillas sin dejar de caminar.

—Te dije que no estabas a mi altura —respondió con una sonrisa petulante.

—Has jugado sucio.

La mirada exageradamente inocente de Max me provocó nuevas risas que se congelaron en mi rostro al vislumbrar la alta figura que esperaba apoyada en la verja de mi casa. El rostro de Erwan permanecía impertérrito mientras nos observaba acercarnos por el camino. Sentí cómo todas y cada una de las fibras de mi ser se ponían tensas cuanto más nos aproximábamos a él. Estaba segura que su presencia allí no auguraba nada bueno. La tregua de la tarde anterior se había ido al garete. El Erwan con el que podía conversar, e incluso divertirme, había desaparecido dejando paso a su insufrible otro yo.

—Aquí tienes a tu chica —anunció Max a modo de saludo, bastante despreocupado, si notó la tensión que reinaba en el ambiente decidió ignorarla mostrando una de sus formidables sonrisas—, sana y salva como te prometí. —Erwan asintió mientras yo lo miraba anonadada. Si no me hubiese sorprendido tanto por el hecho de que había sido informado por Max de que saldríamos a correr le hubiese soltado una fresca en cuanto a lo de su chica—. Puede que necesite un par de días de reposo para recuperarse, nada importante. Tal vez quieras replantearte lo de correr después de esto.

—Ni lo sueñes, listillo.

Max rió mientras yo lo fulminaba con la mirada antes de acabar riéndome también. Erwan observaba la escena con una máscara inescrutable en el rostro sin dejar ninguna pista de lo que pasaba por su cabeza.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó Max mirando a su amigo.

Erwan asintió sin ofrecer más explicación al rubio que, con una pícaro sonrisa, se despidió antes de proseguir su camino.

Un viento helado arremolinó pequeñas hojas alrededor de ambos depositándolas a nuestros pies. Llop gimió al tiempo que ladeaba la cabeza con la atención fija en nosotros como si sus ojos pudiesen ver algo que se nos escapaba. Lo miré algo extrañada antes de dirigir mi mirada a Erwan que se encogió de hombros sin darle más importancia.

—Le he hablado a mi madre del medallón —anunció de repente.

—¿Sabe qué es?

Erwan asintió.

—Va a venir a casa a comer —comentó—, Gérard también. Me ha pedido que te invite para poder explicarte lo que sabe.

—¿Una comida familiar?

Una sonrisa ladeada se dibujó en su perfecto rostro provocándome una conocida sensación de vértigo.

—Algo así —respondió—, aunque eso suena algo más multitudinario y nosotros somos solo tres.

Desvié la vista hacia mis pies mientras lo pensaba. La intensidad de su mirada azul empezaba a ponerme nerviosa. Casi había esperado que me cargara sobre su hombro y me llevara a su casa cuando lo había visto apoyado en la verja. ¿Era posible que se hubiese acercado a mi casa simplemente para invitarme a comer? La tarde anterior nos habíamos entendido, juntos habíamos formado un buen equipo. Me había prometido que investigaría sobre el asunto del medallón y la relación que podía haber con mi madre. El hecho de que mis sueños pudieran estar conectados de algún modo al origen del amuleto y que Grâce se hubiese mostrado tan interesada en él hacía de todo ello un asunto de suma prioridad.

—¿Crees que tendrás una respuesta para antes de que me congele de frío? —Levanté la vista y empecé a negar con la cabeza cuando él añadió—: Se nota que no conoces a mi madre. Si ella o mi abuela te piden o sugieren algo lo haces y punto. Siempre se las ingenian para que acabes haciendo lo que ellas quieren.

—¿Y tú te crees diferente? —contesté en tono mordaz. Erwan sonrió ante aquella bien merecida pulla.

—Me gusta pensar que sí —respondió con descaro—. De no ser así no habría pasado por alto tu impertinente mensaje de esta mañana. —Mis ojos se abrieron de par en par mientras él me regalaba una sonrisa desvergonzada que hizo que mis piernas se pusieran a temblar—. Nos vemos a la una, sé puntual.

Varias veces me planteé la posibilidad de quedarme en casa, pero finalmente pudo conmigo el deseo de saber algo más sobre el misterioso medallón de mi madre. Aquella información bien merecía la pena.

Al salir por la puerta fui empujada por el lobo, que de ninguna manera pensaba quedarse en casa.

—No, tú no vienes —dije apuntándole con el dedo mientras el animal me miraba con adoración—. Está bien —claudiqué poniendo los ojos en blanco—, haz lo que quieras, total, aquí todo el mundo hace lo que le da la gana.

Subí la cuesta que me llevó a la casa de Erwan seguida de Llop, sintiendo algunos calambres en las piernas doloridas debido al notable esfuerzo de aquella mañana.

El rostro de Constance se iluminó nada más verme, haciendo que me sintiera culpable por mi poca predisposición inicial para asistir. La madre de Erwan y Gérard era encantadora y me hacía sentir como alguien especial, como una más de su propia familia. Aquel pensamiento me llevó a mi hermana pues esta había sido su familia. Al menos, había estado rodeada de buenas personas que la querían. Mi mirada se cruzó con la de Gérard mientras me encontraba rodeada por los cálidos brazos de su madre. Me saludó con una sonrisa tímida mientras que su otro hermano nos observaba con una expresión de autosuficiencia que parecía querer decir «te lo dije».

Llop se precipitó sobre el pecho de Gérard encantado de verlo de nuevo. Observé la escena con el corazón encogido. Para ser un lobo le gustaban mucho las muestras de afecto, aunque no con todos era igual. Reconocía a las personas que habían sido cercanas a su anterior ama, no había más que ver que su afecto por Gérard era especial. El gigante rubio rió con ganas al recibir un lametón en la boca. Con gran esfuerzo lo hizo bajar mientras se pasaba la manga de la camisa por la cara para

limpiarse el rastro baboso del animal.

—Lo siento —dije algo azorada—. intenté dejarlo en casa, pero ya sabéis cómo las gasta. Hace lo que quiere.

—Tanto mejor si siempre está contigo —contestó Constance—. Hace que más de uno se lo piense dos veces antes de acercarse a ti con malas intenciones.

—Es extraño, ¿no os parece?

—Creo que la Gran Madre os lo envió.

Gérard resopló.

—La Gran Madre podría dedicarse a otras cosas más efectivas que enviar regalos divinos.

—Gérard —lo reprendió su madre—, no se te ocurra ofender a la Diosa.

—Ella me ofende a mí con sus actos —replicó—. Es su sangre directa la que está en peligro y sin ningún tipo de protección.

—Eso no es cierto, nos tiene a nosotros.

Miré a madre e hijo alternativamente mientras que Erwan se mantenía de brazos cruzados ajeno a la conversación.

—Ya ves tú de qué le sirvió a Émilie —espetó a su madre—. ¿Hace falta que te recuerde lo que pasó hace un par de semanas con Amy?

Constance bajó la mirada, ¿qué podía decir frente a eso? Su hijo tenía razón, pero tenían que seguir luchando, si la Diosa no había acabado con la gente de Marlon debía de ser porque realmente no podía hacer nada.

—Eso no va volver a ocurrir —afirmó Erwan destilando seguridad.

—Claro que no va a volver a ocurrir, lo que digo es que ella debería de hacer algo por una vez.

—Os ha puesto a vosotros al cuidado de Amy, ¿te parece poco? —contestó su madre.

Gérard bufó de nuevo, aunque esta vez calló lo que pasaba por su cabeza. Llop aprovechó que me encontraba sentada en una silla para subirse sobre mí cual si fuera un pequeño gatito. Aquello provocó algunas risas, eliminando cualquier resquicio de tensión en el ambiente.

Constance me hizo sentar a su lado en la mesa, mientras Gérard quedaba justo enfrente y su hermano junto a él. Erwan descorchó una botella de vino y comenzó a servirlo de forma experta en las copas. Antes de llenar la mía me miró con gesto interrogante.

—Si no te importa prefiero agua. —Erwan asintió, antes de que tuviera tiempo de levantarse me adelanté—. Ya voy yo.

Abrí un par de armarios antes de encontrar los vasos. Observé fascinada aquella magnífica cocina mientras llenaba una jarra de agua que había sobre la encimera. Todo en aquella casa era tan masculino como su propietario.

Me giré al oír que alguien entraba en la cocina para encontrarme con la mirada afligida de Gérard.

—Amy, yo... —titubeó— necesito aclararte algo.

—No es necesario. Sé lo que pasa.

—¿Lo sabes?

Asentí.

—Ray me hizo abrir los ojos. —Gérard me miró como si no se atreviera a respirar a la espera de mi reacción—. Créeme que lo entiendo. El otro día encontré unas fotos de mi hermana en casa, el parecido es tan asombroso que me puso el vello de punta. Es demasiado reciente, y tú necesitas superarlo sin que yo ande por ahí recordándotela a cada momento.

Gérard apretó los labios formando una fina línea antes de hacer un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Tendrías que haber hablado conmigo.

—Lo sé —respondió apesadumbrado—. Creí que podría con ello, pero no fue así.

—Entendería que no quisieras tenerme cerca.

—Eso nunca. Necesito que formes parte de mi vida, Amy. Eres parte de ella y yo no quiero perder eso. —Comprendí a qué se refería sin necesidad de más explicación. Em y yo no nos habíamos conocido, pero sentía la conexión pese a que estaba muerta.

—Entonces, ¿volvemos a ser amigos?

Gérard sonrió envolviéndome en sus brazos.

—Amigos... y cuñados —respondió.

—Admito que te he echado de menos.

—Y yo a ti, pequeña —contestó él apoyando la barbilla en mi cabeza tras darme un casto beso en la frente.

Al levantar la vista me encontré con la mirada de su hermano que observaba la escena con un gesto indescifrable en su semblante.

—¿Habéis terminado?

La comida estaba deliciosa, agradecí la compañía pese a las reticencias que había tenido al principio. Ahora que mi relación con Gérard volvía a la normalidad me sentía como en casa entre aquellas personas.

Constance me habló de su familia durante la comida del mismo modo que yo me abrí a ellos respondiendo a las preguntas curiosas de la mujer.

Al poco de nacer Erwan, Constance se casó con un guerrero del clan que la pretendía desde hacía años. Gérard nació un par de años después de que sus padres se unieran en matrimonio. Todo había sido maravilloso hasta que en un encuentro con el enemigo su padre cayó herido. Para cuando lo trajeron al pueblo había muerto y ya no pudieron hacer nada, dejaba tras de sí una esposa y dos hijos de siete y cuatro años.

Constance había sacado adelante a sus dos hijos y era evidente que, pese a las carencias de una figura paterna, lo había hecho estupendamente pues la relación que ambos tenían con su madre era cuanto menos envidiable.

—Recogiendo las cosas de Marie de su dormitorio encontré una muñeca de paja como las que dejaron en vuestras casas —anunció la mujer refiriéndose a las encontradas en la mía y la de Gérard respectivamente.

—Eso nos deja pocas dudas sobre su implicación con Marlon y los suyos —apuntó Erwan. Constance asintió.

—Casi no puedo creerme que aquella dulce muchacha pudiera estar pasando información a nuestro enemigo. A saber qué les ha contado.

—¿Entonces fue ella la que provocó tu extraña enfermedad? —pregunté.

—Desapareció con ella —confirmó al tiempo que asentía.

—Sigo sin verle el sentido —señaló Gérard con gesto contrariado—. ¿Por qué implicar a un humano? Es muy peligroso y Marlon no es estúpido. Sería mucho más útil atraer o amenazar de algún modo a uno de los nuestros para que actúe. Ella no sabía nada, y en todo caso, ¿por qué deshacerse del topo?

—Porque ya había conseguido su objetivo —respondió su hermano.

—No, su objetivo acabará cuando venza a la Diosa. Sabía perfectamente que no íbamos a parar hasta tener a Amy con nosotros de nuevo. Si Marie nos espiaba, cosa que dudo, ¿por qué eliminarla tan pronto de la ecuación?

—Esperaba que yo me uniera a sus filas. —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla mientras hacía frente a la mirada de sorpresa de su hermano—. Dijo que tenía planes para mí y que me haría cambiar de opinión.

—Pero si ya le dijiste dónde se podía meter su oferta, ¿qué esperaba ahora?

—Creo que pretendía hacerme chantaje. Con Amy en su poder podría manipularme cuanto quisiera.

—Manipularte ¿con qué? si de ninguna forma iba a permitirme volver —repliqué.

Erwan me miró con aquellos ojos azules que provocaban el caos en mi interior durante unos segundos antes de responder:

—Hay muchas formas de tratar a tu enemigo y, en caso de no necesitarlo, de acabar con él.

Tragué saliva sintiendo cómo mi estómago se revolvía al recordar cómo había sufrido a manos de Adrien. Un escalofrío me recorrió con solo pensarlo.

—No debes preocuparte por eso. —La mano de Constance se posó sobre la mía al ver cómo me afectaba la sola mención del Monstruo y su gente—. No vamos a permitir que se salgan con la suya, pero debes de entender que toda medida de seguridad es poca, Amy. Deberías de replantearte lo de vivir sola en tu casa, aquí estarías mucho más segura.

—Y lo entiendo, de veras, pero ¿hasta cuándo? Por lo que a mí respecta esta situación es permanente, voy a estar en peligro siempre.

—Hasta que encuentres a tu hombre —respondió la mujer—. Cuando lo hagas será él quien se encargue de protegerte y no tendrás que seguir viviendo aquí. A no ser que elijas a mi chico, entonces, además de hacerme la persona más feliz del mundo, sí que sería este tu hogar de forma permanente. —Erwan se atragantó con el vino que estaba bebiendo mientras que mi rostro debía de adquirir un tono rojizo porque lo sentí arder—. Marlon quiere ser el padre de tu primogénita, es por eso que es tan importante que te adelantes a sus planes.

Sabía que era la primera hija la que proseguía la línea de descendencia de la Sacerdotisa porque Agnes me lo había explicado. Mi caso había sido especial pues al ser gemelas cualquiera de las dos podía ser la elegida para continuar con la estirpe. Habían decidido quedarse con Émilie al nacer porque era la mayor, pero no descartaron nunca la posibilidad de que no fuera ella y por eso me habían protegido desde la distancia con la clara intención de poder contarme la verdad algún día.

—¿Y qué si se adelanta? —la cortó Gérard con aspereza—. Hará lo imposible porque esta no nazca y si lo hace será la niña la que esté en el punto de mira, nunca dejarán de estar en peligro.

—Y no lo he negado, pero por alguna razón ese monstruo está desesperado porque sea su sangre la que se una a la de la Sacerdotisa. Puede que sepa algo que nosotros desconocemos —afirmó encogiendo de hombros—, de cualquier forma necesitas un padre para tu hija y cuanto antes mejor —añadió dirigiéndose a mí nuevamente—. No me mires así, querida. En otros tiempos los miembros del clan elegían al mejor candidato para unir su sangre a la de la Sacerdotisa y la joven lo acataba como correspondía.

—Es una suerte entonces que pueda elegir yo —repliqué sin poder contener el sarcasmo.

El teléfono de Gérard sonó justo en aquel momento desviando la atención del tema por momentos. Era del hospital, uno de sus pacientes que permanecía en observación había tenido una recaída y lo estaban preparando para operar. Erwan se apresuró a acompañarlo a la puerta mientras este se despedía de su madre y de mí con un beso.

Aproveché la salida de los dos hombres para ir al baño. Apoyé la espalda sobre la puerta cerrada emitiendo un sonoro suspiro. Aquella conversación había acabado siendo demasiado intensa para mi equilibrio emocional. Comprendía cuál era mi deber con el clan, había necesitado unos cuantos días, pero finalmente lo había asimilado; por alguna razón había creído que tendría algo de tiempo para llevarlo a cabo.

Al entrar de nuevo en el salón donde me esperaba Constance, me crucé con la mirada de Erwan que justo aparecía en aquel momento por la otra entrada del salón.

—¿Por qué no nos hablas del medallón? —preguntó a su madre antes de darle tiempo de continuar con la conversación anterior.

Solté el aire que sin querer había estado conteniendo desde que entrara en aquella estancia. Me apresuré a sacarlo del bolso y ponerlo en la mesa mientras volvía a tomar asiento.

—Efectivamente perteneció a tu madre. —Asintió al tiempo que lo recorría con la mirada—. Le habíamos perdido la pista.

—¿Por qué lo quiere Marlon? —preguntó su hijo con el rostro serio.

—No lo sé. Vuelvo a decirte que ese hombre sabe más que nosotros. —Aquella respuesta me produjo un escalofrío que no pasó desapercibido para Erwan, que me lanzó una fugaz mirada antes de volver su atención hacia su madre—. Lo único que puedo decir es que ha pasado de generación en generación entre las mujeres de tu familia, Amy. No sabemos cuál es su finalidad ni desde cuándo, pero como veis es muy antiguo. El ámbar es considerado una piedra semipreciosa pese a no ser una piedra, ya que se trata de una resina fosilizada. Ha sido utilizada por el hombre para hacer todo tipo de amuletos por los enormes poderes que se le han atribuido. De entre ellos se le ha otorgado el poder de la fertilidad —explicó mientras lo cogía con cuidado—, puede que fuese esa la finalidad, pero realmente lo desconocemos pues también es un extraordinario protector contra la magia negativa.

—Erwan cree que podría ser de origen vikingo.

Constance miró el precioso amuleto al tiempo que asentía.

—La mayor concentración de ámbar en el planeta está precisamente en el báltico. Sería perfectamente posible.

—Son las lágrimas de Freya —apuntó Erwan con el semblante pensativo como si acabara de caer en ello—. Según la mitología nórdica, cuando su esposo se alejó de ella derramó lágrimas de tristeza que al caer en aguas del Mar Báltico se convirtieron en ámbar.

—¿Freya no es la diosa del amor y la fertilidad? —pregunté con el ceño fruncido. Erwan asintió con la cabeza sin dejar de mirar el amuleto.

—Puede que ahí tengamos nuestra respuesta, aunque se me escapa qué tiene que ver el panteón nórdico en todo esto y por qué lo guardaba tu padre —señaló Constance volviendo a colocar la pieza sobre el pañuelo.

—Debió de llevárselo de recuerdo, puede que pretendiera dármelo algún día para que tuviera algo de ella. En el sueño que tuve, vi que ella lo llevaba prendido del cuello la noche en que murió.

—Parece que este medallón es algo más que un simple objeto que ha pasado de madre a hija por simple tradición —comentó Erwan—. Si Marlon lo quiere es porque debe de ser importante.

Explicé a la mujer lo que había visto al tocar el amuleto, las veces que lo había encontrado fuera del bolso y los sueños que me llevaban a Oslo. Erwan me pidió que estuviera muy atenta a cualquier nuevo sueño y que inmediatamente lo dibujara. Parecía como si el propio amuleto me estuviera dando pistas para desentrañar aquel inusitado misterio.

## Capítulo 40

Tras lavarme los dientes y la cara, me dirigí al dormitorio sintiéndome completamente agotada. La salida de aquella mañana con Max había empezado a pasarme factura debido a la falta de costumbre, aunque no me arrepentía de nada. Me tomaría el día siguiente de descanso, pero ya había quedado con Max para correr el día después y lo cierto era que lo estaba deseando.

La figura del enorme lobo ocupando la mitad de la cama me hizo sonreír. Se había estirado sobre el edredón levantando apenas la cabeza cuando me vio aparecer. Ni siquiera me molesté en apartarlo. Él había decidido que su sitio era ese y nada ni nadie le haría cambiar de opinión. Aquel animal era indomesticable y lo adoraba por ello.

Un sonido me despertó. Por un momento pensé que se trataría nuevamente del bolso que caía constantemente para hacerme tocar el medallón, pero aquello no tenía sentido pues lo había guardado en uno de los cajones de la cómoda, bajo la ropa interior. Advertí que Llop no estaba junto a mí en la cama. Probablemente había bajado a beber agua y eso me había despertado, últimamente tenía el sueño demasiado ligero.

Estirándome de nuevo, cerré los ojos sintiendo cómo el sueño volvía a mecarme en sus brazos hasta que otro golpe me puso en estado de alerta. Estiré la mano en la dirección hasta dar con el interruptor de la lámpara situada en la mesita de noche llevándome una gran sorpresa cuando esta no se encendió. A tientas, busqué el interruptor de la pared, pero este tampoco funcionó.

No había luz.

Con el corazón a punto de salirme por la boca, busqué por el suelo los gruesos calcetines con los que caminaba por la casa y rápidamente me los coloqué. La idea de que alguien pudiera haber entrado era estúpida. De ser así Ray lo sabría y entonces vendría, o eso quería pensar. No había de qué preocuparse, vivía a tan solo medio minuto, lo mismo que Erwan. Con ese pensamiento en mente avancé a tientas tocando la pared hasta dar con la barandilla de la escalera. Agucé el oído confirmando mis sospechas: allí había alguien.

Un sudor frío recorrió mi espalda. El miedo se apoderó de mí paralizándome por completo. La posibilidad de acabar nuevamente en manos del Monstruo hizo que casi cayera el suelo. Con el corazón a punto de estallar en el pecho me dirigí de regreso al dormitorio sin saber qué hacer a continuación. Frenética, busqué el teléfono móvil como pude, pero me fue imposible dar con él.

Un sonido ahogado llegó a mis oídos procedente de la habitación de al lado. Quien fuera que estuviera allí trataba de hacer el mínimo ruido posible. Aquella era mi oportunidad de bajar a la planta inferior y salir a la calle, pues después de hacer lo que estuviera haciendo en aquella habitación iría a la mía y, entonces, me encontraría. Rápidamente, y sin hacer ruido, me dirigí nuevamente hacia las escaleras. Poniendo mucho cuidado en cada pisada, comencé a bajar los escalones. La madera crujió bajo mis pies de forma escandalosa haciendo que el corazón saltara del pecho hacia la boca. Comencé a bajar las escaleras con prisas pensando que tal vez no hubiese sido tan buena idea salir de mi escondite pues había la posibilidad que la persona que estaba arriba no actuara sola y abajo hubiese alguien más. Sin tiempo de arrepentirme llegué al pie de la escalera cuando tropecé con algo que me llevó de bruces contra el suelo provocando un gran estruendo. Desorientada y a punto de desfallecer debido al miedo que me atenazaba busqué a tientas en el suelo lo que había provocado mi caída. La noche era tan cerrada que apenas se distinguían las sombras, ninguna luz entraba a través de los ventanales del porche que daban al jardín.

Mi mano chocó con algo suave y cálido al tacto. Un frío helado se instaló en mi espina dorsal. Con la sangre martilleándome la cabeza pasé las manos por encima como si de ese modo pudiera ver. Un gemido escapó de mis labios al comprender que se trataba de mi lobo y que este yacía inerte en el suelo. Lo zarandé con delicadeza pero no respondió.

—No, no, no, no.

Las lágrimas se agolparon en mis ojos a la vez que un sollozo salía de lo más profundo de mi garganta.

Al oír unos pasos precipitarse por las escaleras salí disparada hacia la puerta de cristal que daba al jardín. Un frío doloroso se apoderó de mi cuerpo que apenas estaba cubierto por un pijama y unos calcetines. Corrí como nunca antes lo había hecho hacia la casa de Ray. Crucé el jardín a través de los árboles y salté el pequeño arroyo que separaba nuestras casas. Cegada por las lágrimas, tropecé con una piedra que lastimó mi pie semidescalzo llevándome directamente contra el suelo. Puede que fuera la adrenalina o, tal vez, el instinto de supervivencia lo que me hizo levantar sin siquiera volver la vista atrás para acabar de recorrer la distancia que me separaba de la casa de mi amigo.

Aporré la puerta entre gritos desesperados durante un tiempo en el que creí que moriría de terror. El rostro alarmado de Ray me recibió al otro lado al verme de aquella guisa.

—Joder, Amy, ¿qué ha pasado?

Intenté explicarle lo ocurrido, pero lo único que salía de mi garganta era un sollozo tras otro. La imagen del lobo tendido sobre el suelo acudía a mi mente una y otra vez.

—Tienes que tranquilizarte.

Intentó llevarme hacia el interior de la casa, pero me negué en redondo. Tenía que comprobar con mis propios ojos lo que le habían hecho a Llop. Puede que estuviese herido y necesitara mi ayuda.

—Han entrado en mi casa —logré articular.

Soltando una maldición fue en busca de su teléfono móvil. Advertí que hablaba con alguien un par de frases y colgaba al tiempo que sacaba una pistola y la guardaba en la cinturilla de detrás del pantalón.

—Quédate aquí.

Horrorizada con la idea de quedarme sola nuevamente negué con la cabeza. Mi cara debió de ser todo un cuadro pues me permitió ir con él.

El frío me había calado los huesos. Mis pies se hundían en la nieve tras los pasos de Ray con la escasa protección de los calcetines, ahora mojados. Al llegar a la puerta por la que había salido huyendo hacia apenas unos minutos, Ray me colocó tras su espalda al tiempo que ponía en mis manos un puñal. Su tacto me pareció tan gélido como el que sentía en los pies. Con manos temblorosas lo empuñé consciente de que en caso necesario no dudaría en usarlo. Aquella gente había matado a mis seres queridos y no dejarán de seguir haciéndolo hasta ver cumplidos sus objetivos. Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en ello mientras miraba la oscura figura de Ray.

Al llegar a la altura en la que sabía que se encontraba Llop me agaché en su busca. Ray continuó con paso sigiloso mientras yo tanteaba con las manos en la oscuridad, temerosa de lo que iba a encontrarme.

La luz volvió repentinamente cegándome por momentos. Busqué la figura que yacía en el suelo con el corazón en la boca mientras mis ojos iban adaptándose. No se movía, ni siquiera respondía a mi contacto.



—Han hecho saltar los fusibles —dijo la voz de Ray al llegar al salón—. No hay nadie en esta planta, y dudo que arriba... —Su voz fue perdiendo intensidad hasta quedar en silencio al ver el cuerpo inerte de Llop en el suelo—. ¡Malditos hijos de puta! —Sacó el arma de detrás del pantalón y subió las escaleras sin preocuparse ya por el ruido.

Con los ojos anegados por las lágrimas observé al magnífico animal mientras pasaba las manos por su suave pelaje. No podía creerme que hacía tan solo un rato había estado durmiendo conmigo. Debía de haber oído ruidos y bajado a inspeccionar. Quien quiera que fuese el malnacido que había entrado en mi casa sabía que la compartía con un lobo y estaba más que preparado para toparse con él.

—¿Qué te han hecho? —sollocé desolada abrazándome a su cuello mientras me derrumbaba completamente.

Sentí cómo algo en mi interior se rompía. Jamás había tenido una mascota, pero aquel no había sido un simple animal de compañía. Lo había criado mi hermana, y desde que pisara el pueblo no se había despegado de mi lado como si de algún modo supiera que corría peligro igual que ella. No quería perderme y ahora era yo la que lo había perdido a él.

Sentí el tacto cálido de una mano sobre mi espalda. Pensé que sería Ray que había acabado de inspeccionar la casa, pero no me sentí con fuerzas de separarme de mi pequeño amigo.

—¿Qué ha pasado? —dijo una voz cargada de compasión a mis espaldas. No necesitaba verlo para saber que se trataba de Erwan.

Rompí mi abrazo con Llop para tratar de explicárselo, pero las palabras no acudieron a mi boca. Tan solo un gemido que él comprendió, pues agachándose junto a mí lo examinó buscando alguna herida al tiempo que le tomaba el pulso. Ni siquiera se me había ocurrido hacer tal cosa, pensé con frustración mientras observaba a Erwan.

—Tiene pulso —anunció a la vez que se sacaba el teléfono móvil y escribía un corto mensaje—, aunque es muy débil.

—Despejado —informó Ray al tiempo que bajaba las escaleras y se guardaba el arma en la parte trasera del pantalón.

Erwan cogió a Llop en brazos y se dirigió hacia la puerta. No fue necesario que me dijera adónde se dirigía, simplemente seguí sus pasos. Por nada del mundo iba a separarme de mi lobo. La idea de que no fuera demasiado tarde hacía que mi pecho se llenara de esperanza.

Apoyé mi cabeza junto a la suya, cálida y peluda, mientras esperaba la llegada de Gérard. Lo habíamos colocado sobre una manta encima del sofá de Erwan. Mis lágrimas continuaban resbalando por mis mejillas entre sonoros suspiros. Me sentía algo más tranquila, pero era más que evidente que su vida estaba en estado crítico.

Las manos de Gérard me apartaron suavemente tras besarme la frente con gesto compungido. Le observé con el corazón en un puño mientras le examinaba. Finalmente puso sus manos sobre el pelaje brillante mientras cerraba los ojos concentrándose en su interior. El silencio fue tal que casi podía sentir su suave latido junto al mío, mucho más acelerado.

—Le han envenenado —dictaminó tras unos segundos interminables.

—¿Puedes salvarlo? —Mi tono de voz se resquebrajó en mitad de la pregunta.

—Creo que sí.

Asentí con la cabeza al tiempo que un nuevo sollozo escapaba de lo más profundo de mi interior. Unas manos me alzaron de los brazos e inmediatamente me vi envuelta en un cálido abrazo. Erwan me acarició el pelo mientras me ofrecía el consuelo que tanto necesitaba. Sentía un frío atroz tanto fuera como dentro de mi cuerpo, como si fuera apenas una carcasa de mí misma sin nada más que el gélido frío en mi interior.

—Estás helada.

Asentí con la cabeza segundos antes de verme arrastrada al dormitorio que ya conocía de la vez anterior. Tras dejarme un nuevo pijama y un par de gruesos calcetines sobre la gran cama abandonó la habitación para darme algo de intimidad mientras me cambiaba. Su pijama me venía enorme pero al instante agradecí disponer de aquellas prendas cálidas y secas.

Unos suaves golpes tras la puerta anunciaron el regreso de Erwan, traía una taza caliente que me hizo beber tras hacerme entrar en la cama. Aún me temblaban las manos mientras sostenía la taza humeante casi vacía.

—Todo esto ha sido culpa mía —reconocí en voz alta sin atreverme a levantar la vista de la taza por miedo a lo que podía encontrar en su mirada.

—Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado, Aimée —señaló al tiempo que colocaba una de sus grandes manos sobre mi pierna en un gesto paternal que pretendía infundirme ánimos.

—De no ser por mi cabezonería ahora Llop no estaría luchando por su vida. —Una gruesa lágrima rodó por mi mejilla hasta estamparse contra el edredón—. Debí haberte hecho caso.

—De creer que corrías verdadero peligro no te habría permitido quedarte en tu casa, sin importarme cómo te pusieras al respecto.

Levanté la mirada para encontrarme con la intensidad de su mirada azul ensombrecida por lo que sospeché que era culpabilidad. Él también se sentía culpable por haberme permitido hacer lo que quería, y eso me llevaba de nuevo al pensamiento anterior: solo yo era responsable de lo que había ocurrido en mi casa.

Desperté de un profundo sueño sin ser consciente de haberme quedado dormida. La habitación estaba sumida en la penumbra, pero podía apercibirse a través del amplio ventanal sin persianas ni contraventanas que pronto amanecería. Las primeras luces del alba empezaban a asomar de forma tímida tras las escarpadas montañas.

Aparté el edredón hacia un lado y salí de la calidez que me proporcionaba maldiciéndome a mí misma por haberme quedado dormida. Me precipité hacia el salón con el corazón en un puño, temerosa por el estado de mi pequeño amigo. Sin cruzarme con nadie por el camino llegué al salón donde vislumbré la figura del lobo sobre el sofá tal y como recordaba haberlo dejado. Sorprendida de que lo hubieran dejado solo, me agaché para quedar a su altura y comprobar su estado. No fue necesario comprobar su pulso para saber que seguía con vida. La manta subía y bajaba al ritmo de su respiración sobre su lomo de forma suave y constante. Parecía estar sumido en un profundo y reparador sueño.

El murmullo de unas voces procedentes de la cocina llegó hasta mis oídos desviando momentáneamente mi atención. Me acerqué con la idea en mente de preguntarle a Gérard sobre el estado de mi lobo cuando percibí una frase que me hizo parar en seco:

—¿Os dais cuenta de que se trata del mismo *modus operandi*?

Era la voz de Álex la que había formulado la pregunta. Desde donde estaba podía ver las cuatro figuras que conversaban alrededor de la isla de la cocina mientras tomaban café. No pretendía quedarme a escuchar a hurtadillas, pero tampoco hice ningún movimiento que revelara mi presencia. Necesitaba oír lo que Álex tenía que decir y no estaba segura de que continuaran la conversación conmigo delante. Habían decidido protegerme, pero odiaba la falta de información a la que me habían estado sometiendo para evitarme más preocupaciones de las que ya de por sí tenía.

—¿Qué quieres decir? —Ray la miró con el ceño fruncido, aunque bastante interesado.

—La persona que ha envenenado a Llop es la misma que envenenó a vuestra madre —señaló mirando hacia Gérard y Erwan.

—Eso no puede ser, Marie está muerta.

—¿Qué te hace pensar que fue Márie? —espetó al tiempo que negaba con la cabeza—. Ella era inocente, fue un chivo expiatorio. Nos hicieron creer que estaba de su parte pero la amenaza real ha estado todo este tiempo entre nosotros.

Percibí el gesto de asentimiento de Gérard, él siempre había defendido su inocencia, lo mismo que su madre que la había conocido bien.

—La alarma no saltó, Ray, y eso solo significa una cosa —continuó la pelirroja.

Me abracé a mí misma como si de aquel modo pudiera parar el escalofrío que había comenzado a recorrer mi cuerpo. Si la alarma no había saltado era porque la persona que había entrado en mi casa era del clan. El sistema de seguridad de Ray protegía nuestras casas de cualquier persona ajena a la comunidad, no estaba pensado para protegernos de nosotros mismos.

—¿Hay algún modo de saber su identidad? —preguntó Gérard a su amigo.

—El sistema no registra quién entra y sale de cada casa si es de los nuestros. No era necesario, o eso pensamos Robert y yo cuando lo diseñamos.

—No es necesario. Estoy convencida de saber de quién se trata —anunció Álex haciendo que todas las miradas, incluida la mía, se clavaran en ella—. Se cree muy lista, pero ha cometido el error de repetirse.

—¿De quién hablas?

—De Candice —sentenció al tiempo que dejaba la taza de café sobre la isla—. Envenenó a Constance, a Llop y también a Amy —enumeró a la vez que acompañaba la explicación con los dedos.

—No te equivoques, a Amy la drogó —apuntó Ray.

—¿Y cuál es la diferencia? —le cortó elevando la voz—. ¿Es que acaso no lo veis? Está con ellos.

Sentí cómo la rabia se iba apoderando de mí. Álex estaba convencida de ello y no necesité más para sentenciarla. Aquella mujer me había caído mal desde el mismo instante en que la viera por primera vez.

—Supongamos que tienes razón —arguyó Ray—, ¿qué motivos tenía para registrar la casa de Amy? Porque si algo tengo claro es que buscaba alguna cosa.

La alarma creció en mi estómago provocándome punzadas en la cabeza.

—El medallón. —Las palabras salieron de mi boca provocando que todas las cabezas se volvieran en mi dirección.

—Lo tengo yo —afirmó Erwan—, llegué a la misma conclusión hace un rato.

Suspiré aliviada pasando por alto el hecho de que había estado hurgando entre mis cosas, concretamente entre la ropa interior, para dar con él.

Inmediatamente busqué la mirada de Gérard para que me diera la noticia que tan desesperadamente necesitaba oír.

—Tu pequeño amigo vivirá —anunció con una sonrisa comprendiendo el significado de mi gesto compungido.

Me llevé las manos al rostro al tiempo que soltaba el aire que, sin querer, había estado conteniendo. No había sido consciente hasta aquella noche de lo importante que era para mí aquel animal. Era como una especie de nexo entre mi hermana y yo, perderle habría supuesto un doble perjuicio para mi persona, doble dolor porque con él perdía una parte de ella.

Sentí la calidez de una mano grande en la parte de detrás de mi cuello. Aparté las manos para encontrarme con la mirada comprensiva de Gérard. Él sabía lo que bullía en mi interior en aquellos momentos.

—Va a estar bien —aseguró poniendo sus manos a cada lado de mi rostro—. En cuanto su cuerpo acabe de expulsar el veneno lo tendrás correteando por aquí.

Asentí con la cabeza al tiempo que me obligaba a sonreírme a mí misma. Llop estaba bien, no habían conseguido el medallón y yo estaba sana y salva. Podría decirse que estaba de suerte.

Me senté en el taburete que Gérard me ofreció, entre él y su hermano, mientras los demás permanecían en silencio. Era consciente de que me había metido en medio de una conversación que no estaba segura de que hubiesen querido compartir conmigo y de que en aquellos momentos no parecía que tuvieran intención de continuar.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté rompiendo el denso silencio que se había instalado en la cocina. No iba a permitir que me excluyeran nuevamente—. No tenemos pruebas que avalen tu teoría.

—No es una teoría —replicó Álex—. Estoy segura de que es ella.

—¿Y qué si lo estás? No tenemos nada que lo demuestre, Álex —señaló Ray.

—¿Cuántas veces me he equivocado en esto? —Clavó su mirada en cada uno de los hombres que estaban en aquella habitación demorándose en Erwan cuando añadió—: Solo una vez. —Levantó el dedo índice de forma contundente—. Y porque nuestra amistad no me permitió ver las cosas con perspectiva, yo también fui traicionada.

Fui completamente consciente de que me estaba perdiendo algo que formaba parte del pasado de ambos. La expresión de Erwan se había endurecido. Miré a Ray, pero su semblante no me indicó que se tratara de un antiguo novio de esta o algo parecido ni nada que tuviera que ver con él, de modo que me decliné por la otra opción. ¿Era posible que se refiriera a una mujer?, ¿una amiga de Álex que también traicionó a Erwan?, ¿de qué modo?

—Tenemos que hallar la manera de desenmascararla —apuntó Gérard cortando el hilo de mis pensamientos.

—¿Y cómo hacemos eso? —inquirió Ray—. Seguro que tiene las espaldas bien cubiertas.

Álex asintió pensativa completamente de acuerdo.

—Solo hay un modo —dijo al fin. Por el rabillo del ojo atisbé la mirada recelosa que le lanzaba Erwan—. Le haremos una encerrona. Este fin de semana es el cumpleaños de mi hermano, podemos hacer una fiesta en el Adytum e invitarla. Si ella es quien yo digo que es no desaprovechará la oportunidad.

—Si de veras está con ellos, Marlon y sus hombres se nos echarían encima —señaló Erwan—, y eso es precisamente lo que están esperando, que la saquemos de la protección de Llo.

—Sí, pero lo que ellos no sabrán es que se trata de una trampa y que estaremos esperándoles.

—No pienso usar a Amy de cebo.

Mis ojos se desplazaban de uno a otro como en un partido de tenis. El hecho de que estuvieran hablando de algo que me implicaba directamente como si yo no estuviese allí o mi opinión no contara me fastidió, aunque tenía que admitir que abandonar la seguridad de Llo era muy peligroso y no me atraía para nada.

—Mi hermano tiene razón, es muy peligroso.

—¿De veras pensáis que si creyera que existe la mínima posibilidad de que Amy sufriera algún peligro os estaría proponiendo esto? —inquirió al tiempo que miraba alternativamente a Gérard y Erwan con gesto enfadado—. Estamos hablando de un miembro de mi propia familia, joder.

—Me siento extraño diciendo esto, pero estoy con Álex. —Tuve que contener la sonrisa pese a la gravedad del asunto al ver la expresión de sorpresa en el rostro de

mi prima—. La quieren viva y eso cambia mucho la situación. Es imposible que la puedan sacar del Adytum con todos nuestros guerreros delante y más cuando sabemos lo que pretenden.

Erwan empezó a negar con la cabeza cuando al fin me decidí a intervenir:

—Quiero hacerlo.

—No, no quieres. Es peligroso y no estoy dispuesto a correr ese tipo de riesgos. Punto.

—Escúchame. —Puse mi mano sobre su brazo para asegurarme de que tenía toda su atención—. Esa grandísima zorra ha estado envenenando a tu madre durante bastante tiempo no sabemos con qué fin, ha estado a punto de matar a Llop y me drogó a saber con qué intención dejándome inconsciente casi un día entero. Ni siquiera quiero imaginarme lo que podría haber pasado si no me hubieses sacado de aquella maldita fiesta. —Sus ojos me observaban temiendo las palabras que sabía que iba a pronunciar a continuación—: Necesito hacer esto.

Se quedó pensativo durante unos interminables segundos hasta que finalmente levantó la cabeza y anunció:

—Será bajo mis condiciones, y siempre y cuando Robert esté de acuerdo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios, no estaba segura de lo que acababa de hacer pero si aquella zorra tenía algo que ver con la muerte de mi hermana tenía que pagarlo y no había otro modo de hacerla salir de su madriguera.



Sonreí con ganas mientras observaba desde el porche a Erwan sacando nieve de la puerta del garaje con una pala ayudado de Llop, que lo hacía con sus patas delanteras. Desde el incidente ocurrido tres noches atrás me había trasladado a casa de Erwan tal como debí hacer desde el principio. Llop se había recuperado aunque lo manteníamos bajo estrecha observación.

—Podrías ayudar en vez de limitarte a reírte de nosotros.

Le mostré el cuaderno encogiéndome de hombros como si realmente estuviera haciendo algo más importante que sacar la nieve que nos había dejado incomunicados en caso de necesitar sacar el coche de allí.

Nuestra relación había mejorado bastante. Erwan se mostraba amable y comprensivo siempre y cuando yo no saliera de la casa. De momento me conformaba con la situación porque aún me sentía culpable de lo ocurrido, pero ambos sabíamos que teníamos mucho que discutir sobre el asunto.

Faltaban dos días para la «celebración» del cumpleaños de Gilles. Mi tío había estado de acuerdo con el plan de Erwan y se habían estado ultimando todos los detalles de la operación de manera discreta para no levantar sospechas. Todos los guerreros estarían allí de modo que no tenía de qué preocuparme, pero lo cierto era que lo hacía. Tenía miedo. Solo esperaba que Álex tuviera razón y se tratara de Candice porque de ser otro toda la sorpresa se iría a la mierda y entonces no tenía claro cómo acabaría. Por supuesto no hablé de mis recelos con nadie porque no quería que abortaran la Operación Z, de zorra, como la habíamos bautizado Álex y yo. Estaba convencida de que no era la única en plantearse aquella posibilidad, de modo que era más que seguro que tenían algún plan alternativo.

La noche me sorprendió con la visita de Judit, Gilles, Álex, Ray, Gérard y Max que habían decidido autoinvitarse a cenar. Sabía que lo hacían para entretenerme y desviar mis pensamientos de la supuesta fiesta durante unas horas, y los adoraba por ello. Había perdido mucho en los últimos meses, pero tenía que reconocer que había ganado una gran familia, me sentía acogida y querida como no me había sentido en la vida. Mi padre y Judit habían sido toda la familia que tenía, o al menos, la que creía que tenía. Eran perfectos para mí, pero nunca había sabido lo que era tener una ruidosa y excéntrica familia que se preocupara por mí de aquel modo, y me encantaba. Echaba de menos a mi padre con locura, tan solo me consolaba la idea de que allá donde fuera que estuviese lo haría acompañado de mi madre y mi hermana, que continuaba enviándome esos sueños relacionados con el amuleto una y otra vez.

—Cierra los ojos —ordenó la voz de mi querida amiga—. Tenemos una sorpresa para ti. —Hice justo lo contrario, los abrí de par en par sin poder contener la emoción. Judit sonrió—. Os lo dije, es como una niña, le encantan las sorpresas.

—Eso no es cierto —me quejé, aunque sin dar mucho crédito a mis palabras pues rápidamente hice lo que me pedía.

Judit puso su mano sobre mis ojos pues sabía que hacía trampa. Esperé lo que me pareció un tiempo interminable hasta que mi amiga apartó la mano de mi cara a la vez que me pedía que los abriera de nuevo.

Pestañee varias veces verdaderamente sorprendida. Eran mis cosas. Mi caballete, diversos lienzos, mis pinturas y demás útiles para pintar. Me llevé la mano a los labios sin saber bien qué decir. Desde que viera aquel maravilloso lugar a la luz del día había deseado tener mis útiles de pintar conmigo para poder plasmarlo en un lienzo.

Me abalancé sobre Judit en un efusivo abrazo. Ella sabía cuánto necesitaba todo aquello conmigo, nadie me conocía mejor que ella.

—No ha sido solo cosa mía. Todos estaban metidos en el ajo.

—Os quiero, chicos —admití agradecida.

—Oh, vamos. No vayas a ponerte en plan cursi ahora, no te pega —espetó Ray haciendo un gesto con la mano como si espantara una mosca.

—¿Por qué tienes que ser tan irritante? —le recriminó Álex con el ceño fruncido. Aquello me arrancó una carcajada a la que se sumaron todos menos los dos tortolitos como había empezado a llamarles cuando no me escuchaban.

Nos sentamos a cenar unas pizzas que habían traído Ray y Gilles hacía un rato. No tardé en advertir el *feeling* que había entre Judit y mi atractivo primo ya que justamente ocupaban los dos sitios que quedaban frente al mío. A mi lado derecho, ocupando una de las cabeceras de la mesa, estaba sentado Erwan, mientras que Gérard se encontraba justo a mi lado izquierdo.

—Entonces —empecé a decir de forma desinteresada—, ¿vosotros dos estáis saliendo?

La mirada de mi amiga fue fulminante. Sabía perfectamente la respuesta, pero no pude evitar meterme donde no me llamaban; simplemente quería ayudar.

—Por supuesto que no —respondió Judit con voz estrangulada.

—Bueno, eso tampoco es cierto —replicó mi primo regalándole una sonrisa—, fuimos juntos a Barcelona a por las cosas de Amy, luego te acompañé a tu piso para que pudieras coger las tuyas y también te llevé a la fiesta de Agnes —enumeró con los dedos—. Hemos salido algunas veces, sí.

La cara de Judit era todo un poema. Miré a Álex, que trataba de contener la sonrisa mientras me miraba de forma significativa, animándome a continuar.

—Sí, bueno... no me refería precisamente a eso.

Por el rabillo del ojo advertí cómo Erwan, que estaba situado entre nosotras dos, se erguía en la silla de repente al tiempo que trataba de disimular la sonrisa que amenazaba con salir de sus labios segundos antes de que yo misma recibiera una patada por debajo de la mesa. Así que era eso. Primero le había dado a él y luego a mí. Evité mirar a Judit para no ponerme a reír así que decidí ignorarla.

—¿Has notado eso? —pregunté a Erwan, que hacía grandes esfuerzos por aguantar la risa mientras disimulaba tras la servilleta.

—¿Te gustaría?

Todos miramos a Judit a la espera de una respuesta a la pregunta formulada por Gilles aprovechando la oportunidad que se le había servido en bandeja.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—A mí me parece que sí —señaló Ray llevándose un trozo de pizza a la boca.

—¿Por qué no cierras el pico? —lo regañó Álex provocando las risas entre los comensales.

—Me gustaría, sí. —Fue la respuesta de mi amiga.

Tras brindar por ellos entre risas y más pullas, acabamos de cenar. Después de recoger la mesa, y aprovechando que Gilles conversaba con Gérard, mi amiga me increpó:

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —Traté de poner mi mejor cara inocente pero la expresión de Erwan, que continuaba sentado entre nosotras dos, me dijo que no lo había conseguido.

—Lo sabes perfectamente.

—Solo trataba de echarte un cable.

—¿Quieres que te diga por dónde puedes liarle ese cable?

Asentí al tiempo que emitía un sonoro suspiro de resignación.

—Desagradecida —mascullé entre dientes creyendo que no iba a oírme. Su mirada fulminante y la sonrisa mal disimulada de Erwan me indicaron lo contrario.

—Te lo estás pasando en grande, ¿no es cierto? —pregunté a Erwan cuando mi amiga dejó de prestarme atención.

—Lo cierto es que sí.

Le lancé una mirada de fastidio que solo consiguió más risas de su parte de modo que decidí ignorarle. Había decidido que como amigos podíamos llevarnos bien, aunque los sentimientos que albergara hacia él poco tuvieran que ver con la amistad. Me había intentado convencer a mí misma de que lo que sentía era simple gratitud, pero sabía que me engañaba aunque estaba trabajando para ignorarlos hasta hacerlos desaparecer.

Nos dirigimos al salón a repasar el plan de Erwan una última vez para asegurarnos de que cada uno tenía claro lo que debía hacer. Había sido inevitable hacer que Judit también asistiera pese a que a ninguno nos gustaba la idea de tener que ponerla en peligro, pero de no hacerlo habríamos levantado serias sospechas.

—¿Has pensado lo que vas a ponerte? —me pregunto Judit cuando nos dirigíamos hacia la puerta para despedirnos un buen rato después.

Los hombres venían detrás de modo que no podían oírnos.

—Ropa —respondí encogiéndome de hombros decidida a cambiar de tema.

—No recuerdo haber metido ningún vestido en la caja de ropa que te hemos traído de casa.

—Me apañaré.

—Podemos comprarle un vestido nosotras —dijo Álex entusiasmada cayendo en la trampa.

Ahí estaba. La miré con ojos entornados mientras la veía saborear su triunfo.

—De verdad que no es necesario.

—Oh, claro que sí. Te va a encantar —contestó a la vez que guiñaba un ojo a la pelirroja.

Suspiré derrotada sabiendo que no tenía nada que hacer. Estaba segura de que Judit iba a cobrarse con creces lo que le había hecho en la cena y nada de lo que dijese o hiciese podría hacerla cambiar de opinión.

Tenía los nervios destrozados. Me había pasado todo el día tratando de mantener la mente ocupada en otros asuntos con algo de éxito, pero había llegado el momento de la verdad. Era consciente de que de no ser completamente seguro no se habrían permitido usarme de cebo, pero solo de pensar en la posibilidad de que algo saliera mal se me revolvió el estómago. Por supuesto, no había comentado mis temores con nadie. Había tratado de disimular ante Erwan pues no quería darle la excusa para abortar toda la operación.

Tras ponerme los zapatos que aumentaban mi estatura unos buenos centímetros me eché un último vistazo en el espejo sin poder contener una mueca de disgusto. Mi pérfida amiga había obtenido su venganza por meterme donde no me llamaban con aquel minúsculo vestido que apenas me llegaba al muslo. Realmente parecía más una ancha camiseta cogida en la cintura de un finísimo cinturón que un vestido, eso sí, era muy elegante. Encima, para mayor de mis disgustos, era rosa. Era un rosa bonito que no acentuaba mi palidez, pero era rosa. ¿Qué le había dado a todo el mundo con ese maldito color?

Decidida a no darle mayor importancia me puse el abrigo. Nadie repararía en él hasta llegar al Adytum, y allí, pasaría completamente desapercibido.

El trayecto en coche se me hizo eterno. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron al percibir desde el espejo retrovisor un coche negro que nos seguía de cerca.

—Es de los nuestros —anunció Erwan percibiendo mi reacción al verlo. Asentí con la cabeza intentando concentrarme en el paisaje que se apercibía desde la oscuridad—. Aún podemos dar marcha atrás, no tenemos por qué hacer esto.

—Estoy bien —mentí—. Quiero hacerlo.

Llegamos al aparcamiento del Adytum donde Roland y Serge, dos de los guerreros del clan que ya conocía bien, nos esperaban. Tras cruzar con ellos un par de frases para asegurarse de que todo marchaba como debía, Erwan me abrió la puerta del todoterreno para que bajara. El frío golpeó mi rostro haciendo que me encogiera. Afortunadamente la zona del aparcamiento estaba libre de nieve y pude caminar con aquellos inapropiados zapatos sin tener que hundirme en ella. Llegamos a la puerta del local donde dos porteros vigilaban la entrada. Roland y Serge entraron primero, desapareciendo tras la puerta. Las primeras notas de la canción de Avicii «Addicted to you» llegaron a mis oídos mientras Erwan se giraba hacia mí antes de entrar.

—¿Estás segura? —Asentí incapaz de pronunciar palabra. Puso su mano sobre mi barbilla inclinando mi rostro hacia el suyo, mucho más alto que el mío—. No voy a permitir que te pase nada, Aimée —me aseguró. Sus increíbles ojos se posaron en los míos penetrando en los recovecos más profundos de mi alma—. Te lo prometí, ¿recuerdas?

—Espero que cumplas tus promesas —bromeé sintiendo la boca seca.

—No lo dudes —respondió con un guiño de ojos.

Su sonrisa casi me provocó un desmayo pese a las circunstancias en las que me encontraba. Me cogió de la mano de forma posesiva y me arrastró hacia el interior del local donde nos esperaba el resto del grupo.

El interior del Adytum estaba plagado de gente, aunque todavía era temprano. Erwan se iba abriendo camino entre el gentío sin apenas necesidad de tocar a nadie, era como si su simple presencia provocara que nadie quisiera ponerse en su camino. Percibí con cierto fastidio el efecto que provocaba en las mujeres que nos íbamos cruzando. No podía culparlas, también yo me sentía de ese modo.

—Por fin apareces —me dijo una voz cerca del oído.

Me volví para encontrarme con mi amiga, que lucía una espléndida sonrisa. Tras saludar a Erwan señaló con el dedo el lugar donde Gilles y Ray charlaban apoyados en la barra a unos metros de distancia de donde nos encontrábamos. Erwan me hizo un gesto para que le diera la chaqueta mientras saludaba con la mirada a sus amigos. Sin más preámbulos, me deshice del abrigo y se lo ofrecí antes de que desapareciera entre la masa de gente en dirección a la puerta de acceso privado.

—Estás preciosa. Sabía que este vestido era para ti en cuanto lo vi en el escaparate.

—Eres una mala pécora y lo sabes —respondí con una mueca de disgusto.

Judit rió complacida.

—Deberías de ver la cara que ha puesto —comentó con un brillo malicioso en la mirada.

—¿Quién? —pregunté mirando a nuestro alrededor.

Mi mirada se cruzó con la de un desconocido que me sonrió al tiempo que levantaba su copa y bebía. Judit miró en la misma dirección y negó con la cabeza.

—Ese no tonta, me refiero a tu Dios Pagano.

—¿Erwan? —Judit asintió con una sonrisa traviesa en los labios—. Creo que has bebido —respondí con un gesto de negación con la cabeza.

Le quité la bebida que llevaba en la mano y me la bebí de golpe. Tenía que mantenerme alerta por lo que podía pasar, pero lo cierto era que lo necesitaba. Necesitaba relajarme porque de otro modo alguien podría darse cuenta y sospechar lo que tramábamos.

Busqué con la mirada a Candice. Estaba en un extremo de la barra charlando con un par de hombres del clan. Como si de algún modo hubiese notado que la observaba, levantó la vista y me obsequió con una de sus despreciables miradas que al parecer tenía reservadas solo para mí.

—¿Os puedo invitar a algo, chicas?

El desconocido con el que había cruzado la mirada hacía apenas unos segundos se había plantado ante nosotras en un intento de ligar con mi amiga.

—Em... No, gracias —escuché que decía la voz de Judit.

—Tal vez a tu amiga sí que le apetezca —insistió recorriéndome con la mirada de arriba a abajo—. Estamos en aquella mesa. —Señaló una de las mesas altas que había diseminadas por aquella zona del local en la que había un grupo de hombres atentos al resultado de nuestro pequeño intercambio de palabras.

Negué con la cabeza mostrando mi poco interés cuando la figura de Erwan apareció entre nosotros fulminando al tipo con la mirada. Sin decir palabra me agarró del brazo con cierta brusquedad y me llevó hacia la zona de la barra donde estaba Ray. Me volví para asegurarme de que Judit venía tras nosotros, pero al instante reconocí a Gilles justo a su lado. Me sorprendí al verlo enseñar los dientes al tipo que nos había ofrecido la invitación mientras la colocaba tras él con ademán posesivo. Negué con la cabeza mientras pensaba en lo primitivo que continuaba siendo el comportamiento masculino en ciertas ocasiones.

—¿Crees que serás capaz de centrarte en lo que nos ha traído hasta aquí? —me preguntó Erwan acercándose a mi oído.

—Por supuesto.

¿Por qué hacía eso? En un momento era capaz de pasar de ser el perfecto caballero a convertirse en un cretino arrogante sin razón aparente.

—Necesito que te mantengas alerta. Si reconoces a alguno de ellos quiero que me lo hagas saber de inmediato.

Asentí al tiempo que me desasía de su agarre con brusquedad sintiendo cómo mi nerviosismo inicial daba paso a la irritación. Me incliné sobre la barra para pedir una bebida ignorando la sonrisa burlona que lucía Ray al vernos llegar de aquel modo.

—¿Qué le ha pasado a tu pantalón?

—¿Qué pantalón? —espeté con cara de pocos amigos.

—¿Eso es un vestido? —Su sonrisa se acentuó al tiempo que me recorría de arriba a bajo con una mirada desvergonzada.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad? —Tuvo el descaro de reírse de mí—. Pues para que te enteres, me gusta tanto como a ti, así que cierra el pico.

—Oh, pero si me gusta mucho —respondió con un guiño de ojos.

Le lancé una mirada cargada de dardos envenenados, de aquellas con las que me obsequiaba la rubia arpía que ahora ocupaba el otro extremo de la barra, pero solo conseguí matarlo de la risa. Erwan se mantenía al margen con la mandíbula fuertemente apretada mientras observaba la gente que se movía a nuestro alrededor.

—Pues si tanto te gusta, te lo regalo —repliqué con malicia—. Estoy segura de que te verás encantador con él —añadí devolviéndole el guiño.

Erwan interceptó mi bebida en el momento en que me la llevaba a los labios para llevársela a la nariz antes de probarla él mismo. Me la acababa de servir una camarera, ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudieran drogarme otra vez. Miré con disimulo hacia el lugar donde se encontraba Candice, que no nos quitaba el ojo de encima, al recordar lo sucedido la última vez que nos encontramos. Tras darle el visto bueno me la devolvió.

—¿Pretendes que me beba esto ahora? —pregunté mirando con repugnancia la copa a la vez que trataba de parecer seria.

Ray disimuló su sonrisa llevándose el botellín de cerveza a los labios mientras Erwan me lanzaba una mirada fulminante.

—No la pierdas de vista en ningún momento —se limitó a decir refiriéndose a mi bebida.

—No pierdas de vista a tu novia y no me pasará nada —repliqué usando su mismo tono desagradable.

Lo vi desaparecer entre el gentío tras decirle algo a Ray cerca al oído. Sus cambios de humor me desconcertaban por completo. Atrás había quedado el Erwan atento que se preocupaba del estado de mis nervios para dejar a Don Imposible suelto y hacerlos trizas.

—No deberías de martirizarle de ese modo.

Miré a Ray sin entender a qué se refería.

—Créeme, es justo al revés —resoplé indignada. Ray sonrió al tiempo que negaba con la cabeza—. ¿Por qué te pones de su parte? Si tengo razón, la tengo y punto.

—Porque Erwan es... —se quedó pensativo como si buscara la palabra adecuada para describirlo hasta que finalmente añadió—: Da igual. Es complicado.

Entorné los ojos mientras lo observaba dar un nuevo trago a la botella como si se arrepintiera de lo que había estado a punto de decir. Abrí la boca para indagar sobre lo que no me había contado cuando Gilles y Judit aparecieron a nuestro lado. Decidí dejarlo para otro momento, aquella conversación no había acabado. Puede que no fuera más que una tontería, pero no me había parecido percibir eso en su mirada vercosa.

La noche fue pasando sin que nada ocurriera. Tampoco es que supiera exactamente lo que tenía que ocurrir, pero aquella calma estaba destrozándome por dentro. De vez en cuando echaba un vistazo a mi alrededor temerosa de encontrarme con el mismísimo Psicópata o alguno de sus camaradas.

Álex se había unido a nuestro grupo, aunque fue obvio para mí que no estaba al cien por cien. Su mirada se perdía entre la multitud atenta a cualquier movimiento sospechoso, su ojo era capaz de captar lo que ninguno de nosotros podía con una simple mirada. Percibí la incomodidad y la impaciencia tanto en Gilles como en Ray, que se mantenían en un estado de alerta disimulado mientras trataban de desviar nuestra atención a otras cuestiones menos peligrosas. Era evidente que, en lo referente a Judit, lo estaban consiguiendo. En cambio yo estaba que me subía por las paredes.

Erwan estaba justo en el extremo opuesto de la barra, junto con la grandísima zorra, Roland, Serge y Gérard. No sabía realmente qué me molestaba más de aquella escena; verla colgada de su brazo de forma posesiva mientras me lanzaba miraditas de vez en cuando para asegurarse de que me había dado cuenta o el hecho de que él pareciera pasarlo estupendamente bien.

—No van a actuar —escuché que decía la voz de Ray—, no mientras la tengamos aquí rodeada por todos nosotros.

Advertí que buscaba el contacto visual con Erwan y le hacía un gesto disimulado para que se acercara.

—Puede que nos hayamos equivocado con Candice —sugirió Gilles encogiéndose de hombros.

—De eso nada —le cortó su hermana—. Están aquí.

Un escalofrío me recorrió por la espalda en el momento que Erwan hacía su aparición a nuestro lado con gesto interrogante.

—Hay que pasar a la acción —opinó Ray—. No creo que así consigamos nada.

—¿Y qué sugieres? —Los ojos de Erwan se entrecerraron formando dos rendijas azules.

—Que les ayudemos a decidirse. Si de verdad están aquí, como dice Álex, están esperando la mejor oportunidad pero desde luego que así solo estamos alargando lo inevitable haciendo creer a los nuestros que ha sido todo un error, provocando con ello una falsa sensación de seguridad que solo nos puede traer problemas.

Nadie replicó pues todos sabíamos que tenía razón. Yo no estaba muy puesta en estrategias, pero lo que había dicho tenía sentido.

—No vamos a exponerla para que ataquen.

En cierto modo agradecí la respuesta de Erwan, aunque también quería que todo aquello pasara y pronto. Si Candice estaba con ellos y pretendía eliminarme de la ecuación, no quería perder la oportunidad de desenmascararla.

—No se trata de exponerla, sino de hacerles creer que estamos con la guardia baja.

—¿Y cómo hacemos eso? —quiso saber Gilles.

—La pista de baile. —Hizo un casi imperceptible gesto con la cabeza señalando el lugar donde la gente se movía, ignorantes de lo que allí se cocía.

Erwan empezó a negar con la cabeza cuando Álex comentó:

—Buena idea. Será una canción concreta. Cuando Max la pinche, Amy saldrá a la pista y todos estaremos preparados para lo que pueda ocurrir.

Empezaba a arrepentirme de haber venido. Imágenes dispersas de lo que me hizo Adrien para sacarme información empezaron a rondar por mi cabeza. Centré la mirada en mis manos temblorosas para no delatarme ante mis amigos.

—Yo puedo ir con ella para fomentar esa falsa sensación de guardia baja —sugirió mi amiga.

—De eso nada —dijo Gilles—, en cuanto suene esa canción tú te dirigirás a la zona del subterráneo. Te quiero fuera de todo esto.

Asentí con la cabeza completamente de acuerdo. Lo último que necesitábamos es que ella saliera herida o, peor aún, que se la llevaran de nuevo.

—Está bien —dijo Erwan al fin—. Pero uno de vosotros dos irá con ella. —Apuntó con el dedo primero a Ray y luego a Gilles—. A Álex la necesito vigilando a todo aquel que se os acerque.

—Me parece, amigo, que ese vas a ser tú —dijo Gilles a la vez que se frotaba las manos sonriente.

—¿Y por qué yo? —inquirió Ray con el entrecejo fruncido.

—Porque Amy es mi prima. En cambio tú eres un hombre soltero bailando con una chica guapa completamente ajeno a lo que sucede a tu alrededor, si es que entiendes por dónde voy.

Ray asintió al tiempo que una sonrisa traviesa se dibujaba en su rostro.

—Perfectamente. —Se volvió para guiñarme el ojo mientras Álex resoplaba con gesto aburrido.

—Hazles creer que no eres consciente de nada más que de tu acompañante. Yo sacaré a bailar a Candice para tenerla controlada —anunció mi primo—. Me mantendré cerca de vosotros.

Sentí la penetrante mirada de Erwan sobre mí mientras trataba de disimular lo poco que me agradaba aquel improvisado plan. Puede que buscara en mi mirada algún motivo para no llevarlo a cabo, pues sabía que a él tampoco le gustaba. Estaba bajo su protección, si algo me ocurría solo él sería responsable a ojos de Agnes, y por lo tanto del clan. En parte, comprendía su pésimo humor de aquella noche. No solamente se había tenido que hacer cargo de mí, sino que además había invadido su intimidad y su vida privada al ofrecerme su casa. Por supuesto, se trataba de una situación temporal que tendríamos que discutir con Agnes pues aquello no era una solución a nuestro problema.

—Voy a informar a los demás —dijo finalmente—. Max os dirá por mensaje cuál será la señal.

Le observé desaparecer entre la masa de gente a la vez que trataba de resistir el impulso de ir tras él y pedirle que me llevara a casa. A su casa. La idea de que algo saliera mal me atenazó el estómago como si una garra afilada lo estuviera rasgando por dentro. Tan solo esperaba que lo que tuviera que suceder aquella noche no se hiciera esperar mucho más porque si seguían dándome tiempo para darle vueltas y más vueltas acabaría por echarme atrás.



## Capítulo 42

Todos mis temores desaparecieron tras la segunda copa que bebiera aquella noche. Tenía mis sentidos puestos a mi alrededor, pero el alcohol había logrado ahogar mi nerviosismo. Me sentía con fuerzas para enfrentarme a lo que fuera y esperaba con ansias que nuestras sospechas con Candice se confirmaran en breve porque aquella misma noche había empezado a aborrecerla. Odiaba su mirada de arpía y cómo se cogía de Erwan como si fuese de su propiedad mientras volvía a mirarme con desdén.

Me resultó bastante curiosa la canción escogida por Max a modo de señal. Antes incluso de ver a Ray acercarse a mí, supe que había llegado el momento. El hecho de que se titulara «Con fuego» decía mucho del sentido del humor de quien la estaba pinchando.

La voz de Soraya inundó la pista de baile mientras Ray me conducía a través de la masa de gente. Eché una mirada a mi alrededor de forma disimulada sin lograr reconocer a ninguno de los hombres de Marlon. Aquello me produjo cierta sensación de valentía mientras empezaba a moverme al ritmo de la música. A nuestro alrededor, más o menos de forma dispersa, se encontraban nuestros hombres. Simulaban estar a lo suyo, ya fuera charlando o bailando, dando una apariencia de actitud relajada, pero yo sabía que estaban alerta a lo que ocurría a nuestro alrededor.

En ningún momento vi a Erwan. El efecto de aquello me produjo una conocida inquietud. Por alguna razón él hacía que me sintiera segura, como si nada pudiera ocurrirme si andaba cerca. Sabía que era estúpido e infantil, pero así me sentía.

Las manos de Ray empezaron a recorrerme la cintura continuando su camino hacia las caderas mientras una sonrisa pícaro se dibujaba en su rostro.

—Ni lo sueñes. —Llevé sus manos de regreso a mi cintura, que era lo máximo que estaba dispuesta a permitirle—. No vas a utilizarme para dar celos a la pelirroja.

Su fabulosa sonrisa se desvaneció en aquel instante.

—¿Por qué tienes que meterla en esto?

—No te molestes en negarlo.

—¿Negar el qué? —Su ceño fruncido me indicó que no le gustaba por dónde estaba yendo aquella conversación.

—Que todavía la quieres —respondí sin poder mordirme la lengua.

Sabía que aquella honestidad no hacía más que traerme problemas, pero no podía controlarlo. Era incapaz de cerrar la bocaza cuando tocaba y mucho menos con las personas que me importaban. Aquellos dos llevaban demasiado tiempo haciéndose daño por simple terquedad y si estaba en mis manos haría cuanto fuera posible por meterme donde no me llamaban y arreglar el asunto.

Ray miró hacia la barra, donde sabía que estaba Álex atenta al menor movimiento sospechoso. Tras un largo suspiro preguntó:

—¿Es tan evidente?

De todas las cosas que pudiera haber dicho, aquella era la única que no me esperaba.

—Para mí sí —contesté con sinceridad—, está claro que para ella no. No entiendo por qué no hablas con ella.

—Las cosas son más complicadas de lo que parece.

—Tal vez, pero casi siempre somos nosotros mismos los que nos complicamos la vida.

Una sonrisa se formó en su rostro mientras me cogía de la mano y me daba una vuelta sobre mí misma.

—¿Qué me dices de ti y Erwan?

Aquella pregunta me pilló tan de improviso que incluso dejé de bailar sin ser consciente de que lo hacía.

—¿Cómo dices? —Logré articular después de lo que debió de parecerle un siglo.

Soltó una carcajada mientras me agarraba de nuevo de la cintura y me hacía bailar.

—Ha sido un tiro certero, ¿eh? —Por mi cabeza pasaron cientos de respuestas, pero ninguna de ellas llegó a mis labios—. Digamos que soy muy buen observador. Todos tenemos secretos, ¿no crees?

—Te equivocas.

Su sonrisa lobuna me indicó que no me creía.

—Yo seré una tumba, pero tú no te meterás en mis asuntos, ¿te parece un buen trato? —Le lancé una mirada afilada a modo de respuesta—. Así me gusta, y ahora mueve ese culito para mí, tu primo nos ha pedido una buena actuación y eso es lo que les vamos a dar.

—Te odio —farfullé por lo bajo al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

Debió de parecerle de lo más gracioso pues estalló en una nueva carcajada a la vez que colocaba sus manos en mi trasero y me acercaba aún más a él, quedando nuestros cuerpos completamente pegados.

Levanté la mirada hacia la cabina donde Max pinchaba la música cuando me encontré con un par de ojos azules que me observaban. Mi corazón saltó por los aires en aquel momento, por fin le encontraba. Tener la certeza de que Erwan estaba allí, vigilante, me llenaba de seguridad. Su rostro inexpresivo parecía cincelado en granito, desde donde me encontraba podía apreciar cómo palpitaba su mandíbula de tan fuerte que la tenía apretada.

Ray y yo continuamos nuestro baile, a la espera de que sucediera cualquier cosa. Su sonrisa pícaro mientras bailaba no me engañaba, era un gran maestro de la interpretación. Estaba afilando las uñas para saltar en cualquier momento.

Todo sucedió tan de repente que apenas tuve tiempo de procesarlo. Sentí cómo todos los músculos del cuerpo de Ray se ponían en tensión. Estábamos tan juntos que pude apreciarlo como si se tratara de una extensión de mi propio cuerpo. Me separé un poco y entonces lo vi. Un cerco de sangre empezó a empapar su camiseta a un lado de la cintura. Me llevé las manos a la boca llena de espanto. La respuesta de Ray fue inmediata. Si quien le había hecho eso creía que así podría quitarlo de en medio no podía haber escogido peor forma. Había dado justo con el único hombre del clan cuyo don era no sentir el dolor.

Vi cómo levantaba el brazo en un acto reflejo y, sin siquiera mirar, estampó el puño en la cara de su agresor atontándolo por momentos. Gilles, que había estado bailando con Candice cerca de nosotros, golpeaba a otro tipo hasta dejarlo inconsciente.

Todo a mi alrededor se convirtió en un completo caos. Nuestras sospechas al fin se confirmaban. Busqué con la mirada a la mujer que había desencadenado todo aquello con su traición, Álex le había cortado el paso en su discreta huida.

Unas manos grandes me volvieron sobre mí misma para quedar de cara con el mismísimo Hombre-Búfalo. Toda la sangre de mi cuerpo se heló en aquel instante.

Esbozó una sonrisa perversa antes de alzarme y colocarme sobre su hombro. Golpeé su espalda lo más fuerte que pude, pero solo conseguí que me soltara un fuerte cachete en el trasero. Aquello no hizo que cejara en mi empeño de hacer que me soltara sin importarme el dolor que me había producido el golpe ni el hecho de que el vestido se me hubiese subido hasta la cintura.

Me vi de nuevo alzada en volandas y a mi agresor encogido sobre sí mismo.

—¿Estás bien? —me preguntó Ray. Asentí con la cabeza—. Voy a sacarte de aquí.

Me cogió la mano con fuerza y me arrastró a través de la batalla campal que se estaba produciendo en el local. Gente que ni siquiera era del clan se había sumado a la pelea inconsciente de lo que allí realmente sucedía.

Una mano me agarró del brazo impidiéndome continuar. Ray se volvió y de forma automática levantó el puño para golpear a quien había interrumpido nuestra huida rumbo al subterráneo. Mis piernas se volvieron gelatina cuando le reconocí. Erwan paró la trayectoria del puño de su amigo antes de que se estampara en su cara. Ambos se miraron fijamente durante lo que me pareció una eternidad. El rostro de Erwan era serio, oscuro y amenazador. Sus ojos ya no eran de aquel matiz azul que los hacían tan increíblemente hermosos. Se habían tornado casi negros, como el mar en plena noche.

Por el rabillo del ojo vi una figura que llamó mi atención. Un gemido escapó de mi garganta al reparar en aquella sonrisa fría y desagradable de sobras conocida. Erwan debió de notar mi reacción pues se volvió en la dirección de mi mirada. Maldijo entre dientes mientras recorría con la vista nuestro alrededor, probablemente buscando la manera de sacarme de allí. Adrien, el Psicópata, debió de llegar a la misma conclusión que yo, pues vino directo hacia nosotros con el fin de impedir nuestra huida.

Ray se encontraba tras de mí en plena reyerta con un tipo increíblemente alto y musculoso. Temí por que la pérdida de sangre lo debilitara, aunque a simple vista parecía no afectarle lo más mínimo. Su complexión era más atlética que la de su contrincante, lo que le hacía mucho más ágil.

—Tienes algo que yo quiero —dijo Adrien a escasa distancia de nosotros. Erwan me colocó tras su espalda, apenas podía ver al Psicópata—. Dámela y nos largaremos de aquí. Esto debe de ser fatal para tu negocio. —Una sonrisa perversa asomó por sus labios mientras sus ojos se clavaban en los de Erwan.

Posé mi mano en la espalda de mi protector sin saber bien lo que quería transmitirle con aquel gesto. Adrien tenía razón. Desde que había llegado no había sido más que una fuente de problemas para Erwan. Sabía que estaba muy enfadado, lo había visto en su cara minutos antes y justo ahora le brindaban la oportunidad de solucionarlos todos de golpe.

—Lo único que vas a conseguir de mí es una muerte dolorosa si no dejas de joderme —fue la respuesta de Erwan.

Solté el aliento que había estado conteniendo aliviada. Había dudado de él, pero había sido por culpa del miedo, en el fondo sabía cuál iba a ser su respuesta.

La sonrisa del Psicópata desapareció segundos antes de atacar a Erwan. Este esquivó el golpe alejándolo unos pasos de donde yo estaba para soltarle una patada en el estómago. Miré a mi alrededor en busca de algún objeto con el que golpearle. Necesitaba ayudar. Me hice con uno de los botellines de cerveza que había en la barra y lo rompí con el fin de convertirlo en un arma. Había visto demasiadas películas y esto normalmente funcionaba.

—¿Qué piensas hacer con eso, preciosa? —La mano de Max me sujetó la muñeca que empuñaba el botellín roto—. Mejor lo sueltas, ¿de acuerdo?

—Voy a ayudar a Erwan.

Debió de parecerle sumamente gracioso pues una gran sonrisa asomó por su rostro.

—Eso es justo lo que pensaba hacer y sacándote de aquí.

Me cogió de la mano y empezó a llevarme hacia la puerta de acceso al subterráneo.

—Pero Erwan...

—Él no necesita esa clase de ayuda, créeme. El tipo ese va a necesitar un buen cirujano plástico si sale de esta.

Me hubiera gustado confiar en sus palabras, pero lo cierto era que me aterrorizaba la idea de que pudiera pasarle algo por mi culpa. No solo a él, a todos los que se estaban dando la cara por mí. No me gustaba lo que estaba pasando.

Max marcó el código de seguridad y la puerta se abrió. Alguien tiró de mí para impedir que entrara, pero Max le lanzó un puñetazo en la cara al tiempo que me empujaba al interior y cerraba la puerta tras de mí quedándose fuera. Me quedé horrorizada mientras miraba la puerta como si pudiera ver a través de ella lo que sucedía en el exterior. Sabía que tras el largo pasillo habría otra puerta con otro código de modo que no tenía sentido moverme de allí.

Caminé de un lado a otro lo que debieron de ser minutos esperando que Max cruzara esa puerta de nuevo, pero no sucedió. La angustia estaba acabando conmigo. Una sensación de malestar empezó a quemarme por dentro en la boca del estómago. Tenía ganas de vomitar. La rabia y la impotencia se apoderaron de mí. Me sentía furiosa.

Apoyé mi espalda sobre la pared que quedaba enfrente de la puerta sin apartar la vista de ella, hasta que poco a poco empecé a deslizarme hasta el suelo. Me parecieron horas las que permanecí allí sentada. Ningún sonido que pudiera darme una pista llegaba desde el exterior. Aquella zona estaba insonorizada. Pensé en Judit, debía de estar pasando por una situación parecida tras la otra puerta de seguridad.

Oí un pequeño chasquido y la puerta finalmente se abrió dando paso a la figura de Max que rápidamente cerró tras de sí. Salté en sus brazos increíblemente aliviada de verle. Lágrimas de emoción rodaron por mis mejillas empapándole el cuello.

—¿Estabas preocupada por mí? —preguntó a la vez que me envolvía en sus brazos—. Voy a pensar que te gusto —añadió en tono burlón.

Reí ante su ocurrencia a la vez que le daba un pequeño puñetazo en el hombro. Le habían dado un buen golpe en el pómulo, pronto empezaría a hincharse.

—¿Te duele?

En aquel instante la puerta se abrió de nuevo dando paso a Erwan. Tras él venían Ray y Gérard. Su rostro se puso aún más tenso cuando reparó en nuestra presencia. Me solté del abrazo de Max sintiéndome incómoda de repente. Ni siquiera sabía el porqué. Max esbozó una disimulada sonrisa antes de empezar a caminar en dirección a la otra puerta.

—¿Todo bien? —pregunté sin mirar a nadie en concreto.

Erwan tenía el labio ligeramente hinchado y un hilillo de sangre asomaba por la comisura de la boca. Hizo un gesto de asentimiento casi imperceptible con la cabeza sin siquiera mirarme mientras pasaba por mi lado tras los pasos de Max.

—¿Tú estás bien? —me preguntó Gérard preocupado.

Asentí para tranquilizarle, estaba claro que aquella noche tendría faena y no precisamente conmigo.

La inquietud era palpable en los ojos de Judit cuando nos recibió en la sala del subterráneo. Erwan procedió a preparar el material de curas mientras Gérard hacía sentar a Ray en la mesa de billar.

—¡Oh, Dios mío! —Los ojos de Judit se abrieron con espanto al ver la herida de Ray.

—Te aseguro que tu dios no ha tenido nada que ver. Ha sido un hijo de puta cobarde que me ha atacado por la espalda.

—Tal vez si hubieras estado más atento no te habría pasado. —La voz de Erwan sonó fría y cortante.

Ray lo miró con la incredulidad reflejada en sus ojos color esmeralda. No se me escapó la mirada censuradora que lanzó Gérard a su hermano antes de ponerse a limpiar la herida.

—Tal vez si te hubieses puesto tú en mi lugar ahora estarías aquí sentado y no yo.

Aquellas palabras fueron para mí como un duro golpe en el estómago. Me abracé a mí misma y deslicé la mirada hacia mis pies; la culpa me embargaba.

—Joder Amy, no me malinterpretes. Esto no es por ti.

—Ah, ¿no? —replicó Erwan.

—Ahora me estoy perdiendo —dijo Max a la vez que abría una botella de agua que acababa de coger del mueble bar.

—¿Por qué no cerráis el pico de una vez? —La voz de Gérard se impuso sobre los demás haciendo que todo quedara en silencio.

Gilles y Álex entraron en aquel momento en la habitación. Mi primo cojeaba visiblemente. El rostro de Judit se iluminó al verle, pese a su maltrecho estado.

Álex explicó que habían capturado a tres de ellos y que en aquellos momentos estaban con Serge y Roland en el almacén. El resto había desaparecido, y por lo demás, la gente continuaba divirtiéndose como si nada hubiese sucedido. Era seguro que la pelirroja les había hecho un lavado de cerebro como la vez anterior.

—¿Qué hay de Candice? —quise saber.

Aquella zorra traidora merecía un escarmiento. No sabíamos hasta dónde estaba implicada con la gente de Marlon, pero lo que sí que era seguro es que se había convertido en un peligro para los miembros del clan.

—Aproveché el caos que se formó arriba para quitarse de en medio —respondió Gilles.

—Ya hemos informado a Agnes. Le darán su merecido, aunque personalmente dudo que vuelva a casa. Está oficialmente fuera del clan —explicó Álex.

Asentí con la cabeza sintiendo el amargo sabor de la decepción en mi boca.

—¿Qué tal la herida, colega? —preguntó mi primo a Ray.

—Genial. —Se encogió de hombros con aire indiferente.

—Menudo baile sucio que os habéis pegado ahí arriba —comentó al tiempo que le guiñaba el ojo a su amigo.

Max se atragantó con el agua que estaba bebiendo, Álex se acercó a darle golpecitos en la espalda con cara de pocos amigos.

—Fue lo que pediste, ¿no?

Gilles asintió con una sonrisa lobuna.

—Ha sido una muy buena actuación.

—Algo sobreactuada —repuso Álex al tiempo que se ponía la chaqueta y metía el móvil en el bolso.

—Ha sido tu prima, cariño. Yo simplemente me dejé llevar.

Lo miré de hito en hito mientras sentía la indignación crecer en mi interior. Tuve ganas de gritarle, pero opté por jugar a su mismo juego.

—Espero que lo hayas disfrutado, guaperas, porque no vas a volver a ponerme una mano encima en lo que te queda de vida.

Max y Gilles estallaron en carcajadas mientras que Álex lo miraba con gesto de burla. Gérard acabó de vendarle la herida en aquel momento, por lo que se levantó con cuidado y, tras ponerse la camiseta, se acercó a mí con una mirada traviesa en los ojos. Me acarició el rostro con la sonrisa de quien tiene un as guardado en la manga y añadió:

—Lo que me queda de vida es mucho tiempo, cielo. No hagas promesas que luego no puedas cumplir.

Tras decir aquello se volvió en dirección a la puerta y antes de que pudiera replicar desapareció dejándome con la boca abierta. Ray jugaba sucio, pero esto no iba a quedar así.

Un rato más tarde me encontraba en el todoterreno de Erwan de vuelta a casa. No estaba excesivamente comunicativo de modo que decidí concentrarme en la oscuridad que se apercibía a través del cristal de la ventanilla del coche. Intenté alejar de mi mente lo ocurrido en el Adytum, pero me fue imposible. Erwan tampoco ayudaba demasiado con sus ademanes bruscos. Estaba enfadado. Le conocía lo suficiente para saber que algo le había molestado en sumo grado.

—Siento lo de Candice —me aventuré a decir.

No lo sentía por ella, la odiaba y ella sola se había buscado lo que tenía. Lo que en realidad sentía era que Erwan estuviese así de serio y supuse que sería por ello. No sabía lo que había entre ambos, pero lo que sí que sabía con certeza es que a él no le caía como a mí.

Erwan levantó una ceja al tiempo que me dirigía una mirada indescifrable, pero no dijo nada. Decidí que era mejor dejarlo correr cuando advertí a través del espejo retrovisor que los focos del coche de detrás estaban cada vez más cerca. Serge y Roland habían salido tras nosotros para acompañarnos desde su coche hasta la casa de igual modo que habían hecho con el itinerario inverso hacía unas horas. Percibí un aumento brusco de velocidad en nuestro vehículo y cuando vi la expresión del rostro de mi acompañante fue cuando me di cuenta de que algo no iba bien. Miré hacia atrás sintiendo cómo la adrenalina empezaba a dispararse por todo mi cuerpo.

—Ese no es el coche de Serge y Roland, ¿verdad?

—No.

Tragué saliva mientras trataba de localizar el segundo coche tras el que nos perseguía, pero solo había una inmensa oscuridad. Cogí el móvil de Erwan, que se encontraba junto al cambio de marchas, y empecé a buscar algún número conocido en su agenda. Necesitábamos ayuda de forma inmediata. Conseguí localizar el teléfono de Gérard y antes de poder atinar a darle a la tecla de descolgar un golpe por detrás hizo que se me cayera de las manos.

Erwan lanzó una maldición a la vez que pisaba a fondo el pedal del freno y paraba en seco provocando que el otro vehículo tuviera que desviarse hacia un lado para no colisionar con nosotros. Pensé que inmediatamente arrancaría el motor, pero no fue eso lo que hizo.

—Escúchame atentamente. Quiero que te sientes aquí y conduzcas hasta Llo —me dijo al tiempo que abría la puerta del conductor.

—¿Qué? —grazné aterrorizada—. ¿Qué vas a hacer?

—Haz lo que te digo.

Cerró de un portazo y, sin más dilación, se dirigió hacia el otro vehículo, cegado por la furia. Ni siquiera me sorprendió cuando le vi sacar al conductor del interior del todoterreno por las solapas de la chaqueta y lo lanzaba por los aires.

Salté hacia el lado del coche que Erwan acababa de abandonar y busqué por debajo del asiento el teléfono móvil para pedir ayuda. Todo mi cuerpo temblaba salvajemente. Ni siquiera sabía qué hacer a continuación. Volví mi vista hacia la escena que se estaba produciendo a unos metros del coche, cuando vi salir del otro

vehículo a otro tipo que apuntaba con una pistola directamente a Erwan. Aquella visión me superó.

Él lo sabía. Sabía que enfrentarse de aquella manera era un suicidio y aun así lo hacía porque era una forma de ganar tiempo para que yo pudiera llegar al pueblo; a territorio seguro. Un tiempo precioso que estaba perdiendo porque no podía irme y dejarlo allí. Sin pensarlo, puse la marcha atrás y aceleré todo lo que pude. Un destello salió del arma antes de que el Jeep lo atropellara. Noté el golpe que hizo su cuerpo al impactar con el vehículo. La sangre palpitaba en mis sienes de forma tan violenta que creí que me desmayaría. La realidad de lo que acababa de hacer me dejó estupefacta. La puerta del copiloto se abrió en aquel instante.

—Arranca —ordenó la voz de Erwan al tiempo que ocupaba el asiento de al lado.

Inmediatamente aceleré el motor para alejarnos de aquella pesadilla. Evité mirar por el espejo retrovisor la escena que quedaba tras nosotros.

—Le he... —Ni siquiera tuve el valor de acabar la frase. Había atropellado a un hombre y probablemente le había matado.

—No te preocupes por eso ahora.

Como si fuera tan fácil. No es que no se lo mereciera, pero yo no era una asesina. Bueno, ahora probablemente sí.

Por el rabillo del ojo le vi levantarse la camiseta con gesto de dolor.

—¡Oh, Dios mío, estás herido!

Había mucha sangre a la altura de su estómago. Aquel tipo le había disparado segundos antes de que le atropellara. En aquel momento me alegré de haberlo hecho, debería haberle pasado por encima un par de veces para asegurarme que no volvía a disparar a nadie nunca más.

—Aimée, por favor, mira hacia adelante.

Dio un volantazo con su mano izquierda para volver a colocarnos en el lado derecho de la carretera. Al parecer me había desviado un tanto hacia el carril contrario. Cogí el teléfono nuevamente y de nuevo busqué el número de Gérard que contestó al segundo tono.

—Gérard —exclamé con alivio al oír su voz.

—¿Qué sucede?

—Nos han atacado. No sabemos qué ha pasado con Serge y Roland, pero les hemos perdido de vista. Erwan está malherido. Tienes que...

La mano de Erwan me quitó el teléfono y con una chispa de diversión en los ojos comentó:

—Recuérdame que sea la última vez que conduces mi coche.

Se llevó el móvil al oído y tras unas breves palabras con su hermano colgó.

Llop nos recibió en cuanto Erwan abrió la puerta de la casa. Habíamos decidido dejarlo encerrado no fuera que acabara en el interior del Adytum y nos chafara la sorpresa.

Inmediatamente busqué algo con lo que cubrir el sofá y un par de toallas, con la idea de hacerle tumbar mientras llegaba Gérard. De regreso al salón, me detuve impresionada al ver su alta figura cerca de la cristalera. Se había quitado la camiseta y la sostenía sobre la herida para detener la hemorragia. Pese a la gravedad de la situación no pude dejar de admirar aquel sensacional torso desnudo. Era increíblemente hermoso. Su musculatura atlética y bien definida me recordó a una de esas esculturas griegas que tanto había estudiado a lo largo de mi carrera, pero lo que realmente llamó mi atención fue la obra de arte que tenía tatuada a lo largo de sus brazos y que ocupaba buena parte de su pecho y espalda. Las raíces del árbol que hasta ahora había visto dibujadas en su antebrazo izquierdo se extendían hasta convertirse en un tronco y unas ramas que recorrían sus hombros y espalda formando unas complicadas filigranas similares a las del medallón de mi madre. El otro brazo tenía una figura mítica, entre dragón y serpiente, que se enroscaba por su brazo hasta llegar al pecho.

Completamente fascinada, llevé mi mano a la altura de la cabeza del imponente animal y con los dedos recorrí sus fauces. Era de un realismo sobrecogedor.

—Deja de tentarme, Aimée —murmuró con voz estrangulada a la vez que posaba su mano sobre la mía para detener su recorrido—, soy solo un hombre.

Aquellas palabras me impresionaron tanto que por un momento creí haberlas imaginado, pero al levantar la vista me encontré con aquella mirada azul que tanto me afectaba produciéndome una sensación de irrealidad. Aquello no estaba pasando, ¿o sí?

Nuestras bocas se acercaron poco a poco hasta tomar contacto de forma tímida. Sus labios eran increíblemente sensuales y sabían realmente bien. Una explosión de emociones se agolpaban en mi interior, tuve que agarrarme de su cuello para no caer pues no tenía claro que mis piernas pudieran aguantarme mucho más tiempo. Noté su mano sobre mi nuca en el momento en que el beso se tornó más posesivo. Creí que moriría e iría al cielo en aquel momento. Jamás un beso había sido tan sugerente para mí. Un gemido de excitación escapó de mi garganta, Erwan me estaba haciendo el amor con la boca. Su mano libre bajó por mi espalda hasta detenerse en mi trasero atrayéndome más hacia él quedando así completamente pegados. A través de mi cuerpo sentía el suyo, duro como una roca.

El timbre de la puerta sonó en aquel instante poniendo freno a aquel intenso momento. Nos miramos a los ojos durante lo que me pareció una vida hasta que de nuevo el timbre nos hizo reaccionar. Salí disparada hacia la puerta para abrir a Gérard. Su mirada preocupada se posó en mi vestido manchado por la sangre de Erwan. Hice un gesto de negación con la cabeza antes de dirigirnos hacia el salón. Coloqué la manta que había encontrado en mi dormitorio minutos antes sobre el sofá donde Gérard hizo tumbar a su hermano. Su rostro se estaba volviendo de un color ceniciento señal de que había perdido bastante sangre.

Creí que caería de bruces al suelo cuando Gérard dejó expuesta la herida para examinarla. Me apoyé en el cabezal del sofá, por el otro lado, sin poder apartar la mirada de las manos expertas del sanador.

—Has tenido mucha suerte, hermano. La bala ha salido por detrás sin dañar ningún órgano.

Suspiré aliviada de forma sonora atrayendo la mirada de Erwan.

—Te pedí expresamente que salieras de allí.

—Si te hubiese abandonado ahora estarías muerto y lo sabes —respondí indignada.

Me miró pensativo, pero no respondió. Sabía que tenía razón.

—¿Qué es lo que ha pasado? —quiso saber Gérard.

Le conté lo ocurrido mientras Erwan permanecía en silencio, de vez en cuando notaba su intensa mirada posada en mí, pero no dijo nada. Ni siquiera sentí remordimientos cuando le expliqué que había atropellado al hombre que había disparado a Erwan. Había sido una cuestión de supervivencia y si tenía que elegir, por supuesto que me quedaba con él. En realidad, lo habría hecho por cualquiera de ellos. Lo sucedido aquella noche me había abierto los ojos, aquella era mi gente y me sentía dichosa de tenerlos.



—¿Qué es ese dibujo, mami?

—Es la marca de las Elegidas, cariño —respondió la mujer al tiempo que pasaba el paño húmedo por el interior del muslo, donde estaba la curiosa marca de nacimiento.

El fuego crepitaba en el hogar proporcionando luz y calidez a la cabaña, era su remanso de paz en aquel inhóspito lugar. Ni siquiera después de unos años viviendo entre aquellas gentes había logrado acostumbrarse a su clima.

—¿Y yo por qué no la tengo? —preguntó la niña a la vez que se sentaba al lado de la tina de agua caliente a la espera de que su madre terminase con su aseo.

—Porque la Diosa tiene otros planes para ti.

Tan solo conocía a dos personas más que habían tenido aquella marca y ahora estaban muertas. En el fondo se alegraba de que su hija no la tuviese, aquello complicaba sus planes, pero agradecía que Gunid no tuviese que pasar nunca por lo mismo que ella.

—¿Qué planes? —Sus ojitos grises se abrieron de par en par llenos de curiosidad.

—Tendrás que transmitir el legado de la Diosa a tus hijas y asegurarte de que estas lo harán de igual modo a las tuyas hasta que nazca la nueva Elegida.

—¿Y cómo sabremos quién es la Elegida, mami?

—Porque tendrá esta misma marca de nacimiento en su cuerpo.

La niña se quedó pensativa con la mirada perdida en el fuego durante unos instantes. La mujer observó la carita surcada de pecas de su hija sintiendo cómo su corazón se henchía de amor. Aquel había sido el mayor regalo que le diera su amada Diosa.

—¿Y qué tendrá que hacer?

—Ella lo sabrá, cielo, pero la ayudaremos un poquitín, ¿te parece?

Gunid miró a su madre con entusiasmo al tiempo que asentía con una sonrisilla pícaro en su pequeña boca. Tras ponerse nuevamente la túnica, buscó en el baúl de madera donde guardaba sus pertenencias el preciado objeto que había mandado hacer con aquel fin.

—¡Mami! Es precioso. —Sus deditos siguieron los intrincados dibujos de forma cuidadosa.

—Este medallón será para ti, mi pequeña. —Gunid miró a su madre con los ojitos abiertos de par en par, nunca había visto nada tan bonito—. Se lo darás a tu hija mayor, y le explicarás cuál es su cometido para que ella haga lo mismo con la suya. De ese modo, algún día, llegará a la Elegida.

—¡Tiene tu dibujo! —señaló la niña mirando la parte posterior del medallón.

—El mismo dibujo que ella tendrá en su cuerpo, cariño. El medallón la ayudará a llegar hasta mí, y todo volverá a ser como antes.

Me desperté con el corazón acelerado y completamente desorientada. La claridad que entraba por el amplio ventanal era más bien escasa. Pese a que tenía cortinas, me gustaba dormir sin echarlas para así despertarme con la luz del amanecer y que aquellas formidables vistas fueran lo primero que viera cada mañana.

La realidad de lo ocurrido la noche anterior no tardó en regresar a mi agotada mente. Una sensación de vértigo se formó en mi estómago al recordar el beso de Erwan. Jamás una persona me había confundido tanto. Las palabras que habían dado alas a mi osadía acudían a mi cabeza una y otra vez. «Deja de tentarme, Aimée», había dicho como si no pudiera aguantar más la tortura que le había supuesto mi contacto. Aún me costaba creer que hubiesen salido de sus labios. De hecho, cuanto más lo pensaba más cuenta me daba de que lo ocurrido entre nosotros había sido fruto de la pérdida de sangre. Él ni siquiera mostraba sus emociones, yo no le interesaba lo más mínimo y aquello había sido un error por su parte.

Aquella idea fue cobrando vida en mi interior de forma dolorosa mientras el agua de la ducha resbalaba por mi cuerpo. Jamás en toda mi vida me había enamorado de aquella forma y aquel beso había sido la experiencia más extraordinaria que probablemente tendría en lo que me quedaba de existencia.

Decidí olvidar el asunto, con suerte él no recordaría con exactitud lo ocurrido y conociéndole no se le ocurriría preguntar. Prefería que las cosas entre nosotros continuaran como hasta ahora y que aquel beso no supusiera otro obstáculo en nuestra relación ya de por sí complicada.

Reconocí las voces de Ray y Erwan desde el pasillo, justo cuando entré en la cocina se hizo el silencio. Ambos permanecían sentados en la isla, uno frente a otro.

—¿Estabais hablando de mí? —pregunté en tono de burla mientras buscaba una taza en el armario para echarme el café. El silencio que obtuve a modo de respuesta hizo que me volviera hacia ellos con los ojos entornados—. ¿En serio?

Lo había dicho por decir, una forma de romper el hielo, pero ahora no lo tenía tan claro. Erwan permanecía con la mirada clavada en la taza y casi podía oír los engranajes de la cabeza de Ray buscando algo que decir. Los había pillado *in fraganti* y con la guardia baja.

—¿Qué haces aquí? —pregunté a Ray con recelo.

No me imaginaba a Ray cotilleando sobre lo que había descubierto de mí la noche anterior, y menos a Erwan. Teníamos un trato y, además, era mi amigo. Pese a nuestros tira y afloja, era una de mis personas favoritas, aunque realmente me preguntaba el motivo pues no dejábamos de discutir.

Ray alzó una ceja al tiempo que nos miraba alternativamente a Erwan y a mí.

—Empiezas a parecerme a él, ¿sabes? —Hizo un leve gesto con la cabeza refiriéndose a Erwan—. Es inquietante. —Simuló un escalofrío antes de terminarse el contenido de la taza de un trago.

Intenté contener la risa al pensar en ello, era más que probable que Erwan le hubiese recibido con la misma pregunta que acababa de hacerle yo. Seguía sin saber de qué habían estado hablando cuando entré en la cocina, pero como era más que probable que no lo supiera nunca decidí cambiar de tema.

—¿Qué tal vuestras heridas?

—No ha quedado ni rastro.

Ray se levantó la camiseta para mostrarme el lugar donde la noche anterior había habido una cuchillada. Efectivamente, no quedaba ni la más mínima señal de ello. El don de Gérard era realmente extraordinario. Miré a Erwan con gesto inquisidor, la suya había sido una herida bastante grave, pese a que, como había dicho Gérard, no había tocado ningún órgano vital. Se levantó para mostrarme el estómago liso y sin marca alguna encogiéndose de hombros como si aquello careciese de la más mínima importancia.

Cuando nuestras miradas se encontraron supe que recordaba perfectamente lo ocurrido entre nosotros la noche anterior. Sentí una fuerte opresión en la boca del estómago a la vez que un cosquilleo me recorría el pecho hasta llegar a los labios como si solo con la mirada fuese capaz de hacerme sentir un recordatorio de lo que

había experimentado con su contacto.

—¿Te parece si nos ponemos a ello? —dijo Ray a Erwan rompiendo aquel extraño e inquietante momento—. Aún me quedan todas las demás casas.

El motivo de su visita no había sido otro que el de cambiar el sistema de seguridad. Candice nos había traicionado, o al menos eso era lo que nos había dado a entender con su desaparición. De momento, y hasta nuevo aviso, Candice era considerada persona *non grata* por los nuestros y, por lo tanto, no era de fiar. Así que Ray eliminaría su perfil en el sistema para que no pudiera tener acceso a ninguna de las casas sin que la alarma la detectara y le avisase.

Intenté desayunar alguna cosa, pero tenía el estómago completamente cerrado, así que me decidí por ocupar mi perturbada mente en algo más productivo. Cogí mi cuaderno de dibujo y me senté en el porche. Hacía un frío glacial, pero me encantaban las vistas desde aquel lugar. También a Llop, que debía de estar en una de sus incursiones aquella mañana. Me senté en una de las butacas y me tapé con una mullida manta abriendo el cuaderno sobre mi falda en la última página dibujada.

El aire olía a tierra mojada mezclado con el de la leña quemada que salía de las chimeneas. La humedad rezumaba de la tierra ocultando las montañas que había a mi alrededor, y las nubes, de un intenso color gris, sobrevolaban a escasos metros sobre mi cabeza. Intenté centrarme en los dibujos del cuaderno, pero no me decían nada nuevo. Me abracé las piernas y así me quedé contemplando la belleza de aquel paisaje. Tan solo el sonido de los árboles al mecer sus hojas con el viento rompía aquella relajada calma.

Retazos de imágenes empezaron a ocupar mi mente. Reconocí en ellas el sueño que había tenido aquella noche. Cerré los ojos tratando de invocarlas y dar forma a aquellos vagos recuerdos. Sentí cómo mis latidos se aceleraban a medida que iba tomando forma en mi memoria: la mujer, la niña, el lugar...

Mis ojos se abrieron a la vez que mi corazón daba un vuelco. Necesitaba comprobar si aquello era cierto, y solo había un modo de hacerlo. Me levanté como alma que lleva el diablo y me dirigí hacia mi casa. Solo el medallón podía darme la respuesta, habíamos decidido mantenerlo escondido allí como medida de precaución. Sabíamos que había un traidor, pero no teníamos del todo claro quién era. Si alguien cercano a nosotros buscaba el medallón, lo lógico era que pensara que lo tenía conmigo y, por lo tanto, que estaba en casa de Erwan. Por ese motivo continuaba en la mía, nadie pensaría que algo tan valioso pudiera estar sin protección y en mi casa.

Llegar a la cancela de la verja de entrada no me llevó ni un minuto. Busqué entre la tierra de uno de los maceteros que había en la entrada y saqué la llave de repuesto. Abrí la puerta, y sin siquiera molestarme en cerrar, me dirigí hacia la chimenea que había en el salón. Busqué a tientas con la mano hasta que di con la estrecha cavidad que contenía mi preciado tesoro. Una vez en mis manos, le di la vuelta con el corazón a punto de salirse de mi boca.

Ahí estaba. De hecho lo esperaba, pero aquella confirmación hizo que todo en mi cabeza diera vueltas. El pentáculo que marcaba a Enid como una de las Elegidas estaba gravado en la parte posterior del amuleto. Tuve que apoyar una mano en la pared para no caerme pues me sentía completamente embargada por lo que aquello significaba.

—No pensé que pudiera tener tanta suerte. —Aquella voz erizó todo el vello de mi cuerpo—. Pero ya ves, tenía que intentarlo.

Me volví para encarar a aquella maldita zorra al tiempo que llevaba la mano que contenía el amuleto a mi espalda. Estaba sentada en uno de los sillones como quien se sabe bien recibida. Aún llevaba puesta la misma ropa que la noche anterior, debía de haber venido directamente a mi casa aprovechando la confusión del momento. De otro modo no podría haber entrado en Llo sin tener que rendir cuentas a los nuestros.

—¿Qué haces aquí?

—¿De verdad quieres que te lo explique? —Tragué saliva cuando advertí lo que había en su mano derecha. Hizo un movimiento leve con la pistola a modo de respuesta—. No voy a permitir que te quedés con él.

Estaba como loca. Mi cabeza funcionaba a toda velocidad buscando la manera de salir airosa, pero la realidad era que ella estaba armada y yo tenía pocas posibilidades. Me maldije a mí misma por haberme dejado llevar de aquel modo, y abandonar la seguridad de la casa de Erwan.

—A Marlon no va a gustarle que me mates —señalé con la idea en mente de entretenerla lo máximo posible. Tan solo esperaba que Erwan y Ray no tardaran en notar mi ausencia.

—Marlon me importa una mierda —respondió Candice con una risa histérica.

—¿Y por qué le ayudas entonces? Has traicionado a tu gente.

—No te equivoques, sus fines no me importan —me cortó—. Es a ti a la que he traicionado. Te quiero lejos de él.

Pestañee rápidamente sin saber qué responder a eso. Aquella mujer estaba completamente desquiciada.

—Si me matas te echarán del clan.

—Ya estoy fuera del clan, ¿acaso me crees estúpida? Tampoco soy necesaria para Marlon ahora que me habéis descubierto, así que no pierdo nada.

—Podrías irte lejos, empezar de nuevo.

Por el rabillo del ojo vi que junto a mis pies tenía el juego de herramientas para la chimenea, me moví ligeramente para ponerme delante y tratar de hacerme con el atizador.

—Puede que lo haga después de todo —dijo con aire pensativo—, pero antes me desharé de ti.

—¿Por qué me odias tanto? —pregunté al tiempo que movía mis dedos sobre el frío metal del atizador—. Entre Erwan y yo no hay nada.

—Ni lo habrá —contestó de forma brusca—, no voy a permitirlo.

—Estás muy equivocada con respecto a nosotros.

—Y una mierda —me cortó al tiempo que se levantaba y me apuntaba directamente con el arma—. He visto cómo te mira, no estoy ciega. La forma en que aprieta las mandíbulas y se tensa cada vez que algún hombre se te acerca. Lo vi claro la noche de la reunión, ni siquiera me prestó atención, él solo tenía ojos para ti. Y en la fiesta de Agnes vi confirmadas mis sospechas. Si hubiera podido te habría bajado del escenario para que ningún otro hombre te mirara. Solo lo había visto así por una mujer hace muchos años y la muy puta lo traicionó. Por eso te drogué en la fiesta, pero ni siquiera con esas sirvió de nada. —La miré con ojos desorbitados sin acabar de creer lo que estaba oyendo. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. ¿Puedes hacerte una idea de lo que es ser invisible para la persona que lo es todo para ti? —Ah no, por ahí no, no iba a permitir sentir pena por aquella arpía. De no ser por las sospechas de Álex, podría haber muerto mucha gente anoche, por no mencionar lo que habría sucedido conmigo—. Habría podido con ello, ¿sabes? Al fin y al cabo las mujeres solo significaban para él una cosa, eran algo desechable. Pero entonces llegaste tú y lo trastocaste todo.

—¿Tuviste algo que ver en la muerte de mi hermana?

Desvió la mirada hacia el suelo una fracción de segundo antes de contestar.

—Se pusieron en contacto conmigo meses atrás. Me ofrecieron mucho a cambio de un nombre. Yo no sabía quiénes eran, ni lo que buscaban, pero les dije que no traicionaría a mi gente. A diferencia de ti, tu hermana me caía bien. Pero entonces empecé a ver a Erwan y Émilie quedando a espaldas de Gérard y llegué a la misma conclusión que él. Los celos me cegaron.

—Estás enferma —mascullé sintiendo cómo la rabia crecía en mi interior—. ¿Cómo supiste quién era realmente mi hermana? No era algo que supiese mucha gente

del clan.

De hecho solo unos pocos sabían que entre ellos había una descendiente de la última sacerdotisa.

—Mi madre conocía la historia y tocando las teclas necesarias logré sonsacársela. Ya sabes lo bien que se me dan los brebajes.

Cómo no, ese había sido siempre su *modus operandi*.

—Envenenaste a Constance, y también a mi lobo —le reproché.

Sabía que por aquel camino no iba bien, pero me era imposible simpatizar con ella para tratar de convencerla de que no me disparara. Lo único que tenía en mente eran las ganas que tenía de arrearle con el atizador en la cabeza.

Tuvo el descaro de encogerse de hombros como si aquello careciera de la menor importancia.

—A Constance nunca le he gustado, tampoco a Agnes. A partir de tu aparición en el pueblo, Marlon volvió a ponerse en contacto conmigo para que le pasara información de lo que hacías, adónde ibas, etc. Me amenazaron con contar a Agnes lo que había hecho con tu hermana, tenían pruebas, ¿sabes? Así que decidí colaborar, total ya te he dicho que no me gustaste desde el minuto cero. —Unos pasos más y tendría una posibilidad de salir impune de esta—. Necesitaba un chivo expiatorio para cuando empezasen a sospechar de la información que poseía el enemigo, y esa fue Márie.

—Así todo el mundo creería que había sido Márie la que la estaba envenenando —deduje—. ¿Lo de las muñecas también fue obra tuya?

Una sonrisa satisfecha asomó por su bello rostro. Era muy lista. De no ser porque Álex siempre sospechó de ella, tarde o temprano se habría salido con la suya. Envenenar a Constance para hacerla enfermar poco a poco fue un buen plan, en el momento que Márie desapareció dejó de suministrarle el veneno para que pareciera que había sido ella. Nos hizo creer a todos que trabajaba para ellos, y la muñeca que encontró Constance en la habitación de Márie solo hizo que reafirmar nuestras sospechas.

—También me pidieron que consiguiera el amuleto. Por eso entré en tu casa y me vi obligada a drogar a tu mascota —reconoció a continuación—. Y ahora sé buena chica y dámelo. Sé que lo escondes en la mano. Será mi pasaje hacia la libertad.

No me dejó otra opción. Era ahora o nunca. Con el corazón a mil por hora saqué mi mano de la espalda y le ofrecí lo que buscaba. Se acercó unos pasos más y cuando estaba a punto de cogerlo levanté el atizador que sostenía en la otra mano y con toda mi rabia le di en la cabeza. Fue a parar contra el suelo así como la pistola, que cayó de sus manos a unos metros de ambas. Candice se llevó la mano a la cabeza aturdida, momento que aproveché para descargar mi ira sobre ella. Había traicionado a su gente por celos y ahora mi hermana estaba muerta como consecuencia de ello.

Le aseté un buen puñetazo en la cara sintiendo cómo mi mano se destrozaba con ello. Candice me respondió con una fuerte patada en el estómago que me hizo doblar en dos. Intentó levantarse, pero se lo impidió arrojándome sobre ella al tiempo que la golpeaba con los puños cerrados una y otra vez como una loca histérica. Sentí un fuerte mordisco en el brazo derecho que me dejó sin aliento. Aproveché el momento para colocarse sobre mí mientras tiraba de mi pelo con fuerza. Pensé que me arrancaría la cabellera la muy zorra. Estaba sentada sobre mí mientras me movía como un perro rabioso intentando deshacerme de su agarre cuando colocó las manos sobre mi cuello con la intención de estrangularme. Desesperada le golpeé con la base de la mano la parte inferior de la nariz consiguiendo así soltarme. Respiré una bocanada de aire tras otra tratando de recuperar el aliento cuando la vi dirigirse hacia la pistola. Todo ocurrió demasiado deprisa. Busqué el atizador con la mirada y, al mismo tiempo que ella llegaba hasta el arma, me hice con él. Antes de darle tiempo siquiera a pestañear se lo clavé en el pecho, justo en el mismo momento que el arma se disparaba. Nuestras miradas se cruzaron antes de que los ojos sin vida de Candice se perdieran en algún punto de mi indumentaria. Poco a poco se fue deslizando hasta caer al suelo. Me tambaleé sintiéndome cada vez más desorientada, mis piernas iban perdiendo fuerza. Intenté llegar hasta el sillón, pero tras dos pasos acabé en el suelo. Mi visión empezó a tornarse borrosa. Me llevé las manos al rostro y entonces advertí la sangre. Bajé la vista hacia el resto de mi cuerpo sabedora de lo que iba a encontrarme.

El disparo había sido certero pese a que no sentía absolutamente nada.

Escuché el rugido de Erwan poco antes de que su figura entrara en mi campo de visión. Tras él venía Ray, le vi llevarse las manos a la cabeza mientras Erwan llegaba junto a mí, ignorando el cuerpo sin vida de Candice.

Percibí el miedo reflejado en sus preciosos ojos después de que me examinara la herida. Aquello no pintaba bien. Me sentía agotada, el simple hecho de respirar me estaba suponiendo un gran esfuerzo. Poco a poco mis párpados se fueron tornando más pesados, apenas podía mantenerlos abiertos.

—Aimée, no. —Hice acopio de las pocas fuerzas que me quedaban para abrir nuevamente los ojos y mirarle una última vez. Sentí el calor de sus manos a ambos lados de mi rostro—. Por favor, quédate conmigo. No puedes dejarme ahora.

Su voz, rota por el dolor me hizo estremecer. Una gruesa lágrima rodó por mi mejilla hacia su mano, aquello no era justo. Su apuesto rostro se encontraba apenas a unos centímetros del mío, de haber tenido fuerzas le habría besado una última vez.

Sin poder evitarlo me dejé llevar por la oscuridad que me atraía como el canto de una sirena. Me deslicé en la bruma de la inconsciencia hasta que poco a poco dejé de sentir nada. Ni siquiera los fuertes brazos de Erwan que se negaban a dejarme marchar.

Una hermosa luz empezó a cobrar fuerza poco a poco hasta tornarse brillante y poderosa. Me sentí seducida al instante. Cientos de vivaces colores brotaban a mi alrededor cual si fueran pequeñas pompas de jabón. Sin poder evitarlo empecé a encaminarme en aquella dirección, no me gustaba la oscuridad en la que me había visto inmersa. Una mano me sujetó impidiéndome continuar hacia la calidez que emanaba de la ahora potente luz. Volví mi rostro hacia la mano que se hallaba aferrada a mi muñeca. Era curiosamente blanca y pequeña; una mano de mujer. Seguí con curiosidad el recorrido del brazo hasta llegar a su rostro que negaba con la cabeza. Las lágrimas empezaron a brotar por mis ojos.

—Émilie.

—No llores, Aimée —dijo al tiempo que me secaba las lágrimas con una sonrisa afectuosa en los labios. Aquella visión era tan hermosa, no podía creerme que estuviera allí conmigo—. No es tu momento —añadió—. Tienes que ser fuerte y luchar.

—Estoy tan cansada.

—Lo sé, cariño. Pero no puedes dejarlos ahora, eres la Elegida.

—Creo que he muerto, Émilie —señalé compungida.

Ella negó con la cabeza.

—Aún no —respondió cogiéndome de las manos—. Gérard no va a permitirlo.

—¿Y entonces qué debo hacer?

—Pase lo que pase no vayas hacia la luz. —Me atrajo a sus brazos y besó mi mejilla húmeda por las lágrimas—. Tengo que dejarte.

—Pero tengo muchas preguntas —repliqué al tiempo que me aferraba a su abrazo, ahora que la tenía conmigo no podía dejarla marchar.

—Lo sé, Aimée. Tu sola hallarás las respuestas. Solo tienes que escuchar a tu don, tú sabes lo que debes hacer.

Tras decir aquello se desvaneció como si se tratara de una nube de vaho que va perdiendo consistencia hasta desdibujarse del todo. Sentí el enorme vacío en mi



corazón mientras miraba el lugar por donde había desaparecido, meditando sus palabras.

Poco a poco la hermosa luz fue perdiendo intensidad hasta dejarme sumida en la más absoluta oscuridad. No sabía cuánto tiempo permanecería entre ambos mundos, pero la determinación de lo que debía de hacer en cuanto despertara de nuevo me llenó de esperanzas. Si realmente tenía otra oportunidad me aseguraría de jugar esta vez bien mis cartas, pues ahora sabía con seguridad quién era y por qué estaba allí.



El sonido de un pitido intermitente fue entrando en mi mente segundos antes de que abriera los ojos. Me costó bastante enfocar todo cuanto había a mi alrededor. El blanco predominaba por todas partes salpicado de un descolorido verde en algunos puntos como en el cobertor de la cama y en las cortinas, otorgándole un aire insípido y aburrido a aquella pequeña estancia.

Estaba en un hospital.

Rápidamente me centré en las dos personas que se hallaban situadas a cada lado de la camilla. A mi izquierda, dormitando con el cuello en un ángulo que pronto le produciría un intenso dolor, mi tío Robert. A mi derecha, Erwan. Tenía los brazos apoyados sobre las rodillas, y la cabeza sobre las manos. No podía verle los ojos, pero por el movimiento nervioso de su pie supe que no dormía. Deslicé mi mano hacia su cabeza y a continuación acaricé su abundante cabello negro. De forma inmediata levantó la vista hacia mi persona. Pasé la mano por su rostro mientras él me miraba como si estuviese teniendo una alucinación.

—Tienes un aspecto horrible. —Me costó un gran esfuerzo articular aquellas cuatro palabras pues tenía la boca dolorosamente seca.

Erwan sonrió provocando una conocida sensación de vértigo en mi estómago. Tenía ojeras y la barba de varios días que solía lucir, ahora era mucho más poblada, señal de que hacía días que no se afeitaba. Aquello le daba un aspecto más peligroso del que solía tener siempre, y aun así continuaba siendo insoportablemente guapo.

—Tampoco tú estás en tu mejor momento —respondió.

Reí de sus palabras, probablemente tuviera peor aspecto que él. Lo cierto era que poco me importaba mi apariencia en aquel momento, estaba agradecida de haber podido regresar al mundo de los vivos.

—Amy —dijo la voz de mi tío—, gracias a los dioses, al fin despiertas.

—Creí que solo había una diosa —bromeé.

Mi tío sonrió a la vez que posaba su mano sobre las mías. Tenía el rostro ojeroso y demacrado, aquellos últimos días debían de haber sido un infierno para ellos también.

—He tenido tanto miedo de perderte de nuevo.

—Ha sido grave, ¿verdad?

Recordaba perfectamente mi encuentro con Émilie y la maravillosa luz. Sería imposible discernir si se había tratado de un simple sueño o si realmente había estado entre los dos mundos, pero lo que era seguro es que Candice había estado muy cerca de conseguir su objetivo.

—Ni siquiera Gérard estaba seguro de poder hacer algo, tendrías que haber visto en qué estado lamentable lo sacó Álex del quirófano después de horas y horas tratando de mantenerte con vida.

—Pues lo hizo muy bien.

Mi tío asintió al tiempo que se sacaba el teléfono móvil del bolsillo.

—Voy a contarle a tu tía la buena noticia, debe de estar como loca, llevo horas sin darle ningún parte —comunicó levantándose de la butaca—, avisaré también a Gérard.

Desapareció por la puerta dejándonos solos a Erwan y a mí. Me volví en su dirección para encontrarme con aquellos ojos azules que me volvían loca.

—Te fuiste sin decir nada.

Asentí con la cabeza sintiendo el enorme peso de la culpabilidad sobre mis hombros.

—Lo sé, no creí que pudiera haber ningún peligro acechándome en mi propia casa y a pleno día. Mucho menos ella. —Erwan bajó la vista hacia sus manos en cuanto hice referencia a aquella mujer. Me había parecido ver un atisbo de culpa en su mirada—. Erwan, tú no eres responsable de nada, cada uno lo es de sus actos.

—Tenía que protegerte, Aimée y ya ves dónde estamos.

Asentí de nuevo consciente de mi error. No era por el ataque de Candice por lo que se sentía culpable sino por el hecho de no haber podido hacer nada para evitar aquel desenlace. Mi muerte suponía algo más que el fin de mis días para nuestra gente y mi grave ataque debía de haberlo dejado en muy mala situación frente a los nuestros.

—Lo siento, solo espero que el clan no haya sido muy duro contigo.

—¿Crees que es por eso? —La forma en que me miró casi hizo que me cayera de la cama—. Me importa una mierda lo que piense el clan, Aimée. A estas alturas deberías de saberlo.

Mi corazón empezó a galopar dentro del pecho, pestañeé varias veces al tiempo que lo miraba embobada tratando de comprender lo que estaba queriendo decirme.

La puerta de la habitación se abrió en aquel momento dando paso a Agnes, tras ella iban Álex y Ray. Los tres me saludaron de forma efusiva, visiblemente contentos y aliviados de tenerme nuevamente entre ellos.

Les conté que había sido Candice la que le había dado a Marlon la identidad de mi hermana y la que le había hablado sobre mí. Por eso sabían dónde vivía y habían ido a buscarme, de no ser por Gilles que aceleró mi decisión de venir a Llo puede que a estas alturas nunca les hubiese conocido.

—Es más que probable que fuesen ellos los que acabaran con la vida de tu padre —señaló Ray.

Asentí con la cabeza convencida de ello. Sin mi padre de por medio todo era mucho más fácil. Marlon sabía que mi padre conocía la existencia de los de su raza, estuvo presente el día de la muerte de mi abuela a manos de Grâce. Podía ser una fuente importante de problemas si yo desaparecía, así que decidieron cortarlo de raíz.

—Lo importante es que ahora estás a salvo y que no vamos a caer en los mismos errores —sentenció Agnes acariciando mi mano.

—Siento haber actuado de forma tan impulsiva, pero tenía que comprobar algo. —Inmediatamente me erguí sobre la cama al recordar mi preciado tesoro—. ¡El medallón!

—Lo tengo yo —dijo Erwan tranquilizándose.

Solté el aliento aliviada, ahora que sabía lo que debía hacer no podía permitirme perderlo de vista.

—Soñé con Enid. —Agnes se envaró al oír el nombre de la única Sacerdotisa que salió con vida de la venganza de nuestra propia gente—. Ella tenía una marca de

nacimiento en el cuerpo, una señal con la que la Diosa había marcado a sus tres hijas. Ese dibujo está gravado en la parte posterior del medallón —continué desplazando mi mirada a Erwan.

Se quedó pensativo lo que debió de ser una fracción de segundo antes de asentir con la cabeza.

—Es un pentáculo.

Ni siquiera me sorprendió que él sí se hubiera dado cuenta de que aquel gravado hubiera estado allí.

—No lo sabía —dijo Agnes con el desconcierto pintado en el rostro—. El pentáculo es un símbolo mágico utilizado desde la antigüedad. Las cuatro puntas de los lados y abajo representan los elementos, y la de arriba el espíritu, el cual domina los elementos. Tiene sentido.

Me recliné hacia delante y me recogí el pelo hacia un lado dejando la parte posterior de mi cuello al descubierto. Los ojos de Agnes se abrieron de forma desorbitada al mismo tiempo que su boca. El rostro de Erwan quedó desencajado mientras Ray y Álex se acercaban a mirar el motivo de tanta sorpresa.

La habitación quedó sumida en el más absoluto de los silencios tan solo roto por el pitido que producía cada cierto tiempo la máquina a la que estaba entubada.

—¿Eso significa lo que estoy pensando? —preguntó finalmente Ray.

Tres cabezas asintieron en respuesta.

—Aimée es la Elegida —dijo Agnes como si al decirlo en voz alta tuviera más sentido que el mero pensamiento—. Ella tiene el poder de convocar a la Diosa.

—Enid dijo que el medallón me llevaría hasta ella. Necesito ir allí.

Erwan asintió con la cabeza con la vista clavada en Agnes, que también asintió con aire pensativo.

—¿Y adónde vamos? —quiso saber Ray.

Álex le lanzó una mirada de fastidio.

—¿Por qué tienes que meter las narices en todo? Nadie te ha invitado.

—Ni falta que hace —respondió encogiéndose de hombros como si fuera lo más obvio.

—Yo también me apunto, pese a la pésima compañía —anunció la pelirroja haciendo un gesto de cabeza en dirección a Ray.

Ray bufó al tiempo que ponía los ojos en blanco provocando la risa de Agnes. Me volví hacia Erwan enarcando una ceja mientras trataba de aguantar la risa. Erwan negó con la cabeza con una sonrisa divertida en los labios.

—Tú decides —respondió.

Fue su manera de decirme que se lavaba las manos en cuanto a lo que aquellos dos se refería.

—¿Y bien? —dijo Ray llamando nuevamente mi atención—. No has respondido a mi pregunta.

Lo miré durante una fracción de segundo antes de responder. La decisión estaba tomada, no había vuelta atrás. No tenía ni idea de por dónde empezar, pero cada cosa a su tiempo. Primero necesitaba curarme del todo y en cuanto me diesen el alta emprenderíamos el viaje que me llevaría hacia la tierra de mi antepasada.

—Noruega. Iremos a Noruega.



## Agradecimientos:

Quiero agradecer a las personas que me han dado su apoyo durante la fase de concepción y nacimiento de esta historia que tenéis entre manos.

Primero de todo a mi familia, en especial a mi madre, M<sup>a</sup> Carmen, Josep, Antonia y Sara. Gracias por creer en mí desde el primer momento. Vuestro apoyo incondicional ha sido determinante para que este sueño se haga realidad.

A mi queridísima amiga Paqui, tú más que nadie sabes lo que esto significa para mí. Gracias por tu apoyo, por tus mensajes de ánimo y por tus sabios consejos.

A mis chicas del «Parque», por haber estado ahí día a día cargándome las pilas con vuestra energía positiva y vuestras palabras de ánimo, muy especialmente a Alina y Noemí, aún no sé que sería de *El eterno legado* sin vosotras. Fuisteis las primeras en enamoraros de la historia, vuestras palabras dieron alas a mi ilusión por este proyecto.

Quiero agradecer también a Héctor Ortega y a Carolina Bensler su inestimable colaboración.

Por último y más importante para mí, a Ferran, mi amor, por tu apoyo, tus valiosas aportaciones, por comprender mis ausencias y simplemente por ser tú.

Mil gracias a todos.













